

BERNARD CORNWELL

MUERTE DE REYES

Sajones, Vikingos y Normandos

VI

Lectulandia

En contra de su voluntad, Uhtred, el formidable guerrero, recibe la orden de iniciar conversaciones con los vikingos para sellar la paz, pero acaba descubriendo que le han tendido una celada. Los hombres que rodean al rey no se fían de él, los daneses sueñan con darle muerte y su única persona de confianza, Etlfleda, hija de Alfredo, está recluida en un convento. El propio Uhtred, confinado en una miserable hacienda de Mercia, observa cómo los clérigos más próximos al rey le aconsejan una política de pacificación y conversión mientras, en las fronteras del reino, los enemigos de Wessex se hacen cada día más fuertes.

Los daneses hablan de paz, pero se disponen para la guerra. Sueñan con apoderarse de Wessex, el más próspero de los territorios sajones. Corren rumores de que Alfredo el Grande, el hombre que ha regido los destinos del reino durante casi treinta años, se está muriendo, y no faltan los malos presagios.

Muerte de Reyes es una espléndida novela sobre cómo se fraguó un sueño, Inglaterra, y de cómo estuvo a punto de irse al traste.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Muerte de reyes

Sajones, vikingos y normandos 6

ePub r1.2

libra 15.07.2015

Título original: *Death of kings*
Bernard Cornwell, 2011
Traducción: Gregorio Cantera

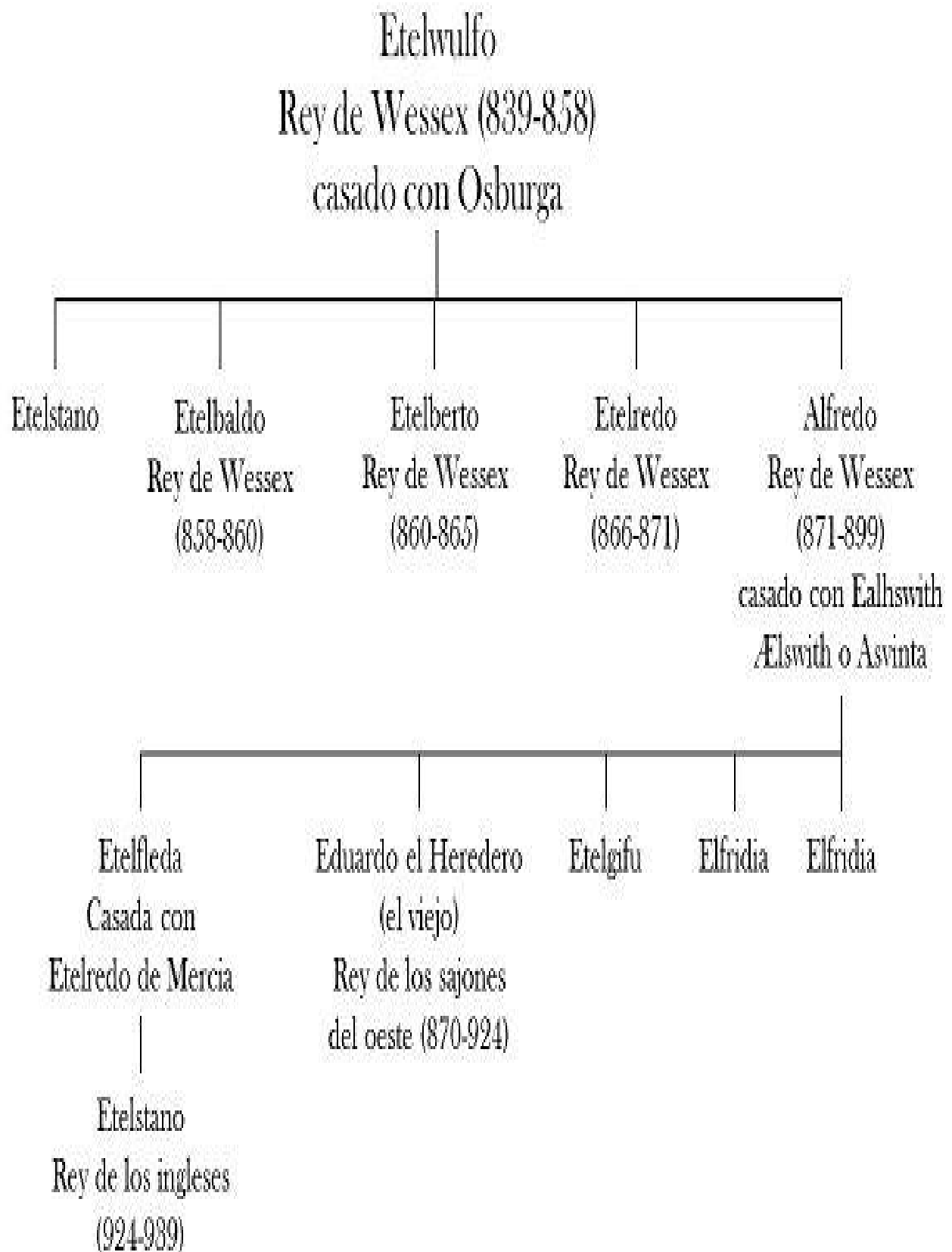
Editor digital: libra
Corrección de erratas: ars_obscura
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Muerte de reyes está dedicada a Anne LeClaire, novelista y amiga; suya es la primera línea de este relato.



FAMILIA REAL DE WESSEX



TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados más adelante, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford o en el Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Haeglingaigga. Tampoco he sido coherente en este aspecto: he preferido escribir England antes que Englalund, igual que me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Noróhymbraland para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

- Baddan Byrig - Badbury Rings, Dorset
- Beamfleot - Benfleet, Essex
- Bebbanburg - Castillo de Bamburgh, Northumbria
- Bedanford - Bedford, Bedfordshire
- Blaneford - Blandford Forum, Dorset
- Buccingahamm - Buckingham, Bucks
- Buchestanes - Buxton, Derbyshire
- Ceaster - Chester, Cheshire
- Cent - Condado de Kent
- Cippanhamm - Chippenham, Wiltshire
- Cirrenceastre - Cirencester, Gloucestershire
- Contwaraburg - Canterbury, Kent
- Cracgelad - Cricklade, Wiltshire
- Cumbraland - Cumberland
- Cyninges Tun - Kingston upon Thames (afueras de Londres)
- Cytringan - Kettering, Northants
- Dumnoc - Dunwich, Suffolk
- Dunholm - Durham, condado de Durham
- Eanulfsbirig - St Neot, Cambridgeshire
- Eleg - Ely, Cambridgeshire
- Eoferwic - York, Yorkshire (Jorvik para los daneses)
- Exanceaster - Exeter, Devon

- Faganforda - Fairford, Gloucestershire
- Fearnhamme - Farnham, Surrey
- Fifhidan - Fyfield, Wiltshire
- Fughelness - Isla de Foulness, Essex
- Gegnesburh - Gainsborough, Lincolnshire
- Gleawecestre - Gloucester, Gloucestershire
- Grantaceaster - Cambridge, Cambridgeshire
- Hothlege (río) - Hadleigh Ray, Essex
- Hrofeceastre - Rochester, Kent
- Humbre (río) - Río Humber
- Huntandon - Huntingdon, Cambridgeshire
- Liccelfeld - Lichfield, Staffordshire
- Lindisfarena - Lindisfarne (Holy Island), Northumbria
- Lundene - Londres
- Medwaeg (río) - Río Medway, Kent
- Natamgrafum - Notgrove, Gloucestershire
- Oxnaforda - Oxford, Oxfordshire
- Ratumacos - Rúan (Normandía, Francia)
- Rochecestre - Wroxeter, Shropshire
- Ssefern - Río Severn
- Sarisberie - Salisbury, Wiltshire
- Scaftesburi - Shaftesbury, Dorset
- Sceobyrig - Shoebury, Essex
- Scrobbesburh - Shrewsbury, Shropshire
- Snotengaham - Nottingham, Nottinghamshire
- Sumorsaete - Somerset
- Temes (río) - Río Támesis
- Thornsaeta - Dorset
- Tofeceaster - Towcester, Northamptonshire
- Trente (río) - Río Trent
- Turcandene - Turkdean, Gloucestershire
- Tweoxnam - Christchurch, Dorset
- Westune - Whitchurch, Shropshire
- Wiltunscir - Wiltshire
- Wimburnan - Wimborne, Dorset
- Wintanceaster - Winchester, Hampshire
- Wygraceaster - Worcester, Worcestershire

PRIMERA PARTE

LA HECHICERA

Capítulo I

—Nunca pasa nada —se despachó el padre Willibald, con una sonrisa, como si acabara de dar con algo que me llevase a salir de mi mutismo— hasta que pasa.

Al ver que no decía nada, apesadumbrado, volvió a la carga.

—Nunca pasa nada...

—¡Dejaos de monsergas! —rezongué.

—Hasta que pasa —concluyó, con un hilo de voz.

Me caía bien, y eso que era cura. Había sido uno de los tutores que, de niño, se hicieran cargo de mi educación y, para entonces, era un buen amigo, afable y animoso; si en verdad los mansos han de heredar la tierra, Willibald se llevará la palma.

En efecto, nunca pasa nada hasta que pasa, y aquella fría mañana de domingo se presentaba como tantas, hasta que a unos insensatos no se les ocurrió nada mejor que matarme. Hacía un frío espantoso. No había dejado de llover en toda la semana; aquella mañana, los charcos estaban helados y una respetable capa de escarcha cubría los campos de blanco. El padre Willibald se había dejado caer por allí al poco de amanecer y se había acercado hasta el prado.

—Anoche, no dimos con vuestras tierras —me dijo, temblando de frío, a modo de justificación por aquella visita a hora tan intempestiva—, así que hicimos un alto en el monasterio de San Rumboldo —añadió señalando un punto impreciso hacia el sur—. Hacía mucho frío —añadió.

—¡Monjes, caterva de malnacidos! —fue mi respuesta; entre mis obligaciones se contaba la de llevar una carreta de leña al monasterio una vez por semana, pero había preferido no darme por enterado; por mí, bien podían procurarse la leña como todo el mundo—. Además, vamos a ver, ¿quién era el tal Rumboldo? —le pregunté; de sobra sabía lo que me iba a contestar, pero mi intención no era otra que ponerlo en un aprieto.

—Un niño muy piadoso, mi señor —me aclaró.

—¿Conque un niño?

—Un lactante —dijo, con resignación, al darse cuenta de adonde nos llevaba la conversación—, un recién nacido; murió a los tres días de venir al mundo.

—¿De modo que tres días de vida y ya es santo?

—Es lo que tienen los milagros, mi señor —replicó Willibald, intranquilo, frotándose las manos—, que ocurren. Se asegura que, siempre que mamaba, el pequeño Rumboldo entonaba cánticos de alabanza por las bondades que el Señor le dispensaba.

—Lo mismo que yo cada vez que palpo una teta —repuse—. Mira que si soy santo...

El cura se estremeció, y trató de hablar de otra cosa.

—Os traigo un mensaje de parte del Heredero —dijo; se refería a Eduardo, el hijo

mayor del rey Alfredo.

—¿A qué esperáis, pues?

—Ahora es el rey de Cent —dijo Willibald, sin ocultar su satisfacción.

—¿Y os ha pedido que emprendierais semejante caminata sólo para anunciármelo?

—No, no. Pensé que quizá no os habíais enterado.

—Hasta ahí podíamos llegar —Alfredo, rey de Wessex, había distinguido a su hijo mayor con el título de rey de Cent para que Eduardo se fuera acostumbrando al desempeño de las tareas regias sin causar grandes estragos, ya que no en vano Cent era, en definitiva, parte de Wessex—. ¿Ya ha esquilado el reino?

—Por supuesto que no —repuso Willibald—, aunque... —y calló la boca.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —respondió, quitándole hierro al asunto y simulando un interés por mis ovejas que estaba lejos de sentir—. ¿Cuántas ovejas negras tenéis? —me preguntó.

—Sabéis que capaz soy de sujetaros por los tobillos y sacudiros boca abajo hasta que desembuchéis lo que tengáis que decir —le espeté.

—El caso es que Eduardo... —acertó a decir, pensando que más le valía explicarse antes de que mi amenaza se hiciese realidad—, bueno, que el chico tenía pensado casarse con una muchacha de Cent, decisión que a su padre no le pareció del todo acertada. Ya veis que se trata de un asunto de poca importancia.

Me eché a reír. Así que, al fin y al cabo, el joven Eduardo no era el heredero ideal.

—¿De modo que el muchacho se ha desmandado?

—No, no. Locuras de juventud. Agua pasada. Su padre ya se lo ha perdonado.

No pregunté nada más, aunque debería haber prestado mucha más atención a tales habladurías.

—¿Cuál es, pues, el mensaje del joven Eduardo? —insistí; estábamos en mitad del prado de la parte baja de mi propiedad de Bucingahamm, al este de Mercia. Tierras de Etelfleda, en realidad, que ella me había cedido para mi uso y disfrute, una hacienda lo bastante grande como para mantener a una tropa de treinta guerreros, la mayoría de los cuales habían ido a la iglesia aquella mañana—. Y vos, ¿qué hacéis aquí que no estáis en la iglesia? —pregunté a Willibald, antes de que respondiera a mi primera pregunta—. Hoy es día de precepto, ¿no es así?

—La festividad de san Alnoth —me aclaró, como si fuera un día de especial regocijo—. Tenía que veros —añadió, nervioso—. Os traigo un mensaje del rey Eduardo. Ya sabéis que nunca pasa nada...

—¡Hasta que pasa! —le interrumpí, sin contemplaciones.

—Así es, mi señor —replicó, compungido, al tiempo que me observaba con cara de extrañeza—. ¿Se puede saber qué hacéis?

—Mirar las ovejas —contesté, y así era; no hacía otra cosa que observar a unos

doscientos animales, o más, que no me perdían de vista y balaban de forma lastimera.

Willibald se volvió de nuevo y se fijó en el rebaño.

—Magníficos ejemplares —comentó, como si fuera un entendido en la materia.

—Corderos y lana, nada más —contesté—; tengo que decidir cuáles voy a sacrificar y cuáles habrán de seguir con vida —estábamos en plena época de matanza, esos días grises en que hay que deshacerse de casi todos los animales que hemos engordado; mantenemos algunos con vida para que se apareen en primavera, pero tenemos que matar a la mayoría porque no hay forraje suficiente para alimentar a rebaños y hatos durante el invierno—. Reparad en los lomos —comenté a Willibald—: cuanto antes desaparece la escarcha del manto, más sanos están los animales. Esos serán los que seguirán con vida —le levanté el gorro de lana que llevaba, y le revolví los cabellos, que empezaban a blanquear—. Ni pizca de escarcha —observé, en broma—; de no ser así, tendría que rebanaros el pescuezo. —Señalé a una oveja con un cuerno roto—. ¡Aparta ésa!

—Va, mi señor —gritó el pastor, un hombrecillo enjuto, con una barba que le tapaba la mitad de la cara. Tras dar una voz a los dos podencos que lo acompañaban para que no se movieran de donde estaban, se adentró en el rebaño y, sirviéndose del cayado, se hizo con el animal; a rastras, lo llevó hasta las lindes del prado, y le arreó un palo para que se uniese al pequeño hato que iba reuniendo en uno de los extremos del pastizal. Uno de los perros, un animal flacucho y lleno de mataduras, trató de mordisquearle las pezuñas, hasta que el pastor lo llamó a su lado. A la hora de decidir qué animales había que matar y cuáles habrían de seguir con vida, ni falta que le hacían mis recomendaciones. Desde niño, se había pasado la vida cribando rebaños, pero un amo que ordena el sacrificio de sus animales les debe la pequeña deferencia de dedicarles un poco de su tiempo.

—La hora del juicio final —musitó Willibald, calándose el gorro de lana hasta las orejas.

—¿Cuántas tenemos ya? —pregunté al pastor.

—Una veintena de cabezas y otras cinco, mi señor —respondió.

—¿Suficientes?

—¡De sobra!

—¡Mata a las otras! —añadí.

—¿Una veintena y cinco cabezas más? —se sorprendió Willibald, que no dejaba de temblar.

—O sea, veinticinco ovejas —le aclaré—. Una, dos, tres, cuatro, cinco cabezas, así cuentan los pastores. No me preguntéis cuál es la razón, porque no la sé. El mundo está lleno de misterios. Con decirnos que tengo entendido que hay personas que creen que un pequeñín de tres días es santo...

—Nadie se burla de Dios, mi señor —recitó el padre Willibald, muy serio.

—Pero si está de mi parte —repuse—. A ver, ¿qué tripa se le ha roto al joven Eduardo?

—Se trata de un asunto que os interesará por demás —comenzó a decir el cura, más animado, aunque calló al ver que alzaba una mano.

Los dos perros del pastor gruñían. Ambos estaban al acecho y no perdían de vista un bosque que quedaba al sur. Había comenzado a caer aguanieve. Me fijé en los árboles, pero no reparé en nada de particular, ni en las ramas ennegrecidas por el frío invernal ni entre los acebos.

—¿Lobos? —consulté al pastor.

—No he visto uno por estos parajes desde que el antiguo puente se vino abajo, mi señor —me contestó.

Los perros tenían erizado el pelo del pescuezo. El pastor chasqueó la lengua para sosegarlos; luego, emitió un silbido breve y penetrante, y uno de ellos echó a correr hacia el bosque. El otro se quedó gimoteando, como si quisiera seguir los pasos de su compañero; el pastor emitió un ruido sordo y el animal dejó de gemir.

El perro que se había lanzado a la carrera fue derecho a los árboles. Era una perra, y bien adiestrada que estaba. Sorteó una zanja helada y desapareció en el acebal; de repente, se oyó un ladrido, y la perra, dando un salto, volvió a cruzar la zanja. Se detuvo un segundo, sin perder de vista los árboles, y echó a correr otra vez en el preciso instante en que, de la espesura, salía una flecha. El pastor silbó de nuevo con fuerza y la perra corrió hacia donde estábamos; el proyectil no la alcanzó.

—Proscritos —supuse.

—O cazadores de ciervos —apuntó el pastor.

—Ciervos de mi propiedad —le recordé, sin perder de vista la arboleda.

¡Qué raro que unos cazadores furtivos trataran de flechar al perro de un pastor! A no ser que fueran tontos de remate, más cuenta les habría tenido salir corriendo de aquellas tierras.

En alas de un gélido viento del este, la nevisca arreciaba. Con una buena capa de piel encima, botas altas y un gorro de piel de zorro, no sentía el frío. A pesar de la capa y el gorro de lana, sin embargo, con aquella sotana negra, el cura no dejaba de temblar.

—Os acercaré al caserío —le dije—. A vuestros años, no deberíais salir de bajo techado en invierno.

—No pensaba que fuera a llover —contestó, con voz apagada.

—A mediodía, nevará —auguró el pastor, muy convencido.

—¿No dispondrás de una choza por aquí cerca? —me interesé.

—Justo detrás de esas breñas —dijo, señalando al norte, a una espesa arboleda a la que se llegaba por un sendero.

—¿Tienes lumbre?

—Sí, mi señor.

—Llévanos allí —le ordené; dejaría a Willibald al amor del fuego, y le procuraría una capa en condiciones y un caballo manso para llevarlo conmigo a la casona.

Nos dirigíamos, pues, al norte, cuando los perros comenzaron a gruñir de nuevo.

Me volví para echar un vistazo y, de repente, aparecieron unos hombres en las lindes del bosque, una hilera de hombres de mala catadura que no nos quitaban los ojos de encima.

—¿Conoces a éstos? —pregunté al pastor.

—No son de por aquí, mi señor. Cuento diez cabezas y otras tres —añadió, dando a entender que eran trece—. Un número de mal agüero, señor —y se santiguó.

—¿Qué...? —empezó a decir el padre Willibald.

—Silencio —le conminé; los dos perros del pastor volvieron a gruñir—. Proscritos —aventuré, sin perderlos de vista.

—San Alnoth murió a manos de unos proscritos —recordó el cura, apurado.

—No todos los proscritos son maleantes —comenté—, pero éstos son tontos de remate.

—¿Tontos?

—Por venir a por nosotros —le aclaré—. Caeremos sobre ellos y los abriremos en canal.

—Si no nos matan antes —observó el cura.

—¡Vamos! —le apremié, empujándolo hacia la arboleda que quedaba al norte, al tiempo que echaba mano al pomo de la espada antes de ir tras él.

No era *Hálito-de-serpiente*, mi inseparable espada de combate, sino una más ligera y más corta, que había arrebatado a un danés con quien había acabado unos meses antes en Beamfleot. Era una buena espada, pero, en aquel momento, habría preferido llevar ceñida la mía. Volví la vista atrás. Los trece hombres cruzaban la zanja y se disponían a seguirnos. Dos llevaban arcos; los demás parecían ir provistos de hachas, machetes y lanzas. Casi sin resuello, Willibald andaba despacio.

—¿Quiénes son? —preguntó con voz entrecortada.

—¿Bandidos? ¿Salteadores? No lo sé, pero daos prisa —le urgí, al tiempo que lo empujaba hacia los árboles; saqué luego la espada de la vaina y me volví dispuesto a plantar cara a nuestros atacantes. Uno de ellos sacó una flecha de la aljaba que llevaba a la cintura. Aquel gesto bastó para convencerme de que más me valía seguir los pasos de Willibald y me adentré en las breñas. La flecha me pasó por encima y fue a estrellarse en la maleza. No llevaba cota de malla; sólo aquella gruesa capa de piel, poca cosa para protegerme de las flechas de un cazador—. ¡No os detengáis! —le grité al cura, mientras, renqueante, le seguía por el sendero; en la batalla de Ethandum, me habían herido en el muslo derecho y, aunque podía andar e incluso correr despacio, sabía que no podría alejarme de aquellos hombres, que venían pisándome los talones y que ya me tenían a tiro de flecha. Corrí cuanto pude por el sendero, cuando una segunda flecha fue a chocar con una rama que, con gran estrépito, cayó al suelo entre los árboles. Nunca pasa nada, pensé, hasta que ocurre algo que lo trastorna todo. Agazapado entre los troncos oscuros y los acebos, sabía que mis perseguidores no me verían, pero debieron de imaginarse que iría tras los pasos de Willibald y enfilaron el sendero; me engurruñé en la maleza, ocultándome

tras las lustrosas hojas de un acebo y sirviéndome de la capa para taparme la cara y mis cabellos rubios. Nuestros perseguidores pasaron de largo, sin percatarse de que yo andaba por allí. Los dos arqueros marchaban en cabeza.

Dejé que avanzaran un buen trecho, y los seguí. Los había oído hablar cuando pasaron a mi lado; supe entonces que eran sajones y, por su acento, probablemente de Mercia. Salteadores de caminos, pensé. No lejos de allí, entre bosques intrincados, discurría una calzada romana; en la espesura, se agazapaban cuadrillas de forajidos que desplumaban a los viajeros, quienes, para mejor protegerse, solían desplazarse en grupos numerosos. Hasta en dos ocasiones, mis hombres y yo habíamos organizado batidas por aquellos contornos para librarnos de ellos, y pensaba que los habíamos convencido de que fueran a hacer de las suyas a otras tierras, que no en las de mi propiedad, de modo que no sabía qué propósito guiaba a aquellos individuos. No parecían salteadores dispuestos a saquear una hacienda. Noté cómo se me erizaba el pelo a la altura de la nuca.

Con sigilo, me acerqué hasta la linde de la arboleda, y los vi al pie de la cabaña del pastor que, más que choza, parecía un almiar: unas ramas recubiertas de hierba, con un agujero en el centro para que saliera el humo de la lumbre. No había rastro del pastor, pero habían atrapado a Willibald; impresionados quizás al comprobar que era un cura, no le habían tocado un pelo. Uno de los hombres lo sujetaba. Los otros debían de haber caído en la cuenta de que yo seguía en la arboleda, y no dejaban de escudriñar las breñas en donde estaba agazapado.

De repente, los dos perros del pastor aparecieron por mi izquierda y, aullando, echaron a correr hacia los trece hombres. Rápidos como el viento, los rodearon, atacándolos a veces y enseñándoles los dientes, antes de retroceder para intentarlo de nuevo. Aunque con bastante torpeza, sólo uno de ellos empuñaba una espada: la blandía delante de la perra cuando el animal se acercaba, pero siempre se quedaba a una brazada de distancia, sin alcanzarla. Uno de los dos arqueros puso una flecha en su arco y tensó la cuerda; de repente, cayó de espaldas, como fulminado por un martillo invisible. Se fue al suelo, mientras la flecha surcaba el aire y, errando el blanco, iba a caer entre los árboles que quedaban a mi espalda. Los perros, al acecho sobre las patas delanteras, enseñaban los dientes y gruñían. El arquero caído trató de levantarse, pero no fue capaz de ponerse en pie. Sus compinches parecían asustados.

El segundo arquero alzó la madera, pero retrocedió, dejó caer el arco y se llevó las manos a la cara; observé un fulgor bermellón, una sangre tan roja como las bayas de los acebos, un fugaz estallido de color en aquella mañana invernal que, al cabo, se desvaneció cuando, retorcido de dolor, el hombre se cubrió el rostro. Los perros ladraron y echaron a correr hacia los árboles. Por cómo zarandeaba las ramas desnudas, me di cuenta de que la nevisca arreciaba. Dos de los hombres se acercaron a la cabaña del pastor, pero se detuvieron al oír la voz de quien estaba al mando. Más joven que ellos, parecía más presentable, o no tenía tan malas pintas como los otros. Era un hombre de cara alargada, mirada penetrante, barba corta y rubia. Llevaba un

jubón de cuero bastante maltrecho, bajo el que llegué a atisbar una cota de malla. De modo que o era un guerrero o había robado la cota de malla.

—¡Lord Uhtred! —gritó.

No respondí. Aunque sabía que, si se ponían a buscar entre las breñas, tendría que salir de mi escondite, de momento, al menos, estaba a buen resguardo. Fuere cual fuere la explicación de aquella sangre, el caso es que se habían puesto nerviosos. ¿Cuál sería la causa? Cosa de los dioses, pensé para mí, o de aquel santo cristiano. Si a manos de proscritos había encontrado la muerte, Alnoth abominaría de los de su ralea y, para entonces, yo estaba convencido de que aquellos hombres lo eran: unos proscritos que habían recibido el encargo de acabar conmigo. Algo que no me extrañaba nada porque, en aquella época, no andaba corto de enemigos precisamente. Todavía los tengo, sin duda, aunque ahora vivo tras la más sólida empalizada defensiva que se alza al norte de Inglaterra, pero, en aquellos remotos días del año 898, Inglaterra no existía. Otros eran los reinos allí establecidos: Northumbria y Anglia Oriental, Mercia y Wessex; los dos primeros, en manos de daneses; Wessex era sajón; Mercia, un cajón de sastre donde había de todo, regido en parte por daneses, pero también por sajones. Como Mercia, también yo era una mezcla de ambos pueblos: nacido sajón, pero criado como danés, veneraba a los dioses daneses, aunque el destino me había condenado a servir como escudo protector de los cristianos sajones frente a la amenaza siempre presente de los paganos daneses. Muchos serían, pues, los invasores que preferirían verme muerto, pero no me cabía en la cabeza que ninguno de mis rivales daneses recurriese a unos proscritos de Mercia para acabar conmigo. En tal empresa, no les iban a la zaga otros tantos sajones, que habrían dado cualquier cosa por ver mi cadáver en un cajón alargado. Mi primo Etelredo, señor de Mercia, habría pagado lo que fuera por verme bajo tierra; pero, en tal caso, lo más probable era que hubiera enviado a gentes de armas, no a salteadores. Con todo, era más que probable que fuera cosa suya. Casado con Etelfleda, hija de Alfredo de Wessex, yo le había puesto los cuernos con su mujer, y supuse que los trece proscritos eran el mejor modo que se le había ocurrido de devolverme el favor.

—¡Lord Uhtred! —gritó de nuevo el joven; la única respuesta que obtuvo fue el inesperado balido de unas ovejas muertas de miedo.

Hostigados por los dos perros del pastor, que no dejaban de lanzarles dentelladas a las pezuñas para que trotasen más deprisa, los animales corrían presurosos por el sendero que cruzaba aquel paraje y llegaba hasta el lugar donde habían recalado los trece intrusos. Una vez que los llevaron donde querían, los perros, sin dejar de amenazarlos, los obligaron a formar un círculo compacto, donde quedaron encerrados los proscritos. Yo estaba muerto de risa. Porque yo, Uhtred de Bebbanburg, el hombre que había acabado con Ubba a orillas del mar, el mismo que había desbaratado el ejército de Haesten en Beamfleot, tenía que reconocer que, en aquella gélida mañana de domingo, no había mejor señor de la guerra que el pastor. Asustado, el rebaño

acorruló a los proscritos, que apenas podían dar un paso. Los perros aullaban, las ovejas balaban, y los trece rufianes, sin saber cómo salir de aquélla.

Dejé atrás el bosque y grité:

—¿Me buscabais?

La primera intención del más joven fue dar un paso adelante, pero las ovejas se lo impidieron. La emprendió a patadas con los animales; luego, empezó a asestarles tajos con la espada pero, cuanto más las hostigaba, más se asustaban las ovejas y más empeño ponían los perros en cerrar el círculo. El joven profirió una maldición y atrajo a Willibald a su lado.

—O nos dejáis marchar o lo matamos —amenazó.

—Es un cristiano —contesté, al tiempo que le enseñaba el martillo de Thor que llevaba al cuello—. ¿No pensaréis que vaya a lamentar su muerte, verdad?

Willibald me miró horrorizado, antes de volverse al escuchar el lamento de otro de los hombres: de nuevo una mancha roja y brillante destacó en medio de la nevisca, pero, entonces, entendí el motivo. Ni los dioses ni el santo asesinado: el pastor, que acababa de salir de entre los árboles con una honda en las manos. Sacó una piedra del zurrón, la colocó en la bolsa de cuero que unía las dos tiras y volteó el artilugio de nuevo. Un siseo rasgó el aire, soltó uno de los extremos y otra piedra salió volando a acertarle a otro de los hombres.

Muertos de miedo, trataban de abandonar el lugar, de modo que le hice una seña al pastor para que los dejara irse. Un silbido a los perros, y hombres y ovejas salieron de allí tan pronto como pudieron. Los proscritos echaron a correr, todos menos el primero de los arqueros, que seguía atontado por la pedrada que se había llevado en la cabeza. Más valiente que sus acompañantes y pensando que los otros quizá le echarían una mano, el más joven se acercó a donde yo estaba, momento en el que descubrió que lo habían dejado solo. Un gesto de auténtico terror le cambió la cara cuando, al volverse, la perra se le echó encima, clavándole los dientes en el brazo con el que empuñaba la espada. El hombre empezó a gritar y trató de quitársela de encima, mientras el otro perro se abalanzaba sobre él para echar una mano a su compañera. Siguió gritando, hasta que le propiné un testarazo en la nuca con la hoja de mi espada puesta de plano.

—Ya puedes llamar a los perros a tu lado —grité al pastor.

Aunque un mechón de cabellos ensangrentados le cubría la oreja derecha, el primero de los arqueros aún seguía con vida. Le di una patada en las costillas y emitió un gemido, pero no se daba cuenta de nada. Dejé el arco y la aljaba en manos del pastor, y le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Egbert, mi señor.

—Pues ya eres un hacendado, Egbert —le dije.

Ojalá fuera verdad; le recompensaría con largueza por lo que había hecho aquella mañana, desde luego, pero no podía considerarme un hombre rico; había gastado

cuanto tenía en procurarme los hombres, cotas de malla y armas que había necesitado para derrotar a Haesten; de modo que aquel invierno me encontraba en la más negra de las miserias.

Los otros proscritos habían huido hacia el norte. Willibald no dejaba de temblar.

—Iban a por vos, mi señor —logró articular, entrechocando los dientes—. Les habían pagado para acabar con vos.

Me incliné sobre el arquero. La pedrada del pastor le había abierto la cabeza; un trozo de hueso, destrozado y astillado, le sobresalía entre los cabellos ensangrentados. Uno de los perros del pastor se acercó a olisquear al herido; acaricié el pelo crespo y recio del animal.

—Buenos perros —comenté a Egbert.

—Adiestrados para acabar con los lobos, mi señor, aunque —añadió, volteando la honda de nuevo— esto es mucho más eficaz.

—Eres bueno con eso en las manos —añadí, lo que era como no decir nada porque, con una honda en las manos, el pastor era letal.

—He practicado un poco durante los últimos veinticinco años, mi señor. Nada mejor que una piedra para apartar al lobo de la presa.

—¿Decís que les habían pagado por acabar conmigo? —pregunté a Willibald.

—Eso fue lo que dijeron: que les habían pagado por mataros.

—Meteos en la cabaña y procurad entrar en calor —le aconsejé, antes de volverme al hombre joven, vigilado por el perro de mayor envergadura—: ¿Cómo os llamáis?

Dudó antes de abrir la boca y, si bien a regañadientes, dijo:

—Wærfurth, mi señor.

—¿Quién os pagó para que me matarais?

—No lo sé, señor.

Y ésa fue la impresión que me dio. Wærfurth y quienes iban con él procedían de Tofeceaster, una aldea que no quedaba lejos de allí, hacia el norte. El joven me explicó que un hombre le había ofrecido pagarle mi peso en plata si acababa conmigo. Tras advertirle de que el mejor momento sería una mañana de domingo, cuando la mayoría de mis guerreros estuvieran en la iglesia, a Wærfurth no se le había ocurrido otra cosa que reclutar a una docena de muertos de hambre para cumplir el encargo. De sobra sabía que no iba a ser una empresa fácil porque, para entonces, yo ya gozaba de renombre, pero la recompensa le había nublado el juicio.

—¿Ese hombre era sajón o danés? —le pregunté.

—Sajón, mi señor.

—¿Y no sabéis quién es?

—No, mi señor.

Seguí haciéndole preguntas durante un buen rato, pero lo único que supo decirme fue que se trataba de un hombre delgado, calvo y tuerto, descripción que no me pareció de gran ayuda. ¿Un hombre, tuerto y calvo, por más señas? Podría ser casi

cualquiera. Insistí hasta que comprendí que sus respuestas no habrían de llevarme a ningún sitio. Y los colgué a los dos, a él y al arquero.

Fue entonces cuando Willibald me puso al tanto del pez prodigioso.

* * *

Una nutrida embajada me esperaba en casa. Dieciséis hombres nada menos, todos llegados de Wintanceaster, capital del reino de Alfredo, entre los que se contaba la friolera de cinco curas. Aparte de Willibald, dos eran de Wessex; los otros dos, aunque nacidos en Mercia, se habían asentado en Anglia Oriental. Si bien no caí en la cuenta nada más verlos, eran viejos conocidos: los gemelos Ceolnoth y Ceolberht, quienes, unos treinta años atrás, habían compartido cautiverio conmigo en Mercia. De niños, los tres habíamos caído en manos de los daneses; una suerte, desde mi punto de vista; una auténtica calamidad, en opinión de los gemelos. Para entonces, debían de rondar los cuarenta años: dos curas idénticos, achaparrados los dos, de cara redonda y barbas que empezaban a agrisar.

—Hemos seguido vuestras hazañas —comenzó a hablar uno de ellos.

—No sin admiración —concluyó el otro. Como de niños, no era capaz de distinguirlos. Uno siempre acababa la frase que había iniciado el otro.

—Aunque no sin reparos —apuntó uno de ellos.

—Pero siempre con admiración —zanjó el otro.

—¿Reparos? —pregunté, en tono poco amistoso.

—Todo el mundo sabe que Alfredo está disgustado.

—Porque no abrazáis la verdadera fe, pero...

—Rezamos por vos todos los días.

Los otros dos curas, sajones del oeste, eran hombres de Alfredo. Le habían ayudado en la compilación de sus textos legales, y me dio la impresión de que sólo estaban allí para cerciorarse de que hacía lo que se esperaba de mí. Los once restantes eran hombres de armas: cinco, de Anglia Oriental; de Wessex, los otros seis; por lo visto, su cometido había sido proteger a los curas durante el viaje.

Y eran portadores del pez prodigioso.

—El rey Eohric... —dijo uno de los gemelos, Ceolnoth o Ceolberht.

—Desea establecer una alianza con Wessex —concluyó su doble.

—¡Y con Mercia!

—Los tres reinos cristianos, ¿os lo imagináis?

—Y el rey Alfredo y el rey Eduardo —resumió Willibald— han decidido enviar un presente al rey Eohric.

—¿Aún sigue con vida Alfredo? —me interesé.

—Así es, gracias a Dios —continuó Willibald—, aunque está enfermo.

—A las puertas de la muerte —aclaró uno de los dos curas sajones del oeste.

—Estado en el que se encuentra desde que nació —comenté—; desde que lo conozco, siempre ha estado moribundo. Así que le quedan aún diez años por delante.

—Dios os oiga —rogó Willibald, santiguándose—. Pero ya tiene cincuenta años y los achaques pesan. Se nos muere.

—Razón de más para que pretenda establecer tal alianza —añadió el cura sajón del oeste—; por eso, Eduardo, nuestro señor, tiene a bien encomendaros tamaña empresa.

—El rey Eduardo —corrigió el padre Willibald a su compañero de religión.

—Vamos a ver: ¿quién me hace el encargo —pregunté—, Alfredo de Wessex o Eduardo de Cent?

—Eduardo —afirmó Willibald.

—Eohric —aseguraron Ceolnoth y Ceolberht al unísono.

—Alfredo —apuntó el cura sajón.

—Los tres —concluyó Willibald—. Se trata de un asunto de gran importancia para todos ellos, mi señor.

De modo que Eduardo o Alfredo, o ambos, querían que fuera a ver a Eohric, rey de Anglia Oriental, un danés que se había convertido al cristianismo y había enviado a los gemelos a presentarse ante Alfredo para proponerle que diera su beneplácito a una gran alianza entre los reinos cristianos de Britania.

—Ha sido idea del rey Eohric que fuerais vos quien negociase el tratado —aseguró uno de los dos gemelos, Ceolnoth o Ceolberht.

—Teniendo en cuenta nuestra opinión —se apresuró a añadir uno de los curas sajones del oeste.

—¿Por qué yo? —pregunté a los gemelos.

Willibald respondió por ellos.

—¿Quién conoce Mercia y Wessex mejor que vos?

—Infinidad de hombres —repliqué.

—Que no dudarán en seguir la senda que vos les indiquéis —zanjó Willibald.

Estábamos sentados a una mesa bien servida: cerveza, pan, queso, estofado y manzanas. En el hogar del centro de la estancia ardía una espléndida fogata que esparcía su incierto resplandor hasta las vigas ennegrecidas por el humo. No se había equivocado el pastor. La nevisca había dado paso a la nieve; los copos se colaban por el agujero abierto en el techo para que saliera el humo. Fuera, más allá de la empalizada, reclamo de pájaros voraces, los cadáveres de Wærfurth y el arquero pendían de la rama baja de un olmo. La mayoría de mis hombres estaban en el salón, y escuchaban la conversación que manteníamos.

—No es la mejor época del año para firmar alianzas —comenté.

—A Alfredo le queda poco tiempo, mi señor, y desea esta alianza por encima de todo —replicó Willibald—. Si todos los cristianos de Britania estuviesen unidos, más tranquilo se sentaría el joven Eduardo en el trono cuando le llegara la hora de ceñirse

la corona.

No era mala idea, desde luego. Pero, ¿por qué habría propuesto Eohric semejante alianza? Hasta donde yo podía recordar, el rey de Anglia Oriental siempre había sabido navegar entre dos aguas: entre cristianos y paganos, entre daneses y sajones. ¿A cuento de qué, pues, pregonar a los cuatro vientos que estaba de parte de los sajones cristianos?

—Es por Cnut Ranulfson —me aclaró uno de los gemelos, cuando planteé la cuestión.

—Ha llevado hombres hacia el sur —añadió su hermano.

—Ya, a las tierras de Sigurd Thorrson —corroboré—. Lo sé, yo mismo informé a Alfredo de la situación. ¿Y Eohric teme que Cnut y Sigurd ataquen su reino?

—Así es —dijo uno de los dos gemelos, Ceolnoth o Ceolberht, aún no estoy seguro.

—No lo harán ahora —les aseguré—, aunque nada me extrañaría que en primavera...

Cnut y Sigurd eran daneses de Northumbria y, como el resto de su pueblo, sólo soñaban con apoderarse de todas las tierras donde se hablara inglés. Una y otra vez lo habían intentado los invasores, sin conseguirlo. En aquellos momentos, sin embargo, con Alfredo, corazón de Wessex, bastión inexpugnable de la cristiandad sajona, a las puertas de la muerte, otra embestida parecía inevitable. Su desaparición bastaría para atraer más espadas paganas, capaces de prender la chispa de la barbarie desde Mercia hasta Wessex.

—¿Qué sacarían en limpio Cnut y Sigurd, caso de atacar a Eohric? —pregunté—. Anglia Oriental les trae sin cuidado. Lo que quieren es apoderarse de Mercia y de Wessex.

—Quieren hacerse con todo —aseguró uno de los gemelos, Ceolnoth o Ceolberht.

—A menos que la defendamos, no quedará ni rastro de la verdadera fe en nuestras tierras —añadió el más anciano de los dos curas sajones del oeste.

—Por eso os pedimos que concluyáis tal alianza —intervino Willibald.

—Para Navidad, a más tardar —puntualizó uno de los gemelos.

—De ahí el regalo que Alfredo quiere hacer llegar a manos de Eohric —continuó Willibald, extasiado—. ¡Alfredo y Eduardo! ¡No hay largueza comparable en el mundo, mi señor!

El presente venía en un cofre de plata con incrustaciones de piedras preciosas. En la tapa, una imagen de Cristo con los brazos alzados, alrededor de la cual podía leerse «Eduardo *mee heht Gewyrca*», es decir, que Eduardo había mandado fabricar aquel relicario o, más probablemente, que su padre había realizado el encargo y atribuido tal gesto a la generosidad de su hijo. Con unción, Willibald levantó la tapa del cofre, cuyo interior estaba revestido de tela roja. Dentro, en un pequeño almohadón, no más ancho que la palma de una mano y bien sujeto, el esqueleto de un pez, la raspa entera, sin cabeza, una larga y blanca espina dorsal, de la que salía una hilera apretada de

costillas simétricas a cada lado.

—Aquí lo tenéis —susurró Willibald, como si alzando la voz fuera a turbar la tranquilidad de aquellas espinas.

—¿Un arenque muerto? —comenté, sin salir de mi asombro—. ¿Ese es el regalo de Alfredo?

Todos los curas presentes se santiguaron.

—¿Cuántas raspas necesitáis? —pregunté, al tiempo que dirigía una mirada de entendimiento a Finan, mi mejor amigo, el hombre que estaba al frente de mis guerreros—. Porque podemos contribuir con unas cuantas, ¿no es así?

—Barricas enteras, mi señor —confirmó Finan.

—¡Lord Uhtred! —me reconvino Willibald, como siempre solía hacer, por otra parte, mientras, con un dedo tembloroso, señalaba la raspa en cuestión—. Ese fue uno de los peces que nuestro Señor multiplicó para dar de comer a una multitud de cinco mil personas.

—¡Pues sí que debió de ser grande el otro! —repliqué—. ¿Qué era, una ballena quizá?

El más anciano de los dos curas sajones del oeste torció el gesto.

—Mirad que aconsejé al rey Eduardo que no recurriera a vos en esta ocasión —dijo—, que mejor sería enviar a un cristiano.

—Por mí, ya podéis ir a buscarlo —le espeté—. Prefiero celebrar las fiestas de Yule sin moverme de donde estoy.

—El rey quiere que seáis vos —añadió el cura, cortante.

—Lo mismo que Alfredo —intervino Willibald, con una sonrisa—. Piensa que sólo vos podríais meter el miedo en el cuerpo a Eohric.

—¿Por qué habría de hacerlo? —pregunté—. ¿No habíamos quedado en que se trataba de establecer una alianza?

—El rey Eohric hace la vista gorda y consiente que sus barcos asalten nuestros navíos de comercio —informó el cura—; debe indemnizarnos antes de que nos avengamos a prestarle ayuda. El rey está seguro de que, gracias a vos, entrará en razón.

—O sea que no pensáis moveros de aquí durante los diez próximos días —dije, abatido, mirando a los curas—, y tendré que daros de comer hasta entonces.

—Así es, mi señor —dijo Willibald, encantado.

Jugarretas del destino. Había renegado del cristianismo; rendía culto a los dioses daneses, pero estaba enamorado de Etefleda, hija de Alfredo. Como era cristiana, no me quedaba otra que poner mi espada al servicio de la cruz.

Me gustase o no, todo parecía indicar que iba a pasar el festival de Yule en Anglia Oriental.

* * *

Al frente de otros veinte de mis guerreros, Osferth se dejó caer por Bucingahamm. Los había hecho llamar porque no quería presentarme descalzo en Anglia Oriental. Estaba seguro de que la idea de aquella alianza había sido cosa del rey Eohric, quien tampoco pondría graves reparos a las reclamaciones que Alfredo fuera a plantearle, pero siempre es mejor negociar un tratado desde una posición de fuerza; de ahí que prefiriese llegar al frente de una impresionante comitiva de hombres armados. Hasta entonces, Osferth y los suyos se habían ocupado de llevar a cabo tareas de vigilancia en Ceaster, un antiguo asentamiento romano en el extremo noroccidental de Mercia, donde Haesten y sus secuaces se habían refugiado tras el desastre de Beamfleot. Como de costumbre, Osferth me saludó con gesto grave. Rara vez sonreía; su rostro no ocultaba su disgusto por cuanto observaba a su alrededor, pero pienso que, en el fondo, estaba encantado de verse de nuevo entre nosotros. Era hijo de Alfredo, fruto de una relación que el rey había mantenido con una criada, antes de que descubriese las dudosas satisfacciones que pueda deparar la fe cristiana. Alfredo había querido que su bastardo fuese educado para ser cura, pero Osferth se había decantado por las armas. Sorprendente elección, porque no disfrutaba del combate ni soñaba con esos momentos en que la furia y la espada no nos dejan ver nada más allá de nuestras narices. Más bien concienzudo y metódico, en el fragor de la pelea, Osferth hacía gala de las virtudes que había heredado de su padre, y se mantenía sereno; en los momentos en que Finan y yo podíamos ser hasta obstinados y temerarios, Osferth hacía buen uso de su inteligencia, lo que no estaba nada mal en un guerrero.

—Haesten sigue lamiéndose las heridas —me informó.

—Deberíamos haberlo liquidado —rezongué.

Una vez hube acabado con sus hombres y sus naves en Beamfleot, Haesten se había retirado a Ceaster. Mi instinto me decía que lo siguiera y pusiese fin a sus pretensiones de una vez por todas, pero Alfredo había tenido a bien que sus guerreros regresasen a Wessex y yo no disponía de hombres suficientes para poner cerco al fuerte romano de Ceaster, de modo que el danés seguía con vida. No lo perdíamos de vista, sin embargo, por si se le ocurría volver a las andadas y reunir un ejército, pero Osferth me puso al tanto de que estaba más aislado que nunca.

—Tendrá que tragarse su orgullo y prestar lealtad a otros —añadió.

—A Sigurd o a Cnut —concluí. Para entonces, y aunque ninguno de los dos fuera rey, eran los daneses más poderosos de Britania. Lo tenían todo: tierras, riquezas, rebaños, ganado, plata, barcos, hombres y ambición—. ¿Por qué habrán puesto los ojos en Anglia Oriental? —me pregunté en voz alta.

—¿Por qué no? —fue la respuesta de Finan, mi leal compañero, el hombre del que más me fiaba a la hora de pelear.

—Porque quieren Wessex —contesté.

—Quieren Britania entera —aseveró Finan.

—Se mantienen a la espera —añadió Osferth.

—¿De qué?

—De que Alfredo muera —repuso. Casi nunca se refería a Alfredo como «mi padre», como si, al igual que el rey, estuviese avergonzado de que así fuera.

—Cuando eso ocurra, será el caos —predijo Finan, relamiéndose de gusto.

—Eduardo será un buen rey —observó Osferth, muy serio.

—Tendrá que pelear para llegar a serlo —añadí—. Los daneses lo pondrán a prueba.

—Y vos, ¿estaréis de su parte? —me preguntó Osferth.

—Me cae bien Eduardo —apunté sucintamente.

Y así era. De niño, había lamentado que su padre lo dejase en manos de unos curas fanáticos, con el único propósito de convertirlo en el heredero ideal del reino cristiano de Alfredo. Cuando volví a verlo, antes de la batalla de Beamfleot, me llamó la atención que fuera un joven tan engreído, tan poco tolerante. Pero el trato con la tropa le ayudó a ser más humilde. Había peleado con bravura en Beamfleot y, si había de hacer caso a las habladurías de Willibald, algo también habría aprendido sobre el pecado.

—Su hermana vería con buenos ojos que lo apoyaseis —insistió Osferth, puntilloso, mientras Finan rompía a reír a carcajada limpia.

Todo el mundo sabía que Eteflada era mi amante, igual que todos estaban al tanto de que el padre de la joven y el de Osferth eran la misma persona, pero la mayoría hacía como que no sabía nada, y el comentario de Osferth era lo más que podía esperarse de él en cuanto a la relación que mantenía con su hermanastra. Me hubiera apetecido mucho más pasar las fiestas navideñas con Eteflada, pero Osferth me había dicho que habían reclamado su presencia en Wintanceaster, y de sobra sabía yo que no era bien recibido en la mesa de Alfredo. Por si fuera poco, tenía que llevar el dichoso pez prodigioso a Eohric, y me preocupaba que Sigurd y Cnut aprovecharan mi estancia en Anglia Oriental para arrasar mis tierras.

Aquel verano, Sigurd y Cnut habían puesto rumbo al sur y llevado sus barcos a la costa meridional de Wessex, mientras las huestes de Haesten asolaban Mercia. Los dos daneses de Northumbria habían pensado en distraer la atención del ejército de Alfredo, mientras Haesten hacía de las suyas en la frontera norte de Wessex. Pero el rey se avino a enviar sus tropas en mi ayuda, Haesten hubo de bajarse de su pedestal y Sigurd y Cnut habían descubierto que los fortines de Alfredo, ciudadelas fortificadas diseminadas por todo el territorio sajón, eran inexpugnables. Y volvieron a hacerse a la mar, aunque yo estaba convencido de que no pensaban quedarse cruzados de brazos. Eran daneses, así que seguro que algo andaban tramando.

De modo que, al día siguiente, cuando la nieve empezaba a derretirse, en compañía de Finan y Osferth, y de una tropa de treinta hombres, me puse en camino hacia el norte, a las tierras del *ealdorman* Beornnoth, un hombre mayor, de pelo canoso, cojo y de carácter, que me caía bien. Su hacienda se encontraba en los límites de la Mercia sajona: todo lo que quedaba al norte de su propiedad era territorio danés,

de ahí que, a lo largo de los últimos años, en más de una ocasión, hubiera tenido que defender su predio y sus aldeas de las incursiones de los hombres de Sigurd Thorrson.

—¡Dichosos los ojos! —me saludó—. ¿No iréis a decirme que pensáis quedaros a pasar las Navidades en mi casa?

—Siento debilidad por la buena mesa —contesté.

—Y yo por recibir visitas de mejor ver —refunfuñó, antes de dar una voz a los criados para que se ocupasen de los caballos.

Vivía a un paso al nordeste de Tofeceaster, en una casona rodeada de graneros y establos, bien resguardada tras una recia empalizada. Un enorme charco de sangre inundaba la distancia que había entre la casa y la mayor de las cuadras: estábamos en época de matanza. Unos cuantos hombres desjarretaban a las reses asustadas, que se iban de bruces al suelo; luego, otros las mataban de un hachazo en la cabeza. Los animales, aún con espasmos, eran arrastrados a un lado, donde un grupo de mujeres y niños, pertrechados de largos cuchillos, despellejaban y despiezaban los animales muertos. Los perros observaban o luchaban por los pedazos de despojos que se lanzaban cerca de ellos. El aire hedía a sangre y a estiércol.

—Ha sido un buen año —me confió Beornnoth—. El doble de animales que el pasado. Los daneses me han dado un respiro.

—¿Nada de incursiones para robaros el ganado?

—Una o dos, cosa de nada —dijo, esbozando un gesto de extrañeza. Desde la última vez que lo había visto, ya no podía caminar y tenían que llevarlo en una silla de un lado a otro—. Cosas de la edad —me comentó—. La muerte ha comenzado su labor de zapa por las piernas. Me imagino que no haréis ascos a un buen trago de cerveza.

Intercambiamos noticias en el salón. Cuando le puse al tanto de cómo habían querido acabar conmigo, lo celebró con sonoras risotadas.

—¿Así que ahora recurrís a las ovejas como escudo protector? —Al ver que su hijo entraba en la estancia, le dio una voz—: ¡Ven aquí, no puedes perderte cómo lord Uhtred ganó la batalla de las ovejas!

Su hijo se llamaba Beortsig; como su padre, era un hombre fornido, de barba muy poblada. Se rio de buena gana cuando se lo conté, pero sus carcajadas me sonaron un poco forzadas.

—¿Decís que esos rufianes eran de por aquí, de Tofeceaster? —me preguntó.

—Eso era lo que afirmaba aquel canalla.

—Cae dentro de nuestras tierras —comentó.

—Proscritos —afirmó su padre, quitándole importancia.

—Y tontos, por si fuera poco —añadió Beortsig.

—Por lo visto, fue un hombre delgado, calvo y tuerto quien se lo propuso —añadí—. ¿Conocéis a alguien que reúna todas esas cualidades?

—Me recuerda al cura que tenemos por aquí —respondió Beornnoth, con gesto risueño; Beortsig callaba—. Pero a lo nuestro. Aparte de vaciar mis barriles de

cerveza, ¿qué más os trae por estos contornos?

Le conté el encargo que había recibido de parte de Alfredo para establecer una alianza con Eohric y cómo los enviados del rey danés me habían explicado las razones de su señor, que no eran otras que sus recelos en cuanto a las intenciones de Sigurd y Cnut. Beornnoth no parecía muy convencido.

—Sigurd y Cnut no van tras Anglia Oriental —aseveró.

—Pues eso piensa Eohric.

—¡Será necio! —dictaminó Beornnoth—. Siempre lo fue, por otra parte. Lo que Sigurd y Cnut quieren es apoderarse de Mercia y de Wessex.

—Y una vez que sean suyos, mi señor —casi susurró Osferth a nuestro anfitrión—, querrán adueñarse también de Anglia Oriental.

—En ese caso, me imagino que no vais desencaminado —concedió Beornnoth.

—Razón de más para hacerse antes con Anglia Oriental —continuó Osferth— y engordar sus huestes con hombres de ese reino.

—Nada de eso ocurrirá mientras Alfredo siga con vida —apuntó Beornnoth, al tiempo que se santiguaba—, y rezo para que así sea.

—Amén —convino Osferth.

—O sea, ¿que habéis venido a tocarle las narices a Sigurd? —se interesó Beornnoth.

—Sólo quiero saber qué se trae entre manos —contesté.

—Anda con los preparativos para el festival de Yule —intervino Beortsig, sin darle mayor importancia.

—Es decir, que estará borracho todo el mes que viene —concluyó su padre.

—No nos ha molestado en todo el año —añadió el hijo.

—Por eso no me gusta la idea de que vengáis a alborotarme el avispero —continuó Beornnoth, en voz baja, pero cargada de intención. Si me dirigía al norte, Sigurd podría considerarlo como una provocación, y la tranquilidad que imperaba en las tierras del *ealdorman* no tardaría en verse alterada por la presencia de jinetes daneses y enrojecida por espadas paganas.

—Pero tengo que ir a Anglia Oriental —traté de hacerle entender—; Sigurd no se tomará a bien el establecimiento de una alianza entre Eohric y Alfredo. Es más, podría enviar a unos cuantos hombres al sur para dejar en claro su disconformidad.

—O quizá no —añadió Beornnoth, frunciendo el ceño.

—Eso es lo que me dispongo a averiguar —repuse.

Beornnoth soltó un gruñido y me preguntó:

—¿Qué os pasa, lord Uhtred? ¿Os aburrís y queréis acabar con unos cuantos daneses para variar?

—Me conformo con husmear un poco —repliqué.

—¿Cómo «con husmear»?

—A estas alturas, media Britania debe de estar al tanto de la alianza que ha propuesto Eohric —contesté—, ¿y quién podría estar más interesado en que no se

firmase?

—Sigurd —admitió Beornnoth, tras reflexionar un momento.

En ocasiones, me imaginaba Britania como si fuera un molino: abajo, la piedra de moler, pesada y bien asentada de Wessex; en lo alto, y no menos pesada, la muela, los daneses; en medio, Mercia, triturada entre ambas, el territorio donde tenían lugar los enfrentamientos más frecuentes entre sajones y daneses. Con inteligencia, Alfredo había impuesto su autoridad sobre la mayor parte del sur de aquel reino, pero los daneses campaban por sus respetos como señores del norte; hasta entonces, el combate iba muy igualado, lo que ayudaba a entender que las partes en contienda buscasen aliados. Los daneses habían tratado de ganarse el favor de los reyes de Gales, pero, aunque los galeses destilaban un odio ancestral a todo lo que oliera a sajón, el temor a las iras del dios cristiano era más fuerte que el miedo que pudieran inspirarles los daneses, de forma que, muy a su pesar, la mayoría de los galeses prefería estar a buenas con Wessex. Al este, sin embargo, se extendía el imprevisible reino de Anglia Oriental, en manos de un danés, aunque cristiano a todos los efectos. De Anglia Oriental dependía, pues, que la balanza se inclinase de uno u otro lado. Si Eohric enviaba a los suyos a guerrear contra Wessex, los daneses podrían ganar la partida; si firmaba una alianza con los cristianos, los daneses llevarían todas las de perder.

Yo era de la opinión de que Sigurd trataría de impedir la firma del tratado por todos los medios a su alcance, y sólo disponía de dos semanas de plazo. ¿Sería él quien había enviado a aquellos trece hombres para acabar conmigo? Sentado junto al hogar en el salón de Beornnoth, me pareció que ésa era la explicación más plausible. Y si a tanto se había atrevido, ¿cuál sería su siguiente paso?

—¿Así que os conformáis con husmear? —se interesó Beornnoth.

—No pienso provocarlos —le prometí.

—¿Nada de matanzas ni de saqueos?

—Nada de nada —insistí.

—Sólo Dios sabe qué descubriréis sin llevaros por delante a unos cuantos de esos malnacidos —repuso Beornnoth—, pero, sea, id a meter las narices. Beortsig os hará las veces de guía —lo que me obligaba a ir con su hijo y una docena de los suyos para él estar seguro de que cumplíamos nuestra palabra.

Beornnoth temía que nuestro plan fuera arrasar unas cuantas granjas danesas y volver cargados de ganado, plata y esclavos, y allí estarían sus hombres para evitarlo, cuando lo cierto es que yo sólo quería tantear el ambiente.

No me fiaba ni un pelo de Sigurd; tampoco de Cnut, su compañero de correrías. Ambos me caían bien, pero también sabía que se desharían de mí con la misma tranquilidad con que nosotros llevamos a cabo la matanza en invierno. De los dos, Sigurd era el más rico; Cnut, el más temible, con diferencia. Joven todavía, a pesar de sus pocos años ya se había ganado una bien merecida fama de diestra espada danesa, es decir, de hombre que, con una espada en las manos, era digno de respeto e infundía

pavor. Un hombre así era capaz de atraer a otros que, a golpe de remo, habían llegado a Britania del otro lado del mar para seguir a un caudillo que les prometía riquezas sin cuento. En primavera, me maliciaba, llegarían aún más, aunque quizá esperasen a que Alfredo muriese, sabedores de que la muerte de un rey da paso a un período de incertidumbre, y de que, a río revuelto, ganancia de pescadores.

Por lo visto, Beortsig iba pensando lo mismo que yo.

—¿Es cierto que Alfredo se está muriendo? —me preguntó, camino del norte.

—Eso dice todo el mundo.

—No sería la primera vez.

—Y tanto que no —convine.

—¿Y vos, qué impresión tenéis?

—No lo he visto con mis propios ojos —le dije, convencido como estaba de que, aunque tratase de verlo, no sería bien recibido en su palacio.

Aunque me habían dicho que Etelfleda pensaba pasar las fiestas navideñas en Wintanceaster, tenía para mí que lo más seguro era que le hubieran pedido que fuera para que todo el mundo la viera al lado de su padre a las puertas de la muerte, más que para disfrutar de los dudosos manjares que podía ofrecer la mesa de Alfredo.

—¿De modo que Eduardo heredará el reino? —me preguntó.

—Tal es la voluntad del rey.

—¿Y quién será el rey de Mercia? —insistió.

—En Mercia no hay rey, que yo sepa —contesté.

—Pues debería haberlo —afirmó con resentimiento—, ¡y no un sajón del oeste precisamente! Nosotros somos de aquí, de Mercia, no sajones del oeste.

Guardé silencio. Hubo un tiempo en que en Mercia había habido reyes, pero en aquel entonces no era sino un apéndice de Wessex. Así lo había dispuesto Alfredo, casando a su hija con el más poderoso de los señores de Mercia; la mayoría de los sajones que allí se habían establecido parecían satisfechos de contar con la protección de Alfredo, pero no todos los nacidos en Mercia veían con buenos ojos la sumisión a los dictados de los sajones del oeste. Cuando Alfredo muriese, los señores más poderosos de aquellos contornos soñarían con sentarse en aquel trono vacío, y no me costó mucho imaginarme que Beortsig era uno de ellos.

—Nuestros antepasados fueron reyes de estas tierras —me dijo.

—Ya. También los míos lo fueron de Northumbria —repuse—, y no por eso aspiro a ocupar el trono.

—Mercia debería estar en manos de alguien nacido aquí —replicó.

Daba la impresión de que no disfrutaba de mi compañía, aunque quizá sólo estuviera inquieto al ver que nos adentrábamos en las tierras que Sigurd reclamaba como suyas.

Cabalgamos derechos hacia el norte; aquel sol invernal, tan bajo, alargaba las sombras que proyectábamos. Los primeros caseríos que dejamos atrás no eran sino ruinas calcinadas. Pasado el mediodía, llegamos a una aldea. Sus habitantes se habían

percatado de nuestra presencia, así que, con los míos, me dirigí a los bosques de los alrededores y sacamos a una pareja de su escondrijo. Eran sajones, un esclavo y su mujer; nos dijeron que su amo era un señor danés.

—¿Anda por aquí? —pregunté.

—No, mi señor —de rodillas, el hombre no dejaba de temblar, incapaz de alzar la vista y mirarme a la cara.

—¿Cómo se llama?

—Es el *jarl* Jorven, mi señor.

Intercambié una mirada con Beortsig, que se limitó a encogerse de hombros.

—Jorven es uno de los hombres de Sigurd —me informó—, pero no es un *jarl*. Quizá disponga de treinta o cuarenta guerreros.

—¿Y su mujer? ¿Ha dejado en casa a su mujer? —pregunté al hombre postrado.

—Sí, mi señor, al cuidado de algunos guerreros, aunque sólo de unos pocos. Los demás se han ido.

—¿Adónde?

—No lo sé, mi señor.

Le arrojé una moneda de plata. Apenas si podía permitírmelo, pero un señor ha de comportarse siempre como tal.

—Pronto será Yule —comentó Beortsig, como si quisiera restar importancia al asunto—, lo más probable es que Jorven haya ido a Cytringan.

—¿A Cytringan?

—Sabemos que Sigurd y Cnut pasarán el festival de Yule en esa localidad —me dijo.

Dejamos atrás el bosque y nos adentramos en unos pastos húmedos. Unas nubes ocultaron el sol a nuestros ojos. Imaginé que no tardaría en ponerse a llover.

—Cuéntame cosas de Jorven —pedí a Beortsig.

—Pues que es danés —repuso, encogiéndose de hombros—, que se presentó aquí hace dos veranos y que Sigurd le asignó estas tierras.

—¿Es pariente de Sigurd?

—No lo sé.

—¿Qué edad tiene?

—Joven —contestó, encogiéndose de hombros de nuevo.

¿Cómo era posible que un hombre acudiese a tan magna celebración sin su esposa? A punto estuve de hacer la pregunta en voz alta, pero me contuve al pensar que de poco me valdría la respuesta que fuera a darme Beortsig, y callé la boca. Espoleé el caballo hasta que llegué a un lugar desde el que se veía el caserío de Jorven. Una casona que no estaba nada mal, tejado en pendiente y una cornamenta de toro en el hastial. La techumbre de paja estaba tan nueva que no tenía ni moho. Una empalizada rodeaba el caserío; reparé en dos hombres que no nos quitaban los ojos de encima.

—Un momento estupendo para atacar a Jorven —comenté alegremente.

—No se han metido con nosotros —me recordó Beortsig.

—¿Y crees que se mantendrán así mucho tiempo?

—Lo único que creo... —replicó y, al ver que no decía nada, continuó—... es que, si queremos estar en casa al anochecer, deberíamos dar media vuelta.

Sin hacer caso de las recomendaciones de Beortsig, continué en dirección norte. Dejamos atrás la propiedad de Jorven sin molestar a nadie y ascendimos unas colinas suaves a cuyos pies se extendía un anchuroso valle. Unas pequeñas columnas de humo delataban los lugares donde se alzaban aldeas o caseríos; unos destellos amortiguados revelaban la presencia de un río. Un lugar magnífico, pensé; fértil, agua abundante, las tierras más apetecibles para cualquier danés.

—¿Y dices que Jorven dispone tan sólo de treinta o cuarenta guerreros? —le pregunté a mi acompañante.

—Como mucho.

—Una tripulación —calculé.

De modo que Jorven y sus hombres habían cruzado el mar en un solo barco y prestado juramento de lealtad a Sigurd, quien, como recompensa, les había otorgado aquellos terrenos fronterizos. Si los sajones atacaban, es probable que Jorven perdiera la vida, pero ése era un riesgo que había aceptado, puesto que la recompensa sería mucho mayor si Sigurd tomaba la decisión de atacar hacia el sur.

—Cuando Haesten hizo de las suyas por aquí este verano —insistí a Beortsig, al tiempo que espoleaba mi montura para que siguiera adelante—, ¿os puso en aprietos?

—Pasó de largo —respondió—; llevó a cabo sus desmanes más al oeste.

Me di por enterado, al tiempo que pensaba que, harto de pelear con los daneses, el padre de Beortsig estaba pagando tributo a Sigurd. No podía encontrar otra explicación para la tranquilidad que había imperado en las tierras de Beornnoth, de lo que deduje que, siguiendo instrucciones de Sigurd, Haesten había respetado la hacienda del *ealdorman*. El danés jamás se habría atrevido a contravenir las órdenes de Sigurd, y había dejado de lado las tierras de aquellos sajones que compraban su paz. Gracias a eso había podido arrasarse, incendiar, violar y saquear casi todo el sur de Mercia, hasta que concentró sus tropas en Beamfleot, de donde, muerto de miedo, había huido a Ceaster.

—¿Qué os trae tan de cabeza? —me preguntó Finan.

Nos dirigíamos hacia aquel río que habíamos visto a lo lejos. Arrastrada por el viento que soplaba a nuestras espaldas, una lluvia fina nos caía encima desde atrás. Finan y yo nos habíamos adelantado para que Beortsig y los suyos no pudiesen oírnos.

—¿Cómo es posible que un hombre acuda al festival de Yule sin su esposa? —le pregunté.

—A lo mejor es muy fea —me contestó, escogiéndose de hombros—, y dispone de otra más joven y bonita para días tan señalados.

—Puede ser —rezongué.

—O a lo mejor lo han convocado —añadió Finan.

—¿Y por qué habría de reclamar Sigurd la presencia de sus guerreros en pleno invierno?

—Porque está al tanto de lo que se propone Eohric.

—Eso es lo que me preocupa —le aclaré.

Cada vez llovía con más fuerza, y el viento soplaba con más intensidad. Oscuro, húmedo y frío, el día tocaba a su fin. Aún quedaban restos de nieve blanca en las zanjas heladas. Beortsig insistió en que diéramos media vuelta, pero yo continué en dirección norte, acercándome lo más posible a dos grandes caseríos. Quienes custodiasen aquellas haciendas ya nos habrían visto, pero nadie hizo ademán de plantarnos cara. ¿Más de cuarenta hombres armados, con escudos, lanzas y espadas, cruzaban sus tierras y nadie se interesaba en saber quiénes éramos o qué estábamos haciendo allí? Eso bastó para confirmar mis sospechas de que eran pocos los hombres que velaban por aquellas propiedades. Quienes nos hubieran visto pasar se daban por satisfechos con que siguiéramos adelante con la esperanza de que los ignoráramos.

De repente, a nuestros pies, apareció una quebrada. Detuve mi caballo al borde. La garganta se interponía en nuestro camino y se descolgaba hasta los prados inundados que se extendían a la orilla sur del río, moteado de gotas de lluvia. Volví grupas, como si no hubiera reparado en el terreno hollado por hondas marcas de cascos de caballerías.

—Volvamos a casa —pedí a Beortsig.

Unos caballos habían bajado por allí. Mientras cabalgaba bajo aquella fría lluvia, Finan azuzó su montura hasta ponerse a mi lado.

—Ochenta hombres —me dijo.

Me di por enterado. Su buen ojo era de fiar. Dos tripulaciones de hombres habían cabalgado desde el oeste hacia el este, y los cascos de las caballerías habían hollado aquella quebrada que descendía hasta aquellos campos anegados. Dos tripulaciones, pues, seguían el curso del río, pero ¿adónde se dirigían? Aminoré el paso para que Beortsig se pusiera a nuestra altura.

—¿Dónde decías que Sigurd se disponía a celebrar Yule? —le pregunté.

—En Cytringan —respondió.

—¿Y dónde queda Cytringan?

Señaló al norte.

—Está a un día de camino, dos quizá. Dispone de una casa de celebración.

De modo que Cytringan quedaba al norte, pero las huellas de los cascos de las caballerías se dirigían al este.

Alguien mentía.

Capítulo II

No me había dado cuenta de lo importante que debía de ser la firma del tratado para Alfredo hasta que, de vuelta en Bucingahamm, me percaté de la presencia de dieciséis monjes que comían a mi costa y trasegaban mi cerveza. Los más jóvenes eran unos mozuelos imberbes; el mayor de todos, aquel que estaba al frente, era un hombre corpulento, más o menos de mi edad, a quien todos llamaban hermano John, tan gordo que le costó no poco dedicarme una reverencia.

—¡Es franco! —me puso al tanto Willibald, que no cabía en sí de orgullo...

—¿Y qué está haciendo en mi casa?

—¡Es el maestro músico del rey, el director del coro!

—¿Coro? —pregunté, sorprendido.

—Eso es, cantamos —me aclaró el hermano John, con una voz que parecía salir de lo más hondo de su barriga voluminosa.

Alzó una mano a los monjes que lo acompañaban y les dio una voz:

—*Soli Deo gloria*. ¡De pie! ¡Aire dentro! ¡Atentos! ¡Uno, dos! —y comenzaron a gorjear—. ¡Abrid bien la boca! —les instaba—, ¡quiero esas bocas bien abiertas, como polluelos en el nido! ¡Con el estómago! ¡A ver cómo suenan!

—¡Basta! —grité, antes de que hubieran concluido el primer verso. Arrojé la espada envainada a Oswi, mi criado, y fui a entonarme junto al fuego—. ¿Se puede saber —le pregunté a Willibald— por qué tengo que correr con los gastos de unos monjes que se dedican a cantar?

—Lo importante es que causemos buena impresión —repuso, mientras lanzaba una mirada cargada de censura a mi cota de malla embarrada—. Vamos en representación de Wessex, mi señor, y tenemos que ser fiel reflejo de la magnificencia que se respira en la corte de Alfredo.

Además de monjes, el rey había enviado estandartes. En uno destacaba el dragón de Wessex; los otros estaban bordados con imágenes de santos o de personajes sagrados.

—¿También tenemos que cargar con esos trapos? —le pregunté.

—Por supuesto —me contestó.

—Podría llevar uno con la imagen de Thor o de Odín, o Woden, si así lo preferís.

—Mejor no, mi señor. Os lo suplico —dijo Willibald, con un suspiro.

—¿Qué tal un estandarte con la imagen de una santa? —se me ocurrió.

—Sea —concedió el cura, encantado al escuchar la propuesta—, si tal es vuestro deseo.

—Una de esas a las que dejaban en cueros antes de darles muerte —añadí, y el padre Willibald suspiró de nuevo.

Sigunn me ofreció un cuerno de cerveza caliente y especiada; se lo agradecí con un beso.

—¿Todo en orden por aquí? —le pregunté.

Echó una mirada a los monjes y se encogió de hombros. Observé que Willibald sentía curiosidad por saber quién era, sobre todo cuando la rodeé con el brazo que tenía libre y la atraje hacia mí.

—Es mi mujer —le aclaré.

—Pero... —acertó a decir antes de quedar en silencio; seguro que estaba pensando en Etelfleda, pero no tuvo el valor de pronunciar su nombre.

—¿Hay algo que queráis saber, padre? —le dije, con una sonrisa en los labios.

—Nada, nada —repuso, todo corrido.

Reparé en el más espectacular de aquellos estandartes: un llamativo lienzo de hilo de color crema, blasonado con un bordado que representaba la crucifixión, tan grande que habría que recurrir a dos hombres cuando menos para llevarlo, si no más, sobre todo si al viento le daba por soplar con una intensidad algo más fuerte que una suave brisa.

—¿Sabe Eohric que vamos con un ejército? —pregunté a Willibald.

—Se le ha informado de que seremos alrededor de un centenar de personas.

—¿Sabe además que Sigurd y Cnut también se dejarán caer por allí? —continué de malas pulgas, ante la mirada atónita de Willibald—, los daneses están al tanto del dichoso tratado —añadí—, y tratarán de impedir que se firme.

—¿Impedirlo? ¿Cómo?

—¿Cómo os imagináis? —le pregunté.

Willibald se puso lívido.

—El rey Eohric enviará hombres que nos escoltarán hasta que llegemos a sus dominios —argumentó.

—¿Y van a pasarse por aquí también? —me interesé, enojado, pensando que tendría que alimentar a más hombres todavía.

—Nos esperarán en Huntandon —me explicó el cura—. Desde allí, seguirán con nosotros hasta Eleg.

—Porque la idea es que vayamos a Anglia Oriental, ¿no es así? —le pregunté.

—Para negociar los términos del tratado, claro —repuso Willibald, sorprendido por mi planteamiento.

—Entonces, ¿por qué Eohric no envía a los suyos a Wessex? —inquirí.

—¡Ya lo hizo, mi señor! Envió a Ceolberht y a Ceolnoth. El tratado ha sido idea del rey de Anglia Oriental.

—En ese caso, ¿por qué no se negocia y se firma en Wessex? —insistí.

Willibald se encogió de hombros.

—¿Qué más dará, mi señor? —replicó, malhumorado—. Lo importante es que dentro de tres días nos estarán esperando en Huntandon —añadió—, y si el tiempo empeora... —dejó la frase sin concluir.

Había oído hablar de esa localidad, aunque nunca había estado allí. Sólo sabía que estaba en alguna parte más allá de la difusa frontera que separaba Mercia de Anglia Oriental. Hice una seña a los gemelos, Ceolberht y Ceolnoth, que se levantaron a toda

prisa de la mesa a la que estaban sentados con los otros dos curas de Wessex que habían acompañado a Willibald.

—Si desde aquí pretendiese llegar a Eleg cuanto antes —les pregunté—, ¿qué camino debería tomar?

Cuchichearon entre ellos durante un instante y, por fin, uno de los dos aventuró que la forma más rápida sería ir por Grantaceaser.

—Una vez allí —continuó el otro—, hay una calzada romana que llega hasta la isla.

—¿Isla?

—Eleg es una isla —aclaró uno de los gemelos.

—Rodeada de juncales —precisó el otro.

—¡Y hay un convento!

—Que incendiaron los paganos.

—Aunque la iglesia ya está restaurada.

—¡Gracias a Dios!

—Lo fundó santa Etelreda.

—Que estaba casada con un hombre de Northumbria —añadieron los dos, pensando que tal circunstancia sería de mi agrado, puesto que yo había nacido en aquellas tierras. Porque soy el señor de Bebbanburg aunque, en aquellos tiempos, el taimado de mi tío se había apoderado de la imponente fortaleza que miraba al mar. Me había despojado de lo que era mío, y no dejaba de pensar en cómo recuperarlo.

—¿Así que hemos de pasar por Huntandon —insistí— para ir a Grantaceaster?

Extrañados al darse cuenta de mi ignorancia del terreno, los gemelos intercambiaron una mirada.

—No, mi señor —dijo, al fin, uno de ellos—; Huntandon queda mucho más al norte.

—Entonces, ¿por qué hemos de ir allí?

—Cosas del rey Eohric, mi señor —balbució el otro gemelo, antes de quedarse sin palabras.

Estaba claro que ni a él ni a su hermano se les había pasado por la cabeza que yo fuera a hacerles semejante pregunta.

—Es una ruta como cualquier otra para ir allí —aventuró uno de ellos, armándose de valor.

—¿Mejor que la de Grantaceaster? —volví a la carga.

—Casi igual de buena, mi señor —afirmó uno de los gemelos.

Me veía en una de esas situaciones en que, sin comerlo ni beberlo, nos sentimos como osos salvajes acosados en un bosque, oyendo las voces de los cazadores y los ladridos de los perros, con el corazón en un puño, tratando de buscar una salida en medio de una barahúnda que parece llegarnos de todas y de ninguna parte. Nada de aquello tenía sentido, nada. Llamé a Sihtric que, en tiempos, había sido mi criado, aunque para entonces era uno de mis guerreros, y le ordené:

—Búscame a alguien, da igual quién sea, que haya estado en Huntandon, y tráelo aquí. Quiero verlo mañana.

—¿Dónde he de buscarlo? —me preguntó.

—¡Y yo qué sé! Ve al pueblo y habla con los parroquianos de las tabernas.

Sihtric, enjuto y de rostro anguloso, me dirigió una mirada aviesa.

—¿Tiene que ser en una taberna? —me preguntó, como si le estuviera pidiendo algo imposible.

—¡Un tratante! —le grité—. Encuéntrame a alguien que ande de un lado para otro y no te emborraches. Encuéntrame a alguien y tráelo aquí.

Sihtric siguió mirándome con gesto ceñudo; seguramente no tenía ninguna gana de pasar frío. Por un momento me recordó a su padre, Kjartan el Cruel, un danés que había dejado preñada del chico a una de sus esclavas sajonas. Conteniendo el malhumor, dio media vuelta y se fue hacia la puerta. Finan, que había advertido la reacción airada de Sihtric, se quedó más tranquilo.

—Encuéntrame a alguien que sepa cómo llegar a Huntandon, a Grantaceaster y a Eleg —le exigí a voces, pero, sin decir ni media palabra, salió de la casa.

Conocía Wessex bastante bien, y empezaba a familiarizarme con las tierras de Mercia. Lo mismo podía decir de los aparceros donde se alzaba Bebbanburg y de los alrededores de Lundene, pero del resto de Britania casi no sabía nada. Necesitaba a alguien que conociese Anglia Oriental tan bien como yo conocía Wessex.

—Nosotros conocemos todos esos sitios, mi señor —dijo uno de los gemelos.

Hice como que no los había oído; los gemelos nunca habrían entendido la desazón que sentía. Ceolberht y Ceolnoth se habían dedicado en cuerpo y alma a convertir daneses, y consideraban el tratado que había propuesto Eohric como una prueba más de que su dios llevaba todas las de ganar frente a las divinidades paganas. De escasa ayuda habrían sido, pues, a la hora de pergeñar el plan que estaba rumiando.

—¿Decís que Eohric ha enviado hombres para que salgan a nuestro encuentro en Huntandon? —les pregunté.

—Así es, mi señor; una escolta, seguramente a las órdenes del *jarl* Oscytel.

Algo había oído de Oscytel. Era el jefe de la guardia personal de Eohric y, en consecuencia, el comandante en jefe de los ejércitos de Anglia Oriental.

—¿Y cuántos hombres lo acompañarán?

Los gemelos se encogieron de hombros.

—Un centenar quizá —conjeturó uno de ellos.

—O dos —añadió el otro.

—Y todos juntos iremos a Eleg —dijo el primero de los gemelos, encantado.

—Entonando alegres cánticos —intervino el hermano John—, como pajarillos.

¿De modo que lo que se esperaba de mí era que fuese a Anglia Oriental con media docena de estandartes vistosos y acompañado por un coro de monjes? Sigurd estaría frotándose las manos, pensé. Nada le interesaba tanto como impedir la firma

del tratado, y la mejor forma de hacerlo era tenderme una emboscada de camino a Huntandon. No estaba seguro de que tales fueran sus planes; no eran sino simples suposiciones. Porque, hasta donde yo sabía, Sigurd se disponía a celebrar el festival de Yule, y nada indicaba que estuviera dispuesto a emprender una inesperada campaña de invierno para impedir la firma del tratado entre Wessex, Mercia y Anglia Oriental, pero nadie puede presumir de llegar muy lejos si olvida que el enemigo nunca duerme. Le di una palmadita a Sigunn en el trasero.

—¿Te apetece pasar Yule en Eleg? —le pregunté.

—Navidad —me corrigió en un susurro uno de los gemelos, antes de palidecer al ver la mirada que le dirigía.

—Prefiero quedarme aquí —repuso la joven.

—Pues iremos a Eleg —repliqué—, y así tendrás ocasión de lucir las cadenas de oro que te he regalado. Es importante que causemos buena impresión —añadí, al tiempo que dirigía una significativa mirada a Willibald—, ¿no es así, padre?

—¡No podéis llevarla con vos! —musitó Willibald.

—¿Cómo que no?

Nervioso, se retorció las manos. Quería hacerme entender que el esplendor de la corte de Alfredo quedaría en entredicho si aparecíamos en compañía de una pagana danesa y hermosa, pero no tuvo el valor de decírmelo a la cara. Se quedó mirando a Sigunn, viuda de uno de los guerreros daneses que habían perdido la vida en Beamfleot, una muchacha esbelta y menuda, de unos diecisiete años, piel blanca, ojos de un azul desvaído y cabellos resplandecientes como el oro. Ataviada con elegancia, además, con una túnica de hilo de color amarillo pálido, rematada con unos intrincados festones de dragones bordados en azul que cubrían el dobladillo a la altura de los pies, el escote y las bocamangas. Sin contar los aderezos de oro en cuello y muñecas, señal de que era mujer de buena posición, propiedad de un señor. Estaba conmigo pero, a lo largo de sus pocos años, sólo había tenido trato con los guerreros de Haesten y, para entonces, el danés estaba en Ceaster, en la otra punta de Britania.

Por eso quería que Sigunn viniese con nosotros a Eleg.

Corría el año 898, estábamos en Yule y alguien trataba de acabar conmigo.

Sería yo, sin embargo, quien habría de llevar la voz cantante.

* * *

Aunque a disgusto, Sihtric había obedecido mis órdenes y dado con el hombre que andaba buscando: un joven, de poco más de veinte años, que aseguraba que era mago, es decir, un bergante que iba de pueblo en pueblo, vendiendo talismanes y filtros. Decía que se llamaba Ludda, aunque me pareció que ése no era su nombre en

realidad. Lo acompañaba una muchacha menuda y de piel atezada, a quien llamaba Teg, que me lanzó una mirada inquietante por debajo de unas espesas cejas oscuras y de unos cabellos tan enmarañados como el nido de un pájaro. Cuando alzó los ojos hacia mí, me dio la impresión de que mascullaba algo en voz muy queda.

—¿Está pronunciando un conjuro? —pregunté.

—De eso sabe, mi señor —contestó Ludda.

—¿En este momento?

—¡Oh, no, mi señor! —se apresuró a tranquilizarme el muchacho.

Tanto él como la chica estaban de rodillas ante mí. Era un perillán de grandes ojos azules, boca generosa y sonrisa pronta. Llevaba un morral a la espalda, donde guardaba sus amuletos, entre los que había piedras mágicas y guijarros relucientes, además de unas pequeñas bolsas de cuero que contenían uno o dos trozos de hierro herrumbroso cada una.

—¿Qué llevas ahí? —le interrogué, señalando las bolsas con el pie.

—¿Os referís a eso? —balbució, esbozando una tímida sonrisa.

—Suelo castigar con severidad a quienes pretenden embaucar a las gentes que viven en mis tierras —le informé.

—¿Engañar, mi señor? —Me dirigió una mirada cargada de inocencia.

—Los ahogo o los cuelgo —le aclaré—. ¿Acaso no has visto cómo se mecían esos hombres ahí fuera?

Los cadáveres de los dos sujetos que habían tratado de acabar conmigo aún colgaban del olmo.

—Es difícil no verlos, mi señor —dijo Ludda.

Me hice con una de aquellas bolsas pequeñas de cuero, la abrí y volqué su contenido en la palma de la mano: dos tachones herrumbrosos.

—¿Te aprovechas de esas pobres gentes diciéndoles que si colocan la bolsa debajo de la almohada y rezan con fervor es posible que estos trozos de hierro se conviertan en plata?

Como platos se le pusieron aquellos enormes ojos azules.

—¿Por qué habría de contarles semejantes patrañas, mi señor?

—Para hacerte rico, vendiéndoles cien veces por encima de su precio esta chatarra que no vale nada —contesté.

—Pero si rezan con convicción, mi señor, Dios todopoderoso podría atender sus plegarias, ¿no os parece? No sería muy cristiano por mi parte negar a esas gentes la posibilidad de que acontezca un milagro.

—No, si acabaré por colgarte —le amenacé.

—Mejor a ella, señor —replicó Ludda, sin dudarle, señalando con la cabeza a la muchacha—. Es galesa.

No pude por menos que echarme a reír. La joven frunció el ceño, y yo le propiné un pescozón cariñoso al chico. Años atrás, había comprado una de esas bolsas milagrosas a un truhán como Ludda, convencido de que, si rezaba con fe, aquellos

trozos de hierro herrumbroso acabarían por convertirse en oro. Le dije que se pusiera en pie, y ordené a las criadas que les trajeran un poco de cerveza y algo de comer.

—Si quisiera ir de aquí a Huntandon, ¿cuál sería el mejor camino? —le pregunté.

Lo pensó cosa de un momento, tratando de averiguar si la pregunta llevaba gato encerrado y, tras encogerse de hombros, me dijo:

—No es un trayecto tan fatigoso, mi señor. Basta con que vayáis en dirección este hasta Bedanford, de donde sale un camino muy recomendable hasta una localidad que se llama Eanulfsbirig; una vez allí, habréis de cruzar el río y seguir en dirección nordeste hasta Huntandon.

—¿Qué río?

—El río Use, mi señor —vaciló como si se extrañase al oír la pregunta—. De siempre se ha dicho que los paganos se internaron con sus barcos río arriba hasta Eanulfsbirig. Allí hay un puente. Más adelante, en Huntandon, hay otro, que también habréis de cruzar, si queréis llegar a esa localidad.

—O sea, que he de cruzar el río dos veces.

—Tres en realidad, mi señor, porque también tendréis que cruzarlo en Bedanford, donde el río es vadeable, como su propio nombre indica: «vado de Bedan».

—¿De modo que tengo que cruzar el río una vez y volver a cruzarlo? —insistí.

—Podéis seguir por la orilla norte del río, si así lo deseáis, mi señor, y os evitaréis los puentes que hay más adelante, pero daréis mucha más vuelta y, en esa orilla, el camino no está en tan buenas condiciones.

—¿Es posible vadear el río en algún otro punto?

—No más allá de Bedanford, mi señor; no sería nada fácil, y menos después de los aguaceros que han caído. El río se habrá desbordado.

Asentí con la cabeza, mientras jugueteaba con unas monedas de plata, de las que Teg y Ludda no podían apartar los ojos.

—Aclárame una cosa —le pedí—. Si quisieras sacarles los cuartos a los vecinos de Eleg, ¿qué camino seguirías?

—Iría por Grantaceaster —respondió sin duda—. Es el camino más rápido, y los habitantes de esa localidad son bastante crédulos, mi señor —añadió con una sonrisa burlona.

—¿Y qué distancia hay de Eanulfsbirig a Huntandon?

—Una mañana a pie, mi señor. Un paseo como aquel que dice.

Seguí jugueteando con las monedas en la mano.

—¿Y los puentes? —porfié—. ¿Son de madera o de piedra?

—De madera, mi señor —contestó—. Antes eran de piedra, pero los arcos romanos se desplomaron.

Me habló de otras aldeas que había en el valle del río Use y de que en aquellos parajes había más sajones que daneses, aunque todos los caseríos de por allí pagaban tributo a los señores daneses. Le dejé que hablase durante un rato, mientras no dejaba de darle vueltas al asunto del río que tendríamos que cruzar. Si Sigurd pretendía

tendernos una celada, pensaba, sabiendo que tendríamos que cruzar el río por allí, estaba convencido de que lo intentaría a la altura de Eanulfsbirig, no en Huntandon, donde las tropas de Anglia Oriental estarían esperándonos en los terrenos más elevados de la orilla norte del río.

O a lo mejor el danés no estaba planeando nada.

Y todo eran figuraciones mías y no corríamos ningún peligro.

—¿Has estado en Cytringan? —pregunté al muchacho.

Pareció sorprendido, quizá porque Cytringan estaba mucho más lejos que las otras localidades por las que me había interesado.

—Sí, mi señor —me dijo.

—¿Qué hay en aquellos contornos?

—El *jarl* Sigurd dispone de una casa de celebración en aquellos parajes, donde suele alojarse cuando va de caza por los bosques colindantes.

—¿Dispone de una empalizada?

—No, mi señor. Es una gran casa, pero casi siempre está desocupada.

—Me han dicho que Sigurd pensaba pasar allí estas fiestas.

—Puede ser, señor.

Asentí y me guardé las monedas, mientras observaba el gesto de decepción que se dibujaba en el rostro de Ludda.

—No te preocupes, te pagaré —le prometí—, en cuanto estemos de vuelta.

—¿Estemos? —me preguntó, intranquilo.

—Porque vas a venir conmigo, Ludda —le aclaré—. A mis hombres les encantará saber que llevan un mago con ellos, y cualquier mago estaría feliz de contar con una escolta de guerreros que lo acompañase.

—Si vos lo decís, señor —repuso, tratando de mantener la compostura.

Nos pusimos en marcha a la mañana siguiente. Casi todos los monjes iban a pie, lo que nos retrasaba bastante, pero no tenía demasiada prisa. Aparte de un puñado de hombres que dejé al cuidado de mi casa, casi todos los míos venían conmigo. En total, éramos algo más de un centenar, de los que sólo cincuenta éramos guerreros; los demás eran clérigos o criados. Sigunn era la única mujer. Mis hombres lucían sus mejores mallas. Veinte marchaban en cabeza; los demás íbamos a retaguardia; en medio, andando o a lomos de sus monturas, monjes, curas y criados. Seis de los míos iban y venían de un lado para otro, escudriñando la senda que nos disponíamos a seguir. Me imaginé que nada habría de pasar entre Buccingahamm y Bedanford, y así fue. No había estado nunca en esa localidad, y me encontré con un pueblo casi desierto que se había convertido en una aldea habitada por gentes atemorizadas. En tiempos, había habido una gran iglesia al norte del río, donde se suponía que estaba el sepulcro del rey Offa, antiguo déspota de Mercia, pero los daneses habían quemado la iglesia y expoliado la tumba regia en busca de los tesoros que pudieran haber enterrado junto a su cadáver. Pasamos una noche fría y desagradable en un granero; me quedé unas cuantas horas con los centinelas, que no dejaban de temblar a pesar de

las capas de piel que llevaban. El día amaneció neblinoso sobre unos parajes húmedos, monótonos y llanos por los que el río discurría perezoso formando grandes meandros.

A pesar de la niebla, cruzamos el río aquella mañana. Ordené a Finan y a veinte de los míos que fueran por delante y echasen un vistazo al camino que nos disponíamos a tomar. Regresó y me dijo que no había enemigo a la vista.

—¿Enemigos? —se extrañó Willibald—. ¿Acaso esperabais que los hubiese?

—Somos guerreros —contesté—, y siempre pensamos que puede haberlos.

—Estamos en tierras de Eohric —replicó haciendo un gesto de desaprobación con la cabeza—; es de los nuestros, mi señor.

El vado bajaba alto, cargado de un agua muy fría. Insté a los monjes a que lo cruzaran en una almadía amarrada en la orilla sur para tal menester. Una vez al otro lado, seguimos los vestigios de una calzada romana que discurría por prados anegados. La niebla se disipó y dio paso a un día soleado, frío y luminoso. No estaba tranquilo. A veces, cuando una manada de lobos nos trae de cabeza y no conseguimos atraparla, ponemos trampas. Encerramos a unas cuantas ovejas en un aprisco a campo abierto, escondemos los perros en dirección contraria a aquella en la que sopla el viento y esperamos a que los lobos se dejen caer por allí. En cuanto aparecen, damos vía libre a jinetes y podencos y se persigue a la manada campo a través hasta que no queda sino un montón de pellejos ensangrentados y animales destripados. En aquel momento, sin embargo, las ovejas éramos nosotros. Íbamos en dirección norte, con los estandartes ondeando al viento, sin escondernos. Y estaba seguro de que los lobos nos observaban.

Pedí a Finan, Sigunn, Ludda, Sihtric y otros cuatro hombres que vinieran conmigo y nos apartamos del camino, no sin dejarle dicho a Osferth que siguiera con los demás hasta Eanulfsbirig, pero que no cruzaran el río.

Mientras, nos dedicamos a otear el horizonte. Explorar el terreno es todo un arte. Normalmente, disponía que dos parejas de jinetes escudriñasen ambos lados del camino por el que íbamos. Sin que la otra la perdiera de vista, una de las parejas se adelantaba y rastreaba colinas y terrenos boscosos y, sólo cuando estaban seguros de que no había enemigos cerca, avisaban a la otra pareja que, desde ese momento, se encargaba de explorar el siguiente tramo. Pero en aquella ocasión no disponía de tiempo para tantas cautelas. Al contrario, cabalgábamos a galope tendido. Había proporcionado a Ludda una cota de malla, un yelmo y una espada; Sigunn, que montaba tan bien como un hombre, iba envuelta en una amplia capa de piel de nutria.

A última hora de la mañana, dejamos atrás Eanulfsbirig. Estábamos bastante al oeste de la pequeña localidad. Hice un alto al abrigo de unos árboles renegridos por el frío y me detuve a contemplar los destellos del río, el puente y las diminutas techumbres de las casas de las que salían pequeñas humaredas que ascendían en el cielo despejado.

—No veo a nadie —concluyó Finan al cabo de un rato; me fiaba más de sus ojos

que de los míos—, al menos a nadie que pueda darnos un susto.

—A no ser que estén dentro de las casas —aventuré.

—No habrían podido ocultar los caballos en el interior de esas casuchas —aseguró Finan—, pero si os parece puedo acercarme y echar un vistazo.

Negué con la cabeza. Dudaba que los daneses anduvieran por allí, incluso es posible que ni estuvieran por los alrededores. Sin embargo, algo me decía que estaban pendientes de Eanulfsbirig, aunque quizá desde la orilla más alejada del río. Más allá de unos prados, lejos del río, se veía una arboleda; entre el follaje y la maleza, bien podría ocultarse un ejército. Supuse que Sigurd confiaba en que cruzásemos el río antes de atacarnos, de forma que la corriente quedase a nuestras espaldas, pero que también tendría que apoderarse del puente si lo que buscaba era que no escapásemos. O también podía ser que, a pesar de mis recelos, estuviese hartándose de hidromiel en su casa de celebración y tales peligros no fueran sino imaginaciones mías.

—Sigamos hacia el norte —ordené, y espoleamos los caballos por los surcos de un campo sembrado de trigo de invierno.

—¿Qué esperáis, mi señor? —me preguntó Ludda.

—En cuanto a ti, que mantengas la boca cerrada si vemos a algún danés —le advertí.

—Creo que no me costará nada —respondió sin dudarle un momento.

—Y que reces para que no hayamos dejado atrás a esos malnacidos —añadí.

Me preocupaba que Osferth fuera a meterse en la boca del lobo, pero mi olfato me decía que aún no habíamos dado con el enemigo, si es que lo había. Me pareció que el puente de Eanulfsbirig era el lugar perfecto para que Sigurd nos tendiese una emboscada, pero hasta donde me alcanzaba la vista no atisbaba a nadie a ese lado del río Use, cuando lo más seguro era que dispusiese de hombres en ambas orillas.

Cabalgamos más despacio, procurando no apartarnos de los árboles mientras continuábamos hacia el norte. Estábamos lejos del camino que Sigurd habría pensado que seguiría y, si tenía hombres apostados para cortarnos la retirada, confiaba en dar con ellos. Sin embargo, el frío, el silencio y la soledad eran los únicos moradores de aquellos parajes invernales. Ya empezaba a pensar que mis temores eran infundados, que ninguna amenaza se cernía sobre nosotros cuando, de repente, ocurrió algo que me llamó la atención.

Estaríamos a unas tres millas de Eanulfsbirig, en mitad de unos campos anegados, entre unos sotos, con el río a media milla a nuestra derecha, cuando una mancha de humo se alzó de una arboleda situada en la orilla más alejada del río; no le presté demasiada atención, pensando que saldría de alguna cabaña escondida entre los árboles. Pero Finan observó algo más.

—Mi señor —me avisó. Refrené el caballo y miré hacia el lugar que señalaba. Hacia el este, el río describía un enorme recodo de aguas tumultuosas y, en el punto más alejado de aquel meandro, bajo las ramas desnudas de los sauces, reparé en las inconfundibles siluetas de las proas de dos embarcaciones: cabezas de animales. De

no ser por Finan, que me las señalaba, no habría reparado en ellas, pero el irlandés era el hombre con mejor vista de cuantos se han cruzado en mi camino—. Dos barcos —añadió.

Dos naves desarboladas, por lo que deduje que, seguramente, habían pasado a golpe de remo bajo el puente de Huntandon. ¿Serían barcos de Anglia Oriental? Me detuve a mirarlos, pero no vi a nadie a bordo; en cualquier caso, los cascos permanecían ocultos tras los densos juncales que crecían en esa orilla del río. Aquellas proas amenazantes me advertían de la presencia de dos embarcaciones donde no esperaba ver ninguna. Mientras, a mis espaldas, Ludda no dejaba de repetirme cómo, en cierta ocasión, unos saqueadores daneses habían llegado a remo hasta Eanulfsbirig.

—Calla de una vez —le mandé.

—Sí, mi señor.

—¿Los habrán dejado aquí durante el invierno? —aventuró Finan.

Negué con la cabeza.

—Si así fuera, los habrían sacado del agua. Además, ¿a cuento de qué las cabezas de animales? —Sólo exhibimos cabezas de dragón o de lobo en nuestras naves cuando nos encontramos en aguas hostiles, lo que me llevaba a pensar que no eran embarcaciones de Anglia Oriental. Giré en mi silla de montar y miré hacia Ludda—, en cuanto a ti, mantén la boca cerrada.

—Sí, mi señor —dijo el chico, mientras los ojos le hacían chiribitas; nuestro mago se lo pasaba en grande dándoselas de guerrero.

—Y vosotros, apañáoslas como sea para ocultar esas cruces.

La mayoría de los míos eran cristianos y lucían la cruz como yo el martillo. Me cercioré de que ocultaban sus talismanes, mientras yo dejaba el martillo bien a la vista.

Espoleamos los caballos, dejamos atrás el bosque y salimos a los prados. No habíamos recorrido ni la mitad de la distancia que nos separaba de ellos cuando una de aquellas belicosas proas se puso en movimiento. Los dos barcos permanecían amarrados en la otra orilla, pero uno de ellos se acercó a nuestro lado y tres hombres, con cotas de malla, saltaron desde la proa. Alcé las manos para que vieses que no llevaba armas, y dejé que mi caballo, fatigado, se acercase lentamente a ellos.

—¿Quién eres? —me preguntó a voces y en danés uno de ellos, lo que no casaba bien con la cruz que llevaba por encima de la malla. Era una cruz de madera con una pequeña imagen de plata de Cristo crucificado. ¿Fruto de un botín quizá? No me entraba en la cabeza que ninguno de los hombres de Sigurd se hubiera convertido al cristianismo, igual que estaba convencido de que se trataba de barcos daneses. Más allá, reparé en que había más hombres, unos cuarenta quizá, que se mantenían a la espera en las naves.

Me detuve para que el hombre pudiera examinarme. Todo lo que vio fue a un señor de la guerra ataviado con sus mejores galas: arcos guarnecidos de plata,

brazales que resplandecían al sol y un martillo de Thor colgado al cuello.

—¿Quién sois, mi señor? —me preguntó, con respeto.

—Soy Haakon Haakonson —se me ocurrió decirle—, y sirvo a las órdenes del *jarl* Haesten.

Eso fue lo que le conté, que era uno de los hombres de Haesten, con la esperanza de que ninguno de los guerreros de Sigurd estuviese al tanto de quiénes estaban de parte del danés y no me hiciera demasiadas preguntas. Si eso pasaba, Sigunn, que en su día los había conocido bien a todos, sabría darles la respuesta más oportuna. No otra era la razón de que le hubiera pedido que viniese conmigo.

—Ivann Ivarrson —se presentó el guerrero, más tranquilo al comprobar que hablaba su lengua, aunque sin fiarse demasiado—. ¿Qué hacéis por estos contornos? —se interesó, aunque con respeto.

—Vamos en busca del *jarl* Jorven —contesté, recurriendo al nombre del guerrero cuya propiedad había recorrido en compañía de Beortsig.

—¿Jorven?

—Sabemos que sirve al *jarl* Sigurd —repuse.

—¿Y creéis que andará con él? —me preguntó Ivann, quien, por otra parte, no parecía sorprendido de que fuera en busca de uno de los hombres de Sigurd tan lejos de su hacienda. Fue la primera confirmación de que Sigurd no andaba lejos de allí: había dejado atrás sus tierras y estaba en territorio de Eohric, sin que nada, aparte de impedir la firma del tratado, justificase su presencia en aquellos parajes.

—Eso me han dicho —repliqué con aspereza.

—En tal caso, lo encontraréis al otro lado del río —informó Ivann, antes de añadir con voz cautelosa—: Mi señor, ¿puedo haceros una pregunta?

—Por supuesto —contesté con altivez.

—¿Vais a hacerle algo a Jorven, mi señor?

Me eché a reír.

—Un favor —dije, antes de volverme en la silla y retirar el capuchón con que Sigunn se cubría la cabeza—. Huyó de su lado —le aclaré—, y el *jarl* Haesten ha pensado que no le importaría recuperarla.

Ivann puso unos ojos como platos. Sigunn era una preciosidad, de aspecto delicado y lánguido, y ella tuvo el tino de poner cara de susto mientras Ivann y los otros la examinaban.

—Cualquier hombre querría que volviera a su lado —concluyó.

—Jorven, sin duda, le dará su merecido a esta ramera —comenté, como si aquello no fuera conmigo—, pero a lo mejor os deja catarla antes —añadí, antes de volver a cubrirla con la capucha y ocultar su rostro de nuevo—. ¿Estás a las órdenes del *jarl* Sigurd? —pregunté a Ivann.

—Somos hombres del rey Eohric —me dijo.

Hay una anécdota en las escrituras cristianas, aunque no me acuerdo de quién fue el protagonista, y no voy a pedir a uno de los sacerdotes de mi mujer que me la

cuenta, porque el clérigo se vería en la obligación de darme la murga con eso de que, a menos que me arrastre ante su dios crucificado, iré al infierno. Algo tenía que ver con un hombre que iba camino de algún sitio, cuando una luz resplandeciente lo cegó y, de repente, lo vio todo claro. Así fue cómo me sentí yo en aquel momento.

No le faltaban razones a Eohric para abominar de mí. Había incendiado Dumnoc, una ciudad de la costa de Anglia Oriental, y aunque había tenido mis motivos para reducir tan espléndido puerto a un montón de ruinas calcinadas, seguramente el rey no lo había olvidado. Había pensado incluso que, cegado por el interés que tenía en firmar aquella alianza con Wessex y Mercia, habría pasado por alto la afrenta, pero en aquel momento caí en la cuenta de que aquello era una traición en toda regla: quería verme muerto. Lo mismo que Sigurd, por otra parte, aunque las razones del danés se me antojaban más fáciles de entender. Su intención no era otra que la de hacer avanzar un ejército danés hacia el sur para atacar Wessex y Mercia, y de sobra sabía quién estaría al frente de las tropas con las que habría de enfrentarse, no otro que Uhtred de Bebbanburg, porque, sin pecar de inmodestia, gozaba de una fama bien merecida. Los hombres me temían, de modo que, si estuviera muerto, la conquista de Mercia y Wessex le resultaría más fácil.

En aquellos prados anegados a orillas del río, en ese preciso instante, comprendí la celada que me habían preparado. Eohric, haciéndose pasar por buen cristiano, había solicitado que fuera yo quien negociara el tratado en nombre de Alfredo, con el único propósito de atraerme a una encerrona que Sigurd se encargaría de ejecutar, de forma que el peso de la escabechina recayera sobre el danés y nadie pudiera reprocharle nada a él, al rey de Anglia Oriental.

—¿Os ocurre algo, mi señor? —se interesó Ivann al ver que me había quedado callado, hasta que reparé en que no le quitaba los ojos de encima.

—¿Acaso Sigurd ha invadido las tierras de Eohric? —le pregunté, como si no estuviera al tanto de lo que pasaba.

—No se trata de una invasión, mi señor —respondió Ivann, al fijarse en cómo atisbaba el otro lado del río donde, aparte de la otra orilla, no había nada que ver sino más campos y árboles—. El *jarl* Sigurd ha venido de caza, mi señor —añadió el danés, con picardía.

—¿Por eso mantenéis las cabezas de dragón en los barcos? —le pregunté.

Las efigies de los animales que cubren las proas de nuestras embarcaciones sirven para espantar a los espíritus enemigos y lo más normal es que las retiremos cuando navegamos por aguas amigas.

—No son dragones —me aseguró Ivann—: son leones cristianos. El rey Eohric insiste en que no las retiremos de las proas de las naves.

—¿Leones?

El guerrero se encogió de hombros.

—El rey dice que son leones, mi señor —me explicó; estaba claro que no sabía qué decir.

—No han elegido mal día para salir de caza —añadí—. ¿Por qué no estáis con los de la partida?

—Estamos aquí apostados para llevar a los cazadores al otro lado del río —me aclaró—, por si a la presa le diera por cruzar a la otra orilla.

Hice un gesto como dando a entender que me parecía una decisión sensata.

—¿Así que podéis pasarnos al otro lado?

—¿Sabrán mantenerse a flote los caballos?

—Más les vale —repuse. Era más fácil que los caballos cruzaran el río por sí mismos que atraerlos con carantoñas y meterlos en un barco—. Vamos a por los demás —dije, haciendo volver grupas a mi caballo.

—¿Los demás? —preguntó Ivann, receloso de nuevo.

—Sus doncellas —señalé a Sigunn con el pulgar—, dos de mis criados y algunos animales de carga. Los hemos dejado en un caserío de por ahí —añadí, señalando algún punto indeterminado del oeste, y dándole a entender que no pensaba prescindir de ellos.

—¡Podéis dejar aquí a la muchacha! —acertó a decir Ivann, intentando sacar partido de la situación, pero hice como que no lo oía y me interné de nuevo entre los árboles.

—¡Serán hijos de puta! —exclamó a Finan, en cuanto los perdimos de vista de nuevo.

—¿Por qué lo decís?

—Eohric nos ha hecho venir hasta aquí para que Sigurd acabe con nosotros —le expliqué—. Pero Sigurd no sabe por cuál de las dos orillas vamos a llegar, de modo que ha traído esos dos barcos para que sus hombres crucen el río, caso de que decidamos quedarnos de este lado.

No sabía qué pensar. A lo mejor no habían decidido caer sobre nosotros en Eanulfsbirig, sino más al este, en Huntandon. Sigurd me dejaría cruzar el río y no atacaría hasta que llegase al siguiente puente, donde las tropas de Eohric harían las veces de yunque sobre el que descargar su mazo.

—Tú —interpelé a Sihtric, que se volvió de mal humor—, llévate a Ludda y ve en busca de Osferth. Dile que venga con todos los guerreros que están a sus órdenes. Los monjes y los curas, que no se muevan de donde están, que no den un paso más, ¿entendido? A la vuelta, procurad que los hombres que están a bordo de esos barcos no os vean. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—¿Qué digo al padre Willibald? —me preguntó Sihtric.

—Que es un necio rematado y que le estoy salvando su miserable pellejo. ¡Vete ya! ¡Deprisa!

Finan y yo habíamos echado el pie a tierra; dejamos en manos de Sigunn las riendas de nuestras monturas.

—Llévalos al otro extremo del bosque y esperáanos allí —le ordené.

Finan y yo nos llegamos al lindero del bosque. Ivann no las tenía todas consigo en

cuanto a nosotros porque, durante unos minutos, se quedó mirando al sitio por el que nos habíamos ido, hasta que, por fin, se decidió a volver al barco amarrado.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Finan.

—Destruir esos dos barcos —repuse.

Me habría gustado hacer muchas cosas más, como abrir en canal con *Hálito-de-serpiente* al rey Eohric, empezando por su gorda papada, pero estábamos rodeados y estaba seguro de que Sigurd y Eohric disponían de hombres suficientes como para acabar con nosotros cuando les viniera en gana. Estaba convencido de que sabían cuántos hombres venían conmigo. Sin duda, Sigurd habría enviado exploradores a los alrededores de Bedanford, que le habrían puesto al tanto de cuántos hombres íbamos camino de su encerrona. Del mismo modo, habría puesto buen cuidado en que no advirtiéramos su presencia. Confiaba en que cruzásemos el puente en Eanulfsbirig para, luego, atacar por la retaguardia, de forma que quedásemos atrapados entre los suyos y las tropas del rey Eohric. De haber sido así, aquel día de invierno habría tenido lugar una auténtica masacre. Si, por una de esas casualidades de la vida, hubiéramos seguido por la orilla norte del río, los barcos de Ivann habrían pasado a sus guerreros al otro lado del Use y nos habrían atacado también desde la retaguardia una vez que lo hubiéramos cruzado. El caso es que ni siquiera se había tomado la molestia de ocultar las naves. ¿Por qué habría de hacerlo? Se habría imaginado que no me sorprendería la presencia de dos naves de Anglia Oriental en aguas de ese reino. En ambos casos, habría caído en la trampa, y las noticias de que se había producido una carnicería llegarían a Wessex unos días después, cuando Eohric estuviera en condiciones de jurar que no sabía nada de semejante matanza. Sin duda, le echaría toda la culpa al pagano de Sigurd.

Yo desbarataría los planes de Eohric y pondría en ridículo a Sigurd, antes de pasar Yule en Buccingahamm.

Mis hombres llegaron a media tarde. Ya bajo, el sol se ocultaba por el oeste y cegaría a los hombres de Ivann. Hice un aparte con Osferth para explicarle lo que me proponía y le pedí que, con seis de los nuestros, volviera al lado de los monjes y los curas. Calculé un tiempo razonable para que hiciese lo que le había dicho y, entonces, cuando el sol casi se ponía en aquel cielo invernal, me dispuse a realizar la trampa que había pensado.

Venían conmigo Finan, Sigunn y siete hombres. Sigunn, a caballo; los demás, a pie, llevando las riendas de las monturas. Ivann esperaba la llegada de un grupo reducido de hombres, y eso fue lo que vio. Había llevado el barco al otro lado del río, pero los remeros ya impulsaban la nave alargada hacia donde estábamos nosotros.

—Conté veinte hombres en el barco —dije a Finan, pensando en cuántos tendríamos que matar.

—Veinte en cada barco, señor —repuso—, aunque veo una humareda que sale de aquellas breñas —continuó, señalando al otro lado de río—. Puede ser que disponga de algunos más que, ahora mismo, se conforman con entrar en calor.

—No cruzarán el río cuando vean lo que les espera —repliqué. Chapoteábamos por un terreno reblandecido. El aire estaba en calma. Más allá del río, aún se veían las pálidas hojas amarillas de algunos olmos. Unos zorzales reales levantaron el vuelo en un campo cercano—. Cuando dé comienzo la matanza —dije a Sigunn—, hazte con las riendas de nuestros caballos y llévalos al bosque de vuelta.

La muchacha asintió. Me había decidido a ir con ella, porque Ivann esperaba verla y porque era tan hermosa que sabía no le quitaría los ojos de encima, con lo que no prestaría mucha atención a los árboles en los que, agazapados, aguardaban los míos. Confiaba en que estuvieran bien escondidos, pero no me atreví a volver la vista atrás para comprobarlo.

Ivann había trepado por la orilla y amarrado la proa del barco al tronco de un álamo. La corriente acostaba la nave río abajo, lo que significaba que los hombres que iban a bordo podrían saltar a tierra con facilidad. Eran veinte; nosotros, sólo ocho. Ivann nos observaba con atención; le había dicho que volveríamos con las doncellas de la muchacha y no las veía, pero hay hombres que ven sólo lo que quieren, y él sólo tenía ojos para Sigunn. Sin sospechar nada, pues, nos esperó. Le dediqué una sonrisa.

—¿Estás a las órdenes de Eohric? —le pregunté a voces, mientras nos acercábamos.

—Así es, mi señor; ya os lo dije.

—¿Y piensas que sería capaz de acabar con Uhtred? —le insistí.

Advertí en su rostro la primera sombra de duda, pero yo seguía sonriendo.

—En cuanto a eso... —empezó a decir, pero nunca concluyó la frase porque, en ese instante, desenvainé mi espada, *Hálito-de-serpiente*, señal convenida para que el resto de los míos espoleasen sus monturas y saliesen de la arboleda: una hilera de jinetes armados, cascos de caballerías que levantaban agua y montones de tierra a su paso, una amenaza mortal en una tarde de invierno, guerreros pertrechados de lanzas, hachas y escudos. Blandí la espada sobre Ivann sólo para apartarlo de la soga que sujetaba el barco, pero tropezó y se fue al suelo entre la embarcación y la orilla.

Y así fue cómo empezó y acabó todo.

La orilla se llenó de repente de guerreros a caballo, cuyos resoplidos se convertían en humo bajo aquella luz fría y cegadora; a voces, Ivann imploraba piedad, mientras los del barco, sin salir de su asombro, ni siquiera intentaron hacerse con las armas que llevaban. Estaban aburridos y cansados de pasar frío todo el día, y la aparición de mis hombres, con yelmos y escudos, y sus armas tan afiladas como la escarcha que aún cubría los lugares donde no había dado el sol, los había dejado mudos de espanto.

Al ver cómo el barco se rendía, la tripulación de la segunda de las naves tampoco ofreció resistencia. Eran hombres de Eohric, cristianos en su mayoría, sajones y daneses que no albergaban las mismas ambiciones que los codiciosos guerreros de Sigurd. Los daneses de verdad, y para entonces ya estaba seguro, estarían apostados

más al este, dispuestos a caer sobre monjes y jinetes en cuanto cruzasen el río. No obstante, y aun a su pesar, las dos tripulaciones habían tomado parte en aquella estratagema. Aunque todos habrían estado mucho más a gusto cobijados junto a una fogata, su tarea no había ido más allá de esperar y ver si su presencia era necesaria. Cuando les dije que, si se rendían, les perdonaría la vida, todos me demostraron su agradecimiento con grandes aspavientos; a voces, la tripulación del barco que estaba más alejado nos hizo saber que no opondrían resistencia. A golpe de remo, llevamos el barco de Ivann al otro lado de río, de forma que ambas naves cayeron en nuestras manos sin derramar una sola gota de sangre. Despojamos a los hombres de Eohric de sus cotas de malla, de sus yelmos y de sus armas, y pasé el botín a la otra orilla. Menos a Ivann, a quien hice prisionero, dejamos a unos hombres ateridos al otro lado del río; una vez que lo cruzamos, quemamos las dos naves. Las tripulaciones habían prendido una fogata entre los árboles para calentarse: aquellas ascuas bastaron para destruir los barcos de Eohric. Esperé el tiempo justo para ver cómo ardían y cómo las llamas lamían las bancadas de los remeros, mientras el humo ascendía en la quietud de aquellos contornos y, a galope tendido, nos dirigimos al sur.

El humo sólo era una señal; a ojos de Sigurd, la prueba irrefutable de que su bien pensada emboscada había salido mal. No tardaría en enterarse por boca de las tripulaciones de Eohric, pero, para entonces, sus ojeadores ya habrían avistado a los monjes y a los curas en las inmediaciones del puente de Eanulfsbirig. Había ordenado a Osferth que no se movieran de aquella orilla y que hiciesen todo lo posible por dejarse ver. Corríamos el riesgo, claro está, de que los daneses de Sigurd se abalanzasen sobre unos clérigos indefensos, pero tenía para mí que esperaría hasta estar seguro de que yo andaba por allí, y eso fue lo que hizo.

Cuando llegamos a Eanulfsbirig, nos encontramos al coro cantando. Osferth les había mandado que cantasen, y allí estaban, bajo aquellos enormes estandartes, aterrados pero gorjeando.

—¡Más fuerte, cabrones! —les grité cuando, a medio galope, llegamos al puente—. ¡Con ganas, como polluelos en el nido!

—¡Lord Uhtred! —exclamó el padre Willibald, echando a correr a mi encuentro—, ¿se puede saber qué está pasando?

—Pues que, por mi cuenta, he decidido empezar una guerra, padre —comenté de buen talante—; es mucho más entretenido que la paz.

Atónito, se me quedó mirando. Me bajé de la silla de montar, y comprobé que Osferth había seguido mis instrucciones y apilado montones de leña menuda en la pasarela de madera del puente.

—Es paja —me dijo—, y está húmeda.

—Con tal de que arda —repuse.

Habían amontonado paja por todo el puente, ocultando de paso unos leños que hacían las veces de barricada de escasa altura. Río abajo, el humo de los barcos en llamas se había espesado hasta formar una gran columna que se alzaba hacia el cielo.

Para entonces, el sol ya estaba muy bajo y proyectaba largas sombras hacia el este, donde las dos tripulaciones ya habrían informado a Sigurd de mi presencia en aquellos parajes.

—¿Que habéis empezado una guerra? —me espetó Willibald, mientras se llegaba hasta donde yo estaba.

—¡Muro de escudos! —grité—. ¡Aquí mismo!

Estaba dispuesto a formarlos en el mismo puente. Lo de menos era cuántos hombres podría traer Sigurd, porque sólo unos pocos podrían plantarnos cara en el espacio angosto que discurría entre los pesados parapetos del puente.

—¡Hemos venido en son de paz! —me reprochó Willibald, lo mismo que los gemelos Ceolberht y Ceolnoth, mientras Finan ponía orden entre nuestros guerreros. El puente era lo bastante ancho como para albergar a seis hombres uno al lado del otro, con los escudos bien juntos. Disponía, pues, de cuatro hileras de guerreros en formación, pertrechados de hachas, espadas y grandes escudos redondos.

—Nos han hecho venir hasta aquí porque Eohric os ha traicionado —largué a Willibald—. Nunca tuvo el propósito de firmar la paz. Se trataba sólo de facilitar las cosas cuando empezara la guerra. Preguntádselo a él —añadí, señalando a Ivann—. ¡Adelante, hablad con él y dejadme en paz! ¡Y decid a los monjes que ya está bien de maullidos!

En ese momento, de entre los árboles más alejados, más allá de unos campos anegados, aparecieron los daneses. Una horda, de no menos de doscientos jinetes, a las órdenes de Sigurd que iba a lomos de un enorme caballo de guerra blanco junto a su estandarte de un cuervo volador.

Al darse cuenta de que estábamos esperándolo y de que, si quería atacarnos, sus hombres tendrían que pasar por aquel estrecho puente, obligó al caballo a desviarse unos cincuenta pasos, echó el pie a tierra y se acercó a nosotros. Lo acompañaba un hombre joven, pero todos teníamos puestos los ojos en Sigurd. Era un hombretón, de espaldas fornidas, con el rostro lleno de cicatrices que sólo a duras penas disimulaba bajo una barba tan larga que la llevaba trenzada en dos gruesas coletas enroscadas al cuello. En su yelmo, refulgían los rayos rojizos de la puesta del sol. Ni siquiera se había molestado en hacerse con un escudo o en blandir una espada y, aun así, era un señor danés de la guerra en todo su esplendor. Incrustaciones de oro en el yelmo, una cadena de oro que le asomaba por debajo de las trenzas de la barba, los brazos cubiertos de brazaletes también de oro, el mismo metal que resplandecía en la garganta de la vaina donde enfundaba la espada y en la empuñadura del arma. El más joven, de gesto insolente, arrogante y ceñudo, llevaba una cadena de plata; de plata era también el cordón que rodeaba la cimera de su yelmo.

Pasé por encima de la paja amontonada y me acerqué al encuentro de ambos.

—Lord Uhtred —me saludó Sigurd, con un deje de sarcasmo.

—*Jarl* Sigurd —contesté en el mismo tono.

—Les advertí que no erais un necio —me dijo. El sol estaba tan bajo al extremo

sudoeste del horizonte que no le quedaba otra que entrecerrar los ojos para verme en condiciones. Escupió al suelo—. Diez de los vuestros contra ocho de los míos — propuso—, aquí mismo.

Pisoteó la hierba empapada que quedaba bajo sus pies. Quería que los míos abandonasen el puente, y sabía que yo me negaría.

—Dejad que sea yo quien me enfrente con él —intervino el más joven.

Me lo quedé mirando con desdén.

—Prefiero que mis contrincantes tengan ya edad de afeitarse antes de acabar con ellos —repliqué, antes de volverme a Sigurd—: ¿Qué os parece vos contra mí — propuse—, aquí mismo?

Hice una marca con el pie en el lodo del camino, endurecido por la escarcha.

Esbozó una media sonrisa que dejó al descubierto unos dientes amarillentos.

—Acabaría con vos, Uhtred —contestó con voz tranquila—, y este mundo se vería libre de un zurullo de mierda de rata, pero creo que habrá que dar tiempo al tiempo para tener ese placer —añadió, mientras se arremangaba el brazo derecho y dejaba al descubierto el antebrazo entablillado, es decir, con dos tablas de madera fuertemente apretadas mediante unas vendas.

Reparé de paso en una curiosa cicatriz que tenía en la palma de la mano, un par de cuchilladas en forma de cruz. Sigurd no era ningún cobarde, pero tampoco un necio que estuviera dispuesto a enfrentarse conmigo, mientras se le soldaba el hueso roto del brazo con el que empuñaba la espada.

—¿No iréis a decirme que os habéis vuelto a enzarzar con mujerzuelas? —le espeté, a la vez que, con un gesto, le indicaba la extraña cicatriz.

Me dirigió una mirada asesina. Mi insulto había calado hondo, y se lo estaba pensando.

—¡Dejad que pelee con él! —insistió el joven.

—Calla la boca —rezongó Sigurd.

Eché una mirada al más joven de los dos. Tendría unos dieciocho o diecinueve años, a punto de alcanzar la plenitud física; un joven muy pagado de sí mismo, un derroche de petulancia. Lucía una hermosa cota de malla, de manufactura franca probablemente; sus brazos rebosaban de esos brazaletes con que suelen pavonearse los daneses. No obstante, algo me llevó a pensar que su posición era heredada, y no ganada en el campo de batalla.

—Mi hijo —nos presentó Sigurd—, Sigurd Sigurdson.

Le dirigí un saludo, al que Sigurd el Joven respondió con una mirada amenazadora. Quería darse a valer, pero estaba claro que su padre no estaba por la labor.

—Mi único hijo —añadió.

—Parece que tiene una decidida querencia por la muerte —repliqué—. Si busca pelea, con gusto le daré satisfacción.

—No le ha llegado la hora —continuó Sigurd—. Lo sé porque he hablado con

Ælfadell.

—¿Quién es ésa?

—Conoce el futuro, Uhtred —me dijo y, por el tono de su voz, advertí que hablaba en serio—, puede predecir el futuro.

Algo había oído, habladurías tan dispersas como el humo, chismes que circulaban por toda Britania, que aseguraban que, allá en el norte, había una hechicera que podía hablar con los dioses. La sola mención de su nombre, que tanto se parecía a lo que nosotros llamamos «pesadilla», bastaba para que los cristianos se santiguasen.

Me limité a encogerme de hombros, como si poco me importara.

—¿Y qué dice esa vieja?

Sigurd hizo una mueca.

—Dice que ningún hijo de Alfredo llegará a ponerse al frente de los destinos de Britania.

—¿Y vos la creéis? —le insistí aunque, por su forma de hablar, tan llana y serena como si estuviera regateando el precio de un buey, me di cuenta de que así era.

—Vos también la creeríais —añadió—, sólo que no viviréis para llegar a verla.

—¿Os lo dijo ella?

—Si nuestros caminos, el vuestro y el mío, se cruzan, vuestro guía morirá, según ella.

—¿Mi guía? —pregunté, fingiendo que me hacía gracia el comentario.

—Vos —concluyó Sigurd, con una sonrisa burlona.

Escupí en la hierba.

—Confío en que Eohric os pague bien por perder el tiempo de esta manera.

—Lo hará —replicó Sigurd, cortante, antes de volver grupas, dar un tirón del codo a su hijo y marcharse.

Mi actitud había sido desafiante, pero la verdad es que se me encogió el corazón. ¿Y si Ælfadell la Hechicera hubiera dicho la verdad? Porque está claro que los dioses hablan con nosotros, aunque rara vez en términos tan comprensibles. ¿Estaba condenado a perder la vida a orillas de ese río? Eso pensaba Sigurd que, en ese instante, reunía a los suyos para iniciar un ataque que, si su resultado no le hubiera sido predicho, nunca habría intentado. Porque, por más curtido que esté en mil batallas, no ha nacido el hombre que pueda desbaratar un muro de escudos tan sólido como el que yo había dispuesto entre los recios parapetos del puente, aunque no hayan de faltar quienes, en alas de un oráculo, sean capaces de intentar semejante locura, contando con que el destino se pondrá de su parte. Acaricié la empuñadura de *Hálito-de-serpiente* y el martillo de Thor, y me volví al puente.

—Prendedle fuego —ordené a Osferth.

Había llegado el momento de quemar el puente y emprender la retirada y, si Sigurd hubiese tenido dos dedos de frente, tendría que habernos dejado ir. La emboscada que nos había preparado no le había salido bien, y la posición que manteníamos en el puente habría desalentado a cualquiera, pero no se le iba de la

cabeza la visión que le había contado una desconocida y comenzó a arengar a los suyos. Escuché los gritos de aliento con que acogían sus palabras, oí el estruendo de las espadas que chocaban con los escudos y observé cómo los daneses desmontaban y formaban en hilera. Osferth acercó una antorcha encendida y la arrojó sobre los montones de paja; al instante, empezó a salir humo. Los daneses aullaban mientras, a codazos, yo me abría paso hasta colocarme en el centro de nuestro muro de escudos.

—Están empeñados en acabar con vos como sea, mi señor —apuntó Finan, con sorna.

—¡Será tonto! —exclamé.

No le conté que una hechicera había pronosticado que yo allí perdería la vida. Finan se las daba de cristiano, pero creía en espíritus y fantasmas, en duendes que acechaban entre la maleza, en espectros que surcaban el aire al amparo de la oscuridad de la noche, y si le hubiera comentado algo a propósito de Ælfadell la Hechicera, habría sentido el mismo miedo que, en aquel instante, me atenazaba el corazón. Si Sigurd se decidía a atacar, le haría frente, porque tenía que defender el puente hasta que el fuego prendiera en condiciones. Osferth tenía razón sobre la leña menuda: no eran rastros de campos sembrados de trigo, sino juncales, y, además, estaba húmeda; el fuego se abría paso con parsimonia. Echaba humo, pero no desprendía un calor tan intenso como para consumir los pesados pilares de madera que, sirviéndose de hachas de guerra, él mismo se había encargado de partir y astillar.

Nada que ver con los hombres de Sigurd, que seguían aporreando espadas y hachas contra los pesados escudos que llevaban, compitiendo entre ellos por ver quién se pondría al frente del ataque. Les daba igual estar medio cegados por el sol y ahogados por el humo: seguían adelante. La fama lo es todo, lo único que nos acompaña en nuestro viaje al Valhalla, y el hombre que acabase conmigo gozaría de merecida fama. Así, a la luz declinante de aquel día que tocaba a su fin, se armaban de valor.

—¡Padre Willibald! —llamé a voces.

—¿Mi señor? —me llegó una voz asustada de la orilla del río.

—¿Dónde está ese estandarte, el más grande? ¡Que dos de vuestros monjes lo enarboleden sobre nosotros!

—Al instante, mi señor —obedeció, entre sorprendido y gozoso.

Poco después, un par de monjes trajeron el enorme estandarte con la imagen bordada de Cristo crucificado. Les ordené que se quedaran detrás de nosotros, y dispuse que dos de los míos no se apartasen de su lado. Si hubiera soplado algo de viento, nadie habría podido con aquel inmenso pendón de lienzo, pero el caso es que allí estaba, alzado sobre nuestras cabezas, rebosante de verdes y dorados, marrones y azules, aparte de aquella oscura pincelada roja donde la lanza del soldado había traspasado el cuerpo de Cristo. Willibald pensó que recurría a los sortilegios de su religión para que las espadas y las hachas de los míos no vacilasen, y no hice nada por quitárselo de la cabeza.

—Nos verán mejor, mi señor —me advirtió Finan, dando a entender que perderíamos la ventaja que nos proporcionaban los rayos bajos del sol, que sólo los cegarían hasta que los daneses se adentrasen en la enorme sombra que proyectaba aquel trasto.

—Será sólo un momento —lo tranquilicé—. ¡No os mováis de donde estáis! —grité a los dos monjes que sujetaban los tiesos mástiles que aguantaban el peso del gran cuadro de tela. En ese momento, enardecidos al ver el estandarte desplegado, entre aullidos, los daneses se lanzaron contra nosotros.

A medida que se acercaban, recordé la primera vez que había estado en un muro de escudos. Tenía tan pocos años, estaba tan asustado...; fue en un puente no más ancho que el que ocupábamos en aquel momento, con Tatwine y sus hombres de Mercia, plantando cara a unos galeses ladrones de ganado. Lo primero que recuerdo fue una lluvia de flechas; luego, atacaron. En aquel puente tan lejano, había sentido por primera vez el cosquilleo de quien se apresta para el combate.

En aquel momento, sin embargo, empuñaba mi daga, *Aguijón-de-avispa*. Mi espada de batalla era *Hálito-de-serpiente*, pero su hermana pequeña era *Aguijón-de-avispa*, un puñal corto y penetrante, que podía ser letal en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, que es como se lucha en un muro de escudos. Cuando los hombres se abrazan como si fueran amantes, con los escudos como única barrera entre ellos, cuando olemos su aliento y vemos hasta sus dientes podridos y las pulgas que les corren por las barbas, cuando no podemos recurrir a un hacha de guerra o a una espada normal, gracias a *Aguijón-de-avispa*, un horror de daga que perforaba barrigas a diestro y siniestro, asestaba puñaladas desde abajo.

No menos horrible que la carnicería que perpetramos aquel día invernal. Los daneses habían visto los montones de leña que habíamos dispuesto, y pensaron que no eran sino juncos húmedos para hacer humo en el puente, pero, bajo aquellos montones, Osferth había apilado unos trozos de viga. Cuando, a patadas, los primeros daneses en llegar trataron de arrojar del puente los rastrojos, se encontraron con aquellos recios maderos y comenzaron a dar traspies.

Algunos habían arrojado sus lanzas, que fueron a empotrarse en nuestros escudos, más pesados de manejar por lo tanto, pero sin mayores consecuencias. Los daneses que venían en cabeza tropezaron con los tablones disimulados y los hombres que venían detrás los obligaron a irse de bruces al suelo. Le di una patada en la cara a uno de ellos y noté cómo el refuerzo de hierro de la bota destrozaba algún hueso. Los daneses caían a nuestros pies, mientras otros trataban de pasar por encima de sus compañeros para llegar hasta nosotros, y comenzó la matanza. A pesar de la barricada humeante, dos de los suyos llegaron hasta nosotros; uno de ellos se abalanzó sobre *Aguijón-de-avispa*, que ya salía a su encuentro por debajo del borde de su escudo. Enarbolaba un hacha que descargó contra el escudo del hombre situado tras de mí. Todavía sujetaba el mango del arma cuando observé que abría unos ojos como platos y reparé en cómo sus rugidos dejaban paso a un estertor cuando retorcí la hoja

rasgando hacia arriba, mientras Cerdic, a mi lado, le propinaba un hachazo. El danés a quien había destrozado la cara se aferraba a mi tobillo y seguí asestándole puñaladas, aunque la sangre que desprendía el hacha de Cerdic me cegaba. El hombre que gimoteaba a mis pies trataba de escapar a gatas, pero Finan le asestó un tajo en el muslo y lo ensartó de nuevo con la espada. Un danés llegó a incrustar el hacha en la parte superior del reborde de mi escudo y trató de rasgarlo para, una vez que mi cuerpo quedase al descubierto, clavarme una lanza. No obstante, la hoja del hacha resbaló por el círculo del escudo, la lanza saltó por los aires y yo recurrí de nuevo a *Aguijón-de-avispa*. Sentí cómo se hundía en su cuerpo y la retorcí, mientras Finan ejecutaba su endiablada y fúnebre melodía irlandesa y, espada en mano, no dejaba títere con cabeza.

—¡Esos escudos, bien juntos! —grité a los míos.

Era un ejercicio que ensayábamos todos los días. Si un muro de escudos se rompe, la muerte cunde por doquier, pero si el muro de escudos resiste la embestida, la muerte se vuelve contra los atacantes. Fiándolo todo al vaticinio de una hechicera, los primeros daneses se habían abalanzado sobre nosotros de forma desordenada, pero la barricada con que se toparon los había hecho trastabillar y convertido en presas fáciles para nuestros aceros. Aquella carga a lo loco, sin orden ni concierto, los había privado de toda posibilidad de derribar nuestro muro de escudos. Tres de ellos yacían muertos entre los juncales que cubrían el puente y que todavía ardían débilmente mientras los trozos de madera humeantes seguían siendo un obstáculo a la hora de avanzar. Los que salieron con vida tras aquel primer ataque no se quedaron a averiguar si los liquidábamos también a ellos. Echaron a correr hacia la orilla donde estaban las fuerzas de Sigurd, de donde partió un segundo grupo dispuesto a acabar con nosotros. Debían de ser unos veinte hombres fornidos, lanceros daneses, dispuestos a matar. No se acercaban en desorden como los primeros, sino sabiendo lo que se traían entre manos. Eran hombres que ya habían desbaratado más de un muro de escudos, que sabían lo que se hacían, avanzando con los escudos muy juntos, mientras sus armas refulgían bajo los rayos de aquel sol a punto de ocultarse. No pensaban en atacar de forma apresurada ni estaban dispuestos a tropezar mientras avanzaban. Seguían adelante de forma pausada para, con ayuda de sus largas lanzas, abrirse camino en nuestro muro de escudos, hacer huecos para sus guerreros pertrechados de espadas y hachas.

—¡Dios está con nosotros! —gritó Willibald cuando los daneses llegaron al puente.

Los recién llegados avanzaron con lentitud, sin dar traspies, sin quitarnos los ojos de encima. Algunos proferían insultos, pero yo apenas los oía. Me limitaba a observar sus movimientos. Tenía la cara manchada de sangre, igual que los eslabones de mi cota de malla. Mi escudo pesaba más por culpa de aquella lanza clavada; la hoja de *Aguijón-de-avispa* estaba ensangrentada.

—¡Acaba con ellos, Señor! —imploraba Willibald—. ¡Ten misericordia, Señor, y

confunde y dispersa a los infieles!

Los monjes habían comenzado a cantar de nuevo. Los daneses echaban a un lado a muertos y moribundos; se abrían paso y se disponían a atacar. Estaban cerca, muy cerca, pero no lo bastante como para quedar al alcance de nuestras armas. Reparé en aquellos escudos tan juntos, vi cómo las puntas de las lanzas se erguían y escuché una voz de mando, igual que la voz estridente de Willibald, por encima de tanta confusión.

—¡Cristo es nuestro estandarte! ¡Si peleamos en su nombre, no podrán con nosotros!

Y me eché a reír cuando ya teníamos a los daneses encima.

—¡Ahora! —grité a los dos hombres que se habían quedado con los monjes—. ¡Ahora!

Y el enorme estandarte se les vino encima. Meses de trabajo de tantas mujeres de la corte de Alfredo, meses de minúsculas puntadas con preciosos hilos de lana de colores, meses de desvelos, oración, cariño y destreza, para que la imagen de Cristo acabase por encima de los daneses que marchaban en cabeza. Como la red de un pescador, el enorme pendón bordado se abatió sobre aquellos que marchaban en primer lugar, cegándolos por completo. En el momento en que se vieron atrapados, di la orden y cargamos.

Es fácil pasar por encima de las puntas de unas lanzas si quienes las empuñan no pueden verte. Grité a los que venían detrás de nosotros en segunda fila que empuñaran sus armas y las pusieran bien a la vista mientras nosotros acabábamos con los lanceros. Cerdic descargaba el hacha sobre tela, labores de bordado, hierros, huesos y cabezas. Chillábamos mientras matábamos, y erigíamos una nueva barricada de daneses. Algunos asestaban cuchilladas contra el estandarte que los cubría y no les dejaba ver; Finan repartía mandobles contra las muñecas que sostenían las lanzas. A la desesperada, trataban de salir de aquel enredo, mientras nosotros, en medio de la humareda cada vez más densa de los juncales esparcidos, a hachazo limpio, no parábamos de asestar tajos y hendíamos todo lo que se movía a nuestro alrededor. Sentí calor en un pie a la altura del tobillo. El fuego se abría paso. Sihtric, apretando los dientes como un poseso, descargaba una y otra vez su hacha de guerra de mango largo, en busca siempre de algún danés que hubiera quedado atrapado.

Me deshice de *Aguijón-de-avispa*, arrojándola de nuestro lado, y me apoderé de un hacha que vi en el suelo. Nunca me había gustado pelear con hacha, un arma demasiado lenta en mi opinión. Si no se atina a la primera, cuesta lo suyo intentarlo de nuevo, situación de la que puede sacar provecho el adversario, pero nuestros atacantes ya estaban fuera de combate. El estandarte acuchillado estaba rojo, pero de sangre de verdad en esta ocasión, empapado de hecho, y yo me dediqué a repartir hachazos sin parar, descargando aquella hoja poderosa, capaz de traspasar cotas de malla y destrozar cuantos huesos y cuerpos encontrara a su paso, y aquel humo que casi no me dejaba respirar, y un danés que no dejaba de chillar, y los míos que

gritaban también, y, por el oeste, el sol no era sino una bola de fuego, y el suelo húmedo y reblandecido se teñía de rojo.

Nos apartamos de aquel espanto. Vi cómo el fuego consumía el rostro imperturbable y sereno de aquel Cristo, mientras las llamas lamían el estandarte. La tela arde con facilidad, y una mancha parda se extendía a lo largo y ancho del pendón. Osferth había traído más rastros y leña que había encontrado en un caserío cercano; los arrojamos a las llamas, todavía tímidas, y esperamos a que el fuego prendiese en condiciones. Los hombres de Sigurd ya se habían llevado lo suyo, y se retiraron a la otra orilla del río para contemplar cómo ardía el puente. Arrastramos los cadáveres de cuatro de aquellos guerreros a nuestro lado del puente, y los despojamos de sus cadenas de plata, de sus brazaletes y de sus tahalíes esmaltados. A lomos de su caballo blanco, Sigurd no me quitaba los ojos de encima. Resentido, su hijo, que no había entrado en combate, nos lanzó un escupitajo. El *jarl* danés no dijo nada.

—Ælfadell no ha estado muy atinada —grité, aunque es posible que no anduviera tan desencaminada. Nuestro guía había muerto, por segunda vez quizá, y en el estandarte carbonizado aún se veía el lugar que otrora ocupara, ahora consumido por el fuego.

Esperé. Para cuando el puente se desplomó en el río lanzando una columna de vapor al aire iluminado por las llamas, ya había oscurecido. Los pilares de piedra colocados por los romanos estaban chamuscados, pero seguirían cumpliendo su función. No obstante, harían falta muchas horas de trabajo para reconstruir el puente y, cuando los tablones renegridos desaparecieron río abajo, nos pusimos en camino.

Era una noche fría.

Íbamos a pie. Al ver que, agotados y exhaustos, no dejaban de temblar, pensé que sería mejor que curas y monjes fueran a caballo. Nosotros llevábamos las riendas. Todos ansiábamos tomarnos un respiro, pero ordené que siguiéramos adelante aun en mitad de la noche, porque sabía que Sigurd iría a por nosotros tan pronto como los suyos estuviesen en condiciones de cruzar el río. Echamos a andar bajo la fría luz de las estrellas y seguimos adelante hasta dejar atrás Bedanford. No nos detuvimos hasta que atisbé una colina arbolada que me pareció que estábamos en condiciones de defender. No hubo fogatas aquella noche. Me dediqué a otear el horizonte por si aparecían los daneses; no fue así.

Al día siguiente, estábamos en casa.

Capítulo III

Yule llegó y pasó; no así el bramido de las tormentas que, procedentes del mar del Norte, se sucedían descargando nieve sobre la tierra yerma. El padre Willibald, los curas sajones del oeste, los gemelos de Mercia y los monjes cantores tuvieron que quedarse en Buccingahamm hasta que el tiempo mejoró, momento en que, acompañados por veinte lanceros a las órdenes de Cerdic, regresaron sin percance a sus lugares de origen, llevándose el pez prodigioso y también a Ivann, el prisionero danés. Si Alfredo aún seguía con vida, no haría ascos a escuchar lo que pudiera contarle acerca de la traición de Eohric. Entregué a Cerdic una carta para Etelfleda. A su regreso, me aseguró que se la había entregado a una de sus doncellas de confianza, pero que ésta no le había dado ninguna respuesta para mí.

—No me permitieron ver a la dama en persona —me dijo Cerdic—. La tienen recluida.

—¿Recluida?

—En palacio, mi señor. Todos andan apesadumbrados y con caras largas.

—Y Alfredo, ¿seguía con vida cuando te fuiste?

—Así es, mi señor, aunque los curas no dejaban de decir que, si aún estaba en este mundo, era sólo gracias a sus plegarias.

—Lo de siempre.

—Lord Eduardo se ha prometido en matrimonio.

—¿Va a casarse?

—Asistí a la ceremonia de petición de mano, mi señor. Contraerá nupcias con la dama Elfleda.

—¿La hija del *ealdorman*?

—Eso es, mi señor. Decisión de Alfredo.

—Pobre Eduardo —comenté, acordándome del chisme que me había contado el padre Willibald a propósito de que al heredero de Alfredo le habría gustado casarse con una muchacha de Cent. Elfleda era hija de Etelhelmo, *ealdorman* de Sumorsaete; por lo visto, Alfredo había querido que, gracias a aquella alianza, Eduardo emparentase con la más poderosa de las familias de la nobleza de Wessex. Y me quedé pensando qué habría sido de la muchacha de Cent.

Sigurd, por su parte, había regresado a sus tierras y, con afán revanchista, no cejaba en sus incursiones contra la Mercia sajona con el único propósito de incendiar, matar, saquear y hacer esclavos. Eran choques fronterizos, no muy diferentes de los enfrentamientos continuos que se producían entre los escoceses y los habitantes de Northumbria. Ninguna de aquellas escaramuzas tuvo lugar en terrenos de mi propiedad; mis tierras de labranza se extendían al sur de las enormes propiedades de Beornnoth. Como blanco de sus ataques, las huestes del danés habían elegido la hacienda del *ealdorman* Ælfwold, hijo de aquel guerrero que había muerto a mi lado en Beamfleot, mientras que en las posesiones de Beornnoth no se registraba ningún

incidente, lo que me dio que pensar. Así que, en marzo, cuando las flores blancas de las estrelladas despuntaban en los setos, al frente de una comitiva de quince hombres me dirigí a las tierras de Beornnoth para llevarle un presente de año nuevo: queso, cerveza y cordero salado. Me encontré al anciano envuelto en una capa de piel y clavado en su silla, con el rostro más afilado y los ojos acuosos; el labio inferior le temblaba sin parar. Se moría. Su hijo Beortsig me recibió con cara de pocos amigos.

—Ya va siendo hora de dar una lección a Sigurd —dije.

Beornnoth frunció el ceño.

—Dejad de dar vueltas de un lado para otro —me ordenó—, hacéis que me sienta viejo.

—Es que lo sois —repuse.

Esbozó una mueca.

—Como Alfredo —replicó—, voy al encuentro con mi dios, me acerco al día del juicio, cuando me enteraré si soy de los destinados a vivir o de los que van a arder. Supongo que él irá derecho al cielo, ¿verdad?

—Lo recibirán con los brazos abiertos —corroboré—, pero, en cuanto a vos, ¿qué será de vos?

—Por lo menos, en el infierno no habré de pasar frío —ironizó, antes de limpiarse un poco de saliva que le había caído en la barba—. ¿Así que queréis enfrentaros a Sigurd?

—Quiero acabar con ese mal nacido.

—Ocasión tuvisteis de hacerlo antes de Navidad —intervino Beortsig. Hice como que no le había oído.

—Está al acecho, anda a la espera de que Alfredo muera —añadió Beornnoth—. No atacará mientras Alfredo siga con vida.

—Ya lo está haciendo —repliqué.

Beornnoth negó con la cabeza.

—Sólo escaramuzas —continuó, restándole importancia al asunto—. Ha dejado sus barcos en tierra, en Snotengaham.

—¿En Snotengaham? —exclamé, sorprendido, al caer en la cuenta de que era el lugar más lejano tierra adentro al que podía llegarse en barco por tierras de Britania.

—Eso corrobora que sólo pretende realizar asaltos.

—Entiendo que no planea hacer incursiones por mar —respondí—, lo que no significa que no vaya a hacerlas por tierra.

—Quizá no os falte razón —convino Beornnoth—, pero no antes de que Alfredo muera. Por ahora sólo se dedica a robar unas cuantas reses.

—Igual que yo me dispongo a robarle parte de su ganado.

Beortsig se enfurruñó; su padre se limitó a encogerse de hombros.

—¿Por qué tentar al demonio cuando dormita? —se interesó el anciano.

—Ælfwold no está tan convencido de que así sea —repliqué.

Beornnoth se echó a reír.

—Ælfwold es joven —repuso con displicencia—, tiene ambición y ganas de meterse donde no lo llaman.

Dos eran las facciones en que estaban divididos los señores sajones que habían establecido sus reales en Mercia: los que no aceptaban de buen grado las imposiciones de los sajones del oeste en su territorio y los que las recibían con los brazos abiertos. Mientras que el padre de Ælfwold había acudido en ayuda de Alfredo, Beornnoth se había alineado con los nostálgicos de los tiempos en que en Mercia había rey y, al igual que otros de su cuerda, se había negado a enviar tropas para echarme una mano y derrotar a Haesten. Había puesto, no obstante, sus hombres a disposición de Etelredo para defender Gleawecestre de un ataque que nunca llegó a producirse. Desde entonces, siempre había habido roces entre ambas facciones. Pero Beornnoth era un hombre bastante sensato, o quizá, viendo la muerte tan de cerca, no quería aferrarse a viejos rencores. Nos invitó a pasar la noche bajo su techo.

—Contadme alguna gesta. Me encantan —me confió—. Contadme lo de Beamfleot.

Era una invitación generosa por su parte, un reconocimiento implícito de que, el verano anterior, los suyos no habían estado a la altura de las circunstancias.

No le referí todo lo que había pasado, como es natural. En el salón, mientras una enorme fogata teñía las vigas de rojo y la cerveza volvía vocingleros a los hombres, le conté cómo había muerto el viejo Ælfwold. Cómo había iniciado el ataque a mi lado y cómo entre los dos conseguimos poner en fuga a los daneses; cómo la emprendimos contra aquellos hombres asustados a los pies de la colina, y cómo los daneses enviaron refuerzos y la lucha devino encarnizada. Los hombres escuchaban sin perder palabra. Casi todos los presentes habían estado alguna vez en un muro de escudos y conocían la angustia que se sentía en tales circunstancias. Le conté cómo habían acabado con mi caballo y cómo formamos un muro de escudos en círculo para hacer frente a las hordas danesas que, entre aullidos, nos sobrepasaban en número, y describí la muerte de Ælfwold como a él le habría gustado, contando cómo se había deshecho de sus enemigos, cómo había enviado a aquellos demonios paganos al infierno, cómo había derribado a cada uno de los que habían ido a por él hasta que, por fin, un hachazo le partió el yelmo y se fue al suelo. Nada dije de la mirada cargada de reproches que me dirigiera entonces, ni de la rabia contenida que encerraban sus últimas palabras cuando, obnubilado, pensaba que yo lo había traicionado. Murió a mi lado y, en ese instante, con gratitud habría aceptado la muerte, al caer en la cuenta de que los daneses acabarían con nosotros en aquel amanecer que olía a sangre, cuando, de repente, había aparecido Steapa al frente de las tropas sajonas del oeste, lo que hizo que aquella derrota se convirtiera en una tan inesperada como impensable victoria. Los seguidores de Beornnoth aporrearon las mesas dando muestras de aprobación a lo que acababan de escuchar. Los hombres disfrutaban de esas gestas guerreras; por eso, echamos mano de los bardos: para que, al caer la noche, nos hagan pasar un buen rato con sus historias de guerreros y espadas,

escudos y hachas.

—Bonita gesta —comentó Beornnoth.

—Si Ælfwold murió fue por culpa vuestra —se alzó una voz de entre los allí reunidos.

Al principio, pensé que había entendido mal o que aquel comentario no iba dirigido a mí. Se produjo un silencio. Todos nos preguntábamos lo mismo.

—¡No hubiéramos debido plantarles cara! —decía Sihtric, en pie y a voces. Reparé en que estaba borracho—. ¡Nunca enviasteis ojeadores a los bosques! —bramó—. ¿Cuántos hombres perdieron la vida por semejante descuido?

Reconozco que me quedé tan asombrado que no pude articular palabra.

Sihtric había sido mi criado, le había salvado la vida, lo había tratado como a un hijo, lo había educado para ser un hombre, un guerrero. Le había regalado oro. Lo había recompensado como sólo un señor sabe hacerlo con sus fieles, y allí estaba, mirándome con ojos de rabia, mientras Beortsig se lo pasaba en grande, claro está, sin dejar de observarnos, ora a Sihtric, ora a mí. Rypere, que estaba sentado en el mismo banco que su amigo, trató de tranquilizarlo tomándolo del brazo, pero Sihtric se libró de él.

—¿Cuántos hombres murieron aquel día por vuestro imperdonable descuido? —me gritó.

—Estás borracho —repuse, amenazante—. Mañana, suplicante, te arrastrarás a mis pies, y quizá tenga a bien perdonarte.

—Si hubierais tenido dos dedos de frente, lord Ælfwold seguiría entre nosotros —chilló.

Algunos de mis hombres trataron de hacerle callar, pero mi voz se alzó por encima de ellos:

—¡Ven aquí y arrodíllate ante mí!

En lugar de eso, me lanzó un escupitajo. Y se armó una buena trifulca en el salón. Los hombres de Beornnoth animaban a Sihtric mientras, horrorizados, los míos eran testigos de semejante espectáculo.

—¡A ver, unas espadas! —solicitó alguien.

Sihtric adelantó una mano.

—¡Una espada! —bramó.

Ya me disponía a hacerle frente cuando Beornnoth se adelantó y, aun débil como estaba, me sujetó por la manga.

—No en mi casa, lord Uhtred —me suplicó—, no en mi casa.

Me quedé donde estaba. Con esfuerzo, apoyó una mano en el borde de la mesa para ponerse en pie, mientras agitando la otra señalaba a Sihtric:

—¡Lleváoslo de aquí! —ordenó.

—¡Procura mantenerte lejos de mí, igual que la puta de tu mujer! —grité yo.

Sihtric trató de zafarse de los hombres que lo sujetaban, pero éstos lo tenían bien agarrado y, además, estaba demasiado bebido. A rastras, lo sacaron del salón entre las

protestas de los hombres de Beornnoth. Beortsig, que se había divertido mucho al ver mi cara de desconcierto, se partía de risa. Tras echarle una mirada de advertencia, su padre se dejó caer pesadamente en la silla.

—¡No sabéis cuánto lo siento! —refunfuñó.

—¡Más habrá de sentirlo él! —repliqué, con ganas de venganza.

A la mañana siguiente, ni rastro de Sihtric. Tampoco pregunté dónde lo había escondido Beornnoth. Ya nos disponíamos a partir cuando, llevado en andas por dos de sus hombres, el *ealdorman* salió a la explanada de delante de la casa.

—Mucho me temo que moriré antes que Alfredo —dijo.

—Espero que viváis muchos años —contesté de forma respetuosa.

—Vendrán malos tiempos para Britania cuando Alfredo desaparezca —comentó—. Todo aquello en lo que hemos creído se irá con él —añadió en voz baja.

Todavía estaba avergonzado por la disputa que se había producido en su salón la noche anterior. Había visto cómo me insultaba uno de los míos y me había prohibido que le diera su merecido. Los dos teníamos presente aquel incidente que nos quemaba por dentro, pero nos comportamos como si no hubiera pasado nada.

—El hijo de Alfredo es un buen hombre —apunté.

—Eduardo es joven —replicó Beornnoth con desdén—, ¿quién sabe qué habrá de ser de él? —Dio un suspiro—. La vida es el cuento de nunca acabar —continuó—, pero me gustaría escuchar unas cuantas gestas más antes de morir —entonces negó con la cabeza—, Eduardo no llegará a reinar.

Sonreí.

—Seguro que él ve las cosas de otro modo.

—Lo asegura la profecía —dijo, con gesto grave.

Desconcertado, me lo quedé mirando.

—¿La profecía?

—Hay una hechicera —continuó— que ve el futuro.

—¿Ælfadell? —le pregunté—. ¿Habéis ido a verla?

—Yo no, pero sí Beortsig —añadió, sin quitarle los ojos de encima a su hijo, quien, al oír el nombre de Ælfadell, se santiguó.

—¿Qué os dijo? —pregunté al hosco de su vástago.

—Nada bueno —repuso, cortante, y no parecía que tuviera intención de decir nada más.

De un salto, me encaramé a lomos de mi montura, eché una ojeada alrededor tratando de ver si Sihtric andaba por allí, pero debía de seguir encerrado, así que nos pusimos en marcha y nos volvimos a casa. Finan no entendía qué le había pasado.

—Debía de estar más que borracho —decía, sin salir de su asombro.

No dije nada. Sihtric no iba desencaminado al decir lo que había dicho, que la muerte de Ælfwold había sido el resultado de un descuido por mi parte, pero no tenía derecho a echármelo en cara, y menos en casa ajena.

—Siempre ha sido un buen hombre —continuó Finan que, perplejo, seguía

dándole vueltas al asunto—. También es verdad que últimamente siempre andaba de mal humor. No lo entiendo.

—Se está volviendo como su padre —repuse.

—¿Como Kjartan el Cruel?

—No debería de haberle salvado la vida.

Finan asintió.

—¿Queréis que me encargue de darle su merecido?

—No —repliqué con vehemencia—, sólo hay un hombre que pueda acabar con él, y ése soy yo. ¿Me habéis entendido? Es asunto mío y, hasta que no le raje la barriga, no quiero volver a oír su nombre nunca más.

En cuanto llegamos a casa, eché de mi lado a Ealhswith, la mujer de Sihtric, y a sus dos hijos. Hubo llantos y súplicas por parte de sus amigos, pero me mantuve firme en la decisión que había tomado, y se fueron.

Al día siguiente, me puse en marcha para tender una emboscada a Sigurd.

* * *

No eran bonancibles los tiempos que corrían. Consciente de que las runas se pondrían en juego, toda Britania estaba pendiente de que Alfredo abandonase este mundo. Se anunciaba un nuevo horizonte: las cosas estaban a punto de cambiar; en qué sentido, nadie se aventuraba a pronosticarlo, a menos que aquella hechicera de pesadilla tuviera la respuesta. Los habitantes de Wessex soñaban con otro rey fuerte que los defendiera; en Mercia, no eran pocos quienes confiaban en que así fuera, aunque no faltaban quienes preferían a uno de los suyos en el trono de nuevo; en el norte, los daneses, dueños y señores del territorio, sólo pensaban en apoderarse de Wessex. Fue durante aquella primavera y aquel verano, mientras Alfredo aún seguía con vida y los hombres esperaban y soñaban, y se recogía una nueva cosecha, cuando, al frente de cuarenta y seis hombres, me dirigí al nordeste, donde Haesten había establecido su madriguera.

Por mí, de buen grado me habría llevado trescientos. Muchos años atrás, alguien había pronosticado que llegaría el día en que recorrería Britania al frente de ejércitos pero, para eso, hay que tener tierras, y las mías sólo daban para mantener y pertrechar una tripulación. Recibía las rentas, a mis manos iban a parar también los derechos de paso de los comerciantes que utilizaban la calzada romana que atravesaba la hacienda de Etelfleda, pero, con todo y con eso, mis ingresos no daban para más y, al frente de cuarenta y seis hombres, me dirigí a Ceaster.

Tierra de nadie. Al oeste, los galeses; al norte y por el este, señores daneses que no reconocían a otro rey aparte de ellos mismos. En tiempos, los romanos habían erigido una fortaleza en Ceaster. Haesten se había refugiado en lo que aún quedaba en

pie de aquel fuerte. Hubo un tiempo en que la sola mención de su nombre aterraba a los sajones, pero en aquellos momentos, no era ni sombra de lo que había sido, rodeado como estaba de poco más de doscientos guerreros de lealtad dudosa. A comienzos de aquel invierno, contaba todavía con no menos de trescientos, pero los hombres esperan de su señor algo más que sustento y cerveza. Quieren plata, oro y esclavos, de ahí que muchos de los suyos se hubieran puesto al servicio de otros señores, como Sigurd o Cnut, en busca de recompensas más sustanciosas.

Ceaster se alzaba en el extremo más remoto de Mercia. Me encontré con las tropas de Etelredo a unas tres millas al sur del fuerte que ocupaba Haesten. Poco más de ciento cincuenta soldados, cuya misión consistía en vigilar sus movimientos y restarle apoyos atosigando a quienes les proveían de lo que necesitaba. Al frente había un hombre joven, de nombre Merewalh, que, al verme llegar, no pudo ocultar su satisfacción.

—¿Habéis venido para acabar con ese miserable espantajo, mi señor? —me preguntó.

—Sólo a echar un vistazo —respondí.

Lo cierto es que estaba allí para dejarme ver, aunque nunca habría confesado que tal fuera mi intención. Quería que los daneses supieran que merodeaba por Ceaster, de ahí que, exhibiendo mi enseña con la cabeza de lobo, me paseara con los míos a los pies de la muralla sur del antiguo fuerte romano. Vistiendo mi mejor cota de malla, reluciente gracias a los desvelos de mi criado Oswi, me acerqué lo bastante a los vetustos muros como para tentar a uno de los hombres de Haesten, que probó suerte para ver si me acertaba con una flecha de caza. Vi unas plumas que surcaban el aire y observé cómo el corto astil se hundía en la tierra, a escasos pasos de los cascos de mi caballo.

—No está en condiciones de defender la plaza —observó Merewalh melancólicamente.

No le faltaba razón. El fuerte romano de Ceaster era un recinto enorme, casi tan grande como una ciudad, y los pocos hombres de Haesten no eran suficientes para vigilar la extensión que delimitaban sus muros decrepitos. Merewalh y yo podríamos haber unido nuestras fuerzas y haber atacado cualquier noche; quizá hubiéramos encontrado un lienzo indefenso y habernos abierto paso por las calles luchando a brazo partido, pero nuestras fuerzas eran demasiado semejantes a las de Haesten como para emprender semejante aventura. Habríamos sufrido bajas tratando de derrotar a un hombre ya vencido, y me daba por satisfecho con que Haesten supiera que, para mayor escarnio, andaba por las intermediaciones. Tenía que odiarme a muerte. Sólo un año antes, había sido el más poderoso de los hombres del norte. En aquel momento, como un zorro acosado, andaba con el rabo entre las piernas sin salir de su madriguera, y sólo yo era el responsable de aquella situación. Pero también sabía que, al igual que el zorro, era astuto, y que estaría cavilando los pasos para volver a hacerse con el poder.

La antigua fortaleza se asentaba en la cara interna de un amplio recodo del río Dee. A dos pasos de los muros que daban al sur, se veían las ruinas de un colosal edificio de piedra, restos de un anfiteatro donde, según me contó el cura que iba con los hombres de Merewalh, los romanos arrojaban a los cristianos a las fieras. Hay cosas que parecen demasiado buenas como para ser verdad, de modo que no di mucho crédito a lo que me contó. Los restos de aquel edificio habrían sido un espléndido baluarte para acoger a los pocos hombres de Haesten, pero, en vez de eso, había reunido a los suyos en el extremo norte de la fortaleza, donde el río discurría casi al pie de las murallas. Disponía de dos barcos pequeños, poco más que dos naves de carga de las de antaño que, como hacían agua, estaban encalladas en la orilla. Si alguien tomaba la decisión de atacarlo y no podía llegar al puente, aquellas embarcaciones eran el único modo que tenía de emprender la huida por el río Dee hacia tierras más lejanas.

Mi actitud no dejaba de sorprender a Merewalh.

—¿Tratáis de provocarlo para que se enfrente con nosotros? —me preguntó al tercer día de mi habitual paseo al pie de las viejas murallas.

—No lucharé —contesté—. Sólo pretendo que se deje ver y salga a nuestro encuentro. Y lo hará; no se quedará cruzado de brazos mucho tiempo —había hecho un alto en la calzada romana que, como el asta de una lanza, concluía en el arco de doble puerta por el que se accedía a la fortaleza. Unas enormes vigas de madera aseguraban el portón—, ¿sabéis que una vez le salvé la vida?

—Pues no, no lo sabía.

—Muchas veces pienso —añadí— si no estaría loco. Tendría que haber acabado con él la primera vez que se cruzó en mi camino.

—Ahora tenéis ocasión de hacerlo, mi señor —apuntó Merewalh porque, en aquel preciso instante, Haesten salía por la puerta occidental del fuerte y, con mucha ceremonia, venía a nuestro encuentro. Tres hombres iban con él, todos a caballo. Se detuvieron en el extremo de la fortaleza que miraba al suroeste, entre las murallas y las ruinas del antiguo anfiteatro. Haesten alzó los brazos para darnos a entender que sólo quería parlamentar. Sujeté las riendas y espoleé mi montura, poniendo buen cuidado en quedar fuera del alcance de cualquier flecha lanzada desde las murallas. Sólo me acompañaba Merewalh; nuestra tropa presenciaba el encuentro a una distancia prudencial.

Con una sonrisa en los labios, como si el encuentro le deparara un placer inesperado, Haesten se acercó a nosotros. No había cambiado mucho: la barba ya viraba al gris, pero sus cabellos fuertes seguían siendo igual de rubios. Con aquellos ojos chispeantes y alegres, su rostro parecía engañosamente sincero: era todo atenciones. Lucía no menos de una docena de brazaletes y, aunque aquel día de primavera ya hacía calor, llevaba una capa de piel de foca. Siempre le había gustado aparentar que le iban bien las cosas. Los guerreros daneses no seguirían a un señor de la guerra no sólo pobre sino, además, tacaño, y, en la medida en que quería dar a

entender que confiaba en volver a ser rico, tenía que comportarse como tal. Se las compuso para dar la impresión de que estaba más que encantado de volver a verme.

—¡Lord Uhtred! —me saludó.

—¡*Jarl* Haesten! —contesté, pronunciando su título con tanto desprecio como pude—. A estas alturas, ya os hacía rey de Wessex.

—Habré de esperar un poco antes de tener el placer de ocupar ese trono —repuso—, lo que no es óbice para que os dé la bienvenida a mis dominios actuales.

Me eché a reír, tal como esperaba que hiciera.

—¿Vuestros dominios?

Extendió el brazo como si quisiera abarcar el valle desierto del río Dee.

—Como no hay nadie que se haga llamar rey de estos contornos, ¿por qué no yo?

—Porque estáis en tierras de lord Etelredo.

—Ya sabéis que lord Etelredo es hombre generoso en extremo; incluso —añadió— tengo entendido que no le importa compartir los favores de su mujer.

A mi lado, Merewalh se revolvió inquieto. Alcé una mano para tranquilizarlo.

—El *jarl* Haesten nos está tomando el pelo —le advertí.

—Por supuesto. Sólo era una broma —repuso Haesten, con cara seria.

—Permitidme que os presente a Merewalh —continué, para que supiera quién era el hombre que venía conmigo—. Está a las órdenes de lord Etelredo, y estoy seguro de que, si acabase con vos, gozaría de la estima de mi primo.

—Más favores obtendría si acabara con vos —replicó Haesten, ladino.

—Cierto —afirmé, al tiempo que me volvía a mirar a Merewalh—, ¿pensáis matarme?

—¡Señor! —farfulló el joven, confundido.

—Lord Etelredo desea que abandonéis sus tierras —comunicué a Haesten—. Bastante tiene con sus propias miserias como para ocuparse de vos.

—Si se decide a venir y echarme de aquí —contestó Haesten—, le dispensaré la bienvenida que se merece, no os quepa duda.

Tal y como había imaginado, aquella conversación no nos llevaría a ninguna parte. Haesten no había salido de la fortaleza para escuchar una sarta de amenazas, sino para enterarse de cuál era la razón de que yo anduviese por allí.

—¿No se os ha ocurrido pensar que, a lo mejor, lord Etelredo me ha pedido que os eche de aquí?

—¿Desde cuándo hacéis lo que él os ordena? —se interesó Haesten.

—A lo mejor es su esposa la que no quiere veros por aquí —repuse.

—Creo que le gustaría más verme muerto.

—Tenéis toda la razón —asentí.

Haesten esbozó una sonrisa.

—Habéis venido con una tripulación, lord Uhtred. Y sí, estamos asustados, como es natural. ¿Quién no lo estaría, si de Uhtred de Bebbanburg se trata? —Ensayó una reverencia en la silla de su montura mientras me dedicaba semejante halago—. Pero

una tripulación no es suficiente para satisfacer los deseos de la dama Etelfleda — aguardó una respuesta por mi parte, pero no la obtuvo—. ¿Tenéis a bien que os diga qué es lo que me tiene intrigado? —me preguntó.

—Adelante —contesté.

—Desde hace años, lord Uhtred, siempre habéis estado a las órdenes de Alfredo. Habéis aniquilado a sus enemigos, habéis marchado al frente de sus ejércitos, habéis llevado la tranquilidad a su reino y, a cambio de tales servicios, ¿sólo disponéis de una tripulación de guerreros? Otros han acumulado tierras, disfrutan de grandes haciendas, amontonan sus tesoros en cámaras seguras, collares de oro adornan los cuellos de sus mujeres, son capaces de convocar a centenares de hombres cuando de pelear se trata. Sin embargo, el hombre que ha hecho posible todo eso no recibe recompensa alguna. ¿Por qué seguís prestando lealtad a un señor tan poco generoso?

—Os salvé la vida —repuse—, ¿y todavía os sorprende la ingratitud?

Río de buena gana al oír aquel comentario.

—Os mata de hambre porque os tiene miedo. ¿Ya han conseguido que os hagáis cristiano?

—No.

—En ese caso, lord Uhtred, unamos nuestras fuerzas, vos y yo. Echemos a Etelfleda de su mansión y repartámonos Mercia entre los dos.

—Dispondréis de tierra en Mercia —fue mi respuesta.

—¿Una propiedad de dos pasos de largo por uno de ancho? —aventuró, con una sonrisa.

—Y dos de profundidad —añadí.

—No es tarea fácil acabar conmigo —replicó—. Al parecer, los dioses me miran con buenos ojos, igual que a vos, por otra parte. Sigurd, en cambio, desde Yule, no deja de echar pestes contra vos.

—¿Estáis al tanto de algo que yo no sepa?

—Que lo mismo que sale, el sol se pone.

—Pues disfrutad del espectáculo mientras podáis —le dije—, porque, a lo peor, no os quedan muchos amaneceres y atardeceres que ver. —Espoleé mi caballo, obligando a retroceder al animal que montaba Haesten—. Escuchadme bien —le interpele, con aspereza—. Tenéis dos semanas para salir de estas tierras, ¿me habéis oído bien, despreciable cagada de perro? Si dentro de catorce días aún seguís por estos contornos, haré con vos lo mismo que hice con vuestros hombres en Beamfleot —miré a sus acompañantes, antes de volver a clavar los ojos en Haesten—. Dos semanas —repetí—, de lo contrario, vendrán tropas de Wessex y, con su ayuda, vuestra cabeza acabará en cualquier jarra.

Todo eran bravuconadas, claro está, al menos en lo que a la llegada de tropas sajonas se refería, pero Haesten sabía que, gracias a esos refuerzos, me había alzado con la victoria en Beamfleot, de modo que era un ardid creíble. Haesten empezó a decir algo, pero volví grupas y me alejé, mientras hacía una seña a Merewalh para

que siguiera mis pasos.

—Os dejaré a Finan y a veinte de los míos —le dije, cuando Haesten ya no podía oírnos—. Tened por seguro que atacarán antes de dos semanas.

—¿Que piensan atacarnos? —preguntó Merewalh, como si no acabara de creérselo.

—Haesten no, Sigurd. Vendrá con no menos de trescientos hombres. Haesten necesita refuerzos, y tratará de ganarse a Sigurd enviándole el mensaje de que ando por aquí. Y Sigurd vendrá, porque me quiere muerto. —Claro que no estaba seguro de que fuera a pasar lo que decía, pero sabía que Sigurd mordería el anzuelo que le había preparado—. Cuando se dejen ver, emprenderéis la retirada. Dispersaos por los bosques, pero siempre por delante de ellos, y confiad en Finan. Que los hombres de Sigurd se agoten en estas tierras yermas. No les plantéis cara; conformaos con llevarles siempre la delantera.

Merewalh no puso inconveniente alguno pero, tras quedarse pensativo un momento, me miró con cara de asombro.

—Señor —me preguntó—, ¿cómo es posible que Alfredo no os haya recompensado?

—Porque no se fía de mí —le dije, con tal sinceridad que se me quedó mirando con unos ojos como platos—, y si de verdad sois leal a vuestro señor —añadí—, le diréis que Haesten me propuso una alianza.

—Igual que le diré que vos la rechazasteis.

—Decidle que me he dejado querer —repuse, dejándolo más confuso de lo que estaba, antes de espolear mi montura.

Sigurd y Eohric me habían tendido una buena emboscada, tan bien pensada que casi les había salido bien, igual que yo me disponía a tenderle una trampa a Sigurd. No confiaba en acabar con él, no al menos en aquella ocasión, pero quería que lamentase su intento de matarme. Antes tenía que saber qué nos depararía el futuro. Había llegado la hora de ir a dar una vuelta por el norte.

* * *

Dejé en manos de Cerdic mi espléndida cota de malla, mi yelmo, mi capa y mi caballo. No era tan alto como yo, pero sí lo bastante fornido para que, ataviado con mis mejores galas y disimulando los rasgos de su rostro con las carrilleras del yelmo, pudiera hacerse pasar por mí. Le dejé también mi escudo con la cabeza de lobo pintada, y le ordené que todos los días se dejase ver.

—No te acerques mucho a las murallas —le advertí—. Basta con que piense que no le pierdo de vista.

Entregué el estandarte con la cabeza de lobo a Finan y, al día siguiente, al frente

de una comitiva de veintiséis hombres, me fui al este.

Nos pusimos en marcha antes del amanecer, de forma que los ojeadores de Haesten no se diesen cuenta de que nos íbamos, y cabalgamos rumbo al sol, que ya despuntaba. Cuando se hizo de día del todo, avanzamos por zonas arboladas, pero siempre en dirección este. Ludda venía con nosotros. Era un embaucador, un truhán, pero me caía bien, y en nada sobresalía tanto como en su conocimiento de Britania.

—Como siempre voy de un lado para otro, mi señor —me explicó—, siempre sé por dónde me ando.

—¿Siempre de un lado para otro?

—Cuando uno le vende un par de clavos herrumbrosos a alguien a cambio de un trozo de plata, nada le apetece menos que quedarse a ver cuál será su reacción a la mañana siguiente, mi señor. Así que no queda otra que ir a otro lugar.

Me eché a reír. Ludda se convirtió en nuestro guía y nos llevó hacia el este por una calzada romana hasta que vimos un caserío del que salía humo, por lo que dimos un buen rodeo por el sur para que nadie advirtiera nuestra presencia. Más allá de la hacienda, ya no había calzada; sólo sendas para el ganado, que trepaban hacia las colinas.

—¿Adónde nos lleva? —me preguntó Osferth.

—A Buchestanes —dije.

—¿Qué se nos ha perdido allí?

—Nos adentramos en tierras del *jarl* Cnut —contesté—, y no pienso deciros lo que hay allí porque no os gustaría.

Hubiera preferido llevar a Finan como acompañante por aquellos parajes, pero confiaba en que el irlandés conseguiría que Cerdic y Merewalh no se metieran en líos. Apreciaba a Osferth, pero había ocasiones en que su prudencia, más que una virtud, era un estorbo. Si hubiera dejado a Osferth en Ceaster, habría emprendido la retirada de forma demasiado rápida al percatarse de la presencia de los hombres de Sigurd. Habría instado a Merewalh a no plantar cara, se habrían ocultado en lo más intrincado de los bosques que separaban Mercia de Gales y Sigurd habría desistido del propósito que lo había llevado hasta allí. Quería que Sigurd se sintiese tentado y frustrado, y esperaba que Finan lo hiciera a las mil maravillas.

Comenzó a llover. No una llovizna de verano, sino un aguacero torrencial en alas de un fuerte viento del este, lo que nos obligó a ir más despacio, calados hasta los huesos, pero también más tranquilos, porque pocos eran los hombres que, con un tiempo tan malo, nos encontramos por el camino. Cuando nos cruzábamos con algún desconocido, siempre decía que era un señor de Cumbraland que iba a presentar mis respetos al *jarl* Sigurd. Cumbraland era un territorio perdido en mitad de la nada donde algunos señores de la pequeña nobleza se pasaban la vida peleando entre ellos. Había vivido allí una temporada en cierta ocasión y estaba bastante familiarizado con aquellas tierras como para responder a cualquier pregunta, pero ninguna de las personas con que nos cruzamos se preocupó de hacerlas.

Nos adentramos en las colinas y, al cabo de tres días, llegamos a Buchestanes, una localidad que se alzaba en medio de una hondonada rodeada de colinas, una ciudad de buen tamaño, levantada alrededor de unos cuantos edificios romanos, cuyas paredes de piedra aún se mantenían en pie, aunque hacía tiempo que unos techos de paja ocupaban el lugar de los primitivos tejados. Carecía de empalizada defensiva pero, al llegar a las afueras del poblado, de una choza nos salieron al paso tres hombres con cotas de malla.

—Hay que pagar para entrar en la ciudad —dijo uno de ellos.

—¿Quién sois? —preguntó el otro.

—Kjartan —contesté.

Tal era el nombre por el que pretendía que se me conociera en Buchestanes, un nombre que me traía recuerdos de otros tiempos, el nombre del nefasto padre de Sihtric.

—¿De dónde venís? —se interesó el hombre, que empuñaba una lanza larga de punta herrumbrosa.

—De Cumbraland —respondí.

Al oírlo, los tres se mofaron de nosotros.

—¿Así que de Cumbraland? —insistió el primero de ellos—. Aquí no aceptamos cagarrutas de oveja como derechos de paso —añadió, riéndose de la gracia que se le acababa de ocurrir.

—¿Al servicio de quién estás? —le pregunté.

—Somos hombres del *jarl* Cnut Ranulfson —dijo el segundo de los hombres—. Seguro que hasta en Cumbraland habréis oído hablar de él.

—Sus proezas son de sobra conocidas —repuse, simulando estar aterrado, antes de entregarles unos trozos de plata, restos de un brazalete.

Regateé un rato, aunque no demasiado, porque quería entrar en la ciudad sin levantar sospechas. Por eso, me desprendí de unos pedazos de plata, un dispendio que sólo a duras penas podía permitirme, y accedieron a que nos adentráramos en las calles embarradas del villorrio.

Encontramos acomodo en un caserío espacioso, al este del poblado. La dueña del lugar era una viuda que había dejado la cría de ovejas hacía tiempo y se ganaba la vida con lo que sacaba por dar alojamiento a los viajeros que acudían a tomar las aguas de unas caldas a las que se atribuían poderes curativos, aunque para entonces, según nos dijo, estaban en manos de unos monjes que exigían plata a quienes pretendían bañarse en las antiguas termas romanas.

—¿Monjes? —le pregunté, extrañado—. Pensaba que estábamos en tierras de Cnut Ranulfson.

—A él le trae sin cuidado —replicó—. Con tal de que le den la plata que les pide, poco le importa quién sea su dios.

Era sajona, como la mayoría de los habitantes de aquella pequeña ciudad, pero hablaba de Cnut con respeto. No me extrañó nada. Era rico, un hombre de cuidado,

con fama de ser el mejor de toda Britania con una espada en las manos.

Del arma se decía que era la espada más larga y mortífera de aquellos contornos, lo que le había valido el sobrenombre de Cnut el Espadón. Era, además, secuaz incondicional de Sigurd. Si Cnut Ranulfson hubiera sabido que yo andaba por aquellos parajes, a esas horas Buchestanes ya se habría convertido en un hervidero de daneses dispuestos a acabar conmigo.

—¿Habéis venido a tomar las aguas? —me preguntó la viuda.

—Vengo en busca de la hechicera —le dije.

La mujer se santiguó y exclamó:

—¡Dios nos libre!

—Sólo para verla, claro está. ¿Qué tengo que hacer?

—Lo primero pagar a los monjes, sin duda.

Y es que los cristianos son raros. Siempre diciendo que los dioses paganos son pura filfa y que los antiguos rituales no valen más que las bolsas de clavos herrumbrosos que vende Ludda, pero, en cuanto caen enfermos, pierden la cosecha o quieren tener hijos, acuden a la bruja, a la hechicera, y éstas abundan por todas partes. Un cura bien puede predicar contra ellas, declarar que son herejes y criaturas al servicio del maligno, que al día siguiente pagará plata a una de esas adivinas lo mismo para saber qué futuro le espera que para librarse de unas verrugas que le afean el rostro. Y los monjes de Buchestanes no les iban a la zaga. Custodiaban las termas romanas, entonaban sus salmodias en la capilla y exigían plata y oro a cambio de concertar una visita con la *aglæcwif*, el mal en forma de mujer (ésa era la idea que yo me había hecho de *Ælfadell*). La temía tanto como deseaba escuchar lo que tuviera que decirme, de modo que envié a Ludda y a Rypere para que concertasen el encuentro. Volvieron para decirme que la hechicera les había pedido oro; no plata, no, oro.

Había gastado mucho en aquel viaje, casi todo lo que me quedaba, en realidad. No me había quedado más remedio que llevarme las cadenas de oro de Sigunn. Dos de ellas fueron a parar a manos de aquellos monjes, y juré que algún día volvería para recuperar tan preciados eslabones. Al anochecer del segundo día de nuestra estancia en Buchestanes, me puse en camino hacia una de las colinas que, por el suroeste, se cernían sobre la ciudad, en cuya cima había enterramientos antiguos, un montículo verde en lo alto de una colina anegada. En lugares así, suelen buscar cobijo espíritus vengativos, de modo que, cuando me adentré en un bosque de fresnos, hayas y olmos, sentí un escalofrío. Las instrucciones eran que debía ir solo y que, si no cumplía los requisitos, la hechicera no saldría a mi encuentro. En aquel momento, sin embargo, hubiera dado lo que fuera por tener a alguien que me cubriera las espaldas. Me detuve, y no oí nada que no fuera el susurro del viento en las hojas y el murmullo estruendoso del agua de un arroyo cercano. La viuda me había dicho que se habían dado casos de hombres que habían tenido que esperar días antes de ver a *Ælfadell*; que había habido veces en que, tras haber pagado el oro o la plata exigidos, una vez

en el bosque, no llegaron a verla.

—Se desvanece en el aire —me aseguró la viuda, santiguándose.

Al parecer, en cierta ocasión, el propio Cnut se había acercado y la hechicera se había negado a verlo.

—¿Y el *jarl* Sigurd? —le pregunté—. ¿Se ha pasado por aquí también?

—El año pasado —me dijo—. Un hombre dadivoso. Un señor sajón lo acompañaba.

—¿Quién era?

—¡Qué sé yo! No pararon en mi casa. Se alojaron con los monjes.

—Contadme lo que recordéis de ese sajón —le rogué.

—Pues que era joven —me dijo—, que tenía el pelo largo como vos, pero que era sajón —la mayoría de los sajones prefieren llevar el pelo corto, mientras que los daneses se lo dejan crecer—. Los monjes se referían a él como el Sajón, mi señor —continuó la viuda—, pero no sé quién podría ser.

—¿Seguro que era un señor?

—Como tal iba vestido, mi señor.

Llevaba la cota de malla y el jubón de cuero. No escuché nada que me inspirase temor en el bosque y seguí adelante, agachándome bajo las hojas húmedas hasta que atisbé un sendero que iba a morir en un risco de piedra caliza hendido por una enorme quebrada. El agua se despeñaba por la pendiente. Desde lo hondo, me llegaba el estrépito del arroyo que, fluyendo impetuoso contra las piedras del fondo, se adentraba en los bosques. A lo mejor sólo eran figuraciones mías, pero me dio la sensación de que no había oído el canto de pájaro alguno. El fragor del arroyo lo dominaba todo. Vi huellas de pisadas en la arenisca y en las piedras que lo bordeaban, pero ninguna me pareció reciente, de modo que respiré hondo, trepé por aquellos peñascos desperdigados y fui a dar a una hendidura que parecía la entrada de una cueva medio oculta entre los helechos.

Recuerdo el miedo que sentí al ver la gruta, más que el que había sentido en Cynuit cuando, tras formar un muro de escudos, los hombres de Ubba avanzaron dispuestos a dar buena cuenta de nosotros. Me llevé una mano al martillo de Thor que llevaba al cuello y dirigí una plegaria a Hoder, hijo de Odín y dios ciego de la noche, antes de seguir adelante a tientas y pasar bajo un arco de roca tras el que la luz gris del atardecer se desvanecía con celeridad. Aguardé un momento hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y seguí adelante, tratando de mantenerme al borde del arroyo que discurría junto a un sendero de guijarros y arena que rechinaban a cada paso. Avancé despacio por un pasadizo bajo y angosto. Cada vez hacía más frío. Llevaba el yelmo puesto y me di algún que otro testarazo contra la roca. Sujeté con fuerza el martillo que me colgaba del cuello. Aquella gruta era, sin lugar a dudas, una de las entradas al mundo inferior, donde se asientan las raíces de Yggdrasil y las tres hilanderas deciden nuestros destinos, el lugar más adecuado para dar cobijo a duendes y elfos, a todas las criaturas infernales que nos persiguen a lo largo de la vida

y echan a perder nuestras ilusiones. Estaba asustado.

Resbalé en la arena y me escurrí hacia delante hasta que me di cuenta de que había llegado al final del pasadizo y me encontraba en un recinto donde retumbaba el eco. Atisé una luz tenue y me pregunté si los ojos no me estarían jugando una mala pasada. Eché mano al martillo de nuevo y la llevé hasta tocar la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*. Seguía en pie, oyendo el goteo del agua y el ruido del arroyo y tratando de escuchar si había alguien más allí. Así con fuerza la empuñadura de mi espada, al tiempo que dirigía una plegaria al ciego Hoder para que me guiase en aquella negra oscuridad.

Y se hizo la luz.

De repente, se hizo la luz. Era tan sólo un manojo de velas de junco, pero habían estado ocultas detrás de unas pantallas que se alzaron súbitamente, y sus llamas pequeñas y humeantes me parecieron deslumbrantes en la oscuridad total.

Los destellos provenían de una peña donde se veía una superficie pulida, como una mesa. Aparte de las luces, que iluminaban una cámara tan alta como una casa, había un cuchillo, una copa y una escudilla. Del techo de la gruta colgaba una piedra descolorida, como si se hubiera congelado antes de formarse por completo, una piedra a medio cuajar, surcada de irisaciones grises y azules, y todo eso lo vi en un instante. Luego, me quedé mirando a la criatura que me observaba desde detrás de la mesa pulida en la roca: un manto negro en medio de la oscuridad, una forma en mitad de las tinieblas, una cosa encorvada, la *aglæcwif*. No obstante, a medida que mis ojos se fueron acomodando a aquella luz, reparé en que era un ser diminuto, frágil como un pájaro, vieja como el tiempo, un rostro tan oscuro y arrugado que parecía de cuero. Astroso era el manto negro de lana que llevaba encima; la capucha sólo le cubría la mitad de sus cabellos, grises y con mechones negros. Era la fealdad personificada, la bruja, la *aglæcwif*, *Ælfadell*.

No me moví de donde estaba; ella no dijo nada. Sólo me miraba sin pestañear, y sentí cómo el miedo se apoderaba de mí. Me hizo una seña con una mano, que más parecía una zarpa, y se hizo con la escudilla vacía.

—Llénala —me ordenó.

Su voz sonaba cómo el viento que arrastra la grava.

—¿Que la llene?

—De oro o de plata —replicó—, pero hazlo.

—¿Se os ofrece algo más? —pregunté irritado.

—Quieres todo, Kjartan de Cumbraland —contestó, e hizo una pausa que duró un parpadeo antes de pronunciar aquel nombre, como si supiera que no era el mío—. Así que sí: quiero más.

A punto estuve de negarme, pero confieso que me sentí asustado al comprobar sus poderes, así que saqué toda la plata que llevaba en la bolsa, quince monedas, y las deposité en la escudilla de madera. Sonrió satisfecha al oír el tintineo de las monedas al caer.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó.

—Todo.

—Llegará la cosecha —empezó desdeñosa—, y luego vendrá el invierno; tras el invierno, la época de la siembra, y otra cosecha y otro invierno, y así hasta el final de los tiempos; los hombres nacerán y morirán. Eso es todo.

—Entonces dime lo que quiero saber —repliqué.

Dudó un momento y esbozó un levísimo gesto de asentimiento.

—Pon la mano en la roca —me ordenó, pero cuando coloqué la palma de la mano izquierda en la piedra fría, negó con la cabeza—. La mano con la que empuñas la espada —dijo. Sin dudar, apoyé la mano derecha—. Dale la vuelta —rezongó, y puse la palma de la mano hacia arriba.

Sin dejar de mirarme a los ojos, se hizo con el cuchillo. Esbozó una sonrisa, como si me retara a retirar la mano y, al ver que no la movía, cuando menos me lo esperaba, me hizo un corte desde la base del pulgar hasta la primera falange del dedo meñique, y luego otro haciendo una cruz. Me quedé mirando cómo brotaba la sangre de aquellos dos cortes, y me acordé de la cicatriz de forma semejante que había observado en la mano de Sigurd.

—Ahora —dijo, dejando el cuchillo a un lado—, golpea con fuerza la piedra —señalaba con el dedo el centro pulido de la roca—. Ahí mismo.

Golpeé la piedra con todas mis fuerzas. De resultas, dejé un reguero de gotas de sangre rodeando la silueta burda de una mano, deformada por aquella cruz roja.

—Y ahora —dijo Ælfadell—, guarda silencio.

Se quitó el manto y se quedó en cueros. Escuálida, pálida, fea, vieja, arrugada, desnuda. Sus pechos no eran sino tristes pellejos que colgaban; la piel estaba cuarteada y cubierta de manchas; los brazos, fofos. Se puso en pie y se soltó el pelo, que llevaba recogido en una trenza a la altura de la nuca, dejando que sus mechones grises y negros se desparramasen por sus hombros, como si fuera una doncella no desflorada. Caricatura grotesca de las formas femeninas, allí estaba la bruja y, sólo de verla, sentí escalofríos. Ajena a mi mirada, sólo tenía ojos para la sangre que refulgía a la luz de las llamas. La tocó con un dedo tan sarmentoso como una garra, y se lo embadurnó en la piedra pulida.

—¿Quién eres? —me preguntó, y me pareció percibir en su voz un deje de curiosidad.

—Sabes quién soy —contesté.

—Ya, Kjartan de Cumbraland —dijo, y emitió una suerte de carraspeo, o quizá fuera una carcajada. Entonces tocó la copa con aquel sarmiento en forma de dedo, impregnado en sangre—. Bebe, Kjartan de Cumbraland —me ordenó mientras pronunciaba el nombre con infinito desprecio—, ¡bébetelo todo!

Tomé la copa y bebí. Amarga y maloliente, aquella pócima sabía a demonios. Se me atragantó, pero la apuré hasta el final.

Mientras, Ælfadell reía.

No recuerdo mucho de aquella noche, y lo poco que recuerdo casi preferiría olvidarlo.

Al despertar, reparé en que estaba desnudo, tiritando y maniatado con unas tiras de cuero alrededor de tobillos y muñecas, de forma que manos y pies se confundían en un amasijo. De la quebrada y el pasadizo llegaba una tenue luz gris que se colaba en la vasta gruta. El suelo donde yacía, rebozado en mis propios vómitos, era de color claro por el guano de murciélago. Como una mancha oscura y encorvada, Ælfadell, con su manto negro, estaba sentada a horcajadas sobre mi cota de malla, mis dos espadas, mi yelmo, mi martillo y mis ropas.

—Por fin te has despabilado, Uhtred de Bebbanburg —dijo, mientras manoseaba mis cosas—, y piensas —continuó— que no te sería difícil acabar conmigo.

—Nada me costaría menos que matarte, mujer —repuse, con una voz que sonó como un graznido, tan reseca tenía la boca.

Traté de zafarme de las tiras de cuero, pero lo único que conseguí fue despellejarme las muñecas.

—Como verás, sé hacer nudos, Uhtred de Bebbanburg —añadió, al tiempo que se apoderaba del martillo de Thor y lo balanceaba por encima de las tiras de cuero—. Humilde amuleto para tan gran señor —cacareó encogida, encorvada, repulsiva. Con una mano, como una garra, sacó a *Hálito-de-serpiente* de la vaina y me apuntó con mi propia espada—. Debería matarte, Uhtred de Bebbanburg —continuó, aunque apenas tenía fuerzas para enarbolar un arma de aquellas dimensiones, antes de apoyarla en una de mis rodillas flexionadas.

—¿Por qué no lo intentas? —la reté.

Se me quedó mirando con atención.

—¿Crees que eres más sabio ahora? —me preguntó. No respondí—. Viniste para alcanzar la sabiduría —continuó—, dime, ¿has encontrado aquello que venías buscando?

De las profundidades de la cueva, nos llegó el canto de un gallo. Traté de librarme de las ligaduras, pero ni siquiera conseguí aflojarlas.

—Corta las ataduras —le pedí.

Ella se echó a reír.

—No soy tan estúpida, Uhtred de Bebbanburg.

—Pero no me has matado —repuse—, y eso sí que es una estupidez por tu parte.

—Tienes toda la razón —admitió. Desplazó la espada hasta que sentí la punta a la altura del pecho—. ¿Has alcanzado la sabiduría esta noche, Uhtred? —me preguntó, dedicándome una sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes podridos—. ¿Qué tal tu noche de placer? —Traté de apartarme de la espada rodando sobre mí mismo, pero la bruja no la apartó de mi piel, y la rasgó hasta hacerme sangre. Se lo estaba pasando

en grande: yo estaba de perfil, y dejó la hoja sobre mi cadera—. Jadeabas en plena noche, Uhtred, gemías de placer, ¿o ya lo has olvidado?

Me acordé entonces de la muchacha que se había tumbado a mi lado en plena noche. Una joven de piel atezada y cabellos negros, esbelta y hermosa, cimbreante como las ramas de un sauce, una muchacha que me sonreía mientras me montaba a horcajadas y sus delicadas manos recorrían mi cara y mi pecho, que se arqueaba hacia atrás mientras mis manos le acariciaban los pechos. Recordaba la presión de sus muslos en mis caderas, el roce de sus dedos en las mejillas.

—Recuerdo haber tenido un sueño —dije con hosquedad.

Ælfadell se balanceó sobre sus talones, moviéndose adelante y atrás, obscuro recordatorio de lo que había hecho la muchacha de piel atezada aquella noche. La hoja de la espada resbaló cadera abajo.

—No fue un sueño —dijo, mofándose de mí.

Sentía deseos de matarla; ella lo sabía, y se burlaba delante de mis narices.

—Otros también lo intentaron —me dijo—. En cierta ocasión, los curas vinieron a por mí. No menos de veinte seguían al antiguo abad, que abría la marcha con una antorcha encendida. Se pusieron a rezar en voz alta, llamándome bruja pagana. Hoy, sus huesos se pudren en el valle. Tengo hijos, ya me entiendes. Es bueno que una madre los tenga, porque no hay amor comparable al que una madre siente por sus hijos, ¿o acaso has olvidado ese amor, Uhtred de Bebbanburg?

—Otro sueño —rezongué.

—No fue un sueño —continuó Ælfadell, y recordé a mi madre meciéndome en plena noche, acunándome, dándome el pecho para alimentarme, y el caso es que recordaba el placer de ese instante, igual que las lágrimas que derramé al darme cuenta de que, por fuerza, tenía que ser un sueño, porque mi madre había muerto durante el parto y nunca había llegado a conocerla.

La hechicera sonrió.

—De ahora en adelante, Uhtred de Bebbanburg —me dijo—, velaré por ti como por un hijo. —Sentí deseos de matarla de nuevo; ella se dio cuenta y se mofó de mí a risotadas—. Anoche —añadió—, la diosa vino a ti. Te mostró toda tu vida y cuál habrá de ser tu futuro, igual que te mostró el mundo de los hombres y lo que en él habrá de suceder, ¿o acaso ya lo has olvidado?

—¿Que la diosa vino a mí? —pregunté sorprendido. Recordaba que había hablado sin parar, también la tristeza que sentí cuando mi madre me dejó; recordé a la joven de piel atezada que me montaba a horcajadas y también que me sentía mareado y borracho, y recordé, como en un sueño, que flotaba por encima del mundo, hendiendo el aire como un barco de quilla alargada surca las olas del mar, pero no recordaba ninguna diosa—. ¿De qué diosa hablas? —pregunté de nuevo.

—Erce, quién si no —repuso como si le hubiera hecho una pregunta absurda—. ¿Has oído hablar de Erce? Porque ella sí que sabe de tus andanzas.

Erce era una de las antiguas diosas que se veneraba en Britania cuando los

nuestros llegaron a estas tierras. Diosa, madre tierra y dispensadora de vida, sabía que en algunos parajes aún se le rendía culto como tal.

—Sé quién es Erce —aseguré.

—Por lo menos, reconoces que hay dioses —transigió Ælfadell—, así que no eres tan necio como pensaba. Los cristianos piensan que hay un solo dios que vela por todos los seres humanos. ¿Cómo podría? ¿Acaso bastaría con un solo pastor para velar por todas las ovejas que andan esparcidas a lo largo y ancho del mundo?

—¿Dices que el anterior abad trató de matarte? —le pregunté. Me había vuelto sobre el lado derecho de forma que no pudiera ver las ligaduras y trataba de librarme de aquellas tiras de cuero frotándolas contra un saliente de la piedra con la esperanza de desatarme. Si no quería que se diese cuenta, sólo podía hacerlo a hurtadillas y, para eso, tenía que darle palique—. ¿De modo que el abad que había antes trató de matarte? —insistí—. ¿Estás segura de que los monjes vayan a velar por ti?

—El nuevo abad no es tan tonto como su predecesor —declaró, muy convencida—. El sabe que, si me tocara un pelo, el *jarl* Cnut lo desollaría vivo, y me rinde pleitesía.

—¿No le importa que no seas cristiana? —le pregunté.

—Le gustan los cuartos que Erce le reporta —refunfuñó—, y sabe que Erce se cobija en esta cueva y que me protege. Pero la diosa aguarda tu respuesta: ¿eres más sabio ahora?

Sorprendido al escuchar la pregunta de nuevo, guardé silencio, y eso la irritó.

—¿Acaso no me he expresado bien? —rezongó—. ¿Acaso la estupidez te ha privado del sentido del oído y te ha atiborrado el cerebro de pus?

—No me acuerdo de nada —repuse, faltando a la verdad.

Se echó a reír. Se puso en cuclillas, con la espada aún en mi cadera, y comenzó a balancearse atrás y adelante como hiciera un momento antes.

—Siete reyes morirán, Uhtred de Bebbanburg, siete reyes y las mujeres que ames. Tal es tu destino. Y el hijo de Alfredo no se sentará en el trono, y Wessex caerá en el olvido, y el Sajón matará a aquello que ama y los daneses se apoderarán de todo, y todo cambiará y todo seguirá igual, como siempre ha sido y siempre será. Como verás, has progresado en la senda de la sabiduría.

—¿Quién es el Sajón? —le pregunté, mientras seguía frotando las ataduras de las muñecas contra la piedra, aunque no parecía que cedieran o se aflojaran.

—El Sajón es el rey que acabará con aquello que posee. Erce, que lo sabe todo, también lo ve todo.

Unos pasos apresurados en el pasadizo que llevaba a la gruta me devolvieron la esperanza por un momento, pero no tardé en descubrir que no eran de los míos, sino sólo tres monjes que, a tientas, se adentraban en la penumbra de la cueva. Al frente, iba un hombre mayor de pelo blanco y encrespado y rostro enjuto. Se me quedó mirando, se volvió a Ælfadell y, de nuevo, posó los ojos en mí.

—¿De verdad se trata de él? —preguntó.

—Ahí lo tenéis: Uhtred de Bebbanburg, uno de mis hijos —repuso la bruja, echándose a reír.

—¡Dios sea loado! —exclamó el monje, espantado porque yo seguía con vida. Tanto la hechicera como el monje sabían que era enemigo de Cnut, pero ni la una ni el otro estaban seguros de qué me tendría reservado y temían que, si me mataban, su señor montase en cólera. Con pies de plomo, el monje del pelo blanco se acercó a mí, temeroso de lo que pudiera hacerle—. ¿Sois Uhtred? —me preguntó.

—Soy Kjartan de Cumbraland —contesté.

—Es Uhtred —cacareó Ælfadell, ufana—. La pócima de Erce no miente. Ha estado hablando en sueños toda la noche.

El monje estaba asustado; tanto mi vida como mi muerte iban más allá de sus entendederas.

—¿Para qué habéis venido aquí? —me preguntó.

—Para saber qué nos deparará el futuro —repuse.

Noté que tenía sangre en las manos; mis forcejeos habían reabierto las heridas de los cortes que la hechicera me había hecho en la palma de la mano.

—Y ya sabe cómo será ese futuro —añadió Ælfadell—, un futuro de reyes muertos.

—¿Qué hay de mí? ¿Sabes algo acerca de cómo habré de morir? —le pregunté y, por primera vez, atisbé una sombra de duda en aquel rostro arrugado, estragado.

—Hay que avisar al *jarl* Cnut —aventuró el monje.

—Más os valdría matarlo —dijo uno de los monjes más jóvenes, un hombre alto y fornido, de cara larga y angulosa, nariz ganchuda y ojos de mirada cruel y despiadada—, al *jarl* le complacerá saber que ha muerto.

El monje de más edad no estaba tan seguro.

—Nada sabemos de cuál sea la voluntad del *jarl*, hermano Hearberht.

—¡Matadlo! Os lo agradecerá, nos lo agradecerá a todos.

El hermano Hearberht estaba en lo cierto, pero los dioses habían sembrado la duda en el ánimo de los otros dos.

—Es una decisión que sólo al *jarl* corresponde —declaró el mayor de los tres.

—Pero habrá que esperar tres días antes de que tengamos una respuesta —replicó Hearberht, incisivo—. ¿Qué pensáis hacer con él hasta entonces? Los suyos están en la ciudad, y no en número desdeñable.

—¿Y si lo lleváramos nosotros ante el *jarl*? —propuso el monje de más edad, tratando como fuera de encontrar una salida que le evitara tomar una decisión.

—¡Por el amor de Dios! —clamó Hearberht. Un par de zancadas le bastaron para llegarse hasta mis cosas; se inclinó y se incorporó de nuevo, con *Aguijón-de-avispa* en la mano. La hoja corta emitió un destello bajo aquella luz tenue—. ¿Qué haríais cuando un lobo acecha? —preguntó, mientras se acercaba a donde yo estaba.

Eché mano de todas mis fuerzas, de todo el vigor que había acumulado en músculos y huesos a lo largo de muchos años de empuñar la espada y el escudo, años

de prácticas de combate y de guerrear, estiré las piernas flexionadas y eché los brazos hacia atrás; sentí cómo cedían las ligaduras y me fui al suelo de espaldas, alejándome de la espada que se apoyaba en mi cadera. Comencé a gritar, lancé el formidable grito del guerrero y me hice con la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*.

Ælfadell trató de arrebatármela, pero era vieja y lenta de movimientos, y yo gritaba y el eco de mi voz resonaba en la cueva. Me hice con la empuñadura y blandí la hoja para obligarla a retroceder y, a pesar del monje, que me estorbaba, me puse en pie con paso incierto y dando tumbos, con las ataduras alrededor de los tobillos. Hearberht vio la oportunidad y no quiso desaprovecharla, arremetiendo desde abajo con el puñal, dispuesto a hundírmelo en mi barriga al aire, pero me abalancé y fui a caer sobre él. Retrocedió, y me puse en pie de nuevo. Se puso a lanzar cuchilladas contra mis piernas desnudas, pero lo ensarté con *Hálito-de-serpiente*, mi espada, mi amante, mi hoja de doble filo, mi compañera a la hora de guerrear, y con ella lo rajé, como quien destripa un pez con un cuchillo bien afilado. La sangre tiñó su sotana negra al igual que negras se volvieron las cagadas de murciélago del suelo, y seguí abriéndolo en canal, sin darme cuenta de que seguía gritando y que mis alaridos furiosos retumbaban en la cueva.

Hearberht chillaba, se retorció, se moría a chorros; mientras, los otros dos monjes echaban a correr. Corté las ligaduras que aún llevaba en los tobillos y me fui tras ellos. Ávida de matar, la empuñadura de *Hálito-de-serpiente* se me resbalaba entre las manos, bañadas en mi propia sangre.

Los alcancé en el bosque, a menos de cincuenta pasos de la entrada de la gruta. Arremetí contra el más joven abriéndole la nuca; luego, atrapé al de más edad por la sotana. Lo obligué a volverse y que me mirara a la cara, y sentí el olor a miedo que desprendía su vestimenta talar.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —le dije—. ¿Quién eres tú?

—Soy el abad Deorlaf, mi señor —dijo, postrándose ante mí, juntando las manos en un gesto de súplica.

Lo levanté por el cuello y le hundí a *Hálito-de-serpiente* en la barriga. Lo abrí de abajo arriba, mientras gemía como un animal, lloraba como un niño, llamaba a voces a Jesús el redentor y moría enfangado en sus propias heces. Le corté el cuello al más joven y regresé a la gruta, donde enjuagué la hoja de la espada en el arroyo.

—Erce no dijo nada en cuanto a tu muerte —se apresuró a decir Ælfadell.

Había gritado cuando desbaraté las ligaduras que me ataban las muñecas y me había hecho con la espada, pero, en aquel momento y para mi sorpresa, estaba tranquila. Sólo me miraba; no parecía asustada.

—¿Por eso no acabaste conmigo?

—Tampoco dijo nada acerca de mi final —contestó.

—Pues, a lo peor, no andaba muy acertada —repuse, mientras me hacía con *Aguijón-de-avispa*, aún en la mano exánime de Hearberht.

Y entonces la vi.

Erce salió de una cueva de las profundidades, de un pasadizo que conducía al mundo inferior. Su belleza era tal que me quedé sin respiración: era la joven de cabellos oscuros y largos que me había cabalgado aquella noche, esbelta y delicada, hermosa y tranquila, tan desnuda como el puñal que llevaba en la mano; sólo tenía ojos para ella. Me quedé inmóvil, mientras aquellos ojos inabarcables me dirigían una mirada muda, tanto como la mía, hasta que recuperé el aliento y le pregunté:

—¿Quién eres?

—Vístete —repuso Ælfadell, aunque no sabría decir si se refería a mí o a la muchacha.

—¿Quién eres? —volví a preguntarle, pero ella no dijo nada ni se movió.

—Vestíos, lord Uhtred —me conminó la hechicera, y le hice caso.

Me puse el jubón, las botas, la cota de malla y me ceñí las dos espadas a la cintura, mientras los ojos silentes y oscuros de la muchacha no me perdían de vista. Era tan hermosa como un amanecer en verano, tan queda como una noche de invierno. No sonreía; su rostro no revelaba emoción alguna. Me acerqué a ella y sentí algo que me dejó extrañado. Sea ésta lo que sea, los cristianos aseguran que tenemos alma, pero tuve la impresión de que aquella joven carecía de alma. Vacía era la mirada que veía en sus ojos oscuros. Me dio miedo, y me acerqué a ella despacio.

—¡No! —gritó Ælfadell—. ¡Ni se os ocurra tocarla! Habéis visto a Erce a plena luz del día. Nadie antes lo había hecho.

—¿Erce?

—Marchaos —me conminó—, salid de aquí —se atrevía a plantarme cara—. Anoche tuvisteis un sueño —continuó—, gracias a ese sueño habéis alcanzado la sabiduría. Daos por satisfecho, y dejadnos.

—Háblame —supliqué a la joven, pero ella permanecía inmóvil, silente, inerte, y yo no podía apartar los ojos de ella. Me hubiera gustado pasarme el resto de mi vida contemplándola.

Aunque nadie sea capaz de hacerlos o de mostrarnos uno siquiera, milagros como que haya hombres que caminan sobre las aguas o que resucitan a los muertos son algo que nunca se les cae de la boca a los cristianos, que aseguran que hechos tan extraordinarios dan fe de que la suya es la religión verdadera. Pero allí, en aquella cueva lienta, bajo aquel lugar de enterramiento que coronaba la colina, fui testigo de uno: vi a Erce con mis propios ojos.

—¡Idos! —insistió Ælfadell y, mientras eso decía, fue la diosa la que dio media vuelta y desapareció en el mundo inferior.

No maté a la vieja. Me fui. Arrastré a los monjes muertos hasta unas zarzas, donde quizá los animales salvajes se darían un festín a su cuenta; luego me agaché y bebí del arroyo como un perro muerto de sed.

—¿Qué os dijo la bruja? —me preguntó Osferth cuando regresé al caserío de la viuda.

—No lo sé —contesté, en un tono que indicaba que más le valía no seguir

insistiendo. Entonces me preguntó—: ¿Adónde nos dirigimos, señor?

—Al sur —repuse, todavía ofuscado.

Y nos pusimos en camino hacia las tierras de Sigurd.

Capítulo IV

Aparte de mi verdadero nombre, ¿qué más habría contado a Ælfadell? ¿Le habría hablado de las ideas que se me habían pasado por la cabeza para vengarme de Sigurd? ¿Por qué me habría ido de la lengua? Mientras cabalgábamos hacia el sur, Ludda me dio la respuesta.

—Hay cosas, mi señor, hierbas y setas, por ejemplo, incluso el tizón que anida en las espigas de centeno, que hacen que los hombres tengan sueños. Mi madre recurría a ellas con frecuencia.

—¿Era hechicera?

Se encogió de hombros.

—Un poco bruja, en todo caso. Decía la buenaventura y preparaba pócimas.

—¿Crees que el filtro que me dio a beber fuera la razón de que le dijera cómo me llamaba en realidad?

—¿Sería una poción de tizón del centeno? Si fue eso, tenéis la suerte de contarlo. Una equivocación en las proporciones y adiós al soñador. Pero si sabía lo que se traía entre manos, seguro que cotorreasteis más que una vieja, mi señor.

¿Quién podría decir qué otras cosas no habría revelado a la *aglæcwif*? Menuda tomadura de pelo.

—¿Y qué hay de eso de que habla con los dioses?

Había contado a Ludda lo de Ælfadell, pero nada le había dicho sobre Erce. No quería que nadie estuviera al tanto del asunto; era un recuerdo que sólo para mí quería conservar.

—Hay gente que asegura que puede hacerlo —respondió Ludda, con un deje de duda.

—¿Y en cuanto al futuro?

El chico se revolvió en la silla. No estaba acostumbrado a montar a caballo y, de resultas del viaje, le dolían las posaderas y tenía los muslos entumecidos.

—Si de verdad estuviese al tanto de lo que fuera a pasar en el futuro, ¿viviría en una gruta? Lo más normal, mi señor, es que viviera en un palacio y que todos los reyes acudieran a rendirle pleitesía.

—A lo mejor es el lugar que los dioses han elegido para ponerse en contacto con ella —aventuré.

Ludda se percató de que algo me preocupaba.

—Mi señor —me dijo muy serio—, si se arrojan los dados las veces que haga falta, siempre acabarán por salir los números que se van buscando. Si yo os digo que mañana será un día soleado, y que lloverá, y que nevará y que las nubes cubrirán el cielo y que el viento soplará y que será un día tranquilo y que habrá truenos que nos dejarán sordos, seguro que algunos de esos fenómenos acaba por hacerse realidad y olvidaréis todos los demás porque queréis creer que soy capaz de predecir el futuro —sonrió fugazmente—: La gente no me compra clavos herrumbrosos porque mi

labia los haya convencido, sino porque necesitan creer como sea que se convertirán en plata.

Igual que yo quería hacer míos sus recelos en cuanto a Ælfadell. Había dicho que Wessex caería en el olvido, que siete reyes morirían. ¿A cuento de qué venía eso? Además, ¿qué reyes? ¿Alfredo de Wessex, Eduardo de Cent, Eohric de Anglia Oriental? ¿Quiénes eran los otros reyes? ¿Quién era el Sajón?

—Descubrió quién era yo en realidad —comenté a Ludda.

—Porque habíais tomado la pócima, mi señor, y como si estuvierais beodo, decíais todo lo que se os pasaba por la cabeza.

—Y también me maniató —continué—, pero no acabó conmigo.

—¡Alabado sea Dios! —contestó el chico con unción. Tenía mis dudas en cuanto a que fuera cristiano, al menos cristiano de corazón, pero me imaginaba que era demasiado listo para ponerse a malas con los curas; sin ocultar su sorpresa, arrugó la frente—. Me pregunto por qué no lo haría.

—Porque le daba miedo —repliqué—, como al abad.

—Si os maniató, mi señor —añadió el joven—, es porque alguien le había dicho que ibais a por el *jarl* Cnut, nada más. Pero, como no tenía ni idea de lo que el danés tuviera pensado para vos, avisó a los monjes para enterarse. También ellos debieron de asustarse ante la idea de daros muerte. Matar a un señor de la guerra, sobre todo si los suyos andan cerca, no es moco de pavo.

—Pues uno de ellos no parecía muy asustado.

—Y bien que lo lamenta en este momento —añadió Ludda, sin ocultar su satisfacción—, pero es raro, mi señor, muy raro.

—¿Qué es lo que te parece tan raro?

—Que pueda ponerse en contacto con los dioses, y que los dioses no le dijeren que acabara con vos.

—Entiendo —repliqué, viendo por dónde iba y sin saber qué decir.

—Los dioses habrían sabido qué hacer con vos y se lo habrían hecho saber, pero el caso es que no lo hicieron. Lo que me da que pensar que no recibe órdenes de los dioses, mi señor, sino del *jarl* Cnut, y que quienes van a verla escuchan lo que el jefe danés quiere que oigan. —Se revolvió de nuevo en la silla, tratando de aliviar el dolor de las posaderas—. Ahí está la calzada, mi señor —señaló un punto indeterminado. Nos había llevado hacia el sudeste en busca de una calzada romana que atravesaba aquellas colinas—. Llega hasta unas antiguas minas de plomo —me había dicho—, pero no va más allá.

Había pedido a Ludda que nos llevase a Cytringan, donde estaba la casa de celebración de Sigurd, pero nada le había dicho acerca de lo que había pensado hacer en aquellos contornos.

¿Por qué había ido a ver a Ælfadell? Para saber qué camino tomar, eso está claro. Al pie de Yggdrasil, las tres hilanderas tejen nuestros destinos hasta que, en un momento dado, se hacen con las tijeras y cortan la hebra que es nuestra vida. Y todos

ansiamos saber cuánto dará de sí el hilo en cuestión. Queremos saber qué nos deparará el futuro. Queremos saber, como Beornnoth me había dicho, cómo acababa esta gesta. Por eso había ido a ver a la hechicera. Alfredo no tardaría en morir, a lo peor ya no estaba entre los vivos, y todo habría de cambiar, y no era tan necio como para pensar que poco pintaba yo en lo tocante a esos cambios. Porque yo soy Uhtred de Bebbanburg, y los hombres me temen. En aquella época, no era un gran señor, no al menos en cuanto a tierras, riquezas y hombres se refiere, pero Alfredo se había dado cuenta de que, si quería alcanzar la victoria, tenía que proporcionarme hombres; así fue cómo derrotamos a Haesten en Beamfleot. Eduardo, el hijo del rey, también parecía confiar en mí, y sabía que Alfredo quería que le jurase lealtad; aun así, había ido a ver a Ælfadell para atisbar algo del futuro que nos esperaba. ¿Por qué habría de fiarlo todo a un hombre condenado al fracaso? ¿Sería Eduardo el hombre al que la bruja se refería como el Sajón, aquel que estaba condenado a destruir Wessex? ¿Cómo acertar con el camino correcto? Si traicionase a su hermano Eduardo, Etelfleda nunca me lo perdonaría, pero, a lo peor, también la maldición la alcanzaba. Porque todas mis mujeres morirían también. No me había desvelado nada nuevo en realidad, puesto que todos hemos de morir, pero ¿por qué habría dicho eso la hechicera? ¿Habría sido una advertencia acerca de los hijos de Alfredo, acerca de Etelfleda y Eduardo? Vivimos en un mundo que se sume en tinieblas, y yo había ido en busca de una luz que me mostrase un camino seguro, pero no había sacado nada en limpio, excepto aquel atisbo de Erce, una visión que no olvidaría nunca, una aparición que nunca podría apartar de mi mente.

—*Wýrd bio ful āræd* —dije en voz alta.

El destino es inexorable.

Si, gracias a la pócima amarga, a Ælfadell le había revelado mi verdadero nombre, ¿qué más no le habría contado? Con ninguno de los míos había hablado acerca de los planes que había urdido, pero ¿qué más no le habría dicho a aquella bruja que vivía en tierras de Cnut y gozaba de su favor? La hechicera me había asegurado que Wessex desaparecería y que los daneses se erigirían en dueños y señores de todo. Claro que, si eso decía, era porque Cnut el Espadón había decidido que eso oyeran quienes fueran a verla. El *jarl* Cnut quería que los señores daneses que pasaran por la gruta salieran convencidos de que acabarían por alzarse con la victoria, porque los hombres que, de antemano, saben que han de alcanzarla luchan con tanto ardor que acaban por conseguirla. Cuando los hombres de Sigurd me atacaron en el puente, estaban convencidos de que se saldrían con la suya. Por eso habían caído en la trampa.

Al frente de un puñado de hombres, me dirigía al lugar donde podríamos encontrar la muerte. ¿Habría dicho a Ælfadell que tenía pensado atacar Cytringan? Porque si así hubiera sido, la hechicera ya habría enviado un mensaje a Cnut, y el danés ya se habría puesto manos a la obra para acudir en ayuda de su amigo Sigurd. Había pensado en volver a mi hacienda pasando por Cytringan, donde se hallaba la

casa de celebración de Sigurd, con la esperanza de que estuviera vacía y desprotegida, arrasarla hasta los cimientos y volver cuanto antes a Buccingahamm. Sigurd había tratado de liquidarme, y quería que lo lamentase. Por eso me había dirigido a Ceaster, para tenderle una celada y obligarle a salir de su territorio y, si mi ardid había surtido el efecto que esperaba, Sigurd se habría puesto en camino hacia esa localidad para atraparme y acabar conmigo, cuando en realidad me disponía a incendiar su casa del hidromiel. Pero su amigo Cnut podría haber enviado a los suyos a Cytringan y convertido aquella casa en una trampa mortal para mí y los míos.

Tenía que pensar otra solución.

—Olvídate de Cytringan —comunicué a Ludda— y llévanos hasta el valle del río Trente, a Snotengaham.

Nos dirigimos, pues, hacia el sur, bajo un cielo que, veloces, surcaban las nubes y, al cabo de dos días con sus correspondientes noches, llegamos a aquel valle tan cargado de recuerdos para mí. Fue en aquellos parajes donde, por primera vez en mi vida, a golpe de remo y a bordo de un barco guerrero, río Humbre arriba antes de embocar el Trente, había visto a Alfredo. Entonces, yo no era más que un niño que espiaba las idas y venidas de un joven atormentado por aquel pecado que había traído a Osferth a este mundo. En aquellas mismas riberas había conocido a Ubba, más conocido como Ubba el Terrible, quien, de verdad, había llegado a asustarme, a aterrorizarme incluso, el mismo con quien acabaría más tarde en un mar lejano. Desde niño, pues, no había vuelto a poner los pies en aquellos parajes, pero en aquel momento ya era un hombre que inspiraba tanto temor como el que, en su día, me infundiese Ubba. Uhtredærwe, me llamaban algunos, es decir, Uhtred el Pérfido, porque no era cristiano, un apelativo que no me disgustaba, porque llegaría el día en que la perfidia habría de llevarme tan lejos que muchos serían los hombres que, por mi insania, habrían de morir.

Quizá fueran aquéllos el lugar y el momento en que tales cosas ocurrirían porque, tras desechar la idea de arrasar la casa de celebración de Sigurd en Cytringan, me disponía a intentar una locura, una idea descabellada que llevaría mi nombre a todos los rincones de Britania. Renombre, eso es lo que buscamos, incluso con más afán que el oro, de modo que acomodé a los míos en una alquería y, con Osferth como única compañía, cabalgamos hasta la ribera sur del río. No cruzamos ni media palabra hasta que llegamos a las lindes de un soto desde donde se veía la ciudad, al otro lado de los enormes remolinos que formaba el río.

—Snotenganham —dije—, el sitio donde, por vez primera, vi a vuestro padre.

Farfulló algo. La ciudad se extendía por la orilla norte del río; había crecido desde la última vez que la había visto. Había casas fuera de las murallas; el humo que arrojaban las fogatas de los hogares tiznaba el aire que planeaba sobre las techumbres.

—¿Estamos en territorio de Sigurd? —me preguntó Osferth.

Asentí, mientras recordaba lo que Beornnoth me había dicho: que Sigurd había

dejado sus barcos de guerra en Snotengaham. Recordé también las palabras que, de niño, Ragnar el Viejo me dijera, a saber, que aquella ciudad siempre sería danesa, lo que no impedía que la mayoría de sus habitantes fueran sajones. Se alzaba en territorio de Mercia, en la frontera norte de aquel reino. Hasta donde alcanzaban mis recuerdos, siempre había sido una ciudad danesa, de forma que mercaderes y clérigos, putas y taberneros, pagaban en plata su sojuzgamiento a Sigurd, quien se había construido una mansión en lo alto de un promontorio que se alzaba en el centro de la localidad. No era su lugar de residencia habitual, situado mucho más al sur, pero sí una de las plazas fuertes del danés, un lugar donde se sentía a salvo.

Para llegar a la ciudad desde el mar, los barcos debían adentrarse río Humbre arriba e internarse, más tarde, en el Trente. Tal era el trayecto que, de niño, había realizado en el *Víbora del Viento*, de Ragnar. Desde la arboleda donde estábamos en la orilla sur del río, conté no menos de cuarenta o cincuenta naves encalladas en la otra orilla. Eran los barcos que Sigurd había llevado al sur de Wessex un año antes, aunque el resultado de tamaño esfuerzo no fuera más allá de arrasar unas cuantas granjas en los alrededores de Exanceaster. Al verlos, supuse que no estaba pensando en realizar otra incursión desde el mar. Su próxima campaña sería en tierra firme: atacaría Mercia y, a renglón seguido, Wessex para apoderarse del reino sajón.

El poder de un hombre no se mide sólo por las tierras que constituyen sus dominios, sino que reside en el número de tripulaciones que tiene a sus órdenes, y aquellos barcos apuntaban a que Sigurd estaba al frente de una horda, en tanto que yo sólo contaba con una tripulación. Aun esquilmado en lo tocante a riquezas, me atrevería a decir que en cuanto a renombre no le iba a la zaga. Aunque mejor sería que se me conociera como Uhtred el Necio porque, tras haber servido a Alfredo durante tantos años, sólo disponía de una finca, que me habían cedido, una tripulación y, eso sí, cierto renombre, en tanto que Sigurd disponía de ciudades, poseía enormes extensiones de terreno y estaba al frente de un ejército.

Había llegado el momento de sacarle los colores.

* * *

Hablé con todos y cada uno de mis hombres. Les hice ver que, si me traicionaban, podrían hacerse ricos, pero que si cualquiera de ellos cometía la indiscreción de decir a alguna de las putas de la ciudad que yo era Uhtred, probablemente ni yo ni la mayoría de los que venían conmigo saldríamos de allí con vida. No me hizo falta recordarles el juramento de lealtad que me habían prestado porque todos lo tenían muy presente, igual que tampoco pensaba que ninguno fuera a traicionarme. Entre los hombres, había cuatro daneses y tres frisios, pero, unidos a mí como estaban tanto por lazos de amistad como de lealtad, tenía plena confianza en ellos.

—En toda Britania se hablará de lo que nos disponemos a hacer —les aseguré—. No nos haremos ricos, pero vuestro nombre se escuchará en todas partes.

Les dije que se dirigieran a mí como Kjartan, el nombre con que me había presentado a Ælfadell, un nombre que no me gustaba porque me traía malos recuerdos, el nombre del perverso padre de Sihtric, pero que pensaba utilizar durante unos días, los que habría de seguir con vida si ninguno de los míos revelaba mi verdadera identidad y ninguno de los habitantes de la ciudad me reconocía. Sólo había visto a Sigurd dos veces en mi vida, siempre de forma fugaz, pero alguno de los hombres que lo hubieran acompañado en tales ocasiones podía estar en Snotengaham. Era un riesgo que tenía que correr. En cualquier caso, me había dejado crecer la barba y llevaba una cota de malla herrumbrosa que daba lástima, de modo que mi aspecto casaba bien con la impresión que quería dar: la de un hombre venido a menos.

Me llegué hasta una taberna a las afueras de la ciudad, un antro miserable que, por no tener, ni nombre tenía, donde servían cerveza amarga, mendrugos mohosos y un queso carcomido de gusanos, pero que disponía de un sitio cubierto de paja inmunda donde mis hombres podían echar una cabezada. El dueño del lugar, un sajón de gesto hosco, se dio por satisfecho con la poca plata que le ofrecí.

—¿A qué habéis venido? —se interesó.

—A comprar un barco —le dije. Luego, le conté que habíamos estado a las órdenes de Haesten, pero que, hartos de morirnos de hambre en Ceaster, queríamos volver a nuestra tierra—. Tenemos pensado volver a Frisia —añadí.

Eso fue lo que le conté, y a ninguno de los habitantes de Snotengaham le extrañó. Los daneses siguen a aquellos caudillos que pueden proporcionarles riquezas, pero cuando uno de esos señores se hunde, sus tripulaciones desaparecen como la escarcha al calor del sol. A nadie le extrañó tampoco que un frisio estuviera al frente de sajones porque, en las tripulaciones de los barcos vikingos, abundan los daneses, los nórdicos, los frisios y los sajones. Cualquier hombre que no esté al servicio de nadie puede hacerse vikingo, pues no habrá jefe de barco a quien le importe qué lengua hable, con tal de que sepa empuñar una espada, arrojar una lanza o mover un remo.

Nadie puso en duda, pues, lo que iba contando y, al día siguiente de nuestra llegada, vino a verme un danés barrigón, al que le faltaba el brazo izquierdo desde el codo. Dijo llamarse Frithof.

—Un cabrón de sajón me privó de él —dijo, como si no le importara—, pero yo le rebané la cabeza; creo que salí mejor parado. —En Snotengaham, Frithof ostentaba un cargo parecido al que, entre los sajones, desempeña el caudillo, es decir, era el responsable de mantener la paz en la ciudad, sin descuidar los intereses de su señor—. Velo por los intereses del *jarl* Sigurd —me dijo—, igual que él vela por los míos.

—¿Es un buen amo?

—El mejor —replicó Frithof, con entusiasmo—, generoso y leal. ¿Por qué no le prestáis lealtad?

—Porque sólo sueño con volver a mi tierra.

—¿A Frisia? —se extrañó—. Tenéis acento danés, no frisio.

—Estuve a las órdenes de Skirnir Thorson —expliqué.

Skirnir había sido un pirata de aquellas costas, a cuyo servicio había fingido estar hasta darle muerte.

—¡Valiente hijo de puta! —aseveró Frithof—, aunque tengo entendido que tenía una mujer guapísima. ¿Cómo se llamaba aquella isla que decía que era suya?

No me pareció que la pregunta fuera con segunda intención; Frithof era un hombre de trato fácil y amable.

—Zegge —contesté.

—¡Eso es! ¡Un montón de arena y de mierda de peces! ¿Y decís que dejasteis a Skirnir para seguir los pasos de Haesten? —me preguntó muerto de risa, dando a entender qué mal ojo tenía a la hora de elegir los señores a quienes servir—. Más os valdría ponerlos a las órdenes del *jarl* Sigurd —me recomendó—: mira por los suyos y, a no mucho tardar, habrá tierra y plata para todos.

—¿Tan pronto?

—En cuanto Alfredo muera —me aseguró—, Wessex saltará hecho añicos. Sólo habrá que esperar un poco antes de recogerlos.

—Tengo tierras en Frisia, y también esposa —me excusé.

Frithof esbozó una media sonrisa.

—Esto está lleno de mujeres —me dijo—, pero si soñáis con volver al terruño de donde salisteis...

—Ni más ni menos.

—En tal caso, necesitaréis un barco —respondió—, a menos que preferáis ir a nado. Vamos a dar un paseo.

Había cuarenta y siete barcos fuera del río, apuntalados sobre unos pilotes en un prado cercano a una ensenada recogida que permitía llevarlos a tierra para proceder a su reparación y devolverlos al agua sin dificultad. Otras seis embarcaciones seguían en el agua. Cuatro eran simples naves de carga, aunque también había dos barcos de guerra, largos y de preciosa factura, con sus proas y popas elevadas como bien cabe imaginar.

—El *Aventurero intrépido* —me dijo Frithof, señalando uno de los dos barcos de guerra anclados en el río—. Esa es la nave del *jarl* Sigurd.

Una preciosidad, de poco calado, alargada, coronada con galanura a proa y a popa. En el embarcadero, un hombre en cuclillas pintaba de blanco el borde del trancanil, acentuando si cabe su silueta sinuosa y amenazante. Frithof me llevó al muelle de madera y, de un salto, se subió al barco. Fui tras él, notando el leve estremecimiento del *Aventurero intrépido* bajo nuestros pies, como respuesta a la carga que recibía. Reparé en que, a bordo, no había mástil alguno, como tampoco vi remos o escálamos. Al ver un par de serruchos, una azuela y unos escoplos, me imaginé que la estaban poniendo a punto. Se mantenía a flote, pero no estaba en condiciones de emprender una travesía.

—Yo mismo la traje de Dinamarca —comentó Frithof, con un deje de melancolía.

—¿Erais jefe de embarcación? —le pregunté.

—Lo era, y quién sabe si no volveré a ejercer el oficio —contestó, pasando la mano por la madera pulida de la hilada—. No me diréis que no es una maravilla.

—Lo es —le aseguré.

—El *jarl* Sigurd me la encargó —me dijo—; tratándose de él, ¡todo de la mejor calidad! —añadió dando unos golpecitos en el casco—. Roble verde de Frisia. Demasiado para vos, me imagino.

—¿Está en venta?

—¡Claro que no! El *jarl* Sigurd vendería a su hijo como esclavo antes que desprenderse de semejante belleza. Además, ¿cuántos remos necesitáis? ¿Veinte?

—Como mucho —repuse.

—Esta nave necesita no menos de cincuenta —replicó, volviendo a dar unos golpecitos en los tablones, al tiempo que suspiraba, como si recordase el día que la había botado.

Me quedé mirando las herramientas de carpintero.

—¿La estáis poniendo a punto para que vuelva a hacerse a la mar? —le pregunté.

—El *jarl* no me ha dicho nada, pero no me gusta que los barcos pasen mucho tiempo fuera del agua. La madera se reseca y se encoge. Ésa es la próxima que tengo previsto probar —señalaba hacia la orilla de la ensenada, donde otra belleza permanecía apuntalada sobre unos recios pilotes de roble—. Ahí la tenéis, el *Matarife marino* —me aclaró Frithof—, la nave del *jarl* Cnut.

—¿Ha traído también los barcos aquí?

—Sólo dos, el *Matarife marino* y el *Hostigador de nubes*.

Vi que unos hombres calafateaban el primero de los barcos, rellenando las juntas de los tablones con una mezcla de lana y brea de pino. Unos niños les echaban una mano; otros jugaban a la orilla del río. Los braseros donde calentaban la brea echaban un humo que esparcía su olor penetrante por encima del curso lento del río en aquel lugar. Frithof se acercó al embarcadero y dio una palmadita en la cabeza al hombre que pintaba la baranda. El danés era un hombre apreciado. Los hombres le sonreían y le dedicaban saludos afectuosos, a los que él, complacido, no dudaba en corresponder. Colgada de la cintura, llevaba una bolsa con trozos de vaca ahumada que daba a los niños; los conocía a todos por su nombre.

—Os presento a Kjartan —dijo a los hombres que calafateaban el *Matarife marino*—. Quiere comprarnos un barco para volver a Frisia, donde está su mujer.

—¡Que se la traiga aquí! —me gritó uno.

—¡Ha pensado, y con razón, que mejor evitarle tu sucia lascivia! —lo acalló Frithof, antes de seguir andando por la orilla hasta que dejamos atrás un montón de piedras de lastre.

Frithof contaba con el beneplácito de Sigurd para comprar o vender barcos, pero sólo había media docena a la venta y, de ellos, sólo dos se acomodaban a lo que yo

iba buscando. Uno era una nave de carga, ancha de manga y de buena factura, pero demasiado corta, sólo unas cuatro veces más larga que el bao, demasiado lenta. La otra era una embarcación mucho más vieja y en peor estado, pero no menos de siete veces más larga de eslora que el ancho de manga. Sus líneas gráciles me llamaron la atención.

—Pertenece a un nórdico —me explicó Frithof—; perdió la vida en Wessex.

—¿De pino? —pregunté, tocando el casco.

—No, de píceo, una especie de abeto —me aclaró Frithof.

—Me gusta más el roble —dije, de mala gana.

—Traedme oro, y construiré para vos un barco del mejor roble de Frisia —se ofreció—, pero si lo que deseáis es llegar al otro lado del mar este verano, podéis hacerlo en éste, hecho de lo que habéis tomado por pino. Es un buen barco, con mástil, vela y aparejos.

—¿Y los remos?

—Tenemos un montón de magníficos remos de fresno —dijo, mientras pasaba la mano a lo largo de la popa—. Necesita algún arreglo, claro está —admitió—, pero, en su día, era una maravilla. *Hija de Tyr*, así se llama.

—¿De verdad?

Frithof sonrió.

—Así es —su sonrisa se debía a que Tyr es el dios de los guerreros que se enfrentan en singular combate y, como el caudillo, sólo posee la mano izquierda, tras haber perdido la derecha por el mordisco que le propinara Fenrir, el lobo rabioso, con sus colmillos afilados—. Su dueño veneraba a Tyr —concluyó Frithof, sin dejar de tocar la arrufadura de popa.

—¿Tenéis una cabeza de animal para la proa?

—Puedo encontraros algo que os convenga.

Aunque en tono afable, regateamos en cuanto al precio, como era de esperar. Además de nuestros caballos, sillas y bridas, le ofrecí la poca plata que me quedaba. Aunque, al principio, me había pedido el doble del valor de todas aquellas cosas juntas, lo cierto es que estaba encantado de desprenderse de la *Hija de Tyr*, un buen barco en su día, sin duda, pero viejo y demasiado pequeño. Un barco en condiciones necesita no menos de cincuenta o sesenta hombres y en aquella nave treinta hubieran estado incómodos, pero era perfecta para lo que me proponía. De no haberla comprado, me temo que hubiera acabado hecha astillas y, a fuer de sincero, se la saqué a buen precio.

—Os llevará a Frisia —me aseguró Frithof.

Escupimos en las palmas de las manos y, a continuación, nos las estrechamos. La *Hija de Tyr* ya era mía. Tuve que comprar brea para calafatearla y, a orillas del río, pasamos dos días removiendo un espeso engrudo de brea, crines de caballo, musgo y lana para recubrir las juntas. Desde el almacén habían traído y colocado en el prado, donde los barcos estaban apuntalados, el mástil, la vela y las jarcias de cáñamo

que necesitábamos. Pedí a los míos que dijeran adiós a aquella taberna inmunda y pernoctaran junto al barco. Lo cubrimos con la vela y, como en una tienda de campaña, pasamos la noche, unos, en el barco; otros, bajo el casco.

A Frithof le habíamos caído en gracia o, quizá, sólo estuviera ilusionado con la idea de que uno de sus barcos volviese a navegar. El caso es que nos llevaba cerveza al prado, que se encontraba a no menos de cuatrocientos o quinientos pasos del lienzo más próximo de la muralla de la ciudad, y se quedaba a tomarla con nosotros, relatándonos viejas proezas de combates largo tiempo olvidados. En contrapartida, yo le refería mis andanzas.

—Echo de menos el mar —dijo, tras quedarse pensativo un momento.

—Siempre podéis venir con nosotros —le animé.

Con gesto apesadumbrado, negó con la cabeza.

—El *jarl* Sigurd es un buen amo: vela por mí.

—¿Tendré ocasión de verlo antes de zarpar? —le pregunté.

—Lo dudo —dijo el danés—. Su hijo y él han partido para echar una mano a un viejo conocido vuestro.

—¿No estaréis hablando de Haesten?

Frithof asintió.

—¿Habéis pasado el invierno a su lado, no es así?

—No dejaba de decirnos que vendrían hombres en su ayuda —se me ocurrió en aquel momento—, de Irlanda aseguraba, pero no apareció nadie.

—Lo del verano pasado no estuvo nada mal —apuntó Frithof.

—Hasta que los sajones lo dejaron sin barcos —dije, sin ocultar la rabia que sentía.

—Uhtred de Bebbanburg —aseveró el danés con ira no menor, antes de llevarse la mano al martillo que llevaba colgado al cuello—, el mismo que ahora lo está acosando. ¿Fue ésa la razón que os llevó a salir de allí?

—No quiero que la muerte me salga al encuentro en estas tierras, y sí, por eso nos fuimos de su lado.

El danés me dedicó una sonrisa.

—Uhtred acabará sus días en Britania, amigo mío. Para eso ha ido el *jarl* Sigurd, para darle su merecido a ese hijo de mala madre.

También yo me llevé la mano al martillo.

—Que los dioses tengan a bien ayudarlo —dije, con unción.

—Muerto Uhtred —aseguró Frithof—, Mercia caerá en nuestras manos y, cuando Alfredo muera, también Wessex —añadió, sin dejar de sonreír—: ¿Cómo es posible que alguien quiera irse a Frisia cuando tales cosas están a punto de suceder?

—Echo de menos mi tierra —contesté.

—¡Levantad aquí vuestra casa! —replicó, tratando de disuadirme—. Uníos al *jarl* Sigurd y, en Wessex, dispondréis de tierras para dar y tomar, por no hablar de una docena de mujeres sajonas. ¡Viviríais como un rey!

—Pero antes tendría que acabar con Uhtred, ¿no es así? —pregunté, como si nada tuviera que ver conmigo.

Frithof echó mano a su amuleto de nuevo.

—Morirá —repuso, y no dudó al decirlo.

—Muchos han tratado de acabar con él —repliqué—, ¡hasta Ubba lo intentó!

—Ya, pero Uhtred nunca se ha enfrentado cara a cara con el *jarl* Sigurd —insistió—, ni tampoco con el *jarl* Cnut: su espada es tan rápida como la lengua de una serpiente. Os aseguro que Uhtred no saldrá bien parado.

—Todos hemos de morir algún día.

—Su muerte está cantada —me aclaró Frithof, quien, al ver el interés con que abordaba el asunto, se llevó la mano al martillo de nuevo—. Una bruja —me dijo— ha pronosticado su muerte.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Nadie lo sabe, salvo ella, me imagino, y así se lo dijo al *jarl*.

Sentí un súbito ataque de celos. ¿Acaso Erce había montado a Sigurd en plena noche como me había cabalgado a mí? Luego, me dio por pensar que lo mismo que Ælfadell había pronosticado mi muerte a Sigurd, a mí me había dicho que no había visto nada. O sea, que, o bien nos había mentado a uno de los dos, o Erce, por hermosa que fuera, poco tenía de diosa.

—El *jarl* Sigurd y el *jarl* Cnut plantarán cara a Uhtred —añadió Frithof— y, según dice la profecía, prevalecerán, Uhtred perderá la vida y Wessex caerá con él. Así que vais a perderos una ocasión magnífica, amigo mío.

—A lo mejor vuelvo por aquí dentro de un tiempo —contesté, pensando que quizás hubiera de regresar a Snotengaham algún día porque, si el sueño de Alfredo de unir todas las tierras donde se hablara inglés había de hacerse realidad, habría que expulsar a los daneses de aquella y de cualesquiera otras ciudades que ocupasen de allí a las lindes que nos separaban de los fieros escoceses.

Por la noche, cuando por fin cesaban las melopeas en las tabernas de la ciudad y los perros dejaban de ladrar, los encargados de vigilar los barcos se sentaban con nosotros junto a las hogueras y, de buen grado, aceptaban la comida y la cerveza que les ofrecíamos. Así pasamos tres noches, hasta que, al amanecer del cuarto día, eran los míos quienes cantaban mientras arrastraban a la *Hija de Tyr* por una rampa de leños hasta el río Trente.

Y flotó. Nos llevó un día lastrarla y otra media jornada más hasta que distribuimos las piedras de forma que bogase en condiciones, es decir, con la popa un poco hundida. Sabía que, como todo barco que se precie, haría agua pero, al caer la noche del segundo día en el río, no vimos ni rastro de humedad en las piedras que habíamos colocado como lastre. Frithof cumplió su palabra y se presentó con unos remos, y mis hombres lo llevaron río arriba unas cuantas millas antes de dar media vuelta y regresar, siempre a golpe de remo, al embarcadero. Arrumamos el mástil en un par de horquillas, trincamos la vela arrollada al mástil y amontonamos las pocas

pertenencias que llevábamos en el estrecho altillo de popa. Gasté las contadas monedas de plata que me quedaban en comprar una barrica de cerveza, dos barriles de pescado seco, pan tostado, un buen trozo de tocino y un enorme queso bien curado envuelto en cañamazo. Al atardecer, Frithof se presentó con una cabeza de pigargo, tallada en roble, para realizar la proa.

—Un detalle —me dijo.

—Sois una buena persona —reconocí, y lo decía de corazón.

Se quedó a ver cómo sus esclavos subían a bordo la cabeza esculpida.

—Que la *Hija de Tyr* os lleve a donde queréis —añadió, tocando el martillo que llevaba al cuello—, que los vientos os sean favorables y que la travesía os devuelva sano y salvo a vuestra tierra.

Dije a los esclavos que llevasen la cabeza a proa.

—Me habéis sido de gran ayuda —confesé a Frithof, con afecto sincero—, y me gustaría agradeceréoslo como corresponde —añadí, ofreciéndole un brazalete de plata, pero negó con la cabeza.

—No lo necesito —me dijo— y, sin duda, vos necesitaréis plata cuando lleguéis a Frisia. ¿Zarparéis por la mañana?

—Antes de mediodía —contesté.

—Me pasaré por aquí para deciros adiós —prometió.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a mar abierto? —le pregunté.

—Dos días —repuso—; una vez que dejéis atrás el Humbre, virad un poco hacia el norte para, así, evitar las costas de Anglia Oriental.

—¿No andan bien las cosas por esas latitudes?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Barcos en busca de presas fáciles. Eohric les da alas. Salid a mar abierto y seguid el rumbo que os he señalado —alzó la cabeza al cielo, donde no se veía ni una nube—. Si sigue el buen tiempo, llegaréis a casa dentro de cuatro días, cinco a lo sumo.

—¿Alguna noticia de Ceaster? —me interesé.

Me preocupaba que Sigurd se hubiera enterado de la celada que le había tendido y que ya estuviera de vuelta, pero Frithof me dijo que no sabía nada, de lo que deduje que Finan seguía dando esquinazo al *jarl* por los bosques y colinas que se extendían al sur de la antigua fortaleza romana.

Había luna llena aquella noche y los hombres que vigilaban los barcos se acercaron una vez más al embarcadero donde la *Hija de Tyr* permanecía amarrada al *Aventurero intrépido* con unas sogas de cáñamo. El astro se reflejaba en los remolinos del río. Ofrecimos cerveza a los guardianes, los entretuvimos con canciones y les contamos proezas diversas y esperamos. Con unas alas tan blancas como el humo, una lechuza nos pasó por encima; el rápido vuelo del ave nocturna me pareció un buen presagio.

Bien entrada la noche, cuando los perros ya habían dejado de ladrar, ordené a

Osferth que, con doce de los nuestros, se acercara a un almiar que se alzaba a medio camino de la ciudad.

—Traed tanto heno como podáis —le dije.

—¿Heno? —se sorprendió uno de los vigilantes.

—Para dormir —le aclaré, al tiempo que mandaba a Ludda que le rellenara el cuerno de cerveza.

Los vigilantes del lugar no parecían darse cuenta de que los míos no probaban la cerveza ni de lo intranquilos que estaban. Los dejé bebiendo y trepé a bordo del *Aventurero intrépido* para, de un salto, llegarme a nuestra nave, la *Hija de Tyr*, donde me pasé por la cabeza la cota de malla y me ceñí a *Hálito-de-serpiente* a la cintura. De uno en uno, mis hombres pasaron al barco y se dispusieron para la pelea, mientras Osferth y los suyos volvían con grandes brazadas de heno. Fue entonces cuando a uno de los cuatro vigilantes le dio por pensar que actuábamos de un modo singular.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó.

—Quemar vuestros barcos —le respondí, con una sonrisa de oreja a oreja.

Sin salir de su asombro, se me quedó mirando.

—¿Cómo?

Me hice con *Hálito-de-serpiente* y le pasé la punta de la hoja por debajo de la nariz.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —le aclaré, mientras ponía unos ojos como platos—. Tu señor intentó acabar conmigo —añadí—; sólo pretendo que no olvide que no consiguió su propósito.

Ordené a tres de los míos que se quedaran en el embarcadero sin perder de vista a los vigilantes, mientras los demás nos dedicábamos a lo nuestro en los barcos varados. Con las hachas, redujimos a astillas las bancadas de los remeros, y repartimos montones de heno y yesca en el interior de las naves panzudas. Yo mismo me encargué de colocar el montón más grande en el *Matarife marino*, el barco preferido de Cnut, que era el que estaba en el centro de aquella flota inmovilizada en tierra. Osferth y los seis que lo acompañaban no perdían de vista la ciudad, pero no observaron alboroto alguno en las puertas, de lo que deduje que debían de estar bien atrancadas por dentro. Aun cuando utilizamos maromas para retirar los pilotes que apuntalaban algunos de los barcos más alejados, que se vinieron al suelo con estrépito, en Snotengaham ni siquiera se enteraron del estruendo.

Rodeada de extensas propiedades que la separaban de Mercia, la ciudad se alzaba al norte de los territorios de Sigurd, protegida, más al norte, por las tierras amigas de Cnut. Quizá en toda Britania no hubiera una ciudad más segura frente a un posible ataque, razón por la que habían encallado los barcos en aquella localidad y por que Frithof sólo hubiera destinado a cuatro viejos medio lisiados para vigilarlos, ya que su misión no consistía en repeler un ataque —nadie pensaba que Snotengaham llegara a verse en tal situación—, sino para disuadir a los ladronzuelos de la madera o del carbón que se utilizaban en los braseros. Esparcimos los rescoldos entre los

barcos varados, y arrojé uno de aquellos braseros aún humeantes en la panza del *Matarife marino*.

Prendimos fuego a los otros barcos y regresamos al embarcadero.

Las llamas se elevaron con fuerza, decayeron en intensidad y volvieron a arder. No tardó en formarse un humo espeso. Hasta entonces, sólo se habían quemado el carbón y la yesca. Los tablones de roble de los barcos tardaron más en prender, hasta que, por fin, vi cómo se alzaban y se propagaban unas llamas vigorosas. Soplaba una brisa suave y caprichosa que, a veces, ahogaba el humo en el fuego donde, tras arremolinarse, volvía al aire nocturno. En medio de un calor abrasador, las llamas se afianzaron y fueron a más, licuando la brea, que caía a gotas. Las chispas saltaban por el aire. Más que crepitar, el fuego parecía trepidar.

Por entre las llamas del prado y el río, donde rielaba el fuego, Osferth llegó corriendo hasta la orilla al frente de los suyos. Una de las naves se precipitó al suelo; allí fueron a parar unos tablones en ascuas, que se avivaron bajo los cascos de los barcos apuntalados a sus costados.

—¡Ya están aquí! —me gritó.

—¿Cuántos?

—Seis o siete.

Me fui orilla arriba con diez de los míos, mientras Osferth prendía fuego a los barcos que aún estaban en el río. Acompasado por los chasquidos de los tablones que se quebraban, el crepitar de las llamas era ya un bramido. El *Matarife marino* ardía por los cuatro costados: su casco bien parecía una caldera. Cuando pasábamos a su lado, su larga quilla se partió en dos y se vino abajo con estruendo; las chispas saltaron por los aires; las llamas, que habían alcanzado una altura considerable, me permitieron atisbar a un grupo de desarrapados que llegaban a todo correr de la ciudad. No eran muchos, quizá no más de ocho o nueve; ni siquiera estaban vestidos en condiciones: sólo unas capas por encima de los jubones. Ninguno iba armado. Al verme, se detuvieron. Con razón, porque yo vestía cota de malla, yelmo y empuñaba a *Hálito-de-serpiente*. Su hoja era un puro espejo de las llamas. No dije ni media palabra. Permanecía de espaldas al fuego, que seguía rugiendo en mitad de la noche, de forma que no podían saber quién era. A la luz de las llamas, lo único que llegaron a atisbar fueron las siluetas de unos guerreros dispuestos para el combate, y se dieron media vuelta con intención de volver a la ciudad en busca de ayuda. Los refuerzos no tardaron en aparecer. Hombres armados se acercaban por el prado. A la luz vivida del fuego, vi los destellos de las espadas.

—¡Al embarcadero! —grité a los míos.

Volvimos, pues, al embarcadero, chamuscado por las llamas que lo cercaban.

—Osferth, ¿habéis prendido fuego a todos? —quise saber, interesándome por los barcos que estaban en el río, por todos menos la *Hija de Tyr* y el *Aventurero intrépido*, claro está.

—Todos están ardiendo —contestó.

—¡A bordo! —ordené.

Llevé a los míos a bordo de la *Hija de Tyr*, mientras que los vigilantes se escabullían del embarcadero, y, con un hacha, corté las maromas que mantenían amarrado al *Aventurero intrépido*. Los hombres de la ciudad pensaron que trataba de robar el barco de Sigurd, y aquellos que blandían un arma trataron de impedirlo. De un salto, me planté en la nave del danés y descargué el hacha para cortar la última sogas que, por la proa, la mantenía amarrada al embarcadero. Sujeta por una sola maroma, la embarcación se balanceaba y, del primer hachazo, sólo a medias cercené la cuerda de cáñamo. De un salto, uno de los hombres fue a parar a las bancadas de los remeros. Me lanzó un tajo con la espada que llevaba, pero la hoja chocó contra la cota de malla y le di una patada en la cara, mientras otros dos hombres saltaban ya desde el embarcadero. Uno de ellos calculó mal la jugada y fue a parar al río, entre el barco y la orilla, pero se las arregló para echar mano al borde superior del trancanil y allí se quedó colgando, mientras el otro cayó a mi lado, blandiendo una espada corta con la que me apuntaba a la barriga. Osferth había saltado desde nuestro barco para echarme una mano; mientras, con el hacha, yo desviaba la espada. El primero de los hombres que había saltado vino a por mí de nuevo, blandiendo la espada contra mis piernas, pero las tiras de hierro que reforzaban las botas de cuero que calzaba bastaron para parar el golpe. Al saltar, aquel hombre debía de haberse hecho daño, quizá se hubiera roto un tobillo, porque trastabillaba y le costaba lo suyo mantenerse en pie. Se giró para plantar cara a Osferth, que desvió el golpe antes de asestarle un tajo con su espada. Al segundo de los hombres que habían subido le entró miedo, ocasión que aproveché para obligarlo a retroceder y acabar arrojándolo por la borda. Descargué otro hachazo sobre la maroma tensada que, por fin, cedió. Cuando la nave se apartó de la orilla, casi perdí el equilibrio. El hombre que seguía colgado de la baranda se soltó. El que se había enfrentado con Osferth estaba en las últimas: se desangraba sobre las piedras de lastre.

—Os lo agradezco —dije a Osferth.

La corriente del río arrastraba nuestros dos barcos lejos del fuego, cada vez más intenso y reluciente, mientras el humo llegaba hasta el cielo y ocultaba las estrellas. Habíamos llevado yesca, carbón y la última brazada de heno al barco de Sigurd. Arrojé entonces el brasero y aguardé hasta ver cómo los rescoldos de carbón se convertían en llamas. Salté entonces al *Hija de Tyr*. Cortamos la sogas que nos mantenía amarrados al *Aventurero intrépido*. Doce de los míos ya estaban a los remos y separaron nuestro barco, más pequeño, del grande. Salté entonces a popa hasta la barra del timón y la llevé a un extremo con todas mis fuerzas para situar nuestra nave en el centro del río. En ese instante, desde la orilla, un hacha, en cuya hoja se reflejaba el resplandor de las llamas, voló por los aires y cayó al agua, inofensiva, a nuestras espaldas.

—¡Colocad la cabeza de pigargo en la proa! —ordené a los míos.

—¡Kjartan! —oí que gritaba Frithof, a lomos de un enorme caballo de guerra

negro que, a medio galope, cabalgaba por la orilla del río a nuestra altura. Uno de sus hombres había lanzado el hacha; en aquel momento, otro arrojó una lanza que acabó en el río—. ¡Kjartan!

—Mi nombre es Uhtred —repliqué—, ¡Uhtred de Bebbanburg!

—¿Cómo? —se sorprendió.

—¡Uhtred de Bebbanburg! ¡Saludad en mi nombre al *jarl* Sigurd!

—¡Seréis cabrón!

—¡Y decid a ese baboso a quien llamáis señor que no trate de matarme de nuevo!

Frithof y los suyos tuvieron que refrenar sus monturas: un afluente del Trente les cortaba el paso. Siguieron maldiciendo contra mí, pero, a cada golpe de remo, sus voces se fueron haciendo cada vez más débiles.

A nuestras espaldas, el cielo resplandecía a causa de las llamas que destruían la flota de Sigurd. No habíamos llegado a prender fuego a todos los barcos, y estaba seguro de que los hombres de Frithof librarían a un par de ellos, si no más, de aquel infierno que iluminaba la noche. Tratarían de venir a por nosotros, de ahí que detrás de nosotros hubiera prendido fuego también al *Aventurero intrépido*, que ardía a la deriva. Seguía el curso de la corriente mientras en la panza de su hermoso casco alargado se oía el crepitar de las llamas. Acabaría por hundirse y el humo que echaba se convertiría en vapor, y confiaba en que el pecio del barco bastase para atorar el canal. Dedicué un saludo de despedida a Frithof y me eché a reír. Cuando se enterara de la treta que le había gastado, Sigurd se pondría fuera de sí. Aunque bien mirado, con su preciosa flota reducida a cenizas, no se trataba sólo de un ardid, sino que había quedado como un necio.

A nuestras espaldas, el río resplandecía con trémulos tonos rojizos mientras, ante nosotros, la luz de la luna rielaba sobre el agua. La corriente nos arrastraba con rapidez, y sólo hube de recurrir a media docena de remeros para mantener el rumbo. Bordeé las riberas de los recodos del río, manteniéndome donde el caudal era más profundo, atento siempre al inquietante rechinar de nuestra quilla contra el fango, pero los dioses estaban de nuestra parte y el barco no tardó en alejarse de aquel vivo arbol que indicaba dónde estaba Snotengaham. Tal y como había pensado a la hora de comprar una nave para huir de allí, nos desplazábamos más deprisa que a caballo y ya sacábamos un buen trecho a los barcos que pudieran tratar de seguirnos.

Durante un buen rato, el *Aventurero intrépido* no se separó de nuestra popa, pero, al cabo de una hora más o menos, se detuvo aunque, en las orillas del río, aún se distinguía el resplandor de las llamas que lo devoraban. Al cabo de un rato, éste también se extinguió y, con la esperanza de que el pecio cegase el canal, me imaginé que se habría ido a pique. Seguimos río adelante.

—¿Qué hemos sacado en limpio, mi señor? —me pregunto Osferth, que se había acercado a la estrecha cubierta que se alzaba en la popa de la *Hija de Tyr*, donde yo estaba.

—Que Sigurd parezca un estúpido —repuse.

—No creo que sea un necio.

Sabía que Osferth no estaba de acuerdo con lo que habíamos hecho. No era un cobarde, pero, al igual que su padre, pensaba que la guerra ayudaba a desarrollar la inteligencia y que, dejándose guiar por la razón, un hombre podía alcanzar la victoria. La guerra, sin embargo, casi siempre tiene más que ver con impulsos.

—Pretendo que los daneses nos tengan miedo —le aclaré.

—Ya se lo inspirábamos.

—A partir de hoy, nos temerán más —añadí—. Ningún danés se atreverá a atacar Mercia o Wessex con la tranquilidad de que sus posesiones están a buen recaudo. Les hemos demostrado que podemos adentrarnos en sus tierras cuando nos venga en gana.

—O hemos agitado los demonios que los lleven a tomarse la revancha.

—¿Os preocupa que vayan a vengarse? —le pregunté—, ¿acaso pensáis que entra dentro de sus cálculos el que podamos vivir en paz?

—Temo que se ceben con Mercia —contestó—. Incursiones de castigo.

—A estas alturas, Bucingahamm ya estará arrasado —le expliqué—; antes de partir, les dije a todos que abandonasen aquellas tierras y se fueran a Lundene.

—¿Eso les dijisteis? —me preguntó sorprendido, antes de torcer el gesto—. En ese caso, la hacienda de Beornnoth habrá sido también pasto de las llamas.

Solté una carcajada y pasé la mano por la cadena de plata que Osferth llevaba al cuello.

—¿Os apostáis esta cadena? —le propuse.

—¿Por qué Sigurd no habría de quemar la hacienda de Beornnoth? —me preguntó.

—Porque Beornnoth y su hijo son vasallos de Sigurd —le expliqué.

—¿Beornnoth y Beortsig?

Asentí. Carecía de pruebas para afirmarlo con rotundidad; tan sólo albergaba sospechas por cuanto nada había pasado en las tierras de Beornnoth, tan cerca de aquellos territorios de Mercia que estaban en manos de los daneses, y me daba en la nariz que había algún acuerdo por medio. Sospechaba que Beornnoth, demasiado viejo para los sobresaltos que supone un enfrentamiento continuado, había firmado algún acuerdo de paz; en lo tocante a su hijo, Beortsig era un hombre amargado y lleno de resentimiento contra los sajones del oeste, quienes, según su forma de ver las cosas, habían arrebatado a Mercia su independencia.

—No estoy en condiciones de demostrároslo —continué—, pero llegará el día en que pueda hacerlo.

—Aun así, mi señor —insistió, puntilloso, apuntando al resplandor mortecino que todavía se divisaba en el cielo—, ¿qué hemos sacado en limpio?

—¿Aparte de sacar de quicio a Sigurd? —le pregunté, mientras me apoyaba en el gobernalle para dejar atrás un largo recodo del río. Por el este, el cielo estaba encendido: unas pequeñas nubes resplandecían delante de un sol que se desperezaba.

Unas reses nos miraban al pasar—. Durante toda mi vida, vuestro padre —le dije, aun a sabiendas de que esas dos palabras lo irritarían— ha mantenido a raya a los daneses. Wessex es hoy una fortaleza. Pero de sobra sabéis cuál es el propósito que guía a vuestro padre.

—Que todas las tierras de los ingleses sean una.

—Y para conseguirlo, no basta con erigir una fortaleza. No podemos derrotar a los daneses a fuerza de defendernos de ellos. Hay que atacarlos. Algo que vuestro padre no ha hecho jamás.

—Envió barcos a Anglia Oriental —repuso Osferth, molesto.

No le faltaba razón. En cierta ocasión, Alfredo había enviado una flota a Anglia Oriental para dar su merecido a unos daneses de Eohric que habían saqueado Wessex. Pero aquella expedición sirvió de poco. Con sus quillas de gran calado, los barcos de los sajones del oeste no podían adentrarse en los ríos. Los de Eohric se retiraron a aguas poco profundas y la flota de Alfredo, que había zarpado con un único propósito, hubo de abandonar el lugar a golpe de remo y con las manos vacías. Con todo, la advertencia había bastado para convencer al rey de Anglia Oriental de que más le valía avenirse a firmar un tratado entre ambos reinos.

—Si queremos unir a todos los sajones —continué—, no será con barcos, sino con muros de escudos, lanzas, espadas y gran carnicería.

—Y con la ayuda de Dios —añadió Osferth.

—Sea —concedí—. Vuestro hermano lo sabe, igual que vuestra hermana. Habrán de dar con alguien que quiera ponerse al frente de ese muro de escudos.

—Vos.

—Nosotros, más bien. Para eso hemos quemado la flota de Sigurd, para que Wessex y Mercia sepan quiénes están en condiciones de hacerlo —concluí con una sonrisa en los labios y dándole una palmada en el hombro—. Estoy cansado de que me llamen «el escudo de Mercia», cuando mi aspiración no es otra que convertirme en la espada de los sajones.

Si aún seguía con vida, Alfredo estaba en las últimas. Y había hecho mía su ambición.

Retiramos la cabeza del pigargo de la proa para que no nos tomasen por una nave hostil y, bajo el sol que ya apuntaba en el cielo, cruzamos Inglaterra.

* * *

Había estado en la tierra de donde procedían los daneses y me había parecido un lugar de suelos arenosos y yermos. Aunque me imaginaba que dispondrían de lugares mejores que los que tuve ocasión de ver, estoy seguro de que ninguno era tan espléndido como aquellos por donde, sigilosa, discurría la *Hija de Tyr* en aquel

momento. Siguiendo el río, dejábamos atrás campos feraces y bosques frondosos. Las ramas de los sauces se mecían a merced de la corriente. Unas nutrias retozaban en el agua, realizando sinuosos movimientos para alejarse de la sombra del casco de nuestra nave. Los trinos de las currucas atronaban las orillas, donde los primeros martines pescadores picoteaban en el fango para construir sus nidos. Con las alas erizadas, un cisne cantó a nuestro paso, y los hombres imitaron aquel sonido que les pareció divertido. En los prados, que parecían amarillos, tan cuajados de narcisos silvestres estaban, los árboles reverdecían entre jacintos que se perdían en los bosques que dejábamos atrás. Tal era la razón de que los daneses hubieran puesto los ojos en aquellos parajes: la tierra, que no la plata o los esclavos, ni siquiera la fama que pudieran ganar, sino una tierra agradecida, generosa y fecunda, donde las cosechas salían adelante y un hombre podía alimentar a los suyos sin temor a que muriesen de hambre. Unos niños que escardaban rastros interrumpieron su quehacer y nos dirigieron un saludo con la mano. Vi por doquier caseríos y pueblos, manadas y rebaños, y entendí cuál era la verdadera razón de que aquellos hombres se aventurasen a cruzar el mar.

Permanecemos atentos por si venían a por nosotros, pero no vimos a nadie. Íbamos a remo, procurando no cansar a los hombres en demasía, recurriendo sólo a media docena de palas a cada costado de la nave, las necesarias para que se deslizase con ligereza río abajo. Los peces saltaban fuera del agua para cebarse en las nubes de cachipollas que se arremolinaban en el río; largas hierbas se mecían en el fondo. Cuando dejamos atrás Gegnesburh, recordé la ocasión en que Ragnar había acabado con un monje de aquella localidad. Por otra parte, allí se había criado la mujer de Alfredo, antes de que llegasen los daneses y se apoderaran de la ciudad. Aunque en pésimas condiciones, una muralla y una empalizada rodeaban el pueblo. Poco quedaba de los troncos de roble de las defensas de madera, aprovechados sin duda por los nuevos habitantes para levantar sus casas. En cuanto a la muralla de adobe, había acabado por derrumbarse en la zanja que la rodeaba y nuevas construcciones se alzaban en el borde exterior. A los daneses, esas cosas les traían sin cuidado. Se sentían a salvo. Si después del tiempo que llevaban allí, toda una vida, nadie los había atacado nunca, lo más seguro era que las cosas siguieran igual. Los hombres nos saludaban al pasar. Naves mercantes, lentas y panzudas, fueron las únicas que vi atracadas en el embarcadero. Y me pregunté si también le habrían puesto un nombre danés a la ciudad de Gegnesburh. No habíamos salido de Mercia, pero estaba claro que aquellos parajes ya eran territorio danés.

Remamos durante todo el día hasta que, a eso del anochecer, llegamos al estuario del Humbre donde, no menos oscuro que el sol que se ocultaba a nuestras espaldas, el mar se abría ante nosotros. Colocamos el mástil en su sitio, tarea que requirió todas las fuerzas que pudieron reunir los míos, tensamos las jarcias que lo fijaban a los costados de la nave, aseguramos la verga y nos hicimos a la mar. Un viento del sudoeste hinchó la vela de lana y lienzo. Con un crujido los aparejos se tensaron, la

nave se escoró y sentí el envite de las primeras olas; noté cómo la *Hija de Tyr* se estremecía al sentir aquellas primeras caricias. Nos pusimos a los remos con todas nuestras fuerzas y franqueamos la barra de la corriente entrante, manteniéndonos rumbo al este, hacia las sombras de la noche. Echamos mano de remos y de vela para hacer frente a aquella corriente que, poco a poco, fue perdiendo fuerza hasta que salimos a un mar que se ensanchaba, moteado de manchas blancas a esa hora crepuscular, que no eran sino las olas que rompían cuando el río salía a su encuentro. Seguimos adelante y, cuando dejamos atrás las marismas, vi que no nos seguía ningún barco y sentí cómo la quilla tajaba las olas en mar abierto.

Al anoecer, la mayoría de los barcos buscan refugio en la costa. El jefe de la embarcación otea una ensenada y allí pasan la noche. Nosotros, en cambio, seguimos remando hacia el este y, cuando por fin se hizo de noche del todo, recogimos los remos y nos dejamos llevar por el viento. La nave cumplió su cometido a la perfección. En mitad de la oscuridad, puse rumbo sur y me quedé dormido hasta el amanecer. No me pareció que nos siguiera nave alguna y, desde luego, pasamos desapercibidos a ojos de la flota de Anglia Oriental mientras nos dirigíamos al sur.

Estábamos en aguas conocidas. Al hacerse de día, bajo un sol esplendoroso, nos aventuramos a bordear la costa hasta que di con un sitio para orientarme. Dos barcos pasaron cerca, pero nos dejaron de lado, y nosotros seguimos adelante, sorteamos las marismas de Fughelness y nos adentramos en el Temes. Los dioses habían velado por nosotros: nada había perturbado los días y las noches que pasamos en el mar, y llegamos a Lundene.

* * *

Llevé a la *Hija de Tyr* hasta el muelle que se alzaba a los pies de la que había sido mi residencia en la ciudad, la casa donde Gisela había fallecido, un lugar al que pensaba que no habría de volver nunca. Me acordé de Ælfadell y de su siniestra profecía de que todas mis mujeres morirían, pero me consolé pensando que, si la hechicera nada había dicho acerca del fuego que acabaría por destruir la flota de Sigurd, ¿cómo iba a saber nada acerca del destino que esperaba a mis mujeres?

A los que se habían quedado en Buccinghamm les había dicho que debían esperar un ataque en cualquier momento, y les ordené que fueran al sur y buscasen cobijo tras los muros de Lundene. Había imaginado que Sigunn saldría a recibirme a las puertas de la casa, que incluso allí estaría Finan, una vez concluida su maniobra de distracción en Ceaster, pero, al dar las últimas paladas para acostar la nave al embarcadero, me dio la sensación de que allí no había nadie. Los hombres saltaron a tierra con los cabos en la mano. Escuché el estruendo de los remos en las bancadas. En ese momento, se abrió la puerta de la casa y un cura salió a la entrada.

—¡No podéis atracar la nave aquí! —me dijo a voces.

—¿Quién sois? —le pregunté.

—Esto es una residencia particular —dijo, sin responder a mi pregunta.

Era un hombre enjuto de edad mediana, gesto adusto y la cara picada de viruelas. Vestía una sotana larga, impoluta, de la mejor lana, y lucía un cuidado corte de pelo. No era un cura de tantos: su atuendo y su forma de comportarse eran los propios de alguien que goza de privilegios.

—Encontraréis un muelle más abajo —añadió, señalando a algún punto por el este.

—¿Quién sois? —volví a preguntarle.

—La persona que os está diciendo que busquéis otro sitio donde amarrar vuestra nave —contestó en mal tono, sin inmutarse cuando salté al embarcadero y me fui hacia él—. De lo contrario, diré que se lleven el barco y, cuando vayáis a recogerlo, tendréis que pagar.

—Vengo cansado, y no pienso mover la embarcación de donde la he dejado.

En ese momento, olfateé el hedor tan característico de Lundene, esa mezcla inconfundible de humo e inmundicia, y recordé la lavanda que Gisela solía esparcir por las baldosas del suelo. Aquel recuerdo me provocó una punzada de dolor, de ausencia. A ella le encantaba aquella mansión, construida en tiempos de los romanos; aquellas estancias que daban a un gran patio interior y la cámara principal que miraba al río.

—No podéis entrar ahí —dijo el cura con aspereza, cuando seguí adelante como si no estuviera—. Es la residencia de Plegmund.

—¿Plegmund? —pregunté sorprendido—. ¿Así se llama el hombre que está al frente de la guarnición de la ciudad?

La casa era la residencia del oficial al mando de la tropa que defendía Lundene, cargo en el que me había sucedido un sajón del oeste, de nombre Weohstan, buen amigo mío, que no dudaría en acogerme bajo su techo.

—Es la casa que Alfredo ha puesto a disposición del arzobispo —me explicó el cura.

—¿Arzobispo? —pregunté, más sorprendido si cabe. Por lo visto, Plegmund, un hombre de Mercia, muy devoto y amigo de Alfredo, era el nuevo arzobispo de Contwaraburg y, por ende, el dueño de una de las casas más preciosas de Lundene—. ¿Ha venido una joven por aquí —me interesé—, o quizás un irlandés, un guerrero?

El cura se puso pálido. Debió de recordar en aquel momento que Sigunn o Finan, o quién sabe si los dos, habían pasado por allí, y aquel recuerdo le llevó a caer en la cuenta de con quién estaba hablando.

—¿Sois Uhtred? —me preguntó.

—En efecto, soy Uhtred —contesté, al tiempo que abría la puerta de par en par.

La estancia alargada, tan acogedora cuando Gisela estaba al frente de la casa, se había convertido en el aposento donde unos monjes copiaban manuscritos. Había seis

pupitres altos, repletos de tinteros, plumas y pergaminos. Dos clérigos ocupaban dos de los estrados. Uno escribía, copiando de un manuscrito; el otro, con una regla y un punzón punteaba líneas en un pergamino en blanco, trazado que servía de ayuda para que el escribano no se torciera al copiar. Intranquilos, los dos se me quedaron mirando, antes de volver a lo suyo.

—¿De modo que una muchacha pasó por aquí? —pregunté al cura—. Me refiero a una chica danesa, menuda y preciosa, que, supongo, vendría acompañada por una escolta de media docena de guerreros.

—Pues sí —respondió, sin saber cómo salir de aquel aprieto.

—¿Y qué pasó?

—Pues que se fue a una posada —dijo todo corrido, lo que significaba que le había dado con la puerta en las narices.

—¿Dónde anda Weohstan? —le pregunté.

—Dispone de unas dependencias junto a la iglesia colegial de la ciudad.

—¿Y Plegmund? ¿Está aquí, en Lundene?

—El arzobispo está en Contwaraburg.

—¿Cuántos barcos tiene? —pregunté.

—Ninguno —respondió el cura.

—En tal caso, no necesita el maldito embarcadero, ¿no es así? Así que mi barco se quedará donde está hasta que lo venda y, si se os ocurre tocarlo, cura, si os atrevéis a rozarlo con uno de vuestros repugnantes dedos, si os da por avisar para que se lo lleven, seré yo quien os lleve al mar, donde os enseñaré a ser como Cristo.

—¿Como el Señor? —se sorprendió.

—¿Acaso no andaba por el agua?

Aquella discusión tan tonta bastó para desalentarme, por cuanto era un recordatorio de cómo la Iglesia había hundido sus desabridas garras en el Wessex de Alfredo. Por lo visto, el rey había cedido a Plegmund y a Werferth, obispo de Wygraceaster al parecer, la mitad de los derechos de los muelles de Lundene. Alfredo quería que la Iglesia fuera rica, que sus obispos fueran hombres poderosos porque a ellos había fiado la implantación y el cumplimiento de las leyes que había dictado y, si yo pusiese mi granito de arena para que la zarpa de Wessex se extendiera por el norte, obispos, curas, monjes y monjas sacarían tajada de la situación e impondrían sus normas siniestras. En aquel momento, sin embargo, y pensando en Etelfleda, que estaba en Wintanceaster, no tenía otra salida. Fue Weohstan quien así me lo hizo ver.

—El rey quiere a toda su familia cerca cuando le llegue la hora de la muerte —me dijo, apesadumbrado. Weohstan era un sajón del oeste de carácter flemático, calvo y medio desdentado, que estaba al mando de la guarnición de Lundene. La ciudad se alzaba en territorio de Mercia, pero Alfredo había conseguido que todos aquellos que pintaban algo fueran personas leales a Wessex, y Weohstan era un buen hombre, carente de imaginación, pero eficiente—. Lo peor es que necesito dinero para apuntalar las murallas, y no me lo van a dar —rezongó—; prefieren enviarlo

alegremente a Roma para que el papa siga bañándose en cerveza antes que ocuparse de la muralla.

—Siempre podéis robarlo —le comenté.

—El caso es que hace meses que no hemos visto a un danés por aquí —me contestó.

—Habréis visto a Sigunn —le dije.

—Una muchacha preciosa —afirmó, dedicándome una sonrisa con aquella boca medio desdentada.

Weohstan la había acogido hasta mi vuelta. Por lo visto, nada sabía de Bucingahamm, pero sospechaba que tanto el caserío como los establos y los graneros se habrían convertido en ruinas humeantes en cuanto Sigurd hubiera regresado de sus correrías por Ceaster.

Con una sonrisa de oreja a oreja y ávido de ponerme al día, Finan llegó dos días después.

—Sigurd bailó al son que nosotros tocábamos —me contó—, hasta el punto de que tuvo que vérselas con los galeses.

—¿Y Haesten?

—¿A quién le importa?

Finan me contó cómo Merewalh y él se habían retirado a unos bosques intrincados que había al sur de la fortaleza y cómo Sigurd y los suyos los habían seguido.

—¡Cielos, puso tanto empeño! Envió jinetes en nuestra busca hasta por doce sendas diferentes, y tendimos una celada a una de aquellas partidas.

Me entregó una bolsa repleta de plata, la que habían arrebatado a aquellos que habían liquidado al pie de unos robles. Enfurecido, Sigurd se volvió más cauteloso y envió hombres al oeste y al sur para rodear a presa tan escurridiza, pero lo único que consiguió fue irritar a los galeses, pueblo susceptible donde los haya, y de las colinas bajó una horda de feroces guerreros galeses, dispuestos a acabar con los hombres del norte. Sigurd había formado un muro de escudos y consiguió repeler el ataque cuando, de forma inesperada, se retiró hacia el norte.

—Debió de ser cuando se enteró de lo que había pasado con sus barcos —le dije.

—¡Pobre hombre! ¡Un duro golpe! —contestó Finan, encantado.

—Tan pobre como yo —le aseguré.

Lo más probable es que hubieran arrasado Bucingahamm, o sea que poco podía sacarse de aquellas tierras. Las familias de los míos estaban en Lundene, y no me quedó otra que desprenderme de la *Hija de Tyr* a un precio irrisorio. Etefleda tampoco podía echarme una mano: estaba en Wintanceaster, junto a su padre enfermo, con su marido. Me envió una carta insustancial, incluso desabrida, lo que me llevó a pensar que estaba al tanto de que le leían la correspondencia. Como le había hablado de mi carencia de recursos, en la misiva me aconsejaba que fuera a una de las propiedades que estaban a su nombre en el valle del Temes. El intendente de

aquella hacienda era un hombre que había luchado conmigo en Beamfleot, así que, por fin, di con alguien que se alegrara de verme. Mutilado de resultas de aquel combate, podía caminar con ayuda de una muleta y se las componía para montar a caballo. Me prestó dinero. Ludda seguía a mi lado. Le dije que le pagaría por sus servicios en cuanto fuera rico de nuevo, que podía irse si lo deseaba, pero me respondió que prefería quedarse conmigo. Estaba aprendiendo el manejo del escudo y la espada, y yo estaba encantado de que me acompañara. Tras pensar que mejor les iría al servicio de otro, dos de los frisios decidieron irse y los dejé marchar. Mi situación era tan apurada como la de Haesten: mis hombres se preguntaban si no habrían hecho mal en ponerse a mi servicio.

Y, cuando el verano casi tocaba a su fin, Sihtric regresó.

Capítulo V

Cazando y merodeando, pasamos el verano. Nunca es deseable que los hombres estén mucho tiempo mano sobre mano, de modo que, con la plata que me habían prestado, compré unos caballos y nos fuimos al norte hasta los límites de las propiedades de Sigurd. Aunque no íbamos buscando pelea, si el danés se enteró de que andábamos cerca, no hizo nada, por miedo quizá de otra encerrona que acabara en un vano enfrentamiento con galeses aguerridos. No disponía de hombres para plantar cara a Sigurd. Desplegué el pendón y todo, pero sólo por fanfarronear.

Haesten seguía en Ceaster aunque, desde la primavera, las tropas que estaban a sus órdenes se habían quintuplicado. Los refuerzos no eran hombres leales a su persona, sino vasallos de Sigurd y de su aliado Cnut el Espadón, y habían llegado en número suficiente para vigilar el perímetro de las murallas de la antigua fortaleza. Los escudos colgaban en la empalizada; en la puerta sur del fortín, ondeaban los pendones. El estandarte del cuervo volador de Sigurd se desplegaba junto al de Cnut, un hacha y una cruz hecha pedazos. No vi el estandarte de Haesten, de lo que deduje que había prestado juramento de lealtad a uno de los dos señores de la guerra.

Merewalh estimaba que habría unos mil hombres tras los muros de la fortaleza.

—Salen para provocarnos —me informó—. Está claro que buscan el enfrentamiento.

—¿Y no les habéis dado ni siquiera una oportunidad?

Negó con la cabeza. Sólo disponía de ciento cincuenta guerreros, de modo que, cada vez que la guarnición de Ceaster hacía una salida, ellos se retiraban.

—No sé cuánto tiempo podremos aguantar así —admitió.

—¿Habéis solicitado refuerzos a lord Etelredo?

—Claro —contestó, con un gesto de desesperación.

—¿Y cuál ha sido su respuesta?

—Que nos limitemos a vigilar sus movimientos —repuso Merewalh, enojado.

Etelredo disponía de hombres como para iniciar una guerra. Podía haber tomado Ceaster cuando hubiese querido. Aun así, no hizo nada.

Como en la ocasión anterior, desplegué mi estandarte con la cabeza del lobo para hacerles saber que había vuelto a las andadas. Y como la vez anterior, Haesten se sintió picado por la curiosidad. A solas, aunque seguido de una docena de hombres cuando menos, con las manos vacías y una sonrisa en los labios, se acercó a mí.

—Magnífico engaño, amigo mío —me felicitó.

—¿Eso pensáis?

—Al *jarl* Sigurd no le hizo ninguna gracia. Había venido para echarme una mano, ¡y no se os ocurre nada mejor que quemarle la flota! No está muy contento, no.

—No era ésa mi intención.

—Ha jurado que acabará con vos.

—Igual que vos en cierta ocasión.

—Siempre cumplo mi palabra —replicó.

—La quebrantáis con la misma tranquilidad con que un niño atolondrado rompe huevos —respondí, tratando de enojarlo—. Decidme, ¿ante cuál de los dos os habéis arrodillado? ¿Ante Sigurd, quizá?

—Así es —me confirmó—. A cambio, me ha enviado a su hijo y a setecientos guerreros —añadió, señalando a los hombres que venían con él, entre quienes descubrí la mirada torva de Sigurd Sigurdson, que no me quitaba los ojos de encima.

—Vamos a ver: ¿quién manda aquí, vos o el muchacho? —le pregunté.

—Por supuesto que yo —repuso—. Mi cometido consiste en inculcarle un poco de sentido común.

—¿Y Sigurd se fía de vos para tal encargo? —me extrañé. Haesten tuvo la genial ocurrencia de reírme la gracia aunque, por encima de mis espaldas, no perdía de vista la arboleda, tratando de saber cuántos hombres venían conmigo para echar una mano a Merewalh—. En número suficiente para dar buena cuenta de vos —añadí como respuesta a su muda pregunta.

—No lo creo —replicó muy convencido—. De ser así, ya os habríais enzarzado en una pelea, y no estaríais aquí hablando.

No le faltaba razón.

—¿Qué os ha prometido Sigurd a cambio de vuestra lealtad? —le pregunté.

—Mercia —me contestó.

Entonces fui yo quien le rio la gracia.

—¿Mercia? ¿Qué será de Wessex?

—Eso es cosa de Sigurd y Cnut —me contestó, altivo, antes de añadir con una sonrisa—: ¿Quién sabe? ¿Vos quizá? Creo que si os arrastráis ante él, lord Uhtred, el *jarl* Sigurd tendrá a bien perdonaros. Creo que prefiere que estéis de su lado a teneros en frente.

—Decidle que yo prefiero matarlo —repuse, al tiempo que me hacía con las riendas del caballo—. Por cierto, ¿cómo está vuestra esposa?

—Brunna está muy bien —contestó, sorprendido al escuchar semejante pregunta.

—¿Sigue siendo cristiana? —le pregunté.

Brunna había recibido el bautismo, aunque mucho me temía que aquella comedia no había sido sino un ejercicio de cinismo por parte de Haesten para ahuyentar las dudas que pudiera albergar Alfredo en cuanto a él.

—Cree en el dios de los cristianos —repuso Haesten, molesto—. Todo el día le está pidiendo cosas.

—Confío en que le depare una buena viudedad —le dije, antes de darme media vuelta, momento en el que un hombre me gritó algo. Me volví, y vi que Sigurd Sigurdson espoleaba su montura para llegarse hasta mí.

—¡Uhtred! —me llamaba a voces.

Obligué al caballo a detenerse, me giré y esperé.

—¡Enfrentaos conmigo! —gritó, saltando de la silla y empuñando la espada.

—¡Sigurd! —le advirtió Haesten.

—¡Soy Sigurd Sigurdson! —clamó el mocosito, espada en mano, lanzándome una mirada aviesa.

—No es el momento —intervino Haesten.

—Haced caso a vuestra niñera —recomendé al muchacho, que me embistió con la espada. Esquivé el envite con el pie derecho, de modo que la hoja fue a estrellarse contra el estribo.

—¡No! —gritó Haesten.

Sigurd me lanzó un escupitajo.

—Sois viejo y estáis muerto de miedo —volvió a escupirme, y alzó la voz—. ¡Que todo el mundo sepa que Uhtred salió con el rabo entre las piernas por no tener que vérselas con Sigurd Sigurdson!

Estaba ansioso; era joven, con la misma cabeza que un chorlito. Era un muchachote fornido, que manejaba bien la espada, pero tanto arrebató mermaba su destreza. Quería la fama a cualquier precio, y recordé cómo la había deseado yo cuando tenía su edad y cómo los dioses habían velado por mí. ¿Mirarían tanto por Sigurd Sigurdson? No dije ni media palabra, pero retiré los pies de los estribos y me bajé de la silla de mi montura. Sin prisas, me hice con *Hálito-de-serpiente*, al tiempo que dedicaba una sonrisa al muchacho y veía cómo la primera sombra de una duda recorría su rostro belicoso.

—¡Basta, os lo ruego! —gritó Haesten.

Al igual que los míos, también los hombres que lo acompañaban se habían acercado.

Extendí los brazos, como si invitase a Sigurd a que me atacara. Dudó un momento, pero era él quien me había desafiado y, si no se enfrentaba conmigo, todos lo tendrían por un cobarde, algo que no le cabía en la cabeza, de modo que se abalanzó contra mí. Movié la hoja con rapidez inusitada, y paré el golpe, aunque me sorprendió lo rápido que era. Le di un empujón con la mano que tenía libre y el chico retrocedió. Embistió de nuevo, con mayor ferocidad si cabe, y también paré el golpe. Limitándome a defenderme, dejé que siguiese atacándome, y tanta pasividad por mi parte lo sacó de quicio. Había sido instruido en el manejo de la espada, pero había olvidado lo referente a cómo dominar los impulsos. Embestía a ciegas, lanzando golpes fáciles de parar. Oí a los hombres de Haesten que le aconsejaban:

—¡Id de frente!

—Pelead conmigo —gritaba el chico, y atacaba de nuevo.

—¡Cachorrito! —le dije, al ver que estaba a punto de echarse a llorar ante tamaña frustración.

Entonces me dirigió una cuchillada a la cabeza. Escuché cómo la hoja cortaba el aire estival, me eché hacia atrás y la punta de la espada me pasó por delante de los ojos. Di un paso adelante, lo empujé de nuevo con la mano que tenía libre, pero, en esta ocasión, le puse la zancadilla por detrás de su pie izquierdo y se fue al suelo

como un buey desjarretado. Le planté entonces la punta de *Hálito-de-serpiente* en el cuello.

—Haceos un hombre antes de enfrentaros conmigo —le advertí. No dejaba de retorcerse, pero se quedó muy quieto al notar cómo le hundía la punta de la espada en el cuello—. Hoy no es el día en que hayáis de morir, Sigurd Sigurdson —le dije—. Soltad la espada.

Emitió una especie de graznido.

—Soltad la espada —repetí en mal tono, y entonces me hizo caso—. ¿Era el regalo que habíais pensado para vuestro padre? —le pregunté. No respondió—. No es el día en que hayáis de morir —le insistí—, pero sí un día que me gustaría que no olvidaseis nunca: el día en que os atrevisteis a desafiar a Uhtred de Bebbanburg —le aguanté la mirada durante unos segundos y, a continuación, recurrí a *Hálito-de-serpiente*, utilicé sólo la muñeca, ni siquiera el brazo, de forma que, con la punta de la espada, le hice un tajo en la mano con que empuñaba la espada. Al ver la sangre que brotaba, se acobardó. Luego, di un paso atrás, me agaché y me hice con la espada—. Contad a su padre que hoy he perdonado la vida a su cachorro —me dirigí a Haesten. Limpié la punta de *Hálito-de-serpiente* en el borde de mi capa, arrojé la espada de aquel mocoso a Oswi, mi criado, y de un salto, volví a acomodarme en la silla de mi montura, mientras Sigurd Sigurdson se acariciaba la mano herida—. Transmitid mis saludos a vuestro padre —me despedí, y espoleé mi caballo, mientras me parecía oír un suspiro de alivio por parte de Haesten al ver que el chico seguía con vida.

¿Que por qué lo dejé vivir? Porque no merecía la pena matarlo. Buscaba la forma de provocar a su padre, y la muerte del muchacho habría sido una razón de peso, pero no disponía de hombres suficientes como para sostener una contienda con Sigurd. Para eso, antes tenía que contar con las tropas de los sajones del oeste, tenía que esperar a estar preparado, que Wessex y Mercia unieran sus fuerzas. Tal fue la razón de que Sigurd Sigurdson siguiera con vida aquel día.

Tampoco nos quedamos en Ceaster. No contábamos con los guerreros necesarios para tomar la antigua fortaleza y, cuanto más tiempo nos quedáramos allí, más probabilidades había de que Sigurd apareciese con sus hordas, así que dejamos a Merewalh dedicado a sus labores de vigilancia y regresamos a la hacienda de Etelfleda en el valle del Temes, desde donde envié un mensaje a Alfredo para advertirle de que Haesten había prestado lealtad a Sigurd y de que Ceaster estaba bien defendida. Sabía que Alfredo estaría tan enfermo que poco habría de importarle la noticia, pero supuse que a Eduardo o al consejo del rey, el *witan*, les gustaría estar al tanto del asunto. No obtuve respuesta. El verano dejó paso al otoño, y el silencio de Wintanceaster empezaba a preocuparme. Por algunos viajeros, supimos que el rey estaba al límite de sus fuerzas, que apenas si se levantaba de la cama y que estaba atendido por su familia. Tampoco sabía nada de Etelfleda.

—Por lo menos, podía daros las gracias por haber desenmascarado a Eohric —se lamentó Finan una noche. Se refería a Alfredo, claro.

—Seguro que no le hizo ninguna gracia —repuse.

—¿Qué, que siguierais con vida?

Esboqué una sonrisa.

—Que el tratado no se concluyese.

Enfurrñado, Finan se quedó mirando el suelo de la estancia. No habíamos encendido el fuego del hogar porque hacía calor. Sentados, los hombres guardaban silencio; los perros estaban tumbados en los juncos.

—Necesitamos plata —prosiguió Finan, de malhumor.

—Lo sé.

¿Cómo había llegado a andar tan corto de recursos? Había gastado casi todo el dinero que tenía en aquella expedición al norte en busca de Ælfadell y en la encerrona de Snotengahamm. Todavía me quedaba algo de plata, pero poca en realidad para satisfacer mi ambición, que no era otra que recuperar Bebbanburg, la gran fortaleza a orillas del mar, y para eso necesitaba hombres, barcos, armas, víveres y tiempo, una fortuna en realidad, cuando lo cierto era que estaba viviendo de prestado en un astroso caserío al sur de Mercia. Vivía de la caridad de Etelfleda y, al no recibir ni una carta de ella, se me antojaba que las cosas no iban bien. Me imaginaba que todo se debía a la funesta influencia de su familia y de esos curas entrometidos, siempre dispuestos a decirnos cómo debemos comportarnos.

—Alfredo no se merece a alguien como vos —sentenció Finan.

—Tiene otras cosas en la cabeza —repliqué—, como que se muere, por ejemplo.

—De no haber sido por vos, no estaría vivo a estas alturas.

—Por nosotros —le corregí.

—¿Y qué ha hecho por nosotros? —insistió el irlandés—. ¡Por todos los santos! Acabamos con los enemigos del rey y nos trata como si fuéramos mierdas de perro.

No dije nada. En un rincón de la estancia, un arpista tocaba, pero sus notas eran tan lánguidas y melancólicas que no me levantaban el ánimo precisamente. Fuera oscurecía; dos criadas dejaron unas velas encima de la mesa. Observé cómo Ludda deslizaba una mano por debajo de las faldas de una de las mujeres, y me asombré de que todavía siguiera a mi lado, y de que, cuando se lo había planteado, me dijera que, si bien a veces la fortuna nos sonríe, en ocasiones, nos da la espalda, y que tenía la impresión de que mi suerte estaba a punto de cambiar. Ojalá estuviese en lo cierto.

—¿Qué fue de la galesa, Ludda? —le pregunté a voces—, ¿cómo se llamaba?

—Teg, mi señor. Pasó que se convirtió en murciélago y echó a volar —me dijo con una sonrisa burlona.

Reparé en que muchos de los hombres se santiguaban.

—A lo peor, acabamos todos convertidos en murciélagos —comenté, hundido.

Taciturno, Finan presidía la mesa.

—Si Alfredo no quiere saber nada de vos —apuntó, incómodo—, deberíais uniros a sus enemigos.

—Hice un juramento a Etelfleda.

—¡Como el que ella hizo a su esposo! —replicó, con rabia.

—No pelearé contra ella —le aseguré.

—Y yo no me iré de vuestro lado —dijo Finan, y era sincero—, pero no todos los hombres que ahí veis están dispuestos a pasar hambre en invierno.

—Lo sé —repuse.

—Robemos un barco —me propuso—, y hagámonos vikingos.

—El año va muy avanzado para tales aventuras —le disuadí.

—Sólo Dios sabe cómo pasaremos el invierno —rezongó—. Tenemos que hacer algo. Habrá que liquidar a un ricachón.

En ese instante, los hombres que estaban de guardia en la puerta cerraron el paso a alguien que, con cota de malla, yelmo y una espada envainada ceñida a la cintura, acababa de llegar. Tras él, envueltos en la oscuridad que ya se nos echaba encima, una mujer y dos niños.

—¡Permiso para entrar! —gritó el recién llegado.

—¡Como que hay Dios! —exclamó Finan, tras reconocer la voz de Sihtric.

Uno de los guardias intentó que le entregase la espada; de un manotazo, Sihtric lo apartó de su lado.

—Que ese cabrón se quede con la espada —ordené, poniéndome en pie—, y que entre de una vez.

La mujer de Sihtric y los dos pequeños venían tras él, pero no traspasaron el umbral. Mientras, Sihtric se adentraba en la estancia. Todo el mundo se quedó callado.

Finan se puso en pie, dispuesto a plantarle cara, pero obligué al irlandés a sentarse.

—Cosa mía —le dije en voz baja. Rodeé la mesa que presidía la reunión y salté al suelo de la estancia, cubierto de juncos. Al verme, Sihtric se detuvo. Yo iba desarmado, dejábamos las armas a la entrada porque no conviene mezclar armas con cerveza. Escuché un grito entrecortado cuando Sihtric desenvainó su larga hoja. Algunos de los hombres se pusieron en pie, dispuestos a intervenir, pero yo les hice una seña para indicarles que permanecieran sentados, y seguí andando al encuentro del acero desnudo. Me detuve a dos pasos de él.

—¿Y bien? —le pregunté, en tono áspero.

Sihtric sonrió, y yo me eché a reír. Extendí los brazos y él me devolvió el abrazo. Luego, me alargó la empuñadura de la espada.

—A vuestro servicio, mi señor, como siempre lo ha estado —me dijo.

—¡Cerveza! —reclamé a gritos al intendente—. ¡Cerveza y comida!

Al ver cómo acompañaba a Sihtric al estrado, pasándole un brazo por encima del hombro, Finan no salía de su asombro. Los hombres estaban contentos: Sihtric les caía bien y no habían entendido la forma en que se había comportado, pero el caso es que todo lo habíamos tramado entre los dos, hasta habíamos ensayado las frases injuriosas. Quería que Beortsig lo incluyera entre los suyos, y el de Mercia, como un

ave rapaz, no había dudado en abalanzarse sobre el polluelo. Había encargado a Sihtric que entrase al servicio de Beortsig hasta que se enterase de lo que a mí me interesaba y, por fin, estaba de vuelta.

—No sabía cómo dar con vos, mi señor, de modo que me encaminé a Lundene, y Weohstan me dijo dónde podía encontraros.

Me contó que Beornnoth había muerto: el anciano había fallecido a principios del verano, antes de que los hombres de Sigurd pasasen por sus tierras con la intención de arrasar Bucingahamm.

—Aquella noche durmieron en la hacienda, mi señor —me informó.

—¿Los hombres de Sigurd?

—Y el propio Sigurd. Beortsig los agasajó a todos.

—¿Está al servicio, pues, del danés?

—Así es —me confirmó, lo que no era una sorpresa—, pero no sólo él, mi señor. Había también un sajón, un hombre al que Sigurd trataba con respeto. Un hombre de cabellos largos a quien llamaban Sigebriht.

—¿Sigebriht?

El nombre me resultaba familiar, pero, por más vueltas que le daba, no conseguía acordarme de quién era, aunque recordaba que la viuda que nos había dado alojamiento en Buchestanes había dicho algo a propósito de un sajón de cabellos largos que había ido a ver a Ælfadell.

—Sigebriht de Cent, mi señor —añadió Sihtric.

—¡Ya caigo! —Le serví cerveza—. El padre del tal Sigebriht es el *ealdorman* de Cent, ¿no es así?

—Así es, mi señor: el *ealdorman* Sigelf.

—¿Y a Sigebriht no le ha hecho ninguna gracia la designación de Eduardo como rey de Cent, verdad?

—Sigebriht no puede ver a Eduardo, mi señor —me confirmó Sihtric, con una sonrisa, encantado con la labor que había llevado a cabo. Le había pedido que entrase al servicio de Beortsig para espiar al de Mercia y había cumplido su cometido a la perfección—, pero no sólo porque haya sido nombrado rey de Cent, mi señor, sino por causa de una joven dama, Ecgwynn.

—¿El mismo os lo contó? —le pregunté, boquiabierto.

—A mí, no, mi señor. Se lo contó a una esclava. Se la estaba tirando y, por lo visto, metido en faena, es de los lenguaraces, así que se lo contó y, a su vez, la chica se lo cotorreó a Ealhswith.

Ealhswith era la mujer de Sihtric que, en aquel momento, sentada entre los míos, comía junto a sus dos hijos. Había sido puta y había aconsejado a Sihtric que no se casase con ella. Pero me había equivocado: el tiempo había demostrado que era una buena esposa.

—A ver, explícate: ¿quién es esa joven dama? —le pregunté.

—Es la hija del obispo Swithwulf, mi señor —me aclaró Sihtric. Sólo sabía que

era obispo de Hrofeceastre, en Cent, pero nunca los había visto, ni a él ni a su hija—. Y le gustaba más Eduardo que Sigebriht —añadió.

¿De modo que la hija de aquel obispo era la muchacha con la que Eduardo había querido casarse, aquella a la que había tenido que renunciar porque no contaba con el beneplácito del rey?

—Me han contado que a Eduardo le dijeron que se olvidara de la joven —dejé caer.

—Pero ella se fugó con él —continuó—, o eso decía Sigebriht.

—¿Que se fugaron? —me sorprendí sin poder contener una sonrisa—. ¿Y dónde anda ahora?

—Nadie sabe su paradero.

—Pero si Eduardo acaba de pedir la mano de Elfleda —exclamé mientras, para mis adentros, pensaba en lo duras que habían debido de ser las palabras que padre e hijo se cruzaran en aquella ocasión. Había bastado la sonrisa de la hija de un obispo para que Eduardo, del que siempre se había dicho que era el heredero mejor que podía imaginar Alfredo, el hijo que se había criado lejos del pecado, el príncipe educado y preparado para ser el nuevo rey de Wessex, echase por tierra los sermones que le habían endilgado los curas de su padre—. De modo que Sigebriht no puede ni ver a Eduardo —concluí.

—No, mi señor.

—Porque raptó a la hija de un obispo. No me parece una razón de peso para que haya prestado juramento de lealtad a Sigurd.

—No, mi señor —confirmó Sihtric, muerto de risa. Se había guardado lo mejor para el final—. No ha jurado lealtad a Sigurd, mi señor, sino a Etelwoldo.

Por eso Sihtric había pensado que era hora de volver a casa, porque había descubierto quién era el Sajón, el Sajón del que Ælfadell me había dicho que destruiría Wessex, y me pregunté cómo no se me habría ocurrido antes. Había sospechado que Beortsig tramaba algo porque aspiraba a ser rey de Mercia, pero era un hombre insignificante, igual que Sigebriht no le hacía ascos a la idea de ser rey de Cent algún día, aunque no me lo imaginaba capaz de arrasar Wessex. Y hete aquí que ésa era la respuesta que andaba buscando. La había tenido delante todo el tiempo, pero ni me había detenido a considerarla, porque Etelwoldo era un pobre majadero, pero también los mentecatos son ambiciosos, astutos y saben qué es lo que más les conviene.

—¡Etelwoldo! —repetí, asombrado.

—Sigebriht le ha jurado lealtad, mi señor, y es quien lleva los mensajes de Etelwoldo a Sigurd. Hay algo más que tengo que deciros: el cura que no se separa de Beortsig es tuerto, enjuto como un junco y calvo.

Estaba pensando en Etelwoldo, pero no tardé en acordarme de aquel día lejano en que unos insensatos habían tratado de acabar conmigo, y que había salido con bien de aquel brote gracias a la honda y al rebaño de un pastor.

—Beortsig ordenó mi muerte —concluí.

—O quizá su padre —aventuró Sihtric.

—Porque Sigurd se lo había pedido —adiviné—, o quizás Etelwoldo.

Y entonces lo vi todo claro. Ya sabía lo que tenía que hacer, aunque no quisiera. Tiempo atrás había jurado que nunca volvería a poner los pies en la corte de Alfredo, pero al día siguiente ya iba camino de Wintanceaster.

A ver al rey.

* * *

Etelwoldo. Tenía que habérmelo imaginado. Lo conocía de toda la vida y siempre me había parecido un ser despreciable. Era sobrino de Alfredo y se sentía vejado. Hacía años, por supuesto, que Alfredo tendría que habérselo quitado de en medio, pero una suerte de aprecio, de afecto quizá por aquel que era hijo de su hermano o, lo que es más probable, una consecuencia de ese sentimiento de culpa en que se recrean los cristianos fanáticos, se lo había impedido.

El padre de Etelwoldo había sido el rey Etelredo, hermano de Alfredo. Como primogénito de Etelredo, Etelwoldo estaba llamado a ser rey de Wessex, pero su padre había fallecido cuando él era todavía niño, y el *witan*, el consejo de notables del reino, había sentado en el trono a su tío Alfredo, algo que éste siempre había ambicionado y por lo que había intrigado, de modo que no faltaban quienes lo tenían por usurpador. Desde entonces, tal había sido la idea que de su tío tenía Etelwoldo, pero Alfredo, en lugar de asesinar a su sobrino, como tantas veces yo le aconsejara, había preferido colmarlo de atenciones. Consintió en que siguiese administrando algunas de las propiedades de su padre, le perdonó sus repetidas traiciones y, a no dudarlo, rezaba por él, algo de lo que Etelwoldo andaba más que necesitado. Era un infeliz, borracho la mayor parte del tiempo, y quizás ésa fuera la razón de que Alfredo le permitiese tanto. A nadie en su sano juicio se le ocurriría pensar que un necio beodo pudiera representar una amenaza para el reino.

Pero Etelwoldo andaba en tratos con Sigurd. Aspiraba al trono que a Eduardo le estaba reservado y, con el propósito de ser rey, había sugerido una posible alianza con Sigurd, y al danés, como es natural, nada podía convenirle más que un sajón que se plegase a sus deseos, sobre todo si sus pretensiones eran tan legítimas como las de Eduardo, si no más fundadas, lo que le permitiría invadir Wessex con sus huestes amparándose en una pretendida restauración de la línea dinástica interrumpida.

Seis jinetes, pues, nos pusimos en camino hacia el sur, atravesando Wessex. Conmigo venían Osferth, Sihtric, Rypere, Eadric y Ludda. Dejé a Finan al frente de los hombres, aunque no sin prometerle algo a cambio:

—Si en Wintanceaster no se nos recompensa con largueza —le dije—, nos iremos

al norte.

—Algo habrá que hacer —contestó el irlandés.

—Os lo prometo —repetí—. Nos haremos vikingos y medraremos. Pero creo que al rey he de darle una última oportunidad.

Con tal de que sacáramos provecho, a Finan poco le importaba la bandería que defendiésemos, y me hacía cargo de cómo se sentía. Si mi ambición era la de recuperar Bebbanburg algún día, la suya era volver a Irlanda y vengarse del hombre que le había arrebatado todo, llevándose por delante a su familia, y, para eso, necesitaba tanto la plata como yo. Como buen irlandés, era cristiano, aunque nunca consintió que sus creencias le impidiesen disfrutar de los placeres, y no habría dudado en poner su espada al servicio de los enemigos de Wessex si, como recompensa, recibía dinero suficiente para preparar una expedición que lo llevase de vuelta a su país. Sabía que, desde su punto de vista, aquel viaje a Wintanceaster era una pérdida de tiempo. A Alfredo, yo no le caía bien, y las cosas con Eteflada parecían haberse enfriado. En palabras de Finan: me disponía a arrastrarme como un mendigo ante personas que deberían haber dado muestras de gratitud desde el principio.

Más de una vez, durante el viaje, pensé que Finan tenía razón. Tantos años luchando para que Wessex fuera lo que era, tantos de sus enemigos yacían bajo tierra por mi mano y, como pago por mis servicios, sólo tenía una bolsa vacía. Es verdad que había sido un vasallo reticente, que había quebrantado juramentos, que había cambiado de bando, que me había rebelado contra las aristas que impone la lealtad, en todo eso pensaba cuando había dicho a Osferth que antes prefería ser espada de los sajones que escudo de Mercia. Por eso quería ir por última vez al corazón de la Britania sajona, para saber si querían mi espada a su servicio o no. ¿Y si me decían que no? Tenía amigos en el norte. Allí vivía Ragnar, mucho más que un amigo, un hombre al que quería como a un hermano, que no dejaría de echarme una mano. Y si el precio que se me exigiera a cambio pasaba por convertirme en enemigo perdurable de Wessex, con gusto lo satisfaría. Cabalgaba, pues, no como el vagabundo que Finan imaginaba, sino con ánimo de tomarme cumplida venganza.

Llovía cuando nos acercamos a Wintanceaster, una lluvia suave para una tierra mullida, campos de tierra acogedora, pueblos que, gracias a sus nuevas iglesias, sus sólidos techados de paja y la ausencia de esqueletos macilentos de vigas calcinadas, proclamaban su prosperidad a los cuatro vientos. Las casas solariegas eran cada vez más grandes; sus dueños querían estar cerca del poder.

Pero el caso es que dos eran los poderes presentes en Wessex, el rey y la Iglesia, y los templos, como las casas, eran más grandes a medida que nos acercábamos a la ciudad. ¿Quién podría albergar dudas sobre las intenciones de los hombres del norte? ¿Cómo no acariciar la idea de hacerse con aquellas tierras? Ganado bien alimentado, graneros a rebosar, muchachas preciosas.

—Va siendo hora de que penséis en casaros —dije a Osferth, mientras dejábamos

atrás las puertas abiertas de par en par de un establo donde dos muchachas de cabellos rubios aventaban el grano en una era.

—Eso mismo he pensado yo —respondió, apesadumbrado.

—¿Sólo pensado?

En su rostro se dibujó una media sonrisa.

—Vos creéis en el destino, mi señor —añadió.

—¿Acaso vos no? —le pregunté. El muchacho y yo íbamos un poco por delante de los otros—. Además, ¿qué tiene que ver el destino con que metáis a una chica en la cama?

—*Non ingreditur mamzer hoc est de scorto natus in ecclesiam Domini* —citó, al tiempo que me dirigía una mirada funesta— *usque ad decimam generationem*.

—Olvidáis que el padre Beocca y el padre Willibald trataron de enseñarme latín, y se dieron por vencidos —le comenté.

—Es una frase de las Escrituras, mi señor, un mandato del libro del Deuteronomio que estipula que ningún bastardo puede acceder a la asamblea de los fieles, al tiempo que establece que la maldición persistirá a lo largo de diez generaciones.

Me lo quedé mirando; no podía creerme lo que acababa de oír.

—¡Pero si ibais para cura cuando os conocí!

—¡Por eso lo dejé! —contestó—. No me quedaba otra. ¿Cómo iba a ser cura si el propio Dios me había excluido de los elegidos?

—O sea, que no podéis ser cura —convine—, pero eso no os impide casaros.

—*Usque ad decimam generationem* —replicó—. Mis hijos serían malditos, igual que los hijos de sus hijos y, así, hasta diez generaciones.

—¿Me estáis diciendo que todos los hijos bastardos están malditos?

—Eso nos dice Dios, mi señor.

—Un dios sanguinario, desde luego —repose sin dudarlo, hasta que reparé en que no había afectación alguna en la angustia que sentía—. ¿Qué parte de culpa os corresponde si a vuestro padre le gustaba tocarle el culo a una criada?

—No os falta razón, mi señor.

—En tal caso, ¿cómo es posible que su pecado recaiga sobre vos?

—Dios no es siempre justo, mi señor, pero nunca contraviene las normas que Él mismo ha dictado.

—¿Y llamáis a eso justicia? O sea, que si no consigo atrapar a un ladrón y me dedico a azotar a sus hijos, ¿os parecería justo?

—Dios abomina del pecado, mi señor, ¿y qué mejor modo de evitar que se propague que imponer el peor de los castigos? —repose, mientras apartaba su montura a la izquierda del camino para dejar paso a una recua de caballerías que, cargadas de pieles de cordero, se dirigían al norte—. Si no fuera ése el castigo —continuó Osferth—, ¿quién pondría coto al pecado?

—Me encanta eso de pecar —reliqué, mientras hacía un gesto al jinete cuyos

criados guiaban las bestias de carga—. Y Alfredo, ¿aún con vida? —le pregunté.

—A duras penas —me contestó, santiguándose y dirigiéndome un saludo de gratitud cuando le deseé que tuviera buen viaje.

Osferth se me quedó mirando con gesto ceñudo.

—¿Por qué me habéis pedido que os acompañe, mi señor? —me preguntó.

—¿Hay algo acaso que lo impida?

—Podíais habérselo pedido a Finan, pero me elegisteis a mí.

—¿No queréis ver a vuestro padre?

Se quedó callado un momento. Luego se volvió y me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, mi señor.

—Por eso os pedí que vinierais —le dije, en el momento en que salíamos de una revuelta del camino y, a la sombra de la nueva y flamante iglesia que se alzaba por encima de los tejados apretados, vimos Wintanceaster a nuestros pies.

Wintanceaster era, en realidad, el más imponente de los *burhs* erigidos por Alfredo, ciudadelas levantadas para hacer frente a los daneses: un foso profundo, sólo en parte inundado, al que seguía un empinado terraplén de tierra que culminaba una empalizada de troncos de roble, rodeaba la ciudad. Pocas cosas eran tan terribles como asaltar uno de esos baluartes. Los defensores del lugar como, pongamos por caso, los hombres de Haesten en Beamfleot, llevan todas las de ganar porque pueden lanzar armas y piedras contra los asaltantes, que, además de salvar tales obstáculos, tienen que trepar por escalas que los defensores, a golpes de hacha, tratan de derribar. Si Wessex era un territorio seguro, lo era gracias a aquellos fortines que construyera Alfredo. Los daneses podían arrasar los campos, pero todo lo que tuviera algún valor estaba a buen recaudo tras los muros de una ciudadela, murallas que los daneses, amenazantes, podían hartarse de rodear a lomos de sus monturas, porque la única forma de someter uno de esos fortines era matar de hambre a la guarnición que los defendía, situación que podía prolongarse durante semanas, meses incluso, tiempo en que los asaltantes quedaban a merced de tropas procedentes de otras ciudadelas. La única alternativa era mandar a los hombres a atacar las murallas y ver cómo morían mientras trataban de salvar el foso, y de todos es sabido que los daneses eran muy mirados en lo que al desperdicio de vidas se refiere. Los *burhs* eran auténticas fortalezas, inexpugnables para los daneses y, mientras así discurría, me dio por pensar que Bebbanburg disponía de mejores defensas si cabe.

Guardada por una docena de hombres que cerraban el paso bajo el arco, la puerta norte de acceso a Wintanceaster era de piedra. Al frente del destacamento había un hombre menudo, de cabellos grises y mirada feroz que, al verme, hizo un gesto para que los suyos se apartasen.

—Soy Grimric, mi señor —me saludó, confiando en que me acordase de él.

—Nos vimos en Beamfleot —aventuré.

—Así es, mi señor —encantado de que aún lo recordara.

—Donde llevasteis a cabo una buena carnicería —añadí, con la esperanza de no meter la pata.

—No estuvo mal la lección que, como buenos sajones, dimos a esos hijos de puta —repuso, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡No hago más que decir a estos tiernos infantes que sólo vos sabéis cómo pelea un hombre con lo que hay que tener! —Hizo una seña con el pulgar hacia sus hombros, muchachos arrancados de sus granjas o de sus colmados para cumplir el cupo de semanas que les correspondía en la guarnición del *burh*— Ya veis, mi señor, ¡recién destetados! —se lamentó Grimric.

Le di una moneda, dispendio que ni siquiera podía permitirme, pero es la clase de gesto que un señor ha de tener.

—Invitadlos a cerveza —le dije.

—Faltaría más, mi señor —repuso Grimric—. ¡Sabía que vendríais! Tengo que dar aviso de que estáis aquí como bien podéis suponer —me dijo—, pero estaba seguro de que las cosas volverían a su cauce.

—¿A su cauce? —le pregunté, sorprendido al oír tales palabras.

—¡Sabía que así habría de ser, mi señor! —me dijo con una sonrisa franca antes de despedirse de nosotros.

Me fui derecho a Las Dos Grullas; el propietario del local era un viejo conocido. A voces, avisó a los criados para que se hicieran cargo de los caballos, nos trajo cerveza y nos acomodó en una amplia estancia de la parte de atrás de la taberna, con paja limpia esparcida por el suelo.

El dueño del establecimiento era manco, con una barba tan larga que su extremo inferior concluía en un ancho cinturón de cuero. Se llamaba Cynric. Había perdido el antebrazo izquierdo luchando en las filas de Alfredo, y era el dueño del local desde hacía más de veinte años. Estaba al tanto de todo lo que pasaba en Wintanceaster.

—Los curas son los que mandan —me dijo.

—¿Y Alfredo?

—Ese pobre cabrón anda más perdido que un perro borracho. Es un milagro que aún siga con vida.

—¿Y Eduardo? ¿También él está sometido a la tiranía de los curas?

—De los curas, de su madre y del *witan* —me explicó—, pero no es tan santito como se piensan. ¿Acaso no os han hablado de una joven, la dama Ecgwynn?

—¿La hija del obispo?

—La misma. Era una muchacha preciosa, bien lo sabe Dios, menudita, pero muy hermosa.

—¿Ha muerto?

—Murió tras dar a luz.

Me lo quedé mirando, mientras un revoltijo de ideas se me agolpaba en la cabeza.

—¿Estáis seguro?

—¡Pongo a Dios por testigo! Conozco a la mujer que la asistió. Ecgwynn parió gemelos. Un chico, al que pusieron por nombre Etelstano, y una niña a la que

llamaron Eadgyth. La madre falleció aquella misma noche.

—¿Y Eduardo dijo que era el padre de las criaturas? —me interesé. Cynric asintió—. Dos bastardos reales y gemelos —dije en voz baja.

El tabernero asintió con la cabeza.

—En cuanto a lo de bastardos —continuó con voz no menos queda—, Eduardo asegura que se había casado con ella, pero su padre afirma que no fue un matrimonio legítimo y, en tales situaciones, su padre siempre lleva las de ganar. ¡Han procurado que nadie se entere del asunto! Pues anda que no pagaron con creces a la partera.

—¿Y los niños? ¿Siguen vivos?

—En el convento de Santa Eduvigis, al cuidado de la dama Etelfleda.

Me quedé mirando el fuego. De modo que el heredero perfecto era tan pecador como cualquier hijo de vecino. Y Alfredo hurtaba a ojos de todo el mundo el fruto de aquel pecado: los ocultaba en un convento para que nadie supiera de ellos.

—¡Pobre Eduardo! —exclamé.

—Tal y como quería Alfredo, ahora se dispone a casarse con Elfleda —comentó Cynric.

—Y ya tiene dos hijos —repuse, sin salir de mi asombro—. ¡Bonito lío de familia real! ¿Y decís que Etelfleda está en Santa Eduvigis?

—La han recluido en el convento —me confirmó el tabernero.

Sabía de los lazos que me unían a Etelfleda y, por la forma en que lo dijo, deduje que la habían encerrado para mantenerla apartada de mí.

—¿Dónde anda su marido?

—En el palacio de Alfredo. Todos están aquí, hasta Etelwoldo.

—¡No me lo creo!

—Apareció hará cosa de dos semanas, llorando y lamentándose de la suerte de su tío.

Nunca le habría supuesto semejante coraje: había establecido una alianza con los daneses y, con todo y con eso, tenía el descaro de presentarse en la corte de su tío moribundo.

—¿Sigue emborrachándose?

—No, que yo sepa. Al menos, por aquí no ha venido. Dicen por ahí que se pasa el día rezando —añadió, con tanto desdén que no pude por menos que echarme a reír—. Aunque, a fuer de sincero, he de deciros que todos estamos rezando —concluyó, taciturno, dando a entender que la gente estaba preocupada por lo que fuera a pasar cuando Alfredo muriera.

—¿Sigue siendo Hildegyth la abadesa de Santa Eduvigis? —le pregunté.

—Una santa, mi señor; allí la encontraréis.

Pedí a Osferth que me acompañara al convento de Santa Eduvigis. Seguía chispeando, y las calles eran un lodazal. El convento estaba en el extremo norte de la ciudad, rodeado de un terraplén con su empalizada correspondiente. La única puerta de acceso al monasterio se alzaba al final de un largo y embarrado sendero que, al

igual que la última vez que había pasado por allí, estaba atestado de mendigos que se mantenían a la espera de las limosnas y la comida que las monjas repartían por la mañana y al anochecer. Nerviosos al ver que Osferth y yo llevábamos cotas de malla y espadas, los pedigüños se quitaron de en medio. Algunos alargaban las manos o agitaban escudillas de madera. Sin prestarles atención, seguí adelante, sorprendido al comprobar que tres soldados guardaban la puerta del convento. Los tres iban pertrechados de yelmos y lanzas, espadas y escudos. Al ver que nos acercábamos, se alejaron de la puerta y nos cerraron el paso.

—No podéis entrar, mi señor —me dijo uno de ellos.

—¿Sabéis quién soy?

—Sois lord Uhtred, y no se os permite acceder al convento.

—Vengo a ver a la abadesa, una vieja amiga mía —repuse, sin faltar a la verdad. Hild era una buena amiga, una santa y también una mujer a la que había amado, pero, por razones que no se me alcanzaban, no podía verla. El jefe del destacamento era un hombre fornido, de edad mediana, espaldas anchas y cara de buena gente. Llevaba la espada en la vaina, pero ni por un momento dudé que echaría mano de ella si trataba de seguir adelante, como tampoco dudé de lo poco que me costaría que se revolcase en el fango. Pero eran tres, y estaba seguro de que Osferth no se enfrentaría con soldados sajones que defendían las puertas de un convento. Me encogí de hombros y le dije:

—¿Le llevaríais un mensaje a la abadesa de mi parte?

—Por supuesto, mi señor.

—Decidle que Uhtred pasó por aquí para verla.

Asintió con la cabeza. En ese momento, oí el murmullo de los mendigos que se encontraban a mis espaldas; me volví y vi que había más soldados que ocupaban el camino. Reconocí a aquel que estaba al mando, un hombre llamado Godric, que había servido a las órdenes de Weohstan. Iba al frente de siete hombres con yelmo que, al igual que los que guardaban las puertas del convento, portaban escudos y lanzas. Estaban listos para la pelea.

—Me han ordenado que os acompañe a palacio, mi señor —dijo Godric, a modo de saludo.

—¿Y necesitáis lanzas para tal cometido?

Godric no respondió a mi pregunta y se limitó a indicarme con un gesto el camino por el que habíamos llegado.

—¿Vendréis con nosotros?

—Será un placer —le respondí, y lo seguimos hasta adentrarnos en la ciudad.

Al pasar por las calles, la gente se nos quedaba mirando en silencio. Cierto que Osferth y yo llevábamos nuestras espadas, pero, visto desde fuera, parecíamos prisioneros. Cuando llegamos a la puerta del palacio, un intendente nos pidió que le entregáramos las armas. Nada fuera de lo normal: en el recinto palaciego, sólo los hombres de la guardia personal del rey podían llevar armas, de modo que allí dejé a

Hálito-de-serpiente y me fui tras Godric, que nos condujo a un pequeño edificio con techumbre de paja, más allá de la capilla privada de Alfredo.

—Os ruego que tengáis a bien esperar ahí dentro, mi señor —me dijo, señalando la puerta.

Y eso hicimos: esperar en una estancia carente de ventanas, donde sólo había dos bancos, un pupitre de lectura y un crucifijo. Los hombres de Godric se quedaron fuera y, cuando traté de salir de allí, unas lanzas me cerraron el paso.

—Queremos algo de comer y cerveza —les dije—. Y también un balde para hacer nuestras necesidades.

—¿Estamos detenidos? —me preguntó Osferth, una vez que nos llevaron la comida y el balde.

—Tiene toda la pinta.

—¿Por qué?

—No lo sé —le confesé.

Di buena cuenta del pan y del queso duro que nos habían llevado y, después, a pesar de lo húmedo que estaba el suelo de aquel lugar, me tumbé y traté de dar una cabezada.

Godric no regresó hasta el anochecer. Su trato seguía siendo respetuoso.

—Os ruego que tengáis la bondad de seguirme, mi señor —dijo, y así lo hicimos Osferth y yo, pasando por patios que nos eran de sobra conocidos, hasta llegar a una sala pequeña donde ardía una buena fogata en el hogar.

Unas pinturas sobre cuero, cada una con la imagen de un santo sajón, recubrían las paredes; en el extremo de la estancia, cinco clérigos se sentaban a una mesa en lo alto de un estrado, cubierta con una tela de color azul. A tres de aquellos curas no los había visto en mi vida; en cuanto a los otros dos, los reconocí al instante, y no eran de nuestra cuerda. Uno de ellos era el obispo Asser, un retorcido cura galés, hombre de confianza de Alfredo. El otro era el obispo Erkenwald. Ambos flanqueaban a un hombre de hombros estrechos y pelo blanco que, a pesar de la tonsura, le caía sobre un rostro tan enjuto como el de una comadreja muerta de hambre. Tenía una nariz del tamaño de una espada, una mirada penetrante y fría, y unos labios finos que a duras penas ocultaban unos dientes podridos. Los otros dos curas, los que estaban sentados a ambos lados de la mesa, eran mucho más jóvenes, y tenían delante una pluma, un tintero y un pergamino. Parecían escribanos.

—Obispo Erkenwald —le saludé, mientras dirigía una mirada a Asser—. En cuanto a vos, creo que no tengo el placer.

—Quitadle el martillo que lleva al cuello —ordenó Asser a Godric.

—Ni se os ocurra tocarlo —le advertí—, a no ser que queráis que vuestro culo acabe en esa hoguera.

—¡Basta! —gritó la comadreja famélica, dando un puñetazo en la mesa que hizo saltar los tinteros. Los dos curas jóvenes no dejaban de garrapatear—. Soy Plegmund —me informé.

—¿El gran hechicero de Contwaraburg? —me interesé.

Se me quedó mirando con desprecio, y colocó un pergamino a su alcance.

—Creo que nos debéis algunas explicaciones —me comentó.

—¡Y nada de mentiras esta vez! —se revolvió Asser.

Años antes, en aquella misma estancia, había comparecido ante el *witan* para responder de unas injurias de las que, no lo voy a ocultar, sólo yo era responsable. Asser había sido el testigo principal en mi contra, pero yo les había ofrecido una versión amañada de los hechos y él se había dado cuenta de que mentía. Desde entonces, no podía ni verme.

Le dirigí una mirada furibunda.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté—. El caso es que me recordáis a alguien, a una cagarruta galesa, a una mierdecilla de rata, pero acabé con aquel sujeto, o sea que no, no debéis de ser la misma persona.

—Lord Uhtred —intervino el obispo Erkenwald, con gesto de fastidio—, ¿podemos pasar por alto los insultos?

Erkenwald y yo tampoco nos llevábamos bien pero, durante el tiempo que había sido obispo de Lundene, había demostrado que era un gobernante eficaz y no se había interpuesto en mi camino antes de lo de Beamfleot. Es más, las medidas que adoptó fueron decisivas para que nos alzáramos con la victoria en aquella ocasión.

—¿Sobre qué he de daros explicaciones? —pregunté.

El arzobispo Plegmund acercó una vela para ver mejor el pergamino.

—Estamos al tanto de las actividades que habéis realizado este verano —comenzó.

—Y supongo que querréis manifestarme vuestra gratitud —repose.

Clavó en mí una mirada gélida y penetrante. Plegmund había alcanzado notoriedad por ser hombre que no se permitía ningún placer, ni gula, ni mujeres, ni gastos suntuosos. Había recurrido a la austeridad para servir a su dios, al que rezaba en lugares solitarios. Era un cura eremita. No entiendo la razón por la que a la gente le pareciera admirable, pero los cristianos lo adoraban, y todos se alegraron mucho cuando decidió abandonar su retiro para convertirse en arzobispo.

—En primavera —añadió con una vocecita clara y atiplada—, fuisteis a ver a un hombre que se hace llamar *jarl* Haesten. Más tarde, os dirigisteis al norte, a las tierras de Cnut Ranulfson, donde mantuvisteis un encuentro con Ælfadell, una bruja. De allí, fuisteis a Snotengaham, territorio ocupado en la actualidad por Sigurd Thorrson y, después, volvisteis a ver al *jarl* Haesten.

—Todo eso es verdad —respondí, con tranquilidad—, si no fuera porque habéis omitido algunos detalles.

—Ahora vienen las mentiras —rezongó Asser.

—¿Acaso vuestra madre estaba defecando cuando os parió? —le solté al tiempo que le lanzaba una mirada fulminante.

De nuevo, Plegmund dio un puñetazo en la mesa.

—¿Qué se nos ha pasado por alto?

—Un detalle sin importancia, como que quemé la flota de Sigurd.

Cada vez más asustado, Osferth había sido testigo del feroz enfrentamiento y, sin decirme ni media palabra ni dar explicación alguna a los curas de la mesa revestida de azul, se había retirado hasta la puerta. Y lo dejaron irse. Era a mí a quien querían.

—La flota ardió, es cierto —dijo Plegmund—, pero sabemos cuál fue la razón.

—Os escucho.

—Era una señal para advertir a los daneses de que no había vuelta atrás. Sigurd Thorrson no deja de repetir a los suyos que su destino pasa por apoderarse de Wessex y, para demostrar que no está equivocado, no ha dudado en quemar sus naves, para convencerlos de que no hay otra salida.

—¿Y vos os lo creéis? —me asombré.

—Porque es la verdad —aseveró Asser.

—No sabríais distinguir qué es la verdad ni aunque os obligaran a tragárosela con el mango de un hacha —repliqué—. Ningún señor del norte quemaría unos barcos que le han costado una fortuna. Fui yo quien les prendí fuego, y los hombres de Sigurd trataron de acabar conmigo cuando lo hice.

—Nadie pone en duda que andabais por aquellos parajes cuando ardieron —convino Erkenwald.

—¿No negáis que fuisteis a ver a la bruja Ælfadell? —volvió a la carga Plegmund.

—No —repuse—, igual que no niego que fui yo quien desbarató los ejércitos daneses en Fearnhamme y en Beamfleot el año pasado.

—Nadie deja de reconocer los servicios que habéis prestado en el pasado —aclaró el arzobispo.

—Siempre y cuando así os convenía —remachó Asser, con acritud.

—¿Negáis que degollasteis al abad Deorlaf de Buchestanes? —preguntó Plegmund.

—Lo destripé como a un pez bien cebado —confirmé.

—¿No lo negáis? —insistió Asser, atónito.

—Estoy muy orgulloso —contesté— de haber acabado con él y con los dos monjes que lo acompañaban.

—¡Apuntadlo todo! —instaba Asser a los dos curas escribanos, que no necesitaban de tal aliento, pues garabateaban sin parar.

—El año pasado —sacó a colación el obispo Erkenwald—, os negasteis a prestar juramento de lealtad a Eduardo el Heredero.

—Cierto.

—¿Por qué?

—Porque estoy harto de Wessex —repuse—, cansado de curas que no dejan de repetirme que tal es la voluntad de vuestro dios, harto de que me digan que soy un pecador, aburrido de vuestras insensatas locuras, ahíto de ese tirano crucificado al que

llamáis dios, cuyo único propósito es amargarnos la vida. Y si me negué a prestar el juramento es porque no me anima otra ambición que volver al norte, a Bebbanburg, y acabar con los hombres que me la han arrebatado, algo que no podría hacer si estuviera sometido a Eduardo y él necesitara otra cosa de mí.

No fue una explicación agradable para sus oídos, lo sé, pero estaba hasta la coronilla de tantas majaderías. Alguien, suponía que Etelredo, se había dedicado a arrastrar mi nombre por el fango y había recurrido al poder de la Iglesia para culminar su propósito, y yo me sentía con ánimos para enfrentarme a aquellos miserables malnacidos. En lo tocante a su bajeza, parecía que lo iba consiguiendo: Plegmund gesticuló, Asser se santiguó y Erkenwald cerró los ojos. Los dos curas jóvenes escribían a toda prisa.

—«Tirano crucificado» —repitió uno de ellos, sin soltar la pluma con que asaeteaba el pergamino.

—¿Y a quién se le ocurrió la feliz idea de enviarme a Anglia Oriental para que Sigurd acabase conmigo? —pregunté.

—El rey Eohric nos asegura que Sigurd se presentó sin que nadie se lo hubiera pedido y que, de haberlo sabido, habría ordenado un ataque contra los intrusos —dijo Plegmund.

—Eohric es una cagarruta —repuse— y, caso de que no conozcáis el vocablo, os diré que es lo más parecido al obispo Asser, a quien parieron por el culo.

—¡Guardad la compostura! —masculló Plegmund, mirándome a los ojos.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Parpadeó, sin creerse lo que acababa de oír. Asser le susurraba algo al oído, algo que sonaba como la demanda sibilante y apremiante de que me hiciera callar la boca, mientras que el obispo Erkenwald trataba de dar con algo que pudiera ayudarme a salir del paso.

—¿Qué os dijo la bruja Ælfadell? —me preguntó.

—Que el Sajón destruiría Wessex —repuse—, que los daneses conseguirían lo que iban buscando y que Wessex desaparecería.

Ninguno de los tres pudo ocultar su sorpresa. Podían ser cristianos, incluso de alto rango entre los suyos, ya puestos, pero no eran indiferentes a los dioses verdaderos y sus embrujos. Se los veía asustados, aunque ninguno hizo la señal de la cruz: habría sido como admitir que la profetisa pagana disponía de otros medios para alcanzar la verdad y habrían tenido que negarlo.

—¿Y quién es ese Sajón, si puede saberse? —siseó Asser.

—Para eso he venido a Wintanceaster, para decírselo al rey.

—Podéis decírnoslo a nosotros —me indicó Plegmund.

—Sólo al rey —contesté.

—¡Vos, serpiente, ladrón en la noche! —se revolvió Asser—, ¡vos sois el Sajón que destruirá Wessex!

Lancé un escupitajo para mofarme de él, pero mi saliva no llegó a la mesa.

—Habéis venido en busca de una mujer —intervino Erkenwald, con cansancio.

—¡Adúltero, por si fuera poco! —se escandalizó Asser.

—No veo otra razón que explique vuestra presencia en la ciudad —continuó Erkenwald. Luego miró al arzobispo y recitó—: *Sicut canis qui revertitur ad vomitum suum.*

—*Sic imprudens qui iterat stultitiam suam* —concluyó el arzobispo.

Por un momento, pensé que me estaban lanzando una maldición hasta que al enano del obispo Asser no se le ocurrió nada mejor que, en un alarde de erudición, ofrecerme una traducción: «Como el perro que vuelve sobre su vómito, así el insensato reincide en su necesidad».

—Palabra de Dios —repuso Erkenwald.

—Tenemos que tomar una decisión en cuanto a vos —añadió Plegmund. Cuando oyeron aquellas palabras, los hombres de Godric me rodearon. Podía sentir sus lanzas a mis espaldas. Un leño cayó en el fuego; saltaron chispas sobre los juncos del suelo, que comenzaron a echar humo. En condiciones normales, un criado o alguno de los soldados se habrían precipitado para sofocar aquel pequeño incendio, pero nadie se movió de donde estaba. Era mi muerte lo que iban buscando.

—Ha quedado fehacientemente probado —empezó a decir Plegmund— que os habéis conjurado con los enemigos de nuestro rey, que habéis conspirado con ellos, que habéis aceptado su pan y su sal. Y lo que es peor: habéis admitido que habéis degollado al venerable abad Deorlaf y a dos de sus hermanos de religión...

—Vuestro venerable abad Deorlaf —le interrumpí— estaba conchabado con la bruja Ælfadell, y el venerable abad deseaba mi muerte. ¿Qué queríais que hiciera? ¿Que pusiera la otra mejilla?

—¡Silencio! —exigió Plegmund.

Di dos pasos adelante y, con mis botas, pisoteé los juncos ardientes del suelo. Pensando que me disponía a abalanzarme sobre los curas, uno de los soldados de Godric había dado un paso atrás dispuesto a arrojarme la lanza. Me volví y lo miré, no hice nada más. Se sonrojó y, muy despacio, bajó la lanza.

—He peleado contra los enemigos de vuestro rey —declaré, sin quitarle los ojos de encima a aquel lancero, antes de encararme con Plegmund—, como bien puede dar fe de ello el obispo Erkenwald, aquí presente. Mientras otros se agazapaban tras las empalizadas, yo conducía las tropas de vuestro rey, participaba en muros de escudos, despachaba a esos malnacidos, enrojecía la tierra con la sangre de vuestros enemigos, quemaba sus barcos, tomaba la fortaleza de Beamfleot.

—¡Pero aún lleváis ese martillo! —se alzó la voz áspera y desagradable de Asser, quien, con dedo tembloroso, no dejaba de señalar el amuleto que llevaba al cuello—. Es el símbolo de nuestros enemigos, el signo de aquellos que torturan a Cristo de nuevo, ¡y os atrevéis a lucirlo en la corte de nuestro rey!

—¿Qué hizo vuestra madre? —le respondí—, ¿tirarse un pedo como una yegua? ¿Fue así como vinisteis al mundo?

—¡Basta! —gritó Plegmund, harto.

No era difícil de imaginar quién los había envenenado: mi primo Etelredo. Él era el titular del señorío de Mercia, lo más parecido a un rey en aquel territorio, pero todo el mundo sabía que era una marioneta que bailaba al son que le marcaban los sajones del oeste. Por supuesto, quería verse libre de tales ataduras y, en cuanto Alfredo muriera, probaría a hacerse con la corona de aquellas tierras. Y con una nueva esposa también, porque la suya, Etelfleda, había adornado con cuernos aquellas ataduras sajonas. Una marioneta, pues, cornuda y sumisa, que buscaba la forma de tomarse la revancha, y que quería acabar conmigo, porque de sobra sabía que muchos de los hombres de Mercia se pondrían de mi lado y no del suyo.

—Hemos de tomar una decisión sobre vuestro destino —concluyó Plegmund.

—De eso ya se encargan las hilanderas —repliqué—, al pie de Yggdrasil.

—¡Pagano! —susurró Asser.

—Hemos de velar por el reino —continuó el arzobispo, como si no nos hubiera oído—, escudo de la fe verdadera y espada justiciera, y en el reino de Dios no hay sitio para un descreído, que podría volverse contra nosotros en cualquier momento. En consecuencia, Uhtred de Bebbanburg, he de comunicaros...

No pudo continuar con lo que iba a decir porque, en ese preciso instante, se abrieron de par en par las puertas del otro extremo de la estancia.

—El rey ordena que vaya a verlo —dijo una voz conocida.

Me volví y vi a Steapa, el bueno de Steapa, comandante de la guardia personal de Alfredo, un esclavo nacido en el campo que había llegado a ser un gran guerrero, un hombre tan pesado como un barril de marga, tan fuerte como un buey, un amigo, el hombre más recto que jamás haya conocido.

—El rey —añadió, imperturbable.

—Pero... —acertó a decir Plegmund.

—El rey desea verme, especie de malnacido desdentado —le repetí. Entonces me volví al lancero que se había atrevido a amenazarme—: En cuanto a ti, si alguna vez se te ocurre volver a apuntarme con algo puntiagudo —le prometí—, te rajaré la barriga y arrojaré tus entrañas a mis perros.

Seguramente, las hilanderas estaban muertas de risa. Y me fui a ver al rey.

SEGUNDA PARTE

MUERTE DE UN REY

Capítulo VI

Alfredo yacía arrebujado en mantas de lana, recostado en un enorme almohadón. Osferth estaba sentado en la cama, y con una mano su padre sostenía la suya, mientras la otra reposaba sobre un libro con incrustaciones de piedras preciosas; unos Evangelios, me figuré. Fuera de la estancia, en un corredor alargado, el hermano John y cuatro de sus monjes cantores entonaban una melodía lastimera. La habitación apestaba, a pesar de las hierbas aromáticas esparcidas por el suelo y de los velones que, impávidos, ardían en altos candeleros de madera; algunos de aquellos cirios eran los apreciados relojes de cera de Alfredo, cuyas muescas registraban el paso de las horas mientras la vida del rey se consumía. De pie, dos curas permanecían de guardia contra una de las paredes del aposento; en la pared de enfrente, una crucifixión pintada sobre un enorme lienzo de cuero.

Steapa me obligó a entrar en la estancia y cerró la puerta a mis espaldas.

Alfredo parecía muerto y, sin duda, habría pensado que lo estaba si en ese momento no hubiera soltado la mano de Osferth, que lloraba a lágrima viva. Con los ojos y las mejillas hundidos bajo unas profundas ojeras, la cara alargada del rey parecía tan pálida como la cera. Había perdido pelo, y el poco que le quedaba era blanco. Las encías se le habían retirado de los dientes que aún le quedaban, unas babas le caían sobre el mentón sin afeitar y la mano que reposaba en el libro no era sino un saco de huesos recubiertos de piel en los que refulgía un enorme rubí engastado en un anillo demasiado grande para un dedo tan esquelético. Respiraba con fatiga, aunque su voz resonó vigorosa.

—¡Mirad quién ha venido! La espada de los sajones —me dijo a modo de saludo.

—Por lo visto, vuestro hijo se ha ido de la lengua, mi rey —dijo, al tiempo que hincaba una rodilla en el suelo.

Con gesto débil, me indicó que me pusiera en pie.

Me miró desde las honduras de aquel almohadón y le devolví la mirada. Los monjes cantaban al otro lado de la puerta y una vela dejó caer algo de cera y expelió un espeso remolino de humo.

—Me muero, lord Uhtred —dijo Alfredo.

—Así es, mi señor.

—Y vos, tan fuerte como un roble —añadió haciendo una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Siempre se os dio bien eso de sacarme de quicio, ¿verdad que sí? No es muy respetuoso presentarse con un aspecto tan saludable ante un rey que está en las últimas, pero me alegro por vos. —Mientras, dejaba caer la mano izquierda sobre el libro de los Evangelios—. Decidme qué va a pasar, según vos, cuando haya muerto —me exigió.

—Que vuestro hijo Eduardo se sentará en el trono, mi señor.

Se me quedó mirando y reparé en la chispa de inteligencia que aún alumbraba aquellos ojos hundidos.

—No me digáis aquello que pensáis que me gustaría oír —me dijo, en un tono que me trajo a la memoria su proverbial aspereza—, sino aquello que, según vos, va a pasar.

—Que vuestro hijo Eduardo se sentará en el trono, mi señor —repetí.

Asintió de forma queda, como si creyera lo que le decía.

—Es un buen hijo —añadió, tratando de convencerse a sí mismo de que lo era.

—Peleó como un valiente en Beamfleot. Si hubierais estado allí, os habríais sentido orgulloso de él, mi señor.

Alfredo asintió de nuevo, con un gesto de cansancio.

—¡Qué menos puede esperarse de un rey —comentó—, sino que sea bravo en la batalla, que actúe con prudencia y que sea justo en sus decisiones!

—Igual que lo fuisteis vos, mi señor —repuse, no por halagarle los oídos, sino porque era lo que pensaba.

—Lo intenté —dijo—, bien sabe Dios cómo lo intenté —cerró los ojos y se quedó callado durante un rato tan largo que no estaba seguro de que no se hubiera quedado dormido y si no sería mejor que abandonase la estancia cuando, de repente, los abrió de nuevo y se quedó mirando al techo, ennegrecido por el humo. En alguna estancia del palacio, un podenco ladró con todas sus fuerzas. De pronto, volvió el silencio. Pensativo, Alfredo arrugó la frente, volvió la cabeza y me miró de nuevo—. El verano pasado estuvisteis al lado de Eduardo —añadió.

—Así es, mi señor.

—¿Es prudente?

—Es listo, mi señor —contesté.

—Muchos hombres son despiertos, lord Uhtred, pero pocos son prudentes.

—Con la ayuda de la experiencia, los hombres aprenden a serlo, mi señor —insistí.

—Así es en algunos casos —aseguró Alfredo, desabrido—, pero ¿llegará a serlo Eduardo? —Me encogí de hombros; no tenía respuesta para semejante pregunta—. Me preocupa —añadió— que se deje llevar por las pasiones.

Desvié la vista a Osferth.

—Lo mismo que os pasó a vos, mi señor, en cierta ocasión.

—*Omnēs enim peccaverunt* —musitó el rey.

—«Por cuanto todos pecaron» —me tradujo Osferth, lo que le valió una sonrisa por parte de su padre.

—Me preocupa su testarudez —continuó Alfredo, a propósito de Eduardo de nuevo.

Me sorprendió que hablara con tanta claridad de su heredero pero, como es natural, era lo único que lo tenía en vilo en aquellos sus últimos días. Se había pasado la vida defendiendo Wessex, y quería morir con la tranquilidad de saber que su sucesor no arrojaría semejante legado por la borda. Era tanta su preocupación que no pensaba en otra cosa. Quería estar seguro de que así sería.

—Le habéis dejado buenos mentores, mi señor —opiné, no porque así lo creyera, sino porque eso era lo que él quería oír. Muchos de los miembros del *witan* eran consejeros leales, pero había también muchos eclesiásticos, como Plegmund, por los que jamás habría puesto la mano en el fuego.

—Un rey bien puede no escuchar a sus asesores —añadió Alfredo—, porque, al final, siempre se trata de una decisión suya: ésa es la responsabilidad que recae sobre un rey, por la que siempre será juzgado como prudente o como temerario. Y si el rey es un necio, ¿qué será del reino?

—Estáis preocupado, mi señor —comenté—, porque Eduardo se ha comportado como cualquier muchacho de su edad.

—Es que no es como ellos —insistió el rey, testarudo—; vino al mundo cargado de privilegios para cumplir con su deber.

—Y con más prontitud que una llama derrite la escarcha, basta la sonrisa de una joven para que se olvide de ese deber.

Se me quedó mirando.

—¿O sea, que estáis al tanto? —dijo al cabo de un buen rato.

—Así es, mi señor, lo estoy.

Alfredo emitió un suspiro.

—Aduce que era pasión, que era amor, pero los reyes no se casan por amor, lord Uhtred, se casan para preservar su reino. Y no era la adecuada —añadió, con firmeza—, ¡tan sólo una descarada, una desvergonzada, eso es lo que era!

—En ese caso, ojalá el gusto hubiera sido mío, mi señor —repuse, y Alfredo se echó a reír. Se resintió del esfuerzo, y la risa se tornó en gemido. Osferth no entendía de qué estábamos hablando y, con un leve movimiento de cabeza, le di a entender que más le valía no preguntar. Luego, sopesé las palabras que llevarían al ánimo de Alfredo el sosiego que andaba buscando—: En Beamfleot, mi señor, estuve a su lado en un muro de escudos; de sobra sabéis que, en tales circunstancias, un hombre se muestra tal como es. En ese momento, me di cuenta de que vuestro hijo es todo un hombre. Tenéis mi palabra: podéis estar tan orgulloso de él —dudé un momento, antes de volverme a Osferth— como de todos vuestros hijos.

Vi cómo la mano del rey apretaba los dedos de Osferth.

—Osferth es un buen chico —dijo Alfredo—, y me siento orgulloso de él —dio unas palmaditas a la mano de su hijo bastardo sin dejar de mirarme—. ¿Y qué más habrá de pasar? —me preguntó.

—Que Etelwoldo intentará apoderarse del trono —le respondí.

—El jura que no.

—Es de lengua suelta, mi señor. Hace veinte años que deberíais haberlo degollado.

—Tanta gente me ha recomendado lo mismo en cuanto a vos, lord Uhtred...

—Quizá deberíais seguir su consejo, mi señor.

En su boca se dibujó una sonrisa espectral.

—Etelwoldo es un hombre que inspira lástima —añadió—; nada sabe de disciplina ni de sentido común. Más que un peligro, es un recordatorio de que todos somos falibles.

—Está en contacto con Sigurd —le aclaré—, y se ha ganado aliados entre personas que estaban de nuestro lado, tanto en Cent como en Mercia. Esa es la razón de que viniese a Wintanceaster, para que vos estuvierais al corriente.

Alfredo clavó sus ojos en mí durante un buen rato y, al cabo, admitió con un suspiro:

—Siempre soñó con que llegaría a ser rey algún día.

—Creo que ha llegado el momento de acabar con él y con ese sueño, mi señor —dije sin dudarlo—. Una sola palabra vuestra y os veréis libre de él.

El rey negó con la cabeza.

—Es el hijo de mi hermano —se explicó Alfredo—, un hombre débil, y no quiero presentarme ante el juicio de Dios con las manos manchadas de la sangre de uno de los míos.

—¿Preferís, pues, que siga con vida?

—Cuenta con muy poco respaldo para que represente un peligro. En Wessex, nadie se pondría de su parte.

—Pocos lo harán, mi señor —repuse—, por eso pediré ayuda a Sigurd y a Cnut. Primero, invadirán Mercia; Wessex vendrá después. Y habrá guerra, mi señor —continué con voz insegura—, y Cnut, Sigurd y Etelwoldo perderán la vida, en tanto que Eduardo y Wessex saldrán bien librados.

Reflexionó un momento sobre tan simple razonamiento y, en un suspiro, dijo:

—¿Qué será de Mercia? No todos ven con buenos ojos las imposiciones de Wessex.

—Los señores de Mercia tendrán que elegir, mi señor —contesté—. Habrá quienes se pongan de parte de Wessex, y éstos saldrán vencedores; los otros perderán la vida en el intento, y Eduardo regirá los destinos de ese territorio.

Le había dicho, no sólo aquello que quería oír, sino algo en lo que yo creía a pies juntillas. ¡Qué raro se me antojaba todo! Las predicciones de Ælfadell me habían dejado hecho un lío. Sin embargo, en ese instante en que se me preguntaba cómo serían las cosas en el futuro, no tenía ninguna duda.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —me preguntó Alfredo—. ¿Acaso fue eso lo que os dijo la hechicera?

—No, mi señor. Me dijo lo contrario: sólo aquello que el *jarl* Cnut quería que oyese.

—Jamás se le concedería a un pagano el don de la profecía —aseveró el rey, muy seguro de lo que decía.

—¿Por eso me habéis pedido que os dé cuenta del futuro, mi señor? —le pregunté con malicia, que se vio recompensada con otra mueca que pretendía ser una sonrisa.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —se interesó Alfredo.

—Hemos aprendido a vérnoslas con los hombres del norte, mi señor, no así ellos. Habéis erigido fortines, cuyos defensores llevan todas las de ganar. Nos atacarán, nos defenderemos; ellos morderán el polvo, nosotros seguiremos adelante.

—Dicho así, parece fácil —comentó el rey.

—La guerra es un juego de niños, mi señor. A lo mejor ésa es la razón de que no se me dé mal.

—Os he juzgado mal, lord Uhtred.

—No, mi señor.

—¿No?

—Mi corazón está del lado de los daneses, mi señor.

—Pero sois la espada de los sajones.

—*Wýrd bio ful āræd*, mi señor —repuse.

Cerró los ojos cosa de un momento y se quedó tan callado que temí que ése fuera el final, pero los abrió de nuevo y los fijó en los cabrios ennegrecidos por el humo. Trató de atenuar un quejido, pero se le escapó y observé el gesto de dolor que se dibujó en su rostro.

—Es un trance tan duro —dijo.

—Hay pócmias que os aliviarían el dolor, mi señor —se me ocurrió.

Negó despacio con la cabeza.

—No se trata del dolor, lord Uhtred. Hemos venido a este mundo para sufrir. No, lo difícil es saber qué va a pasar. ¿Estamos predestinados? Saber las cosas con antelación poco tiene que ver con el destino: siempre podemos seguir por otros derroteros, pero el destino nos advierte de que, a lo peor, no nos queda otro camino. Si todos tenemos un destino, ¿podemos elegir? —no dije nada, y reparé en cómo daba vueltas a aquella cuestión para la que no había respuesta. Me miró después y me preguntó—: ¿Cuál habría de ser, según vos, vuestro destino?

—Recuperar Bebbanburg, mi señor, y que, en mi lecho de muerte, ésta me saliera al encuentro bajo los altos techos del salón principal de la fortaleza, mientras el bramido del mar aturdiera mis oídos.

—Los míos, sin embargo, los inundan los cantos del hermano John —replicó Alfredo, con sorna—. Les dice que deben abrir la boca como los polluelos hambrientos en el nido, y lo malo es que escuchan sus recomendaciones —dejó caer la mano derecha encima de la mano de Osferth—. Pretenden que sea como un pajarillo hambriento y me atiborran de gachas claritas, lord Uhtred, e insisten en que me las tome, pero no me apetece —añadió con un suspiro—. Mi hijo —se refería a Osferth— me dice que estáis en la miseria. ¿Cómo es posible? ¿Acaso no conseguisteis un suculento botín en Dunholm?

—Así fue, mi señor.

—¿Y ya lo habéis dilapidado?

—A vuestro servicio, mi señor, en hombres, cotas de malla y armas, para vigilar la frontera de Mercia, reunir un ejército y derrotar a Haesten.

—*Nervi bellorum pecuniae* —citó Alfredo.

—¿Otra frase de las Escrituras, mi señor?

—No, ésta se la debemos a un romano prudente, lord Uhtred, que nos enseñó que el dinero es el nervio de la guerra.

—Al parecer, no era ningún lego en la materia, mi señor.

Alfredo cerró los ojos y observé el gesto de dolor que, de nuevo, le cruzó la cara. Apretó los labios, para no emitir un gemido. El olor que había en la estancia era cada vez más insoportable.

—Tengo un bulto en la barriga —dijo—, del tamaño de una piedra —calló un momento y trató de ahogar otro gemido. Tan sólo se le escapó una lágrima—. Miro los relojes de cera —continuó— y me pregunto cuántas muescas habrán de quemarse antes de que esto acabe —dijo con esfuerzo—. Mi vida se mide por pulgadas. Volved mañana, lord Uhtred.

—Como ordenéis, mi señor.

—Le he pedido algo a mi... —pareció dudar un momento antes de acariciar la mano de Osferth—... a mi hijo —abrió los ojos y se me quedó mirando—. Le he dicho que ponga en sus manos que abracéis la fe verdadera.

—Sí, mi señor —acerté a decir, sin que se me ocurriera qué añadir.

Vi lágrimas en el rostro de Osferth.

Alfredo volvió luego los ojos al gran lienzo de cuero que representaba la crucifixión.

—¿No advertís nada que os llame la atención en esa pintura? —me preguntó.

La miré: Jesús colgado en la cruz, con el cuerpo ensangrentado y los nervios de los brazos en tensión contra un cielo sombrío a sus espaldas.

—No, mi señor —contesté.

—Se está muriendo —me aclaró Alfredo, algo tan evidente que por eso no había dicho nada—. En otras pinturas que reproducen la muerte de Nuestro Señor —continuó el rey—, aun crucificado, está sonriente. No así en ésta. Aquí tiene la cabeza reclinada, sufre.

—Eso parece, mi señor.

—Fue algo que el arzobispo Plegmund le echó en cara al pintor —añadió—, porque cree que Nuestro Señor dominó el dolor y sonrió hasta el final. Pero a mí me gusta esa pintura. Me recuerda que, comparado con el suyo, mi dolor no es nada.

—Ojalá no tuvierais ningún dolor, mi señor —farfullé torpemente.

Pasó por alto tan absurdo comentario y continuó mirando al Cristo agonizante. Luego, hizo una mueca.

—Llevaba una corona de espinas —dijo con admiración—. Todos los hombres aspiran a ser reyes —siguió diciendo—, sin darse cuenta de que cada corona tiene sus propias espinas. Instruí a Eduardo sobre lo difícil, lo ingrato que es llevar una corona. Hay una última cosa que quiero pedirlos —apartó los ojos de la pintura y levantó la mano izquierda. Reparé en el esfuerzo que hubo de realizar para apartar aquella mano

patética del libro de los Evangelios—. Quiero pedirlos que prestéis juramento de lealtad a Eduardo, para que pueda morir tranquilo, sabiendo que vos estaréis de nuestra parte.

—Lucharé por Wessex —repuse.

—El juramento —insistió, muy serio.

—Y prestaré juramento —añadí, sin evitar la mirada de aquellos ojos sagaces.

—¿A quién? ¿A mi hija? —preguntó.

Osferth se puso tenso.

—Así es, mi señor, a vuestra hija —concedí.

Pareció sentir una especie de escalofrío.

—Según mis leyes, lord Uhtred, el adulterio no es sólo un pecado, sino un delito también.

—Según vuestro punto de vista, mi señor, nadie del género humano se vería libre de culpa.

Esbozó una media sonrisa.

—Quiero a Etelfleda —dijo—, siempre fue la más vivaracha de mis hijos, aunque nunca la más obediente —dejó caer la mano de nuevo sobre los Evangelios—, dejadme ahora, lord Uhtred. Volved mañana.

«Si aún sigue con vida», pensé para mis adentros. Me arrodillé ante él, lo mismo que Osferth, y abandoné la estancia. Caminamos en silencio por un claustro que daba a un patio donde, en la hierba mojada, aún estaban esparcidos los pétalos de las últimas rosas del verano. Nos sentamos en un banco de piedra y escuché los cantos lastimeros que nos llegaban del corredor.

—El arzobispo quería verme muerto —le dije.

—Lo sé —repuso Osferth—, por eso acudí a mi padre.

—Me sorprende que os dejaran verlo.

—Tuve unas palabras con los curas que lo acompañan —me dijo con una especie de sonrisa—, y mi padre oyó la discusión.

—¿Y os pidió que entrarais a verlo?

—Ordenó a uno de los curas que fuera en mi busca.

—¿Y le contasteis lo que me estaba pasando?

—Así es, mi señor.

—Os lo agradezco —le dije—. ¿Habéis hecho las paces con Alfredo?

Con la mirada perdida, Osferth atisbo en la oscuridad.

—Me dijo que lo sentía, mi señor, pero que soy lo que soy, que la culpa era suya y que intercederá por mí en el cielo.

—Me alegro —repuse, sin saber qué otra cosa podía decir ante tamaña estupidez.

—Y yo le dije, mi señor, que si Eduardo ocupaba el trono, necesitaría de vuestros servicios.

—Eduardo será rey —repliqué, y le conté todo lo que sabía de la joven dama Ecgwynn y los gemelos ocultos en el convento de las monjas—. Eduardo no hizo

nada que su padre no hubiera hecho antes —añadí—, pero este asunto tendrá consecuencias.

—¿Por qué lo decís?

—Vamos a ver: ¿son hijos legítimos o no? —le pregunté—. Alfredo mantiene que no, pero, una vez muerto, su hijo Eduardo bien podría decidir otra cosa.

—¡Dios mío! —exclamó Osferth, dándose cuenta del calado del asunto de cara al futuro.

—Lo que habría que hacer —concluí— es estrangular a esos dos pequeños bastardos.

—¡Mi señor! —exclamó Osferth, estremecido.

—Pero no lo harán. Vuestra familia nunca fue lo bastante despiadada.

Había empezado a llover con ganas. Las gotas repiqueteaban contras las tejas y techumbres de los tejados del palacio. No había luna ni estrellas, sólo nubes en la oscuridad, llovía a cántaros y el viento se abatía sobre los andamiajes que aún rodeaban la torre de la nueva y colosal iglesia de Alfredo. Decidí darme una vuelta por el monasterio de Santa Eudivigis. Ya no había guardias; el callejón estaba oscuro. Llamé a la puerta del convento hasta que me abrieron.

* * *

Al día siguiente, al rey, sin moverlo del lecho, lo habían trasladado a una estancia de mayores dimensiones, la misma donde Plegmund y sus acólitos habían tratado de acabar conmigo. Encima de la cama, la corona; en sus relucientes esmeraldas refulgía el fuego que llenaba de humo y calor el salón. Atestado, aparte del hedor que desprendía el rey, aquel lugar apestaba a humanidad. Allí estaban el obispo Asser, lo mismo que Erkenwald. El arzobispo, al parecer, había encontrado algún buen motivo para no dejarse ver. Unos cuantos señores sajones había acudido al llamamiento. Entre ellos, Etelhelmo, cuya hija iba a desposarse con Eduardo. Me caía bien el *ealdorman*, que no se apartaba de Ælswith, la esposa de Alfredo, que no sabía qué le dolía más: si el hecho de que yo siguiera con vida o aceptar la amarga verdad de que Wessex jamás la reconocería como reina. Rodeada de sus hijos, me dirigió una mirada torva. Allí estaban Etelfleda, la mayor, veintinueve años a la sazón, al lado de su hermano Eduardo; a continuación, Etelgifu y, por fin, Etelbardo, que sólo tenía dieciséis. Faltaba Elfrida, tercera de las hijas de Alfredo, casada con un rey del otro lado del mar, en Frankia. También estaba Steapa, imponente junto a mi querido y viejo amigo, el padre Beocca, encorvado y con los cabellos blancos. El hermano John y sus monjes cantaban a media voz. No todos los componentes del coro eran monjes: había también niños de corta edad con túnicas blancas. Cuando reconocí a mi hijo Uhtred entre ellos, sentí un escalofrío.

He de confesar que no había sido un buen padre. Quería a mis dos hijos pequeños, pero mi primogénito, aquel que, siguiendo la tradición familiar, llevaba mi nombre era un enigma. En lugar de aprender a desenvolverse con la espada y con la lanza, me había salido cristiano. ¡Cristiano! Allí estaba, con los chicos del coro de la catedral, cantando como un polluelo más. Me lo quedé mirando, pero él prefirió ignorarme.

Me acerqué a los *ealdormen*, reunidos a un lado del salón. Junto con los clérigos de mayor rango, todos eran miembros del consejo del rey, el *witan*, y, aunque había asuntos pendientes, ninguno mostró demasiado entusiasmo a la hora de abordarlos. Se aprobó la donación de un terreno a un monasterio y se autorizaron diversos pagos a los albañiles que trabajaban en la nueva iglesia de Alfredo. Habida cuenta de los buenos servicios que había prestado con las tropas de Weohstan en Beamfleot, un hombre, condenado a satisfacer una multa por haber degollado a otro, quedó exonerado de tal carga. Algunos se fijaron en mí al referirse a aquella victoria, pero ninguno tuvo a bien preguntarme si me acordaba de ella. El rey apenas participaba en las deliberaciones, limitándose a levantar una mano cansada a la hora de manifestar su aprobación.

Durante toda la sesión, un cura no se separaba de un pupitre donde copiaba un manuscrito. Al principio, pensé que estaba apuntando todo lo que allí se decía, pero reparé en que eso era, precisamente, lo que hacían otros dos curas, mientras que aquel hombre sólo se dedicaba a copiar otro documento. Al ver que todo el mundo lo observaba, pareció ruborizarse, aunque el arrebol quizá sólo se debiera al calor que desprendía la enorme hoguera de la estancia. El obispo Asser tenía el ceño fruncido; Ælswith, irritada, parecía dispuesta a taladrarme con aquellos ojos llenos de odio; mientras, el padre Beocca sonreía como un bendito. Me hizo un gesto con la cabeza y yo le hice un guiño. Etelfleda se dio cuenta y sonrió con tanto descaro que confié en que su padre no se hubiera fijado. Su marido no andaba lejos de ella y, al igual que mi hijo mayor, evitó el contacto visual por todos los medios. Entonces, y para mayor sorpresa por mi parte, reparé en que Etelwoldo estaba de pie al fondo de la estancia. Me miró con ojos desafiantes, pero no pudo mantenerme la mirada y se inclinó para hablar con alguien a quien no conocía.

Un hombre se quejaba de que el *ealdorman* Etelnoth se había apropiado de unos terrenos que no eran de su propiedad. El rey interrumpió su alegato y susurró algo al obispo Asser, que fue el encargado de comunicar la decisión de Alfredo.

—¿Aceptaríais la mediación del abad Osburh? —le preguntó.

—Por supuesto.

—¿Y vos, lord Etelnoth?

—De buen grado.

—En tal caso, será el abad quien establezca las lindes según determinen los preceptivos títulos de propiedad —concluyó Asser.

Los curas garrapatearon sus palabras y el consejo pasó a dirimir otros asuntos,

mientras Alfredo, extenuado, no dejaba de mirar al cura que copiaba el documento en el pupitre. Por lo visto había concluido su tarea, porque esparció un poco de arena por encima del pergamino, esperó unos segundos y lo sopló de cara a la fogata. Lo dobló y escribió algo más encima; un poco más de arena para secar la tinta y sopló de nuevo. Otro cura acercó una vela, cera y un sello. Una vez concluido el documento, lo llevaron al lecho del rey y Alfredo, haciendo un gran esfuerzo, lo firmó con su nombre. Luego, hizo una seña al obispo Erkenwald y al padre Beocca para que se acercasen y añadiesen sus firmas como testigos de aquello que acababa de rubricar.

Durante todo el tiempo que llevó el asunto, el consejo guardó silencio. Supuse que aquel documento era el testamento del rey, pero, una vez que hubo estampado el gran sello sobre la cera aún caliente, el rey, con un gesto, me pidió que me acercase.

Me llegué al lecho y me postré de rodillas.

—He ordenado algunas pequeñas donaciones, regalos de escasa importancia, simples recuerdos —dijo.

—Siempre fuisteis generoso, mi rey y señor —mentí, pero ¿qué otra cosa podía hacer en presencia de un hombre que estaba en las últimas?

—Esto es para vos —dijo, y escuché el hondo suspiro que emitió Ælswith cuando, de las endebles manos de su marido, me hice con el pergamino que aquel cura acababa de escribir—. Leedlo —me dijo—. No se os habrá olvidado, ¿verdad?

—Tuve un buen maestro: el padre Beocca.

—Como todo lo que sale de las manos del padre Beocca —dijo el rey, quejándose de dolor.

Un monje se acercó al lecho y le acercó una copa. El rey tomó un sorbo, y yo leí. Era una escritura de propiedad. El cura se había limitado a copiar la mayor parte del texto porque esos legajos son todos muy parecidos, pero, cuando lo hube leído, me quedé atónito: me entregaba unas tierras, y era una donación sin contrapartidas, no como aquella por la que, tiempo atrás, Alfredo me cediera una propiedad en Fifhiden. A diferencia de entonces, me cedía aquellas tierras sin pedirme nada a cambio, me las otorgaba a mí, a mis herederos o a quien yo tuviese a bien transmitir las en el futuro. En la escritura, se describían con todo detalle los límites de la propiedad y, por la extensión de la descripción, supuse que se trataba de una hacienda enorme. Había un río, y huertos y prados y aldeas y un caserío, y todo en un lugar llamado Fagranforda, en Mercia.

—Tierras que, en su día, fueron de mi padre —me aclaró Alfredo.

Sin saber qué decir, sólo acerté a farfullar unas palabras de agradecimiento.

Alargó su mano exánime, la tomé entre las mías y besé el rubí.

—Sabéis lo que quiero —dijo Alfredo, cuando aún tenía la cabeza inclinada sobre su mano—. Os cedo esa propiedad por voluntad propia —añadió— y, gracias a ella, os haréis rico, muy rico.

—Mi rey —musité, casi sin palabras.

Sus dedos, tan frágiles, se cerraron sobre mi mano.

—Dadme algo a cambio, Uhtred —me pidió—, dadme la satisfacción de que pueda morir tranquilo.

Hice, pues, lo que me pedía, aquello que no quería hacer, pero se estaba muriendo y, al final de su vida, se había mostrado generoso. ¿Cómo negar algo a un hombre en los últimos momentos de su vida? Me acerqué a Eduardo, me arrodillé ante él, coloqué mis manos entre las suyas y pronuncié el juramento de lealtad. Algunos de los presentes aplaudieron; otros mantuvieron un mutismo obstinado. Etelhelmo, el hombre que presidía el consejo regio, sonrió al pensar que estaría del lado de Wessex. Mi primo Etelredo se estremeció al darse cuenta de que, si me ponía a las órdenes de Eduardo, nunca podría proclamarse rey de Mercia; mientras, Etelwoldo debía de estar preguntándose si llegaría el día en que —si para conseguirlo tenía que pasar por encima de *Hálito-de-serpiente*—, recuperaría el trono que ocupara su tío Alfredo. Eduardo me obligó a ponerme en pie y me dio un abrazo.

—Os lo agradezco —susurró.

Era un miércoles, día de Odín o Woden, de octubre, octavo mes del año 899.

El día siguiente era el día dedicado a Thor. No dejó de llover en todo el día, enormes mantas de agua se abatieron sobre Wintanceaster.

—Hasta el cielo está llorando —me comentó Beocca, con los ojos arrasados en lágrimas—. El rey me pidió que le administrara los últimos sacramentos —añadió—, y así lo hice, pero me temblaban las manos.

Tan empeñado estaba en morir adecuadamente que, por lo visto, Alfredo había recibido los últimos consuelos de su religión a intervalos distintos, mientras curas y obispos se disputaban a quién correspondería el honor de ungir al rey y de ponerle un trozo de pan duro en la boca.

—El obispo Asser ya estaba preparado para darle el *viaticum* —me informó—, pero Alfredo pidió que fuera yo quien lo hiciera.

—Os tiene en gran aprecio —le dije—, siempre le habéis servido bien.

—He servido a Dios y al rey —dijo Beocca, mientras lo llevaba hasta un asiento cerca de la fogata que ardía en el espacioso recinto de Las Dos Grullas—. Esta mañana, ha tomado un poco de cuajada —continuó el cura con un gesto de satisfacción—. No mucho, tan sólo un par de cucharadas.

—No quiere comer —le dije.

—Pero tiene que hacerlo —me replicó mi viejo y querido amigo.

Había sido el cura y escribano de mi padre, aparte de mi tutor cuando era niño, pero, cuando mi tío usurpó los títulos del señorío, decidió alejarse de Bebbanburg. De origen humilde, había venido al mundo con graves defectos físicos: bizco hasta la exageración, una nariz deforme, la mano izquierda paralizada y un pie zopo. Fue mi abuelo quien se dio cuenta de lo inteligente que era el chaval y lo puso en manos de los monjes de Lindisfarena para que lo instruyesen. Beocca se hizo cura y, tras la traición de mi tío, eligió el exilio. Alfredo reparó en aquel cura inteligente y piadoso y, desde entonces, Beocca se dedicó en cuerpo y alma a servir al rey. Entonces ya era

viejo, casi tanto como el rey, y sus cabellos rojos y alborotados se le habían vuelto blancos y andaba encorvado, pero seguía siendo un hombre de inteligencia preclara y voluntad encomiable. Estaba casado con una danesa, una hermosura de mujer, la hermana de mi querido amigo Ragnar.

—¿Cómo está Thyra? —le pregunté.

—¡Bien, gracias a Dios, igual que los chicos! ¡Todo son bendiciones!

—Seréis un bendito muerto si seguís andando por la calle con la que está cayendo —le recomendé—. Cuanto más viejo, más pellejo.

Se rio entre dientes, y esbozó un leve gesto de protesta cuando insistí en que se quitase la capa empapada que llevaba y se echase una que estuviese en condiciones por encima de los hombros.

—El rey me ha pedido que viniera a veros —dijo.

—En todo caso, el rey debería haberme ordenado que yo fuera a veros —repuse.

—¡Vaya tiempo tan húmedo! —añadió—. No había visto llover así desde el año en que falleció el arzobispo Etelredo. El rey, sin embargo, ni se da cuenta de que llueve. Pobre hombre. No va a durar mucho entre nosotros.

—Pero os dijo que vinierais —le recordé.

—Porque quiere pedirnos un favor —continuó Beocca, con un ademán que me recordó su severidad de antaño.

—Decidme de qué se trata.

—Fagranforda es una gran hacienda —dijo el cura—. El rey ha sido generoso.

—También yo lo he sido para con él —repliqué.

Beocca agitó su mano lisiada, la izquierda, como si quisiera pasar por alto el comentario.

—En esas tierras hay cuatro iglesias y un monasterio —añadió, con viveza—, y el rey quiere que las conservéis como es debido, tal y como se recoge en sus escrituras fundacionales, y que no dejéis de cumplir vuestro deber.

—¿Y si me niego? —repuse con una sonrisa.

—Os lo suplico, Uhtred —pidió con un gesto de cansancio—, ¡toda la vida peleándome con vos!

—Mandaré al intendente que se haga cargo de todo —le prometí.

Me miró con su ojo bueno, como si quisiera sopesar hasta qué punto decía la verdad, y pareció satisfecho con lo que vio.

—El rey os lo agradecerá —concluyó.

—Pensaba que ibais a pedirme que dejase a Etelfleda —dije con picardía.

Con pocas personas me atrevería a hablar de la hija del rey, pero Beocca, que me conocía desde mozo, era una de ellas.

Al oírlo, se estremeció.

—El adulterio es un pecado mortal —me aleccionó, aunque sin demasiada insistencia.

—Y un delito también —comenté con sorna—. ¿Se lo habéis dicho a Eduardo?

Dudó un instante.

—Una locura de juventud —dictaminó—. Dios castigó a la muchacha y se la llevó al otro mundo.

—Hay que ver qué considerado es vuestro dios —dije con sarcasmo—, ¿cómo no se le ocurriría llevarse de paso a los regios bastardos?

—Están apartados de todos.

—Ya, con Eteflada.

Asintió.

—Quieren mantenerla alejada de vos, ¿lo sabéis?

—Estoy al tanto, sí.

—La tienen recluida en Santa Eudivigis —continuó.

—Pero he dado con la llave —repuse.

—¡Líbrenos Dios de todo mal! —exclamó Beocca, a la vez que se santiguaba.

—Al contrario que su marido, Eteflada es una mujer querida en Mercia —apostillé.

—Nadie lo ignora —comentó con indiferencia.

—Cuando Eduardo sea rey —añadí—, tendrá que ocuparse de Mercia.

—¿Por qué lo decís?

—Porque vendrán los daneses, padre —le expliqué—, y empezarán por Mercia. ¿Queréis que los señores de Mercia se pongan del lado de Wessex? ¿Queréis que las tropas del *fyrð* reclutadas en Mercia luchen en favor de Wessex? Eteflada es la única que puede persuadirlos.

—Igual que vos —dijo con confianza.

Me mofé de tal comentario con el desdén que merecía.

—Tanto vos como yo venimos de Northumbria, padre, y esta gente piensa que somos unos bárbaros que nos comemos a nuestros hijos para desayunar. Pero adoran a Eteflada.

—Lo sé.

—Si gracias a eso Wessex es un lugar más seguro, dejadla que peque cuanto quiera.

—¿Queréis que transmita eso al rey?

—Creo que deberíais decírselo a Eduardo —propuse riéndome—. Y decidle algo más de mi parte. Decidle que mate a Etewoldo. Que no tenga piedad, que no se deje llevar por sentimentalismos familiares ni por ese sentimiento de culpa tan propio de los cristianos. Que me dé la orden, que ya me encargaré yo de zanjar el asunto.

Beocca negó con la cabeza.

—Etewoldo es un necio —dijo, convencido—, y la mayor parte del tiempo un botarate que está borracho. Ha cortejado a los daneses, no os lo vamos a negar, pero ha reconocido sus pecados al rey y éste le ha perdonado.

—¿Perdonado?

—Anoche mismo —continuó Beocca—. Sus lágrimas anegaron el lecho del rey y

juró lealtad a su heredero.

No pude por menos que echarme a reír. La respuesta de Alfredo a mi advertencia había sido llamar a Etelwoldo a su presencia y creerse todas las idioteces que se le hubieran ocurrido a semejante majadero.

—Etelwoldo tratará de hacerse con el trono —aseveré.

—Juró todo lo contrario —replicó Beocca, con firmeza—. Nada menos que sobre la pluma de Noé y el guante de san Ceda.

La pluma era, al parecer, la de una paloma que Noé había soltado del arca en aquellos tiempos remotos en que había llovido tanto como el diluvio que, en aquel momento, se abatía sobre la techumbre de Las Dos Grullas. Aquella pluma y el guante del santo eran dos de las reliquias más preciadas de Alfredo, quien, sin duda, daría por buena cualquier cosa que, con ellas por testigo, se jurase.

—No creáis ni una palabra. Matadlo, o nos veremos en un buen lío.

—Lo ha jurado —dijo Beocca—, y el rey estaba delante.

—Etelwoldo es un mierda y un traidor —rezongué.

—Es sólo un idiota —rectificó Beocca, en tono desdeñoso.

—Pero un idiota con ambiciones, un necio que tiene todo el derecho del mundo a sentarse en el trono. Y quienes lo apoyen esgrimirán ese derecho.

—Ha dado su brazo a torcer, ha confesado, ha sido perdonado y habrá de cumplir la penitencia que se le imponga.

* * *

Qué tontos somos. Veo cómo una y otra vez, generación tras generación, tropezamos en la misma piedra, y aun así sólo nos atenemos a aquello que queremos oír. Aquella noche, en medio de una oscuridad cargada de humedad, repetí en voz alta lo mismo que me había dicho Beocca:

—«Que ha dado su brazo a torcer, que ha confesado, que ha sido perdonado y que habrá de cumplir la penitencia que se le imponga».

—¿Y se lo han creído? —me preguntó Eteflada, con una mirada ausente.

—Los cristianos son unos cretinos —repuse—: se creen cualquier cosa.

Me dio un codazo en las costillas, y me reí para mis adentros. La lluvia no dejaba de caer sobre la techumbre de Santa Eudivigis. No debería estar allí, como es natural, pero la abadesa, mi querida Hild, simulaba no darse por enterada. No estaba en la parte del monasterio reservada a las monjas de clausura, claro está, sino en una serie de edificios, la hospedería, que daban al exterior del convento y donde podían acceder los laicos. Allí estaban las cocinas donde se preparaba la comida para los pobres, un hospital donde iban a morir quienes carecían de techo y también aquella buhardilla donde habían recluido a Eteflada. Aunque no muy espacioso, no era un

apoyado desdeñable. La acompañaban sus doncellas, pero aquella noche les había dicho que bajasen a dormir a las despensas.

—Me contaron que andabas en tratos con los daneses —me dijo.

—Y así era. Con *Hálito-de-serpiente* como moneda de cambio.

—¿También trataste con Sigunn?

—Sí, pero ella se encuentra estupendamente.

—Sólo Dios sabrá por qué te sigo queriendo.

—A Dios no se le escapa nada.

No dijo nada. Se estiró a mi lado y se cubrió la cabeza y los hombros con la manta de piel. La lluvia seguía cayendo. Sus cabellos rubios me rozaban la cara. Era la mayor de los hijos de Alfredo, la había visto crecer hasta hacerse mujer, había visto cómo la felicidad que irradiaba su rostro se había tornado en un gesto de amargura cuando la obligaron a desposarse con mi primo, y había visto cómo había recuperado la alegría. Unas motitas marrones salpicaban aquellos ojos azules, en lo alto de una nariz pequeña y respingona. Tenía una cara encantadora, pero en aquel momento unas arrugas de preocupación cruzaban tan lindo rostro.

—Deberías hablar con tu hijo —me dijo en voz queda, desde debajo de la manta.

—Uhtred sólo me dice una sarta de beaterías que no entiendo —repuse—. Prefiero hablar con mi hija.

—Está bien, al igual que tu otro hijo. Los dos están en Cippanhamm.

—¿Por qué está Uhtred aquí?

—Porque el rey quería que estuviese aquí.

—Quieren que sea cura —dije, irritado.

—Igual que pretenden que me haga monja —replicó, no menos enfadada.

—¿Lo dices en serio?

—El obispo Erkenwald me leyó la fórmula de la profesión religiosa, y le escupí. La obligué a sacar la cabeza de debajo de la manta.

—¿Es eso cierto?

—El obispo Erkenwald y mi madre, en realidad.

—Cuéntame lo que pasó.

—Pues que se presentaron aquí —me dijo con voz cansina— e insistieron en que fuera a la capilla, donde el obispo Erkenwald me leyó durante un buen rato en su áspero latín. Luego, me plantó un libro delante, me dijo que pusiera la mano encima y que jurase que cumpliría los votos que él acababa de recitar.

—¿Lo hiciste?

—Te lo acabo de decir: le escupí.

Callé durante un momento.

—Esto es cosa de Eitelredo, ha debido de convencerlos.

—Que quiere repudiarme, de eso no me cabe duda, pero mi madre dijo que era voluntad de mi padre que abrazase los votos.

—Mira que me extraña —le dije.

—Así que regresaron a palacio y dijeron que había profesado los votos.

—Y pusieron guardias en la puerta —añadí.

—Creo que era para que no te acercaras por aquí —conjeturó—, pero acabas de decirme que ya no están.

—Así es, se han ido.

—¿De modo que puedo marcharme?

—Ya lo hiciste ayer.

—Los hombres de Steapa me llevaron a palacio —repuso—, y me trajeron de vuelta.

—Ahora no hay guardias.

—Ojalá hubiera nacido hombre —dijo frunciendo el ceño.

—Me encanta que no fuera así.

—Ahora sería rey —añadió.

—Eduardo será un buen rey.

—Sin duda —convino—, aunque indeciso a veces. Yo lo habría hecho mejor.

—Estoy seguro.

—Pobre Eduardo —se lamentó.

—¿Pobre? Pronto será rey.

—Pero ha perdido a su amada.

—Pero los pequeños viven.

—Así es —reconoció.

Creo que, de todas las mujeres que han pasado por mi vida, Gisela fue a quien más quise. De todas ellas, sin embargo, Etelfleda era la más parecida a mí. Me leía el pensamiento. A veces, empezaba a decir algo y ella concluía la frase. Hubo un tiempo en que nos bastaba una mirada para saber lo que pensábamos cada uno. De todos los amigos que he tenido, ninguno me ha sido tan querido como Etelfleda.

En algún momento, en medio de aquella noche lienta, el día de Thor dejó paso al día de Freya, esposa de Odín o Woden, diosa del amor, y, durante todo el día, siguió lloviendo. Por la tarde, se levantó viento, un viento racheado que parecía que fuera a llevarse por delante las techumbres de Wintanceaster, arrastrando aquella lluvia implacable. Aquella misma noche, el rey Alfredo, que había regido los destinos de Wessex durante veintiocho años, falleció a la edad de cincuenta años.

* * *

Al día siguiente por la mañana ya no llovía; el viento había amainado. Aparte de los cerdos que hozaban por la calle, el canto estridente de los gallos, aullidos o ladridos de perros y el ruido sordo de las botas de los centinelas contra los tablones empapados de los adarves de las murallas, en Wintanceaster reinaba el silencio. La

gente andaba como aturdida. A media mañana, una campana comenzó a tocar a muerto, un tañido solitario, incesante, un sonido que se apagaba entre los prados anegados del valle del río sólo para retornar con brutal intensidad. El rey ha muerto. Larga vida al rey.

Etefleda dijo que quería ir a rezar a la capilla de las monjas. La dejé en Santa Eudivigis y, caminando, me fui por las calles silenciosas hasta el palacio. Entregué mi espada en la garita del cuerpo de guardia en la puerta, y vi a Steapa, solo, sentado en la explanada de la entrada. Unas lágrimas rodaban por aquel rostro ceñudo, de piel curtida, que tanto terror había inspirado a los enemigos de Alfredo. Me senté a su lado en el banco, sin decir ni media palabra. Una mujer pasó por delante a toda prisa, cargada con un montón de sábanas dobladas. Aunque el rey hubiera muerto, había sábanas que lavar, estancias que barrer, cenizas que retirar, leña que acarrear, grano que moler. Una veintena de caballos ensillados esperaban en un extremo del patio. Me imaginé que serían para los correos que se disponían a llevar la noticia de la muerte del rey a todos los rincones del reino. En su lugar, de un pasadizo, salió un puñado de hombres con cotas de malla y yelmos, que se encaramaron a las caballerías.

—¿Son de los vuestros? —pregunté a Steapa, que les dirigió una mirada desabrida.

—No, no son de los míos.

Eran hombres de Etelwoldo. El fue, precisamente, el último en aparecer; como los otros, dispuesto para el combate, con cota de malla y yelmo. Tres criados les llevaron las espadas que habían dejado en la garita de la entrada. Los hombres se entretuvieron un rato en buscar cada uno la suya y se ciñeron tahalíes y espadas a la cintura. Etelwoldo se hizo con su espada de guerra, un criado le aseguró el tahalí y, luego, lo ayudó a subirse a su montura, un imponente caballo de guerra de color azabache. Se percató de mi presencia, espoleó al animal, se acercó a donde yo estaba y sacó la espada de la vaina. No me moví del sitio, y detuvo el caballo a unos pocos pasos de mí. El animal pateó el empedrado con los cascos, arrancando chispas del suelo.

—Un día triste, lord Uhtred —me dijo, con la espada desenvainada y apuntando al suelo. Ardía en deseos de emprenderla conmigo, pero no se atrevió. Era un ambicioso, sí, pero también un pusilánime.

—¡Cuánta razón tenéis, príncipe! —repuse, contemplando aquel rostro alargado, tiempo atrás tan apuesto, devastado por la bebida, la ira y el resentimiento, cuyas sienes empezaban a blanquear.

Estaba midiendo qué posibilidades tendría contra mí, estudiando la distancia que habría de recorrer con la espada, calculando cuánto tardaría en llegar al arco de la puerta tras la embestida. Echó un vistazo por el patio para hacerse una idea de cuántos hombres de la guardia real andaban por allí: sólo había dos. En un abrir y cerrar de ojos, podría haber arremetido contra mí, dejar que los suyos se ocuparan de los otros dos y haber escapado. Pero pareció dudar. Uno de los suyos espoleó su

montura y se le acercó. El hombre en cuestión se cubría con un yelmo; las carrilleras sólo me permitían verle los ojos. Llevaba un escudo a la espalda, con la cabeza pintada de un toro con los cuernos ensangrentados. El caballo que montaba estaba nervioso y le propinó un buen pescozón. Vi las cicatrices en las ijadas del animal, allí donde le había clavado las espuelas con saña. Se inclinó a Etelwoldo y le susurró algo al oído hasta que Steapa, puesto en pie, interrumpió lo que le estuviera diciendo. Era un hombre imponente, aterrador de tan alto y fornido como era, y, como comandante de la guardia personal del rey, podía andar por las dependencias del palacio sin desprenderse de la espada. Echó mano a la empuñadura y, de inmediato, Etelwoldo trató de envainar como pudo la espada que blandía.

—Me preocupaba que, con este tiempo tan húmedo, se me fuera a herrumbrar, pero parece ser que no.

—¿La untáis con grasa de oveja? —le pregunté.

—Eso se lo dejo a mi criado —replicó irritado, antes de envainar la espada.

El hombre que llevaba el escudo con el toro de cuernos ensangrentados se me quedó mirando desde la penumbra de su yelmo.

—¿Os veré para las exequias? —pregunté a Etelwoldo.

—Y para la coronación —repuso, taimado—. Antes he de atender algunos asuntos en Tweoxnam —añadió con una sonrisa, cargada de negros presagios—. Mi hacienda no es tan grande como la de Fagranforda, lord Uhtred, pero sí lo bastante como para que no la deje desatendida aun en días tan tristes —dijo, haciéndose con las riendas y clavándole las espuelas a su caballo de guerra, que se puso en marcha.

Los suyos se fueron tras él; los cascos de sus monturas resonaron contra el pavimento de piedra.

—¿Quién es ese que lleva una cabeza de toro pintada en el escudo? —pregunté a Steapa.

—Sigebriht de Cent —contestó, sin perder de vista a los hombres que pasaban bajo el arco—. Un imbécil, joven y rico.

—¿Y los otros? ¿Eran de los suyos o eran hombres de Etelwoldo?

—Etelwoldo cuenta con gente armada —repuso Steapa—. Se lo puede permitir. Disfruta de las propiedades de su padre en Tweoxnam y Wimburnan. Es rico, pues.

—Debería estar muerto.

—Se trata de un asunto de familia —replicó—. Nada que tenga que ver con vos o conmigo.

—Pero seremos vos y yo quienes hayamos de resolver el asunto por el bien de la familia —predije.

—Estoy muy mayor para esas cosas —rezongó.

—¿Qué edad tenéis?

—¡No tengo ni idea! —contestó—. ¿Cuarenta, quizá?

A través de una puerta disimulada en la muralla del palacio, por un sendero cubierto de hierba empapada, me condujo hasta la antigua iglesia de Alfredo, al pie

de la nueva catedral. Como telas de araña, unos andamios se alzaban hasta lo alto de la gran torre de piedra, inconclusa. Unos cuantos ciudadanos se apiñaban a la puerta de la vieja iglesia. No se oía una voz; estaban de pie y parecían ajenos a cuanto pasaba a su alrededor, echándose a un lado con lentitud al ver que Steapa y yo nos acercábamos. Algunos tenían la cabeza gacha. La puerta estaba custodiada por seis de los hombres de Steapa que, al vernos, retiraron las lanzas que cerraban el paso.

Al entrar en la vieja iglesia, Steapa se santiguó. Hacía frío allí dentro. Los muros de piedra estaban pintados con escenas de las Escrituras cristianas; oro, plata y cristal resplandecían en los altares. El sueño de cualquier danés, pensé: tesoros suficientes como para comprar una flota repleta de hombres armados.

—Decía que era una iglesia muy pequeña —comentó Steapa con asombro mientras contemplaba las vigas que, en lo alto, sostenían el techo; unos pájaros cruzaron el aire—. El año pasado anidó un halcón allí arriba —añadió.

Al pie del altar mayor, los restos mortales del rey ya estaban en la iglesia. Un arpista interpretaba una melodía, acompañada en la penumbra por las voces del coro del hermano John. Me pregunté si mi hijo andaría entre ellos, pero me dio la impresión de que no era así. Unos curas musitaban sus plegarias en los altares laterales o permanecían de rodillas junto al ataúd del rey. Alfredo tenía los ojos cerrados, con un lienzo blanco alrededor del rostro para cerrarle la boca, donde asomaba una corteza, presumiblemente dispensada por algún cura que le había introducido un trozo del pan sagrado de los cristianos entre los labios. Estaba revestido con la túnica blanca de los penitentes, la misma que en cierta ocasión, años antes, cuando Etelwoldo y yo recibimos la orden de postrarnos ante un altar, me hubiera obligado a vestir. A mí, no me había quedado más remedio que aguantar la humillación, pero Etelwoldo había convertido aquella ceremonia indigna en una farsa, fingiendo que la culpa lo consumía y proclamando su remordimiento a los cuatro vientos: «¡No más tetas, Señor, no más tetas! ¡Apártame de las tetas!». Recordé cómo Alfredo, sin ocultar su disgusto, se había dado media vuelta.

—Exanceaster —dijo Steapa.

—Ambos estábamos pensando en el mismo día —comenté.

—Llovía, y tuvisteis que ir de rodillas por el campo hasta el altar. Lo recuerdo como si fuera hoy.

Aquella había sido la primera vez que, entre asustado y aterrado, había visto a Steapa en mi vida. Más tarde, habíamos peleado juntos y nos habíamos hecho amigos, pero todo se me antojaba tan lejano, mientras permanecía de pie junto al ataúd que contenía los restos de Alfredo, y pensaba en cómo se pasaba la vida y cómo, a lo largo de casi toda la mía, el rey había sido para mí como un indicador en el camino. Nunca me había caído bien. Había luchado contra él y también de su parte; había echado pestes de él y le había agradecido lo que había hecho por mí; lo había detestado y admirado a partes iguales. Abominaba de su religión y de su gélida mirada de censura, de aquella astucia que tan bien sabía cómo envolver en una

benevolencia que se me antojaba fingida; de su fidelidad a un dios que privaría al mundo, calificándolo de pecado, de todo atisbo de alegría. Pero, gracias a su religión, también había sido un buen hombre y un buen rey.

Tampoco olvidaba que el alma acongojada de Alfredo había sido como una roca contra la que nada habían podido los daneses. Una y otra vez habían atacado y, otras tantas, Alfredo los había derrotado, y Wessex se había hecho más fuerte y más próspero, todo gracias a Alfredo. Pensamos que los reyes son seres privilegiados que deciden sobre nuestras vidas y tienen libertad para hacer, deshacer y echar mano de las leyes cuando les viene en gana, pero Alfredo nunca se colocó por encima de aquellas leyes que tanto le gustaba dictar. Entendía la vida como un deber que tenía para con su dios y para con el pueblo de Wessex. Nunca he conocido un rey mejor, y dudo que mis hijos, mis nietos o mis tataranietos lleguen a conocer a alguno que lo supere. Nunca me gustó, pero nunca dejé de admirarlo. Era mi rey y todo lo que tengo se lo debo: la comida que paladeo, la casa donde vivo y las espadas que llevan mis hombres, todo eso comenzó con Alfredo, que, a veces, me odiaba, y otras, me recompensaba con largueza. Era un dispensador de riquezas.

Lágrimas rodaban por las mejillas de Steapa. Algunos de los curas que estaban arrodillados junto al féretro lloraban a lágrima viva.

—Esta noche cavarán una fosa para el rey —dijo Steapa, señalando al altar mayor, rebosante de los rutilantes relicarios que Alfredo en tan gran estima tenía.

—¿Lo van a enterrar ahí? —le pregunté.

—Hay una cripta —me dijo—, pero hay que abrirla. Una vez que la nueva iglesia esté concluida, trasladarán allí sus restos.

—¿Y las exequias? ¿Se celebrarán mañana?

—Dentro de una semana, quizá. Hay que dar tiempo para que la gente pueda acercarse hasta aquí.

Nos quedamos durante un buen rato en la iglesia, saludando a algunos de los hombres que acudían al velatorio. A eso del mediodía, acompañado por un grupo de nobles, se presentó el nuevo rey. Eduardo era alto, de cara alargada, labios finos y unos cabellos muy negros que se peinaba hacia atrás. Me pareció tan joven... Llevaba una túnica azul, ceñida con un cinturón de cuero con incrustaciones de oro, y se cubría con una capa de color negro que llegaba hasta el suelo. No ceñía corona alguna, porque aún no había sido coronado, pero sí portaba una diadema de bronce en la cabeza.

Reconocí a la mayor parte de los *ealdormen* que venían con él, Etelnoth, Wilfrith y, como es natural, Etelhelmo, su futuro suegro, que no se apartaba del padre Coenwulf, confesor y director espiritual de Eduardo. Con él, venía además media docena de hombres más jóvenes a quienes no conocía. Entonces fue cuando vi a mi primo, Etelredo, quien, al reparar en mí, se detuvo. Al acercarse al féretro con los restos de su padre, Eduardo le hizo una seña para que se le uniese. Steapa y yo doblamos una rodilla y así nos quedamos, mientras Eduardo permanecía arrodillado a

los pies del ataúd de su padre, rezando con las manos juntas. Los guardias que lo acompañaban se arrodillaron también. No se oía un murmullo. El coro no dejaba de cantar, mientras el humo del incienso impregnaba el aire que surcaban unos rayos de sol.

Etelredo tenía los ojos cerrados, como si estuviera rezando. En su rostro se dibujaba la ira y parecía mayor de lo que era, quizá porque había estado enfermo y, al igual que quien había sido su suegro, Alfredo, era propenso a sufrir ataques repentinos. Sin dejar de hacerme algunas preguntas para mis adentros, me dediqué a observarlo. Debía de haber confiado en que la muerte de Alfredo bastaría para aflojar los lazos que unían su señorío, el de Mercia, a Wessex. Debía de haber esperado que se celebraran dos coronaciones, una en Wessex y otra en Mercia, y debía de haberse enterado de que Eduardo estaba al tanto de tales planes. Su mujer, tan querida en Mercia, a quien había tratado de apartar de todo recluyéndola en el convento de Santa Eudivigis, se interponía en su camino; el otro obstáculo era, por supuesto, el amante de su esposa.

—Lord Uhtred —dijo Eduardo, abriendo los ojos, pero sin separar las manos, como si aún estuviera rezando.

—¿Mi señor?

—¿Os quedaréis para las exequias?

—Sí, si tal es vuestro deseo, mi señor.

—Así es —repuso—. Luego, no sería mala cosa que os dierais una vuelta por vuestra hacienda de Fagranforda —añadió—. Estoy seguro de que tenéis tarea por delante.

—Como digáis, mi señor.

—Pediré a lord Etelredo —continuó Eduardo con voz alta y resoluta— que se quede a mi lado durante unas cuantas semanas para aconsejarme. Habré de actuar con prudencia, y no se me ocurre nadie mejor para procurarme juiciosas recomendaciones.

Monsergas, como es de suponer. Cualquier charlatán le daría mejores consejos que los que pudieran salir de boca de Etelredo. No eran las recomendaciones de mi primo lo que Eduardo andaba buscando. Quería tener a Etelredo a su alcance, allí donde no pudiera suscitar desórdenes, al tiempo que me enviaba a mí a Mercia para reforzar los lazos de aquel territorio con el reino de los sajones del oeste. Y porque sabía que si yo iba a Mercia, su hermana me seguiría. No se me movió ni un músculo de la cara.

Un gorrión pasó volando en lo alto de la iglesia, y sus heces, húmedas y blanquecinas, fueron a caer en el rostro sin vida de Alfredo, salpicándole desde la nariz hasta la mejilla izquierda.

Un presagio tan funesto, tan terrible, que todos los que estábamos alrededor del féretro contuvimos la respiración.

En ese momento, uno de los guardias que estaban a las órdenes de Steapa

irrumpió en la iglesia y, a toda prisa, recorrió la larga nave, sin arrodillarse siquiera. Se quedó mirando a Eduardo, luego se volvió a Etelredo y, por fin, reparó en mí. Parecía no saber qué decir hasta que Steapa, con un bufido, le instó a hablar.

—Se trata de la dama Etelfleda —informó el soldado.

—¿Qué le ocurre? —se inquietó Eduardo.

—Que lord Etelwoldo se la ha llevado por la fuerza del convento, mi señor. La han raptado y se han marchado.

La pelea por Wessex acababa de comenzar.

Capítulo VII

Etelredo se echó a reír. A lo mejor sólo fue una reacción nerviosa pero, en aquella vieja iglesia de muros de piedra, sus carcajadas retumbaron como una burla. Cuando el eco se extinguió, sólo escuché las gotas de agua que caían al suelo de la nave desde la techumbre empapada por la lluvia.

Eduardo se me quedó mirando. Luego, volvió los ojos a Etelredo y, por fin, dirigió una mirada a Etelhelmo. Parecía perplejo.

—¿Adónde tenía pensado ir lord Etelwoldo? —preguntó Steapa, con sentido común.

—Las monjas aseguraban que le oyeron decir que iba a Tweoxnam —contestó el mensajero.

—¡Pero si acaba de prestarme juramento de fidelidad! —se revolvió Eduardo.

—Siempre fue un mentiroso, un malnacido —estallé, sin dejar de mirar al hombre que nos había dado la noticia—. ¿Y dijo a las monjas que iba a Tweoxnam?

—Así es, mi señor.

—Lo mismo que me dijo a mí.

Eduardo reflexionó un momento.

—Que todos los hombres tengan sus armas y sus caballos a punto, y que se preparen para dirigirse a Tweoxnam —ordenó a Steapa.

—¿Es ésa la única hacienda que es de su propiedad, mi rey? —pregunté.

—Es dueño también de Wimburnan —dijo Eduardo—, ¿por qué lo preguntáis?

—¿No es en Wimburnan donde está enterrado su padre?

—Sí.

—En tal caso, es allí adonde se dirige —repuse—. Ha hablado de Tweoxnam para confundirnos. Cuando uno raptar a alguien, no va diciendo a sus perseguidores a dónde piensa llevarlo.

—Pero, ¿por qué raptar a Etelfleda? —se preguntó Eduardo, sin entender la razón.

—Porque quiere que Mercia se ponga de su parte —repliqué—. ¿Vuestra hermana se lleva bien con él?

—¿Que si se lleva bien con él? Todos tratamos de llevarnos lo mejor posible —dijo Eduardo—. Es primo nuestro.

—Piensa que puede convencerla y que Mercia se ponga de su lado —aventuré, aunque me callé que Mercia no sería su único objetivo. Si Etelfleda se ponía de parte de su primo, muchos de los hombres de Wessex se aprestarían a brindarle su apoyo.

—¿Vamos, pues, a Tweoxnam? —preguntó Steapa, impacientándose.

Eduardo dudó, meneó la cabeza y me miró.

—Las dos haciendas están muy cerca —añadió vacilante, hasta que cayó en la cuenta de que era el rey y tomó una decisión—, vamos a Wimburnan —ordenó.

—Y yo voy con vos, mi rey —añadí.

—¿Por qué? —se descolgó Etelredo, sin tener ni siquiera la cabeza de pensar antes de hablar ni disponer del tiempo necesario para darse cuenta de la barbaridad que acababa de preguntar. El rey y los *ealdormen* parecían apurados.

Dejé la pregunta sin respuesta hasta que el eco de sus palabras se perdió y, con una sonrisa, respondí:

—Para defender el honor de la hermana del rey, como es natural.

Cuando salíamos hacia allí, todavía seguía riéndome para mis adentros.

* * *

Los preparativos nos llevaron un buen rato, como siempre. Había que ensillar los caballos, distribuir las cotas de malla, recoger los estandartes. Mientras las tropas del rey se aprestaban a la tarea, Osferth y yo nos acercamos a Santa Eudivigis, donde la abadesa Hildegyth estaba hecha un mar de lágrimas.

—Nos dijo que reclamaban su presencia en la iglesia —me explicó—, que se había reunido toda la familia para rezar por el alma de su padre.

—Hicisteis lo correcto —repuse.

—¡Pero se la ha llevado!

—No le hará daño —procuré tranquilizarla.

—Pero... —y no pudo continuar. Me di cuenta de que se acordaba de la vergüenza que había pasado cuando, muchos años atrás, unos daneses la habían violado.

—Es la hija de Alfredo, y quiere tenerla de su parte —le dije—, no ponerla en contra suya. Si ella lo apoya, su legitimidad se verá reforzada.

—Pero sigue siendo una rehén —replicó Hild.

—Lo sé, pero nosotros la traeremos de vuelta.

—¿Cómo?

Toqué la empuñadura de *Hálito-de-serpiente* y le mostré el pomo con la cruz de plata incrustada, que ella me había regalado hacía mucho tiempo.

—Gracias a esto —refiriéndome a la espada, por supuesto, que no a la cruz.

—No deberíais llevarla en un convento de monjas —me dijo, con severidad simulada.

—Son tantas las cosas que no debería hacer en un recinto como éste —repuse—, pero a lo hecho, pecho.

La abadesa suspiró.

—¿Qué piensa sacar en limpio Etelwoldo de todo este asunto?

Fue Osferth quien le dio la respuesta.

—Piensa que podrá convencerla de que es él quien ha de ser rey, igual que espera ganarse a lord Uhtred y ponerlo de su parte —dijo, encarándose conmigo. En ese

instante, me recordó muchísimo a su padre—. No me cabe duda —continuó, tajante— de que les prometerá cualquier cosa, como que les permitirá contraer matrimonio, incluso les ofrecerá el trono de Mercia como señuelo. No sólo quiere el apoyo de la dama Etelfleda, quiere que también lord Uhtred esté de su lado.

La verdad es que ni lo había pensado y su observación me pilló desprevenido. Etelwoldo y yo habíamos sido amigos, pero de eso hacía ya mucho tiempo, cuando ambos éramos jóvenes y estábamos unidos por la inquina que Alfredo nos inspiraba. El resentimiento de Etelwoldo había ido a más hasta convertirse en odio, mientras que yo, aun a regañadientes, había llegado a admirar al rey. Por esa razón, nuestra amistad se había enfriado.

—Es un necio —comenté—, siempre lo ha sido.

—Pero un necio que va a por todas —añadió Osferth—, un necio que sabe que ésta es su última oportunidad de hacerse con el trono.

—No me pondré de su parte —prometí a Hild.

—Basta con que la traigáis de vuelta —repuso la abadesa y, a lomos de nuestras monturas, nos pusimos en camino para dar cumplida satisfacción a sus deseos.

Así fue cómo un pequeño ejército se dirigió hacia el oeste. En el centro, Steapa y los hombres de la guardia del rey, a quienes se unieron todos los hombres de armas de Wintanceaster que disponían de un caballo. Hacía un día radiante; las nubes que tanta lluvia nos habían dejado daban paso a un cielo luminoso. Nos adentramos en las tierras agrestes del sur de Wessex, donde ciervos y potros salvajes corrían por bosques y brezales, y donde, gracias al suelo, tan húmedo, era fácil seguir las huellas de las caballerías de la partida de Etelwoldo. Eduardo cabalgaba un poco por detrás de quienes iban en cabeza; a su lado, el portaestandarte enarbolaba el pendón del dragón blanco. El cura que velaba por él, el padre Coenwulf, con los negros faldones de la sotana recogidos en la grupa de la montura, se mantenía a la altura del rey, igual que los dos *ealdormen*, Etelnoth y Etelhelmo. Etelredo también se unió a la partida. Puesto que de rescatar a su esposa se trataba, no le había quedado otra salida. Con todo, tanto él como los suyos marchaban en la retaguardia, lejos de la posición que ocupábamos Eduardo y yo. Y recuerdo que pensé si no seríamos demasiados, que media docena de hombres habrían bastado para reducir a un botarate como Etelwoldo.

Otros hombres se nos unieron por el camino: dejaban sus haciendas y seguían el estandarte del rey. Para cuando dejamos atrás los brezales, debíamos de ser unos trescientos jinetes. Steapa había enviado exploradores por delante; a su regreso, nos informaron de que no habían visto a nadie, lo que nos llevó a pensar que Etelwoldo nos esperaba tras la empalizada que defendía su casona. En un momento dado, espoleé el caballo y me aparté a un lado del sendero para llegarme a lo alto de una suave colina y otear el horizonte. Al cabo de un rato, separándose de los hombres de su guardia, Eduardo se presentó a mi lado.

—Mi padre me dijo que confiara en vos —comenzó.

—¿Y dudáis de su palabra, mi rey? —repuse.

—Pero mi madre me dice que no debo fiarme de vos.

Me eché a reír. Y Ælswith, la que había sido la mujer de Alfredo, nunca había podido verme; lo mismo me pasaba a mí.

—Nunca he contado con la aprobación de vuestra madre —repliqué, con tacto.

—Y Beocca me asegura que queréis acabar con mis hijos —prosiguió, sin ocultar el malestar que sentía.

—No es una decisión que a mí me corresponda tomar, mi rey —le dije. Se quedó sorprendido—. Hace veinte años que vuestro padre —le expliqué— debería haber cortado el cuello a Etelwoldo, pero no lo hizo. Vuestros peores enemigos, mi rey, no son los daneses, sino los hombres más cercanos a vos, aquellos que sueñan con ceñirse esa corona. Vuestros hijos ilegítimos serán un problema para vuestros vástagos legítimos. No se trata de un asunto que a mí me concierna. Pero sí que es cosa vuestra.

Movió la cabeza haciendo un gesto afirmativo. Era la primera vez que estábamos a solas desde la muerte de su padre. Sabía que yo le caía bien, pero también que conmigo se sentía cohibido. Sólo me había conocido como guerrero y, al revés que su hermana, de niños no habíamos sido compañeros de juego. Se quedó callado durante un rato, mientras observaba el pequeño ejército que, a nuestros pies, en columna y con los pendones refulgiendo al sol, se dirigía hacia el oeste. Tras la lluvia, el campo parecía resplandecer.

—No son ilegítimos —dijo, por fin, en voz baja—. Me casé con Ecgwynn, en una iglesia y como Dios manda.

—A vuestro padre no le pareció bien —comenté.

Eduardo se estremeció.

—Montó en cólera, igual que mi madre.

—¿Y qué hay del *ealdorman* Etelhelmo, mi rey? —insistí—. Porque no se va a poner muy contento cuando se entere de que los hijos de su hija no son los mayores.

Apretó las mandíbulas.

—Se le dijo que no me había casado —apuntó, altivo.

De modo que, al percatarse de la cólera de sus padres, Eduardo había dado su brazo a torcer. De cara a la galería, había accedido a la pretensión de que los hijos que había tenido con la dama Ecgwynn eran bastardos y, a la vista estaba, semejante decisión lo entristecía.

—Mi señor —le dije—, ahora sois el rey. Podéis declarar a los gemelos como hijos legítimos vuestros. No en vano sois el rey.

—Si ofendo a Etelhelmo —se preguntó angustiada—, ¿cuánto tiempo lo seguiría siendo?

Su futuro suegro era el más poderoso de los nobles de Wessex, el hombre que manejaba los hilos del *witan*, sin contar con la estima de que gozaba en el reino.

—Mi padre siempre me insistía en que el *witan* puede poner o quitar a un rey —

añadió Eduardo—, y mi madre insiste en que tenga en cuenta sus recomendaciones.

—Sois el mayor de los hijos varones, por eso sois el rey.

—Dejaré de serlo si pierdo el apoyo de Etelhelmo y Plegmund —dijo.

—Cierto —añadí a regañadientes.

—De modo que los gemelos han de ser tratados como hijos ilegítimos —continuó con honda tristeza—, y seguirán siendo bastardos hasta que tenga el poder de cambiar tal condición. Mientras llega ese momento, he de mantenerlos a salvo. Por eso los dejé al cuidado de mi hermana.

—Es decir, a mi cuidado —repuse sin dudar.

—Eso es —añadió, mirándome a la cara—, siempre y cuando me prometáis que no vais a matarlos.

—No suelo matar niños, mi rey. Por lo general, espero a que crezcan —repliqué, con una risotada.

—Así ha de ser —convino, antes de ponerse muy serio—. ¿No vais a restregarme mi pecado, no es así?

—¿Yo? Soy un pagano a vuestro servicio, mi señor —le dije—, ¿qué se me da a mí el pecado?

—En ese caso, cuidaréis de mis hijos —concluyó.

—Lo haré, mi señor —le prometí.

—Y ahora, decidme qué he de hacer con Etelredo —continuó.

Me quedé mirando a las tropas de mi primo, que marchaban en la retaguardia.

—Quiere ser el rey de Mercia —contesté—, pero sabe que necesita el apoyo de Wessex si quiere mantenerse, de modo que no se hará con el trono sin contar con vuestra aprobación, y vos no se la daréis.

—No lo haré —aseguró Eduardo—, pero mi madre insiste en que lo necesitamos como aliado.

«Mujer mezquina y miserable», pensé para mis adentros. Siempre le había gustado Etelredo, igual que siempre había desaprobado la conducta de su hija. Pero aquello que con tanto ahínco defendía sólo en parte era verdad. Cierto que Etelredo podía aportar mil hombres al campo de batalla en un momento dado, y que, si en algún momento, Wessex tomase la decisión de atacar a los poderosos señores daneses del norte, tales refuerzos serían indispensables, pero como en no menos de cien ocasiones había hecho ver a Alfredo, nunca debería pasar por alto que Etelredo esgrimiría mil excusas con tal de que los suyos no se movieran de su lado.

—¿Qué os ha pedido Etelredo en esta ocasión?

No me respondió de forma directa; se limitó a mirar al cielo y, luego, al oeste de nuevo.

—Os odia.

—Igual que a vuestra hermana —repuse sin andarme con zarandajas.

Asintió.

—Quiere que Etelfleda vuelva al... —comenzó a decir, pero se detuvo al oír el

bramido de un cuerno.

—Quiere que Etelfleda vuelva a su lado o recluirla en un convento —concluí.

—Sí, eso es lo que quiere —convino Eduardo, antes de quedarse mirando al sendero, de donde llegó un segundo mugido de cuerno—. Pero soy yo a quien van buscando —dijo, mientras miraba al padre Coenwulf que agitaba las manos para reclamar nuestra atención.

Vi cómo un par de los hombres de Steapa se acercaban a todo galope a la cabecera de la columna. Eduardo espoleó su montura y enfilamos ladera abajo para ponernos a su lado, cuando descubrimos que los dos exploradores ayudaban a un cura que apenas podía sostenerse en la silla de su montura y pretendía arrodillarse ante el rey.

—¡Mi señor, mi rey y señor! —acertó a decir el cura, con la respiración entrecortada.

—¿Quién sois? —le preguntó Eduardo.

—Soy el padre Edmund, mi señor.

Venía de Wimburnan, donde ejercía su magisterio, y nos contó cómo Etelwoldo había ordenado que en la ciudad ondease su estandarte y se había autoproclamado rey de Wessex.

—¿Qué estáis diciendo?

—Yo mismo leí la proclama, mi señor, a las puertas de Santa Cuthberga.

—¿Que se ha autoproclamado rey?

—Asegura que él es el rey de Wessex, mi señor. Y reclama que todos se dispongan a prestarle juramento de lealtad.

—¿Con cuántos hombres cuenta? —le pregunté.

—No lo sé, mi señor —contestó el padre Edmund.

—¿Visteis a alguna mujer? —insistió Eduardo—. ¿A mi hermana, por casualidad?

—¿Os referís a la dama Etelfleda? Claro, mi señor, estaba a su lado.

—¿De cuántos hombres dispone, de veinte o de doscientos? —volví a preguntarle.

—No sabría decirlo, mi señor. De muchos.

—¿Ha enviado correos a los otros señores? —volví a la carga.

—A sus grandes aparceros, a sus *thegns*, mi señor. Tal fue el cometido que me encargó, que regresase con hombres.

—Y hete aquí que os habéis encontrado conmigo —repuso Eduardo, con voz afable.

—Está reuniendo un ejército —dije.

—La milicia popular de la comarca, el *fyrð* —comentó Steapa, con desdén.

Según los planes que se había forjado en la cabeza, Etelwoldo trataba de actuar con prudencia, virtud de la que carecía. Había recibido enormes heredades de su padre, Alfredo había cometido la ligereza de dejarlas en sus manos y ahora Etelwoldo

exigía de sus aparceros que, con las armas que tuvieran a mano, formasen un ejército con el que, por lo visto, se disponía a marchar sobre Wintanceaster. Tales tropas no podían ser otras que las del *fyrð*, es decir, un ejército popular formado por campesinos, carpinteros, techadores y peones, que habrían de hacer frente a los hombres de la guardia real de Eduardo, guerreros bien adiestrados. El *fyrð* era una fuerza a tener en consideración a la hora de defender un fortín o de impresionar al enemigo con un despliegue numeroso de tropas, pero a la hora de luchar, de tener que hacer frente a la espada de un danés o a un hombre del norte cegado por la ambición, hacían falta guerreros de verdad. Más le hubiera valido quedarse en Wintanceaster, asesinar a todos los hijos de Alfredo y luego enarbolar su estandarte. Pero como el necio que era había vuelto a sus tierras, y allí nos dirigíamos, pero con guerreros de verdad.

El día tocaba ya a su fin cuando llegamos cerca de Wimburnan. El sol, bajo por el oeste, alargaba las sombras sobre las fértiles laderas que daban cobijo a los prados donde pacían las ovejas y el ganado de Etelwoldo. Aparecimos por el este, y nadie trató de impedirnos que llegáramos a la pequeña población, construida entre dos ríos que confluían cerca de una iglesia de piedra que sobresalía por encima de unos oscuros techos de paja. Allí, en aquella iglesia, estaba enterrado el rey Etelredo, hermano de Alfredo y padre de Etelwoldo; un poco más allá, y rodeada por una alta empalizada, la mansión de Etelwoldo, donde ondeaba el enorme estandarte de su casa: un ciervo blanco encabritado de mirada feroz, con dos cruces a modo de cuernas. El sol bajo alcanzaba el lienzo agitado por una suave brisa, de forma que el campo carmesí del estandarte parecía un restallido apagado de sangre ardiente a la última luz del día.

Cabalgamos hacia el norte rodeando la ciudad. Tras vadear el pequeño río, enfilamos una suave pendiente que ascendía hasta uno de esos baluartes que, en tiempos, nuestros antepasados erigieran por toda Britania. El fortín despuntaba en el altozano de una colina de creta; el padre Edmund me contó que, en aquellos parajes, era conocido como Baddan Byrig, y que los aldeanos de por allí estaban convencidos que el diablo bailaba en aquel recinto durante las noches de invierno. Tenía tres muros de bloques de creta amontonados y cubiertos de verdín, y dos entradas de difícil acceso donde triscaban unas ovejas. Se cernía sobre el camino que, por fuerza, Etelwoldo habría de seguir si trataba de dirigirse al norte para encontrarse con sus amigos daneses. Lo primero que se le ocurrió a Eduardo fue asegurar el camino que conducía a Wintanceaster, pero la ciudad disponía de murallas defensivas y de una guarnición, así que le convencí de que el mayor peligro pasaba por que Etelwoldo escapase de Wessex.

Bajo los estandartes regios que portábamos, nuestro ejército se desplegó a lo largo de la línea del horizonte. Wimburnan estaba a unas dos millas hacia el sudeste de donde nos encontrábamos; a los ojos de los habitantes de la ciudad, observadas desde allí, nuestras fuerzas debían de resultar imponentes. Los rayos bajos del sol nos daban

de lleno y arrancaban destellos de las cotas de malla y de las armas que portábamos, contra el fondo de piedras de creta sin desbistar de Baddan Byrig que, de puro blancas, refulgían. El sol, tan bajo, no nos permitía ver con claridad lo que ocurría en el poblado, pero atisbé hombres y caballos alrededor de la residencia de Etelwoldo, y gente arremolinada en las calles. No vi, sin embargo, ningún muro de escudos que defendiera el sendero que llevaba a la casona.

—¿De cuántos hombres dispone? —insistió Eduardo, la misma pregunta que había repetido no menos de una docena de veces desde que nos habíamos encontrado con el padre Edmund, tantas como le habíamos dicho que no sabíamos, que nadie lo sabía con exactitud, que lo mismo podían ser cuarenta que cuatrocientos.

—No los suficientes para nosotros, mi señor —le dije.

—¿Y qué...? —acertó a decir, antes de quedarse callado de repente.

Había estado a punto de preguntar qué íbamos a hacer, y debió de darse cuenta de que el rey era él y que sólo de él cabía esperar la respuesta.

—¿Cómo lo queréis, vivo o muerto? —le pregunté.

Se me quedó mirando. Sabía que la decisión era suya, pero no sabía qué decir. El padre Coenwulf, que había sido su tutor, comenzó a hacerle algunas consideraciones. Sin embargo, Eduardo hizo un gesto con la mano y el cura se calló.

—Quiero que sea sometido a juicio —declaró.

—Recordad lo que os acabo de decir —apunté—. Si vuestro padre hubiera acabado con Etelwoldo, nos habría ahorrado muchos problemas. ¿Por qué no consentís en que vaya yo y os libre de ese bastardo?

—O, si así lo preferís, lo haré yo —se ofreció Steapa.

—Ha de ser sometido a juicio ante el *witan* —repuso Eduardo con firmeza—. No quiero iniciar mi reinado con una matanza.

—Sea. ¡Alabado sea Dios! —exclamó el padre Coenwulf.

Eché una ojeada al valle. Nada parecía indicar que Etelwoldo hubiera conseguido reunir un ejército. Lo único que vi fue un puñado de caballos y una chusma agitada.

—Permitidme que os lo quite de en medio, mi señor —insistí—, y el asunto quedará resuelto antes de que el sol se ponga.

—Dejad que vaya yo y hable con él —propuso el padre Coenwulf.

—Habréis de hacerle entrar en razón —advirtió Eduardo al cura.

—¿Cómo vais a razonar con una rata acorralada? —insistí.

El rey pasó por alto el comentario.

—Decidle que habrá de acatar nuestra decisión y que seremos clementes —instruyó al padre Coenwulf.

—Supongamos por un momento que no se le ocurre nada mejor que matar al cura. ¿Qué vamos a hacer entonces? —recaqué.

—Mi vida está en manos de Dios —dijo Coenwulf.

—Más os valdría dejarla en manos de lord Uhtred —rezongó Steapa.

Como una esfera roja y resplandeciente, suspendida en mitad del cielo otoñal, el

sol llegaba a la línea del horizonte. Eduardo no acababa de decidirse, pero zanjó el asunto e impuso su voluntad.

—Iréis los tres —anunció con voz firme—. El padre Coenwulf será quien lleve el peso de la negociación.

Mientras cabalgábamos ladera abajo, el padre Coenwulf me expuso una retahíla de recomendaciones. No tenía que amenazar a nadie, no podía hablar a menos que antes se hubieran dirigido a mí, no debía echar mano de mi espada y, en cuanto a la dama Etelfleda —en esto hizo mucho hincapié—, debía volver al lado de su marido, quien se encargaría de velar por ella. El padre Coenwulf era un hombre de tez pálida y gesto adusto, uno de esos intransigentes por los que Alfredo tenía debilidad a la hora de elegir tutores y consejeros. Era inteligente, por supuesto, no en vano todos los curas que en su día gozaran del favor de Alfredo eran hombres de penetración sutil, pero, por desgracia también, no menos predispuestos a condenar el pecado o, en su defecto, a señalar aquello que consideraban como tal. En consecuencia, no veía con buenos ojos la relación que manteníamos Etelfleda y yo.

—¿Me habéis entendido bien? —me preguntó cuando llegamos al camino, que no era sino un sendero tortuoso que serpenteaba entre la maleza.

Bandadas de lavanderas picoteaban en los campos y, a lo lejos, más allá del poblado, una colosal nube de estorninos levantó el vuelo y se perdió en el cielo.

—No debo amenazar a nadie, no debo hablar con nadie y no debo echar mano de mi espada —repetí, como un alumno aplicado—. ¿No os parece que sería más sencillo que dejase de respirar?

—Y devolver a la dama Etelfleda al sitio que le corresponde —insistió Coenwulf, con firmeza.

—¿Dónde está ese sitio? —pregunté.

—Eso es cosa de su marido.

—Pero si pretende recluirla en un convento —apunté.

—Si tal es la voluntad de su marido, lord Uhtred —respondió Coenwulf—, ése será su destino.

—Creo que no tardaréis en daros cuenta de que la dama en cuestión es capaz de pensar por sí misma —me limité a aclararle—, que no es de ésas que hacen lo que le venga en gana al primero que se cruza en su camino.

—Obedecerá a su marido —insistió Coenwulf.

Yo me eché a reír y el cura se enojó. El pobre Steapa no entendía nada.

Media docena de hombres armados guardaban la entrada de la ciudad, pero no hicieron nada por detenernos. No había muralla ni empalizada, y nos adentramos en una calle que olía a estiércol y a leña quemada. La gente parecía preocupada y guardaba silencio. Se quedaban mirándonos; algunos se santiguaban al vernos pasar. El sol ya se había puesto; comenzaba a anochecer. Al pie de una acogedora taberna, un hombre alzó el cuerno de cerveza que estaba tomando. Me fijé en que eran pocos los hombres que iban armados. Si Etelwoldo no era capaz de reunir siquiera al *fyrð* en

su feudo, ¿cómo podía esperar que sus tierras fueran a levantarse contra Eduardo? Cuando nos acercábamos, oí un crujido en las puertas del convento de monjas de Santa Cuthberga y llegué a ver a una mujer que asomaba la cabeza a ver qué pasaba; luego, la puerta se cerró de golpe. Había más guardias en la puerta de la iglesia, pero ninguno hizo ademán alguno de detenernos. Nos miraron con gesto hosco cuando pasamos a su lado.

—Está perdido —dije.

—Del todo —remachó Steapa.

—¿Cómo que perdido? —se sorprendió el padre Coenwulf.

—Estamos en su feudo —contesté—, y nadie se atreve a plantarnos cara.

Al menos, nadie se había atrevido a hacerlo hasta que llegamos a la entrada de la mansión de Etelwoldo. En lo alto de la puerta ondeaba su estandarte; al pie de una miserable barricada de toneles con dos troncos encima, siete hombres pertrechados con lanzas montaban guardia. Uno de los lanceros colocó su arma en posición y ordenó:

—No deis un paso más.

—Quita esos toneles y abre la puerta, anda —le dije.

—Vuestros nombres —insistió.

Era un hombre de mediana edad, fornido, de barba gris y respetuoso.

—Pues mira, éste es Mateo —respondí, señalando al padre Coenwulf—, yo soy Marcos y este otro es Lucas; el cuarto ha bebido un poco más de la cuenta y se ha quedado rezagado. Sabes de sobra quiénes somos, maldita sea, así que abre de una vez la condenada puerta.

—Dejadnos pasar —intervino el padre Coenwulf, con gesto severo, al tiempo que me fulminaba con la mirada.

—Nada de armas —dijo el hombre.

Miré a Steapa, que llevaba la espada de guerra a la izquierda, la espada corta a la derecha y un hacha atada a la espalda.

—Steapa —le pregunté—, ¿cuántos hombres habréis matado en el campo de batalla?

Atónito se quedó al escuchar semejante pregunta. No obstante, se puso a reflexionar hasta que, al cabo de un rato, negó con la cabeza.

—He perdido la cuenta —dijo.

—Lo mismo que yo —repliqué, volviendo a mirar al hombre que teníamos delante—. Puedes quedarte con nuestras armas —le dije—, o seguir con vida y dejarnos entrar por esa puerta.

Por lo visto decidió que prefería seguir con vida, y ordenó a sus hombres que retirasen los toneles y los troncos, abrió las dos hojas de par en par y, sin desmontar, accedimos a un patio donde acababan de encender las antorchas: la viveza de las llamas proyectaba las sombras ondulantes de unos caballos ensillados a la espera de sus jinetes. Calculé que habría unos treinta hombres, todos con cotas de malla y

armados junto a las monturas, pero ninguno se enfrentó a nosotros. Sólo se los veía intranquilos.

—Está preparando la huida —dije.

—No debéis hablar aquí —insistió el padre Coenwulf, picajoso.

—¡Callad la boca, cura desabrido! —repliqué.

Unos criados se hicieron cargo de nuestras monturas y, como me temía, un intendente exigió que Steapa y yo dejáramos nuestras armas antes de entrar en el gran salón.

—No —dije yo.

—Mi espada viene conmigo —repuso Steapa, amenazante.

El intendente no daba crédito a lo que acababa de oír, pero el padre Coenwulf siguió adelante y nosotros tras él. Entramos en una vasta estancia iluminada por una imponente hoguera y velas que engalanaban dos mesas entre las que sobresalía un trono. No se me ocurriría otra palabra para describir aquella colosal silla que, al fondo del salón, se alzaba por encima de las mesas atestadas de velas y en la que estaba sentado Etelwoldo. En cuanto nos vio, se puso en pie de un salto y se acercó al borde del estrado donde el trono ocupaba el lugar de honor. A un lado, había una segunda silla en la tarima, aunque mucho más pequeña, que ocupaba Etelfleda, flanqueada por dos hombres pertrechados con lanzas. Al verme, me dirigió una sonrisa forzada y alzó una mano para darme a entender que no le habían hecho nada.

Habría más de cincuenta hombres en la estancia. A pesar del celo del intendente, la mayoría iban armados, pero de nuevo ninguno hizo ademán de amenazarnos. Nuestra presencia inesperada los había dejado sin palabras: no se oía ni una mosca. Al igual que los del patio, se notaba que los allí presentes tampoco estaban tranquilos. Conocía a algunos de ellos, y me dio la sensación de que la concurrencia estaba dividida en dos bandos. Los más jóvenes, también los más cercanos al estrado, eran quienes apoyaban las pretensiones de Etelwoldo; los hombres de más edad eran sus aparceros, y también quienes parecían más cabizbajos ante lo que estaba pasando. Hasta los perros que merodeaban por la estancia andaban con el rabo entre las piernas. Uno de ellos aulló apesadumbrado cuando entramos y huyó hacia uno de los extremos del salón, donde se tumbó tiritando. Con los brazos cruzados, tratando de adoptar una actitud regia, Etelwoldo seguía en pie al borde del estrado, pero me dio la sensación de que estaba tan asustado como los perros, a pesar de la insistencia de un joven vigoroso y de cabellos rubios que no se apartaba de su lado.

—Hacedlos prisioneros, mi señor.

No hay causa por perdida que parezca, ni doctrina por absurda que resulte, ni idea por descabellada que suene, que no prenda en algunos seguidores, y el mozo de cabellos rubios había adoptado como propia la causa de Etelwoldo. Era un mocetón apuesto, de mirada viva, mandíbula cuadrada y complexión recia, de pelo largo y sujeto por detrás, a la altura de la nuca, con una tira de cuero. Llevaba otra cinta alrededor del cuello, una especie de pañuelo finamente enrollado que resultaba

chocante por femenino, no sólo por el color, rosa, sino porque era de esa preciosa y delicada seda que traen a Britania mercaderes de lugares remotos. Las puntas de la cinta de seda colgaban por encima de su cota de malla, trabajada con esmero, probablemente obra de alguno de esos caros herreros de Frankia. Unas incrustaciones de oro en forma de cuadrados tachonaban su tahalí; un pomo de cristal remataba la empuñadura de su espada. Era rico, seguro de sí mismo y nos recibió con cara de pocos amigos.

—¿Quién sois? —preguntó el padre Coenwulf.

—Mi nombre es Sigebriht —respondió el mozo, altanero—, lord Sigebriht para vos, cura —de modo que aquél era el joven que hacía de correo entre Etelwoldo y los daneses, Sigebriht de Cent, el mismo que había estado enamorado de la dama Ecgwynn, el joven amante despechado cuando la muchacha se había decidido por Eduardo—. ¡No permitáis que digan una palabra! —instaba a su caudillo—. ¡Matadlos!

Etelwoldo no sabía qué hacer.

—¡Lord Uhtred! —me saludó, por decir algo para ganar tiempo.

Debería haber ordenado a los suyos que nos descuartizaran allí mismo y, a continuación, ponerse al frente de sus tropas y atacar a Eduardo. No obstante, era hombre de poco carácter, y es probable que también se hubiera dado cuenta de que sólo un puñado de los presentes lo seguiría.

—Lord Etelwoldo —se alzó, severa, la voz del padre Coenwulf—, estamos aquí para pedirnos que nos acompañéis y comparezcáis ante el tribunal del rey Eduardo.

—Ese rey no existe —se desgañitó Sigebriht.

—Seréis tratado con la dignidad que os corresponde —continuó el cura, como si no hubiera oído los gritos de Sigebriht y dirigiéndose directamente a Etelwoldo—. Habéis perturbado la paz del reino, y habréis de responder por ello ante el rey y su *witan*.

—Aquí no hay más rey que yo —repuso Etelwoldo, aún más erguido si cabe para inspirar un respeto a su altura—. ¡Aquí soy el rey, y viviré o moriré aquí, en mi reino!

Aunque sólo de manera fugaz, llegó incluso a inspirarme lástima. Le habían escamoteado el trono de Wessex, que había ido a parar a manos de su tío, y había contemplado cómo Alfredo había convertido Wessex en el reino más temido de Britania. En las buenas migas que hacía con la cerveza, el hidromiel o el vino, Etelwoldo había encontrado consuelo para sus cuitas, pero nunca había renunciado a reclamar ese derecho que, desde su punto de vista, le habían arrebatado cuando era niño. Tanto ahínco ponía en mostrarse como rey que, aparte de algunos jóvenes alocados como Sigebriht, ni sus guerreros parecían dispuestos a seguir sus pasos.

—No sois rey, señor —dijo el padre Coenwulf, lisa y llanamente.

—Claro que es el rey —insistió Sigebriht, al tiempo que daba un paso en dirección al padre Coenwulf como si quisiera obligarlo a humillarse; Steapa hizo lo propio.

De todos los hombres imponentes que he visto en mi vida, ninguno era tan aterrador como Steapa. Para no faltar a la verdad, he de añadir que fue siempre una persona cariñosa, afable y considerada hasta decir basta, pero también que sacaba la cabeza a la mayoría de sus congéneres, y que la naturaleza lo había bendecido con un rostro anguloso revestido de una piel de tal forma tensada y un gesto tan desabrido que parecía animado de una ferocidad despiadada. Hubo un tiempo en que sus compañeros se mofaban de él y lo llamaban Steapa Snotor, es decir, Steapa el Tonto, pero llevaba años sin escuchar esa infamia. Nacido esclavo, Steapa se había abierto camino en la vida hasta convertirse en el comandante de la guardia real y, si bien no estaba dotado de una gran inteligencia, era un hombre leal, meticulado y cabal, y también el guerrero más temido de Wessex. En aquel momento, cuando se llevó la mano a la empuñadura de su espada larga, Sigebriht se detuvo y un gesto de terror se dibujó en aquel rostro juvenil y arrogante.

Observé, de refilón, la sonrisa de Etelfleda.

Aun dándose cuenta del mal paso que había dado, Etelwoldo trató de salvar su dignidad.

—¿Así que sois el padre Coenwulf, si no he entendido mal? —le preguntó.

—Eso es, mi señor.

—Prudentes han de ser, pues, vuestros consejos. ¿Tendríais la bondad de exponerme vuestras consideraciones?

—Para eso estoy aquí —dijo Coenwulf.

—¿Me acompañaríais a rezar en mi capilla privada? —señaló una puerta que se abría a sus espaldas.

—Será un honor —contestó el cura.

—Venid también vos, querida —pidió Etelwoldo a Etelfleda.

Parecía decidido a aceptar su destino. Hizo una seña a seis de los suyos, entre los que se encontraba un Sigebriht avergonzado, y todos se dirigieron hacia una puerta pequeña que se abría en la parte de atrás del estrado. Etelfleda me dirigió una mirada burlona; convencido de que estaría a su lado en aquella capilla, asentí con la cabeza. Siguió, pues, a Sigebriht. Cuando nos disponíamos a subir al estrado, Etelwoldo alzó una mano.

—Sólo el padre Coenwulf —ordenó.

—Donde él vaya, iremos nosotros —contesté.

—¿Os apetece rezar? —se interesó el padre Coenwulf, con un deje de sarcasmo.

—Sólo miro por vos —repuse—, y sólo vuestro dios podría explicaros la razón.

Coenwulf miró a Etelwoldo.

—¿Me dais vuestra palabra de que nada ha de ocurrirme en vuestra capilla, mi señor?

—Sois mi única garantía, padre —replicó Etelwoldo, con una humildad poco habitual en él—. Necesito de vuestro consejo y de vuestras oraciones, y sí, tenéis mi palabra de que nada habrá de pasaros.

—En ese caso, esperad aquí —me espetó el cura—; los dos.

—¿Os fiáis de ese malnacido? —pregunté alzando la voz lo suficiente como para que Etelwoldo me oyera.

—Confío en Dios todopoderoso —aseveró el cura, ampuloso, antes de encaramarse con ligereza al estrado y seguir a Etelwoldo al otro extremo del salón.

Steapa me sujetó del brazo.

—Dejad que se vaya —me dijo, y él y yo nos quedamos esperando.

Dos de los hombres de más edad se acercaron a nosotros, y nos explicaron que nada tenían que ver con todo aquello, que habían creído lo que les había contado Etelwoldo, que el *witan* de Wessex había accedido a su pretensión de ocupar el trono vacante. Les dije que nada tenían que temer, por cuanto no se habían alzado en armas contra su rey legítimo, que estaba a la espera, igual que nosotros, de lo que pudiera pasar, en el antiguo fortín de piedra de creta que se alzaba al norte del poblado, donde debía de seguir a esas horas en que se hacía de noche y asomaban las primeras estrellas.

—¿Cuánto dura esto de las plegarias? —se me ocurrió preguntar.

—Algunas hasta dos horas —dijo Steapa, cabizbajo—; hay sermones que pueden ser incluso más largos.

Me dirigí al intendente que había pretendido quedarse con nuestras armas y le pregunté:

—¿Dónde está la capilla?

Muerto de miedo, el hombre acertó a balbucir:

—No hay ninguna capilla, mi señor.

Solté una sarta de maldiciones, corrí hacia la puerta que había al fondo del salón, la abrí de un empujón y me encontré en un dormitorio, con alfombras de piel, mantas de lana, un barreño de madera y una vela alargada y sin encender en un candelero de plata. Más allá, había una segunda puerta que daba a un patio pequeño, donde no había nadie en aquel momento; vi una puerta abierta al otro lado del patio, custodiada por un hombre que portaba una lanza.

—¿Por dónde se han ido? —pregunté a gritos al centinela, que se limitó a señalar hacia el lado oeste de la calle que pasaba por delante de la puerta.

A toda prisa, volvimos al patio grande, donde habíamos dejado los caballos mientras estábamos dentro.

—Corred a avisar a Eduardo —indiqué a Steapa—. Decidle que ese cabrón se nos ha escapado.

—¿Y vos? —me preguntó, mientras se encaramaba a la silla de su montura.

—Me voy hacia el oeste.

—Ni se os ocurra ir solo —me dijo, con tono monitorio.

—Vos, a lo vuestro —respondí.

No le faltaba razón, como bien cabe imaginar. Cabalgar solo en mitad de la noche no tenía mucho sentido, pero no quería volver a las empinadas laderas de creta de

Baddan Byrig, donde lo más probable era que perdiéramos las dos próximas horas en fútiles discusiones sobre lo que habría que hacer. Me pregunté qué habría sido del padre Coenwulf y confié en que siguiera con vida. Luego, crucé el portón y, obligando a apartarse a la gente que andaba por la calle iluminada con antorchas encendidas, piqué espuelas y me adentré en un callejón que llevaba al oeste.

Que le hubiera salido mal aquel lamentable intento por que se lo reconociese como rey de Wessex no significaba que Etelwoldo hubiera renunciado a sus pretensiones. Al ver que no lo apoyaban ni siquiera las gentes de su propia comarca, con la única ayuda de un puñado de secuaces, había emprendido la huida hacia el único lugar donde podía encontrar las espadas, los escudos y las lanzas que tanto necesitaba. Se disponía, pues, a ir al norte y solicitar ayuda a los daneses. A mi manera de ver, sólo había dos maneras de que lograra su propósito: ir a caballo tierra adentro, dando un rodeo para evitar un encontronazo con el pequeño ejército que Eduardo había llevado a Wimburnan o, por el contrario, cabalgar hacia el sur y que hubiera un barco esperándolo. Enseguida deseché tal posibilidad. Los daneses no sabían cuándo moriría Alfredo, y ningún barco danés se habría atrevido a merodear en aguas sajonas, de modo que era poco probable que hubiera una nave esperándole. Sin nadie a quien recurrir en aquel momento, supuse que iría campo a través.

Me fui tras él o, más bien, a tientas traté de seguir sus pasos en plena oscuridad. Había luna aquella noche, pero las sombras que proyectaba oscurecían aún más el camino, de modo que ni caballo ni jinete veíamos por donde íbamos y avanzábamos muy despacio. En algunos sitios, me pareció atisbar huellas recientes de cascos de caballerías, pero no estaba seguro. Aunque ancho, entre maleza y árboles de altura considerable, el camino, una senda de boyeros en realidad, que seguía el curso del río por el valle en dirección norte, estaba enfangado y cubierto de hierba. En un momento dado, en plena noche, llegué a una aldea donde vi luz en una herrería. Un chaval avivaba la fragua. En eso consistía su tarea: en mantener el fuego encendido toda la noche. Al reparar en mi espléndido atavío de señor de la guerra, mientras las llamas arrancaban vivos destellos del yelmo, la cota de malla y la vaina de la espada, que relampagueaban en la calle embarrada, el chico se quedó cohibido.

Obligué al caballo a detenerse y me lo quedé mirando.

—Cuando yo tenía tu edad —le dije, por detrás de las carrilleras del yelmo—, mi obligación no era otra que vigilar una hoguera de carbón vegetal. Tenía que taponar con musgo y tierra húmeda cualquier agujero por donde pudiera escapar el humo. Así me pasaba las noches, más solo que la una.

Aterrorizado como estaba, el chaval asintió sin decir ni media palabra.

—Pero había una chica que casi siempre venía a hacerme compañía —añadí, recordando a Brida en plena oscuridad—, ¿no tendrás alguna por ahí?

—No, mi señor —respondió, ya puesto de rodillas.

—Aunque siempre hablan más de la cuenta —continué—, nada como tener una chica al lado en las noches solitarias. Mírame, chaval —porque, aterrado quizá, había

bajado la cabeza—, y dime: ¿han pasado por aquí unos hombres a caballo? Es un suponer, pero casi seguro que una mujer iba con ellos —el chico se limitó a mirarme sin decir nada. Noté que al caballo no le gustaba el calor que salía de la fragua o quizás el olor acre que desprendía, y le acaricié el pescuezo para tranquilizarlo—. Esos hombres te dijeron que no abrieras la boca, ¿no es así? —le insistí—, que les guardaras el secreto. ¿Te amenazaron?

—Me dijo que era el rey, mi señor —se justificó el chico en un susurro.

—El verdadero rey anda cerca —le dije—. ¿Cómo se llama este sitio?

—Blaneford, mi señor.

—No parece un mal sitio para vivir. ¿Iban hacia el norte?

—Así es, mi señor.

—¿Cuánto hace de esto?

—No mucho, mi señor.

—¿Éste es el camino que va a Scaftesburi, verdad? —le insistí, tratando de recordar y orientarme en lo más profundo del próspero Wessex.

—Así es, mi señor.

—¿Cuántos eran? —le pregunté.

—Una decena y una mitad, mi señor.

Caí en la cuenta de que contaba de forma diferente a aquella a la que yo estaba acostumbrado, pero el chaval, despierto, debió de pensar lo mismo, porque levantó una vez las dos manos y, a continuación, sólo una. Quince, en total.

—¿Iba un cura con ellos?

—No, mi señor.

—Buen chico —le dije, y lo era, porque se le había ocurrido la forma de ayudarme a entender su forma de contar. Le arrojé un trozo de plata—. Mañana, dile a tu padre que Uhtred de Bebbanburg pasó por aquí, y que cumpliste con tu deber con el nuevo rey como es menester.

Se me quedó mirando con unos ojos abiertos como platos, mientras me daba media vuelta, camino del vado. Dejé que el caballo bebiera sólo un poco y nos fuimos colina arriba.

Cuántas veces no habré pensado en que podrían haberme matado aquella misma noche. Sin contar a Etelfleda, con Etelwoldo iban catorce de los suyos y, sin duda, se habría imaginado que les seguiríamos los pasos. Supongo que pensaría que, aun en plena noche, el ejército de Eduardo habría salido en su busca. De haber sabido que sólo un jinete iba tras ellos, me habrían tendido una emboscada y, superiores en número como eran, habrían arremetido con sus espadas contra mí y me habrían dado muerte a la luz de aquella luna. Una muerte mejor que la que sufriera Alfredo en cualquier caso, al menos desde mi punto de vista. Mejor eso, desde luego, que morir en una estancia hedionda, mientras el dolor te consume, con un bulto en la barriga del tamaño de una piedra, babeando y llorando, rodeado del hedor de tu propia inmundicia, por mucho que nos consuele el pensar que volveremos a ser felices en la

otra vida. Los cristianos lo llaman «cielo» y, con tal de atraernos a sus moradas marmóreas, tratan de meternos el miedo en el cuerpo y nos hablan de un infierno más ardiente que la fragua del herrero de Blaneford, mientras que yo, como en un fogonazo, en brazos de una valquiria, arribaré al gran salón del Valhalla, donde mis amigos me estarán esperando; no sólo ellos, también mis enemigos, los hombres que maté en el campo de batalla, y, juntos, lo celebraremos, beberemos, peharemos y disfrutaremos de mujeres. Porque tal es nuestro destino, a no ser que muramos de mala manera, en cuyo caso habremos de vivir para siempre en los gélidos dominios de la diosa Hel.

Aquella noche, mientras perseguía a Etelwoldo, me dio por pensar en qué raro era todo. Los cristianos nos aseguran que el infierno será nuestro castigo, mientras que los daneses sostienen que, si no morimos como es debido, acabaremos en brazos de la diosa Hel, señora de las regiones heladas. Aunque puedan parecer suplicios semejantes, no lo son en absoluto. Hel no abrasa a nadie, sino que quienes van a parar a sus manos se limitan a llevar una vida miserable. Pero si morimos con la espada en la mano, nunca llegaremos a ver el cuerpo decrepito de Hel, ni pasaremos hambre en sus frías y vastas cavernas, porque nada tiene de castigo el mundo en que Hel hace y deshace a voluntad, que es como la vida diaria, pero para siempre jamás. En cambio, los cristianos, como si fuéramos niños pequeños, nos prometen premio o castigo cuando, en realidad, lo que venga después será como lo que hayamos vivido. Porque todo cambiará, como Ælfadell me había dicho, y todo seguirá igual, como siempre ha sido y siempre será. Y al acordarme de la hechicera, me dio por pensar en Erce, en aquel cuerpo delicado que se arqueaba sobre el mío, en los gemidos guturales que emitía, en el recuerdo del placer vivido.

Con el amanecer, llegó la berrea de los ciervos. Estábamos en época de celo, cuando los estorninos oscurecen el cielo y las hojas comienzan a caer. Obligué a detenerse al caballo exhausto en un altozano del camino, y eché una ojeada alrededor, pero no vi a nadie. Parecía que fuera el único ser humano en medio de aquel amanecer brumoso, suspendido sobre un mundo dorado y amarillo donde sólo se escuchaba el bramido de los ciervos, que se atenuaba cuando dirigía la vista al este o al sur, tratando de atisbar algo que me indicara la presencia de Eduardo, pero no vislumbré nada. Espoleé el caballo y continué hacia el norte, guiándome por una mancha de humo que ensuciaba el cielo, señal de que, más allá de las colinas, se alzaba la ciudad de Scaftesburi.

Era una de las fortalezas construidas por Alfredo, una ciudadela que acogía una ceca real y un convento de monjas, establecimientos ambos que el rey había tenido en gran estima. A Etelwoldo nunca se le habría ocurrido buscar asilo en la ciudadela, ni se habría atrevido a esperar que le franqueasen las puertas para acceder a sus calles porque, fuere quien fuere el comandante de la guarnición, habría querido saber las razones que lo asistían. Me imaginé, pues, que habría dado un rodeo para evitar Scaftesburi. Pero ¿por dónde se habría ido? Busqué huellas, pero no encontré nada

que me diera una pista fiable. En aquel momento, tuve la tentación de echarlo todo a rodar, de olvidarme de persecuciones y no seguir adelante con aquella locura. Lo único que quería era encontrar una taberna, comer algo, un lugar donde dormir y una puta que me lo calentase. En ese momento, dando un salto del este al oeste, una liebre se cruzó en mi camino. Era, sin duda, una señal de los dioses. Me aparté del camino, y me dirigí al oeste.

Al cabo de un rato, la bruma se había disipado, y atisbé unos caballos en lo alto de una colina de creta. Aunque me di cuenta de que habían advertido mi presencia, espoleé mi montura y me adentré en un intrincado y anchuroso valle arbolado que se alzaba entre aquella loma y yo. Era un grupo de jinetes que no me perdía de vista, hasta el punto de que uno de ellos me señaló con el dedo. Después, volvieron grupas, y se fueron en dirección norte. Había contado hasta nueve caballeros. Seguro que eran de la partida de Etelwoldo, pero, una vez que me interné en la arboleda, ya no alcancé a ver jinete alguno: la bruma allí era más espesa y las ramas tan bajas que me vi obligado a agacharme y avanzar más despacio de lo que me hubiera gustado. Los helechos me ocultaban el terreno. Un pequeño torrente tumultuoso se cruzó en mi camino. Un árbol seco, cubierto de setas y musgo, estaba caído en el suelo. Zarzas, hiedra y acebos crecían entre la maleza a ambos lados de un sendero trasegado por huellas recientes de cascos de caballerías. No se oía un ruido entre los árboles, y tanto silencio me dio mala espina, una especie de pálpito, esa sensación que sólo se adquiere con la experiencia de quien sabe que el peligro acecha.

Eché el pie a tierra y anudé las riendas del caballo a un roble. Mientras lo hacía, pensé que lo más sensato sería montar de nuevo, volver a Scaftesburi y dar la voz de alarma. Me habrían dado un caballo de refresco y, al frente de los hombres de la guarnición, habríamos ido en pos de Etelwoldo, pero eso hubiera sido como no plantar cara al peligro desconocido que me acechaba. Me hice con *Hálito-de-serpiente* y me sentí más tranquilo al sentir el tacto de su empuñadura.

Seguí adelante, sin prisa.

¿Podría darse el caso de que los hombres que estaban en lo alto de la colina me hubieran visto antes de que yo reparase en ellos? Me pareció lo más probable. Metido en mis cosas, en mis pensamientos, había seguido adelante, a lo mío, sin prestar demasiada atención. ¿Y si me hubieran visto? Sabrían que iba solo, y casi seguro que estaban al tanto de quién era yo. Sólo había llegado a ver a nueve, lo que me llevó a pensar que los otros andarían por el bosque, viendo la manera de tenderme una emboscada. «Da media vuelta —pensé para mis adentros—, vuelve y da la voz de alerta en la guarnición», pero, en el momento en que llegaba a esa conclusión, la más sensata si de cumplir con mi deber se trataba, dos jinetes aparecieron a unos cincuenta pasos de donde yo estaba y vinieron a por mí. Uno portaba una lanza; el otro blandía una espada. Los dos iban protegidos con yelmos con carrilleras, los dos llevaban cotas de malla y los dos se protegían con escudos, y los dos eran un par de necios.

Un hombre a caballo no puede pelear en un intrincado bosque de árboles añejos. Demasiados obstáculos que salvar. No podían avanzar los dos de frente y a un tiempo: el sendero era angosto y no menos frondosa la maleza que crecía a ambos lados. El lancero, diestro como su compañero, tomó la delantera, lo que significaba que la lanza quedaba al lado derecho de su cansada montura, apuntando al lado izquierdo de mi cuerpo. Me pregunté por qué sólo dos de ellos se decidían a atacarme, pero dejé de lado tales consideraciones para mejor ocasión al ver que ya los tenía encima, tanto que, a través de la visera del yelmo, llegué a ver los ojos de aquel hombre. Me bastó con apartarme a la derecha y agazaparme entre unos zarzales tras el tronco de un roble, y el lancero siguió adelante, como no podía ser de otra manera. Volví entonces al sendero y descerrajé la espada con tal ímpetu que le acerté de lleno en la boca a la montura del segundo de los jinetes, partiéndole los dientes y haciéndole una matadura que comenzó a sangrar; el animal relinchó de dolor, hizo un viraje brusco y, enredado entre las riendas y los estribos, el hombre se fue al suelo, mientras su compañero trataba de volver grupas.

—¡No! —gritó alguien en las profundidades del bosque—. ¡No!

¿Se dirigía a mí aquella voz? Ni me paré a pensarlo. El espadachín estaba tumbado en el suelo, tratando de ponerse en pie, mientras el lancero hacía lo que podía para que su caballo volviera al sendero estrecho. Con el escudo trabado en el antebrazo izquierdo, el hombre estaba de espaldas en el suelo, de manera que, simplemente, puse un pie en el borde del redondel de madera de sauce, impidiéndole cualquier movimiento, y le hundí a *Hálito-de-serpiente* hasta el fondo, con todas mis fuerzas, sólo una vez.

Y la sangre se desparramó por el musgo, y oí un chasquido y vi un cuerpo que se agitaba a mis pies y el brazo carente de vida que empuñaba la espada, mientras el lancero espoleaba de nuevo su montura dispuesto a embestirme. Arremetió con la lanza, pero me eché a un lado y lo esquivé con facilidad, al tiempo que echaba mano al asta de fresno, tirando con fuerza, de modo que el jinete hubo de soltarla para no salir despedido de la silla. En tanto que el caballo se encabritaba, trató de desenvainar la espada, momento en que, por debajo de la cota de malla, le clavé a *Hálito-de-serpiente*, muslo arriba, rasgando piel y carne con la punta y el filo de mi espada hasta la cadera, hendiéndola con ahínco, mientras gritaba a pleno pulmón para infundirle pavor y arremetiendo con más fuerza si cabe. La espada había entrado en su cuerpo, y yo seguía adelante, clavándola con fuerza, retorciéndola, hundiéndola cada vez más, y aquella voz, que parecía llegar de las profundidades del bosque, gritó de nuevo:

—¡No!

Pero obtuvo un sí como respuesta. El hombre había medio desenvainado la espada; la sangre goteaba sin parar por la bota y el estribo. Adelanté la mano izquierda, le tiré del codo del brazo derecho y se fue al suelo.

—¡Idiota! —refunfuñé, encarándome con él, y lo maté, igual que antes había

matado a su compañero.

Me volví de inmediato hacia el lugar de donde había salido aquella voz.

Nada.

Lejos, en alguna parte, se oyó el bramido de un cuerno, respondido por un mugido similar. Las llamadas venían del sur, de lo que deduje que las tropas de Eduardo andaban cerca. Se escuchó el tañido de una campana, probablemente la de alguno de los conventos o iglesias de Scaftesburi. El caballo malherido relinchaba sin cesar. Una vez muerto, retiré la punta de *Hálito-de-serpiente* de la garganta del segundo de los hombres. La sangre recién derramada oscurecía mis botas. Estaba cansado. Sólo soñaba con comer algo, con una cama y una puta, pero, en vez de eso, me fui caminando por el sendero hasta el lugar de donde habían salido aquel par de necios.

Oculto tras el follaje, el sendero describía un recodo que desembocaba en un claro del bosque a orillas de un arroyo caudaloso. Las primeras luces de la mañana se colaban entre las hojas realzando el verdor de la hierba de unos prados moteados de margaritas. Todos a caballo, allí estaban Sigebriht, tres de los suyos y Etelfleda. Uno de aquellos hombres tenía que haber proferido los gritos que había escuchado mientras mataba a sus dos compañeros, pero no sabría decir cuál de ellos ni por qué.

Con las carrilleras del yelmo cerradas, la cota de malla y las botas salpicadas de sangre, enrojecida *Hálito-de-serpiente*, dejé atrás la espesura.

—¿Quién va a ser el siguiente? —pregunté.

Etelfleda se echó a reír. Con su resplandeciente plumaje rojo y azul, un martín pescador se abalanzó sobre el arroyo que corría a sus espaldas y desapareció entre los árboles.

—¡Lord Uhtred! —me saludó, espoleando su montura para llegarse hasta donde yo estaba.

—¿No os han hecho nada? —me interesé.

—Han observado un comportamiento exquisito —contestó, al tiempo que dirigía una sonrisa burlona a Sigebriht.

—Sólo son cuatro —repuse—. ¿Por cuál de ellos queréis que empiece?

Sigebriht desenvainó su espada, la del pomo de cristal, y yo me dispuse a volver entre los árboles cuyos troncos me proporcionarían algo de ventaja frente a un espadachín a caballo. Para mi sorpresa, arrojó la espada lejos de sí, de manera que, tan larga como era, fue a caer sobre la hierba cubierta de rocío a unos pocos pasos de donde yo estaba.

—Me rindo y os imploro vuestra clemencia —declaró.

Los tres que iban con él hicieron lo mismo: arrojaron las espadas al suelo.

—Desmontad los cuatro —les ordené, y aguardé a que echasen el pie a tierra—. ¡De rodillas! —Se postraron, obedientes.

—Decidme por qué no he de mataros —les dije, acercándome a ellos.

—Nos hemos rendido a vos, mi señor —repuso Sigebriht, con la cabeza gacha.

—Os habéis rendido —repliqué—, porque esos dos necios que enviasteis a por mí no fueron capaces de acabar conmigo.

—No eran de los míos, mi señor —dijo Sigebriht con humildad—, eran hombres de Etelwoldo. Estos que veis son mis hombres.

—¿Fue él quien les dio la orden a ese par de idiotas de que vinieran a por mí? —pregunté a Etelfleda.

—No —respondió.

—Buscaban la gloria, mi señor —añadió Sigebriht—, querían que todo el mundo supiese que habían acabado con Uhtred.

Le pasé la punta ensangrentada de *Hálito-de-serpiente* por la mejilla.

—¿Y a qué aspiráis vos, Sigebriht de Cent?

—A hacer las paces con el rey, mi señor.

—¿Con qué rey?

—Sólo hay un rey de Wessex, mi señor, el rey Eduardo.

Dejé que la punta de mi espada ascendiera hasta aquellos cabellos rubios recogidos con una tira de cuero a la altura del cuello. Hubiera sido tan fácil cortarle la cabeza...

—¿Por qué queréis hacer las paces con Eduardo?

—Porque estaba equivocado, mi señor —contestó humildemente.

—¡Señora! —grité, sin quitarle los ojos de encima.

—Se dieron cuenta de que nos seguíais —me dijo Etelfleda—, y ese hombre —señalando a Sigebriht— se ofreció a traerme a tu lado. A Etelwoldo le dijo que yo os convencería para que os pusieseis de su parte.

—¿Y se lo creyó?

—Le dije que trataría de hacéroslo entender —contestó—, y a mí sí me creyó.

—¡Será idiota! —exploté.

—En lugar de eso, propuse a Sigebriht que hiciera las paces —continuó Etelfleda—, y que si quería seguir con vida antes de que concluyese el día, debía olvidarse de Etelwoldo y prestar juramento de fidelidad a Eduardo.

Coloqué la punta de la espada bajo el mentón barbilampiño de Sigebriht y le obligué a alzar la cabeza. Con aquella mirada tan limpia y tan carente de malicia, que sólo revelaba lo asustado que estaba, era un joven de buen ver.

—Dadme una razón de peso para que no os corte vuestra miserable garganta —le pregunté.

—Que me he rendido a vos, mi señor, y he implorado vuestra clemencia.

—¿Qué representa esa cinta? —le pregunté, rasgando la seda rosa con la punta de la espada y dejando una mancha de sangre.

—Es un regalo que me hizo una muchacha —contestó.

—¿La dama Ecgwynn?

Alzó los ojos y me miró.

—Era tan bonita —dijo con expresión melancólica—, tan preciosa como un

ángel. Volvía locos a los hombres.

—Pero eligió a Eduardo —le dije.

—Y ahora está muerta, mi señor —contestó—, y mucho me temo que el rey Eduardo lo lamenta tanto como yo.

—Pelead por alguien que esté vivo, y dejad en paz a los muertos —apuntó Etelfleda.

—Me equivoqué del todo, mi señor —se excusó Sigebriht, y yo no sabía si creerlo o no, de modo que apreté la espada contra su cuello y vi el terror que se reflejaba en aquellos ojos tan azules.

—Aceptadlo como si fuera una decisión de mi hermano —añadió Etelfleda, con dulzura, al darse cuenta de lo que estaba pensando.

Y permití que siguiera con vida.

Más tarde, aquella misma noche, nos enteramos de que Etelwoldo había cruzado la frontera con Mercia y seguido adelante hasta ponerse a salvo en la hacienda de Sigurd. Se nos había escapado.

Capítulo VIII

Los restos mortales de Alfredo reposaron en la tierra.

La ceremonia se prolongó durante cinco horas, en las que no faltaron, desde luego, plegarias y cánticos, lágrimas y sermones. Habían colocado el cuerpo del otrora rey en un ataúd de madera de olmo con escenas de vidas de santos pintadas a los lados; en la tapa, un Cristo que, con ojos de asombro, ascendía a los cielos. Sujeta entre las manos, el rey muerto llevaba una astilla de la vera cruz; a modo de almohadón, la cabeza reposaba sobre unos evangelios. Habían introducido el ataúd de madera de olmo en un cofre de plomo que, a su vez, iba dentro de un tercer féretro, de cedro en esta ocasión, tallado con imágenes de santos que, con gesto desafiante, plantaban cara a la muerte: a una de las santas la estaban quemando viva sin que las llamas llegasen a tocarla; mientras lo torturaban, otro de los bienaventurados dirigía una sonrisa piadosa a los sajones que le aplicaban el tormento; un tercer elegido, aun con el cuerpo traspasado por un puñado de lanzas, seguía predicando. Bajaron el descomunal ataúd a la cripta de la iglesia vieja y lo depositaron en una cámara de piedra que quedó sellada, donde sus restos habrían de permanecer hasta que concluyesen las obras de la iglesia nueva, a cuya cripta fueron trasladados y donde reposan cuando esto escribo. Recuerdo a Steapa, llorando como un niño, y a Beocca, hecho un mar de lágrimas; hasta Plegmund, el arzobispo de gesto adusto, rompió a llorar durante el sermón. En su prédica se refirió a la escala de Jacob, algo que, al parecer, se refería a un sueño de ese patriarca que se recoge en las Escrituras cristianas: tras haberse recostado bajo la escalera apoyando la cabeza en una de las piedras del lugar, oyó la voz de Dios, que, desde lo alto, le decía: «La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia —a Plegmund se le quebraba la voz mientras leía estas palabras—, y tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás al poniente y al oriente, al norte y al mediodía, y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra, y por tu descendencia».

—El sueño de Jacob era el sueño de Alfredo —señaló Plegmund con la voz rota al llegar a ese punto de su interminable sermón—. Hoy, aquí, ante nosotros, yace Alfredo, ¡y esta tierra será de sus hijos y de los hijos de sus hijos hasta el día del Juicio Final! Pero no sólo estos parajes. El sueño de Alfredo era que los sajones llevásemos la luz del Evangelio a todos los rincones del mundo, no sólo de Britania, hasta que las voces de todos los hombres no sean sino un único clamor que entona las alabanzas del Dios todopoderoso.

Recuerdo cómo sonreía para mis adentros. Me había quedado en la parte de atrás de la vieja iglesia, contemplando las volutas de humo que, de los incensarios, ascendían a las vigas doradas del techo, y me hizo gracia aquello que Plegmund afirmaba: que los sajones seríamos como el polvo de la tierra, que nos extenderíamos al poniente y al oriente, al norte y al mediodía. Tal como estaban las cosas, si conservábamos las tierras que teníamos, bien podíamos darnos con un canto en los

dientes, no digamos ya hablar de diseminarse. Sin embargo, a los fieles allí congregados aquellas palabras parecieron llegarles muy adentro.

—¡Los paganos no dejan de hostigarnos y perseguirnos! —aseguraba un Plegmund enardecido—. Aun así, predicaremos el Evangelio y seguiremos rezando por ellos hasta que den su brazo a torcer ante el Dios todopoderoso, porque, cuando el sueño de Alfredo se haga realidad, ¡habrá júbilo en el cielo! ¡Que Dios nos ayude!

Debería haber prestado más atención a aquel sermón, pero lo cierto es que ni Etelfleda ni Fagranforda se me iban de la cabeza. Había solicitado el permiso de Eduardo para desplazarme a Mercia, y su respuesta no había sido otra que enviar a Beocca a Las Dos Grullas. Sentado junto al hogar, mi viejo amigo no dejaba de echarme en cara que no velara por mi hijo mayor como era mi obligación.

—No es que no me preocupe por él —contesté—. Me gustaría que viniera conmigo a Fagranforda.

—¿Qué iba a hacer allí?

—Cumplir con su deber —repuse—: prepararse para ser un guerrero.

—Pero si el chico quiere ser cura —insistió Beocca.

—En ese caso, no lo reconozco como hijo mío.

El cura suspiró.

—¡Si es un buen chico! ¡Un chaval estupendo!

—Decidle que se vaya buscando otro nombre —repliqué—. Si se hace cura, no merece llevar el nombre de Uhtred.

—¡Cuánto os parecéis a vuestro padre! —me dijo, lo que me sorprendió no poco, puesto que mi padre, con su presencia, me metía el miedo en el cuerpo—. ¡Y no sabéis cómo se os parece vuestro hijo! —continuó—. No sólo en cuanto al físico, también en lo testarudo, ¡es tan cabezota como lo erais vos de niño! —añadió riendo entre dientes.

Por más que las personas que más he querido y admirado en mi vida hayan sido cristianas, no pocas veces me han tildado de Uhtredærwe, es decir, de pérfido enemigo de la cristiandad. Son buena prueba de lo que digo Beocca, en primer lugar, y su mujer, Thyra; pero también Hild, Etelfleda, el bueno del padre Pyrlig, Osferth, Willibald y hasta el propio Alfredo. La lista sería interminable. Y quiero pensar que todos fueron buenas personas porque su religión les dice cómo deben obrar, cosa que la mía no hace. Aparte del respeto debido y de ofrecerles algunos sacrificios de vez en cuando, nada exigen de mí ni Thor ni Odín y, desde luego, nunca serían tan estúpidos como para decirme que ame a mis enemigos y que ponga la otra mejilla. Pero sí sé que los mejores cristianos de todos, como Beocca, hacen a diario cuanto está en su mano con tal de llevar una vida recta. Nunca he intentado ser bueno como ellos, pero no soy un bellaco. Yo soy yo, Uhtred de Bebbanburg.

—Cuando yo falte —dije a Beocca—, Uhtred será el señor de Bebbanburg, y no podrá defender la ciudadela sólo a fuerza de oraciones. Tiene que aprender a pelear.

Absorto, Beocca estaba mirando el fuego.

—Siempre confié en que algún día volvería a ver Bebbanburg —confesó con voz melancólica—, pero a estas alturas dudo que eso vaya a ocurrir. El rey accede a que os trasladéis a Faganforda.

—Eso quería oír —repuse.

—Alfredo fue generoso con vos —insistió el cura, con gesto severo.

—No seré yo quien lo niegue.

—Algo tuve que ver en el asunto —dijo con una pizca de orgullo.

—Os lo agradezco.

—¿Os imagináis por qué se avino a hacerlo?

—Por todo lo que me debía —contesté—, porque de no haber tenido a *Hálito-de-serpiente* de su lado, no habría podido mantenerse veintiocho años en el trono.

—No, porque Wessex necesita un hombre fuerte al frente de Mercia —repuso, pasando por alto mi jactancia.

—¿Etelredo? —aventuré, poniendo cara de incredulidad.

—Es un buen hombre, y vos lo habéis ofendido gravemente —dijo Beocca, muy serio.

—Quizá sea como decís —repliqué para no entrar en disputas.

—Etelredo es el señor de Mercia —añadió el cura—, y el hombre que más derecho tiene a reclamar el trono de ese territorio. Sin embargo, jamás ha intentado hacerse con la corona.

—Porque tiene miedo de Wessex —argumenté.

—Al contrario, ha sido leal a Wessex —me corrigió Beocca—. Sin embargo, si no quiere que los señores de Mercia que sueñan con restaurar el antiguo reino se vuelvan contra él, no puede presentarse como vasallo de los sajones.

—Si Etelredo ejerce el poder en Mercia —le aclaré— es porque es el hombre más rico de la región, y cuando cualquiera de esos señores ve cómo los daneses le arrebatan su ganado, sus esclavos y su hacienda, Etelredo se apresura a resarcirlos. Paga, pues, a cambio de seguir llevando las riendas, cuando lo que debería hacer es aplastar a los daneses.

—También vigila la frontera con Gales —siguió Beocca, como si tener a raya a los galeses fuese una excusa plausible para quedarse mano sobre mano en cuanto a los daneses—. También nos hemos dado cuenta —vaciló al exponer tal opinión, como si quisiera medir sus palabras con exactitud—, nos hemos dado cuenta, os decía, de que no es un guerrero. Es un magnífico gobernante —añadió con premura para acallar cualquier mofa por mi parte— y un administrador eficiente, pero carece de dotes para la guerra.

—Algo de lo que yo no ando escaso, ¿verdad, padre?

Beocca esbozó una sonrisa.

—Sí, así es, Uhtred. Pero carecéis de tacto para tratar a los demás con el respeto debido. El rey espera que tratéis a lord Etelredo con consideración.

—Con toda la que se merece —le prometí.

—Y su esposa podrá volver a Mercia —continuó el cura—, en el bien entendido de que lo hará con una dote considerable que le permitirá fundar un convento de monjas.

—¿Habrás de hacerte monja? —me revolví, disgustado.

—¡Recibirá una dote y fundará un convento! —repuso Beocca—. Y será libre de elegir dónde quiera emplear la dote y erigir el monasterio.

No pude por menos que echarme a reír.

—¿De modo que tendré por vecinas a las monjas de un convento?

—No sabemos qué lugar elegirá —replicó Beocca, frunciendo el ceño.

—No, claro que no —contesté.

De modo que los cristianos habían aligerado el concepto de pecado. Me imaginé que, a la fuerza, Eduardo había aprendido a ser más tolerante con ese tipo de faltas, lo que no era poco, ya que suponía que Eteflada era más o menos libre de vivir como quisiera y, de paso, el convento sería una buena excusa para que Etefredo dijese que su esposa había elegido la vida contemplativa cuando lo que ocurría en realidad era que Eduardo y el consejo necesitaban de la presencia de la hermana del rey en Mercia y, de paso, asegurarse la mía. Éramos una vez más el escudo de Wessex, algo que poco tenía que ver con mi sueño de convertirme en espada de los sajones, asunto este sobre el que, muy en serio, Beocca me lanzó una advertencia antes de abandonar la taberna.

—El rey desea que se deje en paz a los daneses. ¡No debemos provocarlos! Tales son sus órdenes.

—¿Y si nos atacan? —me interesé, enojado.

—Por supuesto que podéis defenderos, pero el rey no desea desencadenar una guerra, no al menos antes de la coronación.

Ceremonia que, habida cuenta de que había que dar tiempo a que los invitados ilustres hicieran los consabidos preparativos para el viaje, no tendría lugar hasta el año siguiente. Así que, cuando las brumas otoñales se tornaron más frías y los días empezaron a acortarse, me dirigí por fin a Fagranforda.

Suaves colinas redondeadas, ríos de aguas pausadas, tierra generosa, una hacienda colmada de bendiciones. Un gesto de largueza por parte de Alfredo. El intendente era un natural de Mercia, con cara de malas pulgas, que respondía al nombre de Fulk, y a quien nada le apetecía menos que la presencia de un nuevo amo, por la sencilla razón de que, con la inestimable ayuda del cura que llevaba las cuentas, había vivido a sus anchas gracias a aquellas tierras. El cura en cuestión, un tal padre Cynric, trató de convencerme de que las últimas cosechas habían sido una calamidad y de que los claros que veía en las arboledas eran de árboles que se habían secado o se habían echado a perder, en lugar de decirme que los habían talado para quedarse con el pingüe beneficio de la venta de la madera. Me enseñó los documentos donde figuraban las cuentas, que casaban con los que me habían entregado en las dependencias del tesoro de Wintanceaster y, al comprobar que todo coincidía, el

padre Cynric sonrió satisfecho.

—Tal y como os había dicho, mi señor —se ufanó—. Hemos administrado la heredad que nos confiara el rey Alfredo con, por así decirlo, piadoso desvelo —añadió con gesto risueño, aquel hombre rollizo, de cara redonda y sonrisa fácil.

—¿Y en todo este tiempo, no ha venido nadie de Wessex para comprobar vuestras cuentas?

—¿Qué falta hacía? —me preguntó, entre sorprendido y amoscado ante tamaña ocurrencia—. La Iglesia nos enseña a ser honrados obreros en la viña del Señor.

Me hice con aquellos documentos y los arrojé a la fogata que ardía en la estancia. Sin palabras, tanto el padre Cynric como Fulk vieron cómo los pergaminos se iban ennegreciendo, se retorcían, crujían y acababan por arder.

—Ambos habéis esquilmado lo que no era vuestro —les dije—, y eso se acabó —el cura fue a decir algo, pero lo pensó mejor y calló la boca—. A no ser que preferáis que cuelgue a uno de los dos, incluso a ambos llegado el caso —añadí.

Finan registró las casas del administrador y del cura y recuperó parte de la plata que habían escamoteado, de la que me serví para comprar madera y devolver el dinero que en su día me prestara el intendente de Etelfleda. Siempre me había gustado construir, y Fagranforda pedía a gritos una nueva mansión, nuevos graneros y una empalizada defensiva, proyectos muy propios del invierno. Ordené a Finan que se dirigiera al norte y echase un vistazo a las tierras que marcaban las lindes entre sajones y daneses, y partió con hombres de fresco, hombres que habían acudido a mí porque se habían enterado de que era rico y pagaba en plata. Cada pocos días, me enviaba correos: en todos me aseguraba que, en contra de lo habitual, los daneses estaban muy tranquilos. Habría estado dispuesto a jurar que la muerte de Alfredo sería el desencadenante de un ataque, pero no fue así. Al parecer, Sigurd estaba enfermo, y a Cnut no le apetecía iniciar la invasión del sur sin tener a su amigo al lado. Pensé que la ocasión era propicia para que nosotros iniciásemos una ofensiva contra las tierras del norte, incluso envié un correo a Eduardo con tal recomendación, pero nunca obtuve respuesta. Nos llegaron rumores de que Etelwoldo había recalado en Eoferwic.

El hermano de Gisela había muerto y, con el beneplácito de Cnut, quien, por la razón que fuera, no aspiraba a ceñirse una corona y prefería que uno de los suyos ejerciera el poder en su nombre, un danés ocupaba el trono de Northumbria. Tal era la razón de que hubieran instalado a Etelwoldo en Eoferwic, un lugar tranquilo, alejado de Wessex, en lo más profundo de las tierras que ellos dominaban. Cnut debía de haber pensado que Eduardo enviaría tropas para acabar con su primo y, por eso, había puesto su preciada posesión a buen recaudo tras las formidables murallas romanas de Eoferwic.

De modo que en ésas andábamos: Etelwoldo, con el rabo entre las piernas; Cnut, al acecho, y yo, al frente de unas obras. Con sólidas vigas, construí una mansión tan alta como una iglesia, y una empalizada alrededor. Clavé unas calaveras de lobo en el

hastial que miraba al sol naciente, y contraté a unos ebanistas que me hicieran bancos y mesas. Busqué un nuevo intendente, y di con Heric, un guerrero que había resultado herido en la cadera en Beamfleot y que, si bien ya no estaba en condiciones de pelear, conservaba toda su energía y era honrado a carta cabal. A él fue a quien se le ocurrió la magnífica idea de construir un molino en el arroyo, una iniciativa encomiable.

Cuando estaba buscando el sitio más adecuado para el molino en cuestión, apareció aquel cura. Era un día frío, tanto como aquel en que el padre Willibald me saliera al encuentro en Bucingahamm; una fina capa de hielo comenzaba a cuajar en las orillas del arroyo. En contraste con el aire frío que nos llegaba del norte, del sur nos llegaba un cura. Iba a lomos de una mula, pero saltó de la silla en cuanto estuvo lo bastante cerca. Era joven, e incluso más alto que yo. Tan delgado como un silbido, llevaba una sucia sotana negra, con los bordes de los faldones manchados de barro seco. De cara alargada, nariz aguileña, ojos chispeantes de un color verde intenso, cabellos rubios y enmarañados, carecía de barbilla. A modo de barba, lucía un patético manojito de vello, que se quedaba a medio camino de un cuello también largo y escuálido del que colgaba una enorme cruz de plata, a la que le faltaba uno de los brazos.

—¿Sois el aguerrido lord Uhtred? —me preguntó, en tono muy formal.

—El mismo —contesté.

—Soy el padre Cuthberto —se presentó—. Un placer saludaros. ¿Debo hacer una reverencia?

—Por mí, como si queréis postraros.

Y para mi sorpresa, se puso de rodillas en el suelo y agachó la cabeza hasta casi tocar la hierba cubierta de escarcha. Se incorporó de nuevo, y se puso en pie.

—Ya está —dijo—, ya me he postrado. Os presento mis respetos, mi señor, soy vuestro nuevo capellán.

—¿Mi qué?

—Vuestro capellán, vuestro cura —añadió encantado—. Esa es la penitencia que me han impuesto.

—No me hace falta ningún capellán.

—No lo pongo en duda, mi señor. Soy prescindible, lo sé. Nadie me necesita, no soy sino un añublo que le ha salido a la Iglesia perdurable. Ya está: Cuthberto el Prescindible —continuó con una sonrisa, como si se le hubiera ocurrido una idea genial—. ¡Si llego a santo, seré san Cuthberto el Prescindible! Además, así no me confundirán con el otro santo, el de mi nombre. ¿Qué os parece? ¡No me digáis que no es una buena idea! —exclamó al tiempo que ensayaba unas cabriolas que más se asemejaban al baile de un zancudo—, ¡San Cuthberto el Prescindible! —proclamó—, ¡santo patrono de todo lo superfluo! En cualquier caso, mi señor —continuó, recuperando la seriedad y la compostura—, soy vuestro capellán, una carga más con la que debéis de contar, porque necesitaré comida, plata, cerveza y, por encima de

todo, queso. Me encanta el queso. Decís que no me necesitáis, mi señor, pero mirad por donde aquí me tenéis, vuestro humilde servidor —esbozó otra reverencia—. ¿Queréis que os escuche en confesión? ¿Deseáis que os reciba en el seno de nuestra madre la Iglesia?

—¿Quién os ha dicho que vais a ser mi capellán? —le pregunté.

—El rey Eduardo. Soy el regalo que tiene a bien enviaros —repuso con una sonrisa beatífica, al tiempo que me impartía una bendición—, ¡que Dios os bendiga, mi señor!

—Pero ¿para qué os envía Eduardo? —insistí.

—Me imagino que es una humorada, mi señor, o —añadió pensativo, frunciendo el ceño—, a lo peor, es que no le caigo bien. Aunque no creo que sea así porque lo cierto es que parece que no le caigo mal, que me tiene en alto aprecio. Lo que no quita que piense que debo aprender a ser discreto.

—¿Acaso sois indiscreto?

—Soy tantas cosas, mi señor: estudioso, cura, devorador insaciable de queso y, ahora, ¡albricias!, capellán de lord Uhtred, ese pagano que degüella curas sin parar. Al menos, es lo que me han dicho. No obstante, os quedaría eternamente agradecido si no llegarais a tal extremo. A propósito, ¿podría disponer de una criada?

—¿Cómo que una criada?

—Sí, para que limpie, haga las cosas de casa y cuide de mí. Una joven sería una bendición, y si tiene bonitos pechos, miel sobre hojuelas.

Para entonces ya estaba muerto de risa para mis adentros. Era imposible que san Cuthberto el Prescindible pudiera caerle mal a alguien.

—¿Bonitos pechos, decís? —insistí, muy serio.

—Si no os importa, mi señor. Tantas veces me han dicho que acabaríais por degollarme, que sólo me esperaba el martirio, que me he visto en la tesitura de deciros que prefiero unos hermosos pechos, ¡dónde va a parar!

—¿De verdad sois cura? —le pregunté.

—Claro que sí, mi señor. ¡Preguntádselo al obispo Swithwulf! El fue quien me ordenó: me impuso las manos y recitó las plegarias correspondientes.

—¿Swithwulf, el obispo de Hrofeceastre?

—El mismo, mi señor. Es mi padre, ¡y no puede ni verme!

—¿Que es vuestro padre?

—Mi padre espiritual, claro está, no mi padre según la carne. Mi padre, el de verdad, era cantero, ¡que Dios tenga a bien bendecir su pico!, pero fue el obispo Swithwulf quien me educó y me sacó adelante, que Dios lo bendiga también, y ahora resulta que no puede ni verme.

—¿Por qué? —le pregunté, aunque me imaginaba la respuesta.

—No puedo decíroslo, mi señor.

—Claro que podéis decírmelo. Al fin y al cabo, sois indiscreto.

—Porque yo casé al rey Eduardo con la hija del obispo, mi señor.

O sea, que los gemelos que estaban al cuidado de Etelfleda eran hijos legítimos, algo que podía incomodar y mucho al *ealdorman* Etelhelmo. De ahí que Eduardo negase que las cosas fueran así, por miedo de que el *witan* de Wessex eligiera a otro para ocupar el trono. Así que habían dejado en mis manos la prueba viviente de ese primer matrimonio.

—¡Por Dios que creo que sois un estúpido! —le dije.

—Eso me dice el obispo cada dos por tres. ¿Qué tal quedaría san Cuthberto el Necio? El caso es que era amigo de Eduardo, el chico me lo suplicó, y ella era una muchachita preciosa —repuso con un suspiro.

—¿Bonitos pechos? —le pregunté, sarcástico.

—Como dos crías de gacela, mi señor —me contestó muy seguro de lo que decía. Boquiabierto, le pregunté:

—¿Como dos crías de gacela decís?

—Eso dicen las Sagradas Escrituras al referirse a unos pechos perfectos: como dos crías de gacela, mi señor. ¡Y he de aseguraros que he investigado el asunto a fondo —calló un momento, como si reflexionase acerca de lo que acababa de decir, para añadir—, pero que muy a fondo! Aunque lo cierto es que nunca he entendido muy bien la comparación. Por lo demás, ¿quién soy yo para poner en duda lo que dicen las Sagradas Escrituras?

—Pero si todo el mundo asegura que ese matrimonio no se celebró.

—Por eso no podía decíroslo —me explicó Cuthberto.

—Pero sí que tuvo lugar —el cura asintió—. O sea, que los gemelos son hijos legítimos —añadí, y el cura asintió de nuevo—. ¿Acaso no sabíais que Alfredo no lo vería con buenos ojos?

—Pero Eduardo quería casarse —replicó lisa y llanamente.

—Y vos habéis jurado mantener la boca cerrada.

—Me amenazaron con enviarme a Frankia y recluirme en un monasterio —añadió—, pero el rey Eduardo tuvo a bien que me quedase a vuestro lado.

—¿Con la esperanza de que os matase?

—Al contrario, mi señor, con la esperanza de que me protegierais.

—En ese caso, por el amor de Dios, no vayáis por ahí diciéndole a todo el mundo que Eduardo contrajo matrimonio.

—Guardaré silencio —prometió—. Seré san Cuthberto el Callado.

* * *

Los gemelos estaban al cuidado de Etelfleda, ocupada en levantar un convento en Cirrenceastre, no muy lejos de mi hacienda. Cuando los romanos se establecieron en Britania, Cirrenceastre había sido una ciudad de renombre. Etelfleda se había

instalado en una de las antiguas villas, un precioso edificio de aposentos espaciosos que daban a un patio rodeado de una columnata. En su día, la casa había pertenecido al padre de Etelredo, *ealdorman* de Mercia, casado con la hermana de mi padre. Allí había ido a parar yo de niño cuando no me había quedado otro remedio que huir al sur para escapar de las garras de mi otro tío, aquel que me había arrebatado el señorío de Bebbanburg. El viejo Etelredo había ampliado la mansión, de forma que las techumbres sajonas convivían con las tejas romanas. Era una residencia acogedora, a buen resguardo tras las murallas de Cirrenceastre. Etelfleda había contratado a unos albañiles para que echasen abajo unas casas romanas en ruinas y aprovechaba las piedras para la construcción del convento.

—¿Por qué tantas molestias? —le pregunté.

—Porque era lo que quería mi padre —repuso—, y porque le prometí que lo haría. Voy a dedicárselo a santa Werburga.

—¿La mujer que ahuyentó a los gansos?

—La misma.

Todo eran voces de niños en casa de Etelfleda. Aparte de su hija, *Ælfwynn*, allí estaban mis dos pequeños, Stiorra y Osberth. El mayor, Uhtred, iba a la escuela en Wintanceaster, de donde me mandaba unas cartas muy relamidas, repletas de beaterías empalagosas que ni me molestaba en leer. Los más pequeños eran los gemelos de Eduardo, todavía lactantes. Recuerdo que, en cierta ocasión, me quedé mirando a Etelstano en pañales y pensé en cuántos inconvenientes nos evitaría un tajo a tiempo de *Hálito-de-serpiente*. No me faltaba razón y, sin embargo, estaba equivocado: con el tiempo, el pequeño Etelstano llegaría a ser un joven al que tomaría gran afecto.

—¿Sabes que es legítimo? —le pregunté a Etelfleda.

—No es eso lo que dice Eduardo —replicó con aspereza.

—Tengo a mi servicio al cura que los casó —le comenté.

—Pues dile que procure mantener la boca cerrada —repuso—, si no quiere acabar bajo tierra por abrirla demasiado.

Estábamos en Cirrenceastre, no muy lejos de Gleawecestre, donde Etelredo había establecido su residencia. No podía ni ver a Etelfleda, y a mí me preocupaba que enviara a algunos de los suyos para raptarla y, después, matarla o recluirla en un convento de monjas. Ya no estaba su padre para protegerla, y mucho me temía que Eduardo no le infundiera tanto pavor como su padre, Alfredo. Etelfleda despachó mis temores.

—Quizá no le tenga miedo a Eduardo —me dijo—, pero tú lo aterrorizas.

—¿Aspirará a ser rey de Mercia? —le pregunté.

Estaba contemplando a un albañil que restauraba una escultura romana que representaba un águila. Como podía, el pobre hombre trataba de que se asemejase a un ganso pero, de momento, lo más que había conseguido era que se pareciese a una gallina enojada.

—No lo creo —dijo Etefleda.

—¿Por qué no?

—Porque hay muchos y muy poderosos señores establecidos al sur de Mercia que reclaman la protección de Wessex. Además, a Etefredo, el poder no le interesa.

—¿Estás segura?

—En este momento, quiero decir. Hubo un tiempo en que sí. Pero ahora, que se pone enfermo cada poco, le asusta la idea de la muerte, y prefiere pasar los días con mujeres —me echó una mirada cargada de intención—. En ese aspecto, se parece mucho a ti.

—No digas tonterías, mujer: Sigunn se ocupa de la casa.

—¿A cargo de la casa, eh? —comentó con desdén.

—Además, la tienes aterrada.

El comentario le hizo gracia y rompió a reír, antes de emitir un hondo suspiro al ver que, de un golpe de mazo poco atinado, el albañil había privado de pico a la pobre gallina.

—Lo único que quería era una estatua de Werburga con un ganso al lado.

—Pides demasiado —le dije, con guasa.

—Aspiro a aquello con lo que soñaba mi padre —repuso, serena—: Inglaterra.

En aquellos años, no dejaba de sorprenderme al oír aquel nombre. Conocía Mercia y Wessex, había estado en Anglia Oriental y daba por sentado que Northumbria era mi terruño. Pero, ¿Inglaterra? Era un sueño que había quedado atrás, un sueño de Alfredo. Una vez muerto, el sueño se me antojaba tan inalcanzable y fantasioso como antaño me lo pareciera. En el caso poco probable de que los cuatro reinos llegaran a unirse para formar uno solo, antes se llamaría «Daneterra» que «Inglaterra». Aun así, Etefleda y yo compartíamos el sueño de Alfredo.

—¿Somos ingleses? —le pregunté.

—¿Qué, si no?

—Yo soy de Northumbria.

—Eres inglés —replicó sin dudar—, sólo que tienes a una danesa que te calienta la cama —me propinó un buen codazo en las costillas—. Dile a Sigunn que le deseo una feliz Navidad.

* * *

La fiesta de Yule la celebramos con un banquete por todo lo alto en Fagranforda. Construimos una enorme rueda de madera de no menos de diez pasos de ancho, la recubrimos de paja, la encajamos en un poste de roble que habíamos plantado en el suelo y embadurnamos las dos piezas con grasa de oveja para que la rueda girase. Por la noche, le prendimos fuego. Con ayuda de rastrillos o lanzas, los hombres daban

vueltas a la rueda que, al voltear, desprendía un torrente de chispas. Mis dos hijos pequeños estaban a mi lado. Stiorra me tomó de la mano mientras, boquiabierta, contemplaba la enorme rueda en llamas.

—¿Por qué le habéis prendido fuego? —me preguntó.

—Es un mensaje a los dioses —le dije—. Así sabrán que nos acordamos de ellos, al tiempo que les pedimos que se dignen renovar la vida en el año que ahora empieza.

—¿Un mensaje a Jesús? —volvió a preguntarme, un tanto confusa.

—Así es, a él y a los demás dioses —repuse.

Hubo un estallido de gritos de júbilo cuando, por fin, la rueda se vino al suelo, mientras hombres y mujeres competían por saltar sobre las llamas. Con mis dos hijos en los brazos, en medio de un remolino de humo y de brasas, también yo salté. Mientras contemplaba las centellas que echaban a volar en aquella gélida noche, me pregunté cuántas otras ruedas no estarían ardiendo en el norte, en las tierras donde los daneses soñaban con Wessex.

Si tales eran sus sueños, nada hacían para llevarlos a la práctica, algo que no dejaba de sorprenderme. En mi opinión, la muerte de Alfredo hubiera sido el momento oportuno, pero los daneses carecían de un caudillo que fuera capaz de unirlos. Sigurd seguía enfermo. Hasta donde sabíamos, bastante tenía Cnut con tratar de someter a los escoceses. Mientras, Eohric seguía dudando entre ofrecer su lealtad al sur cristiano o a los daneses del norte y, en consecuencia, no movía un dedo. Haesten se mantenía al acecho en Ceaster, pero contaba con pocos hombres. En cuanto a Etelwoldo, seguía en Eoferwic, pero no podía atacar Wessex hasta que Cnut se decidiese a hacerlo. De modo que estábamos en paz, una situación que, desde mi punto de vista, no habría de durar mucho tiempo.

Tentado estuve, tentadísimo incluso, de volver al norte y consultarlo con Ælfadell, pero, tras recapacitar y darme cuenta de que no era la hechicera a quien quería volver a ver, sino a Erce, aquella hermosa y silenciosa muchacha, no tardé en descartar semejante idea como un desvarío. No me moví, pues, de mi hacienda, pero sí que me enteré de algunas cosas cuando Offa pasó por Fagranforda y, no sin antes avivar el fuego en condiciones para que sus viejos huesos entrasen en calor, mantuvimos una conversación cara a cara en la estancia principal de mi nueva mansión.

Offa era un hombre nacido en Mercia, que había sido cura hasta que la fe comenzara a flaquearle. Tras haber colgado los hábitos, se dedicaba a recorrer Britania de punta a punta con unos pequeños terriers amaestrados que caminaban sobre las patas traseras y bailaban, un simpático espectáculo que encantaba a los aldeanos que acudían a las ferias. Nunca le habrían bastado las pocas monedas que recogía gracias a los perros para disfrutar de la magnífica mansión que tenía en Liccelfeld, porque su verdadero talento, su auténtica genialidad, residía en su capacidad para enterarse de las aspiraciones, los sueños y las intenciones de sus semejantes. Sus remilgados perritos le abrían las puertas de todas las casas de

importancia, y Offa, que no carecía de olfato ni de inteligencia, escuchaba, preguntaba y, más tarde, vendía aquello de lo que se había enterado. En su día, Alfredo había tratado de sonsacarle, igual que Sigurd y Cnut en aquellos momentos. Así que, gracias a Offa, me hice una idea de cómo andaban las cosas por el norte.

—Los males de Sigurd no parecen fatales —me dijo—, pero sí que lo han dejado mermado. Tiene fiebres, se recupera, vuelven las fiebres...

—¿Y Cnut?

—Sin Sigurd a su lado, no se atreverá a invadir el sur.

—¿Eohric?

—Cagado de miedo, como siempre.

—¿Etelwoldo?

—Bebiendo y tirándose a todas las criadas que tiene al alcance de la mano.

—¿Haesten?

—Os odia, pone a mal tiempo buena cara, y sueña con tomarse la venganza.

—¿Y Ælfadell?

—¡Ah, ése es otro cantar! —dijo con una sonrisa. Offa era un hombre lúgubre, que rara vez sonreía. Su cara larga y arrugada se tornó cautelosa y taimada. Cortó un trozo del queso que cuajábamos en la vaquería—. Tengo entendido que pensáis levantar un molino.

—Así es.

—Muy sensato, sí, señor. Un lugar espléndido para erigir un molino. ¿Por qué pagar a un molinero si podéis moler vuestro propio trigo?

—¿Qué hay de Ælfadell? —le pregunté de nuevo, depositando una moneda de plata en la mesa.

—Creo que fuisteis a verla.

—No tenéis mal oído, no —repuse.

—Menos cumplidos —dijo Offa, guardándose la moneda—, ¿llegasteis a conocer a su nieta?

—¿Erce?

—Así la llama esa bruja —me confirmó—. No sabéis cómo os envidio.

—Pensaba que vuestra esposa era una mujer joven.

—Y lo es —replicó—. No debería estar permitido que los viejos tomasen esposas tan jóvenes.

Me eché a reír.

—¿Ya os ha agotado?

—Lo que pasa es que ya estoy muy viejo para andar rodando por los caminos de Britania.

—En ese caso, quedaos en vuestra mansión de Liccelfeld —repuse—. Por plata no será.

—Mi mujer es tan joven —comentó, amoscado— que necesito el sosiego que me proporciona el ir de un lado para otro sin parar.

—¿Y qué me decís de Ælfadell? —volví a preguntarle.

—Hace años, era puta en Eoferwic —me dijo—. Allí la conoció Cnut. Aventuraba el porvenir y ejercía el oficio. Algo debió de decir a Cnut que, más adelante, se hizo realidad, y éste la tomó bajo su tutela.

—Y puso a su disposición la gruta de Buchestanes.

—Supongo que sí, puesto que está en sus tierras.

—Y a quienes van a verla sólo les dice lo que Cnut quiere que oigan.

Offa vaciló un instante, señal de que para responder a esa pregunta necesitaba algo más de dinero. Con un suspiro, puse otra moneda encima de la mesa.

—Cnut habla por su boca —me confirmó.

—¿Y qué va diciendo ahora? —pregunté. Al ver que parecía dudar de nuevo, perdí la paciencia—: Escuchadme con atención, cagarruta de cabra apergaminada, ya os he pagado bastante. Así que desembuchad.

—Dice que habrá un nuevo rey en el sur que llegará del norte.

—¿Etelwoldo?

—Echarán mano de él —dijo Offa, con gesto apesadumbrado—. Después de todo, es el legítimo rey de Wessex.

—Y un borrachuzo sin cabeza.

—¿Desde cuándo tal circunstancia ha sido un obstáculo para llegar a ser rey?

—De modo que los daneses lo utilizarán para tranquilizar a los sajones y, después, se desharán de él.

—Claro.

—En tal caso, ¿por qué esperar?

—Porque Sigurd está enfermo, porque los escoceses suponen una amenaza para las tierras de Cnut y porque las estrellas no presentan una alineación propicia.

—¿Así que Ælfadell sólo dice a quienes van a verla que se dediquen a mirar las estrellas?

—No, les dice además que Echric será el rey del mar, que Etelwoldo será rey de Wessex y que las espléndidas tierras del sur caerán en manos de los daneses.

—¿Rey del mar?

—Es sólo una forma ocurrente de decirles que Sigurd y Cnut no le arrebatarán el trono. Les preocupa que establezca una alianza con Wessex.

—¿Y qué me decís de Erce?

—¿Es tan hermosa como dicen? —se interesó.

—¿Acaso no la habéis visto?

—No en la gruta.

—Donde se exhibe desnuda —le dije, lo cual hizo a Offa suspirar—. Es más que hermosa —le aseguré.

—Eso tengo entendido. Pero es muda. Está privada del don del habla. También tiene la cabeza un poco averiada. No sé si está loca, pero sí sé que es como una niña pequeña. Una belleza muda, una niña medio loca, que enloquece a los hombres.

Me quedé pensando en lo que me acababa de decir. De fuera, llegaba el estruendo del entrecuchar de espadas, de los golpes del acero contra los escudos de madera de tilo. Los hombres se ejercitaban. A diario y durante todo el día, los hombres se preparaban para la guerra, con espada y escudo, hacha y escudo, lanza y escudo, practicando para el día en que hubieran de hacer frente a los daneses, que se entrenaban de igual modo. Un combate que, después de lo que acababa de enterarme, tendría que esperar por culpa de la salud renqueante de Sigurd. Me pareció que había llegado nuestro turno de atacar, pero, para invadir el norte de Mercia, necesitaba las tropas de Wessex, y el *witan* había sugerido a Eduardo que hiciese cuanto estuviese en su mano para mantener la frágil paz que disfrutábamos en Britania.

—Ælfadell es un peligro —dijo Offa, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Una vieja que se limita a farfullar la voz de su amo?

—Una voz que dan por buena quienes van a verla —añadió—. Los hombres que saben el destino que los aguarda no retroceden ante nada.

Recordé entonces el insensato ataque que había lanzado Sigurd en el puente de Eanulfsbirig, y hube de reconocer que Offa tenía razón. Los daneses habrían de esperar antes de lanzarse al ataque, pero, durante todo ese tiempo, estarían escuchando mágicas profecías que les anunciaban que saldrían bien librados. Igual que, entre los sajones, comenzaban a circular rumores sobre tales augurios. *Wyrð bio ful āræd*. En ese instante, una idea se me pasó por la cabeza y abrí la boca dispuesto a exponerla, pero lo pensé dos veces y no dije nada. Si uno quiere guardarse un secreto para sí, mejor no decir nada a Offa, que se ganaba la vida revelando los secretos de los demás.

—¿Ibais a decirme algo, mi señor? —me preguntó.

—¿Habéis oído hablar de la dama Ecgwynn? —le pregunté a mi vez.

Me miró con cara de sorpresa.

—Me imaginaba que vos sabríais más sobre ella de lo que yo pueda contaros.

—Sé que está muerta —repuse.

—Era una muchacha frívola —concluyó Offa, con un gesto de desaprobación—, pero muy bonita. Una duendecilla.

—¿Y se llegó a casar?

Se encogió de hombros.

—Al parecer, un cura ofició una ceremonia —dijo—, pero no había un contrato firmado entre Eduardo y el padre de la joven, y el obispo Swithwulf, que no es ningún necio, no otorgó el consentimiento. ¿Se podría considerar, pues, como un matrimonio legítimo?

—Si un cura lo bendijo...

—El matrimonio exige un contrato —repuso Offa, empecinado—. No eran dos labriegos follando como cerdos en el suelo enfangado de una cabaña, sino un rey y la hija de un obispo. ¡Por supuesto que tenía que haberse firmado un contrato, y haberse aportado una dote por la novia! A falta de eso, ¡no es sino un calentón regio!

—O sea, que los hijos son ilegítimos.

—Eso aseguran los miembros del *witan* de Wessex, de modo que debe de ser cierto.

Sonreí.

—Son unas criaturas enfermizas —mentí—, no creo que salgan adelante.

Offa no podía ocultar su interés.

—¿Estáis seguro?

—Ni Etelfleda es capaz de engatusar al chico para que se cuelgue del pecho de su ama de cría —mentí de nuevo—, y la niña es de salud quebradiza. Además, ¿qué más da si no medran, puesto que son ilegítimos?

—Su desaparición evitaría muchos inconvenientes —aseguró Offa.

Difundiendo un rumor que sería muy del agrado de su suegro, Etelhelmo, acababa de hacerle a Eduardo un pequeño favor. Lo cierto es que los gemelos eran unos niños sanos y dotados de buenos pulmones, aunque representaban un problema que habría que resolver más adelante. Pero cada cosa a su tiempo, igual que Cnut había tomado la decisión de aplazar la invasión de Mercia y Wessex.

Hay épocas en la vida de cada cual en que parece que no pasa nada: no hay humo advirtiendo de que una ciudad o un caserío están en llamas, y son pocas las lágrimas derramadas por los seres queridos que mueren. Con los años, he aprendido a no fiarme de esas temporadas porque, cuando parece que la paz reina en el mundo, es que alguien está preparando una guerra.

* * *

Llegó la primavera y, con ella, la coronación de Eduardo en Cyninges Tun, un real sitio próximo a Lundene, hacia el oeste. Me pareció extraña la elección del lugar. Wintanceaster era la capital de Wessex, la ciudad donde Alfredo había erigido su monumental iglesia nueva y donde se alzaba la más impresionante de las residencias reales. Sin embargo, a Eduardo se le había metido en la cabeza que la coronación había de celebrarse en Cyninges Tun. Ciertamente se asentaba en una espléndida hacienda propiedad de la Corona, pero, tan cerca de Lundene como estaba, había caído en desuso y, antes de que yo les arrebatase la ciudad, había sido un territorio que los daneses habían esquilado sin medida.

—El arzobispo me asegura que hay allí una piedra donde fueron coronados algunos de los antiguos monarcas —me explicó Eduardo.

—¿En una piedra, mi señor?

Asintió.

—Por lo visto, se trata de una piedra que tiene que ver con la realeza, aunque no estoy muy seguro de si los reyes se encaramaban a ella o la utilizaban como asiento

—añadió, encogiéndose de hombros, sin explicarse muy bien cuál era la razón de la insistencia en aquella piedra—. En cualquier caso, Plegmund afirma que es un detalle no desdeñable.

Una semana antes de que tuviera lugar la ceremonia de la coronación, reclamaron mi presencia en la propiedad con el mandato expreso de ir acompañado de todos los guerreros a mis órdenes que pudiera reunir. Todos a caballo y bien pertrechados, me presenté con setenta y cuatro de los míos, a los que se sumaron otros cien de la guardia personal de Eduardo, quien nos encareció que defendiésemos aquellos contornos durante la coronación, porque se temía un ataque por parte de los daneses. Yo acepté de buen grado el encargo. Con tal de no pasarme horas y horas, de pie o sentado, presenciando una ceremonia cristiana, estaba encantado de cabalgar a lomos de mi montura al aire libre, de modo que recorrí aquellas tierras saqueadas, mientras a Eduardo, sentado o de pie en la piedra regia, lo ungían con el óleo sagrado y le ceñían la corona de esmeraldas incrustadas que portara su padre.

En contra de lo que tantas veces me había imaginado, que el fallecimiento de Alfredo sería el desencadenante de una guerra, los daneses no atacaron. Muy al contrario, disfrutábamos de uno de esos contados períodos en que las espadas reposaban en sus vainas, y la coronación de Eduardo transcurrió sin percances. Al concluir la ceremonia, partió para Lundene y me rogó que asistiera a un gran consejo que había convocado. Para celebrar la coronación de Eduardo, las calles de la antigua ciudad romana se habían engalanado con estandartes; un enjambre de tropas recorría sus formidables murallas. Nada de eso me llamó la atención. Lo que me sorprendió, y mucho, fue ver a Eohric por allí.

El rey de Anglia Oriental, el mismo Eohric que había conspirado para acabar conmigo, estaba en Lundene atendiendo a una invitación del arzobispo Plegmund, quien, como garantía de que al rey no le pasaría nada, había entregado a dos de sus sobrinos en calidad de rehenes. Eohric y su séquito habían llegado siguiendo el curso del Temes, río arriba, en tres barcos que exhibían la cabeza de un león en la proa, y se alojaba en el imponente palacio de Mercia que coronaba la colina que se alzaba en el centro de la antigua ciudad romana. Eohric era un hombre descomunal, de ojos pequeños y mirada recelosa, con una panza tal que parecía una cerda preñada, tan fuerte como un buey. La primera vez que lo vi fue en lo alto de las murallas, mientras recorría con algunos de los suyos las antiguas fortificaciones defensivas. Llevaba tres lebreles atraillados, cuya presencia bastaba para que los perros de la ciudad que quedaba a sus pies se pusieran a aullar. Acatando órdenes de Eduardo, que le habría dicho que lo acompañara a donde quisiera ir, Weohstan, el comandante de la guarnición, hacía las veces de guía del rey de Anglia Oriental.

Finan venía conmigo. Trepamos por una escalera romana que ascendía por el interior de uno de los torreones que custodian ese acceso a la ciudad que los lugareños han dado en llamar la Puerta del Obispo. Era de buena mañana, y el sol calentaba las viejas piedras. Olía mal, porque el foso que circundaba la parte externa

de la muralla rebosaba de porquería y despojos. Unos críos rebuscaban en la inmundicia.

Una docena de soldados sajones del oeste abrían paso al séquito de Eohric, aunque, al vernos, siguieron adelante sin decirnos nada. Finan y yo esperamos a que los de Anglia Oriental llegasen donde estábamos: Weohstan se intranquilizó no poco al ver que tanto Finan como yo llevábamos espadas, aunque se serenó en parte al comprobar que no llevábamos cotas de malla, ni yelmos, ni escudos. Me incliné ante el rey.

—¿Conocéis a lord Uhtred? —se adelantó Weohstan, solícito.

Aquellos ojillos se me quedaron mirando. Uno de los lebreles gruñó; lo hicieron callar.

—El hombre que quema barcos —repuso Eohric, claramente divertido.

—Y también ciudades —se le escapó a Finan sin poderlo evitar, recordándole cómo había arrasado su espléndido puerto de Dumnoc.

Eohric apretó las mandíbulas, pero no respondió a semejante provocación. En lugar de eso, se limitó a contemplar la parte sur de la ciudad.

—Bonito lugar, lord Uhtred.

—¿Puedo preguntaros qué os trae por aquí, mi rey? —me interesé con respeto.

—Soy cristiano —retumbó su voz grave y profunda—, y el Santo Padre de Roma afirma que Plegmund es mi padre espiritual. Como el arzobispo ha tenido a bien invitarme, aquí me tenéis.

—Es un honor, mi señor —repuse, porque ¿qué otra cosa se le puede decir a un rey?

—Weohstan me asegura que fuisteis vos quien se apoderó de la ciudad —continuó Eohric con voz cansina, como de hombre habituado a entablar conversación, aunque nada le importe el contenido de la misma.

—Así fue, mi señor.

—Por aquella puerta, según tengo entendido —dijo, señalando al oeste, a la Puerta de Ludd.

—Os han informado bien.

—Ocasión tendréis de contármelo —concluyó guardando las formas.

Manteníamos un trato exquisito. Ambos sabíamos que él era el hombre que había tratado de quitarme de en medio, pero conversábamos como si no hubiera pasado nada. Me di cuenta, sin embargo, de lo que estaba pensando. Pensaba que el muro que se alzaba junto a la puerta del Obispo era el enclave más vulnerable de las tres millas largas que recorrían las murallas romanas. Aunque el foso nauseabundo y rebosante de porquería suponía un obstáculo formidable, al este de la puerta, las piedras desgastadas de aquella parte de la muralla se estaban desmoronando, si bien una empalizada de troncos de roble defendía los boquetes donde las piedras se habían venido abajo. El lienzo entre la Puerta del Obispo y la Puerta Antigua era el que estaba en peores condiciones. Cuando había estado al frente de la guarnición de la

ciudad, yo mismo había ordenado que se construyese aquella empalizada, que ya necesitaba un buen repaso. Si alguien trataba de apoderarse de la ciudad, aquél sería el mejor lugar para lanzar un ataque. En eso estaba pensando Eohric en aquel momento. Con un gesto señaló al hombre que iba a su lado.

—Os presento al *jarl* Oscytel —dijo.

Oscytel era el comandante en jefe de las tropas de Eohric y, tal como me imaginaba, era un hombretón de aspecto feroz. Le dirigí una inclinación de cabeza, y el danés me devolvió un gesto similar.

—¿Qué, habéis venido a rezar un rato? —le pregunté.

—Estoy aquí porque mi rey me ha ordenado que viniera —contestó.

Irritado para mis adentros, me preguntaba cómo era posible que Eduardo hubiera consentido en tamaño desvarío. Eohric y Oscytel podían convertirse en enemigos de Wessex en cualquier momento y, sin embargo, allí estaban, agasajados en Lundene y tratados como huéspedes distinguidos. Aquella noche se celebró un gran banquete, y uno de los arpistas de Eduardo desgranó un ampuloso romance donde se alababan las hazañas de Eohric, celebrando su heroísmo, aunque, en realidad, Eohric nunca se había distinguido en el campo de batalla. Era un hombre taimado y despierto, que sólo desplegaba su poder si las circunstancias así lo exigían, evitando cualquier enfrentamiento. Se había mantenido en el trono porque su reino se encontraba en uno de los extremos de Britania y ningún ejército tenía necesidad de pasar por sus tierras para ir al encuentro de sus enemigos.

Pero también era un hombre que debía tenerse en cuenta. Podía contribuir con no menos de dos mil guerreros bien pertrechados en caso de guerra, y si los daneses desencadenasen un ataque en toda regla contra Wessex, los hombres de Eohric les aportarían un refuerzo considerable. Del mismo modo, si los cristianos tomasen la decisión de dirigir un ataque contra los paganos del norte, tampoco harían ascos a los dos mil guerreros que pudieran acudir en su ayuda. Ambos bandos trataban, pues, de que Eohric se pusiera de su parte, mientras éste recibía regalos de ambos lados, hacía vagas promesas y no movía un dedo.

Aunque así fuera, él era la piedra angular para alcanzar el gran sueño de Plegmund: unir a todos los reinos de Britania. El arzobispo aseguraba que la idea se le había pasado por la cabeza en un sueño que había tenido tras el funeral de Alfredo, y había convencido a Eduardo de que se trataba de un sueño que Dios le había enviado. Sólo la fe en Cristo, que no las espadas, uniría todos los reinos de Britania, y ningún momento era tan propicio como aquel año en curso, el año de gracia de 900. Plegmund creía firmemente, y persuadió a Eduardo de ello, que la vuelta de Cristo a la tierra tendría lugar en el año 1000, y que los designios divinos no eran otros que emplear aquellos últimos cien años del milenio de la era cristiana en convertir a los daneses y prepararlos para la segunda venida de Cristo al mundo.

—La guerra ha revelado ser un fracaso —tronaba Plegmund desde el púlpito—, así que hemos de asentar nuestra fe en la paz.

Pensaba que había llegado la hora de convertir a los paganos, y propugnaba que los daneses convertidos al cristianismo del reino de Eohric ejerciesen como misioneros ante Sigurd y Cnut.

—¿Que pretende hacer qué? —pregunté a Eduardo, que me había mandado llamar al día siguiente del gran banquete, tras haber escuchado las explicaciones que el propio rey me había dado sobre las aspiraciones de Plegmund.

—Quiere convertir a los paganos —dijo Eduardo, cortante.

—Y ellos quieren apoderarse de Wessex, mi señor.

—Un cristiano jamás pelearía contra otro que profese su misma fe.

—Explicádselo a los galeses, mi rey.

—Por lo general, respetan la paz —argumentó.

Para entonces, ya se había casado. Su esposa, Elfleda, casi una niña todavía —de trece o catorce años como mucho—, estaba encinta, y allí estaba jugando con sus acompañantes y un gatito, en el minúsculo jardín donde tantas veces me había visto con Etelfleda. Al ver a donde estaba mirando, con un suspiro, Eduardo añadió:

—El *witan* considera que Eohric será un aliado fiel.

—¿Eso dice vuestro suegro?

Eduardo asintió.

—Durante tres generaciones, hemos guerreado sin cesar —explicó, muy serio—, y la paz está lejos de vislumbrarse. Plegmund sostiene que debemos apoyarnos en la oración y predicar. Mi madre es de la misma opinión.

No pude por menos que echarme a reír. Así que íbamos a derrotar a nuestros enemigos a fuerza de plegarias. Cnut y Sigurd estarían encantados con esa táctica.

—¿Y qué nos ha pedido Eohric a cambio? —me interesé.

—¡Nada! —repuso Eduardo, sorprendido al oír la pregunta.

—¿Que no ha pedido nada, mi señor?

—Sólo la bendición del arzobispo.

Durante los primeros años de su reinado, Eduardo se dejó llevar por los consejos que le daban su madre, su suegro y el arzobispo. A ninguno de los tres les hacían gracia los costes que la guerra representaba para sus haciendas. Para levantar fortines y dotar de los pertrechos necesarios a los hombres del *fyrd*, se habían destinado cantidades ingentes de plata. Poner un ejército en pie de guerra costaba mucho más, riquezas que se detraían de los beneficios de la Iglesia y de los *ealdormen*, que querían guardárselas para ellos. Guerrear era caro; rezar salía gratis. Me mofé de semejante idea, pero Eduardo hizo un gesto de impaciencia y me obligó a callar.

—Contadme cosas de los gemelos —me rogó.

—Crecen —le dije.

—Mi hermana me refirió lo mismo, pero me han llegado rumores de que Etelstano no quiere tomar el pecho —añadió, angustiado.

—Etelstano mama como un ternero —repliqué—. Difundí el rumor de que era un niño enfermizo, porque es lo que vuestra madre y vuestro suegro quieren oír.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Eduardo, con una sonrisa—. Estoy obligado a decir que no son hijos legítimos —continuó—, pero los llevo en el corazón.

—Están sanos y salvos, mi señor —le aseguré.

Me puso una mano en el antebrazo.

—¡Que sigan así! Y, lord Uhtred —me cogió el brazo para que tuviese en cuenta lo que me iba a decir—, ¡no provoquéis a los daneses! ¿Os ha quedado claro?

—Sí, mi rey.

De pronto se dio cuenta de que me estaba apretando el brazo, y retiró la mano. Me imaginé que estaría apurado por haberme encomendado que ejerciera de niñera con sus regios bastardos, o quizá porque fuera el amante de su hermana, o incluso por haberme ordenado que mantuviese la paz, cuando de sobra sabía lo que yo pensaba: que era una paz ficticia. De modo que no había que molestar a los daneses, y yo había jurado obediencia a Eduardo.

Así que me fui con la intención de enfurecerlos.

TERCERA PARTE

ÁNGELES

Capítulo IX

—Buena la ha hecho Eduardo: a quién se le ocurre ponerse en manos de los curas —le iba rezongando a Ludda—. Y, por si eso fuera poco, ahí está su madre, ¡esa zorra!, que es aún peor. —Estábamos de vuelta en Fagranforda, y había pedido al chico que viniese conmigo al norte. Íbamos a caballo por esos montes desde donde, al otro lado del anchuroso caudal del río Saefern, se divisaban las colinas de Gales. Llovía en aquellas tierras lejanas del oeste, pero, como destellos de plata fundida, los tímidos rayos de un sol pálido rielaban en las aguas que discurrían por el valle que se abría a nuestros pies—. Se creen que, a fuerza de plegarias, evitarán la guerra, y todo por culpa del cretino de Plegmund, que así piensa bajarles los humos a los daneses.

—A veces da resultado, mi señor —dijo Ludda, tratando de infundirme ánimos.

—Te doy mi palabra de que no —gruñí—. Además, si vuestro dios hubiera querido que las cosas fueran así, ¿por qué no hizo nada hace veinte años?

Ludda tenía cabeza suficiente para ahorrarse la respuesta. Nadie más venía con nosotros. Iba en busca de algo, y no quería que nadie supiese de qué se trataba, de forma que, solos, los dos cabalgábamos por aquellas crestas. Hicimos algunas averiguaciones: hablamos con esclavos que trabajaban los campos, con *thegns* en sus caseríos. Al cabo de tres días de marcha, aunque no en el lugar que había imaginado —demasiado cerca, para mi gusto, de Fagranforda, y no lo bastante de territorio danés—, di con lo que iba buscando.

—No hay nada parecido en el norte —me dijo Ludda—, al menos, yo no lo he visto. Montones de piedras, sí, a cual más sorprendente, pero nunca las había visto enterradas en el suelo.

Esas piedras tan llamativas son enormes rocas que nuestros antepasados colocaban en forma de círculo, probablemente para honrar a sus dioses. Cuando nos salen al paso unas piedras que siguen esa disposición, lo normal es que cavemos alrededor. Por ese procedimiento, en una o dos ocasiones, he encontrado algunos objetos de valor. Esas piedras enterradas suelen estar en la cima de un montículo, por lo general un túmulo redondeado, aunque en ocasiones se las ve alineadas, como las lomas de una cadena de colinas. En ambos casos, se trata de lugares de enterramiento que erigieron nuestros antepasados. Aunque no falta gente que cree que hay espíritus o incluso dragones que echan fuego por las fauces para defender los esqueletos allí enterrados, no por eso dejamos de excavarlas. Una vez encontré una vasija llena de azabache, ámbar y aderezos de oro en una de esas sepulturas. El túmulo que encontramos aquel día se encontraba en la cresta de una colina desde la que podía divisarse cualquier punto en el horizonte. Si dirigíamos la mirada al norte, a lo lejos, demasiado en mi opinión, con la vista alcanzábamos los apartados territorios de los daneses. Con todo, me pareció que aquel antiguo lugar de enterramiento podía venirnos al pelo para lo que tenía en mente.

Se encontraba en una localidad llamada Natangrafum. Era propiedad de un

aparcerero de Mercia, de nombre Elwoldo, que no pudo ocultar su satisfacción al enterarse de que me proponía horadar el montículo.

—Pondré a vuestra disposición cuantos esclavos necesitéis —me ofreció—. Hasta que llegue la hora de recoger la cosecha, esos cabrones no tienen casi nada que hacer.

—Prefiero que lo hagan los míos —contesté.

Elwoldo me miró receloso, pero yo era Uhtred, y no quería líos conmigo.

—¿Vamos a partes iguales en todo lo que encontréis? —me preguntó, intranquilo.

—Por supuesto —le aseguré, poniendo un trozo de oro encima de la mesa—. Ahí tenéis: oro a cambio de vuestro silencio. Nadie sabe que ando por aquí, y vos no se lo diréis a nadie. Si me entero de que os habéis ido de la lengua, volveré y yo mismo os enterraré en ese montículo.

—No diré nada, mi señor —me prometió. Era mayor que yo, de mofletes caídos y largos cabellos grises—. Bien sabe Dios que no soy de esos que se meten donde no los llaman —añadió—. El año pasado, la cosecha no fue buena y los daneses no están tan lejos como parece. Sólo aspiro a llevar una vida tranquila —continuó, guardándose el oro—. Pero no encontraréis nada en esa colina, mi señor. Mi padre la excavó hace unos años y sólo vio esqueletos. Ni siquiera un mísero abalorio.

En aquella cima había dos sepulturas, una encima de la otra. En el centro, se alzaba un túmulo de forma circular que, de este a oeste, cruzaba en diagonal un largo terraplén de unos diez pies de alto y una longitud aproximada de sesenta pasos. La mayor parte de aquella colina alargada no era sino eso, un montón de tierra y creta, pero en el extremo más oriental se veían unas grutas horadadas por la mano del hombre a las que se accedía por una entrada que miraba al sol naciente y cegaba una enorme peña.

Envié a Ludda de vuelta a Fagranforda con el encargo de que regresara con una docena de esclavos. Entre todos, consiguieron desplazar la piedra y retiraron la tierra que se había amontonado, de forma que, agachando la cabeza, nos adentramos en un largo pasadizo revestido de piedra. Cuatro cámaras, dos a cada lado, iban a dar a aquel túnel. Alumbramos la tumba con unas antorchas embadurnadas de pez y echamos abajo las pesadas rocas que cerraban el paso a las cámaras. Tal como Elwoldo me había dicho, sólo encontramos esqueletos.

—¿Crees que nos servirá? —pregunté a Ludda.

Incapaz de articular palabra, con cara de espanto, el chico no apartaba los ojos de aquellos huesos.

—Volverán para amedrentarnos, mi señor —susurró.

—No —repuse, y un escalofrío pareció helarme la sangre—. No —repetí, aunque ni yo mismo me lo creía.

—No los toquéis, mi señor —me suplicó.

—Elwoldo me ha asegurado que su padre ya los había importunado —le dije, tratando de convencerme a mí mismo de que era cierto lo que afirmaba—, o sea, que no hay nada que temer.

—Si perturbó su descanso, mi señor, es de imaginar que los despertaría, y ahora estarán a la espera de tomarse cumplida venganza.

Sin orden ni concierto, adultos y niños juntos, los esqueletos yacían en montones. Las calaveras nos obsequiaban con su macabra sonrisa. Un cráneo mondo mostraba una profunda hendidura en la sien izquierda; otro aún conservaba algunos vestigios de pelo. Un pequeño se acurrucaba entre los brazos de otro esqueleto. Otro nos señalaba con un brazo descarnado; los huesos de los dedos estaban por el suelo.

—Sus espíritus aún siguen aquí —me susurró Ludda—. Puedo sentir su presencia, mi señor.

Sentí un estremecimiento de nuevo.

—Vuelve a Fagranforda —le dije—, y regresa con el padre Cuthberto y mi mejor lebrel.

—¿Vuestro mejor perro?

—Eso es. Tráete a *Rayo*. Os espero aquí mañana.

Agachados, como habíamos entrado, volvimos al pasadizo y salimos al aire libre. Los esclavos volvieron a colocar en su sitio la enorme piedra que separaba el mundo de los muertos de la tierra de los vivos. Aquella noche, unos fantásticos resplandores de color azul claro y de un blanco cegador, que se estremecían en las alturas y ocultaban las estrellas, iluminaron el cielo. Había visto esas luces antes, aunque normalmente en cielos más al norte y en pleno invierno, pero estoy casi seguro de que no fue casualidad que surcasen la noche de aquel día en que había llevado la luz al mundo de los muertos que estaban bajo tierra.

Alquilé una vivienda a Elwoldo, una casa romana casi en ruinas, a escasa distancia de una aldea llamada Turcandene, a un corto paseo a caballo al sur de la tumba. Las zarzas se habían enseñoreado de casi toda la casa; la hiedra trepaba por los muros que aún quedaban en pie. No obstante, las dos estancias más amplias, aquellas que en tiempos remotos ocuparan los romanos que dominaban las tierras de los alrededores, se habían utilizado como refugio del ganado y estaban protegidas por rústicos cabríos y una techumbre que apestaba. Las adecentamos, y aquella noche dormí bajo techado. A la mañana siguiente, volví a acercarme a la tumba. Una espesa bruma se cernía sobre el montículo alargado. A poca distancia de los esclavos, me dispuse a esperar. Ludda regresó a eso del mediodía; la niebla no se había disipado. Atado, traía a *Rayo*, mi buen rastreador de ciervos; con él venía también el padre Cuthberto. Me hice con la trailla que llevaba Ludda en la mano, y el perro gimoteó de satisfacción. Le acaricié las orejas.

—Lo que quiero de vos —expliqué a Cuthberto— es que hagáis lo que sea para que los espíritus que habitan la cueva nos dejen en paz.

—¿Puedo preguntaros qué hacéis por estos parajes, mi señor?

—¿Qué os ha dicho Ludda?

—Que requeríais mi presencia, y que tenía que traer al perrito.

—En tal caso, aparte de cercioraros de que expulsáis a los espíritus, nada más

tenéis que saber.

Retiramos la enorme piedra de la entrada y Cuthberto se adentró en la tumba, donde recitó sus plegarias, aspergió agua y plantó en el suelo una cruz que él mismo había hecho con las ramas de un árbol.

—Habremos de esperar hasta bien entrada la noche —me explicó—, para estar seguros de que las oraciones han surtido efecto —parecía desazonado, y agitaba las manos con gestos que daban a entender que no albergaba grandes esperanzas. Tenía unas manos descomunales, y nunca parecía estar muy seguro de qué hacer con ellas—. ¿Me obedecerán los espíritus? —se preguntaba—. ¡No lo sé! Duermen durante el día y, cuando despierten, deberían encontrarse encadenados y sin posibilidad de hacer nada. ¡Pero vaya usted a saber! Esta noche lo descubriremos con certeza.

—¿Por qué esta noche? ¿Por qué no ahora mismo?

—Porque duermen durante el día, mi señor, y esta noche, cuando se despierten, gritarán como almas en pena. ¿Y si rompen las cadenas? —se preguntó estremecido—. Invocaré a los ángeles en mi ayuda y me quedaré toda la noche.

—¿Ángeles?

—Así es, mi señor, ángeles —asintió muy serio. Al ver la cara de extrañeza que ponía, me dirigió una sonrisa—. Ni se os ocurra pensar que los ángeles son como las muchachas bonitas, mi señor. El populacho piensa que los ángeles son unos seres maravillosos y resplandecientes —me dijo al cabo, agitando sus manos enormes a la altura del pecho—, como gacelas —remachó—, cuando en realidad son los custodios de Dios, ¡feroces y temibles criaturas! —añadió, mientras movía las manos como si de alas se tratase, antes de quedarse callado al advertir cómo lo miraba. Tanto tiempo mantuve los ojos clavados en él que se puso nervioso—: ¿Mi señor? —me preguntó, desasosegado.

—Sois avisado, Cuthberto —le dije.

Pareció halagado y avergonzado a un tiempo.

—Lo soy, señor.

—¡San Cuthberto el Listo! —exclamé—. Un necio —añadí—, ¡pero un necio genial!

—Gracias, mi señor. Me siento abrumado.

Aquella noche, Cuthberto y yo nos quedamos a la entrada de la sepultura hasta que las estrellas brillaron en lo alto. *Rayo* apoyaba la cabeza en mi regazo; yo lo acariciaba. Era un magnífico lebrél, rápido como el viento, tan fiero como un guerrero y no menos audaz. La luna, en cuarto creciente, se asomó por encima de las colinas. La noche estaba poblada de ruidos: el rumor de los animales que andaban por los bosques cercanos, el ulular de una lechuza al acecho, el aullido de una raposa a lo lejos. Cuando la luna llegó a lo alto del cielo, el padre Cuthberto se plantó delante de la sepultura, se puso de rodillas y, en silencio, comenzó a rezar, moviendo los labios y apretando el crucifijo mutilado entre las manos. Si acudieron los ángeles, no los vi, lo que no quiere decir que no estuvieran allí aquellos hermosos guerreros de alas

resplandecientes que velaban por el dios de los cristianos.

Dejé a Cuthberto con sus plegarias y me llevé a *Rayo* hasta lo alto del montículo. Me arrodillé a su lado y comencé a acariciarlo. Le dije que era un perro extraordinario, fiel y bravo como el que más. Le acaricié el lomo recio y hundí la cabeza en su pelo, mientras le susurraba que era el mejor perro que había tenido nunca y, sin dejar de acariciarlo, le rajé el pescuezo de un solo tajo certero con el cuchillo que, con ese propósito, había afilado aquella misma tarde. Sentí cómo su enorme cuerpo se revolvía y se estremecía, mientras se apagaba con rapidez un amago de aullido y la sangre del animal empapaba mi cota de malla, derramándose por mis rodillas. Con lágrimas en los ojos por haberle dado muerte, alcé su cuerpo agonizante y grité a Thor que había realizado aquel sacrificio en contra de mi voluntad, porque son los sacrificios de aquellos seres que nos son más queridos los que más complacen a los dioses. Y mantuve a *Rayo* en alto hasta que murió. Por suerte fue una muerte rápida. Supliqué a Thor que tuviese a bien aceptar aquel sacrificio a cambio de que los muertos no se revolvieran en sus tumbas.

Llevé el cuerpo sin vida de *Rayo* hasta una arboleda cercana y, con el mismo cuchillo y un trozo de piedra, cavé una tumba. Coloqué al perro en el hoyo, dejé el cuchillo a su lado y le deseé que disfrutase de una buena caza en el mundo al que iba. Cubrí la tumba de tierra y amontoné unas cuantas piedras para que los carroñeros no se ensañasen con sus restos. Para cuando hube acabado, al filo del amanecer, sucio y cubierto de sangre como estaba, tenía un aspecto lamentable.

—Por todos los santos, ¿qué os ha pasado? —me preguntó, horrorizado, el padre Cuthberto nada más verme.

—Que he estado rezando a Thor —repuse cortante.

—¿Y el perro? —insistió en un susurro.

—Cazando en el otro mundo —le dije.

Se estremeció. Algunos curas me habrían censurado por realizar sacrificios a falsos dioses, pero Cuthberto se limitó a santiguarse.

—Los espíritus han estado tranquilos —me informó.

—Es decir, que una al menos de nuestras plegarias ha dado resultado —contesté.

—Quién sabe si las dos, mi señor —reflexionó.

Al despuntar el sol, llegaron los esclavos. Les ordené que abrieran la sepultura y trasladasen todos los esqueletos de una de las dos cámaras que estaban al fondo de la gruta y los apilasen en la que quedaba enfrente. Allí dejaron los huesos, y sellamos la cámara repleta de esqueletos con una losa de roca. Colocamos las calaveras en las dos cámaras que quedaban más cerca de la entrada, de modo que su sonrisa macabra diera la bienvenida a cualquier visitante inoportuno que se aventurase por el pasadizo. Lo más laborioso fue disimular la entrada de la cámara del fondo, aquella de la que habíamos retirado los huesos, porque Ludda necesitaba entrar y salir de aquella gruta de humana factura. Al padre Cuthberto se le ocurrió una idea para salir del paso. Su padre le había enseñado el oficio de cantero y, como buenamente pudo, desbastó una

lasca de piedra caliza hasta darle la forma de un fino escudo. Tardó dos días, pero al final lo consiguió; colocamos la fina plancha de piedra encima de una roca plana, de manera que Ludda podía inclinarla a su antojo. Podía retirarla, entrar en la cámara a gatas y otro hombre volver a colocarla derecha a la entrada, de forma que Ludda quedaba oculto tras aquella laja de piedra que parecía un escudo. Cuando hablaba desde el otro lado de la piedra que cerraba la cámara, su voz sonaba apagada, pero audible.

Sellamos la sepultura de nuevo, echando tierra por encima de la roca que cegaba la entrada, y regresamos a Fagranforda.

—Vamos a ir a Lundene —dije a Ludda—; Finan, tú y yo.

—¡A Lundene! —exclamó encantado—. ¿Y qué vamos a hacer allí, mi señor?

—Ajustamos con un par de putas, faltaría más.

—¡Qué menos! —dijo.

—¿Puedo echaros una mano? —terció el padre Cuthberto, más animado.

—Prefiero que os quedéis aquí y os ocupéis de la recolección de plumas de ganso —le dije.

—¿Plumas de ganso? —me preguntó, mirándome compungido—. ¡Mi señor, os lo suplico!

Putas y plumas de ganso. Plegmund rezaba para mantener la paz; yo me estaba preparando para la guerra.

* * *

Aunque ni falta que me hacían, me llevé a treinta de los míos a Lundene, porque un señor siempre ha de desplazarse conforme a las exigencias de su rango. Encontramos alojamiento para hombres y bestias en el fortín romano que se alzaba en el extremo noroccidental de la ciudad antigua. Una vez allí, con Finan y Weohstan, di un paseo por lo que quedaba en pie de la muralla romana.

—Cuando estabais al frente de la guarnición —se interesó Weohstan—, ¿también os escatimaban el dinero?

—No —contesté.

—Si quiero sacar algo, siempre tengo que andar mendigando —se quejó—. No paran de levantar iglesias, pero no soy capaz de hacerles entender que la muralla tiene que estar en condiciones.

Lo estaba pidiendo a gritos. Casi todo el almenaje romano que había entre la Puerta del Obispo y la Puerta Antigua yacía en el foso nauseabundo que discurría a los pies de la muralla. El asunto coleaba desde hacía tiempo. Cuando había estado al frente de la guarnición de la ciudad, había cubierto el boquete con una sólida empalizada de roble pero, para entonces, los troncos ya se habían secado en demasía

y algunos estaban podridos. Por otro lado, estaba convencido de que al rey Eohric no se le había pasado por alto el mal estado en que se encontraba. Tras su visita a Lundene, yo mismo había aconsejado que se reforzara la muralla cuanto antes, pero no se había hecho nada al respecto.

—Mirad —me dijo Weohstan, mientras bajaba casi a gatas por los cascotes que se veían al extremo de lo que quedaba en pie de la muralla: empujó un tronco de roble y vi que se movía como un diente a punto de caerse—. Y no están dispuestos a darme nada para reponerlos —añadió, cariacontecido. Dio una patada al extremo en que se apoyaba en el suelo el tronco y una especie de terrones de setas pardas de la madera salieron volando por los aires.

—¿Acaso no os habíais dado por enterado de que estamos en tiempo de paz? —le pregunté no sin sarcasmo.

—Id a Eohric con ese cuento —me contestó, mientras trepaba por los cascotes hasta ponerse a mi lado. Todas las tierras que veíamos al norte y al oeste de la ciudad pertenecían al reino de Anglia Oriental, y Weohstan me habló de las cuadrillas de daneses que se acercaban a merodear por los alrededores de la ciudad—. Andan al acecho —me informó—, y lo más que me dejan hacer es dirigirles un saludo con la mano.

—Tampoco les hace falta acercarse mucho —repliqué—. Sus mercaderes ya les habrán puesto al tanto de cuanto necesiten saber.

Como siempre, Lundene era un hervidero de mercaderes —daneses, sajones, francos y frisios— que, al regresar a sus lugares de origen, contaban cómo andaban las cosas. Eohric, y de eso estaba seguro puesto que lo había visto con sus propios ojos, conocía la escasa consistencia de las defensas de la ciudad.

—Además, Eohric es un cabrón cauteloso —le dije.

—No así Sigurd.

—Aún está convaleciente.

—Ojalá Dios se lo llevara —repuso Weohstan, sin andarse por las ramas.

Me enteré de muchas más cosas en las tabernas de la ciudad, hablando con jefes de barco de toda la costa de Britania que, con un poco de cerveza de por medio, me pusieron al tanto de muchos de los rumores que circulaban por ahí, algunos de los cuales no iban desencaminados. Pero ninguno de ellos me habló de guerra. En cuanto a Etelwoldo, seguía atrincherado en Eoferwic y seguía diciendo que era el legítimo rey de Wessex, pero nada podía hacer hasta que los daneses pusiesen un ejército a su disposición. Lo que me preocupaba era que estuvieran tan pacíficos, a pesar de que habría jurado que, tras la muerte de Alfredo, se lanzarían al ataque. Todo lo contrario: ni se movían. El obispo Erkenwald, sin embargo, tenía la respuesta.

—Porque tal es la voluntad de Dios —me dijo un día en que, por causalidad, nos cruzamos por la calle—. Dios nos manda amar a nuestros enemigos, y gracias a ese amor, se convertirán al cristianismo y anhelarán la paz.

Me lo quedé mirando.

—¿De verdad os creéis esas paparruchas? —le pregunté.

—Hemos de tener fe —me dijo muy convencido, al tiempo que impartía la bendición a una mujer que le había hecho una reverencia—. Pero, hablemos de vos, ¿qué os trae por Lundene?

—Hemos venido de putas —le contesté, dejándolo boquiabierto—. ¿Sabéis dónde podemos encontrar unas que estén bien, obispo? —añadí.

—¡Santo Dios! —musitó. Se dio media vuelta y siguió su camino.

Lo cierto es que había pensado que era mejor no ir en busca de putas por las tabernas de Lundene, porque siempre había la posibilidad de que alguien tuviera tratos con las chicas, así que me llevé a Finan, a Ludda y al padre Cuthberto al muelle de los esclavos, río arriba del antiguo puente romano.

Si bien Lundene nunca había tenido un floreciente mercado de esclavos, siempre había la posibilidad de comprar algún joven irlandés, galés o escocés que hubiera caído prisionero. Los daneses tenían más esclavos que los sajones, y los nuestros los dedicábamos a las labores del campo. Un hombre que no pudiera comprar un buey siempre podía ayuntar un par de esclavos a un arado, aunque el surco que roturasen nunca sería tan profundo como el de la reja arrastrada por un buey. Además, los bueyes daban menos quebraderos de cabeza, aunque en los viejos tiempos un amo podía matar a un esclavo revoltoso sin recibir castigo alguno. Pero las leyes de Alfredo habían modificado aquel estado de cosas, y eran muchos los hombres que se complacían en devolver la libertad a sus esclavos pensando que así hacían méritos a los ojos de su dios. Tal era la razón de que hubiera tan poca demanda en Lundene, aunque siempre había algunos esclavos a la venta en aquel muelle del Temes. Muchos de aquellos mercaderes procedían de Ratumacos, una localidad de Frankia. Casi todos eran normandos, porque las tripulaciones vikingas se habían apoderado de los alrededores de la ciudad. Acudían, pues, dispuestos a comprar jóvenes capturados en nuestras escaramuzas fronterizas, aunque siempre había alguno que, al tanto de los caprichos de los potentados señores de Wessex y Mercia, sacaba a la venta algunos de los esclavos que llevara, entre los que nunca faltaba alguna muchacha exótica. Los clérigos fruncían el ceño, pero el negocio seguía adelante.

El embarcadero no estaba lejos de la parte de la muralla que daba al río. Recluían a los esclavos en frías y húmedas cabañas de madera pegadas al muro. Aquel día había cuatro de esos mercaderes en Lundene. Al vernos llegar, los guardianes alertaron a sus amos de que se aproximaban hombres de posibles. Los negociantes salieron a la calle y, sin dejar de hacernos profundas reverencias, uno nos dijo:

—¿Vino, mis señores? ¿Cerveza, quizá? Cualquier cosa que vuestras señorías deseen.

—Queremos mujeres —dijo el padre Cuthberto.

—Cerrad la boca —le dije de malos modos.

—¡Por Cristo y san José! —exclamó Finan.

En ese momento me di cuenta de que Finan se acordaba de los largos meses que

él y yo habíamos sido esclavos, encadenados a los remos de Sverri, con los brazos marcados con la «e» de «esclavo». Sverri estaba muerto, lo mismo que su esbirro Hakka, ambos degollados por Finan, pero, desde entonces, el irlandés no podía ni ver a quienes mercadeaban con seres humanos.

—¿Mujeres, decís, o muchachas? —se interesó uno de los mercaderes—. ¿Jóvenes y en la flor de la edad? Tengo lo que venís buscando. ¡Sin desflorar! ¡Lozanas y hermosas, caballeros! —nos señaló con una reverencia una puerta tosca que daba paso al interior de un arco romano.

Me quedé mirando al padre Cuthberto.

—Borraos esa estúpida sonrisa de la cara —bramé, antes de bajar la voz y decirle —: Id en busca de Weohstan, y decidle que venga con diez o doce hombres. ¡Daos prisa!

—Pero, mi señor... —empezó a decir el cura. Quería quedarse.

—¡Id y haced lo que os he dicho! —le grité, y se fue al instante.

—Siempre es mejor dejar de lado a los curas, mi señor —intervino el mercader, pensando que si había despedido a Cuthberto era porque la Iglesia no veía su negocio con buenos ojos. Traté de responderle de un modo cortés, pero la misma ira que había sentido Finan empezaba a revolverme las tripas. Y recordé la humillación de la esclavitud, la miseria. Finan y yo habíamos pasado por eso, encerrados los dos en un cuartucho tan húmedo como aquél. La cicatriz del brazo parecía despertarse mientras, siguiendo al mercader, cruzaba la puerta baja—. He traído media docena de jóvenes del otro lado del mar —prosiguió—. Me imagino que no habréis venido en busca de amas de cría o de putas apergaminadas.

—Que sean como ángeles —masculló Finan.

—¡Eso es lo que he traído! —repuso el hombre, encantado.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté.

—Halfdan —contestó. Tendría unos treinta años, según mis cálculos. Era fornido y alto, con un cráneo mondo y lirondo, y una barba que le llegaba hasta la cintura a la que llevaba ceñida una espada con empuñadura de plata. Entramos en un tugurio vigilado por cuatro guardianes: dos llevaban mazas; los otros dos, espadas. Custodiaban a una veintena de esclavos que, encadenados, estaban sentados en un suelo infestado de porquería que olía que apestaba. La pared del fondo de aquel cuchitril era la parte de la muralla de la ciudad que se alzaba a orillas del río. Gracias a la tenue luz que se colaba por los resquicios de la techumbre podrida de aquel antro, llegué a ver las piedras verdosas y ennegrecidas. Los esclavos nos miraban asustados —. La mayoría son galeses —dijo Halfdan sin miramientos—, aunque también hay una pareja que viene de Irlanda.

—¿Pensáis llevároslos a Frankia? —le preguntó Finan.

—A no ser que os los quedéis —contestó el mercader.

Desatrancó otra puerta, dio unos golpecitos en la madera ennegrecida y escuché cómo, del otro lado, descorrían un cerrojo. Cuando se abrió, nos encontramos con

otro hombre allí apostado; éste llevaba una espada. Era el guardián de la mercancía más preciada de Halfdan, las muchachas. El hombre masculló algo a modo de bienvenida y nos agachamos para pasar por la puerta.

En aquella penumbra, no era fácil saber cómo eran.

Estaban acurrucadas en un rincón; una de ellas parecía enferma. Una de las jóvenes era de piel muy atezada; las otras eran blancas.

—Quiero seis de éstas —le dije.

—Servíos, mi señor —contestó Halfdan pretendiendo hacer una broma.

Echó el cerrojo a la puerta que daba al cuchitril algo más amplio donde estaban los esclavos.

Finan se dio cuenta al instante de lo que me proponía. Éramos sólo dos frente a seis mercaderes de esclavos, pero, reconcomidos por la rabia. Llevábamos mucho tiempo sin pelear, y estábamos que se nos llevaban los demonios.

—¡Qué son seis para nosotros! —exclamó Finan.

Ludda percibió cierta sorna, y empezó a ponerse nervioso.

—¿Queréis más de seis? —preguntó Halfdan. Con estrépito, abrió una contraventana que se le resistía para que entrase un poco de luz de la calle. Deslumbradas, las muchachas parpadearon—. Ahí las tenéis, seis preciosidades —añadió el mercader, ufano.

Las seis preciosidades estaban en los huesos, sucias y aterrorizadas. La de piel más oscura volvió la cara, pero no sin que yo apreciara que era una auténtica beldad. Otras dos tenían unos cabellos muy rubios.

—¿De dónde proceden?

—La mayoría del norte de Frankia —contestó Halfdan y, señalando a la chica que se había engurruñado, añadió—: pero ésa viene de los confines de la tierra. Sólo los dioses saben de dónde habrá salido. Por mí, como si viniera de la luna. Se la compré a un mercader del sur. Habla una lengua que no entiendo, pero, si os gusta la carne subida de color, es una verdadera belleza.

—¿Hay alguien a quien no le guste? —se interesó Finan.

—Pensaba quedármela —dijo el mercader—, pero es una puta que se pasa el día lloriqueando, y no soporto a las putas lloronas.

—¿Eran ramera? —le pregunté.

—No son vírgenes —repuso Halfdan con una sonrisa halagadora—, no os voy a engañar, mi señor. Pero si eso es lo que venís buscando puedo encontraros algunas, aunque me llevará uno o dos meses. Estas no lo son. La chica de piel oscura y la frisia trabajaron en una taberna durante una temporada, pero tampoco las trajinaron en demasía, lo justo para que se fueran acostumbrando. Están de muy buen ver todavía. Permitidme que os las enseñe —extendió su manaza y arrastró a la chica de piel oscura fuera del montón. La joven gritaba y él tiraba con más fuerza, hasta que le dio un pescozón—, deja de llorar, puta estúpida —volvió a darle un manotazo en la cabeza, de forma que ella giró la cara hacia donde yo estaba—. ¿Qué os parece, mi

señor? Es de un color raro, pero es una preciosidad.

—Lo es —asentí.

—Tiene todo el cuerpo de ese color —añadió con una sonrisa maliciosa y, para demostrármelo, le bajó de un tirón la ropa con que se cubría, dejándole los pechos al aire—. Deja de gimotear, puta —le ordenó, abofeteándola de nuevo y levantándole uno de los pechos—. ¿Lo veis, mi señor? Tiene las tetas igual de oscuras.

—Permitidme —dije. Había sacado el cuchillo y Halfdan, pensando que iba a cortar el resto de los harapos que llevaba encima, se apartó.

—Mirad a vuestro antojo, mi señor —me dijo.

—Eso me dispongo a hacer —repuse.

La muchacha seguía lloriqueando cuando me di media vuelta y traté de clavar el cuchillo a Halfdan en la barriga, pero llevaba algo metálico debajo del jubón y la hoja no le hizo ni un rasguño. Oí el susurro sibilante de la espada de Ludda al salir de la vaina, mientras Halfdan trataba de darme un cabezazo. Pero le había atrapado la barba con la mano izquierda, y tiré con todas mis fuerzas. Puse el cuchillo en vertical y bajé la cabeza del mercader hasta colocarla a la altura de la punta de la hoja. Las chicas gritaban; uno de los guardianes del otro cuartucho aporreaba la puerta atrancada. Halfdan chillaba a grito pelado, hasta que sus voces se convirtieron en un estertor, a medida que la hoja penetraba en la mandíbula inferior y le cortaba el cuello. El antro se cubrió de sangre roja y brillante. El hombre del que se había encargado Finan ya estaba muerto; un tajo fulgurante del irlandés había bastado. Dirigió entonces un mandoble a la parte de atrás de las piernas del mercader, desjarretándolo. El hombretón se fue al suelo de rodillas, donde concluí lo que había empezado y le rebané el pescuezo. Su barba larga quedó empapada en sangre.

—Pues sí que os ha costado —comentó Finan, con sorna.

—La falta de costumbre —repuse—, ludda, diles a las chicas que se callen.

—Todavía nos quedan cuatro —me recordó Finan.

Me guardé el cuchillo, me limpié la sangre de la mano con el jubón de Halfdan y me hice con *Hálito-de-serpiente*. Finan desatrancó la puerta y la abrió de par en par. Uno de los guardianes entró agachado y, al ver la hoja de la espada que lo estaba esperando, trató de darse media vuelta. Pero Finan lo arrastró al interior y le clavé la espada en la barriga. Le di, de paso, un rodillazo en la cara en el momento en que se doblaba, y se fue de bruces al suelo cubierto de sangre.

—¡Acaba con él, Ludda! —le ordené.

—¡Jesús! —musitó el chico.

Los otros tres guardianes fueron más precavidos. Nos esperaban al otro extremo del cuchitril más espacioso y ya habían pedido ayuda a los otros mercaderes. En caso de necesidad, todos se echaban una mano entre ellos, y el aviso bastó para que otros hombres entrasen en el antro. Primero, cuatro; cinco, luego, todos armados y dispuestos a darnos nuestro merecido.

—Osferth siempre anda diciendo que nunca nos paramos a pensar antes de iniciar

una pelea —comentó Finan.

—No le falta razón, ¿verdad? —le dije.

Se oyeron voces en el exterior. Weohstan había llegado con algunos de los suyos. Los soldados se abrieron paso hasta el interior de la cabaña y sacaron a los esclavos a la calle, donde dos de los mercaderes les explicaban que éramos unos asesinos. A voces, Weohstan les pidió que se callasen, y se dispuso a inspeccionar el tabuco. Arrugó la nariz al entrar en el más amplio de los dos cuchitriles, se agachó para pasar al antro de dimensiones más reducidas y se quedó mirando los dos cadáveres.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que esos dos se pusieron a discutir —dije, señalando a Halfdan y al guardián que Finan había degollado en un abrir y cerrar de ojos—, y acabaron por matarse entre ellos.

—¿Y ese otro? —señaló al tercero de los hombres que estaba en el suelo, y que no dejaba de gemir.

—Te dije que acabaras con él —dije a Ludda, antes de rematarlo yo mismo—. Tanto sintió la muerte de esos dos —expliqué a Weohstan— que trató de quitarse la vida.

Dos de los mercaderes de esclavos nos habían seguido al interior de la choza, y comenzaron a tildarnos de mentirosos y asesinos. No dejaban de repetir que su negocio era lícito y que confiaban en la protección que nuestras leyes les dispensaran. Reclamaron que me llevaran ajuicio por haberlos asesinado, y que pagase un elevado precio en plata por las vidas que había arrebatado. Armándose de paciencia, Weohstan les dejó decir cuanto quisieron.

—¿Juráis decir toda la verdad durante el juicio? —les preguntó a los dos hombres.

—¡Claro que sí! —aseguró uno de ellos.

—¿Contaréis lo que pasó y estáis dispuestos a jurarlo?

—¡Tiene que pagar por sus vidas!

—Lord Uhtred —me dijo Weohstan volviéndose hacia mí—, ¿llevaréis testigos que contradigan lo que éstos afirman?

—Por supuesto —contesté.

La sola mención de mi nombre bastó para bajarles los humos a aquel par de mercaderes vociferantes. Se me quedaron mirando durante un instante, y uno de ellos musitó que Halfdan siempre había sido un necio pendenciero.

—¿De modo que no estáis dispuestos a jurarlo ante el juez? —les preguntó Weohstan. Los dos hombres comenzaron a recular y salieron corriendo—. No me queda otra que apresaros por asesinato —me dijo con una sonrisa.

—Pero si no he hecho nada —repliqué.

Eché una mirada a la hoja de mi espada enrojecida.

—No puedo negar lo que estoy viendo, mi señor —se excusó.

Me incliné sobre el cadáver de Halfdan y le rasgué el jubón. Debajo llevaba una

cota de malla y, como me había imaginado, una bolsa colgada a la altura de la cintura, la misma que había parado mi primera cuchillada; estaba repleta de monedas, algunas de oro.

—¿Qué vamos a hacer con los esclavos? —se preguntó Weohstan en voz alta.

—Son míos —le dije—, acababa de comprarlos —le tendí la bolsa no sin antes quedarme con algunas monedas para mí—. Con eso, podréis comprar esos troncos de roble para la empalizada.

Contó las monedas y me miró satisfecho.

—Sois la respuesta a mis plegarias, mi señor —me agradeció.

Llevamos a los esclavos a una taberna de la ciudad nueva, el asentamiento de los sajones, al oeste de la Lundene romana. Con las monedas que me había quedado de la bolsa de Halfdan, les compré comida, cerveza y ropa. Finan habló con los hombres, y me dijo que media docena de ellos podrían llegar a ser buenos guerreros.

—Aunque maldita la falta que nos hacen —rezongó.

—Detesto estos tiempos de paz —reconocí, mientras Finan se echaba a reír.

—¿Qué vamos a hacer con los otros? —me preguntó.

—Los hombres, que se vayan —le dije—. Son jóvenes y sabrán abrirse camino en la vida.

Finan y yo hablamos con las muchachas. El padre Cuthberto no les quitaba los ojos de encima. Se había quedado embelesado con la chica de piel oscura que, por lo visto, se llamaba Mehrasa. Parecía la mayor de las seis; tendría dieciséis o diecisiete años, tres o cuatro más que sus compañeras de cautiverio. Una vez que se dieron cuenta de que estaban a salvo o, de que no corrían peligro de momento, comenzaron a sonreír. Dos eran sajonas, raptadas en las costas de Cent por saqueadores francos; las otras dos eran francas. Luego estaba la enigmática Mehrasa y, por fin, la joven enferma, que era de Frisia.

—Que las jóvenes de Cent regresen a sus casas —ordené—; las otras, que vayan a Fagranforda —dije a Ludda y al padre Cuthberto—. Podéis elegir a un par de ellas y enseñarles lo que tienen que saber; las otras dos pueden trabajar en la vaquería o en las cocinas.

—Será un placer, mi señor —respondió el cura.

Me lo quedé mirando.

—Si abusáis de ellas —le advertí—, lo pagaréis caro.

—Como digáis, mi señor —repuso con la cabeza gacha.

—En marcha, pues.

Le pedí a Rypere que, con doce de los nuestros, velara por la seguridad de las muchachas durante el viaje. Finan y yo nos quedamos en Lundene. Era una ciudad que siempre me había gustado; ningún lugar mejor para enterarse de lo que ocurría en el resto de Britania. Hablé con mercaderes y gentes de paso; asistí incluso a uno de los interminables sermones de Erkenwald, no porque necesitara sus sabios consejos, sino para saber de primera mano lo que los curas trataban de inculcar a la gente. El

obispo manejaba bien la oratoria, y su mensaje coincidía con lo que defendía el arzobispo Plegmund: era un alegato a favor de la paz para que la Iglesia dispusiera de tiempo para convertir a los paganos.

—Hemos estado acogotados por la guerra —decía—, y las lágrimas de viudas y madres nos han calado muy dentro.

Sabía que yo estaba en la iglesia, porque no dejaba de mirar a la zona en penumbra donde yo permanecía de pie. En un momento dado, señaló a una pintura reciente en una de las paredes donde se veía a María, la madre de Cristo, llorando a los pies de la cruz.

—Imaginad el remordimiento que no sentirían esos romanos, ¡el mismo que nos reconcome a nosotros cada vez que matamos a uno de nuestros semejantes! Somos hijos de Dios, no corderos que van al matadero.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que Erkenwald predicaba que habíamos de matar y nos instaba a aniquilar a los daneses paganos, pero, con la llegada del año 900, algo había pasado en la Iglesia, que nos ordenaba buscar la paz, y todo hacía pensar que sus plegarias eran escuchadas. Seguía habiendo pillaje de ganado en las tierras fronterizas, pero no se presentó ningún ejército danés dispuesto a invadirnos. A finales de aquel verano, Finan y yo, a bordo de uno de los barcos de Weohstan, fuimos río abajo hasta el anchuroso estuario donde tantas temporadas había pasado. Pasamos cerca de Beamfleot y me fijé en que los daneses no habían tratado de reconstruir los fuertes incendiados y en que tampoco había barcos en el riachuelo de Hothlege, aunque aún se veían las cuadernas chamuscadas de las naves que habíamos incendiado. Fuimos más al este, allí donde el Temes va a su encuentro con el mar, y nos adentramos en las aguas poco profundas de Sceobyrig, otro de esos lugares donde las naves danesas solían apostarse para abalanzarse sobre los cargueros que se dirigían a Lundene o que habían zarpado de la ciudad, pero el fondeadero estaba desierto. El mismo aspecto presentaba la orilla sur del estuario: tan sólo aves en libertad y marismas encenagadas.

Remontamos siguiendo un recodo del río Medwaeg hasta la ciudadela de Hrofeceastre y observé que la empalizada de madera que remataba el imponente montículo de tierra se estaba pudriendo como la de Lundene, pero un enorme montón de troncos de roble apilados me llevó a pensar que alguien de aquellos parajes había tenido la idea de reforzar las defensas. Finan y yo tocamos tierra en el embarcadero que había junto al puente romano, y nos fuimos andando hasta la residencia del obispo, al lado de la enorme iglesia. El intendente nos recibió con una reverencia. Al oír mi nombre, se abstuvo de pedirme que me desprendiese de la espada. Nos condujo a una estancia acogedora, y unos criados nos sirvieron cerveza y algo de comer.

El obispo Swithwulf y su esposa tardaron una hora en llegar. Era un hombre de gesto adusto, cabellos blancos, rostro alargado y manos inquietas; su esposa era una mujer menuda y tímida, que me dedicó no menos de diez reverencias antes de tomar

asiento.

—¿Qué os trae por aquí, mi señor? —me preguntó Swithwulf.

—Pura curiosidad —repuse.

—¿Sois curioso?

—No dejo de preguntarme —añadí— cuál pueda ser la razón de que los daneses se mantengan en calma.

—Tal es la voluntad de Dios —aventuró la mujer, con timidez.

—Algo andan tramando —dijo Swithwulf—. Nunca hay que fiarse de un danés cuando parece tranquilo —luego añadió, mirando a su mujer—: ¿Por qué no vas a ver si necesitan algo en la cocina?

—¿En la cocina? —se sorprendió ella, antes de ponerse en pie de forma precipitada y abandonar la estancia.

—¿A qué atribuíis tanta tranquilidad? —se interesó Swithwulf.

—Sigurd está enfermo —aventuré—, y Cnut, bastante tiene con defender la frontera norte de su territorio.

—¿Y Etelwoldo?

—Emborrachándose en Eoferwic —dije.

—Alfredo debería haberlo estrangulado —rezongó.

Traté de darle un empujoncito al obispo.

—¿Acaso no estáis predicando las bondades de la paz como vuestros pares? —le pregunté.

—Predico lo que me dicen que debo predicar —dijo—, pero, por si acaso, agrando el foso y reconstruyo la muralla.

—¿Y qué me decís del *ealdorman* Sigelf? —le dejé caer.

Sigelf era el *ealdorman* de Cent, el comandante militar de la región, el noble de más alto rango de aquellos contornos.

El obispo me observó con cautela.

—¿Qué pasa con él?

—He oído por ahí que aspira a ser rey de Cent.

Swithwulf se quedó desconcertado, y frunció el ceño.

—Tales eran las aspiraciones de su hijo —repuso, no sin reservas—. No estoy seguro de que Sigelf vea las cosas del mismo modo.

—Pero Sigebriht ha mantenido conversaciones con los daneses —repliqué.

Se trataba del muchacho que se había rendido ante mí a las afueras de Scaftesburi, el hijo del *ealdorman*.

—¿También estáis al tanto de eso?

—Pues sí —repuse, y el obispo se quedó callado—. ¿Qué está pasando en Cent? —insistí, pero el obispo guardó silencio—. Algo os habrán contado vuestros curas, así que hablad.

Dudó un momento, hasta que, de repente, como cuando se revientan las compuertas de la represa de un molino, comenzó a hablarme del malestar que había

en Cent.

—Tiempo atrás, estas tierras eran nuestro reino —se arrancó—. Ahora Wessex nos trata como un montón de escoria. ¡Acordaos de lo que pasó cuando Haesten y Harald desembarcaron con los suyos en estas tierras! ¿Alguien nos echó una mano? ¡Quia!

Haesten había desembarcado en la costa norte de Cent, mientras el *jarl* Harald el Pelirrojo llevaba más de doscientas naves a la costa sur, donde los suyos habían atacado un fortín a medio construir y asesinado a todos sus ocupantes, antes de asolar la región en un desenfreno de incendios, muerte, esclavitud y pillaje. Wessex había enviado un ejército a las órdenes de Etelredo y Eduardo para hacerles frente, pero las tropas no hicieron nada. Etelredo y Eduardo llevaron a los hombres a las colinas boscosas que se alzaban en el centro de Cent, y se enredaron en discusiones sobre si sería mejor dirigirse hacia el norte contra Haesten o hacia el sur para frenar a Harald, mientras éste se dedicaba a incendiar y matar todo lo que encontraba a su paso.

—Acabé con Harald —le aclaré.

—No lo niego —reconoció el obispo—, ¡pero no antes de que asolase nuestras tierras!

—¿De modo que los habitantes de Cent quieren erigirse en reino otra vez? —le pregunté.

Dudó mucho antes de responder a mi pregunta. Aun así, se mostró evasivo.

—En vida de Alfredo, nadie se lo habría imaginado, pero ¿qué va a pasar ahora?

Me puse en pie y me acerqué a un ventanal. Miré a los embarcaderos a mis pies. Unas gaviotas graznaban y revoloteaban en el cielo estival. En el muelle, dos grúas alzaban caballos y los depositaban en la panza de un barco de carga. Habían dividido la bodega de la nave en establos donde, aún asustadas, amarraban las caballerías.

—¿Adónde llevan esos caballos? —me interesé.

—¿Caballos? —repuso Swithwulf, perplejo, antes de caer en la cuenta del motivo de la pregunta que acababa de hacerle—. Los venderán en Frankia. Criamos buenos caballos en estas tierras.

—¿Ah, sí?

—A eso se dedica el *ealdorman* Sigelf —repuso.

—Y Sigelf es quien manda aquí —repliqué—, mientras su hijo anda en tratos con los daneses.

El obispo se estremeció.

—Eso es lo que vos decís —respondió con cautela.

Me volví hacia él.

—Y su hijo estaba enamorado de vuestra hija y, por ese motivo, no puede ver a Eduardo —concluí.

—¡Dios la tenga en su gloria! —musitó Swithwulf, al tiempo que se santiguaba y las lágrimas asomaban a sus ojos—. Era una muchacha alocada y frívola, pero tan alegre.

—Creedme que lo siento —le dije.

Parpadeó para disimular las lágrimas.

—Vos veláis por mis nietos, ¿no es así?

—Así es. Están a mi cuidado.

—Me han contado que el chico no anda muy bien de salud —añadió, preocupado.

—No hagáis caso, es sólo un rumor —le aclaré para que se quedase tranquilo—.

Los dos están perfectamente sanos, pero si quieren conservar la salud mejor que el *ealdorman* Etelhelmo piense que no es así.

—No es un mal hombre —comentó de mala gana.

—Aunque, si tuviera una posibilidad, no dudaría en cortar el cuello a vuestros nietos.

Swithwulf asintió.

—¿Cómo tienen el pelo?

—El chico es moreno, como su padre; la niña es rubia.

—Como mi hija —dijo en un susurro.

—La misma que se casó con el heredero de Wessex —dije—, aunque ahora éste lo niegue. Y Sigebriht, el amante despechado, por odio a Eduardo, entró en tratos con los daneses.

—Así es —confirmó el obispo en voz baja.

—A pesar de que juró fidelidad a Eduardo, cuando Etelwoldo huyó al norte.

—Algo de eso he oído —reconoció Swithwulf.

—¿Es un joven de fiar?

Aquella pregunta tan directa lo pilló desprevenido. Frunció el ceño y se revolvió incómodo. Luego, miró por el ventanal a una bandada de cuervos que picoteaba en la hierba.

—Yo no me fiaría de él —dijo en voz baja.

—No os he oído, obispo.

—Que yo no me fiaría de él —repitió más alto.

—Pero su padre es el *ealdorman* de estas tierras, no Sigebriht.

—Sigelf es un hombre difícil —contestó el obispo, blando la voz de nuevo—, pero no es un necio —añadió, mientras me dirigía una mirada de advertencia—. Si alguien me pregunta, negaré haber mantenido esta conversación —concluyó.

—¿Os habéis percatado de que estuviéramos conversando? —pregunté a Finan.

—No he oído ni una palabra —dijo el irlandés.

Pasamos la noche en Hrofeceastre y, al día siguiente, con la subida de la marea, regresamos a Lundene. Hasta el agua parecía sobrecogerse, como si anunciase que el otoño estaba al caer. Recogí a los míos en las tabernas de la ciudad nueva, y ensillamos los caballos. Tan cerca como estaba de Natangrafum, me había propuesto mantenerme lejos de Fagranforda, así que llevé mi pequeño ejército hacia el sudoeste por caminos que conocía bien y llegamos a Wintanceaster.

Eduardo se mostró tan sorprendido como complacido de verme. Sabía que había

pasado casi todo el verano fuera de Fagranforda, así que no sólo no me preguntó por los gemelos, sino que me contó que su hermana lo mantenía al corriente.

—Están bien —me informó, antes de invitarme a un banquete—. No seguimos las pautas de mi padre en cuanto a eso —me aseguró.

—Qué alegría, mi señor —le dije sin poder contenerme, porque en la mesa de Alfredo sólo se servían platos poco apetecibles, caldos ligeritos y verduras hervidas. Eduardo, por lo menos, apreciaba las bondades de la carne.

Ocasión tuve de ver a su nueva esposa, rolliza y preñada, y al *ealdorman* Etelhelmo, su padre, quien, para decirlo sin rodeos, era el consejero áulico de Eduardo. No vi a tantos curas como en vida de Alfredo, aunque no menos de una docena asistían al banquete, entre ellos mi viejo amigo Willibald. Etelhelmo me saludó cordialmente.

—Nos temíamos que estuviéseris provocando a los daneses —me dijo.

—¿Quién, yo?

—Siguen tranquilos —me dijo el suegro de Eduardo—, mejor no despertarlos. Eduardo se me quedó mirando.

—¿Acaso vos seríais partidario de hacerlo? —me preguntó.

—Lo que yo haría, mi señor —le dije—, sería enviar un centenar de vuestros mejores guerreros a Cent, y otros doscientos o trescientos a Mercia y construir fortines.

—¿A Cent? —se extrañó Etelhelmo.

—He percibido cierto malestar por aquellas tierras.

—Siempre han sido revoltosos —apuntó el *ealdorman* con tono displicente—, pero abominan de los daneses tanto como nosotros.

—Que la milicia popular, el *fyrð*, se encargue de la defensa de Cent —zanjó Eduardo.

—Y que lord Etelredo se encargue de los fortines —añadió Etelhelmo—. Si los daneses meten la nariz donde no los llaman, estaremos preparados para recibirlos como se merecen. Pero meterles el dedo en el ojo me parece que no tiene ningún sentido. ¡Padre Willibald!

—¿Mi señor? —contestó el cura, medio incorporándose de una de las mesas que quedaban más bajas.

—¿Sabemos algo de nuestros misioneros?

—Todo a su tiempo, mi señor —contestó Willibald—. No tardaremos en tener noticias de ellos.

—¿Misioneros? —pregunté.

—Los hemos enviado para convertir a los daneses —me aclaró Eduardo.

—Trocaremos las espadas danesas en rejas de arado —aseveró Willibald.

Tras escuchar aquellas palabras preñadas de esperanza, se anunció la llegada de un correo. Era un cura cubierto de barro de los pies a la cabeza, que acababa de llegar de Mercia y era portador de un mensaje de Werferth, el obispo de Wygraceaster.

Había venido a galope tendido. Tras pedir silencio a los comensales, nos dispusimos a escuchar las noticias que traía. Eduardo alzó una mano, y el arpista retiró los dedos de las cuerdas de su instrumento.

—Mi señor —dijo el cura poniéndose de rodillas a los pies de la tarima donde se alzaba la mesa principal, repleta de velas—, os traigo extraordinarias noticias, mi rey.

—¿Ha muerto Etelwoldo? —se interesó Eduardo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el cura—. ¡Vivimos tiempos milagrosos!

—¿Milagros? —pregunté.

—Al parecer, y según cuentan, hay en Mercia una antigua sepultura, mi señor, donde se han aparecido unos ángeles que predican el futuro —el cura continuó, sin dejar de mirar a Eduardo—: ¡Britania será un reino cristiano y, de una costa a otra, sólo habrá un rey mi señor, vos! ¡Del cielo han bajado unos ángeles, y eso es lo que dicen!

Se produjo un aluvión de comentarios que Eduardo se encargó de acallar. Etelhelmo y él le hicieron unas cuantas preguntas y, así, nos enteramos de que el obispo Werferth había enviado unos curas al lugar y éstos le habían confirmado la celestial visita. El cura no cabía en sí de contento.

—Los ángeles aseguran que los daneses se convertirán al cristianismo, mi señor, y que vos seréis el rey de un solo reino, ¡el de los Angelcynn!

—¿Lo veis? —dijo el padre Coenwulf, quien, a pesar de haber sido encerrado en una cuadra la noche en que había decidido orar con Etelwoldo, no pudo resistir la tentación de mostrarse exultante—. ¿Lo veis, lord Uhtred? —añadió, mirándome—. ¡Vivimos tiempos milagrosos!

—¡Alabado sea Dios! —se limitó a decir Eduardo.

Plumas de ganso y putas tabernarias. Alabado sea Dios.

* * *

Natangrafum se convirtió en lugar de peregrinación. Cientos de personas pasaron por allí, aunque muchas fueron las que se quedaron con la miel en los labios, porque los ángeles no se aparecían todas las noches, ni mucho menos. A veces, pasaban semanas sin que se viesen luces en la tumba ni se escuchase la sorprendente musicalidad que surgía de sus entrañas de piedra. Al cabo de un tiempo, volvían a aparecer de nuevo, y el valle que se extendía a los pies del sepulcro de Natangrafum no era sino un clamor en el que resonaban las oraciones de la gente que acudía en busca de ayuda.

Sólo a unos pocos se les permitía acceder al interior de la tumba. El encargado de elegirlos no era otro que el padre Cuthberto, quien cruzaba con ellos la entrada al antiguo túmulo, defendida por hombres armados. Eran de los míos. Rypere estaba al

frente, pero el estandarte que ondeaba en lo alto de la colina, cerca de la entrada de la sepultura, era el pendón de Etefleda, un pato desgarrado, que, a pesar de sus patas palmeadas, capaz era de llevar una cruz con una y empuñar una espada con la otra. Etefleda estaba convencida de que, igual que en su día defendiera un campo de trigo y expulsara a una bandada de gansos hambrientos, santa Werburga velaba por ella. Se daba por sentado que aquello había sido un milagro, en cuyo caso también yo era un hacedor de milagros; lo bastante sensato, por otra parte, como para no contarle nada a Etefleda. El estandarte del ganso llevaba a pensar que se trataba de soldados de Etefleda, y cualquiera que fuese invitado a entrar en la tumba se sentía bajo la protección de la hija de Alfredo, porque nadie iba a creerse que fuera Uhtred el Pérfido quien velase por la seguridad de un lugar cristiano de peregrinación. Tras dejar atrás a los hombres que estaban de guardia, los visitantes llegaban a la entrada de la sepultura que, al caer la noche, iluminaban unos haces de luz mortecina que les permitían atisbar dos montones de calaveras, uno a cada lado de la angosta entrada a la gruta. En ese momento, Cuthberto se arrodillaba con ellos, oraba a su lado y les rogaba que dejaran allí sus armas y cotas de malla.

—Nadie con pertrechos de guerra será admitido a la presencia de los ángeles —les exhortaba con voz grave. Una vez que habían atendido tal recomendación, les daba a beber una poción en una copa de plata—. Apuradla hasta el final —les decía.

Nunca llegué a probar aquella pócima que preparaba Ludda. Me bastaba con el recuerdo que aún guardaba del bebedizo que en su día me diera Ælfadell.

—Les hace soñar, mi señor —me explicó Ludda, durante una de las contadas ocasiones en que me dejé ver por Turcandene.

Etefleda había ido conmigo, e insistía en que quería probarla.

—¿Sueños? —preguntaba.

—A veces, un par de vomitonas, señora —le dijo Ludda—. Pero sí, sueños en cualquier caso.

Nadie de los que allí entraban iba en busca de sueños, pero, una vez que habían apurado el filtro, cuando Cuthberto advertía que la vista se les nublaban, les permitía seguir a gatas por el largo pasadizo. Una vez en el interior, sólo veían piedras por todas partes, en los muros, en el suelo y por encima de sus cabezas y, a ambos lados, las cámaras repletas de huesos que unos tenues haces de luz iluminaban; más adelante, los ángeles. Tres ángeles, que no dos, acurrucados al final del pasadizo, cubiertos por las plumas resplandecientes de sus alas.

—Pensé que mejor que fueran tres: el tres es un número sagrado, mi señor —me explicó Cuthberto—. Un ángel por cada una de las personas de la Trinidad.

Las plumas de ganso estaban pegadas a la roca, formando una especie de abanicos que, bajo aquella luz macilenta, bien podían pasar por alas. Casi un día entero empleó Ludda en colocar las plumas. Luego, hubo que enseñar a las chicas su cometido, lo que les llevó casi un mes. Cuando aparecía un visitante, cantaban suavemente. Cuthberto les había enseñado una melodía dulce y etérea, una especie de

tarareo sin letra, sonidos que retumbaban en aquel recinto de piedra tan reducido.

Mehrasa era el ángel del centro. Su piel oscura, su cabello negro y sus ojos de color azabache la convertían en una imagen enigmática. Ludda se había encargado de realzar el misterio, pegando unas cuantas plumas de cuervo entre las blancas. Las tres jóvenes se cubrían con unas sencillas túnicas blancas; la atezada Mehrasa lucía una cadena de oro alrededor del cuello. Los hombres se quedaban pasmados, lo que no es de extrañar, porque las tres eran muy hermosas. Las dos jóvenes de Frankia tenían los cabellos muy rubios y grandes ojos azules. Eran como apariciones en aquella sepultura tenebrosa, aunque ambas, según me contó Ludda, eran propensas a sufrir ataques de risa en los momentos de mayor solemnidad.

Lo más seguro es que el visitante ni se diera cuenta de lo que pasaba. Por si fuera poco, una extraña voz, la de Ludda, parecía surgir de las piedras. Ludda repetía que estaban en presencia del ángel de la muerte y de los dos ángeles de la vida, que les hicieran las preguntas que quisieran y que aguardasen hasta escuchar la respuesta.

Todas las preguntas que planteaban, banales en su mayoría, tenían interés para nosotros, porque nos ponían al corriente de lo que los hombres querían saber: que si iban a heredar de un pariente, que cómo sería la cosecha. Otras eran súplicas que partían el corazón para que un niño o una esposa siguieran con vida; otras pedían ayuda en un procedimiento legal o en una disputa con algún vecino. Ludda salía airoso de ese tipo de preguntas, mientras las chicas entonaban su suave melodía, dulce y lastimera. Otras preguntas, sin embargo, tenían mayor enjundia. ¿Quién se pondría al frente de los destinos de Mercia? ¿Habría guerra? ¿Invadirían los daneses el sur y se apoderarían de las tierras de los sajones? Las plumas, las putas y la sepultura eran como una red en la que cayeron algunos peces de buen tamaño. Beortsig, cuyo padre había pagado tributo a los daneses, también se había pasado por la sepultura: quería saber si los daneses se apoderarían de Mercia y sentarían en el trono a un aliado suyo de ese pueblo. Y lo más llamativo de todo: Sigebriht de Cent había recorrido a gatas el lúgubre pasadizo de piedra que apestaba a incienso quemado, y se había interesado por cuál sería el destino de Etelwoldo.

—¿Qué le dijiste? —pregunté a Ludda.

—Lo que vos me habíais encomendado que le dijera, mi señor: que todos sus sueños y deseos se harían realidad.

—¿Y se dio la circunstancia de que así fuera aquella noche?

—Seffa llevó a cabo su cometido —contestó Ludda, con gesto serio. Seffa era una de las chicas que venían de Frankia.

Eteflveda se fijó en la joven. Ludda, el padre Cuthberto y los tres ángeles vivían en la villa romana de Turcandene.

—Estoy a gusto en esta casa —me dijo el cura nada más verme—. Creo que debería disponer de una vivienda más espaciosa.

—¿San Cuthberto el Comodón?

—San Cuthberto el Satisfecho, más bien —replicó.

—¿Y Mehrasa?

La miró con arrobo.

—Un verdadero ángel, mi señor.

—Parece feliz —dije, y así era.

Temí que no acabara de entender del todo las cosas tan extrañas que le pedíamos que hiciera, pero aprendía nuestra lengua con rapidez y era una joven despierta.

—¿Queréis que le busque un marido rico? —le pregunté al cura, con sorna.

—¡Por Dios bendito! —reaccionó molesto, frunciendo el ceño—. Si me dais vuestro beneplácito, mi señor, me gustaría tomarla por esposa.

—¿Es eso lo que ella quiere?

El cura rompió a reír, rio a carcajadas, y asintió.

—Así es, mi señor.

—En tal caso, no es tan lista como parece —repuse malhumorado—. Pero antes tiene que acabar lo que aquí ha empezado. Y si se le ocurre quedarse preñada, os juro que vuestros huesos irán a reunirse con los de ahí dentro.

La sepultura cumplía a la perfección el cometido que me había propuesto. Las preguntas que planteaban los hombres nos permitían saber lo que les preocupaba. Así, las acuciantes preguntas de Sigebriht a propósito de Etelwoldo me reafirmaron en la idea de que no había renunciado a sus esperanzas de convertirse en rey de Cent, si Etelwoldo arrebatara el trono a Eduardo. La segunda tarea que había impuesto a los ángeles era que contrarrestaran los rumores que llegaban al sur con las profecías de Ælfadell sobre que los daneses se apoderarían de toda Britania. Aquellos chismes habían instilado el desánimo en los hombres de Mercia y de Wessex. Muy diferentes eran los vaticinios que ahora escuchaban, que les aseguraban que los sajones se alzarían con la victoria. El mensaje calaría entre los sajones y les infundiría ánimos renovados, del mismo modo que sorprenderían y molestarían a los daneses. Quería irritarlos. Quería derrotarlos.

Supongo que, mucho después de que haya muerto, llegará el día en que los daneses encontrarán un único caudillo a quien seguir. Ese día, el mundo será consumido por el fuego y los aposentos del Valhalla rebosarán de los muertos que lo festejarán como es debido. Pero durante el tiempo que llevo vivido, amado y peleado, he llegado a la conclusión de que los daneses, de natural belicosos, siempre han estado divididos. El cura de mi esposa actual, un perfecto idiota, asegura que las cosas son así porque Dios ha sembrado la disensión entre ellos. Pero yo siempre he pensado que la única razón era que los daneses son un pueblo tenaz, orgulloso e independiente, incapaz de hincar la rodilla ante un hombre por el mero hecho de que éste se ciña una corona. Seguirán a aquel que empuñe una espada, pero, tan pronto como sufra una derrota, se desperdigarán e irán en busca de otro caudillo. Por eso reúnen ejércitos, se dispersan y vuelven a formarlos. He conocido a daneses —Ubba, Guthrum, incluso Haesten— que casi lograron mantener unido un poderoso ejército y alcanzaron sonadas victorias. Esos, al menos, lo intentaron, aunque al final las cosas

no les salieran bien. Porque los daneses no peleaban por una causa o por un país, mucho menos por una idea: sólo buscaban un beneficio. Por eso, cuando conocían la derrota, los ejércitos se esfumaban, y los hombres iban en busca de otro señor que estuviera en condiciones de ofrecerles plata, mujeres y tierras.

Mis ángeles no eran sino un señuelo para convencerlos de que la gloria también se alcanzaba guerreando.

—¿Se ha pasado algún danés por la tumba? —pregunté a Ludda.

—Dos, mi señor —me informó—, mercaderes ambos.

—¿Y qué les dijiste?

Ludda vaciló un instante, miró a Etelfleda y, luego, clavó los ojos en mí.

—Les dije lo que me habíais encomendado que les dijera, mi señor.

—¿De verdad?

Asintió y se santiguó.

—Les dije que encontraríais la muerte, mi señor, y que un danés alcanzaría gran renombre por haber acabado con Uhtred de Bebbanburg.

Etelfleda emitió un hondo suspiro de resignación y, como Ludda, también se santiguó.

—¿Que les dijiste qué? —preguntó.

—Lo que lord Uhtred me ordenó que les dijera, señora —repuso Ludda, intranquilo.

—Estás tentando al destino —me dijo Etelfleda.

—Al contrario: pretendo que los daneses lo hagan, y les he puesto un cebo —respondí.

Porque Plegmund estaba equivocado, al igual que Etelhelmo y Eduardo. La paz es un bien preciado, que sólo disfrutamos cuando nuestros enemigos están lo bastante atemorizados como para guerrear. Los daneses no estaban en calma porque el dios de los cristianos los hubiera aplacado, sino porque andaban ocupados en otros asuntos. Eduardo prefería creer que habían renunciado a sus pretensiones de apoderarse de Wessex, pero yo sabía que vendrían a por nosotros. Al igual que Etelwoldo, quien tampoco había renunciado a sus aspiraciones. Volvería y, tras él, vendrían hordas de espadas y lanzas danesas, sedientas de sangre. Y yo estaba deseando que aparecieran y desbaratar sus sueños. Quería ser la espada de los sajones.

Pero seguían sin dejarse ver.

Nunca llegué a entender por qué los daneses tardaron tanto en sacar provecho de la circunstancia de la muerte de Alfredo. Me imagino que si, en vez de ser un hombre de carácter débil, Etelwoldo hubiera sido un caudillo con más agallas, más tarde o más temprano habrían tomado una decisión. Pero tardaron tanto en hacerlo que en Wessex ya se daba por sentado que su dios había escuchado sus plegarias y que los daneses se habían convertido en un pueblo pacífico. Mientras, mis ángeles seguían interpretando sus canciones, aunque con diferentes letras, una para los sajones y otra para los daneses. Un montón nada desdeñable de daneses soñaban con clavar mi

calavera en el hastial de su casa, y la canción que escuchaban en la tumba les invitaba a hacerlo.

Pero seguían sin decidirse.

El arzobispo Plegmund estaba exultante. Dos años después de la coronación de Eduardo, reclamaron mi presencia en Wintanceaster, donde tuve que soportar un sermón en la nueva y colosal iglesia. Inflexible y severo, Plegmund proclamaba que su dios había salido victorioso allí donde las espadas de los hombres habían fracasado.

—Asistimos a la consumación de los tiempos —decía—, asistimos a los albores del reino de Cristo.

Recuerdo aquella visita, porque fue la última vez que vi a Ælswith, la viuda de Alfredo. Cediendo a los insistentes consejos de Plegmund —eso al menos se comentaba—, pensaba retirarse a un convento. Fue Offa quien me lo contó.

—Es uno de los puntales del arzobispo —me dijo—, ¡pero no puede soportarla! Está harto.

—Pobres monjas —comenté.

—¡Por Dios que las mantendrá a raya! —añadió Offa, con una sonrisa. Se lo veía achacoso. Seguía con los perritos, pero ya no amaestraba a otros—. Ahora son mis compañeros —me dijo mientras acariciaba las orejas de uno de los terriers—. Juntos, vamos envejeciendo —los dos estábamos sentados en la taberna de Las Dos Grullas—. No me encuentro bien, mi señor.

—Siento oír eso.

—Dios no tardará en llamarme a su presencia —añadió, y no le faltaba razón.

—¿Habéis recorrido el país este verano?

—Ha sido duro —repuso—, pero sí, anduve por el norte y por el este. Ahora vuelvo a casa.

Puse dinero encima de la mesa.

—Contadme qué está pasando por ahí.

—Se disponen a atacar —me aclaró.

—Lo sé.

—El *jarl* Sigurd ya se ha recuperado —continuó Offa—, y no paran de llegar naves del otro lado del mar.

—Como siempre, por otra parte —comenté.

—Sigurd ha dado a entender que piensa apoderarse de otras tierras.

—Wessex.

Asintió.

—Por eso vienen los barcos, mi señor.

—¿Dónde tocan tierra?

—Todos recalán en Eoferwic —me confirmó Offa. Algunos mercaderes llegados de Northumbria me habían dicho lo mismo: que arribaban nuevos barcos, repletos de guerreros ambiciosos y hambrientos, aunque, en su opinión, estaban reuniendo un

ejército para atacar a los escoceses—. Eso es lo que quieren que penséis —continuó Offa, acariciando una de las monedas de plata que había puesto encima de la mesa, pasando el dedo por el perfil del busto de Alfredo—. Me ha llamado gratamente la atención lo que estáis haciendo en Natangrafum —añadió, socarrón.

No dije nada durante unos momentos. Una bandada de gansos pasaba por delante de la taberna, lanzando ásperos graznidos a un perro que les ladraba.

—No sé a qué os referís —comenté al fin, como si no quisiera darme por enterado.

—No se lo he dicho a nadie —me aseguró.

—Me parece que estáis soñando, Offa —le dije.

Me miró, e hizo la señal de la cruz sobre su pecho descarnado.

—Os lo juro, mi señor. No se lo he dicho a nadie, pero he de reconocer que ha sido muy inteligente por vuestra parte. ¡El *jarl* Sigurd estaba fuera de sí! —rio entre dientes, antes de servirse del mango de hueso de un cuchillo para cascar una avellana —, ¿qué fue lo que dijo uno de vuestros ángeles? Ah, sí, que Sigurd era un hombre bajito y poco dotado —rio de nuevo para sus adentros y meneó la cabeza—. Eso le sacó de quicio, mi señor. Quizá no fuera otra la razón de que le diera a Eohric un buen dinero, una suma importante, para que se uniese a los daneses.

—Eduardo asegura que Eohric le ha prometido que se mantendrá en paz —le advertí.

—Y como yo, bien sabéis vos lo que valen esas promesas —insistió Offa—. Se disponen a llevar a cabo lo que deberían haber hecho hace veinte años, mi señor. Van a unirse contra Wessex: todos los daneses y todos los sajones que abominan de Eduardo.

—¿Y qué hay de Ragnar? —le pregunté.

Ragnar era un viejo y querido amigo, un hombre al que apreciaba como a un hermano, a quien no había visto desde hacía años.

—No se encuentra bien —me dijo en voz baja—, al menos no lo bastante bien para unirse a ellos.

Aquella noticia me dejó cabizbajo. Me serví cerveza, y una de las chicas de la taberna se abalanzó para comprobar si la jarra estaba vacía. Con un gesto, le indiqué que nos dejara tranquilos.

—¿Y qué se cuece en Cent? —le pregunté.

—¿En Cent, mi señor?

—Sigebriht no puede ni ver a Eduardo —le expliqué—, y quiere ser rey.

Offa negó con la cabeza.

—Sigebriht es un joven alocado, mi señor, pero su padre lo ha refrenado. Hubo de recurrir al látigo, pero Cent se mantendrá leal —afirmó muy seguro de lo que decía.

—¿Ya no anda en tratos con los daneses? —le pregunté.

—Si es así, nadie ha dicho nada —dijo Offa—. No, mi señor, creo que Cent es leal. Sigelf sabe que Cent le viene grande, y que más le vale estar a bien con Wessex

que fiarse de los daneses.

—¿Habéis contado a Eduardo lo mismo que me estáis diciendo a mí?

—Se lo expliqué al padre Coenwulf —me dijo. Para entonces, Coenwulf era el consejero principal de Eduardo y no se apartaba de su lado—. Incluso le dije por dónde tenían pensado atacar.

—¿Por dónde? —Miró las monedas que había encima de la mesa y no dijo nada. Puse otras dos encima. Offa las acercó a su lado de la mesa y las colocó en línea recta—. Quieren que penséis que el ataque vendrá por la parte de Anglia Oriental —añadió—, pero no será así. El verdadero ejército partirá de Ceaster.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —le pregunté.

—Por Brunna —me respondió.

—¿La mujer de Haesten?

—Es cristiana de corazón —repuso.

—¿De verdad?

Me quedé boquiabierto. Siempre había pensado que el bautizo de la mujer de Haesten no había sido sino una maniobra de despiste para engañar a Alfredo.

—Ha visto la luz —continuó Offa, en tono burlón—. Sí, mi señor, es cierto, y fue ella quien me lo contó. —Me miró con ojos tristes—. Hubo un tiempo en que fui cura y quizá eso no pueda borrarse. Me pidió que la oyera en confesión y que le administrara los sacramentos. Le di lo que me pedía, Dios me guarde, y, que Dios me ayude, he revelado los secretos que me contó.

—¿Los daneses reunirán un ejército en Anglia Oriental?

—Y vos no tardaréis en daros cuenta, estoy seguro, pero no prestaréis atención al ejército que están reuniendo más allá de Ceaster. Ese es el ejército que se dispone a atacar el sur.

—¿Cuándo?

—Cuando se haya recogido la cosecha —me dijo Offa en voz baja, tan queda que sólo yo podía oírle—. Sigurd y Cnut se disponen a reunir el mayor ejército que nunca se haya visto en Britania. Dicen que ha llegado la hora de poner punto final a esta guerra. Llegarán cuando se haya recogido la cosecha, para que a sus hordas no les falte de nada. Se disponen a apoderarse de Wessex con el mayor ejército que jamás se haya reunido.

—¿Dais por bueno lo que os dijo Brunna?

—No puede ni ver a su marido, y sí, la creo.

—¿Y qué dice Ælfadell en estos últimos tiempos? —le pregunté.

—Dice lo que Cnut le ha pedido que diga, que el ataque procederá del este, y que Wessex caerá en sus manos —suspiró—. Me gustaría vivir lo bastante para ver el final de esta historia, mi señor.

—Seguiréis dando guerra durante diez años, Offa —le aseguré.

Negó con la cabeza.

—Siento el ángel de la muerte a mis espaldas, mi señor —vaciló un instante—.

Siempre me habéis tratado bien —agachó la cabeza—. Quiero daros las gracias, me siento en deuda con vos por vuestras bondades.

—¡Qué cosas se os ocurren!

—Es lo que pienso, mi señor —alzó la cabeza, me miró y, con sorpresa, descubrí que tenía lágrimas en los ojos—. No todo el mundo ha sido tan considerado conmigo, mi señor —añadió—, y siempre habéis sido generoso.

No sabía qué decir.

—Me habéis sido de gran ayuda —musité.

—Así que por respeto a vos, mi señor, y como muestra de agradecimiento, permitidme que os dé un último consejo —calló un momento y, para mi sorpresa, puso las monedas de mi lado de la mesa.

—Eso no —le dije.

—No me privéis de este placer, mi señor —replicó—. Quiero daros las gracias —acercó aún más las monedas a mi lado de la mesa. Una lágrima le rodó por la mejilla; se la enjugó con el puño—. Hacedme caso, mi señor, y no perdáis de vista a Haesten, mi señor. Estad pendiente del ejército que vendrá del oeste —me miró a los ojos y me rozó la mano con uno de sus largos dedos—. Prestad atención al ejército de Ceaster, y no permitáis que los paganos acaben con nosotros, mi señor.

Murió aquel verano.

Luego, recogimos la cosecha; aquel año fue abundante.

Después, llegaron los paganos.

Capítulo X

Tardé en darme cuenta más de lo debido, y cuando por fin tuve conciencia de ello, de poco consuelo me sirvió. Una partida de hombres armados y a caballo se había acercado hasta Natangrafum. Como muchos eran sajones, nadie se extrañó. Se presentaron un día al atardecer, cuando la tumba estaba desierta. Para entonces, la paz había durado tanto tiempo que los ángeles rara vez se dejaban ver. Pero los atacantes sabían tras de lo que iban. A lomos de sus monturas, se dirigieron a la villa romana de las afueras de Turcandene, cayeron por sorpresa sobre un puñado de guardias y los mataron con celeridad y limpieza. Al día siguiente, cuando llegué, sólo vi sangre, mucha sangre.

Ludda estaba muerto. Me imaginé que había tratado de defender la casa y, destripado, su cuerpo yacía en el umbral. En su rostro aún se advertía un gesto de dolor. Encontré muertos a ocho de los míos; los habían despojado de cotas de malla, brazaletes y cualquier otro objeto de valor. En uno de los muros, donde aún se veía el yeso que, en su día, enluciera los ladrillos romanos, con sangre, uno de ellos había pintado la burda silueta de un cuervo volando. Unos chorreones habían resbalado por la pared, y vi la huella de la mano de aquel hombre al pie del pico torvo del cuervo.

—Sigurd —dije alicaído.

—¿Es ése su lema, mi señor? —me preguntó Sihtric.

—El mismo.

Ni rastro de las tres muchachas. Me imaginé que los asaltantes se las habrían llevado. Pero no habían dado con Mehrasa, la de la piel atezada. La joven y el padre Cuthberto se habían escondido en unos bosques cercanos, y sólo se dejaron ver cuando estuvieron seguros de que los hombres que merodeaban por aquel matadero eran de los míos. Cuthberto lloraba a lágrima viva.

—¡Mi señor, mi señor! —fue todo lo que acertó a decir nada más verme, antes de caer de rodillas a mis pies, sin dejar de retorcerse aquellas manazas suyas.

Mehrasa, aunque más serena, se negó a entrar en la casa si había de traspasar aquel umbral que olía a sangre, donde las moscas revoloteaban alrededor de la barriga abierta en canal de Ludda.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al cura.

—¡Dios mío, mi señor! —farfulló con voz temblona.

Le estampé una sonora bofetada.

—¡Decidme lo que ha pasado!

—Aparecieron al anochecer, mi señor —sus manos temblaban y él intentaba agarrárselas—. ¡Eran muchos! Hasta veinticuatro conté —jadeante, se detuvo un momento y cuando trató de hablar de nuevo sólo emitió una especie de maullido. Al reparar en mi rostro encolerizado, respiró hondo—. Trataron de darnos caza, mi señor.

—¿A qué os referís?

—Que nos buscaron por toda la casa, mi señor, por el antiguo huerto, junto al estanque.

—Os habíais escondido.

—Así es, mi señor —lloraba; su voz era poco más que un susurro—. San Cuthberto el Cobardica, mi señor.

—¡No digáis necedades! ¿Cómo ibais a hacer frente a tantos? —gruñí.

—Se llevaron a las chicas, mi señor, y mataron a todos los demás. Había tomado cariño a Ludda.

—Y yo —repuse—, y, ahora, nuestra obligación es enterrar lo que queda de él —también yo apreciaba a Ludda, un zagal despierto, que me había prestado buenos servicios, y lo que es peor, que había confiado en mí. Allí estaba, despanzurrado de arriba abajo, de la entrepierna a las costillas, mientras las moscas se abalanzaban sobre sus entrañas—. ¿Qué estabais haciendo cuando lo mataron? —le pregunté.

—Estábamos en la colina, contemplando la puesta de sol, mi señor.

Me eché a reír por no llorar.

—¡Contemplando la puesta de sol!

—¡Eso hacíamos, mi señor! —se revolvió Cuthberto, dolido.

—¿Y habéis estado escondidos hasta ahora?

Se quedó mirando los restos sanguinolentos, se estremeció de pies a cabeza y vomitó.

Para entonces, pensé, los dos ángeles ya habrían contado de qué iba aquella farsa y los daneses estarían mofándose de nosotros. Miré al norte y al este en busca de columnas de humo, signo inequívoco de que la guerra había comenzado en algún sitio, pero no vi nada. Lo más tentador era pensar que los asesinos no eran sino una pequeña partida que, una vez que se había cobrado su venganza, había regresado a tierras más seguras. Pero aquella incursión, ¿había sido sólo un escarmiento por lo de los barcos de Snotengaham? Si así fuera, ¿cómo se habían enterado los asaltantes de que lo de los ángeles era cosa mía? ¿Acaso la preciada paz de Plegmund había sido hecha pedazos ensangrentados? Los asaltantes no habían incendiado la villa romana, lo que me llevó a pensar que no quisieron llamar la atención.

—¿Decís que había sajones entre ellos? —pregunté a Cuthberto.

—Les oí hablar, mi señor, y si, os aseguro que eran sajones.

¿Hombres de Etelwoldo? Si eran de los suyos, eso quería decir que la guerra había comenzado, lo que significaba que los atacantes venían de Ceaster, si Offa estaba en lo cierto.

—Cavad tumbas —ordené a mis hombres. Lo primero era enterrar a los muertos, pero envié a Sihtric y a otros tres a Fagranforda, con órdenes de que todo el personal de la hacienda se retirara a Cirrenceastre, llevándose el ganado—. Decidle a la dama Etelfleda que vaya al sur, a Wessex, y que avise a Etelredo y a su hermano de lo que pasa. ¡Haced lo que sea con tal de que el rey Eduardo esté al tanto del asunto! Decidle que necesito hombres, y que me he ido al norte, a Ceaster. Que Finan venga

con todos los hombres.

Un día entero tardé en reunir a los míos. Enterramos a Ludda y a los demás en el cementerio de Turcandene, y Cuthberto oró sobre sus tumbas recién cubiertas. Seguía mirando al cielo, pero no acerté a divisar ninguna columna de humo de grandes proporciones. En pleno verano, pues, bajo un cielo azul y despejado donde sólo se veía alguna que otra nube rezagada, nos pusimos en marcha hacia el norte, sin que tuviera una idea muy clara de si la guerra nos saldría al paso o no.

Aun a sabiendas de que si los daneses se decidían a atacar se contarían por millares, iba al frente de tan sólo ciento cuarenta y tres hombres. Nos dirigimos a Wygraceaster, el fortín más septentrional de la Mercia sajona. Al vernos llegar, el intendente del obispo no ocultó su sorpresa.

—No tenemos noticias de ningún ataque por parte de los daneses, mi señor —me informó.

En la calle que discurría a los pies de la espaciosa mansión del obispo era día de mercado. El obispo se había ido a Wessex.

—Aseguraos de que los graneros estén bien repletos —aconsejé al intendente, quien hizo una reverencia a modo de asentimiento, pero me di cuenta de que no se lo acababa de creer—, ¿quién está al frente de la guarnición? —le pregunté.

Era un hombre que se llamaba Wlenca, uno de los esbirros de Etelredo, que se puso muy tieso cuando le dije que había estallado la guerra. Miró al norte desde lo alto de la muralla sin ver ni rastro de humo.

—Si algo así hubiera pasado, nos habríamos enterado, ¿no os parece? —repuso con aspereza.

Reparé en que había omitido el «señor» de obligada cortesía para concluir la frase como es debido.

—No sé si ha estallado o no la guerra —reconocí—, pero mucho me temo que así es.

—Si los daneses estuviesen atacando, tened por seguro que lord Etelredo no habría dejado de avisarme —insistió, altanero.

—Etelredo estará tocándose los huevos en Gleawecestre —repliqué furibundo—. ¿Pensáis hacer lo mismo que cuando la invasión de Haesten? —Me lanzó una mirada cargada de ira, pero no dijo nada—. ¿Cómo se va a Ceaster desde aquí? —le pregunté.

—Basta con que sigáis la calzada romana —me indicó mientras señalaba por dónde iba.

—Basta con que sigáis la calzada romana, mi señor —le puntalicé.

Vaciló un momento, como dispuesto a plantarme cara, pero se lo pensó mejor.

—Eso es lo que quería decir, mi señor —repuso.

—¿Y dónde hay una ciudadela en condiciones a una jornada de camino de aquí? Se encogió de hombros.

—Creo que la de Scrobbesburh responde a lo que vais buscando, mi señor.

—Reunid al *fyrð* —le ordené—, y aseguraos de que las murallas estén defendidas.

—Sé cuál es mi cometido, mi señor —contestó, aunque, a la vista del tono altivo con que respondió, estaba claro que no tenía intención de reforzar el número de los que holgazaneaban en lo alto de las murallas. Aquel cielo despejado y cargado de inocencia bastaría para convencerlo de que no corrían ningún peligro, y estoy seguro de que, en el mismo instante en que partí, envió un correo a Etelredo para decirle que estaba sembrando una alarma injustificada.

Y quizá no le faltara razón. La única prueba de que había estallado la guerra era la matanza de Turcandene, y ese sexto sentido con que cuenta todo hombre de armas. La guerra se nos venía encima, nos había rehuido durante mucho tiempo, pero estaba convencido de que la incursión que había acabado con la vida de Ludda no era sino la primera chispa de un incendio devastador.

Cabalgamos, pues, hacia el norte por la calzada romana, que atravesaba el valle del Saefern. Echaba de menos a Ludda que parecía saberse al dedillo todos los senderos de Britania. A cada paso, teníamos que preguntar por dónde seguir, pero la mayoría de los lugareños que nos encontramos sólo sabían cómo llegar a la aldea o pueblo más próximos. Scrobberburh quedaba al oeste del camino más recto para ir al norte, así que cambié de ruta y pasamos la noche en unas ruinas romanas que se alzaban en un lugar llamado Rochecestre, un sitio que me dejó impresionado. En su día, había sido una importante urbe romana, casi tan grande como Lundene. En aquellos tiempos, sin embargo, sólo quedaban en pie unos muros que se caían a pedazos, pavimentos destrozados, columnas por el suelo y trozos de mármol. Contadas eran las personas que allí vivían en cabañas de paja y cañizo apuntaladas contra las piedras romanas; cabras y ovejas pacían entre los restos de aquel antiguo esplendor desaparecido. Un cura enjuto parecía ser el único de sus habitantes con dos dedos de frente. Cuando le dije que mucho me temía que los daneses no tardarían en aparecer, se limitó a asentir sin decir ni media palabra.

—¿Adónde iríais si se presentaran aquí? —le pregunté.

—Supongo que a Scrobberburh, mi señor.

—Pues poneos en marcha —le ordené—, y decid a vuestros parroquianos que no se queden a esperarlos. ¿Hay una guarnición que lo defienda?

—Sus habitantes, mi señor. No tenemos un *thegn*, un señor de la comarca, por estos parajes. El último murió a manos de los galeses.

—Si quisiera ir a Ceaster, ¿qué camino debería seguir?

—No lo sé, mi señor.

Lugares como Rochecestre me dejan sumido en el desaliento. Me encanta construir edificios, pero, cuando me fijo en lo que hicieron los romanos, me doy cuenta de que jamás llegaremos a crear algo que sea ni la mitad de hermoso. Edificamos robustos caseríos de roble, traemos albañiles de Frankia para erigir iglesias o casas de celebración que se alzan sobre pilastras desnudas de piedras sin desbastar. Los romanos eran artífices de obras sublimes. Por toda Britania, pueden

verse casas, puentes, villas y templos que, ¡al cabo de cientos de años!, aún siguen en pie. Los tejados se han venido abajo, se ven grandes desconchones en los muros enlucidos que desdican de su grandeza, pero ahí están, y no dejo de preguntarme cómo es posible que un pueblo capaz de realizar tales maravillas haya desaparecido. Los cristianos nos aseguran que, cuando el reino de su dios se establezca en la tierra, el destino, inexorable, nos deparará tiempos mejores. Mis dioses, en cambio, sólo prometen el caos al final de los tiempos, y basta con echar un vistazo a nuestro alrededor para comprobar que todo se desmorona, se derrumba, lo que prueba que el caos no tardará en llegar. No ascendemos por la escalera de Jacob para acceder a la perfección celestial; muy al contrario, rodamos cuesta abajo hacia la batalla del final de los tiempos, Ragnarok.

El día siguiente amaneció cargado de nubarrones que ensombrecían el camino que remontaba unas suaves colinas, mientras dejábamos atrás el valle del río Saefern. Si había alguna humareda, no llegamos a verla. Sólo atisbábamos pequeñas volutas de humo que salían de algunos hogares en aldeas pequeñas. A nuestra izquierda, por el oeste, las cumbres de las montañas galesas se perdían entre las nubes. «Si se hubiera producido un ataque —pensé para mí—, ya habríamos sabido algo». Nos habríamos cruzado con algún correo que, a galope tendido, se dispondría a avisar de una matanza, o con gentes que huyeran de los invasores en busca de un lugar seguro. Todo lo contrario. Sin abandonar en ningún momento la calzada romana jalonada de mojones de piedra que indicaban el número de millas, pasamos por pueblos tranquilos, por campos donde los segadores más madrugadores ya blandían las hoces. El terreno descendía hacia el norte, hacia el río Dee. Comenzó a llover al final de la jornada, y encontramos un lugar donde pasar la noche en un caserío junto a la calzada, un sitio miserable, de paredes de roble chamuscadas, recuerdo de un amago de incendio que no había llegado a arrasarlo por completo.

—Lo intentaron —nos dijo la propietaria del lugar, viuda de un hombre que había muerto a manos de las huestes de Haesten—, pero Dios nos envió la lluvia y no consiguieron su propósito. Aún tengo el susto metido en el cuerpo —añadió. Según ella, los daneses siempre andaban merodeando por allí—. Y si no son los daneses, vendrán los galeses —dictaminó, cabizbaja.

—¿Y por qué seguís aquí? —se interesó Finan.

—¿Adónde voy a ir? Son más de cuarenta los años que llevo viviendo en estos parajes. ¿Dónde iba a empezar una nueva vida? ¿Y si me compráis las tierras?

La lluvia se coló por la techumbre durante toda la noche. El amanecer trajo un viento fresco que aclaró el cielo. A la hora de ensillar los caballos, estábamos muertos de hambre, pero, a no ser que matara los gallos que cacareaban o los cerdos que eran conducidos a un hayedo de las inmediaciones, la viuda no disponía de comida para tantos hombres. Oswi, mi criado, estaba cinchando mi montura. Mientras, me acerqué hasta una zanja excavada al norte del caserío y eché un vistazo alrededor en tanto vaciaba la vejiga. Las nubes estaban más bajas y negras, pero ¿qué sería aquella

mancha oscura a lo lejos?

—Finan —lo llamé a mi lado—, ¿es humo?

—Sólo Dios podría daros la respuesta, mi señor. Esperemos que sí.

Me eché a reír.

—¿Esperemos?

—Si este tiempo de paz se prolonga mucho más, acabaré por volverme loco.

—Si se alarga hasta el otoño, dad por hecho que iremos a Irlanda —le prometí—, y abriremos la cabeza a más de uno de esos enemigos vuestros.

—¿En vez de ir a Bebbanburg? —se extrañó.

—Para eso, y tirando por lo bajo, necesitaría un millar de hombres más y, para disponer de esa tropa, necesito hacerme con un buen botín de guerra.

—Nuestros sueños nos impiden dormir —añadió, pensativo, sin dejar de mirar hacia el norte—. Podría ser humo, mi señor —frunció el ceño—. O quizá no sea sino un nubarrón.

Entonces aparecieron aquellos hombres a caballo.

* * *

Eran tres. Venían del norte al galope. Al vernos, sus monturas, extenuadas y cubiertas de barro, abandonaron la calzada y se acercaron al caserío. Eran los hombres que Merewalh enviaba al sur para advertir a Eitelredo de que los daneses habían atacado.

—Llegan por millares, mi señor —me informó uno de ellos, muy nervioso.

—¿Por millares?

—Imposible contarlos, mi señor.

—¿Dónde están?

—En Westune, mi señor.

El nombre de aquel sitio no me decía nada.

—¿Por dónde cae eso?

—No lejos de aquí.

—A un par de horas a caballo, mi señor —añadió otro, tratando de ser de más ayuda.

—¿Y Merewalh?

—Se bate en retirada, mi señor.

Me transmitieron el mensaje que Merewalh enviaba a Eitelredo: que un ejército de daneses, demasiado numeroso para que su exigua tropa pudiera contenerlos o plantarles cara, había partido de Ceaster. El enemigo se dirigía al sur, y Merewalh, recordando la táctica que yo había empleado para burlar a Sigurd, retrocedía hacia la marca fronteriza con Gales, con la esperanza de que las tribus salvajes de esas tierras

bajasen de las montañas y atacasen al invasor.

—¿Cuándo comenzó el ataque? —les pregunté.

—Anoche, mi señor, al oscurecer.

«Qué hora tan rara», pensé para mí, aunque, por otra parte, era probable que hubieran tratado de sorprender a los hombres de Merewalh cuando éstos hubieran bajado la guardia. En cualquier caso, su estratagema no les había salido bien. Los exploradores le habían alertado de lo que se le venía encima, y había podido escapar.

—¿De cuántos hombres dispone? —les pregunté.

—Ochenta y tres, mi señor.

—¿Quién está al frente de los daneses? ¿Qué emblemas lucían los estandartes?

—Uno llevaba pintado un cuervo, mi señor; otro, un hacha que destrozaba una cruz, y el tercero, una calavera.

—También dragones —aseguró el segundo de los hombres.

—En otro, se apreciaba un ciervo con dos cruces a modo de cuernas —dijo el primero.

Me pareció un muchacho despierto y sensato, que me había dicho cuanto necesitaba saber.

—¿Era un cuervo volando? —le pregunté.

—Así es, mi señor.

—Está bien, es Sigurd —confirmé—. El hacha es el emblema de Cnut, y la calavera es el estandarte de Haesten.

—¿Y el ciervo, mi señor?

—Etelwoldo —repuse con rabia. Por lo visto, Offa tenía razón, y los daneses habían iniciado el ataque en Ceaster, lo que significaba que, a las órdenes de Etelwoldo, se dirigían al sur. Miré al norte, e imaginé que los daneses no andarían muy lejos—. Lord Etelredo —dije al primero de los hombres que había hablado— os pedirá que aviséis al rey Eduardo.

—Es lo más seguro, mi señor.

—Puesto que habéis sido testigos del ataque —le encarecí—, decidle al rey Eduardo que necesito hombres. Decidle —reflexioné un momento, tratando de tomar una decisión que tuviera sentido a pesar de lo que tardasen en llegar—, decidle que me encontraré con ellos en Wygraceaster, y si descubren que han puesto asedio a la ciudad, que me busquen en Cirrenceastre.

En ese momento, ya me había dado cuenta de que tendríamos que batirnos en retirada, y de que, para cuando llegasen los hombres que había solicitado a Eduardo, si los enviaba, bien podríamos habernos visto obligados a pasar a la orilla sur del Temes.

Los tres hombres se pusieron en marcha hacia el sur, mientras nosotros, con cautela, enviando exploradores por delante y por los flancos, continuamos hacia el norte. Advertí entonces que no era un nubarrón de tormenta lo que oscurecía el cielo aquella mañana, sino la humareda de una techumbre en llamas.

Cuántas veces no habría visto cómo, desde detrás de unos árboles o procedente de algún valle, el humo de la guerra manchaba el cielo, oscureciéndolo y enturbiándolo, señal de que otra hacienda, otra aldea, otra mansión eran pasto de las llamas. Despacio, cabalgamos hacia el norte, y comprendí que la paz que Plegmund proclamaba, aquella paz que supera todo conocimiento, porque desde luego va más allá de lo imaginable, había concluido. Los daneses habían estado en paz durante tanto tiempo que Plegmund había llegado a pensar que su dios había castrado a sus enemigos. En aquel momento, sin embargo, esa paz que iba más allá de la razón se había quebrado, y pueblos y granjas y almiarés y molinos ardían por doquier.

Aunque el humo en el cielo delataba su presencia y el camino estaba atestado de gentes que trataban de escapar de los invasores, aún pasó una hora antes de que llegásemos a verlos. Los exploradores habían vuelto a nuestro lado para decirnos por dónde andaban. Nos encaramamos a la cima de una colina de monte bajo y, desde allí, contemplamos las haciendas en llamas. A nuestros pies, divisamos un caserío rodeado de graneros y trojes, y muchos hombres se afanaban de un lado para otro. Una carreta esperaba junto a los edificios; vi cómo la cargaban con la cosecha que acababan de recoger.

—¿Cuántos serán? —pregunté a Finan.

—Unos trescientos —calculó—, trescientos por lo menos.

Y había muchos más en el anchuroso valle que se extendía por detrás del caserío. Cuadrillas de daneses que salvaban arroyos, en busca de fugitivos o de otros lugares que saquear. Vi un puñado de mujeres y niños, apartados y custodiados por unos soldados daneses con espadas, mercancía sin duda destinada a los mercados de esclavos del otro lado del mar. A latigazos, al norte se llevaban otra carreta repleta de cualesquiera objetos que pudieran ser de alguna utilidad, pucheros, espetones, azadas, rastrillos, incluso un telar. Detrás, iban las mujeres y los niños que habían capturado, seguidos de un montón de ganado; mientras, uno de los hombres lanzaba una tea encendida y prendía fuego a la techumbre del caserío. A lo lejos, en el valle, retumbó el bramido de un cuerno. Poco a poco, los daneses fueron respondiendo a la llamada: los que iban a caballo se dirigieron a la calzada.

—¡Dios santo! —juró Finan—, ¡hay cientos de esos cabrones!

—Fijaos en la calavera —le hice notar, al ver el estandarte con una calavera humana que ondeaba en lo alto de un palo.

—Haesten —reconoció Finan.

Traté de localizar al propio Haesten, pero había demasiados hombres a caballo. No vi otros estandartes, al menos ninguno que me resultase conocido. Durante unos instantes, estuve tentado de llevarme a los míos hacia el este y bajar la colina para rodear a algunos rezagados, pero no tardé en desechar semejante idea: nunca estaban demasiado lejos de las huestes más nutridas que, tan numerosas como eran, se lanzarían en nuestra persecución y acabarían con nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Los daneses no se desplazaban con rapidez, sus caballos estaban descansados y

bien alimentados, y en ese momento, comprendí que mi tarea consistía en ir por delante de ellos, ver lo que hacían y adonde se dirigían.

Volvimos, pues, a la calzada. Todo el día nos batimos en retirada, mientras los daneses venían pisándonos los talones. Reparé en que habían incendiado el caserío de la mujer viuda, y vi humo por el este y por el oeste. Aquellas humaredas en el cielo me llevaron a pensar que tres eran las cuadrillas que asolaban aquellos parajes. Mientras los míos no hacían más que retroceder, los daneses ni siquiera enviaban exploradores por delante: sabían que eran superiores en número y podrían aplastar a cualquier enemigo que pudiera presentarse. La verdad es que me movía a ciegas. No tenía idea de a cuántos daneses nos enfrentábamos, sólo sabía que eran centenares, que no dejaba de ver humo por todas partes y que estaba fuera de mí, tanto que la mayoría de los míos evitaban mirarme a la cara. A Finan le traía sin cuidado.

—Necesitamos capturar a uno —sugirió. Pero los daneses eran cautelosos: iban siempre en grupos muy numerosos, demasiado para los pocos hombres con que yo contaba—. No tienen prisa —comentó Finan, amoscado—. ¡Qué raro! Nada de prisa.

Vigilantes, subimos a la cima de otra pequeña colina. Nos habíamos apartado de la calzada porque los daneses venían por ella y porque, camino del sur, muchos de los habitantes de aquellos contornos hacían lo mismo. Aquellas gentes no querían separarse de nosotros, pero su presencia nos hacía aún más vulnerables. Pedí a los fugitivos que siguiesen hacia el sur, mientras nosotros observábamos al enemigo desde las colinas que se alzaban al este de la calzada. A medida que avanzaba el día, me sentía más y más desconcertado. Como Finan había dicho, los daneses parecían no tener prisa. Como ratas en un granero desprotegido, arramplaban con todo: inspeccionaban cada choza, caserío o granja que encontraban a su paso, llevándose cualquier cosa que pudiera tener alguna utilidad. No obstante, aquéllas eran tierras que ya habían sido muchas veces esquiladas, parte del azaroso territorio que separaba la Mercia sajona de la danesa, de modo que escaso habría de ser el producto de su rapiña. Si el auténtico botín quedaba más al sur, ¿por qué no iban más deprisa? El humo advertía a los lugareños de que estaban al caer, pero la gente tenía tiempo de enterrar sus objetos de valor o incluso de llevárselos. Aquello no tenía ningún sentido. Los daneses se dedicaban a recoger las migajas cuando el verdadero botín estaba desprotegido. ¿Por qué actuaban así?

Se dieron cuenta de que los acechábamos. Es imposible ocultar a ciento cuarenta y tres hombres en un terreno sólo a medias arbolado. A pesar de la distancia, sin duda nos habrían visto, aunque no podían imaginarse quiénes éramos, pues no en vano había ordenado que no desplegasen mi estandarte. De haber sabido que Uhtred de Bebbanburg andaba tan cerca, ya se habrían despabilado. Pero hubimos de esperar hasta última hora de la tarde de aquel día para que se decidieran a atraernos al combate, e incluso entonces fue una maniobra poco entusiasta. Por una calzada despejada a aquellas horas, siete jinetes daneses avanzaron en dirección sur. Marchaban al paso, y me fijé en cómo, nerviosos, no dejaban de mirar a los bosques

donde estábamos escondidos. Sihtric se rio para sus adentros, y comentó:

—¡Pobres! No saben dónde se meten.

—Vaya que si lo saben —contestó Finan, torciendo el gesto.

—Es una trampa —añadí. Estaba claro: querían que cayésemos sobre ellos y, tan pronto como lo hiciéramos, volver grupas y regresar al norte al galope para atraernos a una emboscada—. Ignoradlos —ordené.

Seguimos hacia el sur, bajando por la cuenca que se abría ante nosotros, donde, entre las sombras engañosas de aquel anochecer apacible, había atisbado un destello del río Sæfern. Cabalgaba deprisa, con la esperanza de encontrar un sitio, relativamente tranquilo y lejos de los daneses para pasar la noche. De repente, vislumbré otro destello, un resplandor tenue, un fulgor apagado entre las sombras alargadas que, a lo lejos, se extendían a nuestra izquierda. Me quedé mirando un buen rato, sin dejar de preguntarme si habrían sido imaginaciones mías cuando, de pronto, algo centelleó de nuevo.

—¡Cabrones! —exclamé.

Acababa de entender la razón del poco empeño que habían puesto los daneses en perseguirnos: habían enviado hombres que, dando un rodeo, habían esquivado nuestro flanco oriental, un destacamento dispuesto a cortarnos el paso, pero el sol, bajo para entonces, había arrancado el reflejo de un yelmo o de la punta de una lanza y, muy a lo lejos, atisbé la presencia de hombres con cota de malla entre los árboles.

—¡Al galope! —grité a los míos.

Espuelas y miedo, una galopada desenfundada por aquella ladera cuesta abajo, retumbar de cascos, el golpeteo del escudo contra la espalda, el traqueteo de la vaina de *Hálito-de-serpiente* contra la silla de mi montura, hasta que, a lo lejos y por la izquierda, atisbé a los daneses que, en número incalculable, abandonaban la arboleda para ponerse al galope a una velocidad de vértigo, con la esperanza de cerrarnos el paso. Podría haberme desviado hacia el oeste para alejarme de ellos, pero, imaginándome que otro destacamento enemigo podría haber tenido la misma idea y por lo tanto nos hubiésemos dirigido directamente hacia sus espadas, la única salida era seguir hacia el sur, cabalgando tan rápida y denodadamente como pudiéramos para escapar de aquellas fauces que, estaba convencido, se disponían a cerrarse sobre nosotros.

Me dirigí al río. A pesar de que los daneses se acercaban al galope, no podía ir más rápido que los más lentos de nuestros caballos, so pena de exponerme a perder algunos hombres, pero si era capaz de llegar al río Sæfern, aún nos quedaba alguna posibilidad. Pensé que lo mejor sería llevar nuestras monturas hasta el río y obligarlas a cruzarlo a nado con el propósito de defender la otra orilla, si salíamos indemnes tras vadearlo de manera tan disparatada. Ordené a Finan que fuera en dirección al último lugar donde habíamos atisbado un destello de sol reflejándose en el agua, mientras yo me dirigía a la retaguardia, soportando el chaparrón de terrones de suelo blando y húmedo que levantaban los recios cascos de los caballos.

Finan lanzó un grito de advertencia, y vi a unos jinetes delante. Eché pestes, pero seguí galopando, con *Hálito-de-serpiente* en la mano.

—¡Al ataque! —grité. Era lo más sensato que podíamos hacer. Estábamos atrapados y nuestra única esperanza pasaba por enfrentarnos con los hombres que se abalanzaban sobre nosotros, cuando caí en la cuenta de que los superábamos en número—, ¡matadlos y seguid adelante! —grité a los míos, al tiempo que espoleaba mi montura para ponerme al frente. Estábamos cerca de un camino de suelo embarrado, salpicado de marcas de cascos y de rodaduras de carretas, que discurría entre caseríos, pequeños huertos de hortalizas, montones de estiércol y porquerizas—. ¡A la calzada! —grité, en cuanto me puse a la cabeza de nuestra pequeña columna—. ¡Acabad con ellos y adelante!

—¡Son de los nuestros! —me advirtió Finan, apurado—, ¡son de los nuestros! ¡Que son de los nuestros!

Era Merewalh, que picaba espuelas para salir a nuestro encuentro.

—¡Por aquí! —me gritó, señalando la calzada, mientras sus hombres se unían a los míos, hollando con los cascos de nuestras monturas la hierba que crecía a ambos lados de las desgastadas losas romanas.

Volví la vista atrás por encima del hombro izquierdo, y observé que los daneses nos seguían de cerca. Frente a nosotros, se alzaba una suave colina; en lo alto, una empalizada, un fuerte, viejo y medio en ruinas, que aún se mantenía en pie; nos dirigimos al altozano. Miré atrás de nuevo y reparé en media docena de daneses que venían muy por delante del resto de sus compañeros.

—¡Finan! —grité, sujetando las riendas y obligando al caballo de guerra que montaba a dar media vuelta.

Al verme, una docena de los míos siguieron mis pasos y volvieron grupas, levantando a su paso pedazos de barro. Espoleé mi montura y le di en las ancas con el canto de *Hálito-de-serpiente*. Para mi sorpresa, los seis daneses se dieron la vuelta casi inmediatamente. Uno de los caballos resbaló y se fue al suelo en medio de un gran estruendo de cascos, mientras el hombre, así desmontado, se incorporó y se agarró al estribo de uno de sus compañeros, corriendo al lado del caballo mientras huían al trote.

—¡Alto! —grité, no a los daneses, claro está, sino a los míos, porque el grueso de los guerreros daneses se acercaba a todo galope—. ¡Atrás! —grité otra vez—, ¡atrás y a lo alto de la colina!

El montículo, con su fuerte desvencijado, se alzaba junto a una franja de tierra formada por un enorme recodo que describía el río Saefern. En el lado más próximo al río, entre cenagales y marjales, había un pueblo, una iglesia y un puñado de casas, donde se habían refugiado algunos lugareños que huían de los invasores. El ganado, los cerdos, los gansos y las ovejas que habían llevado con ellos campaban a sus anchas entre aquellos chamizos de techumbres de paja.

—¿Dónde estamos? —pregunté a voces a Merewalh.

—En un lugar llamado Scrobberburh, mi señor —me respondió a gritos.

Era un fortín defensivo. La franja de tierra tenía unos trescientos pasos de ancho y, para defenderla, disponía de mis ciento cuarenta y tres hombres, a los que había que sumar los que venían con Merewalh. Además, muchos de los fugitivos eran hombres del *fyrð*, y disponían de hachas, lanzas, arcos de caza y hasta algunas espadas. Merewalh se había encargado de alinearlos a todo lo ancho de la franja.

—¿Cuántos hombres hay en total? —le pregunté.

—Trescientos, mi señor, sin contar mis ochenta y tres guerreros.

Los daneses nos observaban. Serían unos ciento cincuenta en aquellos momentos. Muchos más llegaban del norte.

—Que cien de los hombres del *fyrð* ocupen el fuerte —le ordené.

El fortín se alzaba en la parte sur de la franja, por lo que el lado que miraba al norte estaba desprotegido. Junto al río, más que tierra, sólo había marjales. Dando por sentado que ningún danés se aventuraría a cruzarlos, formé un muro de escudos entre las estribaciones del montículo donde se alzaba el fuerte y el límite de los juncales. El sol estaba a punto de ocultarse. Pensé que los daneses iniciarían el ataque en cualquier momento pero, aunque no paraban de llegar en número no desdeñable, ni siquiera lo intentaron. Al parecer, nuestra masacre habría de esperar al día siguiente.

Apenas pegamos ojo. Ordené que encendieran fogatas a lo largo de la franja por si se les ocurría atacar aquella noche. Lo único que vimos fueron fuegos de campamento por el norte mientras, de allí, seguían llegando hombres sin parar que encendían más hogueras, hasta que el cielo no fue sino un resplandor de llamas que se reflejaban en las nubes más bajas. Ordené a Rypere que inspeccionase el poblado y juntase todos los víveres que encontrase. Éramos al menos ochocientas las personas que habíamos buscado refugio en Scrobberburh, y no tenía ni idea de cuánto tiempo podríamos resistir, aunque suponía que, incluso matando el ganado, las provisiones sólo nos alcanzarían para unos pocos días. Con ayuda de una docena de hombres, Finan se dedicó a echar abajo aquellos chamizos, de forma que utilizamos las vigas para erigir una barrera de un lado a otro de la franja.

—Lo más sensato —me dijo Merewalh en un aparte en algún momento de aquella noche en vela— sería que los caballos pasasen a nado hasta el otro lado del río y seguir hacia el sur.

—¿Por qué no lo hacéis?

Esbozó una sonrisa y, moviendo la cabeza, señaló a unos pequeños que dormían en el suelo.

—¿Y dejarlos a merced de los daneses, mi señor?

—No sé cuánto tiempo podremos resistir —le advertí.

—Lord Eitelredo enviará un ejército —dijo muy convencido.

—¿Eso creéis?

Sonrió entre dientes.

—Quién sabe si el rey Eduardo...

—Quizá —repuse—, pero vuestros correos tardarán dos o tres días en llegar a Wessex, donde perderán dos o tres días más dándole vueltas al asunto. Para entonces, ya estaremos muertos.

Merewalh tardó en asimilar lo desesperado de la situación pero, a menos que los refuerzos ya estuvieran en camino, no saldríamos con vida de aquel lugar. El fuerte era un patético recurso defensivo, recordatorio de alguna antigua guerra librada contra los galeses, que nunca dejaban pasar por alto una oportunidad de saquear las tierras más occidentales de Mercia. Contaba con una zanja, que no habría disuadido ni a un tullido, y la empalizada estaba tan podrida que podía echarse abajo de un manotazo. La barrera que colocamos era para morirse de la risa, una serie de vigas alineadas al buen tuntún que, si bien bastarían para frenar a cualquiera que lo intentase, de nada servirían contra un ataque decidido. Sabía que Merewalh tenía razón, que lo que teníamos que hacer era cruzar el río Saefern y seguir hacia el sur hasta dar con un sitio en condiciones para albergar un ejército. Pero eso significaría abandonar a su suerte a toda la gente que había buscado refugio en aquel amplio recodo del río.

Por otra parte, lo más probable era que los daneses ya hubiesen pasado al otro lado del río. Había vados más al oeste, y tratarían de rodear Scrobbesburh antes de que nos llegasen refuerzos. La verdad, pensé para mis adentros, es que sólo podíamos confiar en que los daneses siguieran adelante con la invasión y que, antes de sufrir bajas enfrentándose con nosotros, nos dejaran de lado y continuaran hacia el sur. Pero era pedir demasiado y, a lo largo de la noche, mucho antes de que los tonos grisáceos del amanecer se dibujasen en el cielo, llegué a sentirme como el condenado que espera el momento de la ejecución. Las tres hilanderas no me habían dejado otra salida que desplegar mi estandarte y morir con *Hálito-de-serpiente* en la mano. Pensé en Stiorra, mi hija, y les supliqué que me permitieran verla una vez más. Entonces, entre la bruma, despuntó un amanecer gris. Unas nubes bajas, llegadas del oeste, descargaban una suave llovizna.

A pesar de la bruma, podía ver los estandartes de los daneses. En el centro, el emblema de Haesten, una calavera al extremo de una larga pértiga. El viento carecía de fuerza para que los pendones ondeasen, de modo que no acerté a ver si exhibían águilas, cuervos o jabalíes. Los conté y, a pesar de que la niebla me ocultaba algunos, observé que habría no menos de treinta. Bajo aquellos estandartes empapados, los daneses se disponían a formar un muro de escudos.

Nosotros sólo disponíamos de dos enseñas. En el fuerte, en lo alto de un palo, Merewalh había desplegado el estandarte de Etelredo, un caballo blanco encabritado que, por falta de viento, ni hacía cabriolas siquiera. Mi estandarte, el de la cabeza de lobo, lo planté en las estribaciones al norte de la franja, y ordené a Oswi, mi criado, que echara abajo un árbol joven e hiciera una segunda asta, de forma que pudiéramos desplegar mi bandera en condiciones y los daneses supieran con quién habían de vérselas.

—Es como invitarlos a venir a por nosotros, mi señor —comentó Finan, pisoteando con rabia la tierra húmeda—. Recordad que los ángeles dijeron que moriríais, y todos éstos sólo sueñan con clavar vuestra calavera en el hastial de su casa.

—No pienso esconderme —repuse.

Finan se santiguó y dirigió una mirada distraída a las filas de nuestros enemigos.

—Por lo menos, será una muerte rápida, mi señor —se conformó.

Aunque seguía lloviznando, la niebla se despejó un poco. Entre dos breñas, a una media milla de distancia, los daneses habían formado un impenetrable muro de escudos pintados que llenaba el espacio entre los árboles. Me dio la impresión de que se adentraba en los bosques aledaños. Me pareció raro pero, a esas alturas de aquella guerra insólita, ya no me atrevía a aventurar nada.

—¿Unos setecientos? —calculé a ojo.

—Más o menos —convino Finan—, hay para dar y tomar. Sin contar los que veo entre los árboles.

—¡Qué raro!

—A lo mejor confían en que atacemos nosotros —apuntó Finan—, y rodearnos por los flancos.

—De sobra saben que no atacaremos —repuse.

Éramos inferiores en número, y la mayoría de los nuestros no eran guerreros consumados, circunstancia esta que saltaba a la vista, por la sencilla razón de que rara vez los hombres del *fyrd* disponían de escudos. Se habrían fijado en el muro de escudos que había formado en el centro de la franja, pero no se les habría pasado por alto que los hombres que lo flanqueaban carecían de medios para defenderse. «Somos una presa fácil», pensé. Estaba seguro de que, en cuanto los daneses se decidiesen a avanzar, los hombres del *fyrd* caerían tronchados como ramitas.

En lugar de eso, no se movieron de donde estaban, a pesar de que la bruma se disipaba y la lluvia arreciaba. A veces, se les ocurría golpear las espadas contra los escudos con gran estrépito, incluso oí que algunos nos increpaban, aunque estaban demasiado lejos como para saber lo que decían.

—¿Por qué no atacarán? —se preguntaba Finan, quejoso.

Nada podía decir, porque no tenía ni idea de lo que andaban tramando. Estábamos a su merced y, en vez de atacar, no se movían de donde estaban. ¿Esa era su idea de llevar a cabo una gran invasión? Recuerdo que no dejaba de mirarlos mientras me hacía esa pregunta. Entonces dos cisnes pasaron volando por encima de nosotros, batiendo las alas a pesar de la lluvia. Una señal, sin duda, pero ¿cuál sería su significado?

—Antes de acabar con todos nosotros —pregunté a Finan—, ¿cuántos daneses nos llevaríamos por delante?

—Unos doscientos —calculó.

—Por eso no se deciden a atacar —aseveré. Finan se me quedó mirando con ojos

de asombro—. Tienen hombres escondidos entre los árboles —continué—, no por ver si nos decidimos a atacarlos, sino para que no sepamos cuántos son —guardé silencio un momento, tratando de esbozar una idea que se me acababa de pasar por la cabeza —, o para ser más preciso —continué—, para que no sepamos que son pocos en realidad.

—¿Pocos? —se extrañó Finan.

—Ese no es el imponente ejército que esperábamos —me arranqué, por fin, muy seguro de lo que estaba diciendo—. Es un simulacro. No están a las órdenes de Sigurd ni de Cnut.

Era una suposición, pero también la única explicación que tenía para aquella situación. Quien estuviera al frente de los daneses disponía de menos de un millar de hombres y no estaba dispuesto a sacrificar a doscientos o trescientos guerreros en una escaramuza que nada tenía que ver con la invasión de verdad. Su propósito no era otro que distraernos allí y atraer tropas sajonas al valle del Saefern mientras se desarrollaba la verdadera invasión. Pero ¿dónde? ¿Por mar, quizá?

—Pensaba que Offa os había dicho que... —acertó a decir Finan.

—Ese cabrón no dejaba de lloriquear —dije con rabia—. Gimoteaba para convencerme de que era cierto lo que me estaba diciendo. Me dijo que quería pagarme con creces mis bondades, cuando yo nunca lo había tratado con especial miramiento. Me limitaba a pagar por sus servicios, como todo el mundo. Los daneses debieron de ofrecerle más para que me soltara tamaña sarta de mentiras.

Aunque seguía sin saber si estaba en lo cierto, el caso es que no dejaba de preguntarme cuál sería la razón de que los daneses no se decidiesen a acabar con nosotros.

Percibimos entonces cierto revuelo en el centro del muro de escudos que habían formado, que se separaban para dejar paso a tres hombres a caballo. Uno de ellos llevaba una rama con muchas hojas, señal de que sólo venían con ánimo de parlamentar; otro lucía un yelmo con cimera de plata que culminaba un altivo penacho de plumas de cuervo. Llamé a Merewalh a mi lado y, con Finan y con él, los tres pasamos al otro lado de nuestra endeble barrera y echamos a andar por el prado anegado para acercarnos a los daneses.

El hombre tocado con el penacho de plumas de cuervo no era otro que Haesten. La pieza en cuestión era una espléndida obra de artesanía, rematada con la serpiente de Midgard, nuestro mundo, que se enroscaba alrededor del yelmo y una cola con la que se protegía la nuca en tanto que la boca era la cimera donde se asentaban las plumas de cuervo. Entre unos dragones grabados que adornaban las carrilleras, atisbé la siniestra sonrisa que Haesten me dirigía.

—Mi lord Uhtred —me saludó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Observo que lleváis el tocado de vuestra esposa —le dije.

—Es un regalo del *jarl* Cnut —respondió—, quien se pasará por aquí esta misma noche.

—No dejaba de preguntarme a qué estabais esperando —contesté—. Ahora ya lo sé. Necesitáis que alguien venga a echaros una mano.

Haesten me dedicó una sonrisa, como si poco le importaran los insultos que pudiera dirigirle. El hombre que llevaba la rama verde se mantenía a unos pasos por detrás de él; el otro, el que estaba a su lado, era un hombre de armas que portaba un yelmo muy trabajado. Como llevaba las carrilleras cerradas, no llegué a verle la cara, pero sí una cota de malla de fina factura, silla de montar y tahalí con incrustaciones de plata y, en los brazos, innumerables y preciosos brazaletes. El caballo se puso nervioso y le dio un pescozón tan fuerte que lo obligó a andar de costado en aquel suelo blando. Haesten se volvió y acarició al nervioso animal.

—El *jarl* Cnut se presentará con *Carámbano-de-hielo* —me dijo.

—¿A qué os referís?

—Su espada —me aclaró Haesten—, el y vos, lord Uhtred, os batiréis en el espacio delimitado por unas ramas de avellano. No se me ha ocurrido un mejor regalo para él.

Entre los daneses, Cnut Ranulfson tenía fama de ser el mejor con la espada, un auténtico mago con el arma en las manos, un hombre que no perdía la sonrisa mientras mataba, un hombre que, orgulloso, aceptaba el título con que lo distinguían los suyos. Confieso que, al oír a Haesten, me dejé llevar por el miedo. Una pelea entre cuatro ramas de avellano era una lucha a muerte en toda regla, la ocasión perfecta para que Cnut luciera sus habilidades.

—Estaré encantado de acabar con él —contesté.

—¿Acaso no os advirtieron vuestros ángeles de que ibais a morir? —me preguntó Haesten, muerto de risa.

—¿Mis ángeles?

—Una idea magnífica, por cierto —añadió Haesten—, el joven Sigurd, que aquí veis, tuvo la buena ocurrencia de traérnoslas. ¡Dos muchachas preciosas! ¡Las disfrutó de lo lindo, como la mayoría de los hombres!

De modo que el jinete que estaba al lado de Haesten era el hijo de Sigurd, aquel cachorro que había pretendido enfrentarse conmigo en Ceaster, el mismo que iba al mando de la incursión en Turcandene, una proeza para demostrar que tenía madera de caudillo, aunque estaba seguro de que su padre lo habría enviado con hombres más avezados y prudentes para cerciorarse de que no cometía errores de consecuencias fatales. En ese momento, me acordé de las moscas revoloteando sobre el cuerpo de Ludda, del tosco dibujo de un cuervo en el antiguo yeso que enlucía la pared.

—Cuando acabe contigo, cachorrito —le dije—, me aseguraré de que no lleves una espada en la mano. Irás a hacer compañía a la carne putrefacta de Hel. Ya verás qué bien lo vas a pasar, especie de cagarruta de murciélago.

Sigurd Sigurdson se llevó la mano a la espada, la sacó de la vaina lentamente, dando a entender que no se disponía a pelear de inmediato.

—Su nombre es *Dragón-de-fuego* —me dijo, blandiéndola delante de mis

narices.

—Bonito juguete —me mofé de él.

—Quería que supierais el nombre de la espada con que voy a mataros.

Volvió con fuerza la cabeza del caballo como si se dispusiera a abalanzarse sobre mí, pero el animal hizo un amago de renuncio, y el joven Sigurd tuvo que aferrarse al pomo para no caerse de la silla. Haesten se inclinó de nuevo y se hizo cargo de las riendas.

—Envainad la espada, mi señor —le dijo, al tiempo que me dedicaba una sonrisa—. Tenéis de plazo hasta el anochecer para deponer las armas —añadió con voz alta y fuerte, que se impuso al comentario que yo tenía en la punta de la lengua—. De lo contrario, todos moriréis. Si os rendís, lord Uhtred, permitiré que los vuestros sigan con vida. ¡Hasta entonces! —dijo, volviendo grupas, y llevándose de paso al joven Sigurd con él—. ¡Hasta entonces! —repitió, mientras se alejaba.

Aquella guerra sí que superaba todo lo imaginable, pensé. ¿Por qué esperar, a menos que Haesten temiese que podría perder a una cuarta o tercera parte de sus hombres? Si de verdad eran la vanguardia del imponente ejército danés, no tenía ningún sentido que perdieran el tiempo en Scrobbesburh. Al revés, deberían estar avanzando a todo galope y sin aliento hacia el próspero sur de la Mercia sajona, antes de pasar al otro lado del Temes y devastar Wessex. A no ser que estuviera en lo cierto y aquella incursión danesa no fuera sino un simulacro para distraernos —porque el ataque de verdad se estaba produciendo en otra parte—, cada jornada que desperdiciaban era un día más para llamar a los hombres del *fyrð* y reunir las tropas que enviasen los señores sajones.

Había más daneses por aquellos contornos. A última hora de la mañana, cuando dejó de llover y un tímido y pálido sol asomó entre las nubes, observamos más columnas de humo hacia el este. Al principio, sólo eran un hilillo de humo, pero no tardaron en convertirse en una humareda. Al cabo de una hora, vimos otras dos. Algunos daneses se dedicaban a saquear los pueblos cercanos, en tanto que otra partida había vadeado el río y vigilaba el amplio recodo en donde permanecíamos atrapados. Osferth había encontrado dos embarcaciones, poco más que unos pellejos ensamblados en unas varas de sauce, y se le ocurrió la idea de construir una gran almadía, como aquella de que nos sirviéramos para cruzar el río Use, pero la presencia de jinetes daneses le impidió llevar a cabo su propósito. Ordené a los míos que, con vigas y cabrios, reforzasen la barrera que defendía la franja, dándole más altura para proteger mejor a los hombres del *fyrð* y para que cualquier ataque por fuerza hubiera de encontrarse con mi muro de escudos. Si se trataba de un ataque bien pensado, no tenía muchas esperanzas de que fuésemos a salir con vida, pero tenía que mantener ocupados a los hombres, que se encargaron de echar abajo seis de las cabañas y de llevar las vigas a la franja, de forma que la barrera cobró un aspecto más imponente. Un cura que allí había encontrado refugio recorrió nuestra línea defensiva dando a los hombres unos trocitos de corteza de pan. Éstos se ponían de

rodillas a sus pies, y el cura les colocaba aquellas migajas en la boca. Luego, añadía una pizca de tierra.

—¿Por qué hace eso? —pregunté a Osferth.

—Porque venimos del polvo, mi señor, y al polvo hemos de volver.

—A no ser que Haesten ataque, no iremos a ninguna parte —repliqué.

—¿Nos tiene miedo?

—Es una añagaza —le dije, negando con la cabeza.

Había pasado por tantas desde el momento en que aquellos hombres trataron de acabar conmigo el día de san Alnoth, cuando se requirió mi presencia para concluir una alianza con Eohric —y luego vino la quema de los barcos de Sigurd, y la farsa de los ángeles— que todo me llevaba a sospechar que los daneses nos habían tendido la mayor de todas, y que les había salido bien porque, aquella tarde, se produjo una súbita conmoción en la otra orilla del río y los daneses que la vigilaban espolearon sus monturas hacia el oeste. Algo los había asustado y, al cabo de un momento, apareció una tropa de jinetes mucho más numerosa. Portaban dos estandartes, en uno se veía una cruz; el otro mostraba un dragón. Eran sajones del oeste. Haesten había conseguido atraerlos a Scrobbesburh, mientras yo seguía convencido de que todos deberíamos estar en otra parte, muy lejos de allí, donde se estuviera produciendo el verdadero ataque danés.

Steapa iba al frente de la tropa. Echó el pie a tierra y bajó por la orilla del río hasta un pequeño bajío que se adentraba en el agua y, sirviéndose de las manos como bocina, gritó:

—¿Por dónde podemos vadearlo?

—Al oeste —contesté a voces—. ¿Cuántos sois?

—¡Doscientos veinte!

—Habrá unos setecientos daneses por estos parajes —respondí—, ¡pero no creo que formen parte del gran ejército que esperábamos!

—¡Vienen más de los nuestros! —repuso, como si no hubiera oído lo que acababa de decirle, y vi cómo volvía a ganar la orilla.

Desapareciendo por detrás de unos árboles, se dirigió al oeste en busca de un vado o de un puente. Volví a la franja de tierra, y observé que los daneses no habían dado ni un paso. Tenían que estar hartos, pero no hicieron nada para iniciar un ataque, ni siquiera cuando el sol se puso y anocheció. Haesten debía de haberse imaginado que yo no me rendiría así como así, pero tampoco movió un dedo por llevar a cabo la amenaza que había anunciado aquella mañana. Sin apartar los ojos del oeste a la espera de Steapa y los suyos, un día más, vimos cómo encendían fogatas en el campamento danés. Nos mantuvimos vigilantes y a la espera. Hasta que se hizo de noche.

Al amanecer, los daneses habían desaparecido.

Al frente de unos ciento cincuenta guerreros, Etelfleda se presentó una hora después de la salida del sol. Como Steapa, había tenido que cabalgar hacia el oeste hasta dar con un vado. A eso del mediodía, por fin, habíamos reunido nuestras fuerzas.

—Pensé que estarías camino del sur —le dije a modo de saludo.

—Alguien tiene que plantarles cara —replicó.

—Sólo que se han ido —le expliqué. Todavía se veían los rescoldos humeantes de las fogatas que habían prendido al norte de la franja, pero no había ni rastro de daneses, tan sólo huellas de cascos de caballerías que se dirigían al este. Disponíamos de un ejército, pero nadie con quien enfrentarnos—. Haesten nunca tuvo la intención de enfrentarse a mí —dije—. Sólo quería atraer cuantos más hombres mejor hasta aquí.

Steapa me miró con cara de extrañeza. De inmediato, Etelfleda se dio cuenta de lo que había pasado.

—¿Dónde andan ahora?

—Si nosotros estamos aquí, al oeste —repuse—, supongo que ellos andarán por el este.

—¿Y Haesten ha ido a su encuentro?

—Me imagino —contesté.

Aparte de que los hombres de Haesten habían saqueado las haciendas al sur de Ceaster antes de dirigirse, por razones que desconocíamos, hacia el este, no estábamos seguros de nada. Eduardo, como Etelfleda, había respondido a mi llamada y había enviado hombres al norte para saber si se trataba, o no, de una invasión. El único cometido de Steapa era confirmar o desmentir mis temores, y regresar a Wintanceaster. En cuanto a Etelfleda, había hecho caso omiso de mi recomendación de que fuera a Cirrenceastre en busca de refugio y, al frente de sus guerreros, había marchado hacia el norte. Desde Gleawecestre, me dijo, se había reclamado la presencia de otras tropas de Mercia.

—¡Menuda sorpresa! —exclamé con sorna.

Al igual que la última vez que Haesten invadiera Mercia, Etelredo se mostraba dispuesto a defender sus dominios y a dejar que los demás se las arreglasen como buenamente pudieran.

—Debo volver para informar al rey —intervino Steapa.

—¿Cuáles eran vuestras órdenes? —le pregunté—. ¿Averiguar si se había producido una invasión por parte de los daneses?

—Tales son, mi señor.

—¿Lo habéis averiguado?

Negó con la cabeza.

—No.

—En tal caso, vos y los vuestros venid conmigo, y tú —señalé con el dedo a Etelfleda— deberías refugiarte en Cirrenceastre o acudir al lado de tu hermano.

—Y tú —replicó ella, haciendo el mismo gesto— no eres quién para decirme lo que debo hacer, así que obraré como mejor me parezca —mientras, desafiante, no dejaba de mirarme. No dije nada—. ¿Por qué no acabamos con Haesten? —preguntó.

—Porque no disponemos de hombres suficientes —contesté, armándome de paciencia—, y porque no sabemos dónde estará el resto de los daneses. ¿Deseas que nos enredemos en una batalla con Haesten para acabar descubriendo que tres mil daneses beodos te están acogotando?

—¿Qué hacemos entonces? —me preguntó.

—Lo que yo te diga.

Y nos dirigimos al este, siguiendo las huellas de las caballerías de Haesten. Lo más sorprendente es que ya no vimos haciendas incendiadas ni aldeas saqueadas, lo que indicaba que el danés se había alejado a toda velocidad de aquellos parajes, dejando de lado las posibilidades de enriquecimiento que le salían al paso porque, a mi entender, había recibido órdenes de que sus hombres se uniesen al gran ejército danés, dondequiera que éste estuviera.

También nosotros galopábamos deprisa. Al cabo de dos días, pasamos cerca de Liccelfeld, y quise hacer un alto para dejar zanjado un asunto. Llegamos a aquella ciudad pequeña y carente de muros defensivos que, sin embargo, albergaba una iglesia enorme, dos molinos, un monasterio y una impresionante mansión, la residencia del obispo. Muchos de sus habitantes habían ido al sur en busca de un fortín donde refugiarse, de modo que, al vernos llegar, huyeron despavoridos. Pensando que éramos daneses, mucha gente corrió a esconderse en los bosques más próximos.

Dimos de beber a los caballos en los dos arroyos que cruzaban la ciudad, y envié a Osferth y a Finan a comprar provisiones, mientras Etelfleda y yo, con treinta de los nuestros, nos dirigíamos a la segunda mejor mansión del lugar, un magnífico edificio de reciente construcción que se alzaba en el límite norte de la localidad. Al contrario que sus vecinos, en vez de ponerse a correr al vernos llegar, rodeada de una docena de criadas, la viuda nos esperaba en el salón.

Se llamaba Edith. Era joven, era hermosa y de carácter fuerte, aunque trataba de disimularlo. Una mujer de buen ver, con unos rizos pelirrojos que le asomaban a ambos lados de una cara redonda. Se tocaba con un gorro de lino de color amarillo pálido; llevaba una cadena de oro colgada del cuello.

—Así que vos sois la viuda de Offa —le dije, y asintió sin abrir la boca—. ¿Qué fue de los perros?

—Los ahogué —repuso.

—¿Cuánto le pagó el *jarl* Sigurd al que fuera vuestro esposo por engañarnos? —le pregunté.

—No sé a qué os referís —contestó.

Me volví a Sihtric y le ordené:

—Busca por toda la casa. Llévate cuantas provisiones encuentres.

—No podéis... —comenzó a decir la mujer.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —repliqué soltando un bufido—. Vuestro difunto esposo vendió Wessex y Mercia a los daneses.

Se mantuvo en sus trece, sin admitirlo, pero a la vista estaba la opulencia que se respiraba en aquella mansión recién construida. Empezó a dar gritos, trató de clavarme las uñas cuando le arranqué la cadena de oro que llevaba al cuello y, cuando nos íbamos, no dejó de escupirnos y de lanzarnos maldiciones. No abandoné la ciudad de inmediato, sino que me di una vuelta por el cementerio, al lado de la catedral, y encargué a algunos de los míos que desenterrasen el cuerpo de Offa. Había pagado en plata a los curas para que su tumba estuviera cerca de las reliquias de san Chad, con la vana esperanza de que tal proximidad acelerase su llegada al cielo el día en que Cristo volviera a la tierra, pero hice cuanto estaba en mi mano para que su alma pecadora fuera a parar al infierno de los cristianos. Sin despojarlo de la sábana en que estaba envuelto, nos llevamos su cuerpo en descomposición a las afueras de la ciudad y lo arrojamos a un arroyo.

Y seguimos a caballo, rumbo al este, para averiguar si su traición había condenado a Wessex.

CUARTA PARTE

MUERTE EN INVIERNO

Capítulo XI

Nada quedaba del villorrio. Las casas no eran sino montones humeantes de vigas achicharradas y cenizas; los cuerpos de cuatro perros destripados yacían en mitad de la calle enfangada; el olor a carne quemada se mezclaba con el humo que lo invadía todo. El cadáver hinchado y desnudo de una mujer flotaba en un pilón; encaramados en sus hombros, unos cuervos picoteaban la carne abotagada. La sangre reseca que cubría los surcos de la piedra llana del lavadero parecía negra. Un olmo majestuoso descollaba por encima de las casas, pero las llamas de la techumbre de la iglesia habían chamuscado aquella cara del árbol que miraba al sur, como si lo hubiera alcanzado un rayo: lozana y frondosa era la mitad del follaje; el otro lado, en cambio, estaba ennegrecido, retorcido, quebradizo. Aún ardía lo que quedaba en pie de la iglesia, pero no vimos a nadie con vida que pudiera decirnos dónde estábamos. A lo lejos, una docena de humaredas nos daban a entender que no era aquél el único lugar que habían incendiado.

Tras las huellas de los hombres de Haesten, seguimos cabalgando hacia el este, hasta que vimos que las marcas de los cascos viraban hacia el sur internándose en un sendero más ancho, no por eso menos abrasado y transitado, la senda que habían dejado a su paso centenares, por no decir millares, de caballerías. Las estelas de humo que veíamos en el horizonte nos indicaban que los daneses iban camino al sur, al valle del Temes y el suculento botín que esperaban encontrar más allá, en Wessex.

—Hay cadáveres en el interior de la iglesia —me dijo Osferth, con voz pausada. No se me pasó por alto lo furioso que estaba—. Demasiados, a mi modesto entender. Creo que los encerraron y prendieron fuego a la iglesia con ellos dentro.

—Como si fuera un caserío —dije, acordándome de la casona en llamas de Ragnar el Viejo ardiendo en plena noche y los gritos de la gente que había quedado atrapada en el interior.

—Hay pequeños también —añadió Osferth, cada vez más enojado—. ¡Los cadáveres están tan arrugados que se han quedado del tamaño de niños de teta!

—Sus almas ya están con Dios —intervino Etelfleda, tratando de consolarlo.

—¡No se detienen ante nada! —contestó su hermano mirando al cielo, donde humo y nubes grises se confundían.

Steapa tampoco dejaba de mirar al cielo.

—Van al sur —comentó.

Pensaba en las órdenes que había recibido de regresar a Wessex, preocupado porque yo lo retenía en Mercia mientras las hordas danesas amenazaban su tierra natal.

—Quién sabe si a Lundene —comentó Etelfleda—. Quizá traten de alcanzar la orilla sur del Temes y, desde allí, río abajo, llegar a Lundene.

Estaba pensando lo mismo que yo. Me acordé del lamentable estado en que se encontraba aquella parte de la muralla que, de continuo, acechaban los exploradores

de Eohric. Alfredo se había dado cuenta de la importancia de Lundene; por eso, en su día, me ordenó que me apoderase de la ciudad. ¿Habrían llegado los daneses a idéntica conclusión? Quienquiera que tuviera la guarnición de Lundene de su lado dominaba el Temes, el río que se adentraba en el corazón de Mercia y de Wessex. Eran tantas las mercancías que pasaban por Lundene, tantos los caminos que allí llevaban, que quienquiera que se erigiera en amo y señor de la ciudad tenía en sus manos la llave que abría las puertas del sur de Britania. Volví los ojos al sur, y reparé en las enormes humaredas que por allí se alzaban. Estaba casi seguro de que, como mucho, sólo habría pasado un día desde que un ejército danés se dejara ver por aquellos contornos. Pero ¿era el único ejército con que contaban? ¿Habría otro asediando Lundene? ¿Se habrían apoderado de la ciudad? Estuve tentado de dirigirme de inmediato a Lundene para cerciorarme de que estaba bien defendida, pero eso me obligaría a apartarme del rastro de fuego que, a su paso, dejaba el gran ejército.

A la espera de una respuesta, Etelfleda no dejaba de mirarme. Sin embargo, yo callaba. En mitad de aquel villorrio calcinado, en tanto que los míos daban de beber a los caballos en el pilón donde flotaba el cadáver hinchado de aquella mujer, seis de nosotros seguíamos a lomos de nuestras monturas. Etelfleda, Steapa, Finan, Merewahl y Osferth no me quitaban los ojos de encima, mientras yo trataba de adivinar las intenciones de quienquiera que estuviese al frente de los daneses. ¿Quién sería? ¿Cnut, Sigurd, Eohric? Ni siquiera sabíamos eso.

—Seguiremos el rastro que van dejando los daneses —decidí al cabo, indicando con un ademán el humo que se veía en el cielo por el sur.

—Debo volver al lado de mi señor —advirtió Merewahl, cabizbajo.

Etelfleda esbozó una sonrisa.

—Permitidme que os diga lo que va a hacer mi esposo —se encaró con él, utilizando aquel apelativo con un desprecio tan áspero como el olor acre que nos llegaba de la iglesia que seguía ardiendo—. Reuniré a los suyos en Gleawecestre —continuó—, igual que la última vez que nos invadieron los daneses —advirtió en el rostro de Merewahl la lucha interna que libraba. Era un buen hombre y, como todos los de ese talante, no quería faltar al juramento que había prestado, que no era otro que el de estar al lado de su señor, pero al mismo tiempo sabía que era cierto lo que decía Etelfleda, quien, erguida en la silla, añadió—: Mi marido —sin asomo de desdén en esta ocasión— me ha autorizado a impartir órdenes a cualquiera de los suyos con quienes me cruzase por el camino. Os ordeno, pues, que sigáis a mi lado.

Merewahl se percató de que mentía. Se la quedó mirando un instante y, por fin, asintió.

—Como digáis, señora.

—¿Qué vamos a hacer con los muertos? —preguntó Osferth, sin apartar los ojos de la iglesia.

Etelfleda se inclinó hacia él y, con suavidad, dejó caer una mano en el brazo de su hermanastro.

—Deja que los muertos entierren a sus muertos —le pidió.

Osferth sabía que no teníamos tiempo para darles una sepultura cristiana, y que allí los dejaríamos. Pero, aguijado por la ira, se bajó del caballo y se fue andando hasta la iglesia humeante, donde todavía alguna que otra débil llama asomaba entre las vigas carbonizadas. Arrancó dos tablones de madera de lo que aún quedaba en pie de la iglesia, uno de unos cinco pies de largo, mucho más corto el otro, y rebuscó entre los restos de los caseríos calcinados hasta que dio con un trozo de cuero, un cinturón quizá, que utilizó para ensamblar los dos trozos de madera y pergeñar una cruz.

—Con vuestro permiso, mi señor —solicitó—, quiero mi propio estandarte.

—El hijo de un rey ha de tener una enseña —respondí.

Clavó con fuerza el extremo de la cruz en el suelo y ésta dejó caer ceniza. Los brazos se tambalearon y el conjunto se torció a un lado. De no haber estado él tan encolerizado, la situación hubiera tenido alguna gracia.

—Esta es mi bandera —decidió, y ordenó a su criado, un sordomudo que atendía por el nombre de Hwit, que cargase con la cruz.

Seguimos, pues, las huellas de los cascos de aquellas caballerías que iban al sur. Vimos otros pueblos que habían incendiado, dejamos atrás una enorme hacienda de la que sólo quedaban cenizas y vigas ennegrecidas; el ganado mugía de forma lastimera por falta de alguien que lo ordeñase. Si los daneses se habían desentendido de aquellas vacas, supuse que ya habrían reunido una enorme manada difícil de manejar, igual que se habrían cargado de mujeres y niños destinados a los mercados de esclavos, y que no daban abasto. El ejército fulgurante y aterrador de saqueadores despiadados a lomos de espléndidas monturas se había convertido en una lenta comitiva de prisioneros, carretas rebosantes, rebaños y ganado. Seguirían adelante haciendo de las suyas, pero cada incursión concluiría con un nuevo botín que entorpecería aún más la marcha del ejército principal.

Habían pasado al otro lado del Temes. Lo descubrimos al día siguiente, cuando llegamos a Cracgelad, donde, en su día, había acabado con Aldelmo, mano derecha de Etelredo. La pequeña localidad se había convertido en una ciudadela de murallas de piedra, no de tierra y madera. Las defensas habían sido idea de Etelfleda, quien había ordenado que se erigieran, no sólo porque la aldea se alzara sobre un vado que facilitaba el paso al otro lado del Temes, sino porque, guiada según ella por la mano de una santa muerta, allí había presenciado un pequeño milagro. De modo que Cracgelad se había convertido en una fortaleza formidable, con un foso inundado que rodeaba la muralla de piedra. Nada me extrañó, pues, que los daneses hubieran dejado de lado la guarnición y se hubieran dirigido a la calzada que, entre juncales, de la orilla norte del Temes llevaba al puente romano, recompuesto en la misma época en que se habían levantado los muros de Cracgelad. Seguimos sus pasos, refrenamos nuestras monturas en la ribera norte del río y observamos el cielo enrojecido que se cernía sobre Wessex. Estaban saqueando el reino de Eduardo.

Aunque había sido a instancias de Etelfleda que la localidad de Cracgelad se había convertido en un fortín, en la puerta sur de la ciudad aún ondeaba el estandarte del caballo blanco de su marido en lugar de la enseña del ganso asiendo la cruz. Una docena de hombres salieron por la puerta y vinieron a nuestro encuentro. Entre ellos, había un cura, el padre Kynhelm, quien fue el primero en ponernos al tanto de lo que en realidad estaba pasando. Según él, Etelwoldo se había unido a los daneses.

—Se acercó a las puertas, mi señor, y nos exigió que nos rindiésemos.

—¿Estáis seguro de que era él?

—Nunca lo he visto en persona, mi señor, pero dijo ser quien era, y creo que no mentía. Los hombres que venían con él eran sajones.

—¿Ningún danés?

El padre Kynhelm negó con la cabeza.

—Aunque llegamos a verlos, los daneses ni se acercaron. Pero me atrevería a decir que los hombres que llegaron hasta las puertas eran sajones. A voz en grito, muchos nos conminaban a rendirnos. Conté hasta doscientos veinte.

—Había también una mujer —añadió uno de los hombres.

Pasé por alto el comentario.

—¿Cuántos daneses? —pregunté al cura.

Se encogió de hombros.

—Cientos, mi señor. Ennegrecían los campos.

—El estandarte de Etelwoldo —le dije— es un ciervo con dos cruces a modo de cuernas. ¿Fue el único que llegasteis a ver?

—Había otro con una cruz negra, mi señor, y otro más que lucía un jabalí.

—¿Un jabalí? —me extrañé.

—Y con buenos colmillos, mi señor.

De modo que Beortsig se había unido a sus amos, lo que quería decir que, en parte al menos, el ejército que saqueaba Wessex era sajón.

—¿Qué dijisteis a Etelwoldo? —pregunté al padre Kynhelm.

—Que estábamos a las órdenes de lord Etelredo.

—¿Sabéis algo de él?

—No, mi señor.

—¿Cómo andáis de provisiones?

—Suficientes para pasar el invierno. La cosecha de este año fue buena, gracias a Dios.

—¿De cuántos hombres disponéis?

—Los hombres del *fyrð*, y veintidós soldados.

—¿Cuántos hombres componen el *fyrð*?

—Cuatrocientos veinte, mi señor.

—Que no se muevan de aquí —le ordené—. Seguramente, los daneses no tardarán en volver.

En su lecho de muerte, había dicho a Alfredo que, al contrario que ellos,

habíamos aprendido a vérnoslas con los hombres del norte, y seguía pensando lo mismo. A excepción de lanzar sin entusiasmo unas cuantas advertencias para que la ciudadela se rindiese, ni siquiera habían intentado apoderarse de Cracgelad. Y si miles de daneses no eran capaces de tomar un pequeño fortín, por formidables que fuesen sus murallas, pocas posibilidades tenían de hacer frente a guarniciones mucho más numerosas, y si no podían apoderarse de tales fortalezas y acabar con las tropas de Eduardo que las defendían, no les quedaría otra que emprender la retirada.

—¿Qué estandartes daneses visteis? —seguí interrogando al padre Kynhelm.

—No llegué a distinguir ninguno con claridad, mi señor.

—¿Cómo es la enseña de Eohric? —pregunté en voz alta a cuantos pudieran oírme.

—Un león y una cruz —dijo Osferth.

—¡Sea lo que sea eso! —repuse. Lo único que me interesaba era saber si Anglia Oriental, el reino de Eohric, se había unido a las hordas danesas, pero el padre Kynhelm no supo aclarármelo.

A la mañana siguiente volvió a llover. Veíamos las gotas que iban a parar al Temes más abajo de las murallas del fortín. Las nubes bajas nos impedían discernir con claridad las humaredas, pero me dio la impresión de que los incendios no se producían demasiado lejos de la orilla sur del río. Etelfleda se acercó al convento de Santa Werburga para rezar. Osferth encontró un carpintero que, clavando las tablas como es debido, hizo una cruz en condiciones. Mientras, llamé a dos de los hombres de Merewalh y a dos de los soldados de Steapa. A los de Mercia, les dije que fueran a Gleawecestre y llevaran un mensaje a Etelredo. Como sabía que si sospechaba que iban de mi parte no les haría caso, les ordené que le dijeran que el rey Eduardo reclamaba la presencia de las tropas, de todas sus tropas, en Cracgelad. El gran ejército danés, les expliqué, había cruzado el Temes en aquel lugar y estaba casi convencido de que, cuando se retirasen, lo harían por el mismo camino. Siempre quedaba la posibilidad, como bien cabe pensar, de que diesen con otro vado o con otro puente, pero, por lo general, los hombres tenemos la costumbre de recurrir a caminos y sendas conocidos. Si Mercia reunía su ejército en la orilla norte del río Temes y, por el sur, aparecía Eduardo al frente de las tropas sajonas, tendríamos a los daneses en nuestras manos. Los hombres de Steapa llevaron el mismo mensaje a Eduardo, sólo que en esta ocasión les pedí que le dijeran que era yo su autor, al tiempo que le recomendaba que, si los daneses se retiraban, reuniera a su ejército y fuera tras ellos, pero que no atacase hasta que se dispusiesen a cruzar el Temes.

Alrededor de media mañana, di la orden de que ensillaran los caballos y que todo el mundo estuviera preparado para ponerse en marcha, aunque no dije adónde íbamos. En el momento en que nos disponíamos a partir, de Lundene, llegaron dos correos del obispo Erkenwald.

Nunca me cayó bien Erkenwald. En cuanto a Etelfleda, no podía ni verlo desde que, en cierta ocasión, durante un sermón sobre el adulterio, el obispo no le quitara

los ojos de encima a lo largo de la plática. Pero el obispo sabía cuál era su obligación. Había enviado mensajeros a todas las calzadas romanas que salían de Lundene con órdenes de llevar el aviso a todos los soldados de Mercia o de Wessex que encontrasen.

—Nos encareció que tratáramos de dar con vos, mi señor —dijo uno de los correos. Era uno de los hombres de Weohstan; por él supimos que los daneses estaban a los pies de las murallas de Lundene, pero que no eran demasiados—. Si los amenazamos, se retirarán, mi señor.

—¿De quién reciben órdenes?

—Son tropas del rey Eohric, mi señor. También hay algunos soldados que se agrupan bajo el estandarte de Sigurd.

De modo que Eohric había acabado por unirse a los daneses, y no a los cristianos. Los mensajeros de Erkenwald me hicieron saber que, al parecer, los daneses se habían concentrado en Eoferwic y, de allí, habían pasado en barco a Anglia Oriental. En tanto que, con ardides, a mí me habían arrastrado a Ceaster, el imponente ejército danés, con los refuerzos de los soldados de Eohric, había cruzado el río Use y había emprendido su senda de fuego y muerte.

—¿A qué se dedican los hombres de Eohric que acechan Lundene? —les pregunté.

—Se limitan a observar, mi señor. No son suficientes para intentar un asalto.

—Pero sí para que las tropas por fuerza hayan de permanecer tras los muros de la ciudad. A ver, ¿qué se le ofrece al obispo Erkenwald?

—Confiaba en que pudierais ir a Lundene, mi señor.

—Decidle que mejor sería que tuviera a bien enviarme la mitad de los hombres de Weohstan.

A mi entender, la petición del obispo Erkenwald carecía de sentido. Estaba casi seguro, por otra parte, de que el obispo la habría formulado como una orden tajante que los mensajeros habían tratado de suavizar y presentarme como una invitación. Es verdad que Lundene necesitaba de alguien que velase por la ciudad, pero el ejército que la amenazaba estaba allí, al sur del Temes y, si queríamos detenerlo, teníamos que actuar con rapidez. Por si fuera poco, estaba convencido de que el único propósito de las tropas enemigas que se habían aproximado a la ciudad no era otro que el de evitar que la nutrida guarnición que la defendía abandonase Lundene y plantase cara al poderoso ejército danés. Me imaginaba que sus hordas seguirían incendiando y devastando todo a su paso, pero también de que llegaría el momento en que nos les quedaría más remedio que sitiar un fortín o enfrentarse en campo abierto con un ejército de sajones. En aquel momento, me parecía más importante saber dónde andaban y qué se proponían que llevar nuestras fuerzas a la lejana Lundene. Si queríamos derrotar a los daneses, habría de ser en campo abierto, donde no hay forma de eludir los horrores de un muro de escudos. Los fortines nos ayudarían a ganar tiempo hasta derrotarlos, pero sólo en el combate cuerpo a cuerpo alcanzaríamos la

victoria, y mi idea era obligarlos a presentar batalla cuando se dispusieran a volver a la orilla norte del Temes. Lo único que tenía claro era que de nosotros dependía la elección del lugar, y Cracgelad, con el río, la calzada y el puente, era un lugar tan bueno como cualquier otro, tanto como el puente de Fearnhamme, donde habíamos diezmado el ejército de Harald el Pelirrojo, tras caer sobre ellos cuando sólo la mitad de sus tropas había llegado a cruzar el río.

Proporcioné caballos de refresco a los mensajeros de Erkenwald y los envié de vuelta a Lundene, aunque sin muchas esperanzas de que el obispo enviase los refuerzos que solicitaba, a no ser que recibiera una orden explícita de Eduardo. Llevé, pues, a los hombres al otro lado del río. Merewalh decidió quedarse en Cracgelad, y le pedí a Etelfleda que se quedara con él. Ella hizo caso omiso y allí estaba cabalgando, a mi lado.

—La guerra no es asunto de mujeres —refunfuñé.

—¿Qué sería, según vos, lord Uhtred, asunto de mujeres? —se interesó con amabilidad no carente de socarronería—. ¡Aclarádmelo, os lo ruego, decídmelo!

Reflexioné un momento por si la pregunta encerraba algún doble sentido, porque eso me había parecido, pero no llegué a descubrirlo.

—Obligación de las mujeres es velar por su hogar —repuse, muy estirado.

—¿Os referís a cosas como limpiar, barrer, hilar, cocinar?

—Eso es. Siempre hay que estar encima de los criados.

—Además de educar a los niños, claro.

—Eso también —asentí.

—En otras palabras —replicó con aspereza—, que las mujeres han de hacer todo aquello que los hombres no saben hacer. Como tengo la impresión de que también se les ha olvidado lo que es luchar, pensé que había llegado el momento de ponerme a ello.

Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, antes de echarse a reír a carcajadas al observar que fruncía el ceño.

Lo cierto es que estaba encantado de que viniese con nosotros, no sólo por tenerla a mi lado, sino porque su presencia infundía entusiasmo a los hombres. Sus súbditos de Mercia la adoraban. Poco les importaba que fuera sajona del oeste; su madre había nacido en Mercia y Etelfleda se había identificado con aquellas tierras como una más. Sus larguezas eran de sobra conocidas. Apenas si había un solo convento de aquellos parajes que, cuando de atender a viudas y huérfanos se trataba, no dependiera de los ingresos que recibían de las inmensas propiedades que la hija de Alfredo había heredado.

Tras haber cruzado el Temes, pisábamos tierras de Wessex. Una senda acribillada de huellas de cascos nos permitió hacernos una idea de la ruta que, camino del sur, seguía tan colosal ejército. Las primeras aldeas por las que pasamos, y que habían sido incendiadas, no eran sino montones de cenizas que la lluvia de la noche anterior había convertido en fango grisáceo. No sin advertirles de que las columnas de humo

que se veían en el cielo estaban mucho más cerca de lo que pensábamos, envié a Finan con cincuenta de los míos por delante para que tanteasen el terreno.

—¿Qué se te había pasado por la cabeza? —me preguntó Etelfleda.

—Que los daneses iban derechos a Wintanceaster —contesté.

—¿Dispuestos a atacar la ciudad?

—Todo podría ser —añadí—, o saquear los alrededores con la esperanza de que Eduardo dejase atrás sus muros y les plantase cara.

—Si es que está allí —apuntó con un asomo de duda.

En lugar de atacar Wintanceaster, los daneses parecían empeñados en esquilmar las tierras de la ribera sur del Temes, suelos fértiles donde se alzaban prósperas haciendas y pueblos florecientes. Gran parte de esa riqueza ya estaba a buen recaudo en los fortines más próximos.

—Tendrán que poner sitio a una ciudadela o marcharse —comenté—, y, hasta donde se me alcanza, carecen de la paciencia necesaria para intentar un asedio.

—Entonces, ¿a qué han venido?

Me encogí de hombros.

—Quizá Etelwoldo pensara que el pueblo se pondría de su parte. Quizá confiaban en que, al frente de un ejército, Eduardo les plantase cara y que podrían derrotarlo.

—¿Lo hará?

—No, al menos hasta que lo reúna —dije, con la esperanza de estar en lo cierto—. Ahora mismo, a costas con los prisioneros y el botín que han conseguido, los daneses avanzan despacio. Tendrán que enviar parte del fruto de sus correrías a Anglia Oriental.

Tal había sido la maniobra de Haesten cuando había devastado Mercia. Sus hombres se desplegaban con rapidez, pero disponía también de cuadrillas que se encargaban de custodiar tanto esclavos cautivos como caballerías cargadas hasta Beamfleot. Si estaba en lo cierto, los daneses enviarían a unos cuantos hombres de vuelta por el mismo camino por el que habían llegado. Por eso me había dirigido al sur, con la esperanza de caer sobre una de esas partidas que se disponían a llevarse el botín a Anglia Oriental.

—Lo más sensato sería no volver por el mismo camino —apuntó Etelfleda.

—Para eso, tendrían que conocer el terreno. Desde su punto de vista, es mucho más fácil seguir las huellas que los lleven de vuelta a casa.

No tuvimos que alejarnos mucho del puente, porque los daneses andaban más cerca de lo que pensábamos, demasiado incluso. Al cabo de una hora, Finan ya estaba de vuelta y me había puesto al tanto de la presencia de grandes grupos de daneses en los campos de las inmediaciones. El terreno se alzaba suavemente hacia el sur; a lo lejos, veíamos las humaredas de incendios devastadores. Otros eran quienes llevaban cautivos, ganado y botín a los pies de la pendiente.

—Un poco más adelante —me dijo Finan—, hay un pueblo o, mejor dicho, lo que queda de él, donde llevan el botín. No habrá más de trescientos de esos malnacidos.

No acababa de entender que los daneses no hubiesen dejado un retén de vigilancia en el puente de Cracgelad. La única explicación que se me ocurrió fue que no temían un ataque desde Mercia. Al este y al oeste, había enviado exploradores por la orilla del río; ninguno había observado movimiento de daneses por aquellos parajes. Daba la impresión de que estaban volcados en el pillaje y que no les preocupaba la idea de un ataque desde la otra orilla del Temes. O eran poco precavidos, o se trataba de una trampa muy bien pensada.

Éramos casi seiscientos hombres, de modo que, si es que se trataba de una trampa, no les iba a resultar fácil acabar con nosotros, y pensé que también yo podía tenderles una. Estaba empezando a darme cuenta de que, fiándolo todo al aplastante número de sus fuerzas, los daneses estaban siendo descuidados; nosotros, en cambio, nos movíamos a sus espaldas y disponíamos de una vía segura caso de que hubiéramos de escapar. No podía pasar por alto la ocasión que se nos presentaba.

—¿Podríamos ocultarnos entre esos árboles? —pregunté a Finan, en tanto señalaba una espesa arboleda que se veía al sur.

—Y hasta un millar de hombres, si os lo propusierais —me contestó.

—Nos agazaparemos entre los árboles —le ordené—. Os pondréis al frente de los nuestros —dije refiriéndome a los hombres que me habían jurado fidelidad— y caeréis sobre esos cabrones. Luego, arregláoslas para atraerlos hacia aquí.

Era una emboscada sencilla, tanto que no estaba seguro de que fuera a salir bien, pero aquélla era sin duda una guerra que, sin duda, superaba toda comprensión. En primer lugar, se había iniciado tres años más tarde de lo que había pensado; después, tras hacerme perder el tiempo llevándome a Ceaster, los daneses parecían haberse olvidado de mí.

—Demasiados jefes —me comentó Eteflada, mientras llevábamos nuestros caballos al sur, a la calzada romana que salía del puente— y todos hombres, o sea que ninguno dará su brazo a torcer y andarán a la greña.

—Pues que sigan así —contesté.

Una vez que llegamos a los árboles, nos desplegamos. Eteflada y los suyos se dispersaron por el lado derecho. Mandé a Osferth que no se apartara de ella. Los hombres de Steapa se diseminaron por el otro lado; yo me quedé en el centro. Eché el pie a tierra, dejé las riendas en manos de Oswi y, con Finan, me fui hasta el lindero sur del bosque. Nuestra presencia bastó para que una bandada de palomas echase a volar con estrépito por encima de los árboles, pero los daneses ni lo advirtieron siquiera. Los más cercanos vigilaban un singular rebaño de ovejas y cabras. Estarían a unos doscientos o trescientos pasos de nosotros. Más allá, una granja, donde vimos un montón de gente.

—Prisioneros —me aclaró Finan—: mujeres y niños.

Pero también daneses, como indicaba la presencia de un buen número de caballos ensillados en un recinto cerrado. No era fácil contarlos, pero habría no menos de un centenar. En la hacienda, un pequeño caserío se erguía junto a un par de graneros

recién recubiertos, cuyas techumbres resplandecían al sol. Más allá, en los campos, más daneses. Imaginé que estaban apriscando el ganado.

—Creo que lo mejor sería que os acercarais a la casona, que acabarais con todos los que podáis, que me traigáis un prisionero y que os llevéis los caballos.

—Ya iba siendo hora de que empezáramos a luchar —comentó Finan, con ganas de pelea.

—Ponedlos a nuestro alcance, que ya nos encargaremos de que no salga con vida ni uno de esos hijos de su madre —ya se disponía a hacer lo que le había dicho, cuando lo retuve, sujetándole un brazo envuelto en una cota de malla y, sin dejar de mirar al sur, le pregunté—: ¿No será una emboscada, verdad?

Finan se volvió hacia donde yo miraba.

—Han llegado hasta aquí sin mover un dedo —repuso—, y están convencidos de que nadie se atreve a hacerles frente.

Me sentía decepcionado. Si las fuerzas de Mercia se hubieran presentado en Cracgelad y, desde el sur, Eduardo hubiera llegado con los hombres de Wessex, podríamos haber aplastado a aquel enemigo tan imprudente, pero, hasta donde yo sabía, éramos los únicos soldados sajones que andaban cerca de los daneses.

—Quiero que hagáis lo que sea con tal de que no se muevan de donde están.

—¿Pretendéis dejarlos aquí?

—Eso es, cerca del puente, hasta que el rey Eduardo llegue con los suyos y acabe con ellos —disponíamos de hombres para defender el puente contra cualquier ataque que los daneses pudieran intentar. Ni siquiera nos hacían falta las tropas de Etelredo para que la emboscada saliera a pedir de boca. En consecuencia, aquél era el campo de batalla que había ido buscando—. ¡Sihtric!

La elección de aquel lugar como campo de batalla para acabar de una vez con los daneses me pareció tan evidente, tan tentadora, tan al alcance de la mano, que ni siquiera pude esperar a saber qué opinión merecería a Eduardo.

—Siento que vayas a perderte la pelea —le dije—, pero se trata de un asunto de la mayor importancia —con tres de los míos, le pedí que se dirigiese al oeste y, luego, al sur, tras los pasos de los primeros correos que había enviado, que le explicase al rey dónde estaban los daneses y cómo podíamos derrotarlos—. Dile que el enemigo sólo aguarda a que nos decidamos a acabar con ellos. Dile que ésta puede ser su primera victoria sonada, una de esas que los poetas recordarán durante generaciones, pero, por encima de todo, ¡dile que se dé prisa! —esperé a que Sihtric se pusiese en camino. Luego, me volví a observar a los daneses—. Traed tantos caballos como podáis —ordené a Finan.

Ocultándose entre los bosques que quedaban a la derecha de la calzada, el irlandés se llevó a parte de los nuestros en dirección sur, mientras, al frente de los que quedaban, me dirigí al lugar que habíamos pensado. Agachando la cabeza para evitar las ramas más bajas, fui a ver cómo estaban los demás, advirtiéndoles de paso que no sólo debían acabar con nuestros adversarios, sino dejarlos malheridos. El transporte

de heridos retrasa la marcha de un ejército. Si Sigurd, Cnut y Eohric habían de cargar con hombres maltrechos, no podrían cabalgar tan rápida y despreocupadamente como pretendían. Mi intención no era otra que retrasar el avance de aquel ejército, que los daneses cayeran en la trampa y que no se movieran de donde estaban hasta que, por el sur, llegaran fuerzas sajonas dispuestas a acabar con ellos.

Observé unos pájaros que echaron a volar por encima de los árboles entre los que marchaba Finan al frente de los míos. Si llegaron a verlos siquiera, los daneses ni se dieron por enterados. Me quedé junto a Etelfleda y, cuando menos me lo esperaba, sentí una especie de cosquilleo. Los daneses habían mordido el anzuelo. No lo sabían, pero no tenían nada que hacer. El sermón que en su día pronunciara el obispo Erkenwald estaba cargado de razón y sí, la guerra era un asunto espantoso, pero también algo de lo que disfrutar, y nada tan gratificante como obligar al adversario a pasar por el aro. Nuestros enemigos estaban donde yo quería, y allí dejarían la vida. Recuerdo que me eché a reír a carcajadas. Sorprendida, Etelfleda se me quedó mirando.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —me preguntó, pero no tuve tiempo de responderle porque, en aquel instante, los hombres de Finan salieron a campo abierto.

Aparecieron por el este, cabalgando al galope. Al verlos, durante un instante, los daneses se quedaron sin saber qué hacer. Los terrones de tierra volaban por el aire al paso de los míos. Contemplé los destellos de las espadas, libres por fin de las vainas. Vi cómo los daneses echaban a correr hacia el caserío y que los hombres de Finan seguían adelante sin compasión, confundiendo con ellos, pisoteándolos, jinetes que derribaban a quienes trataban de huir, espadas que se les venían encima. Una pincelada de sangre tiñó el día: hombres ensangrentados y amedrentados que se iban al suelo, mientras Finan no cejaba y se los llevaba por delante, camino del recinto donde habían dejado amarradas sus monturas.

Escuché el bramido de un cuerno. Algunos hombres trataban de llegar al caserío; otros se abalanzaban en busca de sus escudos, pero Finan seguía adelante. Una recia valla cerraba el acceso al corral; Cerdic se inclinó y la echó a un lado. Al ver que nada les impedía salir, los caballos se abalanzaron por aquel hueco y siguieron a los míos. Al oír el aviso del cuerno, unos cuantos daneses que andaban por el sur volvieron grupas y se pusieron al galope, mientras Finan dirigía aquella estampida de caballos sin jinete a los árboles donde estábamos agazapados. A su paso, el camino por el que venía quedaba sembrado de cuerpos tendidos en el suelo. Conté no menos de veintitrés, si bien no todos estaban muertos. Algunos sólo estaban malheridos, retorcidos de dolor, mientras la sangre que perdían empapaba la hierba. Espantadas, las ovejas iban de un lado para otro como locas. Tras la primera, el penetrante bramido de una segunda llamada de cuerno vino a rasgar el aire de la tarde. Los daneses se reagrupaban, pero todavía no se habían percatado de que estábamos entre los árboles. Al ver cómo una manada de sus monturas se dirigía al norte, debieron de imaginarse que Finan y los suyos eran hombres de la guarnición de Cracgelad, que se

llevaban los caballos al otro lado del Temes para ponerlos a buen recaudo tras las murallas del fortín. Unos cuantos fueron tras ellos, picando espuelas mientras Finan se esfumaba entre los árboles. Me hice con *Hálito-de-serpiente*. Cuando oyó el siseo de la hoja que se deslizaba por la garganta revestida de piel de oveja de la vaina, el caballo que montaba estiró las orejas hacia atrás y comenzó a temblar y a patear el suelo con las pezuñas. Se llamaba *Broga*. Nervioso al escuchar el estruendo de otros caballos al galope que avanzaban entre los árboles, empezó a relinchar, aflojé las riendas y salió como una exhalación.

—¡Matad y herid! —grité—. ¡Matad y herid!

Broga, un nombre que quería decir «terror», dio un salto adelante. A lo largo de la linde del bosque, comenzaron a aparecer hombres blandiendo espadas refulgentes. Sin dejar de gritar, cargamos contra los daneses que llegaban en desorden, y el mundo no fue sino un formidable retumbar de cascos de caballerías.

Tratando de huir de allí, la mayoría de los daneses volvieron grupas de inmediato. Los más sensatos, sin embargo, al darse cuenta de que la única posibilidad que tenían de salir con vida era ir a por nosotros y escapar una vez que nos hubiesen dejado atrás, mantuvieron la carga. Con *Hálito-de-serpiente* en la mano, me dirigí al encuentro de un hombre a lomos de un caballo de color gris. Llegué a ver cómo me amenazaba con la espada, pero uno de los hombres de Etelfleda se me adelantó y lo alanceó. Se retorció en la silla, y la espada se le fue de la mano. Seguí adelante y fui a por otro que trataba de huir a todo correr. Le acerté con *Hálito-de-serpiente* entre los hombros, alcé la hoja y le asesté un tajo en la nuca. Vi cómo se tambaleaba, y me lancé en pos de otro que también trataba de escapar a toda velocidad, le abrí la cabeza y, de repente, sus largos cabellos se tiñeron de sangre.

Desprovistos de montura, los daneses que estaban cerca del caserío, cuarenta o cincuenta en total, con los escudos redondos muy juntos, formaron un muro de escudos, dispuestos a plantarnos cara. Pero Finan ya estaba de vuelta, junto con sus hombres, y embestían sin compasión por el camino, dejándolo sembrado de cadáveres a su paso, hasta colocarse por detrás del muro de escudos. Lanzó su grito de guerra irlandés, palabras que ninguno entendíamos, pero que, cuando las oíamos, hacían que se nos helara la sangre en las venas. Al ver que los atacaban hombres a caballo por delante y por detrás, los hombres que formaban el muro de escudos huyeron a la desbandada. Los prisioneros, todos mujeres y niños, estaban encogidos en la explanada, y a voces les dije que se dirigieran al norte, hacia el río.

—¡En marcha, no os quedéis aquí!

Mientras, *Broga* se había abalanzado sobre dos hombres. Uno trató de propinarle un tajo en la boca, pero el caballo estaba bien enseñado: se encabritó, le dio de lleno con las pezuñas y el hombre se alejó dando tumbos. No me aparté de él, y esperé hasta que se fue al suelo, antes de descargar un tajo con todas mis fuerzas sobre la cabeza del otro, traspasándole el yelmo y el cráneo. Oí un grito; me volví y reparé en que *Broga* le había dado un buen mordisco en la cara al primero. Piqué espuelas. Los

perros aullaban, los niños gritaban, y *Hálito-de-serpiente*, metida en faena. Tambaleándose, con los cabellos en desorden y la cara manchada de sangre, una mujer desnuda salió del caserío.

—¡Echa a correr por ahí! —le grité, señalando al norte con mi espada ensangrentada.

—¡Mis hijos!

—¡Recógelos y vete!

Espada en mano, un danés se asomó a la puerta del caserío. Horrorizado, echó un vistazo a su alrededor y se dispuso a volver al interior. Pero Rypere, que lo había visto, galopó hasta llegar a su altura, lo agarró por sus largos cabellos y, a rastras, lo obligó a salir. Dos lanzas le traspasaron la barriga; uno de los caballos lo pateó. Ensangrentado y lanzando gemidos, se retorció de dolor. Allí lo dejamos.

—¡Oswi! —llamé a voces a mi criado—. ¡El cuerno!

Más daneses, muchos más, aparecieron por el sur. Había llegado el momento de retirarse. Habíamos causado muchas bajas, pero no tenía sentido que nos enfrentáramos a una horda mucho más numerosa. Lo único que quería era que los daneses no se movieran de allí, que se quedaran junto al río, hasta que Eduardo, al frente de las tropas de Wessex, los atacara y, como si de ganado se tratase, los guiase hasta ponerlos al alcance de nuestras espadas. Sin tomarse un respiro, Oswi seguía soplando el cuerno.

—¡Retirada! —grité—. ¡Atrás todo el mundo!

Nos replegamos sin prisas, poniendo fin a un ataque en el que habíamos matado, o dejado malheridos, a casi un centenar de daneses, cuyos cuerpos yacían esparcidos por los prados, en zanjas o cerca de setos, y allí los dejamos. Con los dientes al descubierto y la espada chorreando sangre, Steapa exhibía un gesto aterrador, una sonrisa de ferocidad satisfecha.

—Los vuestros a retaguardia —le ordené, y asintió con la cabeza. Busqué a Etelfleda y me quedé más tranquilo al ver que estaba ilesa—. Atiende a los fugitivos —le pedí. Había que reunir a los cautivos que habían escapado. Vi a la mujer desnuda; llevaba dos niños de la mano.

Agrupé a los míos en la linde de la arboleda, donde habíamos iniciado el ataque. Con los escudos en posición, relucientes las espadas de la sangre de los suyos, tratamos de desafiar a los daneses a que vinieran a por nosotros, a sabiendas de que, aturcidos y maltrechos como estaban, no se arriesgarían a iniciar un ataque hasta estar seguros de que contaban con más hombres. Tras cerciorarme de que, camino del norte, los fugitivos estaban a salvo, les di una voz a los míos para que fueran tras ellos.

Habíamos sufrido cinco bajas, dos hombres de Mercia y tres sajones del oeste, pero habíamos hecho estragos. Finan había atrapado a dos prisioneros, y ordené que se los llevaran adelante, con los fugitivos. El puente estaba atestado de caballos y de gente que trataba de alejarse de aquel lugar. Con Steapa, me quedé para vigilar el

extremo sur del paso, hasta asegurarme de que todos los nuestros habían llegado al otro lado del río.

Amontonamos unos troncos en la calzada y levantamos una barricada en el extremo norte del puente, invitando a los daneses a que vinieran a por nosotros para acabar con ellos entre los parapetos levantados por los romanos. Ninguno se atrevió a dar un paso. Se dedicaron a observar lo que hacíamos, mientras aparecían muchos más por la orilla de Wessex, pero no osaron intentar darnos un escarmiento. Dejé a Steapa y los suyos al cuidado de la barrera, con la tranquilidad de que ningún danés intentaría cruzar el río mientras ellos estuvieran allí.

Y me fui a interrogar a los prisioneros.

* * *

Seis de los hombres de Mercia que había traído Etelfleda los custodiaban para protegerlos de la multitud que se congregaba en la explanada delante del convento de Santa Werburga. Cuando llegué, asustada quizá al ver la boca ensangrentada de *Broga*, la muchedumbre guardó silencio. Me bajé del caballo y le tendí las riendas a Oswi. Con la hoja manchada de sangre, aún llevaba a *Hálito-de-serpiente* en la mano.

Al lado del convento había una taberna en la que colgaba la enseña de un ganso. Ordené que llevaran a los dos presos al interior. Se llamaban Leif y Hakon. Los dos eran jóvenes, los dos estaban aterrorizados y los dos trataban de que no se notase. Pedí que cerrasen las puertas del local y las atrancasen. Rodeados por seis de los nuestros, los dos se quedaron en el centro del recinto. Leif, que no tendría más de dieciséis años, no podía apartar los ojos de la hoja ensangrentada de *Hálito-de-serpiente*.

—Os ofrezco un trato —comencé—: responder a mis preguntas y morir llevando una espada en la mano, o no decir nada, en cuyo caso, os desnudaré y os dejaré en manos de la gente que aguarda fuera. Vamos a ver, ¿cómo se llama vuestro señor?

—Sirvo al *jarl* Cnut —dijo Leif.

—Yo estoy a las órdenes del rey Eohric —respondió Hakon, casi en un susurro que apenas llegué a oír.

Era un chico fornido, de rostro serio y cabellos de color de paja. Vestía una vieja cota de malla, rasgada a la altura de los codos, demasiado grande para él. Me imaginé que había pertenecido a su padre. En vez del martillo que Leif llevaba al cuello, él lucía una cruz.

—¿Quién está al frente del ejército? —les pregunté.

Los dos dudaron un instante.

—Me imagino que el rey Eohric —aventuró Hakon, sin estar muy seguro.

—El *jarl* Sigurd y el *jarl* Cnut —repuso Leif, no más convencido y casi a la vez.

Lo que explicaba muchas cosas, a mi entender.

—¿Y Etelwoldo? ¿Acaso no pinta nada? —insistí.

—También, mi señor —dijo Leif, temblando de pies a cabeza.

—¿Y Beortsig? ¿Se ha unido a vosotros?

—Así es, mi señor, a las órdenes del *jarl* Sigurd.

—¿Y el *jarl* Haesten? ¿Al lado de Cnut?

—Así es, mi señor —me confirmó Hakon.

«Etelwoldo estaba en lo cierto», pensé. Había demasiados jefes, y ninguno estaba al mando. Aunque débil, Eohric era orgulloso, y no se sometería a los dictados de Sigurd o de Cnut, quienes lo mirarían por encima del hombro, a pesar de que lo tratasen como a un rey con tal de contar con sus tropas.

—¿Es un ejército muy numeroso? —me interesé.

No supieron decirme. Leif pensaba que lo componían diez mil hombres, lo que me pareció desproporcionado; por su parte, Hakon se limitó a decir que les habían asegurado que era el mayor ejército que jamás se había reunido para atacar a los sajones.

—¿Adónde se dirige? —les pregunté.

Ninguno de los dos lo sabía con fijeza. Sólo les habían dicho que Etelwoldo sería rey de Wessex y que Beortsig se sentaría en el trono de Mercia, y que los dos recompensarían con tierras sus esfuerzos. Cuando les pregunté si pensaban marchar sobre Wintanceaster, ambos me miraron desconcertados. Deduje que ninguno de los dos había oído ni hablar siquiera de la ciudad.

Ordené a Finan que acabara con Leif. Con una espada en la mano, murió como un valiente, en un abrir y cerrar de ojos. Hakon, en cambio, nos dijo que quería ver a un cura antes de morir.

—Eres danés —le dije.

—Pero también cristiano, mi señor.

—¿Acaso ya nadie venera a Odín en Anglia Oriental?

—Algunos, mi señor, aunque ya no quedan muchos.

Era una situación desconcertante. Sabía que algunos daneses se habían convertido por razones de conveniencia. Haesten, por ejemplo, se había empeñado en que su mujer y sus hijas recibiesen el bautismo, sólo por mantenerse en buenas relaciones con Alfredo. Pero si no era mentira todo lo que Offa me había dicho antes de morir, la esposa de Haesten seguía siendo una cristiana de corazón. En estos momentos, cuando la muerte ya se cierne sobre mí y el peso de los muchos años me lleva a pensar en la futilidad de las glorias de este mundo, sólo veo cristianos en derredor. Quizá en las tierras remotas del norte, donde los hielos aprisionan los campos hasta en verano, queden aún fieles devotos que ofrezcan sacrificios a Thor, Odín y Freya, pero no sé de ninguno en las tierras de Britania. Nos precipitamos sin remedio hacia las tinieblas, nos acercamos al caos de Ragnarok que marcará el final de los tiempos, cuando los mares empezarán a arder en la vorágine, la tierra se resquebrajará y hasta

los dioses morirán. Poco importaba a Hakon llevar o no una espada en la mano, sólo quería recitar sus plegarias y, en cuanto lo hizo, le separamos la cabeza de los hombros.

Envié nuevos correos a Eduardo, sólo que, en esta ocasión, preferí recurrir a Finan. Sabía que el rey escucharía lo que tuviera que decirle el irlandés y, con siete de los míos, le pedí que fuera a su encuentro. Les dije que cabalgaran hacia el oeste antes de cruzar el Temes, que se dirigieran sin tardanza a Wintanceaster o a dondequiera que el rey estuviera y que le entregaran una misiva que había escrito de mi puño y letra. Mucha gente se sorprende de que sepa leer y escribir, pero Beocca me había enseñado de niño y nunca lo había olvidado. Alfredo no dejaba de insistir en que sus señores aprendiesen a leer, más que nada para tener la posibilidad de escribir aquellas cartas cargadas de reproches que tanto gustaba de dirigirnos. Aunque tras su muerte muchos habían echado en saco roto tal recomendación, a mí nunca se me olvidó. Escribí, pues, a Eduardo para ponerle al tanto de que, por una de esas jugarretas de la vida, eran muchos los jefes que estaban al frente del ejército danés, que llevaban más tiempo de lo normal haciendo de las suyas al sur del Temes, y que había tratado de retrasar su avance robándoles unos cuantos caballos y obligándolos a cargar con muchos heridos. «Acudid a Cracgelad —le rogaba—. Reunid a vuestros guerreros, llamad al *fyrð* y, cuanto antes, avanzad contra el enemigo desde el sur». Ya me encargaría yo de ser el yunque que contuviera al enemigo para que, con los suyos, desbaratase a las tropas enemigas y dejase aquellas tierras cubiertas de sangre, huesos y carroña para los cuervos. Si los daneses nos atacaban, concluía, los hostigaría en la orilla norte del río y les impediría la huida, aunque pensaba que no habrían de llegar muy lejos. «Han caído en nuestras manos, mi rey —le anuncié—. A vos os toca cerrar el puño».

Y me dispuse a esperar una respuesta. Los daneses no se movieron de donde estaban. Por el sur, a lo lejos, vimos columnas de humo que nos daban a entender que estaban saqueando una extensa zona de Wessex, pero el campamento principal seguía asentado no muy lejos del extremo sur del puente de Cracgelad, lugar que, para entonces, habíamos convertido en una fortaleza. Nadie podía cruzar el puente a menos que contase con nuestro beneplácito. Todos los días, con cincuenta o sesenta de los míos, llevaba a cabo tareas de vigilancia por las inmediaciones de la orilla sur del río para cerciorarme de que los daneses no se movían de donde estaban, y todos los días regresaba a Cracgelad, sorprendido de que el enemigo nos pusiera las cosas tan fáciles. Por la noche, veíamos el resplandor de las fogatas del campamento que iluminaban el cielo más al sur; por la mañana, veíamos el humo de los rescoldos que aún quedaban. Todo siguió igual durante cuatro días, todo menos el tiempo, que fue cambiando: llovió y escampó, el viento agitó las aguas del río, hasta que, una mañana, la niebla envolvió las murallas de la fortaleza. Cuando se despejó, los daneses seguían allí.

—¿Por qué no avanzan? —me preguntó Etelfleda.

—Porque no acaban de ponerse de acuerdo en cuanto adonde han de ir.

—Si tú estuvieras al frente —insistió—, ¿adónde te dirigirías?

—A Wintanceaster —le dije.

—¿Para asediar la ciudad?

—Para apoderarme de ella —repuse, y ahí estaba el asunto. Sabían que perderían muchos hombres en el foso y en las altas murallas que defendían la ciudad, pero no me parecía un motivo suficiente para no intentarlo. Los fortines de Alfredo eran un quebradero de cabeza que nuestros enemigos no sabían cómo abordar, un problema que, andando el tiempo y si mi intención era recuperar Bebbanburg, una ciudadela mucho más imponente que cualquier fortín, también yo habría de plantearme y tendría que resolver—. Iría a Wintanceaster y ordenaría a los míos que no cesasen en el empeño hasta que la ciudad cayese en nuestras manos, momento en el que sentaría a Etelwoldo en el trono de Wessex, les pediría a los sajones del oeste que me siguiesen y marcharía sobre Lundene.

Pero los daneses no hacían otra cosa que pelearse entre ellos. Más tarde, supimos que Eohric quería que el ejército se dirigiese a Lundene, en tanto que Etelwoldo era partidario de apoderarse de Wintanceaster, y Cnut y Sigurd, por su lado, eran partidarios de volver a cruzar el Temes y caer sobre Gleawecestre. De modo que Eohric quería apoderarse de Lundene para ensanchar su reino, Etelwoldo reclamaba aquello a lo que, según él, tenía legítimo derecho, y Cnut y Sigurd sólo pretendían ampliar sus posesiones hasta la ribera sur del Temes. La discusión, en tanto, sólo servía para que el poderoso ejército siguiera sumido en la inacción. Mientras, me imaginaba los correos de Eduardo, galopando de fortín en fortín, reclutando los guerreros que, una vez juntos, formasen un ejército sajón capaz de acabar con la presencia de los daneses en Britania para siempre.

Finan regresó, por fin, con los mensajeros que había enviado a Wintanceaster. Cruzaron el Temes muy al oeste de donde estaban los daneses, dieron un rodeo para no tener un encontronazo con ellos y, en monturas sudorosas y cubiertas de polvo, llegaron a Cracgelad. Traían una carta del rey. Aunque salida de las manos de un cura escribano, la carta iba firmada de puño y letra por Eduardo y llevaba su sello. Tras los saludos de rigor en el nombre del dios de los cristianos, me agradecía con elogios rimbombantes mis mensajes, y me ordenaba que abandonara Cracgelad de inmediato y, con todos los hombres a mi mando, nos presentásemos al rey en Lundene. Cuando acabé de leerla, no podía salir de mi asombro.

—¿Informasteis al rey de que los teníamos atrapados junto al río? —pregunté a Finan.

El irlandés asintió.

—Se lo dije, mi señor, pero insiste en que vayamos a Lundene.

—¿No se da cuenta de la oportunidad que se nos brinda?

—Se dispone a ir a Lundene, mi señor, y nos quiere ver allí, a su lado —repuso Finan, cabizbajo.

—¿Por qué? —una pregunta para la que ninguno teníamos respuesta.

Poco podía hacer por mí mismo. Cierto que disponía de hombres, pero ni mucho menos tantos como hubiera necesitado. Esperaba que, por el sur, apareciesen dos o tres millares de soldados, pero eso no iba a suceder. Eduardo, por lo visto, había tomado la decisión de reunir al ejército en Lundene, adonde llegaría por un camino en el que a buen seguro no se cruzaría con ningún danés. Maldije mi suerte, pero había prestado un juramento de obediencia al rey Eduardo y mi señor me había dado una orden.

Así que retiramos la trampa que habíamos tendido, dejamos a los daneses tranquilos y nos pusimos en marcha hacia Lundene.

* * *

El rey ya estaba allí. Las calles de la ciudad eran un hervidero de soldados. No había patio que no hiciese las veces de establo; hasta el antiguo anfiteatro romano estaba atestado de caballos.

Eduardo se había instalado en el antiguo palacio real de Mercia. Lundene se alzaba, en realidad, en tierras de Mercia, aunque había estado en manos de los sajones del oeste desde que me apoderase de la ciudad por orden de Alfredo. El rey estaba en la espaciosa sala romana, con sus columnas, su bóveda, su enlucido desconchado, las baldosas resquebrajadas del suelo. Presidía una reunión del consejo. Flanqueado por el arzobispo Plegmund y el obispo Erkenwald, Eduardo estaba sentado frente a un semicírculo de bancos y sillas donde se acomodaban más curas y hasta una docena de *ealdormen*. En la pared del fondo de la estancia se hallaban los estandartes de Wessex. En el momento en que entré, estaban enzarzados en una animada discusión, pero guardaron silencio cuando oyeron mis pasos retumbar en el suelo agrietado, mientras trocitos de baldosa saltaban por el aire. En tiempos, las baldosas habían formado algún motivo ornamental del que, para entonces, ya no quedaba ni rastro.

—¡Lord Uhtred! —me saludó Eduardo con afecto y también, me dio la impresión, con la voz un poco alterada.

Me arrodillé ante él.

—¡Mi rey y señor!

—Sed bienvenido —respondió—, y sumaos a la discusión.

Ni siquiera había adecentado la cota de malla que llevaba, con manchas de sangre entre los diminutos y prietos eslabones que ninguno de los presentes dejó de advertir. El *ealdorman* Etelhelmo reclamó otra silla a su lado y me invitó a tomar asiento.

—¿Cuántos hombres vienen con vos, lord Uhtred? —se interesó Eduardo.

—Si contamos los hombres de Steapa que me acompañan, somos quinientos sesenta y tres.

Había perdido algunos en el enfrentamiento de Cracgelad. Otros, por culpa de algún percance de sus monturas cojitrancas, se habían quedado atrás mientras nos dirigíamos a Lundene.

—¿De cuántos hombres disponemos en total? —preguntó Eduardo a un cura que estaba sentado a una mesa que había a un lado de la sala.

—Tres mil cuatrocientos veintitrés, mi rey y señor —contestó el clérigo.

Se refería, por supuesto, a guerreros en condiciones, es decir, sin contar el *fyrð*, una cifra que representaba un ejército de dimensiones respetables.

—¿Y el enemigo? —insistió el rey.

—Hasta donde sabemos, mi señor, suponemos que cuentan con cuatro o cinco mil hombres.

Aquella escueta conversación tan afectada me puso al tanto de todo lo que quería saber. El arzobispo Plegmund, con un gesto tan desabrido como una manzana silvestre corroída por un gusano, no me quitaba los ojos de encima.

—Ya veis, lord Uhtred —continuó Eduardo, dirigiéndose a mí—, que no disponemos de hombres suficientes para iniciar un enfrentamiento a orillas del Temes.

—Las tropas de Mercia se unirán a las vuestras, mi rey —repuse—. Al fin y al cabo, Gleawecestre no queda tan lejos.

—Segismundo se ha traído a los suyos de Irlanda —me interrumpió el arzobispo Plegmund—, y se han apoderado de Ceaster. Lord Etelredo también necesita que alguien le eche una mano.

—¿En Gleawecestre? —me extrañé.

—Donde él diga —añadió Plegmund, con voz de pocos amigos.

—Segismundo es un nórdico que ha tenido que salir huyendo de las tribus salvajes de Irlanda. No creo que vaya a representar una amenaza para Mercia —repliqué.

Nunca había oído hablar del personaje y no tenía ni idea de por qué se habría apoderado de Ceaster, pero me pareció una explicación plausible.

—Cuenta con hordas de paganos —dijo Plegmund—, ¡auténticas huestes!

—No es asunto nuestro —zanjó Eduardo, molesto tras escuchar el tono agrio de las últimas intervenciones—. Se trata de derrotar a mi primo Etelwoldo —al tiempo que se volvía y me preguntaba—: ¿Pensáis que nuestros fortines están bien defendidos?

—Tal es mi impresión, mi señor.

—Y tal es también nuestro parecer —añadió Eduardo—, de ahí que pensemos que los fortines disuadirán al enemigo, que optará por retirarse.

—Y caeremos sobre ellos cuando eso ocurra —aseveró Plegmund.

—¿Por qué no ir a por ellos al sur de Cracgelad? —insistí.

—Porque los hombres de Cent no podrían llegar a tiempo —zanjó el arzobispo, sin ocultar su irritación—, y el *ealdorman* Sigelf ha prometido que nos traerá

setecientos guerreros. Una vez que se hayan unido a los nuestros —continuó—, estaremos en condiciones de plantar cara al enemigo.

Eduardo se me quedó mirando, a la espera de que diera mi aprobación al plan sin reservas.

—Lo más sensato —dijo al cabo, al ver que permanecía callado— es que esperemos a que lleguen los hombres de Cent. Semejante cifra nos permitirá disponer de un ejército más poderoso.

—Se me ocurre una idea, mi rey y señor —tercié, con voz respetuosa.

—Tomaremos en consideración cualquier sugerencia que tengáis a bien plantearnos, lord Uhtred —contestó.

—Pues bien, propongo que, de ahora en adelante, en lugar de pan y vino en las iglesias se reparta queso curado y cerveza, que el sermón se predique al comienzo del servicio y no al final, que los curas vayan en cueros durante la ceremonia y que...

—¡Silencio! —gritó Plegmund, descompuesto.

—Si vuestros curas van a dirigir la guerra, mi rey y señor, ¿por qué vuestros guerreros no habrían de hacer lo mismo en lo tocante a las cosas de la Iglesia? —Se escucharon algunas risas nerviosas, pero, a medida que el consejo avanzaba, estaba cada vez más claro que estábamos tan descabezados como los daneses. Los cristianos se desgañitan con eso de los ciegos que guían a otros ciegos. En aquel momento, se trataba de ciegos dispuestos a pelear con un enemigo no menos ciego. La voz de Alfredo se habría impuesto en aquel consejo, pero Eduardo prestaba más atención a lo que le decían sus consejeros, y la prudencia hablaba por boca de hombres como Etelhelmo: todos eran partidarios de esperar a que se nos uniesen los hombres que había prometido Sigelf—. ¿Por qué no han llegado todavía los refuerzos de Cent? —pregunté.

No estaba lejos de Lundene y, en el tiempo que yo había empleado para cruzar y volver a cruzar con los míos la mitad de la Britania sajona, los hombres de Cent no habían cubierto una distancia que no habría de llevarles más de dos días.

—Pronto llegarán —dijo Eduardo—. Cuento con la palabra del *ealdorman* Sigelf.

—Pero ¿por qué tardan tanto? —insistí.

—El enemigo llegó en barco a las costas de Anglia Oriental —tuvo a bien explicarme el arzobispo Plegmund—, y temimos que utilizaran esas embarcaciones para descender a las costas de Cent. El *ealdorman* Sigelf, en consecuencia, prefirió esperar hasta cerciorarse de que tal amenaza no tenía visos de hacerse realidad.

—¿Quién está al frente de nuestro ejército? —pregunté, y la cuestión no dejó de causar cierto estupor.

Se produjo un embarazoso instante de silencio hasta que, con mal gesto, el arzobispo Plegmund afirmó:

—Nuestro rey marchará a la cabeza de nuestro ejército, como es natural.

Me pregunté entonces de quién provendrían las órdenes que recibiera el rey, pero no me atreví a decirlo en voz alta. Aquel mismo día, al caer la tarde, Eduardo me

mandó llamar. Cuando fui a verlo, ya había oscurecido. Despidió a los criados y nos quedamos solos.

—Que os quede claro que el arzobispo Plegmund no está al mando —era una clara respuesta a la última pregunta que había formulado ante el *witan*—, pero me parece que sus consejos no son del todo desacertados.

—¿Para qué, para quedarnos mano sobre mano, mi rey y señor?

—Para reunir todas las fuerzas que podamos antes de presentar batalla. Y el consejo comparte esa opinión —estábamos en el espacioso dormitorio de la planta superior, donde había un enorme lecho, flanqueado por dos velones. Eduardo estaba de pie junto al ventanal que daba a la ciudad vieja, el mismo donde Etelfleda y yo habíamos pasado tantos ratos juntos. Volví los ojos al oeste, a la ciudad nueva, donde se observaba el tenue resplandor de algunas fogatas. Más allá, todo era oscuridad, hasta la tierra parecía negra—. Decidme, ¿qué sabéis de los gemelos? ¿Están bien? —me preguntó.

—Siguen en Cirrenceastre, mi rey y señor, y sí, no corren ningún peligro.

Etelstano y Eadgyth se habían quedado con mi hija y con mi hijo pequeño tras las murallas de Cirrenceastre, un fortín tan bien defendido como Cracgelad. Como me había imaginado, los daneses habían incendiado Fagranforda, pero mi gente estaba a salvo tras los muros de la ciudadela.

—¿Y el chico? ¿Sigue igual de sano? —se interesó Eduardo, preocupado.

—Etelstano es un pequeño que rebosa vitalidad.

—Ojalá pudiera ir a verlos —me confesó.

—El padre Cuthberto y su esposa están al cuidado de ellos —le expliqué.

—¿Que Cuthberto se ha casado? —se sorprendió.

—Con una muchacha preciosa —le aseguré.

—¡Pobre chica! —exclamó Eduardo—. Acabará harta de estar a su lado —añadió con una sonrisa, preocupado al ver que no le correspondía con un gesto parecido—. ¿Y mi hermana? ¿También está aquí?

—Así es, mi rey y señor.

—Debería estar cuidando de los pequeños —dijo, muy serio.

—Podéis decírselo vos mismo, mi señor —repuse—. Os ha traído casi ciento cincuenta guerreros de Mercia —añadí—. Por cierto, ¿por qué Etelredo no ha mandado a ninguno de los suyos?

—Está preocupado por esos nórdicos que han llegado de Irlanda —me explicó, encogiéndose de hombros al escuchar el bufido despectivo que emití—, ¿por qué Etelwoldo no se ha atrevido a adentrarse en Wessex? —me preguntó a su vez.

—Porque no lo ven como a un caudillo —repuse—. Nadie respondió a su llamada ni abrazó su causa —Eduardo parecía sorprendido—. Creo, de todas formas, que el plan del enemigo consistía en apoderarse de Wessex, proclamar rey a Etelwoldo y que el pueblo los recibiera con los brazos abiertos, pero no se presentó nadie.

—¿Qué van a hacer ahora?

—Si no pueden apoderarse de un fortín —repliqué—, se irán por donde han venido.

Eduardo se volvió a mirar por la ventana. Gracias al resplandor de los velones que iluminaban aquella estancia de altos techos, llegamos a ver fugazmente algunos murciélagos que revoloteaban en la oscuridad.

—Son muchos, lord Uhtred —me dijo, volviendo a hablar de los daneses—, demasiados. Tenemos que estar muy seguros antes de plantarles cara.

—Si en tiempos de guerra, mi rey y señor, confiáis en alcanzar esa certeza, ya podéis esperar sentado.

—Mi padre me aconsejó que nunca permitiese que me arrebatasen Lundene —añadió—, que nunca dejara la ciudad en otras manos que no fueran las mías.

—¿Aun a costa de ceder todo Wessex a Etelwoldo? —le pregunté, en tono áspero.

—Acabaré con él, pero necesitamos a los hombres del *ealdorman* Sigelf.

—¿Decís que vendrá con setecientos?

—Eso me prometió —repuso Eduardo—, con lo que dispondríamos de más de cuatro mil hombres —noté que no ocultaba su satisfacción al mencionar la cifra—. Aparte de que ahora tenemos a vuestros hombres y a los soldados de Mercia. Será un ejército formidable.

—¿Quién estará al frente de semejante ejército? —pregunté con voz ronca.

Eduardo pareció sorprenderse al escuchar mi pregunta.

—Iré yo, como es natural.

—¿Y no el arzobispo Plegmund?

—Cuento con un consejo, lord Uhtred —me dijo muy tieso—, y sólo un rey necio haría oídos sordos a lo que dijeran sus consejeros.

—No menos necio es el rey que no sabe de qué consejeros fiarse —me revolví—, y el arzobispo os ha aconsejado que no debéis confiar en mí, porque sospecha que estoy de parte de los daneses.

Eduardo vaciló un instante, y acabó por asentir.

—No os falta razón. Es un asunto que lo trae a mal traer.

—Hasta ahora, mi rey y señor, soy el único de los vuestros que ha acabado con unos cuantos de esos malnacidos. ¿No se os antoja un comportamiento de lo más chocante en alguien que es tan poco de fiar?

Se me quedó mirando, y dio un paso atrás al ver una mariposa nocturna que revoloteaba a la altura de su rostro. Llamó a los criados y les ordenó que cerrasen las grandes contraventanas. En algún sitio, en mitad de la oscuridad, unos hombres canturreaban. Un criado se hizo cargo de la capa que Eduardo llevaba por encima de los hombros, antes de retirarle la cadena de oro que llevaba al cuello. Más allá de un arco había una puerta abierta; una mujer lo esperaba en la oscuridad. No era su esposa.

—Gracias por vuestra visita —me dijo a modo de despedida.

Le dediqué una reverencia y abandoné la estancia.

Al día siguiente, Sigelf apareció.

Capítulo XII

La pelea comenzó en la calle al pie de la imponente iglesia que se alzaba junto al antiguo palacio de Mercia, donde se alojaban Eduardo y su séquito. Los hombres de Cent habían llegado aquella mañana, dando voces al pasar por el puente romano y bajo el arco medio derruido que, a través de la muralla que daba al río, conducía al interior de la ciudad. Seiscientos sesenta y ocho hombres, a las órdenes del *ealdorman* Sigelf y de su hijo Sigebriht, bajo los estandartes de las dos espadas cruzadas del padre y el del toro de cuernos ensangrentados del vástago. Portaban otros muchos pendones, la mayor parte con imágenes de cruces o de santos; tras ellos, monjes, curas y carretas repletas de víveres. Pero no todos los soldados de Sigelf venían a caballo: no menos de un centenar había llegado sin otra montura que sus pies, y aquellos hombres vagaban por las calles de un lado para otro mucho después de que los jinetes se hubieran instalado.

Eduardo ordenó que los alojasen en la parte este de la ciudad, pero, como es natural, los recién llegados quisieron darse una vuelta por Lundene. La reyerta empezó cuando una docena de los hombres de Sigelf pidieron cerveza en una taberna conocida como El Cerdo Rojo, establecimiento frecuentado por los hombres del *ealdorman* Etelhelmo. Una puta fue el motivo de la trifulca, pelea que no concluyó a las puertas del local, sino que continuó colina abajo. Hombres de Mercia, de Wessex y de Cent participaban en el alboroto.

Con paso firme se dispuso a cumplir la orden que le había dado, mientras yo trababa un nudo corredizo. Con las tripas en la mano, un hombre herido venía colina abajo. Una mujer no paraba de gritar. A todo correr, el destripado iba dejando un reguero de sangre mezclada con cerveza. Apareció uno de los guardias del rey con un cuerno en la mano.

—¡Hazlo sonar! —grité—, ¡y no pares hasta que yo te lo diga!

A rastras, Steapa me trajo a uno de los alborotadores. No sabíamos si era de Wessex o de Mercia, pero eso era lo de menos. Le estreché el nudo corredizo alrededor del cuello, le di una bofetada cuando me pidió a gritos que tuviera compasión, y lo alcé en el aire, donde se quedó colgando, agitando las piernas. Con insistencia tal que parecía imposible no atender a su llamada, el cuerno siguió sonando. Le tendí el extremo de la cuerda a Oswi, mi criado.

—¡Átala en cualquier sitio! —le ordené. Di media vuelta y grité a los revoltosos—: ¿Alguien más quiere morir así?

La imagen de un hombre que cuelga al extremo de una soga hasta que estira la pata tiene un efecto balsámico sobre la multitud. En la calle, se hizo el silencio. El rey, seguido por no menos de doce personas, se asomó al portón del palacio. Al verlo, los hombres le hacían reverencias o se arrodillaban.

—¡Una trifulca más —grité— y acabo con todos vosotros! —Busqué con los ojos a uno de los míos—: ¡Tú, dale un buen tirón de tobillos! —le dije, señalándole al

hombre que colgaba de la soga.

—Acabáis de matar a uno de los míos —comentó alguien a mis espaldas. Me volví y reparé en un hombre menudo, de rostro afilado como el de un zorro y bigotes pelirrojos, largos y trenzados. Era mayor, rondaría los cincuenta quizá; los cabellos, no menos rojos, comenzaban a blanquear a la altura de las sienes—. ¡Lo habéis matado, sin un juicio de por medio! —me señaló.

Me erguí todo lo alto que era, pero ni por ésas apartó de mí aquella mirada insolente.

—¡Y colgaré a una docena más si siguen armando este alboroto en la calle! —repuse—. A todo esto, ¿quién sois, si puede saberse?

—Soy el *ealdorman* Sigelf —contestó—, y procurad no olvidar el trato que, por derecho, me corresponde.

—Pues yo soy Uhtred de Bebbanburg —repliqué para su sorpresa—, y reclamo para mí el mismo trato que vos.

Estaba claro que Sigelf no quería líos conmigo.

—No deberían meterse en peleas —reconoció, a regañadientes. Me dirigió una mirada aviesa, y añadió—: Tengo entendido que ya conocéis a mi hijo.

—Así es —contesté.

—Era un necio, un joven alocado —añadió Sigelf con una voz tan afilada como su rostro—. Pero ya ha aprendido la lección.

—¿Os referís a que le habéis inculcado las exigencias de la lealtad? —repuse, mirando al otro lado de la calle, donde Sigebriht hacía una profunda reverencia ante el rey.

—Los dos estaban enamorados de la misma zorra —dijo Sigelf—, pero Eduardo era un príncipe, y ya se sabe que los príncipes siempre se salen con la suya.

—Lo mismo que los reyes —repliqué, por no hablar más de la cuenta.

Sigelf se dio cuenta de por dónde iba y me lanzó una mirada fulminante.

—Cent no necesita ningún rey —afirmó, tratando de acallar los rumores que apuntaban a que quería el trono para sí.

—Porque ya tenéis uno —afirmé sin pestañear.

—Eso nos han comentado —dijo con un asomo de sarcasmo—, pero Wessex ha de velar mejor por nosotros. Todos los bastardos normandos que son expulsados a patadas de Frankia acaban en nuestras costas. ¿Y qué hace Wessex? Los sajones se limitan a tocarse los huevos y a olerse los dedos después, mientras nosotros pagamos los platos rotos —reparó en cómo su hijo se inclinaba ante el rey por segunda vez y escupió. Si el escupitajo iba dedicado a las pleitesías de su hijo o a Wessex, no sabría decirlo con certeza—, ¡acordaos de lo que pasó cuando Harald y Haesten aparecieron! —añadió.

—Que acabé con ambos —repuse.

—Pero no antes de que violaran a la mitad de nuestras mujeres y prendieran fuego a cincuenta pueblos o más. Necesitamos que se nos defienda mejor. —Me

dirigió una mirada aterradora—. ¡Necesitamos que alguien nos eche una mano!

—Al menos estáis aquí —comenté, tratando de que las aguas volvieran a su cauce.

—Aunque no nos ayuden, siempre estaremos al lado de Wessex —aseguró Sigelf.

Había imaginado que la llegada de las tropas de Cent bastaría para que Eduardo tomase una decisión, pero siguió esperando. Todos los días se reunía el consejo para analizar la situación, pero, aparte de aguardar a ver qué hacía el enemigo, no se tomaba ninguna decisión. Disponíamos de exploradores que acechaban a los daneses y que, a diario, nos enviaban informes de lo que hacían, pero siempre decían lo mismo: que los daneses no se habían movido de donde estaban. Urgí al rey a ir a por ellos, pero era como pedirle la luna. Le supliqué que me dejara ir con los míos y observar de cerca sus movimientos, pero se negó en redondo.

—Tiene miedo de que vayas a atacarlos —me dijo Etelfleda.

—Pero ¿por qué no se decide a cargar contra ellos de una vez? —me pregunté, harto ya de aquella situación.

—Porque está asustado —me explicó—, porque está rodeado de personas que no paran de darle consejos, porque tiene miedo de meter la pata, porque sabe que bastaría con que perdiese una batalla para dejar de ser el rey.

Estábamos en la azotea de una antigua vivienda romana, una de esas increíbles construcciones que disponían de escaleras para subir de una planta a otra. Veíamos el resplandor de la luna que entraba por la ventana y se colaba por los huecos de las pizarras que faltaban en el techo. Hacía frío y estábamos envueltos en pieles de oveja.

—Un rey no puede dar la impresión de estar asustado —dije.

—Eduardo sabe que sus súbditos no dejan de compararlo con nuestro padre, y no para de preguntarse qué habría hecho él en estas circunstancias.

—Alfredo me habría pedido que fuera a verlo —contesté—, me habría echado un sermón de diez minutos y me habría ordenado que me pusiera al frente del ejército.

Sin dejar de mirar la luz de la luna que se colaba por los agujeros del techo, ella no dijo nada y se acurrucó en mis brazos.

—¿Piensas que llegará el día en que podamos vivir en paz? —me preguntó.

—No, no lo creo.

—Sueño con que llegue el día en que podamos vivir en una anchurosa hacienda, salir de caza, escuchar romances, dar paseos junto al río y no estar pendientes del enemigo.

—¿Tú y yo?

—Eso es: tú y yo —giró la cabeza, de modo que sus cabellos le tapaban los ojos—. Solos tú y yo.

A la mañana siguiente, Eduardo pidió a Etelfleda que regresase a Cirrenceastre, una orden que no estaba dispuesta a cumplir.

—Le he dicho que dejase el ejército en tus manos —me comentó.

—¿Y qué te contestó?

—Que él era el rey y que él se pondría al frente del ejército.

También su esposo había ordenado a Merewalh que se presentase en Gleawecestre, pero Etelfleda había logrado convencerlo de que no se apartase de nuestro lado.

—Necesitamos a todos los hombres de valía —le dijo, y eso era lo que hacíamos, pero no para morirnos de asco en Lundene.

Habíamos reunido un ejército de más de cuatro mil quinientos hombres, que no hacían otra cosa que dar vueltas y más vueltas por las murallas y contemplar el paisaje invariable que se veía a lo lejos. No hacíamos nada, mientras los daneses se dedicaban a devastar las tierras de Wessex, aunque en ningún momento trataron de asaltar un fortín. Estábamos en otoño y los días menguaban, mientras seguíamos en Lundene sin saber qué hacer. El arzobispo Plegmund regresó a su sede de Contwaraburg, y pensé que aquel gesto bastaría para envalentonar a Eduardo. Pero allí estaba el obispo Erkenwald, quien no dejaba de susurrar al rey que actuara con prudencia. Lo mismo que el padre Coenwulf, confesor de Eduardo y su colaborador más cercano.

—No es normal que los daneses mantengan esta actitud pasiva por las buenas —le decía—, así que mucho me temo que anden tramando algo. Mi rey y señor, que sean ellos quienes den el primer paso. No creo que puedan seguir así mucho tiempo.

En eso al menos, no iba desencaminado porque, a medida que el frío del otoño se convirtió en heraldo del invierno, por fin los daneses se pusieron en movimiento.

Habían pasado tanto tiempo como nosotros sin saber qué hacer y, de repente, un buen día, volvieron a cruzar el río a la altura de Cracgelad y regresaron por el mismo camino que los había llevado allí. Los exploradores de Steapa nos dieron aviso de que se retiraban, y los informes que nos enviaban a diario apuntaban a que, cargados de esclavos, de ganado y del botín que habían reunido, se dirigían a Anglia Oriental.

—Una vez que hayan llegado a ese reino —advertí al consejo—, los daneses de Northumbria volverán en barco a sus tierras. Aparte de un buen número de esclavos y de cabezas de ganado, no han obtenido nada importante. Tampoco nosotros hemos hecho nada.

—El rey Eohric ha roto el tratado —aseveró el obispo Erkenwald, indignado, aunque yo no entendía a cuento de qué venía esa observación.

—Prometió que se mantendría en paz con nosotros —me aclaró Eduardo.

—Hay que darle un escarmiento, mi rey y señor —insistía Erkenwald—. El tratado se firmó con las bendiciones de la Iglesia.

Eduardo se me quedó mirando.

—Si los de Northumbria regresan a sus tierras —dijo—, Eohric se verá en una situación delicada.

—Eso será cuando, por fin, se vayan, mi rey y señor —señalé—, y bien podrían esperar hasta la primavera.

—Eohric no está en condiciones de alimentar tantas bocas —apuntó el *ealdorman*

Etelhelmo—, y habrán de abandonar su reino cuanto antes. Pensad en los quebraderos de cabeza que tenemos para dar de comer a los nuestros.

—¿Acaso pensáis atacar en invierno —pregunté, sin acabar de creermelo que acababa de oír—, cuando los ríos bajan altos, no para de llover y tenemos que avanzar por campos enfangados?

—¡Dios está de nuestro lado! —aseguró Erkenwald.

Para entonces, hacía tres meses que el ejército no se movía de Lundene, y las reservas de víveres de la ciudad comenzaban a resentirse. Como no se cernía una amenaza visible sobre la ciudad, continuaban llegando suministros para abastecer los silos, pero, para acarrearlos, había que recurrir a un número ingente de carretas, bueyes, caballerías y hombres. Mientras, los soldados languidecían. Algunos achacaban la situación a la tardanza en llegar de los hombres de Cent y, a pesar de haber colgado a uno de los revoltosos, se sucedían los alborotos en los que docenas de hombres perdían la vida. Los soldados del ejército de Eduardo se quejaban de verse en tales condiciones, sin nada mejor que hacer y pasando hambre. Pero la cólera de Erkenwald ante lo que consideraba el quebrantamiento de un juramento sagrado surtió el efecto deseado en el consejo e instó al rey a tomar una determinación. Durante semanas, habíamos tenido a los daneses a nuestra merced y no habíamos hecho nada, pero en cuanto tomaron la decisión de alejarse de Wessex, los miembros del consejo se sintieron envalentonados.

—Iremos tras ellos —anunció Eduardo—, recuperaremos lo que nos han robado y daremos un escarmiento al rey Eohric.

—Si tal es vuestra decisión —dije, mirando a Sigelf—, necesitaremos caballos.

—Ya los tenemos —me recordó Eduardo.

—No todos los hombres de Cent van a caballo —remaché.

Sigelf alzó la cabeza. Me daba la sensación de que era un hombre puntilloso, capaz de ofenderse ante cualquier asomo de crítica por inocente que fuese pero, en aquel caso, sabía que yo llevaba razón. Los daneses iban de un lado a otro a lomos de sus monturas, y un ejército poco ágil, que se acomodase al paso de la infantería, nunca los atraparía ni podría reaccionar con rapidez ante cualquier maniobra inesperada por parte del enemigo. Me dirigió una mirada asesina, pero se contuvo y, sin llegar a decir lo que pensaba, se quedó mirando al rey.

—¿Y si nos prestarais unos cuantos caballos? —dijo a Eduardo—, ¿qué tal las monturas de la guarnición de la ciudad?

—A Weohstan no le hará ninguna gracia —repuso Eduardo, cabizbajo. Nada aprecia tanto un hombre como su caballo, por lo que difícilmente se lo prestaría a cualquiera para ir a la guerra.

Nadie abrió la boca, hasta que, por fin, Sigelf se encogió de hombros y dijo:

—Está bien: que cien de los míos se queden aquí como parte de la guarnición de la ciudad a las órdenes de ese tal, ¿cómo habéis dicho que se llama, Weohstan?, y que a cambio nos preste a cien de sus jinetes.

Tal fue la decisión que se adoptó. La guarnición de Lundene proporcionaría cien jinetes al ejército y los hombres de Sigelf se harían cargo de las tareas de vigilancia en lo alto de la muralla, de modo que, por fin, nos pusimos en marcha y, a la mañana siguiente, el ejército abandonaba Lundene por la Puerta del Obispo y la Puerta Antigua. Seguíamos, pues, las calzadas romanas que, por el norte y el este, salían de la ciudad, aunque no podía decirse que fuéramos en pos de nadie. Los más bregados se desplazaban con rapidez, pero eran muchos más los que se habían llevado carretas, criados e innumerables caballos de refresco, de forma que, con mucha suerte, recorríamos tres millas por hora. En cabeza, con órdenes de no perder de vista al ejército y al frente de la mitad de los soldados de la guardia real, marchaba Steapa, sin dejar de refunfuñar por verse obligado a cabalgar tan despacio. Eduardo me ordenó que me quedase en la retaguardia, pero, desobedeciendo sus órdenes, con Etelfleda y los soldados de Mercia, me fui muy por delante de los hombres de Steapa.

—Pensaba que tu hermano te había dicho que no te movieras de Lundene —le dije.

—No —contestó—. En realidad, me dijo que me fuera a Cirrenceastre.

—¿Y por qué no le haces caso?

—Sí se lo hago —respondió, con una sonrisa—, sólo que no llegó a decirme el camino que debía tomar para llegar allí.

Parecía estar desafiándome.

—Tan sólo mantente viva, mujer —rezongué.

—Como digáis, mi señor —repuso con humildad socarrona.

Envié exploradores muy por delante de nosotros, pero sólo observaron huellas de caballos que nos indicaban el camino que los daneses seguían en su retirada. Nada, pensé para mis adentros, tenía sentido. Los daneses habían reunido un ejército de, casi con toda seguridad, más de cinco mil hombres, habían atravesado Britania de punta a cabo, invadido Wessex y se habían dedicado sólo a saquear, para acabar por retirarse como estaban haciéndolo en aquellos momentos, tras haber llevado a cabo una campaña que, desde su punto de vista al menos, debía de haber sido todo menos provechosa. Los fortines de Alfredo habían cumplido la función que, en su día, se les había encomendado y sus murallas custodiaban gran parte de las riquezas del reino. Pero frustrar las expectativas de los daneses no era lo mismo que derrotarlos.

—¿Por qué no atacarían Wintanceaster? —me preguntó Etelfleda.

—Demasiado bien defendida.

—¿Y se van así como así, por las buenas?

—Demasiados jefes —repuse—. Lo más seguro es que mantuvieran conciliábulos a diario, como nosotros. Cada uno propondría un objetivo diferente, hablarían por los codos y se desgañitarían hasta que, incapaces de tomar una decisión conjunta, llegaron a la conclusión de que más les valía volverse al lugar de donde habían venido.

Lundene se alza cerca de los límites de Anglia Oriental, de modo que, al cabo de

dos días de marcha, ya nos habíamos adentrado en tierras del reino de Eohric, y Eduardo permitió que el ejército se tomara la revancha. Las tropas se dispersaron, saquearon haciendas, robaron ganado y quemaron pueblos. Más que avanzar, gateábamos, haciendo saber dónde estábamos gracias a las grandes columnas de humo que salían de los caseríos en llamas. Los daneses no hicieron nada. Se habían retirado mucho más allá de la marca fronteriza y nos limitábamos a ir tras ellos, dejando atrás suaves colinas para desparramarnos por la vasta planicie que era Anglia Oriental, tierras de campos anegados, vastos pantanos, largas acequias canalizadas y ríos perezosos, tierras de cenagales y aves salvajes, de nieblas mañaneras, un perenne lodazal barrido por la lluvia y las cortantes y frías rachas de viento que llegaban del mar. Pocos caminos surcaban aquellos parajes; los senderos eran traicioneros. Una y mil veces, aconsejé a Eduardo que el ejército no se dispersase, pero encontraba un extraño placer en saquear el reino de Eohric y las tropas se desperdigaban cada vez más, mientras mis hombres, realizando tareas propias de exploradores, se las veían y se las deseaban para no perder de vista a los que más se alejaban. Los días se acortaban, las noches ya eran frías y nunca encontrábamos árboles suficientes para alimentar todas las fogatas que necesitábamos, de modo que los nuestros quemaban las vigas y las techumbres de los edificios que saqueaban. Al caer la noche, un reguero de hogueras se extendía a lo largo de una ancha franja de terreno. Pero tampoco los daneses hicieron nada para sacar provecho de tamaña dispersión. Nos adentramos mucho más, hasta los confines de su reino de lodo y agua. Ni rastro de daneses. Dimos un rodeo para no pasar por Grantaceaster y nos dirigimos a Eleg. En los altozanos atisbamos espaciosas y sólidas casas de celebración, con recias techumbres de juncos que ardían y crepitaban con viveza; sus moradores también se habían retirado.

Al cuarto día de marcha, caí en la cuenta de dónde estábamos. Habíamos seguido lo que aún quedaba de una calzada romana que, como una lanzada, atravesaba aquellas tierras llanas. Me adelanté hacia el oeste y atisbé el puente de Eanulfsbirig. Lo habían recompuesto con grandes troncos de madera sin desbastar, apoyados en los pilares romanos de piedra ennegrecida que seguían en pie. Estaba en la ribera occidental del río Use, el mismo sitio donde en su día había tenido que vérmelas con los hombres de Sigurd. El camino que salía del puente llevaba a Huntandon. Me acordé de lo que Ludda me había dicho, que había más altozanos en la otra orilla del río, y allí había sido donde los hombres de Eohric habían tratado de tenderme una emboscada. Me dio la impresión de que el rey de Anglia Oriental pretendía repetir la misma jugada, y envié a Finan y a cincuenta de los míos para que echasen un vistazo por los alrededores del puente. Regresaron a eso de la media tarde.

—Cientos de daneses —me dijo Finan, sin más explicaciones—, más una flota de barcos. Nos están esperando.

—¿Cientos?

—No puedo cruzar el río para contarlos como es debido —añadió—, si quiero

seguir con vida. He contado hasta ciento cuarenta y tres embarcaciones.

—Miles de daneses, entonces —repuse.

—Esperando a que lleguemos, así es.

Me dijeron que Eduardo se alojaba en un convento más al sur, y fui a verlo. Con él, estaban el *ealdorman* Etelhelmo y el *ealdorman* Sigelf, el obispo Erkenwald y el padre Coenwulf.

Les interrumpí en mitad de la cena y les puse al tanto de lo que pasaba. La noche estaba fría; un viento húmedo azotaba los ventanales del refectorio del convento.

—¿Se disponen a presentar batalla? —me preguntó Eduardo.

—Lo que pretenden, mi señor —le corregí—, es que cometamos la torpeza de plantarles cara nosotros.

Se quedó perplejo al oír mis palabras.

—Ahora que habíamos dado con ellos —acertó a decir.

—Tenemos que acabar con ellos —remachó el obispo Erkenwald.

—Pero da la casualidad de que se encuentran en la otra orilla de un río que no podemos cruzar —les expliqué—, a no ser por un puente que ellos defienden. Si nos decidimos a pasar, de uno en uno, acabarán con todos nosotros hasta que nos rindamos y, luego, nos perseguirán como lobos en pos de un rebaño. Eso es lo que quieren, mi rey y señor. Ellos han elegido el campo de batalla. Necios de nosotros si damos por buena tal decisión.

—Lord Uhtred tiene razón —aseveró el *ealdorman* Sigelf. Atónito, me quedé sin palabras.

—La tiene —asintió Etelhelmo.

Eduardo ardía en deseos de saber qué íbamos a hacer, pero se dio cuenta a tiempo de que plantear esa pregunta mermaría su autoridad. Lo observé mientras barajaba diversas alternativas y, con satisfacción, escuché cómo se inclinaba por la más acertada.

—Ese puente del que habláis, ¿Eanulfsbirig, decís que se llama el sitio? —preguntó.

—Así es, mi rey y señor.

—¿Podemos utilizarlo?

—Sí, mi rey y señor.

—Si lo cruzamos, ¿podemos echarlo abajo a nuestro paso?

—Eso es lo que yo haría, mi rey y señor, y me dirigiría a Bedanford. Una vez allí, plantaría cara a los daneses. Sólo así tendremos la posibilidad de elegir nosotros el campo de batalla, no ellos.

—Bien pensado —dijo Eduardo, titubeante, echando una mirada al obispo Erkenwald y al padre Coenwulf en busca de aprobación. Ambos asintieron—. Eso será lo que hagamos —añadió Eduardo, con más aplomo.

—Me gustaría formularos una petición —intervino Sigelf, en un tono tan sumiso que me llamó la atención.

—No tenéis más que decirlo —concedió Eduardo, graciosamente.

—Que los míos marchen a retaguardia, mi rey y señor. Si los daneses atacan, que sean nuestros escudos los que reciban el primer envite, que sean los hombres de Cent quienes defiendan al resto del ejército.

Al escuchar semejante ruego, Eduardo se mostró tan sorprendido como complacido.

—Sea —accedió—. Os lo agradezco, lord Sigelf.

Y se enviaron órdenes a las tropas que andaban dispersas para que acudiesen al puente de Eanulfsbirig. Tenían que ponerse en marcha hacia ese lugar al amanecer, al tiempo que los hombres de Cent, a las órdenes de Sigelf, seguirían adelante por la calzada dispuestos a plantar cara a los daneses al sur de Huntandon. Estábamos haciendo lo mismo que ellos habían hecho hasta entonces. Habíamos invadido, destruido y, en ese momento, nos retirábamos, sólo que de forma desordenada.

El amanecer trajo un frío intenso. Una lívida escarcha teñía los campos y una capa de hielo cubría las acequias. Recuerdo aquel día como si fuera hoy: la mitad del cielo, de un azul límpido y resplandeciente; la otra mitad, por el este, cargada de nubes grises. La franja que formaban las nubes, tan recta como la hoja de una espada, daba la impresión de que los dioses hubieran tendido un manto sobre el mundo, partiendo en dos el firmamento. El sol arrancaba reflejos argentinos de aquel borde anubarrado que oscurecía la tierra a su paso, la misma por donde, al oeste, andaban desperdigadas las tropas de Eduardo. Muchos hombres volvían con el botín que habían reunido y trataron de ocupar la calzada romana, por donde ya avanzaban los soldados de Sigelf. Reparé en una carreta estropeada, cargada con una rueda de molino. Un hombre daba voces a sus guerreros para que recompusieran el transporte, al tiempo que azotaba sin piedad a los dos pobres bueyes, que no podían moverse de donde estaban. Iba con Rollo y veintidós de los míos. Cortamos los arreos que ataban los bueyes a la carreta y, con su pesada carga, arrojamos el carromato desbaratado a una acequia.

—¡Esa piedra era mía! —gritó el hombre, enfurecido.

—Y aquí está mi espada —le solté dando un bufido—. Ponte en camino con los tuyos hacia el oeste.

Finan se había llevado a la mayoría de los míos hasta las inmediaciones de Huntandon. Además, pedí a Osferth que, con veinte de los nuestros, acompañase a Etelfleda por la orilla occidental del río. Para mi sorpresa, la hermana del rey me obedeció sin rechistar. Recordaba que Ludda me había dicho que había otro camino de Huntandon a Eanulfsbirig que seguía el contorno del recodo que describía el río en aquel lugar, advertí a Eduardo que no lo perdiese de vista y envié a Merewalh al frente de los hombres de Mercia para que lo vigilaran.

—Los daneses podrían tratar de cortarnos la retirada —expliqué a Eduardo—, podrían enviar barcos río arriba o aparecer por ese camino. Si eso intentasen, por cualquiera de las dos vías, los exploradores de Merewalh no dejarán de avisarnos.

Había asentido con la cabeza. No estaba muy seguro de que entendiera todo lo que le decía, pero estaba tan agradecido por el consejo que le había dado que es muy probable que hubiera hecho el mismo gesto si le hubiera pedido que enviase hombres a vigilar la cara oculta de la luna.

—No puedo estar seguro de si van a intentar cortarnos la retirada —dije al rey—, pero, mientras el ejército cruza el puente, que nadie se mueva de aquel lado, ¡que nadie trate de dirigirse a Bedanford hasta que todos estemos en la otra orilla! Que se dispongan para entrar en combate. Una vez que todos hayan pasado al otro lado del río sin percances, juntos marcharemos hacia Bedanford. Se trata de que el ejército no quede encajonado en el camino.

Deberíamos de haber estado al otro lado del río a eso del mediodía, pero todo era confusión. Algunos soldados se perdieron; otros iban tan cargados con el botín que habían reunido que avanzaban a paso de tortuga; los hombres de Sigelf se enzarzaron con los que venían en sentido contrario. Los daneses deberían haber cruzado el río en ese momento y haberse lanzado al ataque, pero no se movieron de Huntandon, mientras Finan vigilaba sus movimientos desde el sur. Sigelf no llegó a la posición que ocupaba el irlandés hasta bien entrada la tarde, cuando desplegó a los suyos de un lado a otro de la calzada, a una media milla al sur del río. La posición había sido bien elegida. Una hilera de árboles dispersos le permitía ocultar a algunos hombres, que se situaron entre unos maizales, al pie de una acequia rebosante que pasaba por delante. Si los daneses se decidían a cruzar el puente, tendrían tiempo de formar un muro de escudos, pero, si querían plantar cara a las tropas de Sigelf, antes tendrían que salvar la profunda acequia desbordada, tras la que los esperaban los escudos, las espadas, las hachas y las lanzas de los hombres de Cent.

—Es posible que traten de esquivar los juncales dando un rodeo y que traten de atacaros por la retaguardia —advertí a Sigelf.

—No es la primera vez que me veo en una situación así —despotricó.

Me daba igual que se molestase.

—Sólo os digo que, si cruzan el puente, no os quedéis aquí. Batíos en retirada. Si no lo hacen, os enviaré un correo para que regreséis a nuestro lado.

—¿Sois vos quien está al mando? Porque pensaba que era Eduardo —se extrañó.

—Sí, ahora mando yo —le espeté, y se quedó helado.

Su hijo Sigebriht, que había escuchado la conversación, se decidió a acompañarme más al norte para vigilar a los daneses.

—¿Van a atacar, mi señor? —me preguntó.

—No entiendo de qué va esta guerra —repuse—. No entiendo nada de nada. Hace semanas que esos cabrones deberían de haber venido a por nosotros.

—A lo mejor, los hemos asustado —dijo, antes de echarse a reír, lo que no dejó de sorprenderme, aunque lo atribuí a la insensatez de la juventud. Porque era un necio, sí, tan pagado de sí mismo, pero apuesto también. Todavía llevaba los cabellos largos, recogidos con una tira de cuero a la altura de la nuca y, alrededor del cuello, la

cinta de seda rosa en la que, aun difuminada, todavía quedaban restos de la mancha de sangre de aquella mañana en Scaftesburi. Con la tez enrojecida por el frío, un rostro de pómulos salientes y aquella mirada chispeante lucía la misma y costosa cota de malla más que pulida que llevara aquel día, junto con un tahalí tachonado de clavos de oro que resplandecían, en tanto que el pomo de cristal de su espada reposaba en una vaina repujada de dragones que se retorcían, grabados con finísimos hilos de oro—. O sea, que tendrían que habernos atacado entonces —añadió—. ¿Qué habríamos hecho en tal caso?

—Cargar contra ellos en Cracgelad.

—¿Por qué no lo hicimos?

—Porque Eduardo no quería que Lundene cayese en sus manos —le expliqué—, y porque esperaba la llegada de vuestro padre.

—No hay duda de que necesita de nosotros —se jactó Sigebriht, muy ufano.

—Lo que necesitaba era tener la certeza de que Cent estaba de su parte —repliqué.

—¿Acaso no se fía de nosotros? —me preguntó con toda intención.

—¿Debería? —no dudé en responderle—. Apoyasteis a Etelwoldo y enviasteis correos a Sigurd. Por supuesto que no se fiaba de vosotros.

—Me he postrado ante Eduardo, mi señor —repuso con humildad. Me miró a los ojos y continuó—: Admito lo que decís, mi señor, pero los jóvenes son alocados.

—¿Alocados?

—Mi padre siempre dice que los jóvenes tendemos al enajenamiento —guardó silencio un instante—. Quería a Ecgwynn —añadió, melancólico—. ¿Llegasteis a conocerla?

—No.

—Era menuda, mi señor, como un duendecillo, tan hermosa como un amanecer. Su presencia bastaba para enardecer a los hombres.

—¡Tonterías! —comenté.

—Pero eligió a Eduardo —continuó—, y me volví loco.

—¿Se os ha pasado? —me interesé.

—El tiempo todo lo cura —añadió, emocionado—. Es cierto que deja cicatrices, pero ya no soy un necio. Eduardo es el rey, y se ha portado bien conmigo.

—Y hay más mujeres —le recordé.

—Así es, gracias a Dios —repuso, antes de echarse a reír otra vez.

En ese instante, me cayó bien. Nunca me había fiado de él, pero no le faltaba razón en lo de que hay mujeres que nos hacen perder la razón y cometer un sinfín de tonterías, y que el tiempo todo lo cura, aunque siempre queden las cicatrices. Pero, en ese momento, tuvimos que dejar la conversación, porque Finan venía al galope a nuestro encuentro, habíamos llegado a la orilla del río y alcanzábamos a ver a los daneses.

El caudal del Use se ensanchaba en aquel sitio. Poco a poco, las nubes habían

cubierto el cielo, no hacía viento, y el río no era sino una enorme superficie gris y plana. Una docena de cisnes se dejaba llevar suavemente por las aguas perezosas. Durante un instante, me pareció que todo en el mundo era silencio, ni siquiera se oía a los daneses, y eso que podían contarse a centenares, por millares, agrupados en derredor de sus pendones relucientes, bajo aquella nube que todo lo oscurecía.

—¿Cuántos? —le pregunté a Finan.

—Demasiados, mi señor.

Su respuesta daba más que cumplida cuenta de lo que veía, porque era imposible hacer un cálculo de cuántos enemigos estarían agazapados en las cabañas de aquella aldea. Otros se dispersaban a lo largo de la orilla del río, a ambos lados del poblado. Llegué a ver el estandarte del cuervo volando de Sigurd que ondeaba en lo más alto del lugar y, en la otra orilla del río, el de Cnut, el pendón del hacha y la cruz astillada. También había sajones entre ellos, puesto que llegué a distinguir el jabalí de Beortsig, desplegado al lado de las cuernas de ciervo de Etelwoldo. Más allá del puente, en la otra orilla, había una flota de barcos daneses, todos muy juntos y amarrados, aunque sólo siete llevaban los mástiles recogidos para pasarlos a este lado del puente, lo que me llevó a pensar que no tenían intención de utilizarlos para ir río arriba hasta Eanulfsbirig.

Ninguno había cruzado el puente que, como tantos otros en su día, habían tendido los romanos. A veces me pregunto si, de no haber sido por la invasión de aquel pueblo, los britanos habríamos llegado a dar con el modo de salvar un río. En la orilla opuesta, por el sur, donde estábamos nosotros a lomos de nuestras monturas, se veían los restos de una villa romana y un puñado de casuchas de techumbres de paja. Habría sido un lugar idóneo para situar una avanzadilla de las tropas danesas. Pero, por alguna razón que se me escapaba, se daban por satisfechos con esperar en la orilla del otro lado, la que daba al norte.

Empezó a llover, una lluvia fina pero persistente, que trajo una ráfaga de aire que rizó el río en el que se mecían los cisnes. El sol ya estaba bajo por el oeste y el cielo seguía despejado, lo que me llevó a pensar que las tierras que se veían al otro lado del río y los escudos relucientes de los daneses parecían emerger de un mundo de sombras grises. A lo lejos, hacia el norte, llegué a ver una columna de humo, lo que me extrañó no poco, porque el incendio tenía lugar en tierras de Eohric y ninguno de los nuestros andaba por aquellos parajes tan alejados. Quizá, pensé para mí, no fuera sino una ilusión creada por las nubes o un incendio fortuito.

—¿Vuestro padre os hace caso? —pregunté a Sigebriht.

—Eso creo, mi señor.

—En ese caso, decidle que le enviaremos un mensajero cuando haya de iniciar la retirada.

—¿Hasta cuándo tendremos que quedarnos ahí?

—Hasta que a los daneses les dé por atacar —contesté—. Y otra cosa más: no perdáis de vista a esos malnacidos —señalé a unos daneses que andaban lejos, al

oeste—. Hay un camino que sigue el curso que describe el río en este recodo. Si veis que se deciden a tomarlo, enviadnos recado sin tardanza.

Se quedó pensativo.

—¿Pensáis que podrían tratar de cortarnos la retirada?

—Eso es —confirmé, complacido al comprobar que me había entendido a la primera—. Si nos cierran el paso a Bedanford, habremos de plantarles cara de frente y también desde la retaguardia.

—¿O sea que es allí adónde vamos? ¿A Bedanford? —me preguntó.

—Así es.

—¿Y eso queda al oeste, decís? —insistió.

—Sí, al oeste —repuse—, pero ni se os ocurra ir por vuestra cuenta hasta allí. Al anochecer, volveréis al lado de los nuestros.

Lo que no se me pasó por la cabeza fue decirle que casi todos los míos se mantenían al acecho, a espaldas de las tropas de Cent. El padre de Sigebriht, Sigelf, era un hombre tan orgulloso y de trato tan difícil que, de haber sabido que mis hombres no andaban lejos, no habría dudado en acusarme de no fiarme de él. Lo cierto era que quería saber de primera mano cómo andaban las cosas por Huntandon y, de todos los hombres de que disponía, ninguno con mejor vista que Finan para ese menester.

Dejé a Finan, pues, en la calzada, a media milla al sur de donde estaban apostados los hombres de Sigelf y, con una docena de los míos, volví a Eanulfsbirig. Para cuando llegué, ya había anochecido, pero el desorden aún continuaba. El obispo Erkenwald había vuelto grupas y estaba de nuevo en la calzada, dando órdenes de que dejaran allí las carretas más cargadas y más lentas. Por fin, el ejército estaba al completo en los campos que se extendían al otro lado del río. Si los daneses se decidían a atacarnos, tendrían que cruzar el puente y enfrentarse con todo el ejército, o ponerse en marcha por el tortuoso camino que bordeaba el recodo que describía el río en aquel lugar.

—¿Sigue Merewalh vigilando ese camino, mi rey y señor? —pregunté a Eduardo.

—Así es, y dice que no hay ni rastro del enemigo.

—Bien. ¿Y vuestra hermana?

—Le pedí que se volviera a Bedanford.

—¿Y obedeció?

—Pues sí —me dijo con una sonrisa.

En ese momento, por lo tanto, a excepción de mis hombres y de la retaguardia que estaba a las órdenes de Sigelf, nuestro ejército estaría a salvo al otro lado del río Use antes de que cayera la noche, por lo que envié a Sihtric de nuevo a la calzada para que advirtiera a ambos grupos que se retirasen cuanto antes.

—Diles que lleguen hasta el puente y lo crucen. —Una vez que estuvieran de vuelta, a la vista de que los daneses no parecían dispuestos a atacarnos por los flancos, habríamos eludido el enfrentamiento en el campo de batalla que ellos habían

elegido—. Y hazle saber a Finan que deje que los hombres de Sigelf vayan delante —añadí.

Prefería que el guerrero en quien más confiaba estuviera al frente de nuestra auténtica retaguardia.

—Parecéis cansado, lord Uhtred —comentó Eduardo, mirándome con cara de lástima.

—Y lo estoy, mi rey y señor.

—El *ealdorman* Sigelf y los suyos aún tardarán una hora en regresar a nuestro lado. ¿Por qué no os tomáis un descanso? —me aconsejó.

Me cercioré de que la docena de hombres y caballos que habían venido conmigo se tomasen un respiro y comí un trozo de pan duro y unas judías recalentadas. La lluvia caía con fuerza; el viento del este nos traía un anochecer muy frío. El rey se había instalado en uno de los caseríos que habíamos destruido a medias cuando quemamos el puente, pero sus criados se las compusieron para encontrar un trozo de lona que hiciera las veces de techumbre. Una fogata ardía en el hogar y esparcía el humo por debajo de aquel dosel improvisado. En la pared que quedaba al otro extremo, se apilaba un montón de cajas preciosas de plata, oro y cristal: las reliquias que el rey había llevado consigo para asegurarse el trato de favor de su dios durante la contienda. Unos curas mantenían una discusión acerca de si alguno de aquellos relicarios era el que contenía una astilla del arca de Noé o una uña del dedo gordo del pie de san Patricio. Me desentendí de ellos.

Y me quedé medio dormido, pensando en lo raro que era que todas las personas que habían tenido algo que ver conmigo durante los últimos tres años estuviesen juntas en el mismo lugar, o en las intermediaciones. Sigurd, Beortsig, Eduardo, Cnut, Etelwoldo, Etelfleda, Sigebriht, todos reunidos en aquel frío y húmedo rincón de Anglia Oriental, y pensé que aquello quería decir algo, sin duda. Las tres hilanderas tejían las hebras de nuestras vidas muy apretadas... por algo sería. Traté de descubrir si los hilos seguían alguna pauta, pero no vi nada. No dejé de darle vueltas al asunto hasta que me quedé medio dormido. Me despertó Eduardo, cuando se agachó para entrar por aquella puerta baja. Fuera, sólo oscuridad, negra oscuridad.

—Sigelf dice que no piensa retirarse —comentó, cabizbajo, a los dos curas.

—¿Cómo decís? —preguntó asombrado uno de ellos.

—Que no piensa dar su brazo a torcer —añadió el rey, acercando las manos al fuego—, que no piensa moverse de donde está. Le he ordenado que lo haga, pero ni por ésas.

—¿Qué estáis diciendo? —le pregunté, despejado del todo.

Al verme, se llevó un susto.

—Se trata de Sigelf —me dijo—. No hace caso de lo que le ordenan mis correos. Vos también enviasteis a uno de los vuestros, ¿no es así? Pues yo le he mandado otros cinco, ¡cinco! Y todos me dicen lo mismo: ¡que se niega a emprender la retirada! Alega que es muy de noche y que prefiere esperar al amanecer. Bien sabe Dios que se

está jugando la vida de esos hombres. Los daneses se pondrán en pie al alba —emitió un suspiro—. Le acabo de enviar otro correo con órdenes terminantes de que se retire —tomó aire un instante, con gesto de preocupación—. He hecho bien, ¿no os parece? —me preguntó tratando de tranquilizarse.

No dije nada. Guardé silencio porque, por fin, entendía el sentido de las hebras que tejían las tres hilanderas. Entendí el trazado de la labor que entretejía nuestras vidas, igual que entendí, por fin, aquella guerra que superaba todo conocimiento. Debí de hacer una mueca extraña, porque reparé en la cara con que me miraba Eduardo.

—Mi rey y señor —le dije—, ordenad que el ejército vuelva a cruzar el puente y que vayan al encuentro de los hombres de Sigelf. ¿Me habéis entendido?

—¿Pretendéis que...? —comenzó a decir, aturdido.

—¡El ejército al completo! —grité—. ¡Que todos y cada uno de los hombres se dirijan al lugar donde está Sigelf en estos momentos! —le grité, como si fuera uno de mis subordinados, que no mi rey, porque, si no me hacía caso, poco duraría en el trono. Tal vez ya era ya demasiado tarde, pero no tenía tiempo de explicárselo: había que salvar un reino—, ¡poneos en marcha ahora mismo! —rugí—, ¡volved por donde hemos venido e id a donde está Sigelf! ¡Sin tardanza!

Y corrí a buscar mi caballo.

* * *

Conmigo venían doce de mis hombres. Llevamos de las riendas los caballos hasta cruzar el puente y tomamos la calzada rumbo a Huntandon. Era una noche oscura, negra y fría, la lluvia nos daba de cara y no podíamos cabalgar al galope. Recuerdo que no estaba seguro de lo que acababa de hacer. ¿Y si estaba equivocado? Si ése fuera el caso, me disponía a llevar el ejército de Eduardo al campo de batalla que los daneses habían elegido. Los estaba dejando a su suerte en aquel recodo del río, rodeados quizá de daneses por todas partes. Pero me sobrepuse a tanta desazón. Nada había tenido sentido y, de repente, de no ser por aquellos incendios que se veían al norte a lo lejos, todo tenía su razón de ser. Aquella tarde sólo había visto una columna de humo. En ese momento veía tres enormes penachos por encima de unos resplandores rojizos que observaba en las nubes más bajas. ¿Por qué motivo habrían de dedicarse los daneses a prender fuego a caseríos y aldeas del reino de Eohric? Un enigma más, pero de ningún modo mi preocupación más inmediata, porque los incendios quedaban lejos, muy lejos de Huntandon.

Pasó una hora antes de que un centinela nos diera el alto. Era uno de los míos. Nos indicó una arboleda donde podíamos encontrar a Finan y a los demás.

—No me he retirado —me dijo el irlandés—, porque Sigelf no se ha movido de

donde está. ¡Sólo Dios sabe qué razones tiene para actuar así!

—¿Os acordáis de aquel día en Hrofeceastre, cuando estuvimos hablando con el obispo Swithwulf? —le pregunté.

—Claro que sí.

—¿Qué estaban cargando en aquellos barcos?

Se produjo un momento de silencio, mientras Finan reflexionaba sobre la pregunta que acababa de hacerle.

—Caballos —respondió, al fin, con voz queda.

—Animales que iban a venderse en Frankia —insistí—. Pero cuando Sigelf se presentó en Lundene dijo que no disponía de caballos para sus hombres.

—Y ahora cuenta con cien de los suyos mezclados con la guarnición de la ciudad.

—Y dispuestos a abrir la puerta a los daneses —añadí—, en cuanto los vean. Porque Sigelf ha jurado lealtad a Etelwoldo, a Sigurd o a quien sea, quienes, a cambio, le han prometido el trono de Cent.

—¡Por todos los santos! —exclamó Finan.

—Y no es que los daneses hayan tardado en tomar una decisión —continué—. Sólo estaban esperando a que Sigelf les prestase juramento de lealtad. Y ahora que lo han conseguido, ese malnacido de Cent no piensa en retirarse porque espera que los daneses lleguen en cualquier momento, si no lo han hecho ya, y como creen que nos dirigiremos al oeste, ellos se abalanzarán hacia el sur, los hombres de Sigelf que forman parte de la guarnición de Lundene les abrirán las puertas y la ciudad caerá en sus manos, mientras nosotros seguimos esperando a esos mierdas en Bedanford.

—¿Y qué vamos a hacer? —me preguntó Finan.

—Impedírselo, claro está.

—¿Y cómo?

—Pasándonos al bando opuesto —contesté.

¿Cómo si no?

Capítulo XIII

La duda siembra la zozobra en nuestro ánimo. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si Sigelf no era sino un viejo necio y testarudo que realmente pensaba que ya era muy de noche para emprender la retirada? Aunque las dudas me reconcomían, seguí adelante y llevé a los míos al este, dando un rodeo para evitar el cenagal que defendía el flanco derecho de las tropas del *ealdorman* de Cent.

El viento soplaba con fuerza aquella noche tan fría, llovía con ganas y nos movíamos en la más negra oscuridad. De no haber sido por las fogatas de los de Cent, lo más seguro es que nos hubiéramos perdido. Un círculo de hogueras nos indicaba la posición de las tropas de Sigelf. Vimos algunas más al norte, lo que me llevó a pensar que al menos unos cuantos daneses habían cruzado el río y, con aquel tiempo tan malo, habían buscado refugio en las cabañas construidas alrededor de la antigua villa romana. No obstante, seguía sin explicarme el motivo de aquellos llamativos incendios, del enorme resplandor de haciendas incendiadas que se veía mucho más al norte.

Aparte de aquellos fuegos lejanos, eran muchas las cosas que superaban toda comprensión. Algunos daneses habían cruzado el río, pero el resplandor de las fogatas que veía más al norte me indicaba que la mayoría seguían en Huntandon, lo que también me extrañaba si, como pensaba, tenían intención de dirigirse al sur. Los hombres de Sigelf no se habían movido de donde yo los había dejado, es decir, que había un trecho entre las tropas de Cent y los daneses que estaban más cerca. Esa franja de terreno era mi única oportunidad.

Habíamos dejado los caballos atrás, atados a unos árboles, y mis hombres y yo avanzábamos a pie, con escudos y armas. Las fogatas nos ayudaban a orientarnos, pero, durante un buen rato, anduvimos tan lejos del resplandor más cercano que no veíamos el suelo que pisábamos, andábamos a trompicones, caíamos de bruces, avanzábamos como podíamos metidos en el agua, abriéndonos paso entre juncas. Una de las veces el agua me llegaba a la cintura, el lodo se me pegaba a las botas y los hierbajos no me dejaban dar un paso. Mientras, los pájaros, asustados, graznaban y echaban a volar en plena noche, armando tal escándalo que pensé que bastaría para que nuestros enemigos se diesen cuenta de que andábamos cerca, pero no dieron señales de habernos descubierto.

A veces, durante las largas noches de insomnio que me prodigan mis muchos años, me quedo tendido en la cama pensando en las locuras que he cometido, en los riesgos que he corrido, en las jugadas de dados con que he desafiado a los dioses. Recuerdo, por ejemplo, el asalto al fuerte de Beamfleot, el enfrentamiento con Ubba o cómo, gateando, llegué a lo alto de la colina de Dunholm. Empero, casi ninguna de aquellas barbaridades era comparable al disparate de aquella noche fría y húmeda en Anglia Oriental. Al frente de ciento treinta y cuatro hombres, avanzábamos en mitad de una noche invernal, con intención de llevar a cabo un ataque entre dos fuerzas

enemigas que, sumadas ambas, superarían sin duda la cifra de cuatro mil guerreros. Si nos descubrían, si nos plantaban cara, si nos vencían, no podríamos salir de allí ni escondernos en otro sitio que en nuestras propias tumbas.

Había ordenado a todos los daneses que venían conmigo que marchasen por delante, hombres como Sihtric y Rollo, cuya lengua materna era el danés, y otros que se habían puesto a mi servicio tras haber abandonado a sus señores, hombres que me habían jurado lealtad aunque, llegado el caso, hubiésemos de vérnoslas con sus compatriotas. Diecisiete en total, a los que añadí la docena de frisios que servían a mis órdenes.

—Cuando atacemos —les había dicho—, ¡gritad el nombre de Sigurd sin parar!

—¿Sigurd? —se extrañó uno de ellos.

—¡Eso es, Sigurd! —repetí—. Los hombres de Sigelf tienen que pensar que somos daneses —lo mismo les dije a los sajones que venían conmigo—: ¡Gritad Sigurd! ¡Ese será vuestro grito de guerra hasta que oigáis el bramido del cuerno! Gritad y matad, pero retiraos en cuanto oigáis la llamada del cuerno.

Nos disponíamos a dar el primer paso de una danza macabra. Por algún motivo, recordé las palabras del pobre Ludda, destripado por servirme, cuando me decía que toda magia consiste en que alguien piense una cosa cuando, en realidad, otra es la que está ocurriendo ante sus ojos.

—Les obligáis a no apartar la mirada de vuestra mano derecha, mi señor —me dijo en cierta ocasión—, mientras, con la izquierda, les arrebatáis la bolsa.

Eso era lo que iba buscando, que los hombres de Cent pensasen que sus aliados los habían traicionado: si el asunto salía bien, confiaba en que volviesen a ser hombres leales a Wessex. Si las cosas se torcían, el augurio de Ælfadell se habría cumplido, y Uhtred de Bebbanburg se dejaría la vida en aquellos pantanos yermos y desolados, y habría arrastrado a la muerte a la mayoría de los hombres que lo acompañaban. ¡Les tenía en gran aprecio! Tan llenos de entusiasmo mientras avanzábamos en mitad de aquella noche fría y desoladora dispuestos a entablar una lucha a muerte. Ellos se fiaban de mí tanto como yo confiaba en ellos. Juntos, nos disponíamos a labrarnos un nombre glorioso y, en todas las mansiones de Britania, los hombres sólo hablarían de la hazaña que habíamos realizado. O de nuestra muerte, quién sabe. Eran amigos, leales, jóvenes y guerreros curtidos, la clase de hombres con los que sería posible iniciar el asalto de las mismísimas puertas de la ciudad de Asgard, que acoge el recinto de los dioses.

Parecía que aquel corto trayecto por los juncales no iba a acabar nunca. Intranquilo, no dejaba de mirar al este, no fuera a despuntar el alba, para, a continuación, volver la vista al norte, con la esperanza de que los daneses no salieran al encuentro de los hombres de Sigelf. A medida que nos acercábamos, acerté a ver a dos jinetes en la calzada; eso bastó para disipar todas mis dudas: eran correos que iban y venían entre ambos ejércitos. Me imaginé que los daneses se mantenían a la espera de que despuntasen las primeras luces del día para dirigirse al sur, antes de

dejar atrás la seguridad que les ofrecían las cabañas de Huntandon. Una vez en marcha, a no ser que los detuviéramos, como una exhalación, se abatirían sobre Lundene.

En ese preciso instante, por fin, descubrimos que estábamos cerca de las hogueras de los hombres de Sigelf. Los soldados dormitaban o estaban sentados junto a las fogatas. Había olvidado la acequia que corría por delante de ellos y me fui derecho al fondo, armando un buen jaleo con el escudo. El hielo se resquebrajó y acabé en el agua. En las filas de las tropas de Cent se oyó el ladrido de un perro y un hombre miró hacia donde estábamos, pero no advirtió nada que pudiese intranquilizarlo. Otro debió de dar un manotazo al perro y alguien soltó una carcajada.

Silbé a cuatro de los míos para que se aproximaran hasta donde yo estaba. Y allí se quedaron, de pie y en hilera, guiando a los demás para que bajasen por aquella orilla resbaladiza y traicionera, indicándoles por dónde tenían que avanzar a través del agua y cómo pasar a la otra orilla. Con las botas chorreando agua, trepé al otro lado. Me agazapé, mientras mis hombres acababan de cruzar la acequia y se disponían en orden de batalla.

—¡Muro de escudos! —musité a los daneses y frisios que iban por delante—. ¡Osferth!

—¿Mi señor?

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Así es, mi señor.

—¿A qué esperáis?

Con instrucciones muy concretas, había puesto a Osferth al frente de casi la mitad de los míos. Pareció vacilar un instante.

—He rezado por vos, mi señor —me dijo.

—Confiemos en que esas malditas oraciones sirvan de algo —respondí en un susurro, al tiempo que acariciaba el martillo que llevaba al cuello.

Mis hombres formaban un muro de escudos. En cualquier momento, pensé, alguien nos vería y el enemigo, porque en aquel momento los hombres de Sigelf eran nuestros adversarios, también formaría su propio muro de escudos, con no menos de cuatro o cinco de ellos por cada uno de nosotros. Pero la victoria nunca está del lado de quienes se dejan llevar por sus temores. Apretaba el borde de mi escudo contra el de Rollo y empuñaba a *Hálito-de-serpiente*. Con un suspiro, su larga hoja se deslizó por la garganta de la vaina.

—¡Sigurd! —les recordé en voz baja, para añadir en voz alta—: ¡Adelante!

Avanzamos, gritando el nombre de nuestro verdadero enemigo.

—¡Sigurd! ¡Sigurd! ¡Sigurd!

—¡A muerte! —grité en danés—. ¡Matad!

Y tanto que matamos. Matábamos a sajones, hombres de Wessex, si bien aquella noche habían sido traicionados por su *ealdorman*, que los había puesto en manos de los daneses, pero acabamos con ellos de todos modos y, desde entonces, ha habido

comentarios para todos los gustos en cuanto a lo que hicimos aquella noche. Siempre los desmiento, como es natural, pero pocos creen mis palabras. Al principio, la matanza fue un paseo. Los hombres de Cent estaban medio adormilados, habían bajado la guardia y los centinelas se dedicaban a otear el panorama hacia el sur en lugar de dar aviso de aquel ataque que les llegaba por el norte y, a tajo limpio, a cuchilladas, nos abrimos paso hasta el centro del campamento.

—¡Sigurd! —grité, y descargué la espada sobre uno que acababa de despertarse. De una patada, lo arrojé a una de las fogatas y oí sus alaridos, mientras me volvía y dirigía la hoja contra un mozo. Ni siquiera nos tomábamos la molestia de acabar con ellos como es debido, tarea que dejábamos a quienes venían detrás. Dejábamos a los hombres de Cent magullados, heridos y tendidos en el suelo. Quienes venían por detrás los remataban con espadas o lanzas, y escuchaba los gritos de aquellos hombres que imploraban misericordia gritando que estaban de nuestra parte, mientras yo no dejaba de vociferar cada vez con más fuerza nuestro grito de guerra—: ¡Sigurd! ¡Sigurd!

Aquel primer ataque nos permitió adentrarnos hasta un tercio del terreno donde habían levantado el campamento. Los hombres de Cent huían despavoridos. Oí a uno que gritaba que se formara un muro de escudos, pero el pánico se había apoderado de las tropas de Sigelf. Reparé en un hombre que trataba de encontrar el suyo en un montón de escudos apilados, tirando a la desesperada de las correas de sujeción, sin apartar de nosotros sus ojos aterrorizados. Se olvidó de los escudos y echó a correr. Una lanza describió un arco por encima del resplandor de una fogata y fue a perderse por encima de mi hombro. Nuestro muro de escudos se había dispersado, pero no hubo necesidad de recomponerlo, porque el enemigo corría en todas direcciones, aunque no tardarían mucho en darse cuenta de lo menguada que era la fuerza que los atacaba. No obstante, los dioses nos enviaron entonces la señal de que estaban de nuestra parte, porque el propio *ealdorman* Sigelf, a lomos de su montura, llegó al galope hasta nosotros.

—¡Estamos con vosotros! —gritaba—. ¡Por el amor de Dios, poned fin a esta locura! ¡Estamos de vuestra parte!

Llevaba cerradas las carrilleras del yelmo. No portábamos estandarte, porque se lo había llevado Osferth. Sigelf no tenía ni idea de quién era yo, aunque sin duda reparó en la exquisita factura de mi yelmo y en el primoroso trabajo de los prietos eslabones de mi cota de malla cubierta de barro. Alcé la espada y me volví a mirar a los míos.

Sigelf temblaba de ira.

—¡Malditos locos! —bramó—. ¿Se puede saber quiénes sois?

—¿Acaso estáis de nuestra parte? —le pregunté.

—Somos aliados del *jarl* Sigurd, maldito estúpido, ¡y esta tontería os costará la cabeza!

Sonreí, aunque él no pudo darse cuenta del gesto, gracias a los fulgurantes

destellos del acero de las carrilleras que me cubrían el rostro.

—Mi señor —dije, humildemente, antes de propinarle un tajo en la boca al caballo que montaba con *Hálito-de-serpiente*. El animal retrocedió, relinchando y echando espumarajos de sangre en mitad de la noche, mientras Sigelf, descabalgado, se iba de espaldas al suelo. Lo levanté en volandas de aquel lodazal, mientras daba un palmetazo al animal en la grupa para que arremetiese contra los hombres que habían llegado con el *ealdorman*, que ya huían despavoridos. Cuando Sigelf trató de ponerse en pie, le di una patada en la cara, apoyé el pie derecho en su pecho consumido y lo dejé clavado en el suelo—. Soy Uhtred —confesé, pero en voz tan baja que sólo él pudiera oírme—. ¿Me habéis oído, traidor? ¡Soy Uhtred!

Vi cómo ponía unos ojos como platos antes de que yo hundiera con fuerza mi espada en su cuello descarnado, mientras sus gritos se convertían en un estertor y su sangre empapaba la tierra húmeda. Se retorció y se revolvió hasta que murió.

—¡Que suene el cuerno! —grité a Oswi—. ¡Ahora!

Y el cuerno emitió un bramido. Mis hombres sabían lo que tenían que hacer. Se dieron media vuelta y corrieron hacia los marjales, perdiéndose en la oscuridad más allá del resplandor de las fogatas. Mientras se retiraban, se oyó la llamada de otro cuerno, y vi a Osferth que, al frente de un muro de escudos, salía de detrás de una arboleda. Por delante del muro de escudos se hallaban mi estandarte, el de la cabeza del lobo, y la cruz chamuscada de Osferth.

—¡Hombres de Cent! —gritó Osferth—. ¡Hombres de Cent, vuestro rey acude en vuestra ayuda! ¡Poneos de mi lado! ¡Obedeced mis órdenes!

Osferth era hijo de rey, y su voz atronaba con los ecos del antiguo linaje que corría por sus venas. En aquella noche fría, donde todo era confusión y muerte, su voz sonó decidida y firme. Los hombres, que habían visto cómo había caído su *ealdorman*, que habían visto cómo su sangre teñía de rojo aquella oscuridad que sólo alumbraban las hogueras, se acercaron a Osferth y se unieron a su muro de escudos porque habían escuchado la promesa de que estarían a salvo. Mientras, los míos se adentraban en las tinieblas y se dirigían al sur para unirse al flanco derecho de las tropas de Osferth. Me quité el yelmo, se lo lancé a Oswi y me dejé ver al frente de aquel muro de escudos que iba a más.

—¡Hemos venido por orden de Eduardo para echaros una mano! —grité a los de Cent—. ¡Los daneses os han traicionado! ¡El rey está a punto de llegar con todo su ejército! ¡Formad un muro de escudos! ¡Bien prieto!

Una línea gris despuntaba en el cielo por el este. Seguía lloviendo con fuerza, pero estaba a punto de amanecer. Volví la vista al norte y reparé en la presencia de unos jinetes. Los daneses debían de estar preguntándose cuál sería la razón de aquel entrechocar de armas y del bramido de los cuernos cuando la noche ya tocaba a su fin. Algunos se acercaron a la calzada para ver qué pasaba y lo único que vieron fue un muro de escudos cada vez más numeroso, aparte de mi estandarte con la cabeza de lobo, la cruz ennegrecida de Osferth y varios cadáveres por el suelo en torno a los

rescaldos humeantes de las hogueras. Privadas de su comandante, las tropas de Sigelf no sabían qué hacer. Al igual que los daneses, no tenían ni idea de qué estaba pasando, pero nuestro muro de escudos les proporcionaba la seguridad que buscaban, y recogían sus escudos, sus yelmos y sus armas y, a toda prisa, se unían a los nuestros. Finan y Osferth se encargaban de colocarlos en posición. Un hombre alto, sin yelmo y con una espada en la mano se puso a mi lado a todo correr.

—¿Qué está pasando?

—¿Quién sois vos, si puede saberse?

—Soy Wulferth —contestó.

—¿Y quién es Wulferth? —le pregunté, con la voz serena. Me dijo que era un *thegn*, uno de los hacendados más ricos de Sigelf, un hombre que había llevado a cuarenta y tres de los suyos hasta aquellas tierras de Anglia Oriental—. Vuestro señor ha muerto —le informé yo—, y los daneses caerán sobre nosotros en cualquier momento.

—¿Y quién sois vos?

—Uhtred de Bebbanburg —repuse—, y Eduardo está a punto de llegar. Tenemos que hacer frente a los daneses hasta que llegue el rey —lo tomé del codo y, con él, eché a andar hacia la marisma occidental, a la izquierda de nuestra posición defensiva—. Que los vuestros formen a este lado —le pedí—, y pelead por lo que es vuestro, por Cent, por Wessex.

—¡Y en nombre de Dios! —gritó Osferth, muy cerca de nosotros.

—Incluso por Dios —repetí.

—Pero... —comenzó a decir Wulferth, que seguía sin entender nada de lo que había pasado aquella noche.

Le miré a los ojos.

—¿De qué lado queréis estar, con Wessex o con los daneses?

Vaciló un instante, no porque dudase acerca de la respuesta que debía de dar, sino porque todo estaba patas y arriba y seguía tratando de entender lo que estaba sucediendo. Esperaba marchar al sur, hacia Lundene, y ahora le decían que se dispusiese para entrar en combate.

—¿Y bien? —le insistí.

—Con Wessex, mi señor.

—Pues hacedlo con bravura —le recomendé—. Os dejo al frente de este flanco. Que vuestros hombres se pongan en formación, y decidles que el rey está a punto de llegar.

No había ni rastro de Sigebriht, pero, a medida que la tímida luz gris del nuevo día se asomaba por el este, vi que se acercaba al campamento desde el norte. Había pasado la noche con los daneses, disfrutando sin duda de los placeres y agasajos que Huntandon pudiera ofrecer, y volvía a lomos de su montura, seguido por un soldado que portaba su estandarte de la cabeza de toro.

—¡Oswi! —grité—. ¡Tráeme un caballo! ¡Finan, seis hombres y seis caballos!

¡Wulferth! —Me volví al *thegn*.

—¿Mi señor?

—Haceos con el pendón de Sigelf, y que un hombre lo haga ondear junto al mío.

En los bosques que quedaban a nuestra espalda, había un montón de caballos de Cent amarrados a los árboles. Oswi me trajo uno ya ensillado, me encaramé a él de un salto y piqué espuelas para ir al encuentro de Sigebriht, que se había detenido a unos cincuenta o sesenta pasos de donde estábamos. Aparte del portaestandarte, otros cinco hombres venían con él. No conocía a ninguno de ellos. Trataba de impedir que las tropas de Cent saliesen en defensa de aquel estandarte con la cabeza de toro. Por fortuna, la lluvia lo había empapado y, lacio, pendía al extremo del asta.

Detuve mi montura a su lado.

—¿Queréis alcanzar renombre, muchacho? —lo desafié—. Matadme ahora.

Se quedó mirando por encima de mis hombros a las tropas de su padre que se disponían a entrar en combate.

—¿Dónde está mi padre? —me preguntó.

—Muerto —le dije, sacando a *Hálito-de-serpiente* de la vaina—. Con esta espada.

—En ese caso, ahora el *ealdorman* soy yo —repuso, tomando aliento. Me imaginé que, a gritos, se disponía a exigir a los hombres de Cent la misma lealtad que éstos le habían jurado a su padre pero, antes de que abriese la boca, ya me había puesto delante a lomos de aquel caballo prestado y alzado la espada.

—Hablad mejor conmigo, muchacho —le recomendé, apuntándole a la cara con *Hálito-de-serpiente*—, no con ellos.

Finan y otros cinco de los míos se habían acercado y estaban a unos pasos de nosotros. Sigebriht estaba asustado, pero se esforzó en dar muestras de un valor que estaba lejos de sentir.

—Vais a morir todos —afirmó.

—Es probable —convine—, pero antes os llevaremos por delante con nosotros.

Su montura retrocedió y dejé que se pusiese fuera del alcance de mi espada. Alcé la vista por encima de sus hombros y vi hordas de daneses que cruzaban el puente. ¿Por qué habrían esperado hasta ese momento? Si hubieran cruzado el río un día antes al anochecer, se habrían unido a los hombres de Sigelf y, para entonces, ya estarían camino del sur. Algo los había obligado a no moverse de donde estaban. Recordé entonces los fuegos inexplicables que había visto en plena noche, las tres grandes hogueras de haciendas incendiadas o de pueblos pasto de las llamas. ¿Habría lanzado alguien un ataque por la retaguardia contra los daneses? Era la única explicación que se me ocurría para aquella tardanza, pero ¿quién se habría atrevido a hacerlo? En aquellos momentos, sin embargo, centenares de daneses, por no hablar de millares, cruzaban el río dando gritos al pasar el puente. Con ellos venían los hombres de Etelwoldo y las tropas de Mercia que seguían a Beortsig. Hice un cálculo aproximado, y hube de reconocer que nos superaban en una proporción de ocho

contra uno, cuando menos.

—Os ofrezco tres posibilidades, cachorrito —dije a Sigebriht—. Podéis uniros a los nuestros y pelear del lado de vuestro legítimo rey; podéis enfrentaros conmigo, solos, vos y yo, en este momento, o podéis dar media vuelta y seguir a vuestros amos daneses.

Alzó la vista, pero no fue capaz de soportar mi mirada.

—Arrojaré vuestros despojos a los perros —prometió, con todo el desprecio de que fue capaz.

No le quité los ojos de encima hasta que, por fin, volvió grupas y él y quienes lo acompañaban cabalgaron al encuentro de los daneses. Observé cómo se ponía a su lado y, una vez que hubo desaparecido entre las nutridas filas del enemigo, di media vuelta y, al galope, me acerqué a nuestro muro de escudos.

—¡Hombres de Cent! —les grité, refrenando mi montura—. ¡Vuestro *ealdorman* traicionó a su patria y a su Dios! Los daneses le habían prometido que lo harían rey. Pero ¿cuándo los daneses han cumplido su palabra? Querían que luchaseis vosotros en su lugar y, una vez hubierais concluido la tarea, ¡tenían pensado arrebatarnos a vuestras mujeres y a vuestras hijas para gozar de ellas! Prometieron a Etelwoldo el trono de Wessex, pero ¿alguno de vosotros piensa que duraría ni un mes sentado en él? ¡Los daneses quieren apoderarse de Wessex! ¡Y también de Cent! ¡Quieren quedarse con nuestras tierras, con nuestras mujeres, con nuestro ganado, con nuestros hijos! ¡Anoche os atacaron a traición! ¿Por qué? ¡Porque pensaron que ya no os necesitaban! Que ellos solos podían arreglárselas sin vuestra ayuda, ¡por eso decidieron acabar con vosotros!

Había mucho de verdad en lo que les acababa de decir. Miré a las filas de los hombres de Cent; por encima de escudos y lanzas, de hachas y espadas, observé rostros desasosegados, asustados.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —grité de nuevo—. Todos me conocéis y sabéis los nombres de aquéllos con quienes he acabado. Ahora estáis a mis órdenes y en nuestras manos recae la responsabilidad de contener a ese enemigo taimado hasta que llegue nuestro rey, ¡algo que está a punto de ocurrir! —confiaba en que fuera verdad porque, de lo contrario, aquél habría de ser el día en que habría de vérmelas con la muerte—. Está a un paso de aquí —continué a voces— y, cuando esté a nuestro lado, acabaremos con esos daneses, como lobos que se abalanzan sobre corderos. Tú —señalando a un cura—, ¿por qué nos disponemos a luchar?

—Por la cruz, mi señor —respondió.

—¡Más alto!

—¡Por la cruz!

—¡Osferth! ¿Y vuestro estandarte?

—¡Aquí está, mi señor! —gritó Osferth.

—¡Que todos lo veamos! —Esperé a que la cruz de Osferth se colocase en el centro y al frente de nuestras líneas—. ¡Este es nuestro estandarte! —grité, señalando

con *Hálito-de-serpiente* di la cruz calcinada con la esperanza de que mis dioses no se lo tomaran a mal—. Hoy lucháis por vuestro Dios, por vuestra patria, por vuestras mujeres y por vuestras familias —me detuve para tomar aliento y continué—. Porque si os dejáis vencer, ¡todo eso desaparecerá para siempre!

A mis espaldas, desde las casas que estaban junto al río, nos llegó lo más parecido al bramido de un trueno. Eran los daneses, que golpeaban las lanzas y las espadas contra los escudos que llevaban, evocando el estruendo de la guerra que se nos venía encima, ese rugido que basta para que a los hombres se les encoja el corazón. Había llegado la hora de bajarme del caballo y ocupar mi puesto en el muro de escudos.

El muro de escudos.

Aterrador; no hay lugar más terrible que un muro de escudos. Es el lugar donde nos dejamos el pellejo o nos alzamos con la victoria, donde se forja el renombre que nos acompaña. Me llevé la mano al martillo de Thor, recé para que Eduardo llegase cuanto antes y me apresté a luchar.

En el muro de escudos.

* * *

Sabía que los daneses tratarían de atacarnos por la retaguardia, pero eso les llevaría tiempo, porque antes tendrían que rodear los marjales o bien adentrarse en aquellos humedales, una maniobra que les llevaría una hora cuando menos, si no dos. Envié un mensajero calzada abajo con órdenes de ir en busca de Eduardo y decirle que se diera tanta prisa como pudiera, porque sólo sus tropas podrían evitar que los daneses nos rodeasen. Y si el enemigo buscaba la forma de ponernos cerco para que cayéramos en sus manos, sólo cabía esperar que nos atacasen de frente y nos entretuviesen mientras parte de sus fuerzas buscaban la manera de avanzar desde la retaguardia.

¿Y si a Eduardo le daba por no aparecer?

Entonces aquél sería el lugar donde habría de encontrar la muerte, el lugar donde habría de cumplirse la profecía de *Ælfadell*, el mismo donde alguno de aquellos hombres reclamaría para sí el honor de haber dado muerte a Uhtred.

Los daneses avanzaron a paso lento. Un muro de escudos no es un plato de gusto; nadie corre al encuentro con la muerte. Si uno mira adelante, sólo ve escudos muy juntos, yelmos, destellos de hachas, lanzas y espadas, y sabe que ha de perderse entre sus filos, el lugar donde le espera la muerte, y tarda en reunir el valor necesario para afrontarlo, en conseguir que la sangre le hierva en las venas, en que el arrebato se imponga sobre la cautela. Por eso, los hombres beben antes de iniciar el combate. Mis hombres no tenían comida ni bebida, pero los hombres de Cent tenían en abundancia, igual que veía los pellejos que circulaban entre las filas danesas. Seguían aporreando

sus armas contra los escudos de sauce que llevaban, mientras el día se abría paso y arrojaba largas sombras sobre la helada. Había reparado en unos jinetes que se dirigían al oeste. Sabía que estaban buscando la forma de flanquearnos, pero no pude prestarles la atención debida porque apenas si disponía de tropas para hacerles frente. Bastante tenía con contener a los daneses que atacasen de frente hasta que apareciese Eduardo y acabase con ellos desde atrás.

Unos curas iban de un lado a otro por delante de nuestras líneas. Los hombres se arrodillaban, los curas les impartían la bendición y les ponían una pulgarada de barro en la lengua.

—¡Hoy celebramos la festividad de santa Lucía! —les gritaba un cura a los hombres que se apretujaban en el muro de escudos—. ¡Ella cegará al enemigo y vendrá en nuestra ayuda! ¡Santa Lucía bendita, a ti nos encomendamos!

Había dejado de llover, aunque gran parte del cielo invernal seguía cubierto de nubes bajo las que resplandecían los estandartes del enemigo: el cuervo volador de Sigurd y la cruz rota de Cnut, el ciervo de Etelwoldo y el jabalí de Beortsig, la calavera de Haesten y el animal extraño de Eohric. Entre las filas enemigas, no se veía a tantos *jarls* como me habría esperado, aunque todos llevaban sus propios estandartes con lobos, hachas, toros o halcones. Sin dejar de golpear las armas que llevaban contra los escudos, sus hombres se dedicaban a insultarnos mientras, poco a poco, paso a paso, se acercaban. Unos curas acompañaban a los sajones y a los hombres de Anglia Oriental que se habían sumado al enemigo; los daneses se limitaban a invocar a Thor o a Odín. Los míos, entre tanto, guardaban silencio, aunque me los imaginaba gastándose bromas entre ellos para disimular el miedo que tenían: los corazones latían más deprisa, las tripas se vaciaban, los músculos se movían sin querer. Eso era participar en un muro de escudos.

—¡Nunca olvidéis —gritaba a los hombres aquel cura de Cent— que santa Lucía estaba tan llena del Espíritu Santo que ni veinte hombres consiguieron moverla de donde estaba! ¡Incluso la ataron a una yunta de bueyes, pero no se movió! ¡Así os encontrarán los paganos cuando lleguen, inamovibles, rebosantes del Espíritu Santo! ¡Invocad el nombre de santa Lucía y disponeos a luchar!

Los hombres que se dirigían al este habían desaparecido en la bruma invernal que se alzaba de los pantanos. Pero eran muchos los enemigos que teníamos delante, una horda, una horda asesina, que estaba cada vez más cerca, a un centenar de pasos, mientras unos jinetes galopaban de un lado a otro del muro de escudos, gritando a los hombres que fueran valientes. Uno de esos jinetes se acercó a nosotros. Lucía una esplendorosa cota de malla, anchos brazaletes y un yelmo resplandeciente; montaba un espléndido caballo, recién cepillado y aceitado, con arreos guarnecidos de plata.

—¡Vais a morir! —nos gritó.

—Si tienes ganas de tirarte un pedo —repuse a voces—, ve hacia los tuyos y apéstalos, que echarán a correr sin duda.

—¡Violaremos a vuestras esposas y a vuestras hijas! —siguió vociferando aquel

hombre en inglés.

Nada me pudo venir mejor que el que mencionase ambas posibilidades. Aquellas palabras bastaron para enardecer a los míos.

—¿No sería una cerda la madre que te parió? —le gritó uno de los hombres de Cent.

—Si deponéis las armas —continuó el hombre—, ¡os perdonaremos la vida!

Volvió grupas y, entonces, lo reconocí: era Oscytel, el comandante de las tropas de Eohric, el guerrero de aspecto brutal que había conocido en lo alto de las murallas de Lundene.

—¡Oscytel! —lo llamé a voces.

—¡Me ha parecido oír el balido de un corderito! —se mofó.

—Baja del caballo —dije, dando un paso adelante—, y pelea conmigo.

Sin dejar de mirarme, se quedó con las manos apoyadas en el pomo de la silla, antes de volverse a mirar a la acequia desbordada; una fina capa de hielo cubría el agua. Entonces supe que para eso se había acercado: no para insultarnos, sino para ver qué obstáculo habrían de salvar los daneses a la hora de atacar.

Me miró de nuevo y me dirigió una sonrisa malévola.

—No acostumbro a luchar con ancianos —dijo.

Aquello me llamó la atención. Nunca nadie me había llamado viejo hasta entonces. Recuerdo que me eché a reír, pero, más allá de las carcajadas, no dejaba de sentir una suerte de estupor. Semanas antes, un día que estaba con Eteflada, me había burlado de ella porque la había sorprendido mirándose la cara en una gran bandeja de plata. Estaba preocupada porque se había visto unas arrugas alrededor de los ojos y, al ver cómo le tomaba el pelo, me había lanzado la fuente a la cabeza. Me fijé en aquella superficie, y comprobé que la barba se me había puesto gris. Recuerdo que me quedé absorto, contemplando aquella imagen, mientras ella se burlaba de mí: no me sentía viejo, a pesar de aquella pierna que, cuando menos me lo esperaba, se me quedaba entumecida y me fallaba. ¿Sería así cómo me veían los demás, como un viejo? Ciertamente aquel año había cumplido los cuarenta y cinco, y sí, había de reconocer que era un viejo.

—Este viejo te abrirá en canal, desde los huevos hasta la garganta —le grité.

—Hoy se acabó Uhtred para siempre —les dijo a voces a los míos—, ¡y vosotros moriréis con él!

Volvió grupas y espoleó su montura para volver junto al muro de escudos que habían formado los daneses. En aquel momento, no estarían a más de ochenta pasos de nosotros, lo bastante cerca para reparar en los rostros de aquellos hombres, para ver sus gestos insultantes. Recuerdo que atisé al *jarl* Sigurd, esplendoroso con su cota de malla y una capa negra de piel de oso que le caía desde los hombros. Un ala de cuervo, que parecía negra a la luz gris del amanecer, coronaba su yelmo a modo de cimera. Llegué a ver a Cnut, el hombre más rápido con la espada, capa blanca y rostro enjuto y lívido, junto a su estandarte con la cruz cristiana quebrada. Sigebriht

estaba junto a Eohric, flanqueado por Etelwoldo por el otro lado, todos custodiados por los guerreros más fuertes y aguerridos, aquellos cuya única misión consistía en proteger la vida de reyes y *jarls*. No dejaban de gritar, pero no sabría decir qué improperios nos dedicaban porque, en aquel momento, me pareció que hasta el mundo guardaba silencio. Observaba al enemigo que teníamos delante, considerando cuál de aquellos hombres trataría de acabar conmigo y qué tendría que hacer para matarlo antes de que lo lograra.

Mi estandarte estaba a mis espaldas; aquella enseña bastaría para atraer a los más ambiciosos. Soñaban con beber en mi cráneo y jalearse mi nombre como si de un trofeo se tratase. No me quitaban los ojos de encima, igual que yo no dejaba de mirarlos, y no veían sino a un hombre cubierto de barro. Pero también a un señor de la guerra, con un yelmo que llevaba un lobo por cimera, cargado de brazaletes de oro, con una tupida cota de malla, una capa de color azul oscuro rematada por un borde de hebras de oro y una espada que era conocida en toda Britania, porque *Hálito-de-serpiente* era una espada que gozaba de renombre. No llegué a sacarla de la vaina, sin embargo, porque de poco vale empuñar una hoja larga cuando llega el momento del encuentro cuerpo a cuerpo en un muro de escudos. Llevaba en la mano, en cambio, a *Aguijón-de-avispa*, un puñal de hoja corta y letal. Besé el filo y lancé mi grito de guerra al aire invernal.

—¡Venid y acabad conmigo! ¡Venid y acabad conmigo!

Y eso fue lo que hicieron.

Arrojadas desde la tercera o la cuarta de las filas enemigas, las lanzas fueron las primeras en alcanzarnos y estrellarse contra nuestros escudos, que soportaron los terribles impactos de sus puntas. Entonces, dando gritos, los daneses se abalanzaron sobre nosotros. Algo debían de haberles dicho en cuanto a la acequia, pero, aun así, docenas de hombres trataron de salvarla de un salto y acabaron resbalando por la orilla de nuestro lado, sin encontrar un sitio firme en el que apoyar los pies, mientras blandíamos sobre ellos nuestras hachas de astil largo. Cuando practicamos la lucha en un muro de escudos, siempre coloco a un hombre con una de esas hachas al lado de otro que lleve una espada. La misión de quienes llevan el hacha consiste en enganchar la hoja en el borde superior del escudo del adversario y arrastrarlo hacia abajo con todas sus fuerzas, mientras el hombre que lleva la espada descarga un tajo directo a la cara de quien tenga enfrente. En aquella ocasión, sin embargo, las hachas partían yelmos y abrían cabezas y, de repente, el mundo no fue sino un estruendo, donde todo eran gritos a los que se sumaba el ruido de la carnicería que llevaban a cabo aquellos filos que partían cráneos, mientras los daneses que formaban la segunda línea nos acosaban desde el otro lado de la acequia golpeando nuestros escudos con sus lanzas largas.

—¡Apretujaos! —grité—. ¡Mantened bien juntos los escudos, ni un resquicio! ¡Un paso adelante!

Nuestros escudos se solaparon. Habíamos pasado horas repitiendo aquel ejercicio.

Los escudos formaban un auténtico muro mientras nos acercábamos al borde de la acequia donde la pendiente de aquella orilla resbaladiza nos permitía acabar con ellos con facilidad. Un hombre trató de clavarme una espada por debajo del escudo, pero le di una patada en la cara y mi bota con refuerzo de hierro fue a estrellarse contra su nariz y sus ojos. El hombre se escurrió, mientras yo seguía adelante con *Aguijón-de-avispa* en la mano hasta encontrar un resquicio entre dos escudos daneses, arremetiendo con aquella hoja corta y dura hasta traspasar una cota de malla y encontrar la carne, gritando sin parar, sin dejar de mirarlos nunca, observando cómo se abatía un hacha, seguro de que Cerdic, que venía detrás de mí, paraba el golpe con su escudo, aunque la fuerza del hachazo fue tal que el escudo se estampó contra mi yelmo y, durante cosa de un instante, me quedé aturdido y se me nubló la vista, pero sin cejar en la tarea que llevaba a cabo con el puñal. Rollo, que resistía a mi lado, enganchó un escudo y lo llevó hacia abajo. En cuanto hube recuperado la visión, vi la oportunidad y allí atacué con *Aguijón-de-avispa*. El puñal se hundió en un ojo y retorció la punta con saña. Paré un mazazo con el escudo, que me astilló una tabla.

Cnut trataba de alcanzarme, gritándoles a los suyos que le abrieran paso. Era una locura, porque eso significaba que debían abrir el muro de escudos para que su señor estuviese en primera línea. Fuera de sí, Cnut y los suyos trataban a la desesperada de romper nuestro muro de escudos, pero ellos no juntaban los suyos y la acequia les salió al paso, y dos de mis hombres arrojaron con fuerza sus lanzas contra los recién llegados. Cnut tropezó con una y se fue a la acequia. Vi cómo Rypere descargaba un hachazo contra su yelmo, un golpe de refilón, pero con la suficiente fuerza como para aturdirlo, porque ya no se levantó.

—¡Están muriendo! —grité—. ¡Acabemos con esos cabrones!

Pero Cnut no estaba muerto y, a rastras, sus hombres lo sacaban de allí. Su lugar lo ocupó Sigurd Sigurdson, el cachorrito que había jurado matarme. Con los ojos muy abiertos y los pies por el aire, chilló mientras trataba de salvar la acequia en pos de su presa. Hice un movimiento hacia fuera con mi escudo destrozado para que supiera dónde estaba y, como el necio que era, vino a por mí embistiéndome con su espada *Dragón-de-fuego*, directo a la barriga, pero el escudo volvió con rapidez a su lugar y su espada se coló entre Rollo y yo. Me bastó con girarme un poco para acertarle en el cuello con *Aguijón-de-avispa*. Había olvidado las lecciones que le habían dado, había olvidado que debía protegerse con el escudo, y mi hoja corta se clavó en su papada, avanzó hacia la boca, rompiéndole los dientes y atravesándole la lengua, haciéndole trizas los huesecillos de la nariz y yendo a clavarse en su sesera con tanta fuerza que lo levanté en volandas durante un momento, mientras su sangre me corría por la mano y se deslizaba por la manga de mi cota de malla. Retiré el puñal y me deshice de él de un manotazo; fue a caer sobre otro danés antes de irse al suelo, y dejé que otro de los míos acabase con él, porque Oscytel venía a mi encuentro, gritándome que era un viejo, y la euforia del combate se apoderó de mí.

Euforia, sí, y también locura. Así deben de sentirse los dioses a cada momento,

día tras día. Es como si el mundo se tomase un respiro. Vemos al adversario, vemos cómo grita, aunque no oímos nada y sabemos qué se dispone a hacer. Todos sus movimientos se nos antojan pausados, mientras los nuestros se suceden con rapidez vertiginosa. En ese instante, sabemos que no podemos equivocarnos, que viviremos para siempre, que proclamarán nuestro nombre en el cielo, que hasta allí ascenderá como una gloriosa llamarada, porque somos el dios de la batalla.

Oscytel se acercó espada en mano, junto a un hombre que trataba de echar mi escudo abajo con un hacha. Me acerqué el borde superior en el último momento, el hacha se deslizó por la madera pintada hasta estrellarse contra el tachón, mientras Oscytel me lanzaba un mandoble al cuello, pero mantuve el escudo en posición, y la espada quedó atrapada por la punta en el reborde de hierro. Empujé el escudo hacia delante, lo que hizo que perdiera el equilibrio, y dirigí a *Aguijón-de-avispa* por debajo del escudo. Con toda la fuerza que un viejo como yo podía reunir, asesté esa atroz puñalada que parece proceder del suelo y sentí cómo la punta de la hoja raspaba el hueso de un muslo, atravesando venas, carne y músculos hasta alcanzar la entrepierna, momento en el que volví a oírle. Escuché aquel grito que atronaba el cielo mientras le rasgaba la entrepierna y su sangre se derramaba sobre la capa de hielo resquebrajada que cubría la acequia.

Eohric vio cómo caía su campeón, y aquella imagen bastó para que se quedase en la otra orilla. Sus hombres no se movieron de su lado.

—¡Escudos! —grité, y los míos apretaron los escudos en primera línea—. ¡Sois un cobarde, Eohric! —chillé—. ¡Un gordinflón cobarde, un cerdo engendrado en la mierda, un retaco parido por una cerda, un canijo! ¡Venid aquí y disponeos a morir, bastardo tripudo!

No quiso, claro está, y eso que los daneses llevaban todas las de ganar. Quizá no en el centro de la línea, donde seguía ondeando mi estandarte, pero, más allá, a nuestra izquierda, los daneses habían cruzado la acequia y formado un muro de escudos de este lado de la reguera, obligando a los hombres de Wulferth a batirse en retirada. Había dejado a Finan al frente de treinta de los míos como fuerza de reserva que, sin falta, habían acudido a reforzar aquel flanco. Frente a un enemigo muy superior en número, sin embargo, se veían acosados por todas partes. Si los daneses rompían aquel flanco y dejaban atrás los marjales que lo defendían por el oeste, se abatirían sobre mis hombres y acabarían con nosotros. Los daneses no tardaron en verlo así y recuperaron la confianza en sí mismos, y llegaron más hombres dispuestos a acabar conmigo, porque el mío era el nombre del que los poetas se servirían para embellecer sus hazañas. Eohric aprovechó la ocasión para, sin apartarse de los suyos, tratar de cruzar la acequia. Pero se encontraron con los cadáveres de los suyos, resbalaron en el lodo y trataron de saltar por encima de ellos. Mientras, nosotros seguíamos entonando nuestra melodía guerrera: las hachas se desplomaban, las lanzas atravesaban, las espadas rajaban. Mi escudo estaba hecho pedazos, tajado por las espadas. Me estallaba la cabeza, notaba la sangre que me salía de la oreja izquierda,

pero seguíamos peleando y matando, mientras oía cómo a Eohric le rechinaban los dientes, al tiempo que amenazaba con un montante descomunal a Cerdic, que ocupaba el lugar del hombre que había estado a mi izquierda.

—¡Engánchalo! —bramé a Cerdic, y él alzó el hacha, y el filo de la hoja le rasgó la cota de malla y atrajo a Eohric hacia nosotros. Con *Aguijón-de-avispa* en la mano, le atravesé la nuca a la altura de aquel cuello rollizo y, dando chillidos, cayó a nuestros pies.

Sus hombres trataron de llevárselo de allí, y observé que me miraba con desesperación, apretando los dientes con tanta fuerza que se le saltaron, y allí matamos al rey Eohric de Anglia Oriental, en una zanja que apestaba a sangre y a mierda. Lo apuñalamos y lo acuchillamos, lo acribillamos y lo pateamos, mientras gritábamos como demonios. Entre alaridos de dolor, había hombres que imploraban a Jesús, otros llamaban a sus madres. Mientras, un rey moría con la boca llena de dientes partidos en una acequia de aguas de color rojo. Sus súbditos trataron de llevarse el cadáver de Eohric de allí, pero Cerdic los mantuvo alejados, mientras yo seguía clavándole el puñal en el cuello hasta que les grité que su rey había muerto, que habíamos acabado con él, que estábamos ganando.

Sólo que no era así. Cierito que luchábamos como posesos, proporcionando a los poetas un espléndido material para sus composiciones de años venideros, pero el romance habría de concluir con nuestra muerte, porque nuestro flanco izquierdo se había venido abajo. Seguían batiéndose, pero en retirada, y una avalancha de daneses cruzaba la acequia. Ya no hacía falta que los hombres que habían cabalgado para sorprendernos por detrás apareciesen, porque estábamos desbordados. Formamos un muro de escudos que miraba a todas partes, aun a sabiendas de que el muro se iría estrechando y encogiéndose hasta que diéramos con nuestros huesos en aquella tierra que habría de ser nuestra tumba.

Vi a Etelwoldo en aquellos momentos. Iba a caballo, exhortando a unos daneses a que siguieran adelante. A su lado, un portaestandarte sostenía un pendón con el dragón de Wessex. Sabía que si ganaban aquella batalla, sería rey, y había dejado de lado el ciervo blanco para hacer suya la enseña de Alfredo. No había cruzado todavía la zanja y ya procuraba no verse mezclado en aquel combate, mientras alentaba a los daneses a que no cejaran en su empeño y acabasen con nosotros.

Empero, tampoco le presté demasiada atención, porque nuestro flanco izquierdo se retiraba a toda prisa y nos habíamos convertido en una partida de sajones rodeada por hordas de daneses. Formamos una suerte de muro de escudos circular, defendido no sólo por los cadáveres de los hombres que habíamos matado, sino también con nuestros muertos. Los daneses hicieron un alto, momento que aprovecharon para formar un nuevo muro de escudos, sacar de allí a los heridos y paladear la victoria que estaban a punto de conseguir.

—Acabé con el malnacido de Beortsig —me dijo Finan en cuanto se puso a mi lado.

—Bien. Espero que sufriera mucho.

—A juzgar por los gritos que profería, creo que así fue —me confirmó haciendo una mueca que quería parecerse a una sonrisa, con la cara salpicada de sangre y la espada teñida de color rojo—. Esto no debe de ser muy sano, ¿verdad?

—Desde luego que no —repuse. Había comenzado a llover otra vez, a chispear más bien. Nuestro círculo defensivo no quedaba lejos de los marjales del este—. Podríamos decirles a los hombres que echasen a correr hasta el humedal y huyeran hacia el sur. Algunos, cuando menos, saldrían con vida.

—No demasiados —calculó Finan. Veíamos cómo los daneses se hacían con los caballos de los hombres de Cent, al tiempo que despojaban a los nuestros de las cotas de malla, las armas y cuantos objetos encontraban. Un cura rezaba de rodillas en el centro de nuestro círculo—. Nos darán caza como si fuéramos ratas de pantano.

—En tal caso, no nos queda otra que pelear donde estamos —repliqué.

No podíamos hacer otra cosa.

Les habíamos infligido un grave daño. Eohric estaba muerto; Oscytel yacía en el suelo, degollado; de Beortsig sólo quedaban sus restos, y Cnut estaba malherido. Con todo, Etelwoldo, Sigurd y Haesten seguían con vida. Pude verlos a lomos de sus monturas, exhortando a los hombres a formar, incitándolos a que acabaran con nosotros.

—¡Sigurd! —grité, y se volvió para mirarme—. ¡He acabado con vuestro retoño!

—¡Más lenta será vuestra muerte! —respondió.

Quería irritarlo para que se lanzara lleno de ira contra mí, y acabar con él delante de los suyos.

—¡Chillaba como un niño mientras moría! —vociferé—, ¡gritaba como un cobardica, como un cachorrito!

Con sus grandes carrilleras anudadas alrededor del cuello, Sigurd me lanzó un escupitajo. Me odiaba a muerte, me habría matado allí mismo, pero cada cosa a su tiempo y a su modo.

—¡Unid bien los escudos! —ordené a los míos—. ¡Mantenedlos tan juntos como podáis y no podrán vencernos! ¡Vamos a enseñar a esos cabrones cómo pelean los sajones!

Por supuesto que podían vencernos, pero nadie en sus cabales dice a unos hombres que están a punto de morir que eso es lo que les va a pasar. De sobra lo sabían ellos. Algunos no dejaban de temblar, pero no rompían nuestra línea defensiva.

—Luchad a mi lado —pedí a Finan.

—A vuestro lado me tendréis, mi señor.

—Espadas en mano.

Rypere estaba muerto. No había presenciado su muerte, pero vi cómo un danés despojaba su cuerpo enjuto de su cota de malla.

—Era un buen hombre —comenté.

Osferth se acercó a nuestro lado. Él, siempre tan pulcro y bien vestido, tenía la cota de malla rasgada, la capa hecha jirones y ojos de loco. A pesar de la enorme abolladura visible en lo alto del yelmo, parecía estar de una pieza.

—Permitidme que pelee a vuestro lado, mi señor —me rogó.

—Siempre y en cualquier circunstancia —repuse.

La cruz de Osferth aún se erguía en el centro de nuestro círculo, mientras un cura se encomendaba a su dios y a santa Lucía y les pedía que obrasen el milagro, que ganásemos aquel combate, que saliésemos con vida de aquella pelea. Dejé que siguiera hablando porque lo que decía era lo que los hombres necesitaban escuchar.

El *jarl* Sigurd se abrió paso en el muro de escudos que veía delante de mí. Flanqueado por lanceros, llevaba una enorme hacha de guerra de hoja ancha. La labor de los lanceros consistía en que no me moviera de donde estaba, mientras me asestaba hachazos hasta acabar conmigo. Para entonces, ya disponía de un escudo nuevo, un escudo que llevaba pintadas dos espadas cruzadas, la divisa del *ealdorman* Sigelf.

—Por cierto, ¿alguien ha visto a Sigebriht? —pregunté.

—Está muerto —dijo Osferth.

—¿Estáis seguro?

—Yo mismo lo maté, mi señor.

Me eché a reír. Habíamos acabado con muchos de los jefes del enemigo y, sin embargo, Sigurd y Etelwoldo seguían con vida, y ellos dos solos se bastaban para aplastarnos, derrotar al ejército de Eduardo y sentar a Etelwoldo en el trono de Alfredo.

—¿Os acordáis de aquello que dijo Beornnoth? —pregunté a Finan.

—¿Acaso debería, mi señor?

—Quería saber cómo acababa esta canción de gesta —repliqué—, y eso es lo que me gustaría saber a mí en estos momentos.

—Nuestra parte concluye aquí —contestó Finan, al tiempo que se santiguaba sirviéndose de la empuñadura de su espada.

Y los daneses cargaron de nuevo.

Se acercaron despacio. Nadie quiere morir cuando la victoria está al alcance de la mano. Los hombres sueñan con disfrutar del triunfo, con recibir su parte de las ganancias que se lleven los vencedores. Por eso, se acercaban paso a paso, con los escudos muy juntos.

Entre los nuestros, alguien empezó a cantar. Seguramente se trataba de un himno cristiano, quién sabe si no sería un salmo, y la mayoría de los hombres entonaron aquella melodía que me trajo a la memoria a mi hijo mayor y lo mal padre que había sido, y me pregunté si se sentiría orgulloso de mi muerte. Los daneses aporreaban las hojas de las espadas y los astiles de las lanzas contra los escudos, casi todos en malas condiciones, con huellas de hachazos o astillados. Los hombres iban cubiertos de sangre, la sangre de sus adversarios. Otra batalla al amanecer. Estaba cansado y,

contemplando aquellas nubes preñadas de lluvia, pensé que aquél no era un buen lugar para morir. Pero no podemos elegir cuándo sonará nuestra hora. De eso se encargan las hilanderas a los pies de Yggdrasil, y me imaginé a una de las tres parcas, tijeras en mano, dispuesta a cortar la hebra de mi existencia. Ya se disponía a hacerlo, y lo único que debía pensar era en empuñar la espada con valor, de forma que las mujeres aladas me condujesen a la casa de celebración del Valhalla.

Me fijé en los daneses. No dejaban de gritarnos, pero no los oía, no porque estuviese lejos, sino porque, para mi sorpresa, el mundo había vuelto a quedarse en silencio. De entre la bruma, emergió una garza real que, volando, pasó por encima de nosotros, y escuché con toda claridad el pesado aleteo del pájaro, pero no oía los insultos de mis adversarios. Sólo pensaba en apoyar los pies con firmeza en el suelo, en mantener el escudo pegado al de los que iban a mi lado, sin perder de vista los aceros enemigos, preparado para devolver el golpe. En ese instante, caí en la cuenta de que me dolía la cadera derecha. ¿Me habrían herido? No me atreví a mirar, porque los daneses estaban a un paso y sólo tenía ojos para las puntas de dos lanzas, sabiendo de antemano que ambas se estrellarían contra la parte derecha de mi escudo para que me inclinara de ese lado y Sigurd pudiera atacarme por la izquierda. Miré a Sigurd a los ojos, y así nos quedamos un rato, hasta que llegaron las lanzas.

Desde las filas de atrás lanzaron docenas de lanzas, lanzas pesadas que seguían una trayectoria curvada por encima de las primeras filas danesas y se estrellaban con fuerza contra nuestros escudos. En ese momento uno de los hombres de nuestra primera fila debió de agacharse para protegerse mejor con el escudo. En cuanto lo vieron, los daneses se lanzaron al ataque.

—¡En pie! —grité, sosteniendo mi escudo, mucho más pesado al tener dos lanzas clavadas.

Los míos gritaban con rabia, mientras los daneses se abalanzaban sobre nosotros aullando, su grito de guerra, blandiendo las hachas. Jadeantes, dimos un paso atrás hasta formar dos hileras apretadas. Tratamos de hacerles frente, pero sólo disponíamos de tres hileras de guerreros frente a las seis o más líneas de daneses que se nos venían encima y nos obligaban a retirarnos. Asesté un tajo con *Aguijón-de-avispa*, pero la hoja fue a estrellarse contra un escudo. Gritando y chillando, Sigurd trataba de acercárame, pero aquella avalancha de hombres lo alejaba de mí. Un danés con la boca muy abierta y la barba veteada de sangre descargó un hachazo contra el escudo de Finan. Traté de asestarle una puñalada por debajo de mi propio escudo, pero otra hoja paró mi golpe. Nos batíamos en retirada. Los teníamos tan cerca que podíamos oler su aliento a cerveza. Y dio comienzo otro ataque.

Llegaron por el sur, a nuestra izquierda. Jinetes que patrullaban la calzada romana, lanza en mano, en pos de un estandarte en el que ondeaba un dragón. Jinetes que parecían salir de entre la bruma, jinetes que vociferaban sus gritos de guerra mientras azuzaban sus monturas y cargaban contra el enemigo a su espalda.

—¡Por Wessex! —gritaban—, ¡por Eduardo y por Wessex!

Noté que un estremecimiento recorría las prietas filas danesas, que no tardaron en acusar el choque. La segunda hilera de jinetes llegaba espada en mano, y las hojas caían sin cesar sobre el enemigo. Nuestros adversarios vieron que detrás venían más jinetes, hombres con cotas de malla que resplandecían al amanecer, que marchaban bajo otros estandartes, con cruces, santos y dragones en esta ocasión. Los daneses se dispersaron y echaron a correr por donde habían venido, tratando de ponerse a salvo al otro lado de la acequia.

—¡A por ellos! —grité, al darme cuenta de que el ímpetu de los daneses perdía fuelle.

Ordené a los míos que fueran tras ellos, que acabasen con aquellos cabrones, y volvimos al ataque, gritando como hombres que acaban de dejar atrás el valle de las sombras.

Protegido por sus guerreros, Sigurd desapareció. Asesté una puñalada al danés de la barba ensangrentada, pero el empuje de los suyos lo arrastró hacia la derecha, mientras los daneses que, tras dispersarse, habían echado a correr, iban a caer en manos de aquellos jinetes que los atacaban con espadas o los alanceaban. En medio, formidable, iracundo, bramando contra el enemigo, Steapa arramblaba con la espada como un carnicero cuchillo en mano, mientras su caballo de guerra repartía coces y mordiscos, relinchando y pateando al adversario. Me di cuenta de que habría llegado acompañado de una fuerza pequeña, no más de cuatrocientos o quinientos hombres, suficiente, sin embargo, para infundir el pánico a los daneses al sorprenderlos por la retaguardia.

No habría de pasar mucho tiempo antes de que volvieran a reunir a los suyos y se lanzaran de nuevo al ataque.

—¡Atrás! —me gritó Steapa, señalando al sur con la espada ensangrentada—, ¡retiraos ahora!

—¡Recoged a los heridos! —ordené a los míos.

Y llegaron más jinetes, yelmos relucientes bajo la luz gris del nuevo día, puntas de lanza refulgentes y portadoras de muerte, espadas que una y otra vez descargaban sobre los daneses que corrían. Nuestros hombres se llevaban a los heridos al sur, lejos del enemigo. A nuestros pies yacían los muertos y moribundos, mientras los jinetes de Steapa se reagrupaban. Todos menos uno, que picó espuelas y, al galope, pasó por delante de nosotros. Reparé en cómo se agachaba y escondía la cara entre las negras crines del caballo. Y entonces lo reconocí, y me deshice de *Aguijón-de-avispa* para recoger una de las lanzas que había por el suelo. Era pesada, pero la empuñé con fuerza y la lancé entre las patas del caballo, que se fue al suelo, y oí cómo aquel hombre, muerto de miedo, gritaba, mientras se revolcaba en la hierba húmeda y el caballo sacudía las patas tratando de ponerse en pie. El jinete se había quedado con un pie trabado en un estribo. Empuñé a *Hálito-de-serpiente*, me fui hacia él y corté el estribo.

—Eduardo es el rey —dije a aquel individuo.

—¡Ayudadme! —suplicó, mientras uno de los míos trataba de sujetar al caballo. El quiso incorporarse, pero, de un patadón, lo volví a tumbar en el suelo—. ¡Echadme una mano Uhtred, os lo ruego!

—Os he ayudado toda la vida, a lo largo de toda vuestra miserable vida. Pero ahora Eduardo es el rey.

—¡No, no! —exclamó.

No es que renegase de los derechos de su primo, sino de la amenaza que representaba la espada que yo blandía.

Temblando de ira, lo atravesé con *Hálito-de-serpiente*. La dirigí contra su pecho; su enorme hoja traspasó la cota de malla y, rasgando los eslabones, le atravesó el esternón y las costillas hasta que la punta reventó aquel corazón infame. Al ver que seguía dando gritos, hundí la hoja de nuevo, y los gritos dieron paso a un gemido. No retiré la espada, sino que la mantuve ahí hasta que dejó la vida en aquellas tierras de Anglia Oriental.

Etelwoldo estaba muerto. Finan, que había recuperado a *Aguijón-de-avispa*, me tomó del brazo y me dijo:

—¡Por aquí, mi señor, si tenéis la bondad!

Los daneses volvían a gritar y echamos a correr, protegidos por aquellos jinetes. Al poco, más jinetes salieron de entre la bruma y supe que allí estaba el ejército de Eduardo, pero ni el rey ni los daneses descabezados buscaban pelea. A buen resguardo, del otro lado de la acequia, los daneses habían formado un muro de escudos, pero ya no se disponían a marchar sobre Lundene.

Así que allí fuimos nosotros en vez de ellos.

* * *

Aquella Navidad, Eduardo se ciñó la corona de su padre. A la luz de la fogata que ardía en el gran salón de la mansión romana que coronaba la colina de Lundene, las esmeraldas resplandecían. La ciudad estaba a salvo.

Aunque no me di cuenta en el momento, una espada, o quizás un hacha, me había propinado un buen tajo en la cadera. Un herrero se había encargado de recomponer mi cota de malla, y la herida ya estaba casi curada. Sólo recordaba el miedo, la sangre, los gritos.

—Me equivoqué —reconoció Eduardo.

—Así es, mi rey y señor —contesté.

—Deberíamos haberlos atacado en Cracgelad —me dijo, al tiempo que dirigía una mirada a los señores y *thegns* que asistían al banquete. En ese momento, aquel gesto me recordó a su padre, aunque su rostro revelaba una determinación aún mayor.

—Los curas no dejaban de decirme que no debía fiarme de vos.

—Y quizá no les falte razón —repuse.

Sonrió al oír aquel comentario.

—Dicen también que el destino de la guerra estaba en manos de Dios. Que, gracias a que supimos esperar, hemos acabado con nuestros enemigos.

—Con casi todos —le corregí—, y no creo que un rey deba fiarlo todo a la Providencia. Un rey tiene que tomar decisiones.

Encajó la observación con buen talante.

—*Mea culpa* —añadió en voz baja—, aunque habréis de reconocer que Dios estuvo de nuestra parte.

—La acequia se puso de nuestra parte —le dije—, igual que vuestra hermana que fue quien ganó esta guerra.

Porque Etelfleda había sido la causa de que los daneses se retrasasen. Si hubieran cruzado el río durante la noche, se habrían decidido a atacar antes y, con toda seguridad, nos habrían derrotado antes de que los jinetes de Steapa acudieran en nuestra ayuda. Sin embargo, la mayoría de los daneses no se había movido de Huntandon, temerosos de la amenaza que se cernía sobre ellos por la retaguardia, que no era otra que aquellas haciendas en llamas. En lugar de acatar las órdenes de su hermano de que se dirigiese a lugar seguro, había llevado a sus hombres de Mercia al norte. Ellos habían iniciado aquellos incendios que tanto habían asustado a los daneses, pues los llevaron a pensar que otro ejército se disponía a caer sobre ellos por detrás.

—Prendimos fuego a dos haciendas y una iglesia —dijo Etelfleda.

Estaba sentada a mi izquierda; Eduardo estaba a mi derecha. El padre Coenwulf y los obispos ocupaban los extremos de la mesa que presidía el banquete.

—¿Quemaste una iglesia? —le preguntó Eduardo, sin salir de su asombro.

—Era una iglesia muy fea, pero también muy grande, y ardió que daba gloria verla —fue su respuesta.

Ardió que daba gloria. Le acaricié la mano, que no retiró de la mesa. A excepción de Haesten, Cnut y Sigurd, casi todos nuestros enemigos estaban muertos pero, ya se sabe, matas a un danés y salen una docena como ellos. Sus barcos seguirían cruzando el mar, porque los daneses nunca se rendirían hasta que aquella corona de esmeraldas fuera a parar a sus manos, o hasta que los derrotásemos por completo.

Por el momento, estábamos a salvo. Eduardo era rey, Lundene seguía en nuestras manos, Wessex había resistido y los daneses habían sido derrotados de nuevo.

Wyrð bio ful ãræd.

NOTA HISTÓRICA

Aunque recogida en diversos manuscritos, la *Crónica Anglosajona* es la fuente más fiable de que disponemos para los hechos ocurridos en la época en que anglos y sajones dominaban Britania. Es probable que Alfredo fuera el valedor del texto original, un resumen a modo de anales de los hechos más importantes acaecidos desde el nacimiento de Cristo, y que enviase una copia del manuscrito a los monasterios con el encargo de ir poniéndolo al día, de modo que no sólo no hay dos versiones coincidentes, sino que las entradas se nos pueden antojar oscuras hasta decir basta y no siempre son de fiar. Así, en el año 793, la *Crónica* registra la presencia de dragones que echaban fuego por las fauces en los cielos de Northumbria. En 902, sin embargo, da cuenta de una batalla que tuvo lugar en el Holme, lugar que nunca ha llegado a identificarse con exactitud, aunque sabemos que estaba en alguna parte de Anglia Oriental. Un ejército danés, a las órdenes del rey Eohric y de Etelwoldo, aspirante al trono de Wessex, invadió Mercia, cruzó el Támesis a la altura de Cracgelad (Cricklade), asoló Wessex y emprendió la retirada. El rey Eduardo los persiguió hasta Anglia Oriental y, como venganza, saqueó el reino de Eohric. Así reza el evocador relato de aquella batalla tal como se recoge en la *Crónica*: «Cuando el rey (Eduardo) anunció el final de la campaña, ordenó al ejército que todos los soldados a un tiempo abandonasen aquel territorio. Pero los hombres de Kent no se movieron de donde estaban a pesar de las órdenes recibidas y de los siete correos que el rey les remitiese. Envió, pues, a sus tropas y hubo una batalla». Al resumen de lo que allí aconteció acompaña la lista de las bajas más notables que se registraron, como la del propio Etelwoldo, la del rey Eohric, el *ealdorman* Sigelf y su hijo, Sigebriht, o la de Beortsig. «Hubo, por otra parte —añade la *Crónica*—, una gran carnicería, sobre todo entre los daneses, que no por eso abandonaron el campo de batalla», lo que nos lleva a pensar que los daneses se alzaron con la victoria, pero que la mayoría de sus caudillos se dejaron la vida en el empeño (me sirvo de una traducción de la *Crónica* a cargo de Anne Savage, editada por Heinemann, Londres, 1983).

Lo más llamativo de tan escueto resumen es la sorprendente negativa de las fuerzas de Kent a retirarse de aquellos parajes. La explicación que se recoge en estas páginas en cuanto a que el *ealdorman* Sigelf se disponía a traicionar al ejército sajón es pura invención por mi parte. No sabemos dónde tuvo lugar dicha batalla, ni lo que allí sucedió; sólo que hubo una batalla en la que, de resultas, perdió la vida Etelwoldo, adversario de Eduardo y aspirante al trono de Wessex. La *Crónica* recoge una rebelión encabezada por Etelwoldo en una larga entrada del año 900 (aunque el fallecimiento de Alfredo se produjo en 899): «Alfredo, hijo de Etelwulfo, falleció seis noches antes del Día de Todos los Santos. Fue rey de todos los ingleses, menos de los que vivían en aquella parte del reino que estaba en manos de los daneses; y lo fue hasta un año y medio antes de que se cumpliesen treinta años de reinado. A su

muerte, heredó el reino su hijo Eduardo. Fue entonces cuando Etelwoldo, hijo del hermano de su padre, se apoderó de las haciendas de Wimbourne y de Christchurch sin contar con el beneplácito del rey ni de sus consejeros. El rey reunió un ejército que llevó a Badbury Rings, cerca de Wimbourne; rodeado de sus fieles, Etelwoldo ocupó la hacienda y cerró las puertas a cal y canto, asegurando que, ni vivo ni muerto, se movería de allí. Pero, durante la noche, escapó con sigilo y fue en busca de ayuda a Northumbria. El rey ordenó a los suyos que fuesen tras él, pero no le dieron alcance. Encontraron, sin embargo, a la mujer que se había llevado con él, sin el consentimiento del rey ni la aprobación del obispo, porque era una monja consagrada». Nada más se dice acerca de quién fue esa mujer, ni de las razones de Etelwoldo para secuestrarla, ni sobre qué fue de ella. De ahí que haya tratado de colmar esta laguna recurriendo de nuevo a la inventiva, imaginando que se trataba de Etlfleda, prima carnal de Etelwoldo.

Carente de detalles o incluso de explicaciones en lo concerniente a los hechos que refiere, la *Crónica* no es sino una escueta recopilación de acontecimientos que, en efecto, acaecieron. Nada se nos dice, sin embargo, de la suerte que corrió la mujer, Ecgwynn, con la que Eduardo llegó, o quizá no, a contraer matrimonio. Sólo sabemos que tuvo dos hijos con ella y que uno de ellos, Etelstano, llegaría a ser un personaje fundamental para el nacimiento de Inglaterra. Ecgwynn desaparece entonces de los anales y cede su puesto a Etlfleda, hija del *ealdorman* Etelhelmo. Un apunte muy posterior nos lleva a pensar que no se dio por válido el matrimonio de Eduardo con Ecgwynn, pero lo cierto es que, dejando a un lado que, con el tiempo, aquel niño huérfano de madre, Etelstano, llegaría a ser el primer rey de Inglaterra, muy poco es lo que sabemos de tales hechos.

La *Crónica* señala que Alfredo «fue rey de todos los ingleses», afirmación a la que añade una salvedad no de índole menor: «[...] menos de los que vivían en aquella parte del reino que estaba en manos de los daneses». Porque lo cierto es que aquellos territorios que, con el paso del tiempo, acabarían por convertirse en Inglaterra estaban en manos danesas, a saber, Northumbria, Anglia Oriental y las tierras al norte de Mercia. Alfredo, qué duda cabe, soñaba con ser el rey de todos los ingleses y, cuando le sorprendió la muerte, era con diferencia el caudillo sajón más importante y poderoso, pero no llegó a ver hecho realidad su sueño de reunir todos los territorios donde se hablaba inglés, aunque le cupo la inmensa fortuna de tener un hijo, una hija y un nieto que acariciaron el mismo sueño y que, andando el tiempo, lo harían realidad. Tal es el marco histórico en el que acontecen las aventuras de Uhtred: la historia de la creación de Inglaterra. Desde siempre me ha llamado la atención el interés escaso con que nosotros, ingleses de nacimiento, abordamos los orígenes de nuestra nación. De niños, en la escuela, se nos inculca que la historia inglesa arranca en el año 1066, como si todo lo que hubiera pasado antes careciese de importancia. Sin embargo, la aparición de Inglaterra como nación se nos revela como el noble y apasionante fruto de un empeño colectivo.

Alfredo es el padre de Inglaterra. No vivió para ver unidas las tierras de los Angelcynn pero, gracias a sus desvelos por la cultura sajona y la lengua inglesa, plantó la semilla de la unificación. Hizo de Wessex una fortaleza que resistió los envites de los daneses, tan sólida que, tras su muerte, se extendió por el norte hasta derrotar y embarcar a los señores daneses en el proyecto. Es verdad que, en aquellos años, vivió un Uhtred que tomó parte activa en dicho empeño, un antepasado mío por cierto, pero las peripecias que de él aquí se narran son pura invención. Mi familia fue la titular del señorío de Bebbanburg (en la actualidad, Bamburgh Castle, en Northumbria) desde los primeros años de la invasión de Britania por los anglosajones hasta casi los tiempos de la conquista por los normandos. Cuando los territorios del norte cayeron en manos de los daneses, Bebbanburg se mantuvo inamovible, un enclave de los Angelcynn en tierras vikingas. Lo más seguro es que mantuviera tan peculiar situación gracias a la colaboración con los daneses, sin olvidar las defensas naturales que rodeaban la fortaleza de mi familia. He procurado separar al Uhtred que protagoniza estos episodios de la crónica histórica de Bebbanburg, con el fin de recrear un personaje que hubiera vivido de cerca unos acontecimientos que desembocaron en el nacimiento de Inglaterra, es decir, de hechos acontecidos en las tierras sajonas del sur que, paso a paso, acabaron por imponerse en los territorios del norte de Anglia. Un señor de la guerra, en definitiva, que luchó por los ideales de Alfredo, un hombre al que admiraba casi tanto como detestaba.

Alfredo es, claro está, el único monarca inglés a quien se conoce con el sobrenombre de «el Grande». No hay por supuesto, como en los Premios Nobel, un comité que avale semejante distinción que, por encima de avatares históricos, cuenta con el respaldo unánime de los historiadores, porque pocos, en efecto, se atreverían a poner en duda los merecimientos de Alfredo para alzarse con dicho título. Se mire como se mire, aparte de buena persona, fue un hombre de inteligencia sobresaliente. A Uhtred bien podía disgustarle la idea de una sociedad cristiana, sometida al imperio de la ley, pero la única alternativa era el dominio de los daneses y la instauración del caos de forma perdurable. Alfredo no sólo impuso a los suyos las leyes, la educación y la religión; también los defendió frente a enemigos temibles. En su magnífica biografía *Alfredo el Grande (Alfred the Great)*, John Murray, Londres, 2005), Justin Pollard resume en una frase la proeza del rey: «Alfredo levantó un reino en el que los ciudadanos de cada localidad donde hubiera mercado deseaban defender lo que era suyo, y a su rey de paso, porque de su prosperidad dependía el bienestar de todos». Levantó una nación que supo identificarse con las aspiraciones de los ciudadanos, donde las leyes eran justas, el esfuerzo tenía su recompensa y no estaba en manos de un gobierno tiránico. Una receta tan válida hoy como entonces.

Los restos de Alfredo recibieron sepultura en la catedral del Old Minster (antiguo monasterio) de Winchester; más tarde, en un ataúd de plomo, se trasladaron al New Minster (monasterio nuevo). Con el propósito de que sus nuevos súbditos ingleses se olvidasen de su glorioso pasado, Guillermo el Conquistador trasladó el ataúd de

plomo con los restos de Alfredo a la abadía de Hyde, en las afueras de la ciudad de Winchester. Como todos los establecimientos religiosos, la abadía quedó clausurada en tiempos de Enrique VIII, y pasó a ser propiedad de una familia, antes de convertirse en cárcel. A finales del siglo XVIII, los presos que entonces la ocupaban dieron con el ataúd que contenía los restos de Alfredo, lo despojaron del revestimiento de plomo y esparcieron los huesos. Justin Pollard es de la opinión de que los restos del que fuera el más importante de los monarcas anglosajones aún reposan en Winchester, en los terrenos donde hoy se alzan un aparcamiento de vehículos y una hilera de casas de la época victoriana. Su corona de esmeraldas incrustadas no corrió mejor suerte. Se mantuvo intacta hasta el siglo XVII, cuando — al menos eso dicen las fuentes— los fanáticos puritanos que rigieron los destinos de Inglaterra al concluir la Guerra Civil arrancaron las piedras preciosas y fundieron el oro.

Winchester, hoy, sigue siendo la ciudad de Alfredo. Muchas de las propiedades que se mantienen en pie en el centro de la ciudad vieja respetan las demarcaciones que, en su día, trazaron los agrimensores de Alfredo. Los restos de muchos de los de su familia reposan en mausoleos de piedra en la catedral, erigida en los terrenos que ocupase el antiguo monasterio, y su estatua se yergue en el centro de la ciudad, gallarda y en actitud belicosa, aunque lo cierto es que fue un hombre enfermizo durante toda su vida, a quien poco interesaban los fastos marciales, porque sus pasiones verdaderas fueron la religión, la educación y las leyes. Fue, sin duda, Alfredo el Grande, pero en los tiempos que aquí se narran aún no se había culminado su sueño, el de una Inglaterra unida. Y a Uhtred no le quedará otra que volver a pelear.